

De Montalvos a Monsalve

Realidad y ficción en la
literatura de Rodrigo Rubio

Volumen I



Manuel Cifo González



INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ALBACETENSES
Don Juan Manuel



Manuel Cifo González (Albacete, 1955) es licenciado en Filología Románica por la Universidad de Murcia y en Filología Hispánica por la UNED. Es Doctor en Filología por la Universidad de Murcia. En diciembre de 1989 fue nombrado Miembro del Instituto de Estudios Albacetenses y, en 2015, Académico Correspondiente de la Real Academia Alfonso X el Sabio de Murcia.

Es autor de varias ediciones críticas: *Antología poética de Tomás Preciado*, *Niebla*, *Antología poética de Federico García Lorca*, *La vida es sueño* y *El gran teatro del mundo*, *La tía Tula*, *La Celestina*, *Antología poética de la Generación del 27*, *Poesía de Garcilaso de la Vega* y *Bodas de sangre*. Además, ha publicado dos manuales universitarios: *Comunicación oral y escrita en Lengua Española* (2012) y *Literatura Universal* (2015).

Ha participado como ponente en varios congresos internacionales sobre Azorín, Unamuno, Antonio Machado y Miguel Hernández. También es evaluador externo de *Revista de Literatura*, publicación del CSIC.

Gran parte de su labor investigadora la ha centrado en Rodrigo Rubio, fruto de la cual es esta obra, así como la edición crítica de *La feria* (2017). En colaboración con el I.E.A., en septiembre de 2015 organizó el I Congreso Internacional Rodrigo Rubio y la narrativa del realismo crítico, con ocasión del cincuentenario de la concesión del Premio Planeta a *Equipaje de amor para la tierra* (1965).

MANUEL CIFO GONZÁLEZ

Cifo González, Manuel

De Montalvos a Monsalve : Realidad y ficción en la literatura de Rodrigo Rubio / Manuel Cifo González. -- Albacete : Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", 2023.

2 v. (578, 564 p.) : il. ; 24 cm. -- (Serie I - Estudios ; 286)

D.L. AB 389-2023

ISBN 978-84-18165-82-5 (o.c.)

ISBN 978-84-18165-84-9 (v.1).-- ISBN 978-84-18165-86-3 (v. 2)

1. Rubio, Rodrigo (1931-2007)-Crítica e interpretación. I. Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel". II. Título. III. Serie.

821.134.2 Rubio, Rodrigo.09

929 Rubio, Rodrigo



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES «DON JUAN MANUEL»
DIPUTACIÓN DE ALBACETE
MIEMBRO DE LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ESTUDIOS LOCALES. CSIC.

Las opiniones, hechos o datos consignados en esta obra son de la exclusiva
responsabilidad del autor.

Autor: Manuel Cifo González

Edita: Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel»

Maquetación: Ángela Herreros

Imagen de portada: Freepik

Impresión: Herso Ediciones

D.L. AB 389-2023

ISBN 978-84-18165-82-5 (o.c.)

ISBN 978-84-18165-84-9 (v. 1)

ISBN 978-84-18165-85-6 (v. 1, Libro digital)

DOI: <http://doi.org/10.37927/978-84-18165-85-6>

**DE MONTALVOS A MONSALVE:
REALIDAD Y FICCIÓN
EN LA LITERATURA DE RODRIGO RUBIO**

VOLUMEN I

A Rodrigo Rubio, *in memoriam*

A mis padres, coetáneos suyos

ÍNDICE

VOLUMEN I

PREÁMBULO	15
I. VIDA Y OBRA DE RODRIGO RUBIO	27
1.1. Biografía	27
1.2. Obra literaria	61
1.2.1. Novela	63
1.2.2. Cuento	64
1.2.3. Ensayo	67
1.2.4. Traducciones y antologías	68
1.2.5. Otras publicaciones	69
1.3. Premios literarios	70
II. RODRIGO RUBIO Y LA NOVELA DE POSGUERRA	73
2.1. Introducción	73
2.2. La novela social	81
2.3. Rodrigo Rubio, novelista testimonial y social	86
2.4. Temas principales	108
2.4.1. La abulia	109
2.4.2. El campo	118
2.4.3. La emigración	128
2.4.4. El obrero y el empleado	140
2.4.5. La guerra y sus consecuencias	146

2.4.6. La enfermedad, el dolor y la muerte	159
2.4.7. La soledad y la tristeza	167
2.4.8. Dios	173
III. LA LITERATURA DEL MUNDO PERDIDO	184
3.1. <i>Un mundo a cuestas</i> (1963)	184
3.2. <i>La feria</i> (1968)	213
3.3. <i>Agonizante sol</i> (1972)	232
3.4. <i>El gramófono</i> (1974)	249
3.5. <i>Palabras muertas sobre el polvo</i> (1967)	269
3.6. Otros relatos: “La nube” (1966), “Las paredes lloran en silencio” (1969), “Penúltimo invierno” (1972), “Un poco de paciencia” (1976) y “La calefacción del carro de mi padre” (1978).	300
IV. LA LITERATURA TESTIMONIAL Y SOCIAL: LA NOVELA	318
4.1. <i>La tristeza también muere</i> (1963)	318
4.2. <i>Equipaje de amor para la tierra</i> (1965)	338
4.3. <i>El incendio</i> (1965)	362
4.4. <i>La espera</i> (1967)	377
4.5. <i>La sotana</i> (1968)	397
4.6. <i>Oración en otoño</i> (1970)	421
4.7. <i>Álbum de posguerra</i> (1977)	441
V. LA LITERATURA TESTIMONIAL Y SOCIAL: EL ENSAYO	464
5.1. <i>El Papa Bueno y los enfermos</i> (1963)	464

5.2. <i>La deshumanización del campo</i> (1966)	473
5.3. <i>Narrativa española, 1940-1970</i> (1970)	489
5.4. <i>Radiografía de una sociedad promocionada</i> (1970)	505
5.5. <i>Minusválidos</i> (1971)	523
5.6. <i>Crónicas de nuestro tiempo</i> (1972)	537
5.7. <i>España no hay más que una</i> (1973)	557

VOLUMEN II

5.8. <i>Crónicas de andar y ver España</i> (1973)	593
5.9. <i>Francisco Lozano</i> (1973)	611
5.10. <i>Albacete, tierras y pueblos</i> (1983)	620
5.11. <i>Lo que el tiempo se llevó</i> (2004)	635

VI. LA ETAPA EXPERIMENTAL **650**

6.1. <i>El regicida</i> (1969)	650
6.2. <i>Papeles amarillos en el arca</i> (1969)	681
6.3. Otros relatos: “Piedras de colores” (1972), “Vida y muerte de una extraña flor” (1975), “Una rosa pálida y perfumada” (1986) y <i>Tallo de sangre</i> (1989)	722
6.4. <i>Cuarteto de máscaras</i> (1976)	740
6.5. <i>La silla de oro</i> (1978)	771

VII. LA LITERATURA DE LOS MUNDOS PROPIOS **793**

7.1. <i>Cayetana de Goya</i> (1979)	793
-------------------------------------	-----

7.2. <i>Memoria de pecado</i> (1979)	816
7.3. <i>Banco de niebla</i> (1985)	845
7.4. <i>Un camino de rosas</i> (1992)	860
7.5. <i>Fábula del tiempo maldito</i> (1997)	880
7.6. <i>Al filo de la vida</i> (1998)	907
7.7. Cinco cuentos con el tren al fondo: “Un ritmo para el recuerdo” (1980), “Sal amarga” (1980), “Los otros viajes” (1985), “Retraso providencial” (1987) y “La oruga metálica” (1988)	924
7.8. Seis relatos sobre la crisis socio-económica de los años 80: “Un padre de hoy”, “Jóvenes sin brújula”, “Mendigos”, “La verbena”, “Morir en el lavabo” y “Carta al hijo” (1985)	942
7.9. Dos relatos sobre el mundo perdido: “Las amapolas” y “Un verano sin mar” (1987)	953
7.10. La Hucha de Oro: “Aproximación a la tristeza” (1988) y “Área de servicio” (1990)	960
7.11. La literatura infantil y juvenil	968
7.11.1. “Ventanas azules” (1981)	973
7.11.2. <i>La puerta</i> (1989)	978
7.11.3. <i>Los sueños de Bruno</i> (1990)	987
7.11.4. <i>El amigo Dwunga</i> (1992)	996
7.12. <i>La ruta de las luciérnagas</i> (2000)	1005
7.13. <i>Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués</i> (2001)	1019
7.14. El momento de la despedida	1031
7.14.1. Dos relatos de temática religiosa: “La primera víctima del terrorismo” (2004) y “¿Amar a Dios o temer a Dios?” (2005)	1032

7.14.2. Un relato de temática política: “Sujeto del ramal” (2005)	1035
7.14.3. <i>El Señor del látigo</i> (2006)	1037
7.14.4. <i>Reflexiones. Confesiones antes de morir</i> (2007)	1066
BIBLIOGRAFÍA	1097
APÉNDICE. EDICIONES DE RODRIGO RUBIO UTILIZADAS EN ESTE TRABAJO	1106
1.1. Novela	1106
1.2. Cuento	1107
1.3. Ensayo	1109
1.4. Artículos, conferencias y otros	1110
ÍNDICE ONOMÁSTICO	1112

PREÁMBULO

Este estudio es el resultado de una puesta al día de lo que fue mi tesis doctoral, defendida en la Universidad de Murcia en abril de 2007, con la calificación de Sobresaliente cum Laude por unanimidad, y cuyo tribunal estuvo compuesto por los doctores Enrique Rubio Cremades (Presidente), Ana Luisa Baquero Goyanes, Miguel Ángel Lozano Marco, Felipe B. Pedraza Jiménez (Vocales) y José Belmonte Serrano (Secretario).¹

En ese momento culminaba una larga y muy fructífera labor de estudio e investigación sobre la obra literaria de mi querido paisano y amigo Rodrigo Rubio, un buen escritor, no muy conocido por el gran público y no suficientemente valorado por la crítica literaria, excepción hecha de algunos profesionales que tendremos ocasión de ir mencionando a lo largo de este trabajo.

Pero, como se dice que de bien nacidos es ser agradecidos, quiero comenzar rindiendo un merecido y emocionado reconocimiento a la persona de mi querido profesor y maestro D. Mariano Baquero Goyanes quien, en gran medida, fue el desencadenante de dicha tesis doctoral. Él fue quien, en mayo de 1976, me sugirió la conveniencia de emprender los preparativos de la que habría de ser mi tesis de licenciatura y que, en su opinión, debería estar concluida al año siguiente, coincidiendo con la finalización de mis estudios de Filología Románica en la Universidad de Murcia.

Gracias a él, a su inmensa amabilidad y a su sabio proceder, tuve ocasión de conocer a mi paisano, el escritor albaceteño Rodrigo Rubio, con quien me puso en contacto el profesor Baquero Goyanes, el cual, además, se ofreció gentilmente a ser el director de dicha tesis de licenciatura que, con el título de *La novelística de Rodrigo Rubio: aproximación al realismo crítico*, fue defendida a principios del mes de octubre de 1977 y que me

1 Véase Cifo González, *Rodrigo Rubio: vida y obra literaria*.

permitió conseguir el Premio Extraordinario Fin de Carrera. Un resumen de la misma se publicó en los *Anales de la Universidad de Murcia* en 1983.²

Algún tiempo después, cuando yo era titular de una plaza de catedrático de Lengua castellana y literatura en Torrevieja (Alicante), el profesor Baquero y yo hablamos de la conveniencia de elaborar una tesis doctoral, para la cual deberíamos ampliar nuestro campo de investigación sobre Rodrigo Rubio al resto de la obra novelística aparecida desde el año 1976, así como a los cuentos y ensayos, que no habían sido objeto de estudio en aquel primer acercamiento a su obra literaria.

A pesar de que todo parecía discurrir por buen camino, diversas circunstancias personales, familiares y profesionales se unieron para hacer inviable dicho proyecto, entre ellas el fallecimiento de mi querido maestro, director y amigo, el 13 de junio de 1984.

Otra persona a la que quiero mostrar mi máxima gratitud es al tristemente desaparecido Rodrigo Rubio, el cual, desde el año 1976, me abrió las puertas de su casa y de su corazón y fue para mí un gran amigo, a la par que un decidido y paciente colaborador en todo lo que necesité de él. Además, supo aguantar con paciencia y generosidad sin límites el dilatado y complejo proceso de elaboración de mi tesis doctoral, concluida y defendida un mes antes de su fallecimiento.

Asimismo, aprovecho para agradecer a su esposa, Rosa Romá, y a sus hijos, Marcos y Germán, las múltiples atenciones y el cariño que siempre he recibido de ellos.

Igualmente, deseo mostrar mi reconocimiento a la persona sin la cual no hubiera sido posible la conclusión de dicha tesis doctoral. Me refiero a mi director, el Dr. D. Francisco Javier Díez de Revenga Torres, quien me estimuló en numerosas ocasiones para recobrar la ilusión y el ánimo necesarios de cara a concluir felizmente esa singladura. A su exquisita e infinita paciencia —virtud que asegura no poseer—, a su bondad y a su amistad de sobra conocidas quiero rendir, desde aquí, el merecido homenaje.

2 Véase Cifo González, “La novelística de Rodrigo Rubio: aproximación al realismo crítico.”

Dicho lo anterior, he de añadir que el propósito de aquella tesis y del presente trabajo no es otro que llevar a cabo una revisión y puesta al día de los diversos estudios que hasta la fecha se han realizado acerca de la obra de Rodrigo Rubio. De ese modo, espero poder contribuir a un mejor conocimiento de este autor albaceteño tanto en lo referido a cuestiones relativas a su biografía como en lo tocante a las diversas facetas que ofrece su obra literaria. Porque ocurre que los análisis llevados a cabo sobre la misma son muy escasos, a pesar de haber escrito veintiséis novelas, doce ensayos y cuatro libros de cuentos, además de varias decenas de relatos publicados en volúmenes antológicos, diarios y revistas, y de haber sido traducido al alemán, al búlgaro y al checo. Tan solo algunas referencias en unos pocos manuales de literatura —aquellos que se han adentrado más a fondo en la llamada novela social— y una tesis de licenciatura sobre sus cuentos dirigida en la Universidad de Oviedo por el catedrático D. José M^a Martínez Cachero, amén de mi tesis de licenciatura, a la que anteriormente me referí, y algunos trabajos que he ido publicando en los últimos años.

Además de la bibliografía existente sobre la obra del escritor albaceteño, para nuestra labor ha resultado muy fructífera la relación directa que mantuve con Rodrigo Rubio durante muchos años, que se plasmó en una serie de testimonios aportados de primera mano a través de la correspondencia y de las conversaciones que mantuvimos con regularidad, así como de unas notas autobiográficas que elaboró especialmente para mí y a las que haré referencia, en diversas ocasiones, a lo largo del presente estudio.

He tratado de llevar a cabo un análisis pormenorizado de sus diversas obras, intentando descubrir en ellas tanto los aspectos más relevantes de índole temática y estilística como los relativos a la evolución personal y profesional de su creador.

Como anteriormente he mencionado, mi primer acercamiento a la persona y obra de Rodrigo tuvo lugar en el año 1976 y, desde ese momento, una de las cosas que más me sorprendieron fue el hecho de que una persona como él, nacida en un pequeño pueblo albaceteño y sin los estudios a los que pudieron acceder quienes vivían en grandes ciudades o en capitales de provincias, lograra adquirir una cultura de tipo autodidacta tan variada y tan rica. Igualmente, me llamó la atención

su decidida voluntad de convertirse en escritor, para lo que no regateó ningún tipo de esfuerzos y sacrificios, hasta llegar a hacer realidad sus sueños.

En ese sentido, la enfermedad reumática que sufrió durante la infancia y los varios periodos de convalecencia derivados de la misma contribuyeron a que desde muy joven se despertara en él un enorme interés por la literatura española, tanto por nuestros clásicos como por los escritores contemporáneos, pasando por algunos a los que consideraba sus maestros, como es el caso, entre otros, de Mariano José de Larra, Leopoldo Alas `Clarín`, Benito Pérez Galdós, Vicente Blasco Ibáñez, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Ramón María del Valle-Inclán, Antonio Martínez Ruiz `Azorín` y Gabriel Miró.

A estos escritores españoles, se unirían otros como Honoré de Balzac, León Tolstoi, Fedor Dostoievski, Marcel Proust y George Bernanos, así como escritores del *nouveau roman* francés —Michel Butor, Alain Robbe-Grillet o Nathalie Sarraute— y del neorrealismo italiano, tales como Alberto Moravia, Cesare Pavese y Vasco Pratolini. Aunque, como él mismo afirmó en numerosas ocasiones, sus preferencias se dirigían hacia la literatura norteamericana, y muy especialmente a escritores como William Faulkner, John Steinbeck, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Erskine Caldwell, Carson McCullers o John Updike.

Respecto de su trayectoria como escritor, hay que tener en cuenta la importancia que en su momento tuvieron premios literarios como el Gabriel Miró, por *Un mundo auestas*; el Novelas y Cuentos, por *Cuarteto de máscaras*, y, sobre todo, el Planeta, por *Equipaje de amor para la tierra*. Estos y otros premios le ayudaron a darse a conocer en el difícil y complejo mundillo literario y a gozar de muchas y buenas amistades con colegas y críticos literarios, y le abrieron las puertas de importantes editoriales, como Planeta y Plaza-Janés, en las que publicó buena parte de su obra literaria.

Según tendremos ocasión de comprobar, uno de los principales elementos integradores de su obra literaria es la presencia constante de numerosos datos autobiográficos, tanto referidos a sí mismo como a sus padres, hermanos, amigos, esposa e hijos. Unos rasgos autobiográficos que aparecen reflejados en muchos de sus personajes y que, en unos

casos, se centran en los años de su infancia y juventud, con la lógica y consiguiente nostalgia del tiempo perdido y, en otros, en los años de su madurez, cuando surgen los problemas relativos a la convivencia familiar, el deterioro físico y la vejez. Todo ello fue quedando plasmado, de una u otra forma y con la lucidez mental que caracterizaba a Rodrigo Rubio, en la mayor parte de sus libros.

Otro elemento característico de su narrativa es el uso del monólogo interior, de reconocida influencia faulkneriana, gracias al cual configuró algunas de sus mejores y más reconocidas creaciones literarias. Lo cual no fue obstáculo para que también emplease, de forma habitual, el diálogo, siempre muy directo y fluido; la narración en tercera persona omnisciente y, en menor grado, la segunda persona, especialmente con un tono autorreflexivo, por cuanto en la mayor parte de los casos se trata de una especie de escisión del yo, que propicia la aparición de la voz de la conciencia del propio personaje.

Entre los géneros literarios más cultivados por Rodrigo Rubio tienen una importancia capital la novela y el cuento. A la novela se debe, en gran medida, su reconocimiento como escritor, en especial a partir de la consecución del premio Planeta con *Equipaje de amor para la tierra*, que, como el propio autor reconoció en infinidad de ocasiones, supuso un importantísimo espaldarazo en su trayectoria profesional. No obstante, su mayor ilusión fue abrirse camino como escritor de cuentos, como lo demuestra el hecho de que, el 15 de julio de 1960, *La Estafeta Literaria* publicara un escrito dirigido por Rodrigo Rubio al director de dicha revista en el que asegura no saber si él es un valor ignorado como escritor; pero sí sabe que está solo, sin nadie a quien dirigirse, sin nadie en quien apoyarse siquiera levemente. Y, a continuación, le habla de su situación física y emocional con unas sinceras y muy sentidas palabras:

Estoy enfermo. Apenas recibo a amigos, porque tengo muy pocos. Estudio, leo y escribo porque me gusta y porque terminé para otras cosas. Mis piernas, inmóviles, tiesas como ramas de árbol, me han frenado, dejándome a la orilla del camino. Sin embargo, el corazón se mueve; el alma, mi alma, un tanto soñadora, me empuja a seguir por caminos que me serán difíciles, hacia metas que quizá no alcance. Pero

sueño. El dolor es mi maestro. El hombre, roto por un lado, tiene que mostrarse por otro. El corazón lo quiere. La inteligencia, quizá no; pero la inteligencia es nula, no importa, a veces.³

A renglón seguido, el escritor afirma haber escrito varios cuentos, algunos poemas y tres novelas, habiendo sido finalista del Premio Valencia de ese mismo año y habiendo obtenido un segundo premio en un concurso de artículos literarios. Es decir, “¡Nada! No soy un valor”. No obstante, sugiere al director que hay que tender una mano a quien empieza, “para que siga, para que tenga ilusión y no se quede, como sin vida, en su rincón triste”. Y, por ese mismo motivo, le recuerda que, en el mes de enero, le envió un cuento titulado “Un hombre sueña” pensando que podría ser publicado; mas no fue así.

Aprovechando la circunstancia de la creación de nuevas secciones en la revista, como la que lleva el mismo título que encabeza dicho escrito, vuelve a dirigirse al director para enviarle un nuevo cuento, titulado “Haciendo así”, con unas palabras que suponen una declaración de intenciones respecto de su voluntad férrea de seguir escribiendo, a pesar de todas las dificultades y la falta de apoyos, así como de su deseo de convertir su literatura en vehículo de expresión de sentimientos y testimonios personales:

Ahora, pensando en esas nuevas secciones, vuelvo a escribirle, y le adjunto otro relato, más breve, diferente al otro en su forma y en su fondo. ¿No valen, ni éste ni aquél? Bueno. La sonrisa algo triste, de mis labios, no se esfumará por eso. Me seguiré agarrando con fuerza a la pluma. Y no para hacer una obra maestra, que no puede salir, creo, de mí; pero sí para evadirme, para alejarme un poco del dolor, y, también, para llevar a mi poesía el amor y la sinceridad que nos falta, hoy, a los hombres.⁴

3 Rubio, “¿Conoce usted algún valor ignorado?”, 19.

4 *Ibid.* Ese cuento aparece publicado en la misma página de la revista, a continuación del escrito de Rodrigo Rubio. Siete años más tarde, el escritor lo incluirá en su libro *Palabras muertas sobre el polvo*, con alguna breve modificación que señalaremos en su momento.

Su deseo de ser valorado como escritor de cuentos lo consiguió, sobre todo, a partir de la publicación de una de las obras de las que Rubio se sentía más orgulloso, el libro de relatos *Papeles amarillos en el arca*, con el que logró el premio Álvarez Quintero, de la Real Academia de la Lengua, en 1970. Y es que, como él manifestó en muchas ocasiones, era un ferviente admirador de las narraciones cortas, morosas, de Gabriel Miró, Vicente Blasco Ibáñez y Pío Baroja, así como de las de Francisco García Pavón, Ignacio Aldecoa, Miguel Delibes, Jorge Ferrer Vidal o Alfonso Martínez-Mena, entre otros. De ahí el gran cariño que siempre confesó tener a este libro:

De “Papeles...”, me dijo Miguel Delibes que ahí estaban mis mejores páginas. Algo parecido me escribió también Baltasar Porcel desde Barcelona o Mallorca. Tal vez sea así. Entonces algo había conseguido, respecto al desafío que yo, en cuanto a la narración breve, me había impuesto.⁵

A pesar de las dificultades existentes para situar al escritor albaceteño dentro de una generación literaria concreta, veremos cómo quienes se han ocupado de su quehacer literario lo adscriben, casi de forma unánime, dentro de lo que se ha venido denominando realismo social o novela social. De ahí que parezca conveniente dedicar a este tipo de novela un apartado específico, en el que observaremos algunas de las definiciones más significativas que se han dado de la misma, así como sus características más relevantes y los nombres de sus autores más representativos.

Nos haremos eco, también, de la concepción que Rodrigo Rubio tenía de la literatura como compromiso personal con el débil, el enfermo y el marginado; es decir, con quienes más necesitaban que se les ofreciera un mínimo resquicio de esperanza. Igualmente, comprobaremos su defensa de la literatura como testimonio de la vida del ser humano en su lucha diaria, muchas veces infructuosa, por encontrar la felicidad. Por tanto, su obra literaria está necesaria e ineludiblemente marcada por una orientación realista y por una intención crítica, que le llevaron a ocuparse, de forma

5 Rubio, “El cuento un desafío para mí”, 90.

casi permanente, de una serie de temas como, por ejemplo, el abandono del campo, la emigración a las ciudades, la guerra civil, la posguerra, los minusválidos, el dolor y la muerte.

Todo ello, como consecuencia de que Rodrigo Rubio fue siempre un escritor preocupado por el ser humano y, sobre todo, por los trabajadores. Ese es su mundo literario, como él mismo confiesa en el prólogo de su novela *La espera*:

En todo escritor existe un verdadero mundo, por el cual se siente preocupado. Lo más natural es que, al escribir, vaya a ese mundo. Existe una fuerza que le empuja, que le arrastra. El escritor sabe que corre un gran peligro; sospecha que le van a decir que siempre gira en torno a lo mismo. He aquí, pues, el arma de dos filos. Él sabe que el arma le está rozando y que se puede cortar. Pero, por otra parte, comprende que no debe salirse de la parcela donde aún le reclaman. Quedan gentes y circunstancias que desean tener vida, hacerse realidad en las páginas del libro.⁶

En su quehacer literario a lo largo de más de cuarenta años de labor profesional, se puede observar la existencia de tres grandes ejes narrativos: el del mundo perdido, el de la literatura social y el de la literatura experimental. Tres líneas que, a su vez, permiten establecer cuatro etapas en su trayectoria literaria. En este sentido, veremos cómo el propio autor hablaba de la dificultad para fijar los límites entre esas tres líneas narrativas, dada la permanente presencia de elementos de cohesión entre ellas, tales como los recuerdos personales, la nostalgia de la vida en el campo o las preocupaciones de índole social y económica.

En primer lugar, nos encontramos con la añoranza del mundo perdido y con la presencia de una muy particular interpretación de los conocidos tópicos literarios del *locus amoenus* y del *beatus ille*, así como de aquel otro referido al menosprecio de corte y alabanza de aldea. Se trata de una primera etapa marcada por la nostalgia de su niñez y su adolescencia

⁶ Rubio, *La espera*, 10.

en el seno familiar. En tal sentido, la mayor parte de sus criaturas literarias pugnan por no abandonar sus pueblos y sus tierras y, cuando no les queda otro remedio que hacerlo, bien sea a causa del fenómeno migratorio o por cualesquiera otros motivos, se mostrarán como personas afectadas por el desarraigo y por una perentoria necesidad de retorno a sus orígenes.

Se trata de un eje narrativo que, como tendremos ocasión de comprobar, no solo aparece en sus primeras obras, sino que, cual pescadilla que se muerde la cola, reaparece en muchos de sus últimos escritos, en la que sería una cuarta etapa.

La segunda etapa, la más dilatada en el tiempo y en sus frutos literarios, se corresponde con la adscripción a lo que se viene denominando realismo social, realismo crítico o novela social, y constituye el segundo gran eje narrativo al que anteriormente nos referíamos. Dicha preocupación por la temática social —que el escritor continúa vinculando, de forma habitual, con la alabanza del campo manchego y con la censura de los numerosos inconvenientes de la vida ciudadana— dará origen al bloque más numeroso de su obra literaria y, también, al que más atención ha merecido por parte de los estudiosos y críticos de la literatura española que se han hecho eco de su obra. Y ello a pesar de que la mayor parte de estos se inclinan por presentar a Rodrigo Rubio como un escritor vinculado a un realismo existencial de fuertes raíces cristianas, más que como un novelista social al uso.

En esta segunda etapa cobra una enorme importancia el cultivo de la novela con una manifiesta vocación realista y una firme y decidida voluntad testimonial, no exenta del habitual costumbrismo de la etapa anterior. De ahí el gusto por la descripción detallada y minuciosa de los ambientes en que resultan más precarias las condiciones de vida; la permanente simbiosis que se establece entre esos escenarios y las personas que los habitan; el uso de un lenguaje en el que siguen teniendo cabida —aunque en menor medida que en la etapa anterior— los localismos o modismos característicos de sus gentes; una marcada tendencia hacia el objetivismo narrativo y las consideraciones de tipo sociológico, así como la continua reflexión sobre la guerra civil y sus consecuencias más inmediatas.

Algunos de estos temas se verán igualmente reflejados en un género literario que Rodrigo Rubio no había utilizado hasta ese momento: el ensayo. Un género literario que le va a servir para hablar de experiencias propias y muy cercanas, como es el caso de los enfermos y los minusválidos; para elaborar diagnósticos y radiografías sobre la sociedad española o sobre la literatura española del momento, o para rendir homenajes a las tierras y pueblos albaceteños o a personas como el Papa Juan XXIII y el pintor Francisco Lozano. Ensayos que el escritor albaceteño presenta, en la mayor parte de los casos, en forma de pequeñas crónicas, reportajes o entrevistas, con la intención de dotarlos de una mayor amenidad.

El tercer eje narrativo, que se correspondería con su tercera etapa, está marcado por una literatura más fantástica e imaginativa, muy próxima al esperpento y en consonancia con los presupuestos estéticos de la llamada novela dialéctica o experimental de los años setenta. Es en esos momentos cuando su pueblo natal, Montalvos, se transforma en el mítico escenario de Monsalve, en el que Rodrigo Rubio sitúa algunas de sus obras más queridas, como *Papeles amarillos en el arca* y *Cuarteto de máscaras*. Un escenario mítico cuyo nombre procede del apellido de la familia con la que emparentó el padre del escritor en su primer matrimonio y en donde situará historias de vivos y de muertos; historias de tiempos próximos y leyendas de otras épocas, porque en estos momentos —según afirmaba el autor—su literatura le pedía imaginación, misterio y cierta tenebrosidad.

Entre las novedades más destacables, especialmente evidentes en sus relatos, se puede apreciar una mayor preocupación por el estilo, con un vocabulario más culto y una sintaxis más compleja y elaborada, lo que permite, por ejemplo, la creación de neologismos y de palabras compuestas mediante el uso de guiones. Igualmente, es muy habitual la presencia de temas relacionados con la imaginación y la fantasía, algo que se podría relacionar con el llamado realismo mágico, tan característico de la novela latinoamericana. Y otro tanto cabe afirmar respecto del uso frecuente de las distorsiones espacio-temporales y del cambio en el enfoque narrativo para dar paso a la parodia, el sarcasmo, la caricatura y el esperpento.

Finalmente, hemos establecido una cuarta etapa, a la que, siguiendo el término empleado por Luis Mateo Díez, hemos calificado como la de los “mundos propios”; es decir, aquella en la que reaparecen las biografías y los testimonios personales, autobiográficos; la vuelta a los orígenes (cargada de un cierto romanticismo impregnado de melancólica añoranza); la novela histórica; la novela policíaca, y la novela erótica. Todo ello sin abandonar en ningún momento la visión crítica, sarcástica y esperpéntica de la realidad que había sido característica de su segunda y tercera etapas y que está presente incluso en la literatura infantil y juvenil en la que el escritor se adentró en los años ochenta y noventa.

Además, Rodrigo Rubio continúa con un gran cuidado del lenguaje y del estilo y recupera algunos recursos técnicos tradicionales, como pueden ser la presencia del narrador omnisciente, la primera persona narrativa, el monólogo interior y el diálogo, aun cuando este suele aparecer incorporado dentro de la narración en primera o tercera persona, tanto en estilo directo como en estilo indirecto y en indirecto libre.

Para esa vuelta a los orígenes, el escritor albaceteño se sirve de un recurso técnico muy habitual en toda su trayectoria literaria, y muy especialmente en las obras en las que, como había ocurrido en su primera etapa, se produce el nostálgico recuerdo del pasado. Nos estamos refiriendo al *flash-back*, una técnica que permite al narrador efectuar continuos saltos en el tiempo y mucho más cuando se emplea dentro del monólogo interior o del llamado *fluir de la conciencia*.

Resulta llamativo el hecho de que algunas de estas novelas estén protagonizadas por personas mayores a las que se trata de arrancar de su forma de vida y su entorno cotidianos, lo que propicia la aparición de los recuerdos, las nostalgias o las obsesiones, con lo que aún se hace más dolorosa la sensación de desarraigo y la añoranza del mundo perdido. Ese es el caso, por ejemplo, de las obras a las que Rodrigo Rubio califica como novelas de memorias, en las que, desde la atalaya y la perspectiva que permite la experiencia de los muchos años vividos, se intenta el imposible reencuentro con el mundo de la infancia y la adolescencia. Tal vez por eso, se hace necesario buscar en el interior de uno mismo las explicaciones para muchas de las incógnitas, miedos, temores y enfermedades, para lo cual, en algún caso, será necesario recurrir a la ayuda del psiquiatra. En otros casos,

el escritor expresará su descreimiento en la política y los políticos y, de forma muy especial, en un Dios Padre cruel e injusto, en parte compensada por la presencia amorosa de su hijo Jesucristo. Y, siempre, amparándose en el refugio que representan la familia, los amigos y la música de Mozart, Vivaldi, Bach y Telemann, junto a la soledad y la esperanza, apoyada en un vaso de buen güisqui.

I. VIDA Y OBRA DE RODRIGO RUBIO

1.1. Biografía

Rodrigo Rubio Puertas nació el 13 de marzo de 1931 en Montalvos, un pequeño pueblo de la provincia de Albacete, el cual, por aquellas fechas, contaba con unos 480 habitantes que, posteriormente, fueron disminuyendo en número a causa de la emigración. Este municipio es definido por el escritor como un “pueblecillo blanco, hermoso, tranquilo y muy festero, con mucha unidad entre sus gentes”⁷, que se encuentra situado a 3,5 kilómetros de la carretera general Madrid-Cartagena-Alicante y a 12 kilómetros de La Roda, a cuyo partido judicial pertenece, y que posee una extensión de 24 kilómetros cuadrados, dedicados en su mayor parte a las labores agrícolas. En opinión del propio Rodrigo Rubio:

Lo mejor de Montalvos son sus tierras, ligeras, agradecidas. Bastan cuatro gotas en abril o mayo para que haya cosecha, y muchos años superbuena. Aquí abundó siempre el viñedo, dando caldos de buena calidad. También se cultivaba azafrán, en pequeñas parcelas próximas al pueblo. En tiempos había cuatro o cinco bodegas de regular importancia: la de Pasitos, la de Avelino, la de Santiago el Herrero y la de los Pozos. El vino blanco, de uva pardilla—como el que elaboraba mi padre—, era formidable, de bastante grado; el negro, de bobal y garnacha, para qué. Lo sacaban muy rico Juan José Sevilla *Pasitos* y Josillo Ponce.⁸

7 Rubio, *Albacete, tierras y pueblos*, 30.

8 *Ibíd.*, 30. A lo largo de la extensa obra del escritor albaceteño, son numerosísimas las ocasiones en las que aparecen referencias, en términos muy similares, al excelente vino de Montalvos, al que producían las viñas de su padre, a las bodegas de su pueblo, a las variedades de uvas existentes en la localidad y, sobre todo, a las de Juan José Sevilla y las de José Ponce.

La historia de los primeros años: tiempo de paz y felicidad

Era la suya una familia de labradores de clase media o, como solía decir muy frecuentemente el propio Rodrigo Rubio, de labradores de media capa, de par de mulas, los cuales tenían suficiente tierra como para comer toda la familia y, después, vender el excedente y con lo recibido poder hacer frente a otras necesidades. La familia la formaban Buenaventura Rubio Marqués, natural de Montalvos, su esposa, Dolores Puertas Mendieta, natural de La Roda, y sus cinco hijos: Pilar, Florentina, Juan, Rodrigo y Conchita, más los cuatro habidos en el primer matrimonio de Buenaventura con Mariana Marqués Monsalve: Dimas, María —fallecida a los cinco años de edad—, Cristino y Heriberto.

Del primer matrimonio de su padre con Mariana había nacido un primer hijo, también llamado Juan, quien murió, siendo cabo del ejército español, durante la Guerra de África, en el desastre de Annual (1921). En su memoria, la calle en la que vivía la familia recibió el nombre de Juan Rubio. En el número 27 de esa misma calle nacería diez años más tarde Rodrigo Rubio.

En relación con el ambiente familiar en el que se crio el joven Rodrigo, este apunta lo siguiente:

En mi familia —campesinos de par de mulas— no había tradición literaria ni, apenas, cultural. Mi padre, no obstante, era uno de esos hombres sentenciosos, socarrones, con *dichos* siempre acertados. Un filósofo, a su manera. Mi hermana Pilar —fallecida a los 38 años, antes de que yo empezara a publicar— tenía vocación de actriz y de autora. Escribió alguna comedia breve —representada en Montalvos y en otros pueblos de la comarca— y varios cuentos.⁹

Como podemos ver, uno de los rasgos que con más cariño recuerda Rodrigo Rubio de su padre es su afición a los chascarrillos, brindis y refranes. Así, por ejemplo, cuenta que era una persona muy

9 Rubio, “Breve apunte sobre mi narrativa”, 213.

querida por todo el mundo, que le gustaba madrugar y salir a dar un paseo; al cabo de un rato, regresaba y decía: “ya he puesto al pueblo de vuelta y media”. En este sentido, el escritor recuerda que su padre tenía muchos amigos en el pueblo, al igual que en pueblos y aldeas vecinos y en la capital, en donde se relacionaba con médicos, notarios, abogados y comerciantes. Muchos de ellos solían acudir a la vieja casona del pueblo, donde eran obsequiados con una buena merienda. Después, Buenaventura cantaba coplillas populares como aquella que decía: “Vino que del vino vino, / vino con tanto fervor / que al hombre sin saber de letras / lo hacía predicador”. O aquella otra en la que un viudo visitaba una taberna y decía al dueño: “Tabernero, écheme medio litro / de ese vino tan enjuto, / que se ha muerto mi mujer / y le quiero llevar luto”.¹⁰

De igual modo, habla de algunas de sus aficiones, como la de leer frases de filosofía en un almanaque del Sagrado Corazón de Jesús, que era conocido como “el taco”; el gusto por la lectura de novelas de tipo folletinesco; el juego de interminables partidas de cartas con los amigos, en las tardes de invierno, al calor de la lumbre, y en verano en el patio, y el hecho de que le gustaba dirigir a los operarios de sus tierras, si bien era él quien podaba las viñas y quien pisaba en último lugar la uva blanca porque, de ese modo, sacaba un vino estupendo.

Su padre, aunque no tenía estudios, era un hombre con una gran facilidad para las matemáticas: hacía las cuentas de la siega a otros vecinos del pueblo y acostumbraba a llevar todo muy bien anotado en libretas que él mismo se hacía y que a su hijo Rodrigo le resultaban muy curiosas. De ahí que el escritor albaceteño lamentase no haber podido conservar ninguna de ellas.

Una curiosa anécdota que nos contó Rodrigo Rubio fue la que se refiere a la confesión previa a su primera comunión. El sacerdote le preguntó si quería a sus padres y, ante la respuesta afirmativa del niño, le dijo que de la misma forma tenía que querer a Franco. Cuando Rodrigo se le contó a su padre, este le comentó que, la próxima vez que fuera a

¹⁰ Estas y otras coplillas son recordadas por el escritor con relativa frecuencia, tanto en algunos de sus libros como, en este caso, en la conferencia que pronunció en la Diputación Provincial de Albacete con ocasión de su nombramiento como “Albacetense de la diáspora”, el 5 de octubre de 1997. Dicha conferencia llevó por título “De Montalvos a Monsalve: pasando por caminos de luces y sombras”.

confesarse, comiera antes muchos ajos y que luego, haciéndose el sordo, se acercara mucho al cura. De esa forma, este lo despediría muy pronto y no se entretendría en hacerle comentarios inadecuados.

A su madre la recuerda como una mujer entregada al trabajo de la casa y a los cuidados de sus hijos y los del anterior matrimonio de su marido, y como una persona a la que no le gustaba leer; en cambio, le encantaba escuchar a sus hijas leer en alta voz.

En este sentido, señala Rubio que el criterio de los padres era que, si no podían estudiar todos los hijos, era preferible que no estudiara ninguno. De ahí que todos fueran a la escuela y después, junto con otros diez o doce muchachos, a las clases nocturnas que impartía en Montalvos un maestro, don Máximo, el cual insistía mucho en las matemáticas, la escritura, la caligrafía y la ortografía, y tenía la costumbre de leerles y comentarles algún libro. Aparte de esto, sus hermanas Pilar y Florentina acudían a academias en La Roda y en Albacete, en las que, entre otras cosas, aprendían arte y confección.

Pues bien, como se puede apreciar, en aquella casa vivió Rodrigo una infancia muy feliz, ya que las relaciones entre los hermanos eran sumamente cordiales y la situación económica de la familia, unida a la esplendidez que caracterizaba a sus padres, permitía que el hogar familiar estuviera siempre abierto a vecinos, amigos, caminantes o mendigos, quienes solían acudir con frecuencia en busca de una reconfortante merienda:

 Mi casa, decían, siempre tenía las puertas abiertas: para la vecindad, para los mendigos, para los caminantes. Mi padre elaboraba siempre un vinillo blanco muy bueno (de uva de pardillo, del viñedo que teníamos entre el camino del Pino y el camino Romano, al oeste del término, cerca ya de la aldea de Marianández, rozando con el término de La Roda). En mi casa se detenían muchas gentes para beber de aquel vino, que mis padres y hermanos mayores ofrecían con generosidad. Yo recuerdo a los señores de Albacete (abogados, médicos, comerciantes, empleados, etc.), amigos de mi padre, que venían con sus autos antiguos, negros, de estructura cuadrada, para detenerse a las puertas de mi casa. Entraban. Merendaban, bebían.

Trocitos de quesos, de jamón, habas tiernas, el pan blando y blanco, y el vino de siempre, tan rico.¹¹

Por otro lado, y en relación con el ambiente alegre y feliz en que vivió sus primeros años, nos contaba Rodrigo Rubio lo siguiente:

Mi casa era alegre. Los domingos, el patio se llenaba de bicicletas. Eran de muchachos que venían de pueblos vecinos y de las aldeas. Amigos de mis hermanas y hermanos. En casa siempre hubo un gramófono, y en aquel patio, en parte emparrado, con muchos vergeles junto a las paredes, se organizaban fiestas: meriendas, bailes, reuniones muy alegres. En varias de mis obras—*Un mundo a cuestas*, *El gramófono*, *La espera*, etc.—hago referencia a esas fiestas. También a otros festejos, como los de San Marcos, el 25 de abril, patrón del pueblo. Mucha alegría, convivencia feliz.¹²

Además de las fiestas del patrón del pueblo, recuerda Rodrigo Rubio otras varias festividades y romerías a las que la familia solía prestar especial atención, dada la condición de cristiano viejo y liberal del cabeza de familia, Buenaventura Rubio, a quien su hijo va a introducir como personaje literario en muchas de sus novelas y cuentos. Así, en esta ocasión, escribe lo siguiente:

11 Esta cita corresponde a uno de los diversos textos que conforman unas *Notas autobiográficas* que Rodrigo Rubio tuvo la amabilidad de facilitarme y que obran en mi poder. Figura en la página 2 de las mismas. En adelante, cuando nos refiramos a dichos textos, citaremos como *Notas autobiográficas*.

Como se puede apreciar, el escritor menciona dos de los caminos pertenecientes al municipio de Montalvos en aquellos años. Desde los caminos salían carriles y sendas que conducían a las distintas fincas, como, por ejemplo, el carril de la Madre Señora, el de Cavila o la senda del Toboso. Hoy día todos esos caminos, carriles y sendas no existen, como consecuencia de la concentración parcelaria que tuvo lugar entre los años 1997 y 1998, cuando fueron sustituidos por modernas carreteras.

12 *Ibíd.*, 3. En este texto aparecen dos de los símbolos que se convertirán en auténticos tópicos referidos a la vida feliz de la infancia y la juventud del escritor. Se trata del patio emparrado de la casa y, de forma muy especial, el viejo gramófono en el que la familia solía escuchar música clásica y canciones de copla española.

Recuerdo también nuestros viajes a pueblos próximos, como a Fuensanta, por ejemplo, el día 8 de septiembre, para visitar el Santuario de Nuestra Señora de Los Remedios, donde mi padre, como tantas gentes más, hacía una ofrenda a la Virgen: todo lo que pesábamos nosotros, sus hijos, en kilos de trigo. También íbamos a ese pueblo, y luego caminábamos hacia La Roda, en mayo, cuando el traslado de la Virgen. No nos dejábamos, tampoco, las fiestas de San Gregorio, el 9 de mayo.¹³

En sus años mozos, Rodrigo solía jugar con otros chicos de su edad, unos diez u once amigos, que después formarían una de las “quintas” mayores del pueblo, la llamada “quinta del 52”; es decir, la correspondiente a los nacidos en el año 1931. Entre ellos recuerda especialmente a Quintín Olivares, Benjamín Picazo, Juanín Muñoz, Amador Valverde y Dionisio Delicado. De este último nos contó que había emigrado a Elche (Alicante) y que murió en un accidente de tráfico cuando se dirigía hacia Montalvos.

Algunos de esos amigos, y otros algo mayores, aparecen reflejados, con sus nombres y apellidos, en varias obras del escritor o, bien, tendrán sus correspondientes trasuntos literarios en diversos personajes de ficción, como es el caso, por citar tan solo un ejemplo, de una de sus novelas más arraigadas en la vida de Montalvos, la titulada *Un mundo a cuestas* (1963).

Una época de ventiscas y tormentas

Aquellos tiempos hermosos y felices se vieron truncados con el estallido de la Guerra Civil, que obligó a la familia a cerrar las puertas, hasta entonces siempre abiertas, de la casa. El miedo y el luto sustituyeron a la confianza y la alegría, a la vez que las huellas de la contienda se dejaban sentir cada vez con mayor crudeza en el seno familiar. Así, un hermano de Rodrigo, Cristino, murió en Nules (Castellón), en marzo de 1939, durante uno de los últimos bombardeos efectuados por la aviación nacional en la que todavía era zona republicana, y otro, Heriberto, recibió el impacto de

13 *Ibíd.*

la metralla de un mortero, que le produjo graves e irreversibles secuelas, tanto visuales como psicológicas.

Aunque las vivencias de esta época forman parte de muchos de sus libros —y a ello tendremos ocasión de referirnos en su momento—, nos parece conveniente dejar constancia de un testimonio sumamente esclarecedor, ya que se trata de los recuerdos grabados en la memoria de un Rodrigo Rubio que, por entonces, contaba con tan solo cinco años:

De la guerra recuerdo perfectamente sus comienzos. Estaba yo con un amigo que se llamaba —y se llama— Fernando Escribano, junto al corral que teníamos nosotros, en la misma calle de nuestra casa, pero aparte. Como era verano —el mes de julio— jugábamos en un rincón situado hacia el norte. Allí siempre daba la sombra y se estaba fresco. Creo que habíamos construido una casa, un carro de juguete y un pozo. Nos entreteníamos cuando oímos algarabía en las calles. Era que habían llegado milicianos de la capital, hombres y mujeres, en coches abarrotados, algunos de esos milicianos en pie en los estribos. Cantaban “La joven guardia”, o algo así. Se unieron a los milicianos del pueblo, entre los que destacaba una mujer a la que le decían La Churra, y también un hombre —de oficio carnicero— que se llamaba Ramos [...] Recuerdo de aquel día en que supe, de verdad, que estábamos en guerra (julio de 1936, yo tenía cinco años), que Ramos reía a carcajadas en la plaza, estampando contra el suelo la imagen del Santo Patrón San Marcos. La Churra no sé si se entretenía en esas “pequeñeces” de quemar santos. Ramos llegó a vestirse sotana, ropas de los curas, y así hacer más divertido su trabajo. Es lo que recuerdo del comienzo de la guerra.¹⁴

En 1999, en el transcurso de una entrevista concedida a Francisco Gómez-Porro para la revista *Añil*, recuerda Rodrigo Rubio con mucho detalle la situación vivida por su familia durante la guerra y, muy

14 *Ibíd.*, 6-7. Los recuerdos correspondientes a los milicianos y a la quema de imágenes de la iglesia de Montalvos están presentes en numerosas obras de Rodrigo Rubio. No obstante, y por referirnos solo a uno de los casos más significativos, destacaremos la novela *Fábula del tiempo maldito* (1997), en la que rememora los episodios más crueles de la guerra y de la inmediata posguerra.

especialmente, en lo concerniente a su padre, a quien vuelve a definir como un labrador modesto que tenía algunas viñas y tierras de cereal y de huerta: un labrador de “par de mulas”, como se solía decir en La Mancha. A continuación, añade que era un hombre liberal y muy prudente, que sufrió la persecución de gente de ambos bandos:

Primero lo fastidiaron los milicianos. Muchos eran amigos y personas que habían trabajado en nuestra casa. Se llevaron las mulas, los aperos, colectivizaron la tierra. Tenía noventa almudes y le llamaban rico. Recuerdo una siesta en que varios milicianos vinieron a mi casa. Querían que mi padre les entregara las mulas. Uno de ellos le puso la escopeta en el vientre. Mi padre la apartó de un manotazo y se negó a darles lo que querían. Así muchas veces. Pero fue peor cuando acabó la guerra y vinieron los falangistas. Rompieron las portadas de entrada a mi casa con un camión para llevarse el vino. Venían a merendar todas las tardes sin que nadie les invitara. Cantaban el Cara al sol. Yo tenía una hermana que estaba casada con un oficial republicano. Vino al pueblo mientras su marido estaba encerrado en la Plaza de Toros de Valencia. Como mi madre era el sostén de la casa se vengaron en la familia encarcelándola durante un tiempo. A mi hermana le traían camisas azules a casa para que les bordara el yugo y las flechas. Lloraba mientras ...¹⁵

También por entonces —concretamente en el verano de 1937— comenzó para Rodrigo una larga y penosa enfermedad. Sus piernas se vieron seriamente afectadas por una vacuna contra el tifus, lo que hizo que la familia tuviese que realizar frecuentes y duros viajes, siempre en carro, para que su hijo fuese tratado por médicos de La Roda y de Albacete, en busca de una curación que no llegaría jamás. Sobre todo en sus últimos años de vida, el escritor tenía que andar con muletas y soportaba fuertes dolores de espalda, que intentaba aliviar con la administración de calmantes y antiinflamatorios, los cuales quebrantaron notablemente su salud y mermaron de modo considerable su capacidad de escribir, ya que,

15 Gómez-Porro, “Rodrigo Rubio: crónicas de la pobre gente”, 29.

entre otras cosas, no podía permanecer durante mucho tiempo sentado ante la máquina de escribir.

Acabada la guerra, Rodrigo asistió a una escuela nocturna abierta en Montalvos por su hermana Pilar y su cuñado Juan Andrés Sevilla Escribano¹⁶, a la que, según Rodrigo Rubio, acudían muchos muchachos analfabetos del pueblo. Pero, como los tiempos eran difíciles, la familia tuvo que dedicarse a otros menesteres menos gratos que el de dar clases, mas no por ello menos necesarios para la subsistencia familiar:

Juan Andrés, además, hacía de recovero recorriendo aldeas para comprar huevos. También compraba pieles de conejo, de oveja. Lo facturaba todo en la estación de La Gineta para algún pueblo de Valencia, Alcira o Algemés, donde tenía amigos. Poco a poco, entre aquel género de libre circulación, empezó a colocar algún estraperlo, harina, lentejas, etc., artículos intervenidos. Era el signo de los tiempos. Hacer algo, aunque exponiéndote, para sobrevivir.¹⁷

Esta actividad de su cuñado Juan Andrés, así como las penurias que él y su mujer hubieron de padecer tras la guerra, serán relatadas numerosas veces en varias obras de Rodrigo Rubio. De la misma forma que, en menor medida, se referirá al hecho de que también su padre intentara, en una ocasión, pasar género sometido a intervención, con un resultado muy distinto al esperado:

16 Rodrigo Rubio guardaba un gratísimo recuerdo de quien fuera su cuñado, Juan Andrés Sevilla, pues siempre se portó muy bien con él y con su hermana Pilar. De él nos contó que había sido militar voluntario en el bando republicano y que llegó a ser oficial durante la guerra. Posteriormente, fue detenido en Valencia y quedó en libertad gracias a las gestiones realizadas por varias familias católicas a las que él había ayudado con anterioridad. Quedó sin graduación y, aunque años después se le propuso reintegrarse en el ejército, al no tener delitos de sangre, él se negó a hacerlo. Más tarde, él y su mujer regresaron a Montalvos, en donde pusieron en marcha una escuela nocturna a la que, entre otros, asistía Rodrigo. Años después de morir Pilar, Juan Andrés se casó con una mujer de Villanueva de la Jara (Cuenca) y, poco a poco, Rodrigo iría perdiendo contacto con él.

17 *Notas autobiográficas*, 11.

Mi padre, siempre temeroso, y fiel cumplidor de las leyes, se decidió en una ocasión a vender algún género del intervenido. Lentejas, creo. Se las vendería a unos ferroviarios, de aquellos que detenían la locomotora “Forita” —la de hacer maniobras— en mitad de la llanura, frente a nuestro pueblo, cerca de la Hoya del Pozo y de la Casa Nueva. Mi padre llevaría los sacos de lentejas hasta un determinado lugar, y allí los cargarían los ferroviarios. En vez de los ferroviarios se encontró con la Guardia Civil. Le decomisaron el género y le pusieron una buena multa. Una y no más, Santo Tomás, que diría él.¹⁸

Los estudios en la escuela de Montalvos prosiguieron, con diversos maestros, hasta los trece años, edad en la que Rodrigo Rubio tuvo que colaborar con más asiduidad e intensidad en las faenas del campo: sarmentar las viñas, segar, trillar, acarrear el grano, recoger leña en los pinares, coger lentejas, etc. Además, también iba dos o tres veces por semana a la localidad vecina de La Gineta, en donde su cuñado Juan Andrés había puesto una taberna y vendía vino de Montalvos. Rodrigo era el encargado de llevarle el vino en unos tonelillos y una bombona, utilizando para ello un carrillo y un mulo. El viaje lo hacía en el día y, después de comer con su hermana y su cuñado, regresaba a Montalvos para que no se le hiciera de noche. Y cuenta Rodrigo que casi siempre iba alguien con él hasta La Gineta: alguna persona que iba a tomar el tren o unas muchachas un poco “putillas”, como aquellas que eran conocidas como “las Otairinas”, las cuales en diversas ocasiones aparecerán retratadas en algunas páginas de sus novelas y cuentos, al igual que ocurre con esos viajes en carro para llevar el vino a La Gineta.

Todos esos trabajos eran la consecuencia inmediata del hecho de que sus hermanos mayores se iban marchando de la casa y de que los padres habían envejecido, y tan solo Juan, Conchita y Rodrigo podían ayudarles, si bien las tareas más duras las llevaba a cabo Juan pues, como afirma Rodrigo, este hermano siempre le ayudó mucho.¹⁹ Pero, a partir de

18 *Ibíd.*

19 De su hermano Juan nos contaba Rodrigo Rubio que vive, ya jubilado, entre las localidades de Valencia y Cullera, sobre todo en esta última localidad, en donde posee un apartamento que le permite disfrutar de una de sus mayores aficiones: la pesca en el faro. También gusta de escribir versos algo ripiosos para sus tres nietos, en los que habla, con añoranza, de sus recuerdos de Montalvos.

1947 y a pesar de la debilidad de sus piernas, el futuro escritor tuvo que hacerse cargo de otras tareas que antes correspondían a su hermano Juan, porque este se tuvo que marchar al servicio militar:

Se acababa la niñez. Y se terminó del todo cuando yo, en 1947, cumplía los dieciséis años. No es que, de momento me sintiera ya hombre. Solo un muchacho cargado de responsabilidades. Ese año, el 1947, Juan tuvo que marcharse a la mili, a Valencia. Y recuerdo el día que lo despedimos en la estación de La Gineta. A mí creo que se me escaparon muchas lágrimas. Era que, de momento, nos quedábamos en casa—una casa de familia numerosa—mis padres, un tanto delicados ya, mi hermana Conchita y yo. Yo tendría que ser el que llevara la labor. Era mucha responsabilidad para mí, muchacho de dieciséis años. Tendría que tomar la yunta de mulas y arar. También sembrar. Todos los trabajos de nuestra modesta hacienda. No podíamos tener a un hombre fijo, como mulero, y mi padre sólo contrataba temporalmente, según el trabajo, a algunos peones.²⁰

A pesar de la dureza que representaba el trabajo en el campo para un muchacho enfermo de las piernas, el escritor albaceteño se sentía muy contento y orgulloso de las labores que desempeñaba en aquellos años:

Llevar la labor en casa era duro, pero también hermoso. Tengo algunos buenos recuerdos de aquel tiempo. Yo vestía de pana, y calzaba las abarcas calzaeras, como cualquier labrador que se preciara. Me gustaba mucho trabajar en el campo. Creo que es algo hermoso. Me gustaba labrar la tierra, con la yunta. Ir detrás del arado, ver, a mis pies, la tierra húmeda, fresca, removida. A veces, lo recuerdo, me sentía muy solo, en medio de los campos llanos, tan crío, con tanta responsabilidad. Me pasaron trances amargos, como un día que

Asimismo nos dijo que a su hermano Juan siempre le estuvo muy agradecido porque le ayudaba en los trabajos del campo, tratando de evitarle las tareas más duras, como echar los haces al carro—Rodrigo se ocupaba de apañarlos arriba—o subir por las escaleras los costales de trigo.

20 *Ibíd.*, 14.

volqué el carro, pasando peligros. Pero me gustaba sembrar en los barbechos, esparcir la semilla. Luego, cuando esa semilla germinó, muchos hombres maduros, expertos labradores, vinieron a decirle a mi padre que lo había hecho muy bien, que no se notaban "las rayas"; es decir, que toda la siembra había nacido pareja. A mí me gustaba aquello. Y madrugar, en las mañanas del otoño, húmedas, con niebla. Y comer en el campo, junto a algún otro labrador vecino, al abrigo de un majano, de unos pimpollos. Algo de todo este sabor lo dejé escrito en *Un mundo a cuestras*, la novela más enraizada en lo nuestro de todas las que he escrito.²¹

Todos esos trabajos en el campo los compaginé durante dos años con estudios de cultura general y comercial por correspondencia. En su mente rondaba la idea de irse algún día a Valencia con su hermana Pilar y su cuñado, los cuales habían regresado a esa ciudad en el año 1945 y se habían instalado en un puesto del Mercado Central. Por ello, Rodrigo quería estar preparado para cuando ese viaje fuese posible. Entre tanto, comenzó a leer con gran avidez los libros que Pilar le recomendaba, especialmente a Vicente Blasco Ibáñez, muchas de cuyas novelas, publicadas por la editorial Prometeo, habían sido guardadas en un arca de la casa paterna al acabar la guerra.²² Gran parte de esas lecturas, al igual que la redacción de sus primeros poemas, las hacía en el campo, al mediodía, mientras las mulas descansaban y comían.

21 *Ibíd.* Como se puede apreciar, el propio Rubio califica a su novela *Un mundo a cuestras* (1963) como una obra de profunda raigambre manchega. A ello tendremos ocasión de referirnos, con todo detalle, en el capítulo correspondiente. Por otra parte, él solía decir que le hubiera gustado ser un buen agricultor de melones, viñedos, cereales y legumbres; un buen labrador de las tierras de Montalvos.

22 En varias obras del escritor albaceteño aparecen un arca o un baúl en los que están guardados algunos de los recuerdos de su infancia y juventud. Esta presencia es más habitual en los libros en los que habla del mundo perdido, tanto en su primera etapa literaria como en la última, y, además, sirve como motivo para el título de una de sus obras más conocidas, *Papeles amarillos en el arca* (1969).

La vida en la ciudad: Valencia

En el otoño de 1948 y siguiendo los pasos de algunos de sus hermanos mayores, Rodrigo Rubio se marchó a Valencia, en donde pronto encontró su primer empleo como dependiente en una tienda de ultramarinos, situada en la Avenida de María Cristina, junto a la Plaza del Caudillo. Allí se encargaba de cortar los cupones de las cartillas de racionamiento, de transportar mercancías desde el sótano de la tienda o desde los almacenes más cercanos, así como de barrer la acera.

Al cabo de un mes dejó ese trabajo, justo el día en que su hermana Pilar lo vio tirando de un carrito de mano, cargado con sacos de arroz y cajas de jabón. Entonces pasó a trabajar con su hermana y su cuñado en el Mercado Central de Valencia. Unas veces, ayudaba a despachar y, otras, repartía los pedidos o hacía viajes a Silla y Catarroja para comprar judías, arroz y otros productos sometidos a intervención, lo que le obligaba a tratar de burlar la vigilancia de la Guardia Civil o de los agentes de la Fiscalía de Tasas:

Aprendí a eludir controles, a bajarme en marcha del tranvía. El culo se me endureció de tanto montar en bicicleta, pues utilizaba una “máquina” de carrera, de mi cuñado Juan Andrés, y llevaba la carga a la espalda, en un macuto grande. Luego tenía que subir esa carga, y la bicicleta, al quinto piso. Pobres piernas mías.

Salía a los pueblos por las tardes. Mi cuñado —cuando no tomaba la bicicleta—, me daba dinero para el billete del autobús, pero yo entonces me iba en el tranvía que, aunque lento, me resultaba mejor, por costar la mitad de precio. Ahorraba así tres o cuatro pesetas al día. Yo quería ahorrar para comprarme un reloj de pulsera. Me quedaba mirando los escaparates de las relojerías, mientras esperaba el autobús o el tranvía, por la calle de San Vicente, del Falangista Esteve, no sé... Cuando me compré por fin un reloj barato, pensé en un traje, hecho a medida. Poco a poco me iba transformando en un muchacho de ciudad.²³

23 *Ibíd.*, 17.

Al negocio del estraperlo vuelve a referirse, una vez más, Rodrigo Rubio en la entrevista realizada por Gómez-Porro. En esta ocasión, el escritor recuerda que su cuñado compraba huevos, pollos, aceite y lo facturaba todo a las estaciones de La Gineta, Alcira y Carcagente, entre otras. Además, en el puesto del mercado vendían azafrán y algunos productos más procedentes de La Mancha. Por su parte, el joven Rodrigo “iba a Montalvos a por harina que me preparaban en sacos y yo tenía que llevarla hasta Valencia y tirar el saco por la ventanilla del tren cuando éste se aproximaba a la estación. Mis hermanos lo cogían y lo sacaban en una carretilla”.²⁴

En 1952, se trasladó a Valencia toda la familia, tras haberse desprendido de las últimas posesiones de Montalvos. Pilar les cedió el puesto del Mercado Central y Rodrigo pudo aprovechar para asistir, de cuando en cuando y con la ayuda de su hermana, a charlas literarias en la universidad, así como a bibliotecas y a academias nocturnas. Un año después, se instalaron en un piso propio, en el conocido barrio de Monteolivete, el que tantas veces y con tanto detalle describirá el novelista albaceteño a lo largo de su obra literaria.

Empezó entonces un período en el que los contactos con la literatura fueron cada vez más asiduos y más intensos, sobre todo a partir de enero de 1955, fecha en la que, tras un recrudecimiento de su enfermedad, fue operado de ambos pies en el Sanatorio de la Malvarrosa. Mas la operación resultó un absoluto fracaso y, después de pasar varios meses con los pies escayolados, estos quedaron peor de lo que estaban antes de la intervención quirúrgica, por lo cual hubo de pasar más de dos años casi inmovilizado.

Durante esos dos largos años de convalecencia, cimentó su formación literaria con la lectura de numerosos autores españoles, entre los que destacan Pedro Antonio de Alarcón, Clarín, Pérez Galdós, Azorín, Antonio Machado, Unamuno, Valle-Inclán y Gabriel Miró, así como autores franceses y rusos, tales como Balzac, Tolstoi o Dostoievski. El propio Rubio manifestaba claramente sus preferencias literarias de entonces: “Mis libros preferidos eran los clásicos españoles, desde *El Quijote* a *La Celestina*, pasando por los anónimos y Quevedo. Luego me adentré, con entusiasmo,

24 Véase la nota 15.

en la Generación del 98. Azorín, Valle-Inclán y Gabriel Miró fueron unos maestros del lenguaje para mí.”²⁵

En parecidos términos se expresaba el escritor en 1996, en un artículo suyo titulado “Novela psicológica y novela objetiva”. En él afirmaba que, tras cimentar su formación literaria en escritores como Clarín, Pérez Galdós, Alarcón, Valera y Pereda, se tropezó con la novela psicológica, en la que consideraba a Dostoievski como el más poderoso, y a cuyo nombre añade, además de los cinco escritores españoles que acababa de mencionar, a Víctor Hugo, Chéjov, Baroja, Valle-Inclán, Rómulo Gallegos, Enrique Larreta, William Saroyan y John Steinbeck. Y ese género de novela le influyó tan profundamente que, en la práctica totalidad de su obra narrativa, Rodrigo Rubio se adentra en el interior de sus personajes, en su mente y en su alma, para presentarlos a sus lectores como auténticos seres de carne y hueso que viven atormentados por los problemas o situaciones derivados de la realidad cotidiana y que los transmiten a través de sus monólogos interiores, del fluir de sus conciencias, o de los diálogos.

Precisamente, y hablando de la novela psicológica, señala Rodrigo Rubio que los rasgos psicológicos de un personaje se suelen dar casi siempre por medio de la voz misma de este, bien a través de los monólogos interiores o bien mediante el diálogo con otros personajes. Y añade:

Así, la novela es psicológica, porque al fin y al cabo nos muestra la psicología de uno o varios personajes sin necesidad de que el autor ahonde en el espíritu del hombre, sin que nos muestre el alma sobre la piel de ese hombre. El narrador ha comprendido que la situación del hombre se debía a una circunstancia. Era el mundo en torno, el ambiente de familia —estudios—, amor, lo que había producido en ese joven cierto desequilibrio. No hacía falta, por tanto, mostrar el “espíritu herido” del muchacho, sino hacernos ver que por su actitud externa, por el modo de comportarse, estaba herido, y que las heridas habían nacido a consecuencia de una realidad de vida.²⁶

25 Rubio, “Breve apunte”, 231.

26 Rubio, “Novela psicológica y novela objetiva”, 5.

Algún tiempo después se acercó a Georges Bernanos, François Mauriac, Maxence van der Meersch, Lajos Zilahy, William Somerset Maugham, Knut Hamsum, Marcel Proust, Thomas Mann, James Joyce, Herman Hesse, Roger Martin du Gard y Frank Kafka. Y, como autores predilectos, señalaba:

Sin embargo, mis lecturas preferidas serían, por ese mismo tiempo, las novelas de los autores norteamericanos de la generación de entreguerras: William Faulkner, John Steinbeck, John Dos Passos, Erskine Caldwell, Francis Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway, William Saroyan [...] Era la narrativa que a mí me hubiese gustado escribir. De entre todos esos autores me fui quedando con Faulkner, Steinbeck, Dos Passos y Erskine Caldwell. Luego descubriría a Carson McCullers, Truman Capote y John Updike. No me cansaba de leer a estos autores.²⁷

Efectivamente, los escritores de la llamada “Generación Perdida” representaron para él algunos de los mejores modelos en el arte de novelar. Incluso en los últimos años de su quehacer literario, estos escritores, junto con otros que figuran en un texto escrito por su propia mano, siguieron ocupando un lugar de preferencia entre sus favoritos:

Pero mi regocijo como lector llegaría al tener en mis manos las novelas de esa generación —La Generación Perdida— de escritores norteamericanos, desde William Faulkner a Henry Miller, pasando por Hemingway, Dos Passos, John Steinbeck, Scott Fitzgerald, Erskine Caldwell, William Saroyan, Carson McCullers, etc. Encontré en estos autores la narrativa más fuerte, más viva, más atractiva. Luego, las lecturas serían múltiples e intensas, adentrándome ya en la narrativa española moderna; es decir, en los autores que, en los años cuarenta, publicaban sus primeras obras: Cela, Ana María Matute, Carmen Laforet, Delibes, Arbó, Luis Romero, Torrente Ballester, etc., para enlazar con otros

27 Rubio, *Notas autobiográficas*, 21.

escritores más jóvenes, casi de mi generación, entre los que admiraba a Sánchez Ferlosio y Aldecoa.²⁸

Volviendo al asunto de la novela psicológica, afirma Rubio que esta se escribe en todo tiempo porque siempre la novela estudia al hombre, ya que no se puede prescindir de la psicología en la novela, aunque se empleen las formas objetivistas o se priorice la colectividad sobre la individualidad. Su postura es totalmente conciliadora, pues ambas clases de novelas pueden convivir perfectamente:

De igual forma, nosotros, si hablamos de novela social parece que nos tengamos que referir forzosamente a la narración en la que el motivo más importante es la colectividad humana que vive en circunstancias anormales, como si el resto de los hombres, se muevan en el estrato que se muevan, no formaran asimismo parte de una sociedad, lo que hace, por tanto, que si hablamos de ellos, si estudiamos sus problemas, trayéndolos a nuestra narrativa, haremos también novela social.²⁹

Simultáneamente a su fructífera y variada tarea como lector, se le fueron despertando los deseos de escribir y de participar en concursos literarios. Así, en 1960, ganó su primer premio —dotado con mil pesetas— en un certamen celebrado en Requena con motivo de la Fiesta de la Vendimia, por un artículo sobre el cultivo de la vid. Y, un año después, el premio Gabriel Miró del Ayuntamiento de Alicante, con la novela *Un mundo auestas*, premio que le supuso una gran alegría, empañada en parte por el recuerdo de la muerte de su hermana Pilar, enferma de leucemia, y de su padre, fallecidos en 1956 y 1957, respectivamente.

Según señalaba Rodrigo Rubio, el año 1961 puede ser considerado como aquel que marcó el comienzo de una nueva etapa en su vida, pues parece que tanto él como su familia empezaron a superar toda la larga

28 Rubio, “Breve apunte”, 231-232.

29 Véase la nota 15.

serie de problemas y dificultades con los que se habían encontrado hasta entonces y, por fin, comenzaron a remontar el vuelo:

Quizás fuera a partir de ese año 1961 cuando algo empezó a cambiar para mí. Podía salir de casa, aunque con bastones. Paseaba todas las tardes. Desde Monteolivete me iba hasta la Gran Vía Marqués del Turia y a la Avenida de José Antonio. Iba de vez en cuando al cine y me pasaba horas en tres puntos concretos: un quiosco de prensa, cuya propietaria se hizo muy amiga mía; la librería de lance de Eusebio Perales, y el estanco de la familia Mombiedro. Esta familia tenía, entre sus hijos, varias chicas que frecuentaban la parroquia—y que me visitaban a mí—y dos muchachos que eran músicos y tocaban en la orquesta del cubano Armando Oréfigue. Pasaba horas con estas gentes amigas.³⁰

Otra fecha muy importante para él fue el año 1962, cuando entró en contacto con los minusválidos de la Fraternidad Católica de Enfermos, gracias al jesuita Manuel Duato. La colaboración, según relata Rodrigo Rubio, duró tres años formidables, quizá de los mejores de su vida:

Asistía a reuniones, viajábamos, daba ya algunas charlas y conferencias. Empecé a trabajar en un taller-cooperativa que llevaban los minusválidos. Construíamos juguetes para la fábrica Geyper. A destajo, nos sacábamos unas pesetillas. Mientras tanto, escribía *La Feria* (Premio Ateneo de Valladolid 1962) y *Equipaje de amor para la tierra* (Premio Planeta 1965), así como los ensayos *El Papa Bueno y los enfermos* (sobre Juan XXIII), *La deshumanización del campo* y los cuentos de *Palabras muertas sobre el polvo*. Era un tiempo activo para mí. Vivía a gusto en Monteolivete, donde mis amigos eran los que iban al bar, a la peluquería; es decir, muchachos de los talleres, de las tiendas, toda aquella gente que luego, en octubre de 1965, tanto se alegraría al ganar yo un premio como el Planeta.³¹

30 Rubio, *Notas autobiográficas*, 22. Algunas de estas vivencias aparecerán reflejadas en su novela *Memoria de pecado* (1979).

31 *Ibíd.*, 23.

La concesión del Premio Planeta en 1965 marcó un hito en su devenir como escritor, ya que, además del desahogo económico que significó la recepción de doscientas mil pesetas —con las que se compró un automóvil Citroën y un estudio en Cullera— y los posteriores derechos de autor, comenzó muy pronto a degustar las mieles del éxito y de la fama y pudo dedicarse por entero a escribir.³² Desde ese momento, las charlas, entrevistas y conferencias fueron una práctica constante, aunque, según nos comentaba el escritor, este premio hizo que mucha gente, incluso algunos críticos, lo encasillaran como autor de temas dramáticos y pesimistas, llegándose incluso a pensar que, al ser él un enfermo con gran sensibilidad para el dolor, se podría haber metido en el personaje de su protagonista, María. Nada más lejos de la realidad: en esos momentos él estaba pasando por la mejor etapa de su vida —la de los treinta y los cuarenta años— y era una persona que veía la vida con gran optimismo.

Precisamente, durante una de esas charlas, conoció a la también novelista Rosa Romá Martínez, nacida en Valencia en 1940, con la que se casaría el 6 de julio de 1967, fecha en la que, según Rodrigo Rubio, empezaría otra etapa para él.

Tiempos de amor, fama e intensa producción artística

En relación con la repercusión que para Rodrigo, y también para su esposa, tuvo la consecución del premio Planeta, nos comentaba Rosa Romá que era un premio que tenía mucha resonancia, porque el ganador aparecía en los dos canales de TVE y enseguida se hacía famoso en toda España. Por eso Rodrigo empezó a colaborar casi inmediatamente en el diario *Arriba*, haciendo semblanzas de escritores, así como en el diario *Levante* y, posteriormente, en el diario *SP*, que fue puesto en marcha por el también escritor Rodrigo Royo, a quien confundían muy frecuentemente con Rodrigo Rubio, debido a la similitud onomástica

32 En relación con la cuantía económica del premio Planeta, el autor nos contó la anécdota de que, a principios de los años setenta, coincidiendo con la creación del premio Espejo de España de Ensayo, la editorial Planeta reunió a todos los ganadores de las ediciones anteriores en el hotel Ritz de Madrid y les entregó sendos trofeos y una cantidad de dinero. De esa forma, se trataba de compensarles por el posterior incremento en la dotación económica del mismo.

entre ellos. En tal sentido, Rosa Romá nos contaba la curiosa anécdota de que, cuando Rodrigo y ella fueron a recoger el álbum con las fotografías de su boda, les dieron la enhorabuena porque habían tenido noticia de que iba a editar un periódico; evidentemente, lo estaban confundiendo con Rodrigo Royo. De ahí que, en tono de broma, Rubio dijera a su tocayo que, ya que los confundían con tanta frecuencia, Royo tenía que incorporarlo como colaborador en *SP*, como así fue.

El matrimonio vivió durante dos años en Cullera, dedicado a una incesante actividad en el ámbito de la creación literaria. Rosa escribía y daba clases de inglés. Rodrigo alternaba la escritura y la pintura —una buena terapia relajante, según él mismo confesaba— al tiempo que colaboraba con los periódicos *Levante* (dirigido por su amigo Adolfo Cámara), *Arriba*, *Las Provincias*, *Diario SP*, el suplemento literario *Larra* y las agencias Fiel y Logos. Además, Rodrigo y Rosa realizaban un programa cultural en Radio Peninsular de Valencia, titulado *Página Diez*, que estaba destinado a dar noticias e informaciones sobre libros y teatro, así como sobre concursos y premios literarios.

El 25 de abril de 1968, en Valencia, nació su primer hijo, Rodrigo Marcos. Dos meses más tarde, la familia se trasladó a Madrid y se instaló en el barrio de Moratalaz, donde por entonces residían varios periodistas y escritores amigos de ambos, como, por ejemplo, Luis Jiménez Martos, Manuel Ríos Ruiz, Raúl Torres, Javier Osborne (director de la revista *Diez minutos* y de la Agencia Logos), Teresa Barbero y su marido Joaquín Fernández, Jesús Torbado y Juan Plá. Allí conoció la noticia de la muerte de su madre, acaecida en Valencia en 1969, en la casa de su hermana Conchita Rubio.

Junto a las lógicas inquietudes profesionales, en la decisión de trasladarse a Madrid influyó otra poderosa razón:

Nosotros tratábamos a intelectuales como Vicente Ventura y Juan Fuster, que eran considerados de izquierdas y procatalanistas. Por otro lado, yo tenía que colaborar en la prensa de entonces, en *Levante*, periódico del Movimiento, y *Las Provincias*, diario independiente tradicionalista. A veces vivíamos momentos embarazosos. Y más aún

cuando apoyábamos, con firmas, a los universitarios en sus protestas y reivindicaciones.³³

Una vez afincado en la capital de España, Rodrigo desarrolló una actividad literaria muy intensa, ya que, además de escribir y gracias a la amistad con Carlos Robles Piquer, recibió diversos encargos para impartir conferencias por casi toda España. Además, durante los años setenta viajó mucho, porque tuvo que realizar una serie de reportajes para la revista *Turismo y vida*, en compañía de un fotógrafo suizo.

Igualmente, se despertó su interés por el arte, especialmente por la pintura. Buena muestra de ello es el hecho de que, entre 1968 y 1971, asistió puntualmente a los cursos de arte de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, lo que le permitió conocer al pintor albacetense Benjamín Palencia³⁴, con quien trabó una gran amistad, así como a Gregorio Prieto, Cristóbal Toral, José Lapayese del Río, Rafael Uribarri y Francisco Lozano, un pintor valenciano con el que también le unió una gran amistad y sobre quien publicaría un libro monográfico en el año 1973. Al mismo tiempo, solía publicar comentarios en la prensa sobre algunos de estos pintores.

El 4 de junio de 1972 nació su segundo hijo, Germán, coincidiendo con una etapa de fructífera actividad literaria. Poco después de llegar a Madrid, había comenzado a asistir, junto con Rafael Flórez, a las tertulias de Cambrinus, en el antiguo café de Pombo, en la calle José de Zorrilla. Y, desde 1968 y hasta 1980, solía acudir los sábados por la tarde a la tertulia del café Gijón, junto con escritores como Luis de Castresana, Dolores Medio, Manuel Vicent, Héctor Vázquez Azpiri, Sara Araque, Sol Nogueras, Manuel Cerezales, Jorge Cela Trulock, Eusebio García Luengo o Gregorio Javier. En la mesa contigua se sentaban, entre otros, José García Nieto,

33 *Ibíd.*, 25.

34 Respecto de la relación entre Benjamín Palencia, natural de la localidad albaceteña de Barrax, y Rodrigo Rubio, nos contaba Rosa Romá que él y Rodrigo habían pensado editar de forma conjunta un libro sobre Albacete, que no se llegó a materializar. Además, Benjamín Palencia fue siempre muy generoso con Rodrigo y le regaló algunos apuntes de sus obras, a pesar de que eso era algo que no resultaba del agrado de los marchantes de arte.

Gerardo Diego, Francisco García Pavón, Ramón de Garciasol y Rafael Morales.

También por esos años trabó una gran amistad con escritores de cuentos como Alfonso Martínez-Mena, Meliano Peraile, Jorge Ferrer Vidal e Ignacio María Saralegui, quienes estaban muy relacionados con el mundo de los premios literarios, así como con Luis López Anglada, quien fuera Presidente del Ateneo de Madrid, en donde Rodrigo Rubio presentó en 1968 su novela *La sotana*.

Otro escritor con el que colaboró de forma asidua fue Ángel María de Lera, quien, en compañía de otros escritores como, por ejemplo, Gregorio Gallego, fundó la Asociación Colegial de Escritores (ACE), de la que Rodrigo Rubio era el socio número doce. Entre los demás miembros fundadores, figuraban Lauro Olmo, Eduardo de Guzmán, Ramón Solís y, posteriormente, Raúl Guerra Garrido y Elena Soriano.

Interesante y fructífera resultó también su relación con la revista *La Estafeta Literaria*, primero bajo la dirección de Luis Ponce de León y, después, en las etapas en que lo fueron Ramón Solís y Manuel Ríos Ruiz. En tal sentido, conviene señalar que Antonio Iglesias Laguna, quien solía ser muy duro en sus valoraciones, hizo siempre muy buenas críticas de las obras de Rodrigo Rubio.

Por otro lado, durante los años setenta y ochenta, solía acudir los domingos por la mañana a la sede de la Casa de Castilla-La Mancha, en donde se celebraban las llamadas “cuervas literarias”, a las que acudían muchos poetas ligados a la comarca de la Mancha. Allí leían sus poemas; después, tomaban una cuerva, bebida muy típica de esa zona geográfica, y, posteriormente, se iban a comer. A comienzos del verano, se acostumbraba a hacer una comida como final del ciclo anual.

Durante esos años hubo varios presidentes de la Casa de Castilla-La Mancha, entre ellos el poeta José López Martínez y, posteriormente, Mario Picazo y, ya en los años noventa, el también poeta Nicolás del Hierro.

Habituales fueron también los viajes a Barcelona, casi siempre motivados por las visitas a las editoriales en las que se publicaban sus obras. Ello le sirvió para entablar una gran amistad con escritores como

Mario Lacruz, Concha Alós, Carmen Kurtz, Francisco Candel, Andrés Bosch y Carmen Mieza. En las casas de algunos de estos escritores, se reunían para charlar sobre literatura, ya que en Barcelona, por entonces, no había tertulias literarias.

Un lugar por el que Rodrigo Rubio y su familia sintieron especial cariño fue la localidad de Miraflores de la Sierra, en donde se construyeron un chalet al que pusieron el nombre de “La Pluma” y en el que Rodrigo y Rosa aprovechaban su estancia estival para descansar, leer y escribir. Así se lo declaraba a Isabel Montejano en una entrevista concedida en agosto de 1986 y recogida en el diario *ABC*, en una sección titulada “España en vacaciones”:

Suelo escribir, plantearme proyectos y luego desarrollarlos. También me gusta convivir con mis vecinos [...] Puedes ir a tomar copas, hacer relax y, sobre todo, es lugar apropiado para leer. La lástima es no poder estar más tiempo. Acondicionando la casa, podría ser el lugar ideal para vivir siempre. En estos momentos me siento cansado y deprimido, pero eso es inevitable con mi enfermedad. Sin embargo, sé que estar en Miraflores me hace mucho bien y me cambia.³⁵

Lógicamente, otro lugar al que Rodrigo Rubio se sintió siempre vinculado de una manera especialmente emotiva es la ciudad de Albacete. Numerosas fueron sus colaboraciones con los periodistas Demetrio Gutiérrez Alarcón (director del diario *Crónica*) y Antonio Andújar Balsalobre (director de *La Voz de Albacete*). Igualmente, tuvo una gran amistad con personas como Ramón Bello Bañón, Carmina Useros, Juan José García Carbonell y José Luis Fernández Fontecha. Este último fue el creador del premio de cuentos, artículos y poesía “Los Llanos” y, durante los años de su celebración, contó con Rodrigo Rubio como miembro del jurado, junto con personas de la talla de Manuel Fraga Iribarne, el periodista y escritor Manuel Alcántara o el poeta Ángel García López, entre otros.

35 Montejano, “Miraflores de la Sierra, un lugar de paz para el escritor Rodrigo Rubio”, 36.

Como no podía ser de otro modo, el escritor estuvo siempre muy unido a su pueblo natal, Montalvos, al que acudió en numerosas ocasiones y del que guardaba y relataba emotivos recuerdos. Así, por ejemplo, contaba cómo muchas personas recortaban noticias de los periódicos que hablaban de él y que el día 23 de abril de 1972, coincidiendo con las fiestas del pueblo y en una fecha tan significativa en el ámbito de la literatura, se procedió al descubrimiento de una placa con su nombre, situada en la plaza principal de Montalvos, concretamente en el muro de la iglesia parroquial.

Fueron varias las ocasiones en las que Rodrigo Rubio expresó su deseo de que en su pueblo se pudiera habilitar una Biblioteca-Museo que sirviera en un futuro como centro de estudios sobre su vida y su obra. En tal sentido, el Ayuntamiento de Montalvos manifestó en su momento la intención de rehabilitar una casa similar a aquella en la que había nacido el escritor, para que fuera la sede de dicha institución cultural, a la que Rubio estaba dispuesto a donar libros, manuscritos, revistas, cuadros e incluso su obra inédita.

Dado que esas promesas del Ayuntamiento de Montalvos nunca se hicieron realidad, el escritor empezó a contemplar otras alternativas, como, por ejemplo, la de la Diputación Provincial de Albacete. Así, el 2 de mayo de 1997, Juan Luis López Precioso se hacía eco en el suplemento *Ababol de La Verdad de Murcia* de la voluntad de Rodrigo Rubio de donar parte de su biblioteca y manuscritos inéditos y publicados, para lo cual el escritor estaría pensando en emprender gestiones con las instituciones de Albacete:

Su idea es la de que se creara una sala propia, con al menos 2.000 volúmenes de los varios miles que forman su biblioteca, para aprovechamiento de estudiantes y estudiosos, ya que contiene buena parte de la colección Austral, clásicos de Planeta y Aguilar, colecciones de revistas hoy inencontrables, algunas de ellas extranjeras en español, así como diversos manuscritos que ya han sido publicados, y otros inéditos. Lo que no desea es su repartición por diversas salas y bibliotecas. Caso de que la Diputación de Albacete no pudiera ofrecerle esas condiciones, lo intentaría con la Casa de Cultura del ayuntamiento de La Roda, pueblo de su madre, y donde se le han tributado numerosos homenajes.³⁶

36 López Precioso, "El amor en tiempos no lejanos", 4.

Un mes después, al final de la entrevista que Teresa Roldán le realizó para el diario *La Tribuna de Albacete*, Rodrigo Rubio vuelve a referirse a este proyecto, afirmando que ese mismo día iba a reunirse con el Presidente de la Diputación para hablar del mismo. A la pregunta de la entrevistadora de si era cierto que tenía el proyecto de donar parte de su biblioteca a Albacete, respondía el escritor:

Sí, aunque se trata por el momento de una intención. Tengo previsto reunirme hoy con el presidente de la Diputación para comentarle esta intención de donar alrededor de 1.500 libros, aunque será mi mujer la que realice mi selección. De cualquier forma, mi condición será que estos libros no se dispersen por la provincia, sino que se recojan todos en una sala de una biblioteca de la capital que llevará mi nombre.³⁷

Otra actividad muy del agrado del escritor fueron los viajes al extranjero para dar charlas o participar en congresos como, por ejemplo, la Conferencia Internacional de Escritores por la Paz, surgida en 1977 en Bulgaria, y de la que Rodrigo fue socio fundador, junto con escritores como Luis Goytisolo, Ana María Matute, Camilo José Cela y Rosa Romá, entre otros.

Rodrigo Rubio hablaba con especial cariño de los congresos de Bulgaria, a los que asistió en cinco ocasiones, entre los años 1977 y 1982, en los que tuvo ocasión de coincidir, además de con los autores arriba mencionados, con escritores como Juan Eduardo Zúñiga, Guillermo Díaz-Plaja, Ángel María de Lera, Rafael Alberti, Mario Benedetti, William Saroyan, Eugeni Evtuchenko (uno de los poetas más avanzados de la extinta URSS), así como el cineasta Juan Antonio Bardem y la actriz Nuria Espert, por citar a algunos de los más conocidos.

37 Roldán, "Entrevista con Rodrigo Rubio, escritor albaceteño", 10. Finalmente, y tras el fallecimiento de Rodrigo, su viuda, la escritora Rosa Romá, llevó a cabo una generosa y amplia donación de libros, manuscritos, revistas y otras pertenencias del escritor al Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", en donde están a disposición de todos los estudiantes y estudiosos, como era el deseo del escritor de Montalvos.

Tal vez el congreso del que mejor recuerdo guardaba el escritor fue el que se celebró en el verano de 1979, sobre el que nos contaba lo siguiente:

Respecto a nuestro viaje a Bulgaria, ha sido una buena experiencia. Descansamos estupendamente en una residencia de escritores en las playas del Mar Negro, veinte días, completo reposo, buena alimentación, buen clima, y ambiente cultural y literario. Tuvimos intérprete de español casi siempre, cuando no, Rosa se entendía hablando en inglés con el que lo sabía.

Hicimos una escapada muy corta a Estambul, ya que estábamos cerca, por conocer esa vieja ciudad del antiguo imperio otomano, y es algo grandioso, aunque también caótico y muy mercantilizado. Nuestros hijos se divertieron mucho, pues hicieron amigos, aunque no podían entenderse con ellos más que por señas. (El juego de los mudos, que decíamos en el pueblo de chicos). En definitiva, una buena experiencia, aunque algo cara, por estar tan lejos.³⁸

Igualmente, en abril de 1982, en la ciudad italiana de Mazara del Vallo, en Sicilia, participó en un congreso de escritores de la cuenca mediterránea, al que asistieron, en representación de España, Rodrigo Rubio y Rafael Alberti, quien dio un recital de poesía con su entonces compañera Beatriz Amposta. El congreso tuvo un carácter más cultural que los celebrados en Bulgaria, en los que se solía hablar de otros temas como, por ejemplo, los derechos humanos.

Asimismo, algunos de estos viajes obedecían a la aparición de traducciones de obras suyas en Bulgaria y las hoy extintas República Democrática Alemana y Checoslovaquia.

En el mes de diciembre de 1978, fue nombrado Miembro Correspondiente del Instituto de Estudios Albacetenses en el transcurso de la Asamblea General Anual que celebra este organismo cultural dependiente de la Excelentísima Diputación Provincial de Albacete.

Como ya señalamos más arriba, una de las constantes de este escritor fue su interés y su preocupación por el mundo de los minusválidos. En tal

38 Rubio, carta de 11 de septiembre de 1979.

sentido, en 1974 inició una asidua colaboración con la revista *Minusval*, publicada por el SEREM (Servicio Especial de Rehabilitación de Enfermos y Minusválidos) y, posteriormente, por el INSERSO (Instituto Nacional de Servicios Sociales), un organismo dependiente de la Seguridad Social, que fue creado en el mes de julio de 1979 con la finalidad de prestar atención a los asuntos relacionados con los marginados, los minusválidos y la tercera edad, entre otros. En 1983 accedió al cargo de redactor y, desde 1988, ocupó el de redactor-jefe, hasta su jubilación el día 30 de julio de 1991.

Aun estando jubilado, siguió colaborando asiduamente en las secciones “Relato” y “La vida en blanco y negro” de la revista *Minusval*, hasta el año 1996, al igual que hizo con la revista *60 y más*, también dependiente del INSERSO.

Otra curiosa faceta de Rodrigo Rubio fue la de su participación en distintos programas culturales radiofónicos. Como ya dijimos anteriormente, durante su estancia en Valencia, había colaborado en el programa *Página diez* de Radio Peninsular, junto con Guillermo J. Ortigueira. Ya en Madrid, entre los años 1968 y 1982, lo hizo en Radio 3 y en Radio Exterior de España con diversos artículos y colaboraciones en la revista *Tercer programa*, sección dirigida por Antonio Manuel Campoy y Julio Mathías. A modo de ejemplo, destacamos la elaboración de treinta guiones para Radio Nacional de España, entre los meses de octubre y noviembre de 1979, así como su participación en varias series, como las tituladas *La casa sobre ruedas* y *España y los españoles*. Esta última era un conjunto de capítulos de temática histórico-novelesca, que abarcaba desde la Prehistoria a la Edad Moderna, y que se elaboró desde el verano de 1981 hasta febrero de 1982. A propósito de esta serie nos contaba lo siguiente:

Por otra parte, antes del verano me llamaron de Radio Nacional para si quería intervenir, como guionista, en una serie sobre la Historia de España, “España y los españoles”. Acepté, y he pasado a formar parte del equipo que trabajamos en eso. Estamos, o estoy, con Federico Bravo Morata, Juan G. Atienza, Manuel Pilares, Lola Salvador y Ana Diosdado. De coordinador, Juan José Plans. La serie se está dando, y estos días precisamente emiten guiones míos, referentes a la dominación romana. Después se emitirán veinte sobre los godos—escritos por Pilares—y

seguirán otros veinte míos, sobre los árabes. Este, sin lugar a dudas, ha sido un trabajo de “moros”, pero era importante no quedarse parado.³⁹

Además, y siguiendo con esos trabajos para Radio Nacional de España, escribió una novela titulada *El rascacielos* (1979), —que no llegó a ser publicada por la editorial Plaza-Janés, a pesar de haberse firmado un contrato para su edición en una colección popular— y realizó guiones radiofónicos de otras novelas suyas, como *Oración en otoño* (1970), *El gramófono* (1974) y *Equipaje de amor para la tierra* (1965), obra esta que también sería ofrecida por Televisión Española dentro de una serie dedicada a novelas y dramáticos.

En el transcurso de todas esas colaboraciones con Televisión Española, Rodrigo y Rosa tuvieron ocasión de conocer a José María Rincón, un escritor que trabajaba en el departamento de dramáticos y que ganó el premio de cuentos “Antonio Machado”, patrocinado por la Renfe. Asimismo, conocieron al escritor de teatro Carlos Muñiz, con el que entablaron una gran amistad que duró hasta el momento de su muerte, ya que, al igual que Rodrigo, él también tenía un chalet en Miraflores de la Sierra.

Los años del olvido y el ocaso

Tras ese intenso e ingente trabajo que caracterizó la década de los setenta y los primeros años ochenta, la combinación de varios factores hizo que disminuyera considerablemente el número de sus publicaciones —en mayor medida los cuentos que las novelas— y que sus obras tuvieran un tono más lastimero, más de queja, dado que el carácter de su autor se iba tornando progresivamente más amargo, más escéptico y más cáustico, sobre todo respecto de los dirigentes políticos, sociales y económicos. Entre dichos factores, el autor destacaba los siguientes: la necesidad de ajustarse a una jornada laboral completa en el INSERSO, hasta el momento de su jubilación; la salida de Radio Nacional de España; la cada vez más deteriorada salud, y la entrada en vigor de unos criterios editoriales que,

39 Rubio, carta de 19 de diciembre de 1981.

según él, se inclinaban mucho más por lo comercial y por no molestar a las gentes del poder que por la literatura comprometida, precisamente la que siempre defendía y cultivaba el escritor albaceteño.

Así, y a título de ejemplo, podemos destacar que su trilogía *El poder* se encontró con algunos problemas de “censura previa”, hasta el punto de que la editorial Plaza-Janés —con la que existía un acuerdo tácito para la publicación íntegra de la misma—, decidió no llevar a término el proyecto en su totalidad. De ese modo, solo vio la luz, en 1978, el primer volumen, *La silla de oro*, mientras que los otros dos, *Dirección obligatoria* y *Jesús muere en la autopista*, continúan inéditos en la actualidad.⁴⁰

Esa dificultad para publicar y el deseo de experimentar caminos aún no explorados por él, le llevaron a acercarse al mundo de la literatura infantil y juvenil, al igual que sucedió con otros renombrados escritores. Surgen, entonces, sus obras *La puerta* (1989), *Tallo de sangre* (1989), *Los sueños de Bruno* (1990) y *El amigo Dwnga* (1992).

Además, también publicó diversas novelas caracterizadas por un alto contenido autobiográfico, como *Banco de niebla* (1985), *Un camino de rosas* (1991), *Fábula del tiempo maldito* (1997)⁴¹, *Al filo de la vida* (1998) y *La ruta de las luciérnagas* (2000), a las que él suele calificar como “novelas de memorias”.

Una faceta poco conocida de Rodrigo Rubio es la gran fidelidad hacia sus amigos y hacia las tierras murcianas y alicantinas. Por ese motivo, no tuvo el menor reparo en aceptar mi invitación para asistir a sendas charlas-coloquio con alumnos de bachillerato celebradas en los

40 Junto con las dos novelas no publicadas de esta trilogía, continúan inéditas otras varias obras. Tal es el caso de *Páramo de cruces*, que hubiera sido la tercera entrega de una nueva trilogía novelística, y de las novelas *Jugada de rey*, *Los hijos de Hitler*, *El disidente*, *El rascacielos*, *Concierto de flauta para mujeres solas*, *Sobredosis*, *Los abrojos* y *Danzando hacia la muerte*.

41 Las novelas *Un camino de rosas* y *Fábula del tiempo maldito* forman parte de una trilogía sobre la memoria, junto con la inédita *Páramo de cruces*. En esta trilogía, al igual que en las demás “novelas de memorias”, se recogen, en una apretada y aparentemente dispersa crónica, todo un mundo de vivencias relativas a los años de la niñez y de la adolescencia, que se van entremezclando con la situación presente del hombre maduro que vive en la ciudad y ve todo con enorme pesimismo y con una inmensa añoranza de aquel mundo perdido.

institutos de Alhama de Murcia (21 de noviembre de 1980) y de Torrevieja (8 de noviembre de 1982), centros en los que yo trabajaba como profesor de Lengua castellana y literatura. La primera de ellas llevó por título “El libro como vehículo o instrumento cultural”, mientras que la segunda se tituló “El autor y su obra: la aventura de escribir”. En ambas comentó a los estudiantes aspectos relativos a cómo y por qué se escribe y a algunos de los rasgos más característicos de su obra literaria.

Torrevieja es un lugar al que le gustaba acudir de vacaciones, sobre todo cuando sus hijos eran pequeños. Allí solía alquilar algún apartamento por la zona de la Playa del Cura o de la Playa de los Locos, que en los años ochenta, según sus palabras, eran buenos puntos para bañarse y estar tranquilo, sobre todo en el mes de septiembre, cuando las costas torrevejenses estaban más tranquilas y hermosas. Tanta era su añoranza de esas tierras y de esas playas que, en el año 1997, el matrimonio compró un apartamento en Torrevieja, aunque su salud no le permitió acudir a esta ciudad con la frecuencia que él hubiera deseado.

Como ya apuntábamos en las primeras páginas de este apartado, la enfermedad que Rodrigo Rubio sufrió en las piernas durante su infancia le fue provocando diversas secuelas a lo largo de los años. Una de las principales consecuencias fue una deformación en la columna vertebral, lo que le obligaba a andar con muletas. Además, también se vieron afectados otros órganos, tales como el intestino —con un problema de diverticulosis que le fue diagnosticado en el verano de 1989—, la vesícula, el hígado y el páncreas, debido a los diversos fármacos que tenía que tomar. Igualmente, y sobre todo desde el mes de octubre de 1993, fecha en la que sufrió una trombosis cerebral, padeció algunos problemas en la circulación sanguínea. Respecto de esta última dolencia, me escribía poco tiempo después:

Me preguntas por mi salud, y he de decirte que de mis males de siempre estoy poco más o menos igual. Pero para empeorarlo todo, en el mes de octubre, a primeros, me dio una trombosis cerebral y mi hijo Marcos, que es el que estaba en casa, tuvo que llevarme al hospital Gregorio Marañón, a urgencias. Y allí, después de reconocerme, quedé ingresado. Una alarma para la familia. Para mí, tan acostumbrado a tantas cosas, un

susto relativo. Me lo tomé con mucha calma. Estuve ocho días ingresado en el hospital y me hicieron múltiples pruebas. Al parecer, una subida de tensión y el mal riego cerebral —algo que sufro cotidianamente por mi invalidez— provocaron ese trastorno. Tenía un amago de infarto lacunar. O sea, que, por el trombo repentino, una de las venas que distribuyen la sangre al cerebro, se quedó momentáneamente vacía. Pero era reversible y, con los cuidados médicos, la dieta y el tratamiento, a los pocos días me sentía mejor. Pero me quedé, Manolo, con el habla trabada y la boca un poco torcida. También algo tonto el brazo derecho. Ya te digo: un susto. Rosa estaba trabajando, Germán por ahí y Marcos, en casa, fue el que me echó una mano. Ellos estuvieron muy preocupados, y venían una o dos veces al día a verme al hospital.⁴²

Posteriormente a esa fecha, tuvo que ser ingresado en otras dos ocasiones en ese mismo hospital. La última de ellas, el día 7 de febrero de 2001, para ser sometido a un completo reconocimiento por un equipo de cuatro médicos especializados en reumatología, traumatología, neurología y aparato digestivo.

La consecuencia fundamental de todo ello es que, a partir de entonces, podía escribir muy poco, pues se agotaba rápidamente ante la máquina de escribir. Como él mismo me confesaba en el mes de octubre de 2006, a pesar de los graves problemas cardiorrespiratorios que padecía y que se incrementaban día a día, aún se encontraba mentalmente fresco y bien, y, antes de morir, hubiera querido llevar adelante dos de sus más queridos proyectos: la publicación de dos novelas bastante autobiográficas tituladas *Dios jugando al mus* y *Danzando hacia la muerte*. De hecho, la primera de estas dos novelas fue publicada, en 2006, en la editorial Nausícaä con el título de *El Señor del Látigo*.⁴³

Por lo que respecta al ámbito familiar, hemos de destacar que su hijo Rodrigo Marcos se licenció en Ciencias Geológicas en 1991; después, hizo un máster en informática y actualmente trabaja como analista financiero. Por otra parte, el 23 de septiembre de 1995, se casó con María

42 Rubio, carta de 30 de diciembre de 1993.

43 Se trata de una novela en la que, con el título de *Dios jugando al mus*, había estado trabajando Rodrigo Rubio desde el año 1997, hasta su redacción definitiva en el año 2005.

Rodríguez Rodríguez, natural de Luarca (Asturias). Respecto de dicha boda, nos comentó Rodrigo Rubio que en su chalet de Miraflores de la Sierra conservaba un calendario con la página de ese mes y que no lo pensaba quitar jamás.

El otro hijo, Germán, tuvo que interrumpir, por motivos de salud, sus estudios de formación profesional en la especialidad de imagen y sonido, después de haber obtenido el título de Formación Profesional de Primer Grado. Posteriormente, ha realizado diversos cursos, entre ellos, alguno de masajista deportivo y de diseño gráfico por ordenador, y ha trabajado en diversos oficios, aunque de forma esporádica. Sin duda alguna, la situación económica y personal de este hijo tan querido por él fue una de las mayores preocupaciones del escritor en sus últimos años de vida.

También tuvo en estos últimos años algunas otras alegrías, aunque, según Rubio, fueran más bien escasas. Entre ellas hemos de destacar la concesión, el 5 de octubre de 1997, del título de “Albacetense de la diáspora” por parte de la Excelentísima Diputación Provincial de Albacete. Se trata de un reconocimiento a los albacetenses que destacan en diversas profesiones y que viven fuera de Albacete, y que Rodrigo Rubio interpretaba como “un reconocimiento de que ya me he hecho viejo y un prólogo de eso que te hacen cuando te mueres”.⁴⁴

Dicho nombramiento coincidió en el tiempo con el anuncio por parte del entonces Presidente de la Excma. Diputación Provincial de Albacete, don Emigdio de Moya Juan, de la convocatoria del “Premio Albacete de novela Rodrigo Rubio”, cuya primera edición tuvo lugar en el año 1998, con una dotación de 500.000 pesetas; la consecución del II Premio de novela corta “Casino de Lorca”, en 1999, con su novela de memorias *La ruta de las luciérnagas*; el V Premio de novela corta “Salvador García Aguilar”, en 2001, con *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*, y, sobre todo, el nacimiento de sus dos nietos, Alberto Rubio Rodríguez, el 23 de septiembre del año 2000, y Ester Rubio Rodríguez, el 3 de abril de 2005.

A pesar de todas esas alegrías, en octubre de 2006, nos comentaba el escritor que todas las noches, antes de acostarse, se despedía de sus libros,

44 Rubio, carta de 5 de octubre de 1997.

especialmente de la novela *Equipaje de amor para la tierra*, así como de su vieja *Biblia* de la Biblioteca de Autores Cristianos. De paso, le decía al Cristo que tenía en su despacho que no tuviera prisa por llevárselo, pues disponía de toda la eternidad para cansarse de su compañía. De todos modos y para cuando llegase la hora de su muerte, Rodrigo Rubio pensaba que tenía reservado un nicho en el cementerio de su pueblo —su chalecito para la vida eterna, que decía él, con ese humor tan particular suyo— donado por el Ayuntamiento de Montalvos. Allí esperaba encontrar el descanso merecido después de tan ajetreada vida, gozando de la cercanía de sus seres queridos y de tantos amigos ya fallecidos.

A modo de despedida, en octubre del 2005, elaboró su último currículum en el que, tras realizar un detallado repaso de sus publicaciones, premios y homenajes, hacía el siguiente breve resumen de su vida, en el que se pueden apreciar los finos rasgos de su habitual y proverbial ironía:

RR sufrió deficiencias físicas, por artritis reumático, desde que era un muchacho. Pese a eso, luchó por abrirse camino en la vida y en el complejo mundo de la Cultura/Literatura. En 1967 se casó con la escritora Rosa Romá, en Valencia. Tuvieron dos hijos, Marcos y Germán, que, por ahora, les han traído dos nietos, Alberto y Ester. RR ha tenido cinco coches, desde los primeros Citroën adaptados, hasta el Volvo 343 y el Peugeot 309 automáticos, pues le gustaba conducir, recorriendo España, deteniéndose en sus pueblos, restaurantes, mesones y bares de carretera. En la quietud forzada de ahora es lo que más echa de menos. RR, a estas alturas de la vida, lo que pide, ya como último consuelo, es que no le falte un whisky escocés, ni los puros canarios, ni el tabaco de pipa. Que tampoco le falte una radio con pilas para escuchar los deportes y música clásica. Ah, y que Dios y los políticos lo dejen en paz. Todo eso, que es mucho.⁴⁵

45 Rubio, carta de 30 de octubre de 2005. A lo largo de este trabajo veremos que son numerosas las referencias autobiográficas que aparecen en su obra literaria. En ocasiones, se trata de personajes cuyas vivencias coinciden con las del escritor y, en otras —como ocurre en este caso—, el autor se refiere a sí mismo, en tercera persona, con las iniciales RR (Rodrigo Rubio). Esto será especialmente evidente en su obra *El Señor del Látigo*.

El día 4 de abril de 2007, Miércoles Santo, Rodrigo Rubio falleció en su domicilio de Madrid. Sus cenizas reposan en un columbario del cementerio de Montalvos, con una placa en la que está grabada la siguiente inscripción: Rodrigo Rubio, escritor, 1931-2007.

El viernes 6 de abril, en el diario *ABC* apareció una extensa y emotiva nota necrológica en la que figuraba una exhaustiva referencia a su obra literaria, a los premios recibidos, a su estilo y a su biografía. Destacamos el siguiente párrafo:

Templado en los rigores de la posguerra manchega, su carácter recio se vio mediatizado por una enfermedad artrítica que le mantuvo paralizado varios años y de la que acabó recuperándose para utilizar muletas durante el resto de su vida. Pero ni siquiera estos contratiempos le permitieron rendirse, ni tampoco dejar de confiar en las potencialidades de los seres humanos, como quedaría reflejado hasta la saciedad en su obra literaria.⁴⁶

A propósito de esta nota necrológica, hemos de corregir un error que aparece en la misma y que también repite en alguna ocasión el crítico Santos Sanz Villanueva. Nos referimos a la errónea información acerca de una supuesta emigración de Rodrigo Rubio a Francia. Así, en *ABC* se lee que “se instaló en Francia en donde permaneció desde 1950 hasta 1958”.⁴⁷ Y lo mismo afirma Sanz Villanueva en su “In memoriam”, publicado en la revista *Barcarola*, en donde se lee: “Emigrante en Francia en los años cincuenta, se estableció en Madrid a finales de esa década y se dedicó a la literatura”. E incluso añade que “la experiencia personal en Francia le sirvió algo para *Equipaje de amor para la tierra*”.⁴⁸

Durante los muchos años que duraron nuestra amistad y nuestras conversaciones de todo tipo, incluidas las telefónicas y las epistolares, así como en las “Notas autobiográficas” que elaboró personalmente para mí,

46 “Rodrigo Rubio. Escritor”, 48.

47 *Ibíd.*

48 Sanz Villanueva, “In memoriam”, 321.

en ningún momento mencionó Rodrigo Rubio esa estancia en Francia. Por ello, me puse en contacto con su viuda, quien, en un correo electrónico, me confirmó que se trata de una noticia errónea, pues el primer viaje que hizo el escritor a Francia fue después de casarse, concretamente en un Citroën modelo Dos caballos, con el que el matrimonio recorrió varios pueblos y ciudades. En su opinión, ese error se debería al hecho de que la muerte de Rodrigo casi coincidió con la del marido de la escritora Antonina Rodrigo, Eduardo Pons Prades, fallecido el 28 de mayo de 2007. Eduardo se había instalado en Francia al acabar la guerra civil. Regresó a España en 1964, gracias a una amnistía que había concedido Francisco Franco por la coronación del Juan XXIII en noviembre de 1958.

1.2. Obra literaria

Una de las cosas que más sorprende a la mayoría de la gente que desconoce la trayectoria vital y literaria de este escritor albaceteño es el número ingente de publicaciones que ha realizado, incluyendo sus numerosas colaboraciones en diarios y en revistas, como ya hemos tenido ocasión de mencionar. Sorprende, también, que una persona de formación autodidacta haya tocado tantos y tan diversos ámbitos dentro de la creación literaria.

Pues bien, en este sentido, hemos de decir que, a la hora de llevar a cabo nuestro proyecto de tesis doctoral, nos vimos obligados a centrarnos exclusivamente en su obra narrativa y ensayística, dejando para otra ocasión el estudio y análisis de su obra periodística, la cual también ofrece numerosos aspectos de interés.⁴⁹ No obstante, queremos dejar aquí constancia, aunque solo sea de modo testimonial, de una faceta prácticamente desconocida de Rodrigo Rubio, como es la referida a su breve incursión en los ámbitos de la poesía y del teatro.

49 Quienes estén interesados en acercarse a la labor periodística de Rodrigo Rubio pueden consultar el trabajo que lleva por título “La rueda del tiempo. Aproximación a la labor periodística de Rodrigo Rubio”, presentado por su esposa Rosa Romá en el I Congreso Internacional Rodrigo Rubio y la narrativa del realismo crítico, y recogido en las Actas de dicho congreso.

Por lo que a la poesía se refiere, durante el año 1967 colaboró en dos números de la revista *Poesía española*, dirigida por José García Nieto, y, entre 1966 y 1974, trabajó en la elaboración de un poemario con gran contenido autobiográfico e intimista, cuyos temas centrales eran el recuerdo del pasado y la experiencia de una infancia marcada por la marginación.

En cuanto al teatro, es autor de tres obras en las que se puede apreciar un marcado carácter experimental y vanguardista en relación con el mundo de la marginación y el desarraigo social: *La pared* (1968), *Los mudos* (1973) y *Residuos* (1977). La primera de ellas fue finalista de un premio patrocinado por la cafetería Delfín de Alicante y fue representada, cinco años después —por problemas con la censura—, en dos ocasiones, por un grupo de actores aficionados, una de ellas en Alicante y la otra en Benidorm.

Según el propio autor, su teatro tenía un tono poético. Así, *La pared* gira en torno a la idea de derribar la muralla que separa a determinada gente de la consecución de un mundo mejor. En ella asistimos a los diálogos, ante una pared, entre un grupo de personajes marginados —ciegos, paralíticos, mudos—, en un tono irónico, festivo y dramático.

Parecido carácter experimental y vanguardista tiene su segunda obra, *Los mudos*. Escrita en dos actos, se centra en el procesamiento de un grupo de personas rebeldes, no integradas en la sociedad, cuyos ecos se van extendiendo poco a poco entre la masa de la gente. Se trataría, por tanto, de la rebelión de las personas sin voz en tiempos de la dictadura.

Algo más tradicional y discursiva es su tragedia *Residuos*, en la que un hombre vuelve a casa después de pasar unos años en la cárcel y se encuentra con que su mujer, una antigua miliciana, ha envejecido y entonces le resulta mucho más atractiva su hija, sobre cuya paternidad él alberga algunas dudas. Un tema este que, más tarde, sería llevado a algunas de sus novelas relacionadas con el tema de la guerra civil.

1.2.1. Novela

Este es el capítulo más extenso y conocido de su producción literaria, que se inicia a comienzos de los sesenta y alcanza su máximo apogeo en esa década y en la siguiente. La relación de las obras publicadas hasta el día de hoy es la siguiente:

—*Un mundo auestas*, Madrid, Bullón, 1963. Reeditada por Prensa Española, Madrid, 1969.

—*La tristeza también muere*, Barcelona, Plaza-Janés, 1963.

—*El incendio*, Madrid, Alfaguara, 1965. Fue reeditada por Emiliano Escolar, Madrid, 1980.

—*En un tiempo así*, Valencia, Gora, 1965.

—*Equipaje de amor para la tierra*, Barcelona, Planeta, 1965. Esta novela ha tenido numerosísimas reediciones en diversas colecciones de la editorial Planeta, hasta alcanzar la cincuentena en el año 2001.

—*La espera*, Barcelona, Planeta, 1967.

—*La sotana*, Barcelona, Planeta, 1968. Reeditada en la colección Reno, de Plaza-Janés, Barcelona, 1975.

—*La feria*, Madrid, Editora Nacional, 1968. Reeditada en Barcelona, Plaza-Janés, 1971. Y en el Instituto de Estudios Albacetenses de la Diputación de Albacete, en 2017.

—*Oración en otoño*, Barcelona, Planeta, 1970.

—*Agonizante sol*, Madrid, Cunillera, 1972. Reeditada en Barcelona, Plaza-Janés, 1976.

—*El gramófono*, Madrid, Magisterio, 1974.

—*Cuarteto de máscaras*, Madrid, Magisterio, 1976.

—*Álbum de posguerra*, Barcelona, Plaza-Janés, 1977.

—*La silla de oro*, Madrid, Edaf, 1978.

—*Memoria de pecado*, Madrid, Alce, 1979.

—*Cayetana de Goya*, Madrid, Sedmay, 1979.

—*Banco de niebla*, Toledo, Caja de Ahorro de Toledo, 1985.

—*La puerta*, Madrid, SM (Col. Gran Angular), 1989. Reeditada en cuatro ocasiones.

—*Los sueños de Bruno*, Madrid, SM (Col. El barco de vapor, serie roja), 1990. Tuvo un total de cinco ediciones.

—*El amigo Dwunga*, Madrid, SM (Col. Catamarán), 1992. Tuvo cuatro ediciones.

—*Un camino de rosas*, Madrid, Grupo Libro 88, 1992.

—*Fábula del tiempo maldito*, Requena (Valencia), Odaluna, 1997.

—*Al filo de la vida*, Albacete, Diputación Provincial, 1998.

—*La ruta de las luciérnagas*, Lorca (Murcia), Casino Artístico y Literario de Lorca, 2000.

—*Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*, Alicante, Agua Clara, 2001.

—*El Señor del látigo*, Murcia, Nausícaä, 2006.

1.2.2. Cuento

En este apartado incluimos los libros de narraciones publicados en distintas editoriales, así como aquellos otros relatos recogidos en volúmenes antológicos como resultado de su participación en diversos concursos

literarios. Por otra parte, conviene señalar que son muy numerosos los cuentos publicados en periódicos y revistas, lo que hace muy dificultosa su pormenorizada enumeración. De ahí que, a la hora de realizar nuestro estudio, nos hayamos centrado exclusivamente en aquellos relatos que han sido publicados en forma de libro. Tan solo en algún caso, y con carácter excepcional, nos referiremos a cuentos publicados en periódicos o revistas.

1.2.2.1. Libros de relatos

—*El regicida*, Madrid, Azur, 1969.

—*Palabras muertas sobre el polvo*, Valencia, Prometeo, 1967.

—*Papeles amarillos en el arca*, Madrid, Ed. Nacional, 1969.
Reeditado por la Diputación Provincial de Albacete en 1999.

—*Tallo de sangre*, Madrid, Anaya (Col. Luna de Papel), 1989.

1.2.2.2. Volúmenes antológicos y otros relatos

—“La nube”, en *La Estafeta Literaria*, nº 333, Madrid, 17 de febrero de 1966.

—“Las paredes lloran en silencio”, en *La Estafeta Literaria*, nº 411, Madrid, 1 de enero de 1969.

—“Piedras de colores”. Tuvo una primera edición en 1972, a cargo de la Caja de Ahorros Provincial de Valladolid. Reeditado posteriormente en *XX años Premio Jauja (1960-1979)*, Valladolid, Caja de Ahorros Provincial, 1980, y en el libro titulado *Narrativa albacetense del siglo XX*, Albacete, Diputación Provincial, 1985.

—“Vida y muerte de una extraña flor”, Alicante, Caja de Ahorros del Sureste de España, 1975.

—”Un poco de paciencia”, en *XI Premio Hucha de Oro*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1976.

—”La calefacción del carro de mi padre”, Albacete, *Crónica de Albacete*, 1 de diciembre de 1978.

—”Un ritmo para el recuerdo”, recogido en el volumen *III Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, Madrid, Renfe, 1980.

—”Sal amarga”, Madrid, *ABC*, Suplemento Sábado Cultural, 27 de diciembre de 1980.

—”Ventanas azules”, recogido en *Cuentos de verdad*, Madrid, Editorial Escuela Española, 1981.

—”Penúltimo invierno”. Premio La Felguera (1972), publicado por la Sociedad de Festejos “San Pedro”, organizadora del mismo, y posteriormente en el volumen *Cuentos de la Felguera*, Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo, 1983.

—”Los otros viajes”, en *VIII Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, Madrid, Renfe, 1985.

—“Un padre de hoy”, en *Ya*, 31 de marzo de 1985.

—“Jóvenes sin brújula”, en *Ya*, 14 de abril de 1985.

—“Mendigos”, en *Ya*, 28 de abril de 1985.

—“La verbena”, en *Ya*, 12 de mayo de 1985.

—“Morir en el lavabo”, en *Ya*, 26 de mayo de 1985.

—“Carta al hijo”, en *Ya*, 7 de julio de 1985.

—“Las amapolas”, en *Ya*, 10 de mayo de 1987.

—“Un verano sin mar”, en *Ya*, 12 de julio de 1987.

—”Una rosa pálida y perfumada”, publicado en una antología editada por Sara Navarro, Madrid, 1986, y reeditado en Madrid, Diptongo, 1994.

—”Retraso providencial”, en *X Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, Madrid, Renfe, 1987.

—”La oruga metálica”, en *XI Premio de narraciones breves “Antonio Machado”*, Madrid, Renfe, 1988.

—”Aproximación a la tristeza”, en *El resplandor del invierno y diez cuentos más*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1988.

—”Área de servicio”, Madrid, en *Área de servicio y diez cuentos más*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorros, 1990.

—“La primera víctima del terrorismo”, en *Crónica de Albacete*, 4 de abril de 2004.

—“Sujeto del ramal”, en *Crónica de Albacete*, 2 de octubre de 2005.

—“¿Amar a Dios o temer a Dios?”, en *Crónica de Albacete*, 16 de octubre de 2005.

1.2.3. Ensayo

Recogemos aquí un grupo de obras de temática diversa publicadas en los años sesenta y setenta, así como un libro-crónica editado más recientemente:

—*El Papa Bueno y los enfermos*, Zaragoza, Hechos y Dichos, 1964.

—*La deshumanización del campo*, Barcelona, Península, 1966.

—*Narrativa española*, Madrid, Epesa, 1970.

—*Radiografía de una sociedad promocionada*, Barcelona, Plaza-Janés, 1970.

—*Minusválidos*, Barcelona, Plaza-Janés, 1971.

—*Crónicas de nuestro tiempo* (artículos), Madrid, Cunillera, 1972.

—*Francisco Lozano* (monografía), Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1973.

—*Crónicas de andar y ver España* (viaje), Madrid, Sala, 1973.

—*España no hay más que una*, Madrid, Sala, 1973.

—*Albacete, tierras y pueblos* (crónica), Albacete, Caja Rural, 1983.

—*Lo que el tiempo se llevó*, Murcia, Nausícaä, 2004.

—*Reflexiones. Confesiones antes de morir*, Murcia, Nausícaä, 2007 (póstuma).

1.2.4. Traducciones y antologías

Sin lugar a dudas, la obra que más atención despertó en su momento fue *Equipaje de amor para la tierra*, la cual apareció traducida en Alemania (Recklinghausen, 1967 y 1973), Bulgaria (Sofía, 1968) y Checoslovaquia (Praga, 1974).

Algunos fragmentos de dicha novela fueron recogidos en una antología, *Lecturas españolas*, publicada por la Universidad de Moscú en 1973 (pp. 90-95). Otro tanto sucede con un ensayo de Gisbert Krauz titulado *Christliche Dichtung heute* (Paderborn, 1975, pp. 16-55) y con sendos libros de español—*Pueblo 2* y *Pueblo 3*—editados por la librería Armand Colin de París en 1967 y 1972, respectivamente.

Por otro lado, el cuento “Lluvia de otoño”, de *Papeles amarillos en el arca*, figura en una antología búlgara de 1979, en la que se recogen textos de autores españoles como Miguel de Unamuno, Ramón María del Valle-

Inclán, Vicente Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Juan Goytisolo, Jesús Torbado y el propio Rodrigo Rubio.

Finalmente, en el capítulo primero del libro *Usos y estilos del español moderno* (Londres, 1977), su autor, Leo Hickey, se hace eco de un artículo periodístico publicado por Rubio en el diario *Ya*, el 7 de junio de 1973, bajo el título de “Desconocido hermano”.

1.2.5. Otras publicaciones

—”Novela psicológica y novela objetiva”, en *La Estafeta Literaria*, Madrid, 1966.

—”Rodrigo Rubio se confiesa”, en *La Estafeta Literaria*, Madrid, 1966.

—”El escritor y su espejo”, en *ABC*, Madrid, 1967.

—“La novela como testimonio”, en *Tercer programa*, Madrid, 1969.

—“El minusválido en la sociedad de hoy”, en *Razón y fe*, Madrid, 1972.

—“Narrativa española contemporánea”, en *Cuadernos de investigación (Filología)*, Zaragoza, 1975.

—“El tiempo perdido”, en *La voz de Albacete*, 1978.

—“Breve apunte sobre mi narrativa”, en *Narrativa albacetense del siglo XX*, Albacete, Diputación Provincial, 1985.

—“El cuento un desafío para mí”, en *República de las Letras*, Madrid, 1988.

1.3. Premios literarios

Fruto de esta amplia obra literaria ha sido el gran número de premios y menciones obtenidos desde que en el año 1960 consiguiera el primer premio de las Fiestas de la Vendimia de Requena con un artículo sobre el cultivo de la vid. A partir de entonces, los premios se fueron sucediendo uno tras otro, a veces a un ritmo vertiginoso, hasta configurar la siguiente nómina:

—Finalista del Premio **Valencia** (1960), con su novela *Días lejanos*, embrión de *Un mundo a cuestas*.

—**Gabriel Miró**, convocado por el Ayuntamiento de Alicante (1961), con la novela *Un mundo a cuestas*.

—**Ateneo de Valladolid** (1962), por su novela corta *La feria*.

—**Selecciones de Lengua Española**, de la editorial Plaza-Janés (1963), por *La tristeza también muere*.

—**Guipúzcoa** (1964), de la Sociedad Cultural Ágora, de San Sebastián, por la novela *En un tiempo así*.

—**Planeta** (1965), con *Equipaje de amor para la tierra*.

—**La Estafeta Literaria** (1969), por el cuento “Las paredes lloran en silencio”.

—Álvarez Quintero, de la Real Academia de la Lengua (1970), por el libro de cuentos *Papeles amarillos en el arca*.

—**Jauja**, patrocinado por la Caja de Ahorros de Valladolid (1971), por el cuento “Piedras de colores”.

—**La Felguera**, organizado por la Sociedad de Festejos de San Pedro (1972), con el cuento “Penúltimo invierno”.

—**Biblioteca Gabriel Miró**, patrocinado por la ya desaparecida Caja de Ahorros del Sureste de España (1975), con el cuento “Vida y muerte de una extraña flor”.

—**Novelas y cuentos**, de la editorial Magisterio Español (1975), por *Cuarteto de máscaras*.

—Tercer premio **Hucha de oro**, de la Confederación Española de Cajas de Ahorros (1976), con el cuento “Un poco de paciencia”.

—**Hucha de plata**, de la Confederación Española de Cajas de Ahorros (1978), con el cuento “Un solar de lirios y cruces”. Inédito.

—Finalista del **III Premio de narraciones breves “Antonio Machado”**, patrocinado por Renfe (1979), por “Un ritmo para el recuerdo”.

—Finalista del **VIII Premio de narraciones breves “Antonio Machado”**, de Renfe (1984), por “Los otros viajes”.

—Segundo premio **Sara Navarro** (1985), por el cuento “Una rosa pálida y perfumada”.

—**Casa de Castilla-La Mancha** (1985), con la novela corta *Banco de niebla*.

—Finalista del **X Premio de narraciones breves “Antonio Machado”**, de Renfe (1986), por “Retraso providencial”.

—Finalista del **XI Premio de narraciones breves “Antonio Machado”**, de Renfe (1987), por “La oruga metálica”.

—Segundo premio **Hucha de oro**, de la Confederación Española de Cajas de Ahorros (1987), con el cuento “Aproximación a la tristeza”.

—Finalista del **Premio Internacional Plaza-Janés de novela** con su obra *Los abrojos* (1987). Novela inédita.

—Primer premio **Hucha de oro**, de la Confederación Española de Cajas de Ahorros (1989), con el cuento “Área de servicio”.

—**II Premio de novela corta “Casino de Lorca”** (1999), patrocinado por el Casino Artístico y Literario de Lorca, con su novela *La ruta de las luciérnagas*.

— **V Premio de novela corta “Salvador García Aguilar”** (2001), del Excmo. Ayuntamiento de Rojales (Alicante), con la novela *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*.

II. RODRIGO RUBIO Y LA NOVELA DE POSGUERRA

2.1. Introducción

A la hora de enmarcar la producción literaria de Rodrigo Rubio dentro de alguna de las etapas en las que habitualmente se suele dividir la narrativa española de posguerra, lo primero que hemos de tener en cuenta es que la mayor parte de sus obras se publican en los años sesenta y setenta. Dicha circunstancia nos obligaría a situar a este autor, casi de lleno y con las matizaciones que más adelante veremos, dentro de lo que se viene denominando **Realismo social**, y ello a pesar de que son numerosos los críticos que opinan que este tipo de novela se iniciaría entre 1950 y 1951 con la publicación de *La colmena*, de Camilo José Cela; *La noria*, de Luis Romero, y *Las últimas horas*, de José Suárez Carreño, y concluiría hacia 1962 con la aparición de *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos.⁵⁰

Esta es, también, la opinión de Félix Grande, quien afirma que se abriría una nueva etapa en la narrativa española con la aparición, en 1962, de *Cinco variaciones*, de Antonio Martínez Menchén, y *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos, y, en 1963, de *Dos días de setiembre*, de José Manuel Caballero Bonald y *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa. Sería, a partir de entonces, cuando se podría dar por concluido el realismo social, para cuya extinción se conjugarían varias causas: su nacimiento en forma dispersa y ocasional; el ser bastante programático y un tanto limitado en sus aspectos estéticos y formales; la indiferencia del público, favorecida por el hecho de que esa literatura llegaba al maniqueísmo e incluso al aburrimiento; los cambios en la realidad nacional y en el instinto comercial de los editores; la fatiga de los mismos escritores ante un realismo antes oportuno y más tarde insuficiente, y la aparición en los escaparates de

50 Véase Sobejano, *Novelistas españoles de postguerra*, 50 y Buckley, “Del realismo social al realismo dialéctico”, 1-4.

novelas, “de dentro y de fuera de España, que ponían ante el realismo social programático un espejo en el que éste reconocía sus insuficiencias”⁵¹

Ahora bien, últimamente, algunos otros estudiosos se han mostrado partidarios de prolongar durante unos cuantos años más el período de vigencia de este realismo social, hasta bien entrada la séptima década, aunque para entonces se hallase en un proceso de paulatina extinción. Esta es la opinión, entre otros, de Santos Sanz Villanueva, el cual señala que “podría decirse, incluso, que su ciclo no ha culminado todavía”⁵², y de Gregorio Salvador, para quien “la verdad es que el ‘fantasma’ (del realismo) sigue disfrutando de excelente salud y en nuestro horizonte literario se vislumbra su poderoso renacimiento. Solo hace falta que los jóvenes narradores, afectados todavía de ‘sandalismo’ y otras fragancias exquisitas, salgan a la calle, pongan el pie en la plaza pública y escuchen el clamor de su gente”⁵³

El importante papel que esta estética narrativa desempeña en el conjunto de la novela española contemporánea se pone de manifiesto cuando consideramos la gran atención que ha recibido por parte de la crítica literaria y la variedad de rótulos o calificativos que se le han aplicado. Estos van desde los anecdóticos y poco precisos de **Grupo de Madrid** o **Escuela de la Mancha**, pasando por el despectivo y poco serio de **Generación de la berza** —acuñado por César Santos Fontela—, hasta llegar a los de **Populismo literario**, **Realismo socialista** o **Social-realismo**, **Realismo crítico**, **Generación del cincuentaicuatro**, **Generación de 1960**, **Generación del medio siglo**, y los más frecuentes de **Novela social** o **Realismo social**.

Fernando Morán habla de **Populismo literario** porque, en su opinión, esta novela “tiende a considerar, predominante si no exclusivamente, las situaciones injustas o degradadas económicamente. Actúa como un factor de denuncia, enfrentando a las clases privilegiadas con la pintura de los menos favorecidos”⁵⁴

51 Grande, “Narrativa, realidad y España actuales: Historia de un amor difícil”, 223.

52 Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española (1942-1975)*, 1.

53 Salvador, “El fantasma del realismo”, 39.

54 Morán, *Novela y semidesarrollo*, 365.

En una línea muy similar estarían las acepciones **Realismo socialista** y **Social-realismo**, ya que ambas obedecen al deseo de entroncar a este grupo de escritores con un realismo de tipo marxista, tal y como lo han manifestado, entre otros, Gonzalo Torrente Ballester⁵⁵ y, más recientemente, Juan García Hortelano, quien opina que “hora es ya, ahora que se puede, que llamemos a las cosas por su nombre. Tanto rótulo lo que en definitiva indicaba en los años 50 era el segundo intento durante el siglo de incorporar a nuestra narrativa la escuela del realismo socialista.”⁵⁶ Ello no obstante —añade García Hortelano—, “en la novela española del medio siglo el realismo socialista produjo mayor despliegue teórico que práctico”, lo cual obligaría a “distinguir entre novelas sociales en sentido estricto y novelas con (hasta excesiva, si se quiere) carga social y, simultáneamente, notoria voluntad literaria.”⁵⁷

Tal relación con las teorías del marxismo es rechazada por Eugenio G. de Nora, para quien la actitud crítica de esos escritores, a veces radical, apasionada y encarnizada, no se debería confundir con una vinculación a ideologías políticas. Y menos aún se debería pensar que su estética pueda ser identificada con el realismo socialista de origen soviético, porque ni la orientación realista, ni el concepto de literatura comprometida, ni la obsesión por los problemas sociales son ninguna novedad, sino que forman parte de una larga y viva tradición en la literatura española, a la que los escritores jóvenes añadirían los estímulos procedentes de la novela norteamericana, de la narrativa francesa y del neorrealismo italiano. Y, a continuación, añade:

La influencia que, al lado de estos ejemplos, pueda haber alcanzado el realismo socialista, como teoría o método, y la novela rusa, desde Gorki hasta hoy, como realización, no me parece, salvo casos aislados, decisiva; e incluso diría que es con frecuencia —hasta en esos casos excepcionales—, en buena parte imaginaria: dada la casi insondable falta de información al respecto, el escritor joven suple su ignorancia

55 Véase Torrente Ballester, *Panorama de la literatura española contemporánea*, 455.

56 García Hortelano, “¿Nuestra realidad ausente?”, 61.

57 *Ibíd.*, 62.

‘inventando’ por cuenta propia unos principios a los cuales refiere, con toda sinceridad, su compromiso político-moral y su estética.⁵⁸

Por lo tanto, y continuando con la teoría de Eugenio G. de Nora, se podría hablar más bien de un **Realismo crítico**, que entroncaría con la tradicional orientación realista y comprometida de nuestra literatura. En tal sentido, y a pesar de las lógicas diferencias existentes en el seno de esta “generación”, apunta este conocido crítico algunos rasgos que comparten todos sus integrantes:

Algunos rasgos, sin embargo, me parecen comunes a todos ellos, junto a la “situación generacional” antes esbozada: pese a los muchos matices, la *orientación realista* domina abiertamente; domina, también, en la elección y planteamiento de los temas, la *intención crítica* (sustentada, a mi juicio, en una sensibilidad y unos principios con más frecuencia morales que políticos —lo que no excluye, ni mucho menos, su repercusión social—); por último, la solución de los problemas formales que ese realismo crítico lleva aparejados, parece caracterizarse por el injerto, en el tronco nacional (idioma, técnica narrativa y composición “tradicionales”), de vástagos de la nueva novela extranjera (americana, italiana, rusa, inglesa y francesa), en proporciones muy variables y personales; pero siempre, al menos en los mejores, con una gran prudencia y sentido de la medida, sin forzar la mano en los “experimentos”.⁵⁹

Similar denominación es la propuesta por José Domingo, quien apunta que las novelas del realismo crítico cumplen en su mayor parte las condiciones exigidas a la novela social, como son la disconformidad con el régimen establecido, expresada mediante el planteamiento de los problemas que aquejan a una capa social modesta, y el deseo de poner término a esos problemas. De este modo, asumen un claro papel de denuncia y ataque contra la injusticia social, que a veces se extiende a los estamentos sociales más elevados. Y añade lo siguiente:

58 Nora, *La novela española contemporánea (1939-1967)*, 262.

59 *Ibíd.*, 263.

Los novelistas del realismo crítico estuvieron unidos por lazos ideológicos comunes y por una aspiración progresista que sobrepasaba la mera función de escribir. La denuncia de una situación social injusta, que ellos creían poder resolver con su pluma, era la principal razón de una solidaridad entendida a su manera [...] También puede señalarse como otra constante de su obra la admiración por el Antonio Machado de *Campos de Castilla* y, en menor escala, por Miguel Hernández, como también es evidente su coincidencia con los poetas sociales, a quienes les une el espíritu de protesta y su inconformista rebeldía, su decidido compromiso con una causa opositora que no necesitaba de ninguna otra especificación.⁶⁰

Generación del cincuentaicuatro es el nombre con el que Pablo Gil Casado se refiere a estos escritores que, habiendo nacido entre 1922 y 1936, cultivan un realismo crítico social y publican sus primeros libros en 1954. Pero, asimismo, indica que “forman un grupo heterogéneo, compuesto por hombres de muy diversas procedencias y formación, intelectuales, autodidactas, técnicos, obreros... y no son exclusivamente de formación universitaria como se ha dicho algunas veces”.⁶¹

Su despertar coincidiría con algunas circunstancias que aparecen en la década de los cincuenta, como, por ejemplo, el hecho de que España vaya saliendo de su aislamiento y se incorpore a algunos organismos internacionales; la subida paulatina del nivel de vida; la llegada de influencias artísticas del exterior; una cierta permisividad de la censura, y un estímulo considerable de la corriente intelectual. De esa forma —en opinión de Gil Casado—, los novelistas del cincuentaicuatro plantean en sus obras problemas que afectan a la colectividad y, cuando exploran el pasado, no lo hacen con una intención de explicarlo, sino como medio para comprender mejor la situación actual. En este sentido, y apoyándose en unas palabras de Armando López Salinas, apunta Gil Casado:

Su primer propósito al escribir es crear una obra de arte y, luego, por medio de ella, tomar conciencia de la realidad social del país, llamar

60 Domingo, *La novela española del siglo XX*, 106.

61 Gil Casado, *La novela social española*, 116.

la atención sobre la situación para lograr —dice López Salinas— “la superación de ciertas formas estáticas de vida”. La forma de hacerlo es testimoniando la realidad española, labor que normalmente pertenece al periodismo; pero, como la prensa no había mencionado durante muchos años cosa alguna que tuviese que ver con la situación político-social del país, los novelistas hacen de ese llamar la atención una especie de misión generacional.⁶²

Por su parte, Manuel García-Viñó prefiere hablar de **Generación de 1960**, ya que esa es la fecha aproximada en que se publican los primeros libros de sus integrantes, todos ellos nacidos entre 1925 y 1932. Se trataría de una generación “crítica y revisionista” cuyos miembros “asisten al acontecer de la guerra de 1936 a 1939 con ojos infantiles, pero con la conciencia ya despierta, y sufren después las estrecheces de la posguerra en toda su intensidad y desde el momento mismo de su incorporación a la vida”.⁶³

Por otro lado, comenta García-Viñó que algunos de esos escritores buscan entroncar con la generación literaria del 98, mientras que otros se acercan a escuelas novelísticas de fuera, especialmente las de la generación perdida norteamericana, el neorrealismo italiano y el *nouveau roman* francés. Y, a renglón seguido, afirma:

Casi unánimemente, la crítica ha caracterizado a esta generación por ese realismo social que parte de una concepción de la novela como testimonio del tiempo en que vive —entendiendo a su vez el testimonio literario como transplante fotográfico al libro de lo que ocurre en el inmediato y superficial alrededor— y como portadora de un alegato directo a la sociedad, en virtud de un compromiso previo. Sin embargo,

62 Ibid., 118. La cita de Armando López Salinas está tomada de un artículo de Antonio Núñez titulado “Encuentro con A. López Salinas”, recogido en *Ínsula*, nº 230 (enero de 1988): 4.

63 García-Viñó, “Etapas de la novela española de posguerra”, 35. Por lo que respecta a Rodrigo Rubio, hay que recordar su declarada admiración por escritores del 98, como Azorín, Baroja, Machado, Unamuno o Valle-Inclán, así como por varios integrantes de la Generación perdida, el neorrealismo italiano y el *nouveau roman* francés. A todo ello nos referiremos a lo largo de este trabajo.

simultáneamente se produce otra tendencia narrativa, surgida entre miembros de la misma generación, atenta a lo intrahistórico más que a lo histórico; que considera como real no sólo lo que se ve, sino también lo que no se ve, y que por ello deja de representar con autenticidad la conciencia histórica de una juventud.⁶⁴

Como se puede observar, existen algunas disparidades respecto de los posibles nombres y fechas con los que identificar de forma más o menos precisa a esta generación literaria, e incluso parece haber algunos reparos a la hora de considerarla como tal generación. Por ello quizá convenga echar mano del testimonio de uno de sus integrantes, Juan Goytisolo, quien admite con algunas puntualizaciones la denominación de **Generación del medio siglo**, acuñada por José M^a Castellet y compartida, entre otros, por Santos Sanz Villanueva. Así, dice Goytisolo:

Pero, si aceptamos (aunque con reservas) el término generación como el común denominador de una serie de actitudes políticas, sociales, morales y estéticas de un grupo de escritores nacidos en un periodo determinado de tiempo y cuyas obras reflejan igualmente este común denominador por encima de las naturales diferencias de sensibilidad y de temperamento existentes entre ellos, y examinamos la personalidad de los autores que empiezan a publicar hacia 1955 y la obra de los mismos, podemos advertir, a lo menos en un grupo importante de ellas, la existencia de este común denominador que las unifica, dando razón (por una vez) a la fórmula (cómoda, como todas las fórmulas) empleada por Castellet: la generación del medio siglo es algo más que una existencia o reclamo de propaganda, y sus autores y sus obras pesan hoy en la vida literaria española con un peso real y específico.⁶⁵

De esas diferencias de sensibilidad y de temperamento a las que se refiere Goytisolo parece desprenderse la existencia de algunas variantes o tendencias en el seno del grupo. Así lo evidencia Santos Sanz Villanueva,

64 *Ibíd.*, 35-36.

65 Goytisolo, *El furgón de cola*, 78.

quien establece tres direcciones: la del neorrealismo, la de la novela social propiamente dicha, y la de la novela metafísica, por este orden.

La **tendencia neorrealista** se sitúa en los años cincuenta y se caracteriza por “una descripción de la realidad inmediata, escueta, sin mitificaciones”, y carente de un propósito de denuncia, mientras que los **novelistas del realismo social** “añaden a ese valor documental la exigencia de una transformación social o política”.⁶⁶ Los autores más representativos de este neorrealismo —según Sanz Villanueva— son Jesús Fernández Santos, Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen Martín Gaité, quienes muestran una clara preocupación por la gente humilde y sencilla, junto a una “elaboración literaria cuidada, generalmente exigente (no en vano se encuentran entre ellos algunos de nuestros mejores estilistas) en las partes narrativas y descriptivas y una intencionada voluntad de reproducir —de forma artística, a pesar, incluso, de su soporte magnetofónico— el lenguaje coloquial”.⁶⁷

La **novela metafísica, nueva novela o realismo total**, como la llama Manuel García-Viñó -uno de sus cultivadores, junto a Manuel San Martín, Carlos Rojas y Andrés Bosch- nacería entre 1961 y 1962 y tendría como notas representativas las siguientes:

Primero, concepción de la novela como forma de conocimiento del hombre antes que de la historia; es decir, como contemplación de la realidad universal, invisible, más que como reflejo fotográfico de lo inmediato y visible. Segundo: preocupación estética, culta, universitaria, por el género, que se toma como medio de expresión intelectual, como un arte, independiente por tanto de todo tipo de servidumbre política.⁶⁸

66 Sanz Villanueva, *Historia de la novela social*, 107.

67 *Ibíd.*, 67.

68 García-Viñó, “Última hora de la novela española”, 490.

2.2. La novela social

Dado que a Rodrigo Rubio se le suele inscribir, aunque con algunos matices, dentro de esta corriente de la novela de posguerra, parece oportuno dedicar a esta novela un apartado en el que tomar en consideración varias de las definiciones más significativas, así como sus características más relevantes y los autores más representativos de la misma.

Según Ignacio Soldevila, novela social o sociológica será aquella “que estudie los efectos de las condiciones sociales y económicas en un tiempo y lugar determinados sobre los hombres y sus conductas”.⁶⁹ No obstante, conviene puntualizar que “bajo el término social se ocultó eufemísticamente durante la dictadura franquista la intención política de modificar la sociedad a través de la concienciación del lector a la injusticia social”.⁷⁰

En opinión de José Luis Aranguren, el realismo social, tanto en la novela como en la poesía, tuvo una justificación histórica: “la de decir lo que se consideraba necesario y de otro modo era imposible decir. ‘Realismo’ porque su propósito, ingenuo o no, era presentarnos directamente la realidad. ‘Social’, porque con esa presentación formaba cuerpo la *denuncia* de la injusticia social en que consistiría”.⁷¹

Mucho más concreto en su definición es Pablo Gil Casado para quien “una novela es social únicamente cuando *señala* la injusticia, la desigualdad o el anquilosamiento que existen en la sociedad, y, con propósito de crítica, muestra cómo se manifiestan en la *realidad*, en un sector o en la totalidad de la vida nacional”.⁷² Pero, además, destaca como requisito indispensable el hecho de que esa denuncia no se concrete en un caso individual o “un asunto de carácter privado”, sino que deberá referirse “al quehacer, al modo de ser, a las circunstancias en que vive un sector de la población, el ‘millón’”.⁷³

69 Soldevila Durante, *La novela desde 1936*, 212.

70 *Ibíd.*, p. 213.

71 Aranguren, *Estudios literarios*, 252.

72 Gil Casado, *La novela social española*, 19.

73 *Ibíd.*

Por su parte, Juan Ignacio Ferreras habla de la existencia de dos modos de hacer novela social:

[...] o partiendo de una ideología que supedita toda la materialización novelesca a la demostración o ejemplarización de la misma; o, creando un universo novelesco y un protagonista problemático que a través de sus mutuas y recíprocas relaciones, expresan o ejemplarizan una ideología inspiradora. La diferencia es importante, porque en el primer caso, la obra tiende al panfleto, a la tesis, etc.; en el segundo caso, al respetar la existencia de un protagonista individualizado, la obra continúa perteneciendo al concepto de novela que nos hemos asignado como operatorio.⁷⁴

Parece claro, por tanto, que dos características esenciales de este tipo de novela son la vocación realista —incluso con una cierta tonalidad costumbrista y naturalista— y la voluntad testimonial. Así lo vienen a corroborar el gusto por la descripción minuciosa de ciertos escenarios y ambientes, sobre todo aquellos en los que las condiciones de vida son más precarias; la simbiosis establecida entre esos lugares y las gentes que los habitan; el empleo de un lenguaje en el que son muy frecuentes los vulgarismos, modismos, regionalismos, etc.; la constante reflexión sobre las consecuencias de la guerra civil y el subsiguiente contraste entre vencedores y vencidos, y la alusión a marcas de bebidas, tabaco, coches, periódicos y revistas, programas radiofónicos y televisivos, artistas, cantantes, toreros, futbolistas, etc.

Este componente documental, junto con el objetivismo narrativo y la influencia de la sociología, han posibilitado que algunas de estas obras puedan ser consideradas casi como una mezcla de novela y reportaje. Porque, como en aquellos años la prensa estaba sujeta a importantes trabas y condicionamientos en cuanto a la libertad de expresión y de denuncia, la novela se vio obligada a suplir esas carencias dando cabida en sus páginas al reflejo preciso y puntual de la realidad circundante.

74 Ferreras, *Tendencias de la novela española actual, 1931-1969*, 20.

Ese es el punto de vista del propio Rodrigo Rubio, quien siempre se ha mostrado como un firme defensor del carácter testimonial de la novela. Así, en un artículo de 1969, comenta que el lector de finales de los sesenta buscaba en la novela aquello que pudiera hablarle directamente del mundo en que vivía, como era, por ejemplo, el testimonio del tema de la guerra, tanto la española como la mundial. Y, en ese sentido, escribe lo siguiente:

Hay quien prefiere, todavía, la novela de evasión, la novela limpia, blanca, en donde se cuente algo hermoso, o también la policíaca y la de aventuras. Pero, repito, el público lector se va aproximando, poco a poco, a esta novela que se hace hoy, una novela dura, fuerte, porque está compuesta con la crónica que se extrae de la vida [...] La novela importante, la que busca el lector preparado e inteligente, ya no puede ser una mera ficción, aunque ahora se vuelve a hablar mucho de ese otro género novelesco denominado “ciencia ficción”, y al que muchos escritores jóvenes se están dedicando con verdadero entusiasmo. La novela auténtica, en cualquiera de sus acepciones —“católica”, “social” o “histórica”—, es aquella que pone de manifiesto la entrega de su autor para lograr de la narración un testimonio de vida, que se engrandece por los valores artísticos y literarios.⁷⁵

Otros rasgos comunes a este grupo de escritores son la mayor atención que se concede a los aspectos temáticos, en detrimento de los formales; el estudio del medio rural y de su problemática socio-económica; el mundo de los obreros, mineros, habitantes de los suburbios y personas marginadas; el análisis de los movimientos migratorios y las consecuencias que conllevan; la preferencia por los protagonistas colectivos, dejando un poco de lado el análisis psicológico e individualizado de los mismos —análisis que se reserva para algunos personajes concretos y que se suele hacer coincidir con la utilización del monólogo interior o flujo de conciencia (como ocurre con buena parte de los protagonistas creados por Rodrigo Rubio)—; el uso muy frecuente de la narración en primera y segunda personas, y el papel preponderante del diálogo.

75 Rubio, “La novela como testimonio”, 126.

Con todo ello, el escritor consigue un voluntario alejamiento de la narración, lo cual implica una necesaria ruptura con la tradicional figura del narrador omnisciente y omnipotente del siglo XIX. Esa “desaparición progresiva del autor”, como la ha llamado José M^a Castellet, es, sin duda, una consecuencia lógica de las influencias que en estos novelistas ejercieron movimientos como el neorrealismo italiano —Moravia, Pavese, Pratolini, Vittorini—, el “nouveau roman” francés —Butor, Robbe-Grillet, Sarraute— y la narrativa norteamericana de la “generación perdida”, con autores como Dos Passos, Faulkner, Hemingway y Steinbeck, entre otros.⁷⁶

Según afirma Castellet, el novelista social trata de distanciarse, de autoeliminarse de sus narraciones, para lo cual ha sido necesario seguir un determinado proceso que, según él, sería el siguiente:

En primer lugar (“relatos en primera persona”), ha pasado de creador de personajes, a ser él mismo personaje, con la única diferencia o superioridad sobre los demás de conservar su situación de narrador. Más tarde (“monólogo interior”), deja de intervenir absolutamente en la narración, para ofrecer al lector el mundo íntimo, los pensamientos, los deseos ocultos e, incluso, la estructura psíquica inconsciente de sus personajes, con lo que su papel se limita al de simple transmisor —casi diríamos de estenógrafo— del libre curso mental de éstos. Por último (“narraciones objetivas”), el novelista se borra totalmente de sus obras y su misión queda reducida a registrar, con total y fría objetividad, los acontecimientos externos de los que son protagonistas los personajes.⁷⁷

Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres señalan también el influjo que el neorrealismo cinematográfico italiano y la novela

76 En relación con estas y otras influencias, en sus *Notas autobiográficas* nos comentaba Rubio que, durante su convalecencia en el piso de Monteolivete, había leído con avidez a los clásicos españoles y a los maestros rusos y franceses, así como a narradores contemporáneos como Bernanos, Maurois, Zilahy, Somerset Maugham, Proust, Mann o Kafka. Aunque sus lecturas favoritas serían las de los norteamericanos de la generación de entreguerras, como Faulker, Dos Passos, Fitzgerald, Hemingway, Steinbeck y Saroyan, entre otros.

77 Castellet, *La hora del lector*, 18.

norteamericana ejercieron sobre los cultivadores del realismo social y su preocupación por acercarse a la realidad para reflejarla con la mayor fidelidad posible y para que sus lectores tomen conciencia de la verdad. Acto seguido, se refieren a las dos grandes tendencias detectables dentro de los novelistas del realismo social, según adopten o no una actitud de denuncia: el objetivismo, al que algunos prefieren denominar neorrealismo, y el realismo crítico. Y añaden:

Conviene dejar claro que, aunque hay narradores que se inclinan más por el primero o por el segundo, son muchos los que transitan sin mayor dificultad de uno a otro. No puede establecerse, pues, una tajante división entre los cultivadores de ambas modalidades. Sucede, por otra parte, que algunos de los principales representantes del realismo crítico se sirven en su cometido de técnicas genuinamente objetivistas. Sirva de ejemplo el caso paradigmático de Juan García Hortelano.⁷⁸

Si anteriormente hablábamos de la relativa dificultad que existe para fijar una fecha exacta del nacimiento del realismo social, ahora hemos de decir que algo similar ocurre cuando se trata de realizar una nómina de sus integrantes. En tal sentido, quizá la más completa de todas las aportadas por los distintos estudiosos del tema sea la que nos ofrece Santos Sanz Villanueva quien, a sabiendas de las peculiaridades propias de cada uno de ellos, los ordena en función de la primera novela publicada o de la primera orientación realista. Tal relación sería la siguiente:

Juan Goytisolo, Francisco Candel, Luis Goytisolo, Jesús López Pacheco, Lauro Olmo, Juan José Poblador, Antonio Ferres, Juan García Hortelano, Ramón Nieto, Armando López Salinas, Juan Marsé, Daniel Sueiro, Fernando Ávalos, José María Castillo-Navarro, Jorge Ferrer-Vidal, Alfonso Grosso, Nino Quevedo, José Manuel Caballero Bonald, Isaac Montero, Juan Antonio Payno, Luis Martín-Santos, Mauro Muñiz, **Rodrigo Rubio**, José Antonio Vizcaíno, José Antonio Parra, Fidel Vela, Juan Jesús Rodero, Isabel Álvarez de Toledo, Antonio García Cano,

78 Pedraza Jiménez y Rodríguez Cáceres, *Manual de literatura española*, 163.

José María Álvarez Cruz. A ellos es preciso añadir los novelistas que he llamado neorrealistas —Aldecoa, Fernández Santos, Sánchez Ferlosio, Martín Gaité— y algunos cultivadores del relato breve bajo la estética del realismo social: Fraile, de Quinto, Doménech.⁷⁹

A todos estos, en opinión de Sanz Villanueva, habría que unir los nombres de los cultivadores de libros de viajes, como Vicente Romano, Fernando Sanz, Víctor Chamorro, Juan Antonio Pérez Mateos, María Ángeles Arazo, Jesús Torbado o Eliseo Bayo, y los de algunos miembros de la primera promoción de la postguerra, como Luis Romero, Ángel María de Lera o Jesús Izcaray.

2.3. Rodrigo Rubio, novelista testimonial y social

Según se desprende de la relación que acabamos de ver, el novelista albaceteño se insertaría dentro de esa larga nómina correspondiente a los cultivadores del realismo social. No obstante, el propio Sanz Villanueva, en 1980, efectúa una primera matización, al colocarlo en el capítulo titulado **Continuadores del realismo social**, ya que, aunque pertenece a la generación del medio siglo y representa una continuidad de la novela testimonial y social en unos momentos en que esta estética ha empezado ya a decaer —obsérvese que la publicación de sus libros es posterior a la de *Tiempo de silencio* (1962)—, “sus obras se apartan—aun en los casos más significativos—de una estimación social porque el autor tiende a hacer una literatura de fuerte reflexión individual, a la búsqueda de motivaciones psicológicas profundas”.⁸⁰

Afirma Sanz Villanueva que esa tendencia del escritor albaceteño a la literatura de fuerte reflexión individual, con una búsqueda de motivaciones psicológicas profundas, desemboca, incluso, en un libro de estructura confesional, como es *Oración en otoño* (1970), “en el que la trayectoria del protagonista en un marco de tristes realidades apenas posee valor documental alguno. Todo ello, junto a la tendencia a la utilización

79 Sanz Villanueva, *Historia de la novela social*, 174. La negrita es nuestra.

80 *Ibíd.*, 734.

de monólogos de tipo faulkneriano, alejan a Rubio de una auténtica problemática crítica”.⁸¹ Aun así, también apunta que, al menos, tres de sus novelas pueden considerarse vinculadas con el realismo social, *Equipaje de amor para la tierra* (1965), *La sotana* (1968) y, muy particularmente, *El incendio* (1965).

En 2009, afirma Sanz Villanueva que Rodrigo Rubio, por su fecha de nacimiento, pertenece a la generación del medio siglo, la de los escritores nacidos entre 1924 y 1936, aunque su nombre no suele aparecer en la lista habitual de los miembros de ese grupo. “Tampoco figura con cierto detalle en los libros panorámicos más conocidos sobre nuestra literatura reciente a pesar de contar con obra meritoria y de considerable amplitud —dos decenas largas de libros narrativos—; no consta ni entre los autores de la promoción de los niños de la guerra, la suya, ni en algún otro de los momentos o corrientes de la prosa narrativa de postguerra. En tales estudios se le despacha con menciones muy superficiales o con simples referencias de pasada”.⁸²

En su opinión, esa escasa atención se debería a varios motivos: los rasgos peculiares de su narrativa, que no encaja en los caracteres dominantes de su promoción ni en las tendencias narrativas que sucedieron a las preferidas por los prosistas de los cincuenta; los propósitos de su literatura, con sus preocupaciones existenciales, sociales y religiosas, no ayudan a un fácil encasillamiento de la misma; su obra se da a conocer en años muy posteriores a la de la mayor parte de los miembros de su generación, debido en gran medida a razones biográficas, como son la procedencia de un medio social humilde, la necesidad de solventar su vida material, la imposibilidad de instruirse y dedicarse a la literatura que sí tuvieron sus colegas, procedentes en su mayoría de la clase media, y su larga y dolorosa enfermedad.⁸³ Y, más adelante, añade:

En verdad, las novelas de Rodrigo Rubio se apartan de la explícita y prioritaria intencionalidad de denuncia política. Incluso

81 . *Ibíd.*, 734-735.

82 Sanz Villanueva, “La encrucijada del realismo en el medio siglo”, 113.

83 *Ibíd.* Véanse 114-115.

en los casos en que tal propósito resulta más fuerte, el autor prefiere subordinar el alcance de la injusticia social a una literatura de fuerte reflexión individual, a la búsqueda de motivaciones psicológicas profundas o de planteamientos de tipo religioso.⁸⁴

En parecidos términos se expresa José Domingo, quien habla de Rodrigo Rubio como un escritor que ha conseguido numerosos premios y que destaca por su inclinación a la temática humana y al testimonio, sin caer por ello en el realismo crítico. Y añade:

Su estilo, que concede en muchas ocasiones un puesto a la efusión lírica, es cuidado, aunque en ocasiones no pueda evitar los sentimentalismos. De sus numerosas obras sobresale *Un mundo a cuestas* (1961), Premio Gabriel Miró; *Equipaje de amor para la tierra*, Premio Planeta 1965, que trata el problema de los emigrados a Alemania con argumentaciones un tanto ingenuas, que restan vigor a la obra. En posteriores obras: *La espera* (1967), *La sotana* (1968), *La feria*, Premio Ateneo de Valladolid 1968, va inclinándose decididamente hacia la problemática de los humildes con segura vocación, firme andadura narrativa y un marcado sentido populista.⁸⁵

En esa misma línea se sitúan Manuel García-Viñó e Ignacio Soldevila. El primero de ellos lo incluye dentro de la llamada Generación de 1960, junto a un grupo de escritores a los que él califica como practicantes de un realismo templado:

Dentro de un realismo templado que, como hemos apuntado, podría adscribirse a las directrices de la novela católica, la novela psicológica, la novela existencial y aún la novela histórica o la novela satírica o de humor, se han expresado autores como José Luis Martín

84 *Ibíd.*, 121.

85 Domingo, *La novela española del siglo XX*, 145.

Descalzo, Julio Manegat, Ramón Solís, Luis Berenguer, Víctor Alperi, Juan Mollá, Luis de Castresana, José Gerardo Manrique de Lara, Manuel Barrios, Manuel Ferrand, **Rodrigo Rubio**, Manuel Arce, José Luis Acquaroni, Francisco Umbral y otros.⁸⁶

Por su parte, Ignacio Soldevila habla de una “novela testimonial de talante existencial-cristiano”, formada por “un grupo de novelistas en los que queda explícita una visión cristiana de la existencia, que los distingue claramente de los anteriores en cuanto al contenido y al tratamiento del mismo”.⁸⁷ Entre esos novelistas, menciona a Luis de Castresana, Jorge Ferrer-Vidal, Torcuato Luca de Tena, Juan Guerrero Zamora, José Luis Martín Descalzo, Miguel Buñuel, Manuel García-Viñó, Marta Portal, Alfonso Martínez Garrido y Rodrigo Rubio, de quien, luego de citar algunas de sus obras más conocidas, escribe, muy acertadamente, lo siguiente:

La obra de Rubio responde a una aparente voluntad testimonial y se centra en un mundo de gentes modestas, generalmente en torno a su pueblo natal, unas veces con su propio nombre de Montalvos, otras con el de Monsalve, Montejera, etc., y en los lugares de sus emigraciones, dentro y fuera de España. Esa voluntad testimonial no responde a una actitud sociopolítica, sino a un existencialismo de raíz cristiana, si bien rara vez se manifiesta a través de actitudes optimistas. Rubio emplea un lenguaje sencillo, no desprovisto de lirismo, y de gran precisión en las denotaciones de la realidad [...] Desencanto, resignación, pesimismo son las notas fundamentales de esta obra escrita en un marcado tono espiritualista, enormemente implicado desde un punto de vista sentimental en las historias trágicas de sus personajes.⁸⁸

Eugenio G. de Nora dedica el capítulo VI de su estudio sobre *La novela española contemporánea (1939-1967)* a la que él denomina la “Nueva oleada”, situada entre el relato lírico y el testimonio objetivo. En dicha

86 García-Viñó, “La novela española de posguerra”, 37. La negrita es nuestra.

87 Soldevila Durante, *La novela desde 1936*, 313-314.

88 *Ibíd.*, 320.

oleada tendrían cabida autores como Ana María Matute, Rafael Sánchez Ferlosio, Mario Lacruz, Jesús Fernández Santos, Juan Goytisolo e Ignacio Aldecoa, como principales figuras, junto a otros autores a los que concede menos realce, tales como Carmen Martín Gaité, Jesús López Pacheco, Lauro Olmo, Juan García Hortelano, Antonio Ferres y Armando López Salinas. Luego, dentro de un segundo apéndice, dedicado a los narradores de las nuevas promociones aún no incluidos en ese capítulo VI, sitúa a Rodrigo Rubio, de quien escribe lo siguiente:

RODRIGO RUBIO (Montalbos [sic], Albacete, 1931). Premio Gabriel Miró 1961 por *Un mundo auestas*. Después de varias novelas cortas, obtiene el Premio Planeta con *Equipaje de amor para la tierra* (B., Planeta, 1965); en la misma editorial aparecen luego *La espera* (1967) y *La sotana* (1969).⁸⁹

Otro buen conocedor de la obra de Rodrigo Rubio es José María Martínez Cachero, quien se refiere al escritor albaceteño en el capítulo tercero del varias veces reeditado y revisado estudio sobre la novela española, desde 1936. En todas esas ediciones, y dentro del capítulo titulado “De *La colmena* a *Tiempo de silencio* (1951-1962), sitúa un apartado dedicado a la que él califica como *Una nueva generación*, formada por “quienes eran niños cuando la guerra civil española, cuyas peripecias y consecuencias padecieron, y que, al mediar el siglo, van haciendo acto de presencia con su peculiar talante, no unánime ni mucho menos”.⁹⁰

Según Martínez Cachero, si se tratara de agrupar a esos jóvenes escritores de acuerdo con un criterio generacional, habría que tomar en consideración el hecho de que su fecha de nacimiento oscila entre 1924-1925 y 1934-1935. Y, concretamente, como nacidos en 1931, cita a Juan Goytisolo, Rodrigo Rubio y Daniel Sueiro, añadiendo a continuación lo siguiente:

89 Nora, *La novela española contemporánea*, 345.

90 Martínez Cachero, *La novela española entre 1936 y el fin de siglo*, 172.

Para todos ellos, la guerra civil española y la posguerra, más los acontecimientos mundiales coincidentes con esta última fueron algo así como el hecho generacional que actúa de eficazísimo revulsivo. Debido a ello acaso eligieron una actitud y cargaron deliberadamente de intención social (entendamos con larga generosidad este vocablo) sus narraciones.⁹¹

En relación con esta afirmación del profesor Martínez Cachero, sería bueno escuchar las palabras pronunciadas por el escritor de Montalvos en el transcurso de una conferencia impartida en el Colegio Universitario de Logroño el 12 de febrero de 1975, con la que se inauguró un ciclo de conferencias dedicadas a la literatura española contemporánea. En el transcurso de la misma, titulada “Narrativa española contemporánea”, se refiere Rubio al tema de la guerra civil y de la posguerra en los siguientes términos:

¿Cómo empezar, pues? ¿Qué preocupaba entonces aquí? Existe una temática de urgencia: la guerra civil y los años de postguerra. Ningún escritor —o muy pocos— de la nueva generación, podrán eludir este compromiso. Esto es más fuerte que nada y podrá más que la voluntad de cada uno. Por eso, los que hicieron prosas de invención y en cierto modo evasivas, fueron muy pocos. No es una moda, creo yo, tocar una serie de temas. Es una necesidad. Y esto —lo sabemos— puede llevar pobreza a una literatura. Esto puede producir un realismo que, quizá pronto, quedará desgastado. Pero yo diría que para aquellos escritores, desde Cela a Concha Alós, pasando por múltiples plumas, no había otra salida.⁹²

Al estudiar el panorama general de la narrativa de posguerra, en su imprescindible *Manual de literatura española*, Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres se refieren a la tendencia del realismo existencial, fruto del cual son unas obras que ponen de manifiesto el

91 *Ibíd.*, 174.

92 Rubio, “Narrativa española contemporánea”, 109.

sinsentido que rige nuestras vidas, y sobre cuyas características apuntan los siguientes datos:

Los cultivadores de esta corriente se sitúan también dentro de la órbita del realismo, pero huyen de las típicas fórmulas costumbristas y naturalistas. Para distanciarse de ese referente tradicional, enriquecen sus relatos con la incorporación de nuevas técnicas, tomadas principalmente de la novela norteamericana de la “Generación perdida”, y en particular de Dos Passos: alternancia de diversos puntos de vista, alteraciones de la secuencia temporal, *flash-back*... Siguen, pues, un camino de renovación formal. Oscilan entre el subjetivismo lírico que se sirve del monólogo introspectivo, y la objetividad. Prescinden del puro artificio estilístico, pero ofrecen por lo general una prosa de excelentes calidades.⁹³

Respecto de la influencia que algunos de esos novelistas norteamericanos pudieron ejercer en la narrativa de Rodrigo Rubio, Eugenio Enrique Cortés Ramírez señala que tanto Rubio como Faulkner extraen de su propia vida y de su experiencia personal y familiar el material para muchos episodios novelescos. Y añade:

En su obra, Faulkner proyecta la geografía, la historia y la población del Mississippi, en Yoknapatawpha County, como Rodrigo Rubio la proyecta en Montalvos, que convierte en lugar de ficción con Monsalve. Tanto William Faulkner como Rodrigo Rubio sienten la poderosa atracción de esta tierra controvertida, hecha de extremos, tanto por su clima como por el carácter de sus habitantes. Allí reina siempre el espíritu de la época de la emigración, y los sentimientos que inspira generan una violencia que se prolonga de dinastía en dinastía entre las sagas de sus habitantes.⁹⁴

93 Pedraza Jiménez y Rodríguez Cáceres, *Manual de literatura española*, 159.

94 Cortés Ramírez, “Geografías del dolor. El impacto de la *Lost Generation* en la obra de Rodrigo Rubio”, 49-50.

Igualmente, apunta hacia lo que él califica como “la hipersensibilidad del Sur”, derivada de conflictos sociales y políticos y sus graves consecuencias, de la emigración o del conflicto de clases y que se plasma en el procedimiento behaviorista de exteriorizar la conciencia de los personajes mediante el monólogo interior:

Para la continuación de este fluir de la conciencia, tanto William Faulkner como Rodrigo Rubio utilizan toda clase de recursos lingüísticos basados en un pensamiento árido e hiriente que también se refleja a través de los diálogos, veraces, desnudos, directos, sin una expresión de comportamiento humano, como si hubiesen sido captados con el visor de una cámara cinematográfica, buscando desde su desesperación el acto mismo de la escritura. Como Faulkner, Rodrigo Rubio resuelve esta desesperación en las fuerzas contrapuestas que conviven dentro del protagonismo colectivo.⁹⁵

En su interesante y acertado estudio sobre las cuatro geografías del dolor que Rodrigo Rubio describe mediante sus lecturas de los escritores de la *Lost Generation*, el profesor Cortés Ramírez señala ciertas similitudes entre el escritor de Montalvos y algunos otros de sus autores favoritos, como fueron John Dos Passos, John Updike y Erskine Caldwell, y concluye que la primera geografía sería la del “dolor a la deriva”, el dolor por la pérdida del pasado, por el desarraigo —ese mundo perdido al que nos referimos en múltiples ocasiones a lo largo de este estudio—; la segunda procedería del “grito desolado que quema sus entrañas ante la desesperación”; la tercera sería “la toma de conciencia de la muerte”, y la cuarta, la conciencia social en la mente del desplazado o exiliado.⁹⁶

En España, el realismo existencial ofrece sus dos obras maestras en *La familia de Pascual Duarte* (1942), de Camilo José Cela, y *Nada* (1945), de

95 *Ibíd.*, 50. Respecto de estas y otras posibles concomitancias entre Faulkner y Rubio, como pueden ser la presencia de los tópicos del menosprecio de corte y alabanza de aldea y del “*tedium vitae*”; el uso de elementos simbólicos, y el empleo de las técnicas del *flash-back*, el contrapunto o el monólogo interior, véase Cifo González, “La presencia de William Faulkner en la narrativa de Rodrigo Rubio”, 343-359.

96 *Ibíd.*, 55.

Carmen Laforet, a las que seguirán otros títulos notables como *La sombra del ciprés es alargada* (1948), de Miguel Delibes, *Hospital general* (1948), de Manuel Pombo Angulo o *Lázaro calla* (1949), de Gabriel Celaya. Ya en los años cincuenta, aparecen títulos como *Cuando voy a morir* (1950), de Ricardo Fernández de la Reguera, *Las últimas horas* (1950), de José Suárez Carreño, *Con la muerte al hombro* (1954), de José Luis Castillo-Puche y *Algo pasa en la calle* (1954), de Elena Quiroga, entre otros. Y, durante los años sesenta y setenta, y de una forma algo más aminorada, continúa en *Muerte por fusilamiento* (1962), de José María Mendiola, *El miedo y la esperanza* (1964), de Alfonso Martínez Garrido, *Equipaje de amor para la tierra* (1965), de Rodrigo Rubio, y *Ladridos a la luz de la luna* (1970) y *El buen camino* (1975), de Marta Portal.

Por lo que respecta al escritor albaceteño, Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres apuntan que, incluso en las obras más próximas a los planteamientos sociales, en las que refleja las pésimas condiciones de vida de los campesinos, Rodrigo Rubio tiende a la reflexión existencial de talante cristiano. Y, como rasgos propios de este autor, señalan, entre otros, su voluntad testimonial; su resignado pesimismo; el protagonismo desempeñado por las gentes humildes, tanto en el ámbito rural como en los lugares a los que les ha llevado la presión migratoria; la presencia de la guerra civil, fratricida y devoradora; el lenguaje sencillo con propensión a la efusión lírica; la alternancia de voces narrativas y puntos de vista, con predilección por el monólogo evocativo, y unas historias que mantienen vivo el interés del lector. En definitiva, en su opinión, nos hallamos ante “un novelista limitado, que no abre nuevos caminos ni escribe obras de particular relevancia, pero sí tiene apreciables dotes narrativas”.⁹⁷

Por su parte, Ramón Massó Ortega, en su *Historia sinóptica de la Literatura Española*, sitúa a Rodrigo Rubio en el Anexo V, dedicado a la “Ampliación de la Generación del Medio Siglo o del 60” (autores nacidos entre 1923-1939), señalando que nació en Montalvos, Albacete, 1931, y cita sus obras *Un mundo auestas*, *Equipaje de amor para la tierra*, *La sotana*, *Cuarteto de máscaras* y *Un camino de rosas*.⁹⁸ Pero lo más curioso de todo no es esta relación tan dispar de sus obras, sino que, poco más adelante, lo vuelve a colocar en el Anexo VI, titulado “Ampliación de la

97 Pedraza Jiménez y Rodríguez Cáceres, *Manual de literatura española*, 742.

98 Massó Ortega, *Historia sinóptica de la Literatura Española*, 315.

Generación del 70 o Novísimos”; pero esta vez le cambia el lugar y la fecha de nacimiento, como si de otro Rodrigo Rubio se tratase, apuntando lo siguiente: “RODRIGO RUBIO (Albaceteño, 1943). Relatos y novelas: *Un mundo a cuestas*; *La feria*; *Un camino de rosas*; *Equipaje de amor para la tierra*; *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*”.⁹⁹

Mucho más recientemente, Óscar Barrero hablaba de la “diferenciación probablemente imposible” entre conceptos como los de realismo testimonial, realismo social (o socialrealismo) y realismo crítico, para referirse a la obra de Rodrigo Rubio. En su opinión, cabría hablar de *realismo patético* —sobre todo si se leen novelas como *Equipaje de amor para la tierra* (1965) o *El gramófono* (1974)—, e incluso de existencialismo cristiano. Y concluye:

Demasiadas vueltas y revueltas me parecen si tenemos en cuenta la evidente fidelidad de Rubio a modas literarias de años anteriores a la redacción de no pocas novelas suyas. Por ejemplo, a propósito de *La sotana* (1968), *Memoria de pecado* (1979) o *Un camino de rosas* (1991) cabe, por lo menos, reflexionar sobre dicha dependencia en cada momento de la escritura: detrás de la primera está la proliferación de novelas católicas en la segunda mitad de los años cincuenta; en el subtexto de la segunda se percibe la abundancia de revisiones generacionales y autobiográficas características de buena parte de la narrativa de la transición; en fin, en el fondo de la tercera subyace la liberación sexual que a tantos excesos (seudoartísticos) dieron lugar los *liberados* años ochenta.¹⁰⁰

Así pues, a tenor de todo lo que llevamos visto, y según trataremos de demostrar en nuestro posterior análisis, se puede considerar, con las lógicas salvedades, que el novelista albaceteño desarrolla en sus obras una buena parte de los planteamientos característicos de la novela social, con esos importantes matices existenciales que antes hemos tenido ocasión de mencionar. De hecho, esta vinculación, reconocida por el propio autor en numerosos escritos y declaraciones, deriva del deseo, la necesidad y

99 *Ibíd.*, 323.

100 Barrero Pérez, “El realismo patético de Rodrigo Rubio”, 73.

la urgencia de reflejar una temática todavía vigente a lo largo de los años sesenta: la guerra civil y, sobre todo, la inmediata posguerra, lo cual le lleva a cultivar, como él mismo afirma, un “realismo social basado en la preocupación por la felicidad del hombre, pero del hombre más castigado por la sociedad”. Un realismo que se fija en los ambientes rurales de la posguerra y cuya primera intencionalidad es “la denuncia de todos los poderes que aprisionan al hombre y, dentro de esa crítica, la defensa de aquellos que son dentro de la sociedad los más perseguidos, o los más olvidados”.¹⁰¹

Porque, efectivamente, el ambiente que rodea al escritor en general, y a Rodrigo Rubio en particular, resulta fundamental e ineludible a la hora de llevar a cabo la creación literaria. Así lo declaraba el escritor albaceteño, el 26 de febrero de 1966, cuando afirmaba que es muy difícil hacer un mundo a nuestra propia medida, ya que estamos inmersos en una realidad cotidiana de la que no se puede escapar, aunque uno lo desee, lo que no es su caso. Y, por consiguiente, cuando uno se pone a escribir siente cómo ese ambiente se va convirtiendo en materia literaria:

Este ambiente cala en ti si tú haces algo más que rozarlo; es decir, si lo sientes, si estás en él. Podrás ir más allá, porque hay otras gentes con las que también hablas, y luego, en casa, en la sala pequeña, en los estantes y sobre la mesa camilla, están tus libros; los libros te llevan a mundos grandes, despiertan tu inteligencia y te sugieren vidas y hechos para tus narraciones. Por eso, si tienes todo esto, si has podido llegar hasta aquí, ¿por qué menospreciar lo que también, como este mundo de los libros, forma parte de tu vida? Hay que dejarse rodear por los que te miran, e incluso dejarse tocar, estrechar la mano, si con eso los otros están más cerca de ti. ¿Hace falta hablar como los demás hablan? ¿Y qué importa, si su lenguaje no es sino el verbo verdadero?¹⁰²

El 2 de mayo de 1997, Rodrigo Rubio se expresaba en unos términos muy similares, en declaraciones al periodista y escritor Juan Luis

101 Anónimo, “Rodrigo Rubio, un escritor de la vida”, 29.

102 Rubio, “Rodrigo Rubio se confiesa”, 12.

López Precioso, a propósito de su constante inquietud por el sufrimiento de ser humano, que, lógicamente, forma parte de ese ambiente que le rodea e incluso de sus propias vivencias:

Ha sido una de mis preocupaciones desde siempre, esa lucha del hombre por conseguir aquí, en la tierra, un mínimo de felicidad, algo de sosiego, alguna pequeña alegría, porque la vida siempre tiene ante el hombre como un muro que es difícil saltar, o por lo menos saltarlo honradamente. En los últimos tiempos hay muchas personas que se han vuelto como dioses, pero por la puerta falsa. Al hombre más corriente, cotidiano, le cuesta un poco más sufrir en la vida... he conocido la enfermedad, enfermos, hospitales... he conocido la muerte de cerca, yo mismo la he tenido rondando... En fin, todo eso te enseña y te sensibiliza.¹⁰³

Dentro de la temática social, religiosa y política es donde hay que situar obras tales como las novelas *La tristeza también muere* (1963), *Equipaje de amor para la tierra* (1965), *El incendio* (1965), *La espera* (1967), *La sotana* (1968), *Oración en otoño* (1970), *Álbum de posguerra* (1977) y los ensayos *La deshumanización del campo* (1966), *Radiografía de una sociedad promocionada* (1970), *Minusválidos* (1971), *Crónicas de nuestro tiempo* (1972), *Crónicas de andar y ver España* (1973) y *España no hay más que una* (1973).

Ahora bien, aun cuando el realismo ha estado siempre presente a lo largo de toda su obra, lo más frecuente es que esa preocupación realista se haga coincidir con una línea argumental más permanente y característica en su quehacer narrativo: el recuerdo del pasado, la nostalgia del mundo perdido, las historias de los antepasados, etc. En este apartado hay que mencionar sus obras *Un mundo a cuestas* (1963), *Palabras muertas sobre el polvo* (1967), *La feria* (1968), *Agonizante sol* (1972), *El gramófono* (1974), y algunas otras narraciones breves.

Otro capítulo de su obra es aquel en el que aparecen algunas de las novedades aportadas por la llamada novela dialéctica o experimental

103 López Precioso, "El amor en tiempos no lejanos", 5.

de los años setenta. Dichas novedades, especialmente evidentes en sus libros de relatos, podríamos resumirlas en las siguientes: una mayor preocupación por el lenguaje, con un vocabulario más culto, metafórico y simbólico, y una sintaxis algo más compleja y retorcida; la incorporación de temas relacionados con el mundo de la imaginación y la fantasía; el uso frecuente de las distorsiones espacio-temporales, rompiendo así con la narración lineal o cronológica; la mezcla de estilos: directo, indirecto, monólogo, diálogo y segunda persona; el uso del perspectivismo o punto de vista múltiple, y un cambio en la perspectiva para dar paso al humor, la parodia, el sarcasmo, la caricatura y el esperpento.¹⁰⁴

Pero todo esto no implica renunciar “a lo más entrañable, a todo lo que, de alguna manera, fluía por mi sangre”¹⁰⁵, sino que, por el contrario, continúa vigente ese realismo testimonial cuyo punto de mira se centra en las gentes más humildes del campo y de la ciudad, para quienes se reivindica unas mejores condiciones de vida; un realismo fuertemente impregnado de lirismo y de autobiografía; un realismo, en suma, al servicio de la denuncia desmitificadora del presente y del recuerdo nostálgico de tiempos pretéritos, y que se puede observar en obras como *Papeles amarillos en el arca* (1969), *El regicida* (1969), *Cuarteto de máscaras* (1976) o *La silla de oro* (1978).

Esta última, perteneciente a la trilogía *El poder*, supone su más claro intento de renovación puesto que, tal y como el propio novelista indica en el prólogo de la misma, con ella trata de cubrir un espacio vacío en la narrativa española de los años setenta: “ese plano intermedio entre el realismo crítico pero débil por pobreza de expresión y recursos narrativos, y la postura netamente esteticista”.¹⁰⁶

104 Es criterio comúnmente aceptado el considerar que la novela experimental se inicia en España con la publicación de *Tiempo de silencio* (1962), de Luis Martín-Santos, y que tendría su fecha aproximada de caducidad a finales de 1975, con la muerte de Francisco Franco. En esta literatura tuvieron una clara influencia la novela intelectual de los años 20, con James Joyce a la cabeza, y el llamado *boom* de la literatura hispanoamericana de los años 60. Véase Martínez Cachero, *La novela española entre 1936 y el fin de siglo*, 253-377.

105 Rubio, *Gaviotas*, 30.

106 Rubio, *La silla de oro*, 14.

Tras observar esa evolución en su obra literaria, con ese moverse entre las dos grandes líneas temáticas que suponen el realismo, por un lado, y la imaginación y el lirismo, por otro, se entiende mucho mejor la respuesta que Rodrigo Rubio dio a una pregunta formulada por el escritor y amigo Meliano Peraile respecto de qué factores distinguían los libros del escritor albaceteño de los del realismo crítico más canónico. La respuesta de Rubio fue la siguiente:

Por un tiempo, no había más remedio que ser realista y crítico. Yo lo fui, y creo que lo seré casi siempre que escriba. Sin embargo, de mi pluma o de mi máquina salieron obras imaginativas, o bien cargadas de literatura, como las novelas “Un mundo auestas”, “Cuarteto de máscaras” o el libro de cuentos “Papeles amarillos en el arca”. Ser realista era una necesidad. Ser crítico, fundamental. En aquellos años sesenta. Pero creo que también ahora. Esto no es óbice para que uno, al menos de vez en cuando, escriba una obra de imaginación pura, con buen pulso literario. Yo me he movido siempre entre esas dos aguas, no sé si saliendo bien a flote.¹⁰⁷

A pesar de lo que comenta Rodrigo Rubio en la anterior respuesta, podemos afirmar que la suya es una literatura que busca mucho más el compromiso que el esteticismo. Una literatura con profundas resonancias autobiográficas y con un marcado existencialismo, en consonancia con lo expuesto por Gemma Roberts, según la cual:

La consecuencia inmediata de la guerra civil en el plano literario fue la vuelta hacia una orientación realista de la novela, en la cual se toma en cuenta la situación histórica y concreta de los dramas tanto individuales como colectivos. La Guerra Civil, en su carácter de conmoción espiritual, de profunda experiencia vital, fomentó una nueva conciencia literaria y llevó a los novelistas a interesarse de nuevo, lógicamente, por el hombre,

107 Peraile, “Diálogos”, 11.

tanto en su conciencia angustiada como en su vida colectiva, desgarrada y escindida a consecuencia de la lucha fratricida.¹⁰⁸

Respecto de la posible vinculación de la literatura de Rodrigo Rubio con el existencialismo, hemos podido ver cómo son varios los críticos e historiadores literarios que apuntan en esa línea. De ahí que convenga acudir de nuevo a Óscar Barrero para comprobar que muchas de las características que él otorga a la novela existencial española de posguerra aparecen en la narrativa de Rodrigo Rubio, comenzando por el carácter autobiográfico del que están dotadas buena parte de estas narraciones. Además, “los razonamientos psicológico-existenciales de muchos de esos personajes adquieren mayor credibilidad ante el lector si se exponen por individuos predispuestos a ellos no solo en razón de su psicología analítica, sino también por estar los mismos dotados de unas determinadas aptitudes intelectuales”¹⁰⁹, como puede ser el caso de médicos, artistas, escritores, etc.

En una conferencia pronunciada en el Instituto de Bachillerato de Alhama de Murcia en 1980, afirmaba el escritor albaceteño que “en todo, la raíz, el lenguaje, el campo manchego-levantino y el ser humano en busca de una felicidad que rara vez encuentra. Mi preocupación: el hombre y su debilidad aquí, en este mundo y tiempo donde le ha tocado vivir. Mi filosofía: un resquicio de esperanza para el ser más leve y simple. Es decir, para el menos egoísta y cruel”.

Con estos planteamientos artísticos, y una vez concluida esa etapa experimental y formalista de nuestra novelística, podrá enlazar fácilmente

108 Roberts, *Temas existenciales en la novela española de postguerra*, 43.

109 Barrero Pérez, *La novela existencial española de posguerra*, 105. En este sentido, hemos de señalar que, si bien en algunas novelas de Rodrigo Rubio los protagonistas no pertenecen a esas profesiones, sí que tienen dichas aptitudes o inquietudes intelectuales, como ocurre, por ejemplo, en *Equipaje de amor para la tierra* (1965), *La espera* (1967) o *La sotana* (1968). En cambio, en novelas posteriores, los protagonistas sí que son escritores o periodistas, como es el caso de *Agonizante sol* (1972), *La ruta de las luciérnagas* (2000) o *El Señor del látigo* (2006). Por otra parte, habla Barrero de una especie de “*abulia existencial* [...] que induce a los personajes a la no actuación ante lo que consideran como imposición de las circunstancias externas sobre la propia voluntad”, 110. Algo que se compadece perfectamente con muchas de las novelas de Rodrigo Rubio, especialmente *La sotana*.

con los nuevos gustos manifestados por las últimas generaciones de novelistas. Entre esos gustos y tendencias, destaca Andrés Amorós el éxito creciente de las biografías, los documentos y los testimonios personales; la pasión por la historia, “la historia de la vida cotidiana”, y el triunfo de “los relatos de fantasía política, a partir de una hipótesis imaginaria pero no imposible”.¹¹⁰

Un cultivo de las autobiografías en el que también incide Domingo Ynduráin, quien habla de “la autobiografía personal y subjetiva de tipo de *Las corrupciones* o *Memorias de un niño de derechas*, donde la historia de la infancia y adolescencia se mezcla con la social; o en obras como *Autobiografía de Federico Sánchez* o *Últimas tardes con Teresa*, en las que la denuncia política o social se dobla con la vivencia, con el testimonio personal”.¹¹¹

Porque, como señala Juan García Hortelano, en el número 18 de la revista *República de las Letras*, dedicado a analizar las “Últimas tendencias de la Literatura Española”, ocurre que “en España y a partir de la década de los 70, al romanticismo revolucionario de los años 50 le ha sucedido un movimiento primigeniamente romántico, una corriente de romanticismo lírico, de vuelta a los orígenes, que fundamentalmente rechaza el realismo encubierto de romanticismo, el romanticismo realista de la década de los 50”.¹¹²

Dicha vuelta a los orígenes, en opinión de Luis Mateo Díez, se manifiesta, entre otras cosas, “en la preponderancia de los *mundos propios* de los narradores, en esa especie de regreso o partida al interior de cada cual, que es desde donde se dilucidan y perfilan las miradas personales, y al intento de —a la vez— delimitar el particular estilo, con el que uno se expresa de manera distinta a los demás”.¹¹³

Es, también, el tiempo en que se produce el despertar de la novela histórica, la novela policíaca y la novela erótica, así como la visión esperpéntica de la realidad... Y todo ello acompañado de una cuidadosa atención al lenguaje y al estilo y de una recuperación de recursos técnicos

110 Amorós, “¿Un lector cada día más cosmopolita?”, 10-11.

111 Ynduráin, “¿Nuestra realidad ausente?”, 70.

112 García Hortelano, “¿Nuestra realidad ausente?”, 63.

113 Mateo Díez, “Mundos propios, abismos personales”, 77-78.

tradicionales como pueden ser: la presencia del narrador omnisciente, el relato lineal, el abandono de la segunda persona narrativa para dar paso de nuevo a la primera y la tercera, y el incremento del diálogo. Pues, como apostilla Santos Sanz Villanueva:

El abuso de un realismo social y su ineficaz sustitución por una experimentación radical y minoritaria había dejado a nuestra prosa narrativa en un estado maltrecho. Se imponía, por tanto, un cambio, que vino por la reivindicación de un relato que volviera a las fuentes del género [...] Así, detectado el interés por una literatura de acción, algún editor se dedica a potenciar la “novela policiaca”: se abren colecciones destinadas a crear una narrativa negra española hasta aquel momento inexistente.¹¹⁴

También Domingo Ynduráin alude a ese regreso a los orígenes por parte de un grupo de escritores a finales de los años setenta. Se trata de novelas que están escritas en forma autobiográfica en las que el protagonista se ha convertido en una especie de arquetipo o representante de una generación muy consciente de sus señas de identidad. Y añade:

Habitualmente, el tema es la superación de la adolescencia y los tabúes que impone la sociedad: es el testimonio de una situación desde la que se contempla una época pasada y a la que ya nunca se volverá. El tono suele ser muy crítico, desmitificador de la realidad —personal y social—, lo que no impide, más bien exige, una cierta dosis de sentido del humor: tampoco era tan grave ni tan importante la peripecia vivida, parecen decir. Por último, tras una cierta dificultad inicial, estas novelas se leen bien, hay un desarrollo argumental coherente y un notable interés por la historia narrada y por el análisis de esa historia.¹¹⁵

114 Sanz Villanueva, “¿Subjetividad o géneros?”, 83.

115 Ynduráin, *Historia y crítica de la literatura española*, 352.

Por su parte, Jordi Gracia y Domingo Ródenas hablan de “memoria de la madurez” para referirse al regreso a lo autobiográfico y al “memorialismo literario”, algo que hasta la primera transición había estado en descrédito, dado que este género no cotizaba en el mercado editorial ni resultaba atractivo para los mejores lectores, además de la represión franquista e incluso de la autocensura: “El análisis del interior del deseo, de la sexualidad, de la construcción de una conciencia disidente o culpable reconocía numerosos límites dictados desde fuera del taller del escritor y a menudo aconsejados por la autocensura”.¹¹⁶

En su opinión, en ese campo difuso que hay entre la confesión, la autobiografía y la ficción, los narradores encontraron un territorio narrativo muy fecundo, pudiendo incluir, además, la presencia de personajes históricos en las tramas novelescas. Y, respecto de la temática más habitual, señalan:

Los mejores ejemplos de este memorialismo literario, generacional, regresan una y otra vez a la miseria moral y material y al miedo de la posguerra, incluidas las familias de la victoria, y vibran con algún timbre heroico en el relato de la toma de conciencia sobre el lugar en el que van a ser ciudadanos adultos, en la voluntad de huir de él o transformarlo.¹¹⁷

Pues bien, fruto de esa vuelta a los orígenes, a los mundos propios, a la memoria, son sus obras *Memoria de pecado* (1979), *Cayetana de Goya* (1979), *Albacete, tierras y pueblos* (1983), *Banco de niebla* (1985), *La puerta* (1989), *Tallo de sangre* (1989), *Los sueños de Bruno* (1990), *El amigo Dwnga* (1992), *Un camino de rosas* (1992), *Fábula del tiempo maldito* (1997), *Al filo de la vida* (1998), *La ruta de las luciérnagas* (2000), *Las enfermedades obsesiones de Paulino Marqués* (2001), *Lo que el tiempo se llevó* (2004), *El Señor del Látigo* (2006) y *Reflexiones. Confesiones antes de morir* (2007).

116 Gracia y Ródenas, *Historia de la literatura española*, 713-714.

117 *Ibíd.*, 714.

Esta clasificación que hemos realizado se ve corroborada por la que hizo el propio Rodrigo Rubio en el libro *Narrativa albacetense del siglo XX*, en julio de 1983, al referirse a la existencia de tres etapas en su obra.

Según él, las obras correspondientes a la primera etapa son aquellas en las que se aprecia una gran añoranza del mundo perdido —“el mundo de la adolescencia, de la vida sana, limpia, humana, entrañable, de los pueblos manchegos”— y por la presencia constante de un carácter costumbrista, presente en una extensa nómina de trabajos, fiestas, comidas, juegos infantiles, historias y leyendas populares, etc. Todo ello asociado a la utilización de un lenguaje acorde con los personajes humildes y trabajadores que protagonizan sus historias. De ahí que en algunas de esas obras sea muy habitual la aparición de un léxico correspondiente a un nivel coloquial o incluso vulgar, con el que el autor pretende retratar de una forma objetiva el modo de hablar de las gentes que pueblan los campos de la llanura manchega. En la mayor parte de los casos, esos vocablos suelen aparecer entrecomillados o en letra cursiva, al igual que ocurre con la amplia nómina de términos que podríamos considerar como propios del habla local o del habla de la Mancha.

Además, en las novelas y cuentos de esta primera etapa narrativa nos encontramos con la presencia de un humor muy tierno y, en ocasiones, un tanto inocente, sobre todo en el caso de los viejos, a los que Rodrigo Rubio sitúa como exponentes de la sabiduría popular y de la experiencia de toda una vida de lucha, sufrimientos y desengaños. Por eso, con la perspectiva que permite el paso de los años, estos abuelos se sirven habitualmente de numerosos refranes y de un muy particular sentido del humor, no exento a veces de una sutil y fina ironía, todo lo cual era muy característico de la personalidad del propio Rodrigo Rubio y del carácter de buena parte de los habitantes de los pueblos albaceteños.

Esta primera etapa está marcada por los nostálgicos recuerdos de su niñez y su adolescencia en el seno familiar, en su pueblo de Montalvos —bien sea con este nombre o con los ficticios de Monsalve y Montejera— y, por extensión, en la llanura manchega. Hasta el punto de que otro escritor castellano-manchego, José López Martínez, lo señaló como uno de los principales juglares de La Mancha.

A esta etapa narrativa corresponden las novelas *Un mundo a cuestas* (1963), *La feria* (1968), *Agonizante sol* (1972), *El gramófono* (1974), el libro de relatos *Palabras muertas sobre el polvo* (1969), y los cuentos “La nube” (1966), “Las paredes lloran en silencio” (1969), “Penúltimo invierno” (1972), “Un poco de paciencia” (1976) y “La calefacción del carro de mi padre” (1978).

Simultáneamente a la elaboración de esas primeras obras, Rodrigo Rubio escribió una serie de novelas y ensayos que eran el resultado de otro modo diferente de concebir la literatura y mucho más acorde con los planteamientos y las técnicas propios de lo que se denominó novela social, realismo social o realismo crítico. Se trata de su etapa más dilatada y más fructífera, que constituye su segundo gran eje temático.

En esta segunda etapa tiene especial relevancia el cultivo de la novela con una manifiesta vocación realista y una firme y decidida voluntad testimonial, no exenta de su proverbial costumbrismo, mucho más característico de la anterior etapa. Y es dentro de esta temática social, religiosa y política donde hay que situar las novelas *La tristeza también muere* (1963), *Equipaje de amor para la tierra* (1965), *El incendio* (1965), *La espera* (1967), *La sotana* (1968), *Oración en otoño* (1970) y *Álbum de posguerra* (1977). Asimismo, también tienen cabida en esta etapa los ensayos *El Papa Bueno y los enfermos* (1963), *La deshumanización del campo* (1966), *Radiografía de una sociedad promocionada* (1970), *Minusválidos* (1971), *Crónicas de nuestro tiempo* (1972), *Crónicas de andar y ver España* (1973), *España no hay más que una* (1973), *Francisco Lozano* (1973) y *Albacete, tierras y pueblos* (1983).

Es en esta línea temática donde aparecen en mayor medida el desencanto, la resignación, el pesimismo y la amargura —tanto en el escritor como en sus criaturas literarias—, y el autor se muestra fuertemente implicado en las historias trágicas que viven sus personajes, especialmente las relativas a la guerra civil, la dura posguerra, la emigración y la marginación social. No obstante, a pesar de la dureza de los temas tratados, hay que destacar que, ni siquiera en los casos más trágicos y sangrantes, Rodrigo Rubio deja de emplear ese tono lírico tan característico de algunas de las creaciones de su primera etapa.

Tras esa dilatada dedicación al cultivo de la literatura testimonial y social, el escritor evoluciona hacia una nueva tendencia narrativa, hacia lo que sería una tercera etapa, que se plasma en una literatura más fantástica e imaginativa, muy próxima al esperpento y en consonancia con los postulados estéticos de la llamada novela dialéctica o experimental característica de los años setenta. En entonces cuando su pueblo natal se transforma en el mítico escenario de Monsalve, en donde se sitúan obras como *Papeles amarillos en el arca* (1969), *El regicida* (1969), *Cuarteto de máscaras* (1976) y *La silla de oro* (1978).

Hasta aquí, las tres etapas de las que Rodrigo Rubio hablaba en *Narrativa albacetense del siglo XX*, en el año 1983, y que resumía en las siguientes palabras:

Después, una vez recreados por mí mundos de niñez y adolescencia (que volverían nuevamente en *El gramófono*, *Agonizante sol*, *Memoria de pecado*, etc.), vendría la preocupación social, política y religiosa. De esta *Segunda Etapa* son los libros *La espera*, *La deshumanización del campo* (ensayo), *El incendio*, *Equipaje de amor para la tierra*, *La sotana*, *Oración en otoño* y *Álbum de posguerra*.

Quería, después, liberarme de esa tenaza socio-política-religiosa y, sin olvidar nunca mis raíces, me abrí a una literatura más imaginativa, llegando en algunos libros —*Papeles amarillos en el arca*, Premio Álvarez Quintero de la Real Academia, y *Cuarteto de máscaras*, premio Editorial Magisterio— a rozar lo fantástico y también, a veces, lo esperpéntico. Fue entonces cuando Montalvos se convirtió en *Monsalve*, escenario, tal vez, de mis mejores páginas.

En mi narrativa, siempre con calor humano, con lenguaje adecuado a unos personajes y a un determinado escenario geográfico, deseé, en todo momento, ser un heredero de nuestros clásicos y, también, de autores que habían visto la parte oculta de nuestra forma de ser, como Valle-Inclán, Baroja, Eugenio Noel y Gutiérrez Solana. Algunos críticos dijeron que en esta *Tercera Etapa* tenía influencia de los autores latinoamericanos; pero lo cierto es que yo estaba moviéndome dentro de una España múltiple, de luces y sombras, por la que, en otras épocas, se habían adentrado autores tan nuestros como Quevedo, Valle y Larra.

Mi obra inacabada —parte de ella, al menos— tiene también esas raíces, esas constantes, y creo que siempre escribiré —o guardaré silencio— para hablar de nuestras gentes, de nuestra sociedad, tanto

para hacer retablo burlesco como para desarrollar el drama que, tan a menudo, aparece sobre nuestra seca y áspera geografía.¹¹⁸

Pero, siguiendo lo expuesto por Luis Mateo Díez respecto de lo que él llama los *mundos propios*, podríamos añadir una cuarta etapa en la trayectoria literaria del escritor albaceteño. Se trataría de aquellas obras que Rodrigo Rubio calificaba como “novelas de memorias”, en las que, desde la atalaya y la perspectiva de los años vividos, se intenta el imposible reencuentro con el mundo perdido de la infancia y la adolescencia antes de que la niebla de la vida —usando la imagen acuñada por uno de sus escritores favoritos, Miguel de Unamuno— se disipe para dar paso a un más allá en el que nada está garantizado. Y nada lo está porque las dudas y los interrogantes no obtienen respuestas de un Dios silencioso, lejano e insolidario.

Tal vez por esto, en las obras de esta etapa final encontramos un tono mucho más crítico, pesimista y escéptico. Sus personajes se sienten desamparados, impotentes, desvalidos, y buscan en su interior las explicaciones a muchas de sus incógnitas, miedos y temores. Unas explicaciones que no siempre encuentran y por ello se busca la ayuda del psiquiatra, del alcohol y la medicación. Y, en muchos casos, también se acude al consuelo que propicia el recuerdo de un mundo cada vez más perdido, en un desesperado e infructuoso intento de volver a los orígenes.

Es en estos años cuando Rubio publica las novelas *Banco de niebla* (1985), *Un camino de rosas* (1992), *Fábula del tiempo maldito* (1997), *Al filo de la vida* (1998), *La ruta de las luciérnagas* (2000), *Las enfermedades obsesiones de Paulino Marqués* (2001), *El Señor del Látigo* (2006) y *Reflexiones. Confesiones antes de morir* (2007). También es la etapa de algunos relatos como: “Un ritmo para el recuerdo” (1980), “Sal amarga” (1980), “Ventanas azules” (1981), “Los otros viajes” (1985), “Un padre de hoy” (1985), “Jóvenes sin brújula” (1985), “Mendigos” (1985), “La verbena” (1985), “Morir en el lavabo” (1985), “Carta al hijo” (1985), “Las amapolas” (1987), “Un verano sin mar”, (1987), “Retraso providencial” (1987), “La oruga metálica” (1988), “Aproximación a la tristeza” (1988), “Área de

118 Bravo, *Narrativa albacetense del siglo XX*, 232.

servicio” (1990), “La primera víctima del terrorismo” (2004), “¿Amar a Dios o temer a Dios?” (2005) y “Sujeto del ramal” (2005), así como de los ensayos *Albacete, tierras y pueblos* (1983) y *Lo que el tiempo se llevó* (2004). En la mayoría de estas obras se puede observar el afán por regresar al mundo perdido de la infancia desde el sentir propio de los años de la vejez y la decadencia.

Por último, para rematar este apartado dedicado a Rodrigo Rubio y la novela social, nos vamos a hacer eco de otro testimonio del propio escritor, en el que expone, sin ambages, su punto de vista respecto de la utilidad que debe tener la literatura, sea cual sea su forma de concebirla o desarrollarla. Así, durante el diálogo mantenido con el escritor Meliano Peraile, afirma que la literatura siempre resulta útil y eficaz, sobre todo si se centra en la existencia del ser humano:

La literatura, exquisita o no, siempre es útil. A veces, la literatura de creación, es doblemente útil. Es básico que sea testimonial. Creo que fue Juan Goytisolo el que escribió que se podía saber más del Siglo de Oro por su literatura que por todos los manuales de historia. Es así. Por eso me irrita, no la literatura exquisita (a mí no me gusta esta definición), pero sí la literatura insulsa. La literatura tiene que ser recia, como la tierra del buen trigo, como una tostada hogaza de pan. La literatura es vital cuando describe, no ya los interiores del alma humana, por estudios psicológicos, sino el ambiente y los mundos que rodean al alma del hombre en determinados momentos. Dejemos, pues, que la literatura, si es seria, siga su camino, que de alguna forma la historia tendrá que modelarse sobre, al menos, los posos que haya dejado esa literatura.¹¹⁹

2.4. Temas principales

Según la clasificación realizada por Pablo Gil Casado, en la novela social española se podría hablar de siete grandes temas: “la abulia, el campo, el obrero y el empleado, la vivienda, los vencidos, los libros de viajes, y la

119 Peraile, “Diálogos”, 11.

desmitificación”.¹²⁰ Y, dentro de esos siete grandes grupos temáticos, cita dos obras de Rodrigo Rubio, *La sotana* y *Equipaje de amor para la tierra*, a las que sitúa dentro de los temas de la abulia y del obrero y del empleado, respectivamente. Por tanto, comenzaremos el análisis de los temas más característicos del escritor albaceteño partiendo de esta clasificación hecha por Gil Casado.

2.4.1. La abulia

Recordemos, antes de nada, que también Óscar Barrero hablaba de abulia como uno de los rasgos propios de la novelística existencial de posguerra. Se trataba, según él, de una especie de fatalismo que empujaba a los personajes a la pasividad y la falta de actuación.¹²¹ Pues bien, dado que la novela social es un reflejo de los diferentes estratos que forman la sociedad, opina Gil Casado que algunos escritores tratan de exponer y criticar la abulia en la que algunas de esas capas sociales han caído, con lo cual se produce la siguiente situación:

Estas narraciones enfocan la actitud y los valores morales y sociales de un determinado grupo, sea de las clases bajas o de la alta burguesía, llaman la atención sobre la vida pasiva de la gente, sobre su conformismo, todo lo cual justifican pretextando que “no hay que meterse en nada” y que “todo sigue bien”. Otras también muestran la desorientación de la juventud española que, como consecuencia del ambiente en que han crecido, llevan una existencia vacía, sin propósito. En todo caso, se tiende a criticar el fracaso moral, la pasividad, la conformidad o el egoísmo de un determinado grupo.¹²²

Entre las características de este tipo de novelas, apunta Gil Casado que se tiende a analizar un grupo representativo de los distintos sectores de la sociedad, creando, al mismo tiempo, unos personajes igualmente

120 Gil Casado, *La novela social española*, 147.

121 Véase la nota 100.

122 Gil Casado, *La novela social española*, 153.

representativos de dichos sectores o grupos; se presentan las causas que han originado ese estado de cosas, su sentido y sus implicaciones para el futuro; se plantea desde un relato objetivo, y se retrata un ambiente de conformidad o disconformidad con la situación establecida:

La actitud general es de pasividad e indiferencia en todos los sectores. Unos personajes se muestran conformes con esta abulia, como ocurre con la generación que hizo la guerra triunfalmente; otros manifiestan insatisfacción, desilusión y pesimismo, y para escapar del vacío recurren a la acción, a la lujuria, al alcohol, a la violencia, en un esfuerzo por evadirse. Entre éstos están los jóvenes rebeldes contra su familia burguesa. Tanto en un caso como en el otro, el resultado en última instancia es el fracaso, la caída una y otra vez en la abulia y la inutilidad.¹²³

Óscar Barrero también habla de fracaso y frustración en la vida de muchos personajes protagonistas de la novela existencial. Un estado de ánimo que, en ocasiones, es la consecuencia de un sentimiento de culpabilidad tanto a nivel personal como social y que lleva a algunos de los personajes a una indolencia y pasividad frente a la hasta llegar a incorporar «como elemento marginal la duda ante las circunstancias que se les van presentando, duda que puede afectar a la propia estabilidad psicológica».¹²⁴

En este apartado sitúa Gil Casado *La sotana*, en la que, en su opinión, Rodrigo Rubio novelaría el tema de la abulia clerical, gracias al protagonismo de don Luis, un sacerdote de treinta y ocho años, que vive una crisis de conciencia como consecuencia del remordimiento que siente a causa de la situación privilegiada en que se encuentra, desde que decidiera servir a los poderosos y apartarse de los humildes. Todo ello le origina una íntima y profunda contradicción: al tiempo que comprende que lleva una

123 *Ibíd.*, 154.

124 Barrero, *La novela existencial española*, 149. Como ejemplo, cita Barrero, entre otros, los casos de Carlos o de Enrique en la novela *Sin camino* (ed. española de 1963), de José Luis Castillo-Puche. Y, como tendremos ocasión de comentar en su momento, esta afirmación es perfectamente aplicable a don Luis, el sacerdote protagonista de *La sotana* (1968).

vida excesivamente cómoda e impropia de su misión evangelizadora, no quiere abandonar la vida regalada y placentera de la que disfruta.

Como bien señala este crítico, la novela es completamente reflexiva, pues los pocos sucesos que ocurren en ella giran en torno a la crisis del sacerdote y se presentan de forma indirecta, a través del pensamiento de don Luis. Además, la contradicción que da lugar a la crisis “es también indirecta, se origina a causa de unas cartas que ha escrito otro personaje, Marcos, conciencia acusadora de don Luis, o tiene su raíz en el recuerdo de Arsenio, que abandonó el sacerdocio. Lo demás es exploración del pasado”.¹²⁵

Buena muestra de esa condición reflexiva a la que se refiere Gil Casado es el hecho de que la novela esté escrita, en su mayor parte, como un monólogo interior del propio don Luis, quien a lo largo de la novela recuerda los episodios más significativos de su trayectoria personal y medita sobre su condición sacerdotal, en especial sobre la tremenda contradicción interior en la que se encuentra sumido.

Su habitual forma de proceder es la de alguien que, como el avestruz, suele esconder la cabeza bajo el ala. Eso es lo que ocurre cuando se plantea la posibilidad de abandonar su cómoda y gratificante relación con la gente rica y conservadora, con la que se encuentra tan a gusto. Y, también, cuando se trata de la posibilidad de llevar a cabo un compromiso con la gente combativa y luchadora que trata de acercarse a él, como es el caso de su antagonista en la novela, el joven e inconformista Marcos, quien, a través de las cartas que le escribe, le pone ante los ojos esa realidad a la que parece que el sacerdote no quiere acercarse.

De ahí que sus preferencias como sacerdote sigan estando dirigidas hacia las personas acomodadas que acuden a los cursillos de cristiandad o hacia las mujeres superficiales que aprovechan los retiros vespertinos para evadirse durante un tiempo de la que es una vida rutinaria y monótona, con la que ellas se muestran conformes y felices, y, de paso, para cotillear un rato cuando el sacerdote no está presente. Por eso, como afirma don Luis, lo mejor es dejarse llevar por su inercia habitual y hacer lo mismo de siempre:

125 *Ibíd.*, 211-212.

Pensar también que el retiro de la tarde será como la mayoría de los que se hicieron hasta ahora: que las mujeres estarán ya allí cuando yo llegue, porque es estupendo para ellas llegar a estas cosas media hora antes y salir luego media hora después. Hay que hablar. Unas y otras tienen muchas cosas que contarse: los vestidos, las fiestas, los estudios de los hijos, el trabajo del marido, el chalecito, la parcelita, el aumento de sueldo, el piso nuevo, los muebles estilo castellano, las medias blancas de la hija, el referéndum, Franco, no más guerra, la paz, *chicas, qué hermosura de paz*; las labores, la vecina tal, ¿lo sabéis?, menudo lío se lleva... No, murmurar no. *A ver si aparece de pronto don Luis...*¹²⁶

De modo que la vida y el trabajo pastoral de don Luis son siempre iguales. Ni cambian sus feligreses habituales, ni tampoco cambia él. Los primeros no van a hacerlo porque están contentos y conformes con la vida que les ha tocado en suerte. Y don Luis, a pesar de los continuos toques de atención por parte de su conciencia —y de la otra voz de la conciencia que representa el joven Marcos—, y de alguna que otra crisis espiritual, no tendrá valor para rebelarse contra su habitual abulia. Porque, mientras se recupera de su última crisis descansando en el chalet de uno de sus ricos feligreses, llega al convencimiento de que ese episodio recientemente vivido apenas significa nada:

No significaba nada; es decir, sí; comodidad, quietud, sosiego. Vencería, me vencería esa quietud, ese sosiego, y los ponches frescos traídos por la propia doña Teresa. Podrían conmigo las canciones de Mary Tere, y las charlas de don Bernardo. Pero no podía ser. Me había dicho, una y otra vez, que lo mismo sería para mí estar en esta villa que en aquella otra de junto al mar. Es cómodo esto. Puedo pensar, pero no pienso. Ellos lo dicen: *Usted no piense en nada, olvídense de todo*. Algunas veces no puedo, y entonces me encuentro mal. Pasa. Es sólo un momento. Puedo leer, pero tampoco leo. No me dejan. Podía hacerlo en la habitación, pero allí, apenas tenderme en la cama, me quedo dormido.¹²⁷

126 Rubio, *La sotana*, 89.

127 *Ibíd.*, 235.

Allí, tumbado en una cama de casa rica, cansado de oír palabras y cansado de comer extraordinariamente bien, aunque sin hambre, contesta mentalmente a las cartas que le escribe Marcos, para hacerle saber que nunca dará el grito de rebeldía que el muchacho le aconseja dar. A pesar de confesarle que ha tomado conciencia de la realidad de las cosas, que ahora ve lo que antes no veía, es consciente de que necesita seguir viviendo como lo ha hecho hasta ahora, porque es un hombre sin fuerza, sin voluntad para dar ese paso adelante imprescindible en cualquier cambio:

No va a ocurrir. No es tan fácil dar ese salto que se necesita para pisar otra tierra. (Me escudo en un miedo, pienso en alguien que ya saltó, pero esto no es, de verdad, lo que me retiene, si bien hace su fuerza.) Me encuentro en esta otra tierra, y aquí y así, como ahora estoy, quizá muera. No sé si decirte que grites jubilosamente o que llores por todo esto que me envuelve. Si huyera, quizás intentara, muy pronto, asustado, el retorno. Duelen los pies al pisar sendas ásperas, eso lo sabes tú muy bien. Y los pies son delicados y buscan las alfombras y el mullido césped.¹²⁸

Por consiguiente, resulta muy acertada la conclusión a la que llega Pablo Gil Casado a propósito del tratamiento del tema que Rodrigo Rubio hace en *La sotana*:

Rodrigo Rubio, en *La sotana*, tiene el mérito de poner el énfasis en los aspectos representativos sin hacer falsas concesiones. La exploración del pasado, que ocupa considerable extensión, refuerza el sentido del presente de don Luis; su claudicación es la única solución para este personaje de típico carácter, que sólo sabe expresar incomprensión, miedo o asco, hacia las gentes pobres. La novela, como todas las de Rubio, es de corte faulkneriano, construida a base de extensos párrafos introspectivos. Falta el elemento externo, objetivo, que exteriorice en conducta la personalidad del cura. El recurso de los escritos de Marcos no resulta tampoco tan convincente como sería de desear. De todos los modos, lo verdaderamente interesante (la crisis y claudicación) es el

128 *Ibíd.*, 252-253.

testimonio innegable de una Iglesia que, salvo excepciones personales, ha ido progresivamente alejándose de los problemas sociales y humanos de nuestro tiempo.¹²⁹

Otras novelas en las que se pueden encontrar algunos rasgos relacionados con el tema de la abulia son *La tristeza también muere* y *El incendio*.

En la primera de ellas asistimos al momento en que el protagonista, José Miguel, se traslada a Barcelona para hacer unas gestiones relativas a unos negocios de seguros que afectan a su hermano Andrés y, de paso, aprovecha para visitar a Bernardo, un amigo con el que mantiene una muy buena relación, dada la condición de enfermos de ambos.

Su estancia en Barcelona se hace coincidir con un momento de crisis espiritual, derivado del hecho de que José Miguel ha perdido la fe que tuvo años atrás. Y ese estado anímico es el que motiva que todo le dé igual; que, cuando sale a las calles barcelonesas, le sea indiferente dirigirse hacia un lugar o hacia otro. Por eso, se dedica a deambular, en medio del asco y la náusea que le provoca el suelo duro, negro y frío, que funciona como un símbolo de su situación actual, frente al suelo blando, donde crece la hierba y anidan los pájaros, que es el que representa a su pasado feliz, el tiempo en el que tenía la fe de la que ahora carece.

Siendo como es una persona muy aficionada a la buena lectura, ahora se niega a entrar en la Casa del Libro para comprar alguna de las recientes novedades editoriales. No quiere leer y ni tan siquiera desea ver libros, porque en su bolsillo lleva un libro suyo que nadie quiere publicar, un libro muerto, una ilusión que nunca llegaría a tener vida. En esos momentos, el narrador en segunda persona se dirige a él para hacerle una pregunta retórica, cuya respuesta se halla en uno de sus escritos:

¿Sentías rencor hacia los demás? No, no era eso. “Era más bien indiferencia —escribiste—. En aquellos momentos no me importaba

129 Gil Casado, *La novela social española*, 212-213.

nada ni nadie. Yo era un hombre, pero también podía haber sido una hoja amarilla, una de aquellas hojas que se desprendían de los árboles y volaban arrastradas por el viento cálido de los automóviles...¹³⁰

Para él todo es siempre lo mismo. Se viste con desgana, saluda con desgana, camina con desgana. Las horas del domingo transcurren interminables y sin vida en medio de una monotonía y un hastío aplastantes, cuando ya la Navidad se empieza a sentir por todos los rincones de Barcelona, algo que a él, en esta ocasión, le provoca dolorosos pinchazos en el alma:

“Me parecía todo tan monótono y tan absurdo, que a la salida del restaurante estuve a punto de tenderme en pleno solar; ceñirme a la tierra, aunque nada tuviera en común con la tierra de mi infancia.” Pero no te tendiste en el solar. Te lo impedían los niños que jugaban a la pelota; siempre hay niños en los solares jugando a la pelota.¹³¹

Recuerda ahora lo que le sucedió, dos años antes, en la ciudad en la que vive, Valencia, en donde conoció a Marín Moreno, un hombre que escribía en un periódico, que hablaba de literatura y que nunca hablaba de Dios, algo que le resultaba insoportable a José Miguel, el cual no podía soportar que nadie hablara ya de Dios ni que Dios tampoco le hablara a él:

No podías tolerar ya aquel despiadado silencio de Dios. Aquella insensatez muda de los hombres. Aquel angustioso hablar al aire y del aire, como si el aire fuera el motivo esencial de la vida. Y Dios, claro está, sonreía.¹³²

130 Rubio, *La tristeza también muere*, 29.

131 *Ibíd.*, 135-136.

132 *Ibíd.*, 176.

El mundo en el que se movía Marín Moreno era el formado por personas melancólicas, indolentes y fracasadas, para las que incluso el besarse resultaba aburrido, casi odioso. Presumían de indiferentes, bebían y se manoseaban sin mostrar interés alguno por la persona que estaba a su lado, como era el caso de José Miguel, a quien habían invitado para que les hablara de las poesías que escribía:

Era inútil abrigar esperanzas. Nadie mostraba interés por ti. Estabas allí para aumentar el número de los fracasados, de los sedientos, de los desesperados y resentidos.

Transformado en un muñeco de paja que acaso algún día pudiera alcanzar el privilegio de convertirse en espantapájaros.¹³³

Pero, para Rodrigo Rubio, existen dos bálsamos capaces de curar la abulia y el dolor que acarrea la vida. Uno de ellos es el amor de los hombres buenos, los cuales ofrecen sus manos para atender las heridas de los que sufren. En las caras de esos hombres se refleja la sonrisa del Dios Pequeño, del Niño nacido en Belén. Y el otro bálsamo es el propio amor de Dios, “el roce suave, suavísimo, de la Gran Inteligencia”, gracias al cual José Miguel está en condiciones de cerrar los ojos y los oídos a todo cuanto pueda tratar de herirle: “Y luego, cuando el sueño te venciera, pensarías en la ensoñación de la “Casa Iluminada”. La casa de los que sufren ‘esperando’, de los que confían sin impaciencia, de los que mueren con síntoma de vida”¹³⁴

El incendio es una novela corta en la que Rubio retrata el ambiente de un barrio suburbial de Picasent, pueblo naranjero, rico, pero con pobreza entre los inmigrantes, que eran una buena parte de sus habitantes. Los personajes que aparecen son, sobre todo, viejos, mujeres maduras, hombres fatigados y jóvenes que se mueven entre la chulería y la violencia.

Algunas de las imágenes de la apatía que caracteriza a esas gentes del barrio la ofrecen los grupos de hombres que pasan las horas muertas en el bar, bebiendo, jugando al truco y hablando de fútbol o de toros, y

133 *Ibíd.*, 180-181.

134 *Ibíd.*, 164.

los viejos que suelen sentarse todos los días en los poyetes de las esquinas para ver pasar a las muchachas, mientras matan el tiempo hablando de sus pensiones, de sus dolencias físicas y del trato que reciben por parte de las hijas y los yernos.

Cuando se declara el incendio, la mayoría de los hombres de la localidad manifiestan su desgana por el hecho de tener que participar en su extinción y han de ser conducidos a la fuerza por la Guardia Civil. Una vez en el lugar del incendio, como pone de relieve el narrador, unos toman azadas y palos y otros se agachan, pero solo para quitar dos ramas, quedándose después quietos y diciendo que lo apagarán los demás.

A la mañana siguiente, en la puerta del bar había hombres desocupados y vestidos de domingo; es decir, con ropa lavada. La gente comenta lo sucedido durante la noche anterior, como hacen dos mujeres, que hablan de la actuación de los hombres y de que, una vez apagado el incendio, ya no habrá tema de conversación en el barrio:

Ángela habló de Martín.

—A ése no lo agarraron, ¿eh? —le dijeron.

—Pues sí, señora, agarrarlo. Además, si forzaban a alguno es porque estaban jugando o haciendo el gamberro. También a los soldados. Pero no a los hombres como el mío.

—Pues, en cuanto esto pase, ya no hay nada de qué hablar.

—Sí, mujer. Verás qué pronto tenemos alguna novedad. Si este barrio...

—Razón tienes. Pronto... Pero, en fin, esto parecía, después de todo, como una fiesta... Con tanto alboroto, y los hombres rompiendo cristales, ahí en el bar...

—Y metiéndose hasta seis o siete de una vez en el wáter...

—La monda, vamos.¹³⁵

Sin ellas saberlo, está muy próxima a hacerse pública la nueva noticia que acabará con la monotonía habitual en el barrio: la muerte de la joven Encarna al practicársele un aborto clandestino. Muy pronto, todas

135 Rubio, *El incendio*, 105.

las mujeres, todos los hombres, todo el mundo, podrán hablar, con nuevo interés, de un nuevo suceso en el barrio, una mala noticia, que correría como corrían las llamas por sobre la hojarasca del monte. De ahí que, como apunta Santos Sanz Villanueva, tanto el incendio como el aborto y muerte de Encarna, sirvan como acicates para romper la apatía y la abulia reinantes en ese lugar:

Ambos sucesos —aborto e incendio— son reactivadores de la indiferencia vital del lugar, que necesita de ellos para salir de su mortecina existencia. Las gentes no hacen otra cosa que dejar pasar el tiempo sin ninguna ilusión. Es lo que reflejan con acierto los diálogos y disputas de esos dos viejos cuya mayor aspiración se cifra en que sus hijos políticos les llamen padre. El resto de los hechos de la novela se reduce a conversaciones banales: toros, mujeres, dificultades para pagar en la tienda... El tema, por tanto, de *El incendio*, combina la abulia y el desinterés de la vida rural con el testimonio socioeconómico.¹³⁶

2.4.2. El campo

Este es uno de los temas más interesantes de cuantos son tratados por la novela social, debido a que es en la sociedad rural en donde tradicionalmente se han producido las mayores desigualdades e injusticias sociales. Sin llegar a esa lucha de dimensiones épicas por parte del campesino, de la que habla Gil Casado —lucha que no está presente en los planteamientos narrativos llevados a cabo por Rodrigo Rubio—, sí que se puede observar, en algunas de sus obras, una clara división entre dos mundos: el de las llamadas fuerzas vivas —ejemplificado por los terratenientes, los caciques o los señoritos— y el de los campesinos, que para el escritor albaceteño, está representado, sobre todo, por los que él llama labradores de par de mulas o, también, campesinos de medio pelo, y por los jornaleros.

Suele aparecer, entonces, un claro contraste entre las formas de vida de uno y otro mundo, además del habitual abuso de poder por parte de los

136 Sanz Villanueva, *Historia de la novela social*, 737.

poderosos. Y, en el caso de Rodrigo Rubio, esta situación se acompaña de un alto grado de idealización, casi de mitificación, del campesinado, que le lleva a realizar descripciones cargadas de un evidente lirismo, tanto si se refiere a sus personajes como a la forma de vida de estos.

Así, Marcelino Valverde, el protagonista de la novela *El gramófono*, afirma que hay gente que nace para trabajar, como es su caso: “No sé hacer otras cosas; he nacido para eso... Además —argumentaba— me moriría; no he nacido para sostener las paredes de los carasoles”.¹³⁷

Por eso mismo, su padre, el abuelo Matías Valverde, era un hombre que odiaba a los vagos, a los jugadores y a aquellos a los que él llamaba los gorriones de plaza, que se pasaban las horas hablando con los hortelanos y quincalleros. Y es que ninguno de esos individuos cumplía con lo que para Marcelino es un deber casi sacrosanto del hombre del campo: trabajar con ahínco y total dedicación de cara a poder dejar a los hijos un mínimo patrimonio para el futuro. Esa idea es la que le mueve, día a día, para seguir luchando, a pesar de las malas condiciones en las que se desarrolla su trabajo:

Los hijos empezaban a debilitarle ya. Pero no del todo. Cuando salía al campo, ellos aún chicos, allí acurrucados en el carro, capote y mantas sobre los cuerpos que reían, él, naturalmente, era más fuerte, más capaz. “Tengo que dejarles un porvenir, una hacienda regularcita”. Y trabajaba con ahínco.¹³⁸

Y es que, por lo que cuenta Rodrigo Rubio, en aquellos tiempos y en aquellos lugares, no se podía actuar de otro modo, no había otra alternativa al trabajo duro y sacrificado de Marcelino, como tampoco la había habido para su padre, el viejo Matías Valverde, de quien se nos dice lo siguiente:

137 Rubio, *El gramófono*, 21.

138 *Ibíd.*, 22.

Había trabajado como una bestia, procurando juntar más tierras. Empezó con un borrico; luego tendría un mulo. Se dedicaba a cultivar sus tierras y al transporte. Durante años trabajó a destajo transportando troncos para Nicolás Moreno, el de la serrería. Por los otoños y durante el invierno, el maderero compraba pinos, en pie, por todos aquellos montes del término, y luego buscaba hombres para que los talaran, pelaran y desmocharan. El abuelo Matías Valverde, con la ayuda de Marcelino, un muchacho aún, era contratado, como otros hombres del lugar —todos con hacienda de medio pelo—, para acarrear los troncos, ya pelados, del monte al aserradero.¹³⁹

Para que nos podamos hacer una idea de lo duras que eran en aquellos años las tareas en el campo, Rodrigo Rubio presta especial atención al modo como se ejecutaban muchas de ellas y, en ocasiones, lo hace relatando todos los pormenores de las mismas. Así sucede, por citar un ejemplo, con la forma de realizar la siembra cuando no existía maquinaria y había que efectuarla de forma casi artesanal:

Los barbechos se siembran dividiéndolos en “rayas”. Cada raya tiene dieciséis surcos. El sembrador llevará ocho cuando va hacia un lado y otros ocho cuando baja en sentido inverso. Se coloca siempre dejando unos tres surcos a su derecha, o más si le sopla el viento del lado contrario —eso siempre según sus cálculos—, y tira un puñado de grano, esparciéndolo, desde el primer surco de su derecha para llegar, por lo menos, a la mitad de la raya. Luego tira un puñado, iniciando el derrame algo más a la izquierda, y procurando que las últimas semillas lleguen hasta el final de la raya. Eso cuando sigue en una dirección. Al volver en dirección contraria hará lo mismo. Así, el grano esparcido se cruza, quedando sembrado de una forma regular.¹⁴⁰

En el relato “Días rojos en el calendario”, del libro *Palabras muertas sobre el polvo*, cuenta el narrador cómo es muy probable que el hombre

139 *Ibíd.*, 44.

140 Rubio, *Lo que el tiempo se llevó*, 128.

de la ciudad no haya tenido ocasión de vivir, o ni tan siquiera de conocer, las pequeñas cosas que ocurren en los pequeños pueblos. En todas esas cosas siempre hay algo auténtico, pues cada acontecimiento está lleno de humanidad, como es el caso de la forma de entender la cuaresma, cargada de austeridad y penitencia. Así, en la casa del narrador, como en tantas otras, los miércoles y los viernes no se podía comer carne. Y, cuando llegaba la Semana Santa, todos los días había que rezar el rosario en la iglesia, además de practicar el obligado ayuno, incluso cuando los hombres tenían que ir a trabajar al campo:

Los hombres se entretenían cogiendo un puñado de hierba o unos tallos de grama, que luego echarían en el corral para que mordieran los conejos y picoteasen las gallinas. Los hombres parecían más serios y no hablaban de su apetito, aunque lo tuviesen. No nombraban a Dios, pero sabían que un Hombre, hijo del Hombre, había ayunado durante cuarenta días, cuando ya la muerte se había hecho sombra junto a su carne mortal. Ellos irían por la tarde “a las funciones de la iglesia”, pero ahora fumaban casi en silencio o hablaban del campo y sus labores. Luego, cuando ya los mulos habían apurado el pienso, empuñaban de nuevo la esteva y seguían trazando surcos, serios, pero no disconformes, como si la voz misma de Dios les fuese hablando de una limpia y eterna esperanza.¹⁴¹

Sobre la realidad del trabajo en el campo, su dureza, la edad de comienzo en las diversas faenas, los frutos obtenidos y la desigualdad existente entre el mundo de los trabajadores y los amos, resulta muy esclarecedora la forma de pensar de Alfonso, el protagonista de *La espera*, quien, en uno de sus monólogos interiores, afirma:

Desde los diez años (ese mocoso que busca trabajo, con el taleguillo a la espalda, ese crío de quien nos burlamos, ese rapaz que sufre burlas y humillaciones) hasta los veinticinco (ese mozo que tiene las carnes duras, enjutas, que pisó gasones, que trazó miles de surcos y

141 Rubio, *Palabras muertas sobre el polvo*, 136.

que por las noches, en el camastro, robó, con el pensamiento, mujeres mayores y mujeres pastoras), quince años, quince interminables años. Surcos, pisando surcos bajo el sol que hace “arder” la tierra, y bajo la lluvia que corta la piel, y entre vientos que arrastran hierbajos. En campos enormes. Cuidar la yunta, recoser los aparejos. Tirar semillas, y enterrarlas, y ver, de día a día, cómo crecen las lletas, los verdiclaros tallos. El campo, tu única vida. La cuadra, el olor de las boñigas, pegado a ti, como si se te hubiese metido entre la carne, perforando la piel. Un año, otro. Una cosecha, otra. ¿Ahorrar? ¿Quién tenía duros entonces? El amo, en el Banco y en la caja fuerte de su casa. Los amigos del amo, los ricos de siempre; los que nos daban palmadas en la espalda y luego se iban, después de bien comidos y bebidos.¹⁴²

Como se puede comprobar, en el texto anterior se observa algún atisbo de ese trato injusto e hipócrita que daban los amos y sus amigos ricos a los honrados, laboriosos y sacrificados labradores. La dureza de sus condiciones de vida les marca, definitiva e irreversiblemente, tanto en lo físico como en lo espiritual. En lo físico, las huellas se manifiestan en forma de cansancio, fatiga, y vejez o muerte prematuras, pues los esfuerzos del trabajo, los crudos fríos del invierno y la mala alimentación siempre acaban pasando factura, tal y como se nos cuenta, por ejemplo, en *Lo que el tiempo se llevó*, a propósito de Julián Osorio, uno de los personajes que aparecen en el libro:

Algunos de esos hombres, sí, murieron antes de envejecer. Otros, como Julián Osorio, han llegado a viejos, pero arrastrando cientos de secuelas en su salud por la alimentación tan ruda y rutinaria. De poco le sirve ahora a Julián el que su mujer, Teresa, le prepare una sopilla ligera, con poca grasa, y algún pescado. El reumatismo viejo, el artritis y la artrosis ya no hay quien se los quite. Se irán con él, a la tumba, y quizá sin tardar demasiado.¹⁴³

142 Rubio, *La espera*, 42.

143 Rubio, *Lo que el tiempo se llevó*, 63-64.

Por lo que al aspecto anímico se refiere, habría que hablar de apatía, abulia y falta de cualquier tipo de ilusión. Un tipo de secuelas que son aún más evidentes en el caso de las mujeres, como bien comenta, en la novela *Agonizante sol*, el tío Lorenzo, quien le dice a su sobrino:

En fin, podría contarte muchas cosas. He olvidado sucesos que a lo mejor tenían importancia, no sé. El tiempo no pasa en balde. ¿Sabes los años que tengo? Pues setenta y dos voy a cumplir, para que veas. Y la parienta... Pero, ¡Santita!, ¿nos traes la redoma o no? Ella tiene doce menos que yo, pero mírala, sorda como una tapia, sin saber quién eres, enjuta como cándalo... Muy “trabajá”, muy “molía” sí que está. Cuánto me habrá ayudado en los cebadales, en la siega, en los majuelos, en la era. No estaba mal del todo, cuando nos casamos, pero las palabras tampoco le salían entonces. Por aquí se dan mucho esta clase de mujeres, y recordarás a tu madre, que también, a su manera, apenas si levantaba la voz. Luego, el trabajo, la vida que siempre hemos llevado... En diez años, la mujer pasa de moza a vieja. También los hombres nos acartonamos, pero si aún sigue levantándose el gazapo, tira que te va.¹⁴⁴

Respecto de la actitud general de Rodrigo Rubio en relación con el tema de la vida de los campesinos manchegos, no parece exagerado afirmar que su postura es la de denunciar los problemas y las reivindicaciones de estas gentes, convirtiéndose en defensor suyo y declarando la injusta situación en la que se encuentran, la cual es, en gran medida, la causante de uno de los peores males que en aquellos años aquejaron al campo español, el de la emigración a las ciudades. En tal sentido, el escritor declaraba a Ángeles Arazo lo siguiente:

No me callo nada. Ya sé que protestar o denunciar en los libros es causa perdida, porque se lee muy poco, pero es el único medio a mi alcance. Aunque la novela es mi género preferido, lo mismo que el cuento, cuando escribí el ensayo *Radiografía de una sociedad promocionada*, para la colección “Testigos de España”, de Plaza-Janés, disfruté. Del tono, te

144 Rubio, *Agonizante sol*, 23.

pueden dar una idea las palabras de Larra que hice constar en primera página: “Si me oyen, me han de llamar mal español porque digo los abusos para que se corrijan y porque deseo que llegue mi patria al grado de esplendor que cito. Aquí creen que sólo ama a su patria aquel que con vergonzoso silencio o adulando a la ignorancia popular contribuye a la perpetuación del mal”¹⁴⁵.

En efecto, tanto en este ensayo como en *La deshumanización del campo*, el escritor albaceteño refleja con todo lujo de detalles el fenómeno migratorio y las nuevas ocupaciones de algunos de esos hombres que un día decidieron cambiar las herramientas del campo por los nuevos instrumentos que les ofrecía la vida ciudadana, moderna y promocionada. Para muchos de ellos, todo marcharía bien; aunque, como luego veremos, no siempre fue así.

De ahí que Rodrigo Rubio, siempre nostálgico del mundo perdido, de lo que el tiempo se llevó, plantee en algunas de sus últimas novelas la necesidad que muchas personas sienten de regresar a su tierra, aun cuando solo pueda ser a través del recuerdo y la añoranza. Algo que suele ser habitual en personas mayores, las cuales, sabiendo que está cercana la hora de partir de este mundo, desearían retornar a sus orígenes, como veremos que le sucede, por ejemplo, al personaje protagonista de *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*.

Pero esa circunstancia resulta muy curiosa cuando se trata de un muchacho con diecisiete años, el cual, agobiado por el aire irrespirable de Madrid, decide pedir dinero a un amigo y marcharse al pueblo de sus abuelos sin que lo sepa nadie de su familia. Allí, al igual que habían hecho su padre y sus abuelos, pensaba dedicarse a la agricultura y tal vez ocupar el puesto que iba a dejar vacante el aparcero que cultivaba las tierras de la familia. De ahí la sorpresa del padre cuando, tras el regreso a casa del hijo, este le confiesa lo que se le había pasado por la cabeza:

145 Arazo, “Vida y obra. Rodrigo Rubio (1)”.

Te miro con disgusto y tal vez, aunque no lo manifieste, con alegría. ¿Es que tú serías capaz de volver al oficio que tuvo tu padre? ¿Es que tú serías capaz de sustituir en su trabajo de labrador a aquel buen hombre, Antonio Peña, y cultivar las tierras que fueron de nuestros antepasados? ¿Es que tú, que me has parecido desordenado, como tan perdido, serías capaz de volver a las raíces de nuestra vida? ¿Es que tú eres lo suficientemente hombre ya, y responsable, como para iniciar una vida dura en el campo...?¹⁴⁶

Por otra parte, en muchas de sus novelas se aprecia la tendencia a una prosa breve y concisa y al uso muy frecuente del diálogo. Algo que, según afirma Pablo Gil Casado, es característico de las novelas de tipo social, a las que califica como pertenecientes a un nuevo romanticismo:

El diálogo rápido y vivo de las novelas románticas, al eliminar las disquisiciones ideológicas, se hace más fluido en la generación del cincuentaicuatro. El diálogo tiende a desarrollarse sin identificar a los interlocutores, reduciendo a un mínimo los monótonos “dijo” y similares. La narración es por capas, trabando unos sucesos con otros, haciendo que la acción fluya de un personaje a otro, a la vez que se va cuidadosamente escalonando. Se recurre a la intriga como procedimiento para mantener el interés del lector; al principio se desarrollarán, o bien se va de lo ambiguo a lo concreto. Esta técnica del anticipo presta también continuidad y trabazón a la novela. Los momentos que por su valor testimonial podrían denominarse capitales, se desarrollan en toda su extensión, y en su totalidad dan una síntesis del estado de cosas que el novelista busca exponer.¹⁴⁷

Finalmente, habla Gil Casado de la existencia de residuos naturalistas y costumbristas y de un lenguaje popular. En tal sentido, y con respecto a ese costumbrismo del que habla el mencionado crítico, hemos de señalar que en el caso de Rodrigo Rubio son muy habituales las referencias a todo cuanto conforma la idiosincrasia, el hábitat y el folclore

146 Rubio, *La puerta*, 131.

147 Gil Casado, *La novela social española*, 219.

de las tierras manchegas. Así, en numerosas ocasiones, podremos ver constantes alusiones al carácter de las personas que habitan los pueblos de La Mancha, a las distintas dependencias de las casas y su mobiliario, a los trabajos, comidas, fiestas y tradiciones.

No obstante, y por poner algún ejemplo, podemos citar el caso de las fiestas de carnaval, a las que se refiere Marcelino Valverde en *El gramófono*, comentando el hecho de que el alcalde de Montejara solía salir de su casa con la escopeta en las manos, al tiempo que gritaba a los vecinos que estaban prohibidas las máscaras. Pero estos seguían adelante con su fiesta y sus disfraces haciendo caso omiso de la prohibición:

Todos los hombres, con sus disfraces, con sus calaveras hechas con melones sin pulpa, con cirios encendidos y dientes de patata, entonaron cánticos fúnebres. Las mujeres asomaban la cabeza por las ventanas. Antonio Lorca, el alcalde, se reía, transformado como por picotazo de tarantela [sic]. Los muchachos no emigrados, arrastraban ramas de leña, cantaban canciones de cuando la mili y echaban puñados de tierra hacia lo alto.¹⁴⁸

Otra costumbre muy arraigada en todos los pueblos de la zona era la de acudir a la feria de la capital, a comienzos del mes de septiembre. Ahora, con los actuales medios de locomoción, se suele realizar el viaje de ida y vuelta en el mismo día; pero, en otros tiempos, se hacía necesario pernoctar en los carros o en las posadas y, por tanto, había que realizar una especie de ritual con todos los preparativos previos al viaje, tal y como nos cuenta el narrador de *Lo que el tiempo se llevó*:

En los viejos tiempos sí había que preparar muchas cosas. Las mujeres hacían recias tortillas, freían pollos tiernos con tomate, sacaban chorizos de la orza, y también tajadas de costillas y de lomo. Lo ponían todo en grandes merenderas. Aquello olía muy bien. Se cogían unos grandes panes, de hogaza, y también tomates para la ensalada, junto a

148 Rubio, *El gramófono*, 78.

los más ricos melones y las uvas más sabrosas para el postre. A veces, de todo eso, que era mucho, se llevaba para ofrecer a algunos amigos de la capital, gente de oficio que no sabía de hacer la matanza ni tenían en sus casas viandas tan ricas.¹⁴⁹

Respecto del lenguaje popular del que habla Gil Casado, son muchas las muestras que se podrían aportar. Pero, por poner solo un ejemplo, nos vamos a fijar en uno de los cuentos de *Palabras muertas sobre el polvo*, el titulado “La calle”, en el que varios vecinos del pueblo observan al tío Felipón, que va vendiendo helados —ese “mejunje” que hace su mujer, la Cacahuera— en su carrito del “chamby”. Dos de esas personas son Antonio y Saturnina, quienes, como tantos otros viejos, contemplan el movimiento de la gente por la calle y, en el caso de ella, disfruta haciendo comentarios sobre lo que ocurre. De ellos dos se cuenta lo siguiente:

Él callaba. Era viejo y ahora ya no trabajaba. Un día al mes iba por las cuatrocientas “calas” de la “vejez”, y a otra cosa, mariposa. Ella era más joven y aún estaba “telenda”, como le decían las vecinas, también, como ellos, venidas de otras tierras. Iba a hacer “faenas” a la casa de un pariente del alcalde, labrador ricacho y con un buche como una tinaja. De allí traía diariamente unos duros y algo de comida. Con esto y con lo que le daban al hombre, iban tirando.

Él solía decirle, en estos calurosos atardeceres, que por qué tanto empeño por atisbar y enterarse de lo que pasara en la “vecindá”, que si él, por ejemplo, se salía a la puerta, era porque corría un poco el aire y se estaba mejor que dentro. Sólo por eso. “Pues yo, si no me fijo en todo, a morir se ha dicho”. Y así debía ser, porque ella miraba con atención.

—Fíjate, Antonio, aquéllas se ve que andan de chistes con el de los “helaos”.

—Déjame.

—Te vas a morir durmiendo. ¡Bendito sea Dios, qué hombre!¹⁵⁰

149 Rubio, *Lo que el tiempo se llevó*, 119.

150 Rubio, *Palabras muertas sobre el polvo*, 214-215.

2.4.3. La emigración

Aunque Gil Casado no menciona este asunto como uno de los temas específicos de la novela social, nos encontramos con que es una de las mayores inquietudes de Rodrigo Rubio, por cuanto representa una de las realidades más frecuentes y preocupantes, afectando muy especialmente a la gente joven y, por tanto, a la despoblación de los pueblos y aldeas de su querida tierra. Además, ocurre que, como consecuencia del fenómeno migratorio, se rompe con la imagen idílica que de los campos manchegos nos ofrece el escritor albaceteño, sobre todo en las novelas y relatos correspondientes a su primera etapa narrativa, la que hemos denominado como literatura del mundo perdido. Y, también, en textos mucho más recientes, como es el caso del ensayo *Lo que el tiempo se llevó*, en el que, al referirse a la emigración masiva que se produjo en los pueblos más pobres, durante los años cincuenta y sesenta, escribe:

Hubo pueblos que se quedaron casi desiertos. Eran los que menos vida tenían, en los que, al iniciarse la mecanización del campo, los muleros y peones se quedaron sin trabajo. Los pueblos, por aquellos años, antes de la emigración, tenían, al menos, humanidad. Todas sus gentes vivían allí, en sus casicas de siempre. Era su mundo. Y parecía un mundo inamovible. Pero las cosas cambiarían.¹⁵¹

Y, con estos cambios, los pueblos perdieron esa humanidad de la que habla el escritor de Montalvos. Aquellos pequeños pueblos se quedaron casi desiertos, habitados tan solo por unos pocos viejos y por los ricos propietarios que pudieron mecanizar sus tierras y superar la crisis. Ahora, sus calles están llenas de tractores y de coches; pero ya apenas hay chiquillos, e incluso los viejos, en lugar de reunirse y conversar en las calles, como se hacía antiguamente, ahora se pasan las horas viendo concursos o culebrones televisivos.

Uno de los rasgos propios del fenómeno de la emigración es el enfrentamiento que provocó entre las personas mayores y los jóvenes.

151 Rubio, *Lo que el tiempo se llevó*, 15-16.

Mientras para los primeros nada había que se pudiera igualar a la vida campesina, los jóvenes tenían puestas sus miras y esperanzas en las ciudades y grandes urbes, tanto nacionales como extranjeras. Como muestra de la primera postura, Rodrigo Rubio nos ofrece el esclarecedor ejemplo de Marcelino Valverde, en cuya descripción el autor aporta una buena dosis de lirismo:

Para él nada podría haber como el oleaje de los trigos, y a punto de echar fuera sus espigas; como el verdor del campo en mayo; como el rojo encendido de las amapolas, salpicando trigales y cebadas; como los lindes llenos de vallico y mielgas, por donde él segaba, en los ratos libres, puñados y más puñados de aquel rico alimento para sus animales. Nada podría haber como aquel silencio de la tierra, o el leve rumor, con las voces que llegan de unos muleros que aran, de unos carreteros que pasan camino adelante. Nada como ver a las alondras revoloteando sobre los surcos, igual que si vigilaran, celosas y atentas, sus nidos con huevecillos recién puestos. Nada, asimismo, como ver la perdiz que salta, asustadiza, de un surco, o del macizo de mielgas de un linde, debajo del cual guarda su nidada de huevos. Nada, absolutamente nada, como el olor de los montes, en las amanecidas...¹⁵²

En cambio, los jóvenes, salvo alguna honrosa excepción, desean por todos los medios marcharse cuanto antes del pueblo. Y, entonces, tiene lugar el lógico enfrentamiento entre padres e hijos, lo que da pie a la aparición de los consiguientes puntos de vista sobre el tema de la emigración. Diálogos como este que entablan Juan, el protagonista de *Equipaje de amor para la tierra*, y su padre es seguro que se habrían repetido una y mil veces en muy diversos y distantes puntos de la geografía española. Un diálogo que, ante el cadáver de Juan, un emigrante muerto en Alemania, recuerda su madre, María, quien lo conserva en su memoria tan fresco como si hubiera sucedido en esos mismos instantes:

—¿Te vas a Alemania? —te preguntó tu padre.

152 Rubio, *El gramófono*, 105-106.

—Sí, me voy —contestaste—. Con Ángel Castro, mi amigo y compañero de taller.

—Pero si tú estás bien aquí, si con lo que ganas y algo que te daremos nosotros ya puedes poner la casa y casarte...

Tú mirabas a padre. Padre aún añadió:

—Encarna dice que podéis vivir en su casa. En cuanto se case su hermano, tú sabes que se quedan solas ella y su madre. Estaréis bien.

Dijiste:

—Bueno, a lo mejor estábamos bien, como tú dices, padre. Pero yo...

—¿Qué?

—Me iré.

—No lo entiendo.

—No lo puedes entender. Tú siempre te has conformado, viviendo de cualquier manera. Yo quiero ahorrar dinero, como otros que se van hacen.¹⁵³

También las madres se muestran contrarias a la marcha de los hijos, y lo hacen por unas razones similares a las de los padres. En ellas existe, igualmente, la tristeza por ver que se evaporan los proyectos de futuro trazados a lo largo de una vida para que los hijos heredaran e hicieran prosperar esas tierras por las que tanto se han sacrificado sus padres. Y, además, experimentan la sensación de desarraigo que se produce cuando se marcha un hijo y las noticias sobre su vida llegan a la casa familiar muy de tarde en tarde a través de alguna carta. Así lo manifiesta, por ejemplo, Isabel, la madre que Rodrigo Rubio presenta en *La espera*:

Nuestro Antón... ¿Qué voy a decir? También es hijo. Se nos fue cuando menos lo esperábamos. (“No puede ser, Alfonso. Dime que no se va...”) Su padre y yo nos habíamos hecho la cuenta de que él trabajaría nuestras tierras. Pero, como casi todos los hombres jóvenes del pueblo, tomó su maleta de madera y ¡hala!, por ahí, al extranjero, a la Holanda esa, que Dios sabe dónde estará. Ahora, alguna carta de tarde en tarde, y no muy extensa, que los hijos, llegados a cierta edad, parecen desentenderse de sus padres, estén casados o solteros.¹⁵⁴

153 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 15.

154 Rubio, *La espera*, 77.

Y no son solo los padres quienes se muestran contrarios a la marcha de los hijos, sino que también algunas personas jóvenes comparten esa misma forma de pensar. Tal es el caso de Ramiro, el muchacho enfermo, condenado a estar toda su vida en una cama, que protagoniza *La espera*, quien comprende la postura de sus padres, a pesar de que él no tiene el mismo grado de apego a la tierra que su progenitor:

No me extraña que mis padres piensen, recordando los días que murieron. Para ellos, aquella otra vida era la auténtica, porque en esa vida habían sido felices. Por eso no les gusta que mis hermanos digan en las cartas (sobre todo la Tere) que nos podíamos ir nosotros también a una capital, donde a lo mejor conseguíamos una portería, ambición de pobres que llegan a la ciudad. Creen que padre puede deshacerse fácilmente de lo que nos queda. (“Parece como si ya no me conocieran, como si me hubieran olvidado...”) Él sabe que nosotros (bueno, ellos, a mí me da igual) vamos a venderlo todo en seguida. Pero él, mientras aliente, tendrá esta casa y los cebadales que nos quedan.¹⁵⁵

Entre las causas que dieron lugar al fenómeno migratorio en la zona de La Mancha, en su ensayo *La deshumanización del campo*, señala Rodrigo Rubio el hecho de que el dinero recogido con las escasas cosechas se iba con la contribución, los impuestos del Ayuntamiento, los seguros y la cuenta del herrero. Más tarde, llegaría la mecanización, que hizo innecesario el empleo de mucha mano de obra. Así que peones, muleros y jornaleros tuvieron que abandonar los pueblos y, algún tiempo después, se vieron obligados a hacer las maletas otras personas como los guarnicioneros, los aperadores, los esparteros o los barberos:

Tendrían que marcharse. Estos hombres se verían obligados a vender de prisa, mal, sus mulos, sus aperos, el carro, algunos cebadales. Si tenían hijos, pensaban que los hijos, bien colocados, les darían de comer. Si los hijos ya vivían por su cuenta, pensaban “en poner algo”, una tienda, un puesto en el mercado para revender fruta. Y se marchaban al fin.

155 *Ibíd.*, 284.

Había que verlos cargar los muebles y enseres en el carro y salir hacia la estación. Había que verlos cómo miraban, una y otra vez, la casa donde tantos años vivieron. Había que verlos, luego, ya en el camino, dirigir la vista hacia las tierras llanas en donde, tantas veces, dejaron su sudor.¹⁵⁶

Otro de los aspectos de la emigración que más trata Rodrigo Rubio es el del deseo de los hijos de llevarse a sus padres a vivir con ellos a la ciudad. Al cabo de algunos años, cuando ya los padres se quedan solos y se hacen mayores, los hijos procuran convencerlos para que vendan la casa y las tierras y se marchen a casa de algún hijo. O, si ello fuere posible, a casa de varios, turnándose por meses, algo que sucede, sobre todo, cuando uno de los dos cónyuges se ha quedado viudo. Así, entre otras cosas, los hijos tratan de evitar la soledad del progenitor y, de paso, intentan compensarle por el vacío que le habían dejado con su partida. Eso es lo que, por ejemplo, quiere hacer Mercedes, en *El gramófono*, con su padre Marcelino Valverde, después de que su mujer haya muerto:

Padre, ahora no vamos a decirle que salgan de aquí; no le queremos repetir lo que tantas veces le dijimos ya. Sabemos que, mientras madre viva, usted no querrá moverse de aquí... En cuanto falte ella... Entonces no tendrá excusa. Ricardo también está de acuerdo con nosotros...¹⁵⁷

Por el contrario, la voluntad de Marcelino es firme e inquebrantable, no quiere abandonar su casa y su pueblo, y mucho menos después de conocer la opinión y el consejo de un amigo que sí se había marchado y ahora se arrepiente de haberlo hecho: “No te vengas, amigo. Invéntate algo, si te aprietan. Yo fui débil; ahora no saldría, aunque el ama y yo nos disecásemos en nuestra casica de siempre”.¹⁵⁸

156 Rubio, *La deshumanización del campo*, 16-17.

157 Rubio, *El gramófono*, 19.

158 *Ibíd.*, 198.

Y es que los viejos, acostumbrados desde pequeños a un entorno determinado de vida, al que es su hábitat natural, no logran acostumbrarse al novedoso y desconcertante ambiente que les ofrece la ciudad. Unas veces son los propios hijos los que les reprochan sus costumbres campesinas, como hace Mercedes con su padre Marcelino:

Mercedes era amable, cariñosa, y no sabía qué traerles, para comer, a sus padres. Pero, a veces, cuando ya los viejos llevaban en su casa quince días, les rogaba que no hablaran tan alto, y al padre, “por favor, no escupa usted en el suelo”. Y el hombre: “hija lo hice una vez, porque se me atragantó algo”. Salía Marcelino a la calle, como temeroso de que alguien le llamara la atención. “¿Qué mundo es éste? ¿Quiénes las gentes que lo habitan?”¹⁵⁹

En otras ocasiones, son los propios padres son los que se sienten como si estuvieran encerrados en una cárcel o como si fueran una especie de juguetes en manos de sus hijos o nietos, tal y como le pasa a Marcelino:

Marcelino, luego, andaba como de puntillas por el piso de su hija. Pedrito, el niño, con cuatro años, les acometía como si fueran compañeros de juegos. Sabía de tipos de la tele y desafiaba en aquel saber a su abuelo. Los viejos se metían en el cuartito que Mercedes les había acondicionado, una cama turca, estrecha (*un ataúd parece también, como las de Santos y su mujer*) y otra de armario. Por la mañana tenían que prepararlo todo para que el cuartejo se convirtiera en salita de estar.¹⁶⁰

Otras veces, es la propia ciudad la que ofrece obstáculos insalvables para los viejos. Así, por ejemplo, en contraste con la tranquila vida del campo, aparece el desasosiego de la ciudad. Marcelino ve cómo su hijo Ricardo está siempre inquieto y preocupado por todo, y no comprende

159 *Ibíd.*, 197.

160 *Ibíd.*, 198-199.

cómo le puede gustar ese tipo de vida que lleva, tan distinta de la que el padre había tenido en el campo: “Tenía miedo por si no le pagaban, por si no le prestaban, y de más cosas. Tenía miedo hasta de que se murieran gentes de la política, no sé por qué. Y también tenía miedo, aprensiones, del gas... Para mí todo ese envejece más que cavar la tierra”.¹⁶¹

En la novela *Agonizante sol*, el tío Lorenzo le habla a su sobrino de su estancia en Elche, en casa de su hijo Martín, y lo hace en unos términos que reflejan un tipo de inadaptabilidad muy similar al que reflejaba Marcelino Valverde:

La Santica allí se derretía, sin traer sus cestos de hierba, sin oír gruñir el cerdo... Ah, y hasta cuando iba donde la cagada, decía, “qué apuros, qué mal me encuentro sentada en el agujero”, y yo la comprendía, los hijos no, qué saben ellos, si eran jóvenes cuando levantaron el hato, si al crecer ya estaban pensando en largarse, sin que nadie los considerara desertores del gasón, porque éstos ya no eran los tiempos de tu padre, no estábamos en 1920, sino rozando ya los años cincuenta, y de aquí, como de otros lugares, la gente se marchaba en manada.¹⁶²

Algo muy parecido es lo que opina Juan José Ruiz, otro de los empleados de la familia Atienza y personaje de *Agonizante sol*. Aunque este se expresa en una forma más cuidadosa y menos espontánea y coloquial que el tío Lorenzo, el contenido de sus palabras es muy parecido al de las pronunciadas por este:

Me vengo a Monsalve cuando puedo. Tomo la maleta, le digo a la Joaquina que se prepare y salimos para acá. Nuestros hijos, sobre todo Mercedes, la pequeña con la que vivimos, no lo entienden del todo, diciéndonos que vaya un amor que le tenemos a esto, que si nos fiamos de quien labra nuestras tierras, para venir aquí en verano y en octubre a vigilar la raquílica cosecha de grano y la no muy grande de uva. No es por

161 *Ibíd.*, 201-202.

162 Rubio, *Agonizante sol*, 24.

eso, y creo que ellos en el fondo lo comprenden. Es que aquellas casicas de nada, aquellos pisejos de la barriada donde mis hijos viven (por Cornellá y Hospitalet, orilla de Barcelona), a mí por lo menos se me caen encima. No puedo soportarlo. Y eso que nuestros hijos, los dos muchachos y la chica, ya todos casados, recogidos, se portan muy bien con nosotros, que mucho trabajo les costó sacarnos de aquí.¹⁶³

Mucho más drástico en su decisión y, también, más trágico en sus apreciaciones se muestra Alfonso, uno de los protagonistas de *La espera*, quien asegura que, para él, ciudad es sinónimo de muerte:

En la ciudad moriríamos antes. Y de otra forma. Aquí moriremos pegados a las paredes frías de nuestra casa, lo mismo que las cigarras mueren, al terminar el verano, adheridas al tronco de los pinos. Esto es lo nuestro, y sacarnos de aquí sería como conducirnos a un enorme cementerio. Algunos se van, se los llevan sus hijos, pero ellos saben que mueren al mismo trasponer las últimas tierras del término.¹⁶⁴

Como antes veíamos, algunas veces las dificultades para la adaptación de las personas mayores que llegan a la ciudad derivan de las malas condiciones de habitabilidad que ofrecen los pisos en los que viven los hijos. Eso es lo que ocurre, también, en la novela *Oración en otoño*, cuando el tío Cesáreo dice a Maruja y Ginés, los sobrinos con quienes vive, que sus hijos no entienden lo que para él representa vivir lejos de su casa:

Mirar, mis hijos no lo entienden, pero ellos también sabrán apreciar lo que teníamos, poco o mucho. Me han hecho venderlo, ¿y qué? Ahora, cualquier día, me dirán: “Padre, ya hemos comprado un piso”. Bueno, un piso: dos habitaciones, una cocineja de nada, un retrete como

163 *Ibíd.*, 125-126.

164 Rubio, *La espera*, 315-316.

una caja de cerillas, y ¿qué, qué con eso? ¿Ríen mucho los que viven en esos pisos? Ya me diréis...¹⁶⁵

Esta opinión del padre sobre la forma de vivir de las personas que habitan esas reducidas viviendas se ve corroborada por la de su hijo Andrés, quien, después de ver un barrio modesto de trabajadores, afirma:

Descubrí esa parte del barrio con enorme pesar. Creía que todo el mundo, por allí, vivía modestamente pero nunca en malas condiciones. Pero paseé los alrededores y descubrí aquel mundo. Vi a las mujeres sucias, que gritaban a sus hijos. Vi a los chiquillos, casi desnudos, pelearse por una moneda o por un trozo de pan que habían recogido de limosna. Casi no me atrevía a pasar junto a las chabolas. Había muchachas sin pudor, sin ningún miramiento, espulgándose al sol, como si nada les importara. Tenían unas pobres, raquíticas viviendas.¹⁶⁶

Por ello, ocurre que el hombre de campo, nada más llegar a la ciudad, la primera sensación que experimenta es la de extrañeza y desarraigo. Esa es la impresión que sufre, por ejemplo, José Miguel, el joven protagonista de *La tristeza también muere*, cuando sube a un trolebús de Barcelona y se fija en la imagen que ofrece el cobrador. Una imagen que, según le cuenta a un amigo suyo en una carta, se correspondería con la misma sensación de soledad que el propio José Miguel experimenta en esa extraña ciudad a la que hace poco que ha llegado:

El cobrador era un hombre como los que habías visto en la acera, junto a la parada, en la calle de Trafalgar. Uno de los que, cansados del campo, corrían a la ciudad para sentirse tan solos como yo. Lejos de su mundo rústico donde se mira al cielo y donde el viento húmedo trae olor a monte y a tierra mojada. He aquí que este hombre se entregó

165 Rubio, *Oración en otoño*, 42.

166 *Ibíd.*, 57.

voluntario a la esclavitud, cuanto tal vez era tan libre como un pajarillo de los campos, tan libre como una hierba que anda rodando por todas las tierras, abandonada a un viento que la empuja y la acaricia; he aquí a este hombre que, como sus compañeros, tal vez quiso arrojar lejos de sí un recio traje de pana, vistiéndolo ahora, cuando el viento frío de los campos ya no puede romper las paredes metálicas del vehículo cargado de seres extraños...¹⁶⁷

Ahora bien, afortunadamente no siempre ocurre así, pues también se puede disfrutar de algunos buenos momentos, como les sucedía a Andrés y a su familia poco tiempo después de llegar a Valencia, especialmente los domingos, cuando Ginés aprovechaba para ayudar a su mujer en las tareas de la casa y, después, preparaba un buen almuerzo con el que obsequiar a la familia llegada del pueblo:

El quehacer de Ginés por la mañana se veía culminado por aquel almuerzo que él mismo preparaba. Era ya como un rito, sacar una mesa al patio, sentarnos todos tranquilamente, comernos nuestros bocadillos —tortilla de cebolla, o unas longanizas y butifarras—, picando a la vez en una fresca ensalada de tomate y lechuga. Había que empinar el porrón, una y otra vez, al tiempo que le dábamos a la lengua —Maruja sobre todo— más que nosotros.¹⁶⁸

Pero bien es cierto que esas imágenes alegres y optimistas son las menos habituales. Muy especialmente cuando el escritor se refiere a la suerte que corrían algunos inmigrantes españoles en el extranjero, en los años sesenta. Como le sucedía a Juan, el joven protagonista de *Equipaje de amor para la tierra*, quien, según cuenta su madre, en Alemania había tenido que vivir en una barraca llena de chinches, piojos y ratas, y no solo no había podido ahorrar un marco, sino que allí se había dejado la salud y la vida. Por eso, ante el cadáver de su hijo, María afirma lo siguiente:

167 Rubio, *La tristeza también muere*, 30-31.

168 Rubio, *Oración en otoño*, 97-98.

Tenían que haber estado ahí con vosotros todos aquellos que desde sus mesas de despacho tanto y tan bien hablaban de este trabajo en Alemania, y también todos los que no saben lo que es pasar hambre nunca, y todos los que nacieron para no soplar ni una sola vez los dedos de las manos, amoratadas por el frío, ásperos, encallecidos por el contacto con las herramientas...¹⁶⁹

Dentro de España, la situación tal vez hubiera podido ser diferente, pues, aunque la situación económica dejaba mucho que desear, al menos, Juan habría vivido en un ambiente menos duro y hostil. Y eso que, en un principio, el viaje a Alemania se presentaba como una especie de salvación, como una oportunidad segura de cara a un futuro mejor para un joven que, como Juan, pensaba casarse, montar una familia y tener una casa propia:

Sabíamos que no querías ir a vivir con la suegra. A mí me parecía bien. Y tampoco me parecía mal aquello que decías de que ya era hora de que un trabajador, cualquier trabajador español, pudiera montar su casa y casarse sin necesidad de trabajar doce horas. Y tú no querías estar metido en un taller todo el santo día, o trabajar en un sitio para luego ir a otro, como tantos hacen. Preferías marcharte al extranjero, que era la decisión que iban adoptando la mayoría de los obreros un tanto cansados de no poder llevar su casa holgadamente con el salario que ganaban.¹⁷⁰

Por eso, una vez que se toma contacto con la realidad alemana, el golpe emocional resulta muy duro, como relata Juan, quien, con una inmensa añoranza de todo cuanto ha dejado atrás, escribe a sus padres una carta en la que manifiesta que, tras ese fuerte contraste, la vida que se podía llevar en España tampoco era tan mala como anteriormente pensaba:

169 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 63.

170 *Ibíd.*, 34.

No lo puedo remediar, madre, pero ahora me acuerdo de todo: me acuerdo mucho del bar, de los vermuts que nos tomábamos los sábados padre y yo. A veces te subíamos un botellín de Cinzano y unas gambas saladas. Ángeles y José Antonio venían a llamarnos, y sus palabras (“Venga, que la comida ya está en la mesa”) me resuenan en los oídos como si me las estuvieran diciendo de nuevo o como si alguien me las trajese, por un empujón, desde tan lejos... Y también me acuerdo del taller, y del señor Cebrián, el jefe, aunque bien es verdad que muchas veces lo he maldecido, porque nos explotaba, como suelen hacer casi todos los jefes o patronos, incluyendo a estos alemanes que sonríen pero que no se ríen...¹⁷¹

Cuando alguien está viviendo tan lejos como Juan, resulta lógico que sienta esa morriña de su tierra y de su familia y amigos, la cual se ve acrecentaba por la imposibilidad económica de desplazarse con relativa frecuencia hacia la ciudad o el pueblo de origen. Lo que ya no parece tan lógico es que, cuando alguien sí tiene la posibilidad de acercarse con relativa facilidad hasta su lugar de nacimiento, en donde muchas veces aún siguen viviendo los padres, no quiera hacerlo con cierta frecuencia. De esto es de lo que se queja el tío Lorenzo en *Agonizante sol*:

Que yo, lo que siento, puedes creerlo, es que mi Martín no se eche para acá, siquiera sea para ocho días, que todo lo más pasa un domingo. Y no digamos que piense tomarse largas vacaciones cuando hemos de recoger las cuatro espigas, o las uvas, para que me ayudara, que muy satisfecho me encontraría yo viéndole hacer el mosto en el jaraíz. Pero no, hijo. Él no quiere venir por aquí, como tampoco vienes tú, aunque conservas la casa de tus padres. Él, ¿sabes lo que quiere?, y Maruja aún más que él, pues comprarse un apartamento de Santa Pola.¹⁷²

171 *Ibíd.*, 19-20.

172 Rubio, *Agonizante sol*, 31-32.

2.4.4. *El obrero y el empleado*

Comenta Pablo Gil Casado que en este apartado podrían tener cabida algunas novelas incluidas en la sección dedicada al campo. De ahí que, en esta ocasión, sea conveniente centrarse en “aquellas obras que presentan la vida del obrero, su trabajo y sus problemas, o que muestran la existencia, llena de desesperanza y amargura, de los empleados y oficinistas de ínfima categoría”.¹⁷³

El propósito del novelista social es el de llamar la atención del lector sobre las condiciones de vida y de trabajo en las que se desenvuelven esos obreros, con la esperanza de que estos puedan llevar una vida más digna y de que exista para ellos un futuro mejor. En este sentido, escribe Gil Casado:

Al tratar de la vida y trabajo del proletariado, suele poetizarse los sufrimientos y privaciones que padece, lo que resulta en el embellecimiento de la triste y cotidiana realidad. La versión lírica de la realidad, se inicia en las novelas del nuevo romanticismo y se continúa en la postguerra, aunque el tono no es tan exaltado.¹⁷⁴

Respecto de la novela *Equipaje de amor para la tierra*, a la que incluye en este núcleo temático, comenta que existe una proyección introspectiva y retrospectiva simultáneamente, por cuanto el monólogo interior se hace coincidir con una reconstrucción de diálogos y situaciones:

El largo monólogo interior, de procedencia faulkneriana, que tan característico es de Rubio, se combina con la reconstrucción de diálogo y situaciones, mientras que el presente se disuelve en una especie de niebla mental, apropiadamente, pues esta mujer pierde a ratos la conciencia del mundo circundante. De esta forma, el novelista se encuentra en condiciones de ser tan impreciso y vago como le parezca, y se puede

173 Gil Casado, *La novela social española*, 299.

174 *Ibíd.*, 300.

concentrar en el recuerdo, eliminando así la situación exterior con sus correspondientes obstáculos.¹⁷⁵

Si anteriormente tuvimos ocasión de hablar de la dureza del trabajo en relación con las faenas del campo, ha llegado el momento de referirse a las dificultades con las que se encuentran las mujeres, y no solo a la hora de realizar las numerosas tareas que les son habituales en la tierra o en la casa del pueblo, sino también cuando se trata de los quehaceres que realizan en la ciudad. Así lo expone María, la protagonista de *Equipaje de amor para la tierra*, cuando en el hospital alemán comenta al cadáver de su hijo los sacrificios y vejaciones que tuvo que padecer mientras su marido, Antonio, estaba preso y ella tenía que sacar adelante a su familia:

¡Qué años, Juan! No quisiera recordarlos. ¡Cuántos viajes a la cárcel para ver a tu padre! ¡Cuántas colas a la puerta de la tienda, de la tahona, de la carbonería! Y cuántas humillaciones, por ahí, pidiendo trabajo... Todo esto hasta que encontré una casa, la de los señores Jiménez Luna, unos andaluces ricachones que, una vez terminada la guerra, habían vuelto del extranjero, instalándose en su casa del barrio de Argüelles. Iba por las mañanas, contigo siempre, trabajaba como una burra en la casa, y regresaba por la tarde. Ya no era necesario que hiciera cola para el racionamiento, y me traía algo luego para cenar, y aun para llevarle a tu padre a la cárcel.¹⁷⁶

Posteriormente, María trabajó en casa de una vecina, doña Carmen, la cual la avergonzaba y la humillaba por la militancia de Antonio en el bando republicano durante la guerra. El marido de doña Carmen había pertenecido al bando nacional y achacaba a los rojos la culpa de todas las calamidades sufridas por el pueblo español. De ahí que Rodrigo Rubio ponga de relieve la hipocresía de esa mujer, a la que se le llenaba la boca hablando de Dios, que iba todos los días a misa, con manto y devocionario, y que no tenía ningún reparo en echar en cara a María su condición de

175 *Ibíd.*, 365.

176 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 36-37.

perdedora y, por consiguiente, de persona que debía agradecer con humildad cualquier ayuda que se le prestase:

Un día me pidió (“ya que vamos teniendo confianza”) que le contara yo algo.

—No sé qué le voy a contar... —murmuré—. Usted ya sabe...

—¿Que yo sé...? ¿El qué?

—Sí, que mi marido fue guardia de Asalto, que estuvo con los del Frente Popular, que después pasó dos años preso... En fin...

—Bueno, si le he de ser sincera, algo sé, porque siempre se rumorea, ¿comprende? De todas formas... Mire, usted está trabajando en mi casa; eso quiere decir que no todos somos rencorosos, sino que, por el contrario, sabemos perdonar y querer a nuestro prójimo, como está mandado por el Altísimo.¹⁷⁷

Al salir de la cárcel, Antonio estuvo buscando trabajo hasta que encontró empleo en una de las brigadas que levantaban adoquines y colocaban los raíles del tranvía. Como María le recuerda a su hijo muerto, ganaba muy poco, pues los jornales eran bajos en aquellos años, y tenía las manos llenas de unas durezas que ya nunca se le quitarían. A pesar de ello, el hombre estaba convencido de que, apretándose el cinturón, lograrían salir adelante, sin necesidad de que su mujer fuese a fregar a ninguna casa. Y es que, no obstante su condición de perdedor, era un hombre orgulloso que no quería que su mujer se rebajase ante nadie, aunque a él no le importaba hacerlo, si era necesario:

No podía decirle nada. Hubiera podido bajar, por lo menos unas horas, a casa de doña Carmen. No quería. Le humillaba el que yo fuese a trabajar.

—Tú, la casa y el nene. Ésas son las obligaciones de toda mujer.

No se quejaba, pero la úlcera del estómago debía de roerle constantemente. Si podía, me traía algo de la calle. A veces eran unas patatas, o un melón, o un racimo de uvas; otras veces, unas espinacas, las hojas más verdes de las lechugas. Estuvo durante unas semanas trabajando

177 *Ibíd.*, 55.

junto a un mercado y al mediodía, en la hora que tenía para comer, se acercaba a los puestos, ofreciéndose para ayudar a los dueños en algo. Por esto traía algunas cosas de comer.¹⁷⁸

Cuando Antonio cae enfermo, María se ve obligada a dedicarse al estraperlo, a pesar del miedo a lo que pudieran pensar los vecinos y a las posibles represalias que estos pudieran tomar en la persona de su marido. Como tantas otras mujeres, tuvo que armarse de valor y afrontar todos los peligros para sacar a su familia adelante:

Las mujeres que salían conmigo a los pueblos, estaban acostumbradas a todo. Tenían que hacer ese trabajo, lo mismo que yo, para no verse arrastradas por la miseria, y eso, tanto a ellas como a mí, nos daba una fuerza moral enorme para seguir, sin miedo, o venciendo el miedo, adelante. Por eso, mi caso no era sino uno más, e igualmente algo fuerte, más fuerte que yo misma, me empujaba a seguir mi marcha, por encima de todos los obstáculos, con el ánimo predispuesto ya a enfrentarme a todo el mundo si era preciso.¹⁷⁹

En su ensayo *España no hay más que una*, el autor ofrece una serie de entrevistas, a medio camino entre la realidad y la ficción, en las que algunos de los entrevistados expresan opiniones muy significativas acerca de sus respectivos ámbitos de trabajo. Así, por ejemplo, el Hincha Convencido habla de que a su empresa han llegado niños que siempre andan con líos de convenios colectivos y con huelgas, algo que a los trabajadores de siempre, como es su caso, les resulta molesto e inconveniente:

No nos quieren a los que hemos sido trabajadores y pacientes, sumisos a los jefes; ahora a los que llaman ejecutivos. Dicen que somos lo peor del mundo del trabajo. Allá ellos. Están muy “extranjerizados”. Que aquí hacía falta “un mayo francés”, o una huelga como esas de Inglaterra,

178 *Ibíd.*, 66.

179 *Ibíd.*, 85.

que dejan a aquellos tipos al borde del hambre. No sé qué pasará en otros sitios; pero lo de las huelgas, ¿a quién beneficia. Bien claro lo dice “nuestra” Televisión. Bien que expone las pérdidas que tienen los países “huelgueros”, y las incomodidades que sufren las gentes sin culpa.¹⁸⁰

Para trabajadores como este Hincha Convencido lo que cuenta es la tranquilidad y la buena vida. Personas que, como él, vivieron la dureza de la guerra y los años malos de la inmediata posguerra, lo que desean es tener su cochecito, irse al campo y disfrutar en el estadio de fútbol. Además, en verano, poder disfrutar de veinte días de vacaciones y de total tranquilidad.

Según señala Rodrigo Rubio, posturas como la de ese señor son las que contribuían a que la situación de los trabajadores no mejorara lo que debiera, pues su propio conformismo jugaba en contra de ellos.

Además de esta imagen representativa de muchos asalariados de entonces, el escritor ofrece la de algunos trabajadores por cuenta propia y pequeños empresarios que abandonaron los pueblos para tratar de forjarse un patrimonio en la capital de España. Tal es el caso, por ejemplo, del señor Reformas y Arreglos Domésticos, un verdadero chapucero que trabaja con muchas prisas y con poca profesionalidad, pero perfectamente adaptado al mundo del ajetreo y la promoción en el que está situado. Él, que tuvo que marcharse de su pueblo por falta de trabajo y se llevó muchos palos de la vida, ahora confiesa que cobra lo que quiere y que no le remuerde la conciencia al engañar a los ricos, a quienes parece que les sobra todo: “Uno reforma casas, a veces por capricho, porque a la gente o le sobra el dinero o no puede pasar un mes sin cambiar papeles, grifos, calentadores u otras cosas. Nosotros, en fin... Yo creo que no explotamos, porque al fin y al cabo nuestro trabajo no es seguro, no se da bien todos los días... ¿Me comprende?”¹⁸¹

En aquellos años setenta, una señal evidente de la mejoría económica española era la construcción de polígonos de viviendas, como los que edifica el señor Martínez, otro de los entrevistados en *España no hay más que una*. Es un hombre que vendió muy bien las tierras que

180 Rubio, *España no hay más que una*, 59.

181 *Ibíd.*, 97.

tenía en el pueblo y se dedicó a comprar y vender, antes de dedicarse a la construcción. Ahora, según él, está metido en un mundo de progreso cuyos aspectos negativos tan solo parece ver el cronista entrevistador:

Por aquí se ven hormigoneras, amasadoras, todo funcionando mecánicamente. Por aquí se ve no sabe el cronista cuántos hombres con ropas sucias de barro y yeso; con casco a la cabeza. Unos están en las alturas de una casa en construcción, otros por la tierra firme, algunos por zona intermedia, tabicando. Todo esto debe suponer cantidad elevadísima de millones en movimiento. El cronista mira al hombre, que ha vuelto a encender su medio puro, ya humedecido y mal quemado en su punta de ceniza.¹⁸²

Otra imagen del progreso, del desarrollo técnico e industrial que estaba viviendo España, la ofrece el Ejecutivo Mayor, uno de esos hombres bien trajeados, bien hablados, con un buen automóvil y una buena casa, que se sienten orgullosos de contribuir “al nuevo prestigio de nuestro país como pueblo que ha alcanzado, en breve espacio de tiempo, las *cotas* más altas en producción *industrial*, en *nivel de empleo*, y, por tanto, en producción y renta per capita”.¹⁸³

En cambio, el reverso de la moneda, según el cronista, lo constituye el hecho de que esas mismas personas que contribuyen a la configuración de un país industrializado y desarrollado, son las que “empujan también a una palpable deshumanización y a una mecanización de las masas, así como a la rigidez, en su forma de vida, de una sociedad llamada de consumo”.¹⁸⁴

Una sociedad de consumo que lleva aparejados algunos tributos que ineludiblemente hay que pagar, en forma de incomodidades, estrés, huidas masivas de las ciudades durante los fines de semana, puentes y vacaciones, y numerosos accidentes de tráfico. Y, lo que es mucho peor,

182 *Ibíd.*, 88-89.

183 *Ibíd.*, 71-72.

184 *Ibíd.*, 73.

la connivencia política y la corrupción, un asunto siempre recurrente y siempre vigente.

Como comenta el Ejecutivo Mayor, resulta imprescindible asistir con mucha frecuencia a cenas políticas que, en primer lugar, son plenamente compatibles con su actividad económica, y que, en segundo lugar, suponen una ocasión óptima para hacer amigos y para poder medrar a muy corto plazo, cuando alguno de esos políticos llegue a ministro y eche mano de sus amigos para ocupar una dirección general, o un gabinete técnico que permita a esos ejecutivos integrarse en la vida política.

Lo que ocurre es que no siempre las influencias de los políticos se materializan en un alto cargo para el amigo, sino que, muchas veces, van bastante más lejos, como se puede ver en su novela *Un camino de rosas*. En esta ocasión, un Rodrigo Rubio mucho más desengañado y escéptico, nos presenta a unos empresarios madrileños que hablan de la necesidad de acudir a Sevilla para beneficiarse del tráfico de influencias y de los sustanciosos negocios que se realizaban durante la Feria de Abril. Allí, se harían los encontradizos con altos cargos de la Administración y, tal vez así, podrían seguir prosperando en ese “país de pícaros y corruptos” en el que muchos negocios dependían de los caprichos del político de turno o de las comisiones que recibían algunas personas vinculadas al poder, como “el Calvo Barbas, o algunos de sus hermanos, que todos tenían, al parecer, la sartén por el mango, y el mango también”.¹⁸⁵ Un Calvo Barbas que no era otro que Juan Guerra, el hermano del entonces Vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra.

2.4.5. La guerra y sus consecuencias

En este apartado temático, tan importante y tan recurrente en la obra del escritor albaceteño, este no se ajusta a los presupuestos marcados por Pablo Gil Casado como propios de la novela social que trata el tema de los vencidos. En las obras de Rodrigo Rubio no aparece la vida de los presidios, salvo alguna referencia hecha casi de soslayo, como tampoco los individuos alienados por la sociedad, ni aquellos otros que

185 Rubio, *Un camino de rosas*, 118.

recurren a soluciones violentas, excepción hecha de la actitud de algunos revolucionarios y milicianos, cuyos comportamientos serán censurados en varias ocasiones. Por tanto, en él no se cumplen íntegramente las cuatro características señaladas por Gil Casado para poder hablar de novela social en relación con el tema de los vencidos:

1. El personaje se alza contra un estado de cosas, lucha por cambiarlas y sufre la cárcel o la muerte; o, el personaje se siente excluido de la sociedad, está alienado, y por lo tanto se coloca al margen de ella; o bien, es un inocente triturado por el mecanismo judicial o presidiario.

2. Se da testimonio de cómo el mecanismo judicial o presidiario funciona, de los procedimientos opresivos y represivos, mostrando cómo anula la condición humana y los derechos del hombre.

3. Se pone de relieve la existencia de una injusta justicia en sus diferentes aspectos, y cómo se ha convertido en un instrumento para proteger los intereses de las clases dirigentes.

4. La aparición de los atracadores se plasma como resultado de las adversas condiciones economicosociales a que están sujetas las clases humildes.¹⁸⁶

A pesar de ello, el tema de la guerra está presente en la inmensa mayoría de las obras escritas por el escritor de Montalvos, quien, por ejemplo, ve en la guerra una de las principales causas de la despoblación de los pueblos españoles, por cuanto se llevó a muchos hombres jóvenes, gran parte de los cuales no regresaron jamás. Esta y otras razones son las que justifican las manifestaciones de Rodrigo Rubio a propósito de la necesidad y la urgencia de recurrir a este tema, tanto en los años de la inmediata posguerra como en las décadas posteriores:

En toda la novelística que vendría después de aquellos años cuarenta, la guerra, luego postguerra, estará presente en el ánimo de casi

186 Gil Casado, *La novela social española*, 399.

todos los escritores. Es un tema nuevo, un tema de urgencia. No existen publicaciones donde se pueda lanzar abiertamente el reportaje, la amplia información, como en otros países. Los escritores llevan esos temas al libro. No necesitan influencias para su temática, aunque en la mente de alguno esté *Sin novedad en el frente*, de Remarque, o luego *Adiós a las armas*, de Hemingway. El país, el ambiente que viven, les empuja a unos temas ineludibles. De ahí, pues, que hasta los que empezaron —o empezamos— a escribir en los últimos años cincuenta, o ya en los sesenta, tuviésemos todavía motivaciones para que, en muchos de nuestros libros, la guerra civil, la dura postguerra, y todas las consecuencias derivadas de unos y otros años, viniesen a golpearnos, empujando a nuestra pluma para que vomitara palabras todavía necesarias.¹⁸⁷

El autor recuerda, con la lógica añoranza, los momentos anteriores al enfrentamiento bélico, cuando los habitantes de los pueblos, sobre todo los chiquillos, vivían momentos hermosos y felices sin que se pudiera adivinar el fantasma de los tiempos revueltos que estaban por llegar. Así podemos verlo al comienzo de su novela *Fábula del tiempo maldito*, cuando, en el segundo capítulo Juan Manuel, el narrador, rememora aquellos tiempos de paz:

¿Por qué todo, de pronto, se había puesto así? Juan Manuel, el chiquillo, no podía comprenderlo. Años adelante se diría que también había vivido momentos hermosos, que el pueblo estaba en paz, que todo se desenvolvía de una forma tranquila y armoniosa. Recordaría cuando cenaban en el patio, bajo la bombilla de luz amarillenta que colgaba del emparrado. Recordaría los veranos hermosos de la trilla, cuando se recogía la cosecha. Recordaría que en el patio de su casa oían coplas, música de gramófono, las voces, por ejemplo, de Estrellita Castro, de Concha Piquer, de Miguel de Molina, y también de La Niña de La Puebla, con Sabinas a la guitarra.¹⁸⁸

187 Rubio, *Narrativa española, 1940-1970*, 62-63.

188 Rubio, *Fábula del tiempo maldito*, 15.

Pero llegaría la guerra y ese simbólico gramófono dejaría de sonar como consecuencia del dolor y el luto. Y, precisamente en la novela que lleva por título *El gramófono*, tenemos una primera muestra de la forma de pensar de las gentes del pueblo respecto de la guerra. La persona elegida por el escritor albaceteño es el viejo Matías Valverde, un hombre que, con su mentalidad un tanto simple y candorosa, no encuentra justificación alguna a los porqués de la guerra. Según él, no existe causa alguna suficientemente grave como para que los muchachos del pueblo tengan que abandonar sus casas y marcharse al frente a intentar sobrevivir. Por eso, aconseja a su hijo Marcelino que, llegado el caso, se resistiera, con todas las fuerzas y medios a su alcance, a obedecer la orden de ir a la guerra:

Le decía a su hijo que, si lo llamaban al frente, tomase la escopeta y empezara a tiros con aquellos del Comité; que les dijera que fuesen ellos. El viejo no podía ver, sin irritarse, el que los mejores muchachos del pueblo salieran un día y otro para ir a los frentes del demonio. El viejo, en suma, no entendía la vida sino trabajando, y aquello que llamaban guerra quizás no fuera sino acuerdo de vagos y maleantes, para sacar, en el río revuelto, los mejores y más gordos peces.¹⁸⁹

Por suerte para Matías Valverde, su hijo Marcelino, casado y con dos hijos, no llegó a ir al frente, aunque sí tuvo que hacer instrucción en las eras. Aun así, cuando se empezaron a oír los trompetazos de la victoria, el viejo no pudo resistir el sonido de esa música victoriosa, que lo ponía al borde de la locura, especialmente cuando, como cruel contraste, observaba el dolor de las familias en las que nunca sería posible llenar el hueco dejado por algún muchacho muerto. De ahí estas preguntas, aparentemente tan sencillas e inocentes, que le hace a su hijo Marcelino:

- ¿Por qué gritan y cantan ahora, hijo?
- Porque se ha acabado la guerra.
- ¿Y quién mandó hacer la guerra?

189 Rubio, *El gramófono*, 47.

No podían responderle. El viejo fue a dos o tres casas del lugar, donde faltaba mozo. Allí vestían de negro y cerraban las puertas antes de anochecer. Sólo los gatos, casi arrastrándose por el suelo, parecían decir algo. El viejo Matías soltaba palabrotas, decía: *Maldita puñeta y qué inventos*, y volvía a su casa doblado por el dolor de estómago.¹⁹⁰

En efecto, durante el tiempo que duró la guerra, en los pueblos apenas se respiraba otra cosa que no fuera tristeza y sufrimiento, porque, como le cuenta Ezequiel Ramales al periodista y escritor Lorenzo Collado, en *Agonizante sol*, no había más que sombras, niños tristes en las calles y hombres viejos que habían despedido a sus hijos o nietos y que no sabían cómo emplear el tiempo de una larga espera.

Y, si el viejo Matías Valverde no hallaba respuestas a sus preguntas acerca de los porqués de la guerra, tampoco las encontraba para explicar el comportamiento de su hija Narcisa, la cual, desde que sucedieron esos luctuosos acontecimientos, se solía encerrar en la cámara para leer novelas, con historias de gentes tristes y que se habían suicidado. Ni tampoco aceptaba el hecho de que los que mandaban empezaran a hacer registros y a exigir declaraciones y entregas forzosas de legumbres y cereales, que, al igual que el tabaco, se hallaban sometidos a intervención y racionamiento. Por todo ello, el viejo, ahora sin escopeta, acariciaba a su perro *Morronegro*, que era medio lobo, y se iba por las orillas del pueblo, maldiciendo.

Sobre la crudeza de la guerra, resulta muy esclarecedor el testimonio de Marcos, ese joven inconformista e intransigente que funciona como una especie de antagonista del sacerdote don Luis, a quien le escribe una carta en la que, entre otras cosas, le comenta lo que él hacía en la época de los bombardeos:

Antes, no mucho antes, habíamos ido mi hermana Eva y yo a recoger astillas de las casas hundidas por los bombardeos. A veces, agachados entre los escombros, nos sorprendía la alarma. Corríamos. Una vez más nos salvábamos. Pero veíamos cuerpos destrozados, hombres y mujeres con astillas clavadas en la carne o a medio sepultar por

190 *Ibíd.*, 48.

los escombros. Corríamos a casa, despavoridos, llorando. Y en ocasiones, madre nos regañaba porque el encargo de traer astillas para el fuego no se había cumplido...¹⁹¹

Una carta a la que, como suele ser habitual a lo largo de toda la novela, contesta mentalmente el sacerdote recordando que, en aquella época, también él y sus hermanos, Ramón y Carmen, experimentaban el mismo miedo que acaba de describir Marcos, sobre todo cuando hasta su padre se acercaban los milicianos que controlaban el pueblo para proponerle que se uniera a ellos. Eran los tiempos en los que el maestro de la escuela era el dirigente del partido gobernante y en los que el crucifijo había cedido su sitio en la pared a las fotografías de quienes detentaban el poder:

Había milicianos en el pueblo. Padre ya no trabajaba en la herrería. Tampoco podía salir a la carretera con viajeros, como antes. El “Ford” había pasado a ser de la Casa del Pueblo. Padre, por eso y por otras muchas cosas, se retorció las nervudas manos. Le habían dicho: *Puedes ser nuestro chófer, te librarás de muchas cosas y la guerra será para ti como un paseo en barca...* Lo pensó. Le costó aceptar. Nosotros apenas salíamos. Madre había guardado los cuadros, las litografías de santos. Carmen ya no se bañaba en la balsa del huerto con sus amigas. El mundo —nuestro pequeño mundo, tan aparentemente aislado— parecía romperse, destrozarse, hundirse.¹⁹²

Uno de los aspectos en los que más incide el escritor albaceteño es en la actuación de los milicianos, especialmente en su forma de proceder con los ricos. Según cuenta María, la madre de *Equipaje de amor para tierra*, su marido fue encarcelado al término de la guerra sin haber cometido más delito que haber pertenecido al bando republicano y conducir coches en los que iban esos milicianos. Él no era capaz de actuar del mismo modo que lo hacían sus compañeros:

191 Rubio, *La sotana*, 67.

192 *Ibíd.*, 67-68.

Él condujo coches cuando los milicianos iban de casa en casa haciendo registros y llevándose a la gente rica a las carreteras. No me había atrevido a preguntarle nunca si también él había empuñado el fusil. Era absurdo, además, conociéndole, hacerle esa pregunta. Él era mandado y obedecía; pero nunca hubiera sido capaz de hacer algo repugnante por iniciativa propia. De haber sido así, él, lo mismo que hacían otros, hubiera requisado casas, automóviles, todo lo que se le antojara.¹⁹³

Otra de las cosas que Rodrigo Rubio reprocha a los milicianos es la quema de imágenes y de iglesias. En este sentido, uno de los personajes con los que se entrevista Juan Manuel Garrido en el transcurso de la novela *Fábula del tiempo maldito* es Bernabé Olmos, quien estuvo en la cárcel por haber colaborado con los milicianos que actuaron en su pueblo:

Se había distinguido, cuando llegó la ventisca de la sangre, ayudando a los milicianos que quemaban las imágenes de la iglesia. Por allí también merodearon otros tipos, como el muchachón Ángel Chu, como Faustino el Manso, aunque éste se retiraría pronto porque aquello que hacían los milicianos le parecía una barbaridad. Junto a aquella hoguera, para atizarla en algunos momentos, pasarían otros hombres, como Hilario Bueno, como Gumer el Melitón, como Fernando el Trapos. Todos ellos eran tipos que ahora podían divertirse un poco viendo como las imágenes de San José y la Virgen, junto a otras, se convertían en teas, en ceniza. Eran gentes que le tenían un encono a la iglesia, lo mismo que también les tenían encono a los ricos.¹⁹⁴

Entre las diversas formas en que refleja la imagen de la guerra, Rodrigo Rubio recurre a la técnica del esperpento para representarla como una cruel y feroz devoradora de hombres. Esa es la perspectiva que, con curiosas metáforas y símiles, ofrece en la novela *La espera*, gracias al personaje de Isabel, una mujer a la que le había costado mucho trabajo creer que pudiera llegar a haber una guerra. Y eso tanto cuando “los

193 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 37.

194 Rubio, *Fábula del tiempo maldito*, 120.

hombres extraños cantaban por las calles de nuestro pueblo y disparaban sus pistolas (también aquellas mujeres vestidas con mono azul) contra los olmos de la plaza”¹⁹⁵, como cuando supo que estaban quemando los santos y la iglesia entera y que el sacerdote del pueblo había caído muerto sobre la tierra seca y pisoteada de los caminos. Pero todo aquello había sido cierto, como también lo fue el hecho de que la guerra se llevara para siempre a uno de sus hijos:

Pero aquello era, de verdad, una guerra, la guerra, que se tragaría a tantos hombres, entre ellos a nuestro Jacinto. Por eso empecé a decir que la guerra no era sino un animal grande, un monstruo, que se suele decir; una fiera con una boca enorme que se alimentaba de hombres. Los hombres eran el pienso. Los maduros, un pienso granado (como la avena que empieza a blanquear), y los jóvenes un pienso tierno (como las mielgas que aún no han florecido o como el vallico sin espiga). Se los llevaban, y la guerra abría su enorme boca y se hinchaba de hombres jóvenes, a los que apenas si se les quitaban de encima sus cuatro cosas personales (una medalla, la cartera, el reloj...), para mandarlas luego a la familia, junto a un papel en el que, poco más o menos, podían escribir esto: “Nos hacía falta. Ya cumplió su misión”¹⁹⁶.

Si en el caso anterior es una mujer la que, con sentidas y hermosas palabras, relata las impresiones que le había producido la noticia de la muerte de su hijo por culpa de la guerra, también Rodrigo Rubio presenta el punto de vista del hijo que ha perdido a su padre. Tal es el caso de Marcos, quien, en otro fragmento de la carta dirigida a don Luis en la novela *La sotana*, le cuenta lo que había sucedido con su progenitor y cómo afectó su pérdida a la familia:

...A padre se lo habían llevado. Madre tenía que irse a los trenes, a los pueblos, llevándose géneros de la ciudad para traer pan, tocino, aceite, huevos. Madre era fuerte y entonces y después, cuando supo que padre

195 Rubio, *La espera*, 263.

196 *Ibíd.*, 263-264.

no volvería nunca más, trabajó de firme para sacarnos adelante. Aquel tiempo de las sirenas, de las alarmas repentinas, bruscas, a cualquier hora del día o de la noche, no sería, fíjese, tan malo, aun siendo cruel, como el que vino después. ¿Sabe dónde quedó mi padre? En Francia, en un campo de concentración. Después hemos querido saber dónde está enterrado. ¡Qué tontería! Hemos querido saber muchas cosas, y apenas si hemos sabido nada...¹⁹⁷

Una de las muertes que está presente en varias novelas y cuentos de Rodrigo Rubio es la de su hermano Cristino, fallecido en el frente de Levante cuando ya estaba próximo el final de la contienda civil. Así, en *La espera*, encontramos una mención de Ramiro al hecho de que por el pueblo desfilaban soldados y bandas militares celebrando la toma de Teruel, con vivas a España y al Generalísimo. A partir de entonces, la familia de Ramiro vivió con la esperanza de la llegada de alguna carta o telegrama con noticias de Jacinto, el hermano que estaba en el frente de Levante. Pero este no volvería a casa y dormiría para siempre, “sin que a lo mejor nadie lo hubiera enterrado, en otras tierras lejanas, en otros campos nunca pisados por nosotros”.¹⁹⁸ La forma como la familia conoció la noticia de la muerte queda plasmada en estas palabras del monólogo de Ramiro:

...Estaba en las eras, con otros chicos, cuando alguien dio la voz. Primero pensé que a lo mejor había venido con permiso. Pero deseché esta idea en seguida, recordando que, poco antes, lo habían trasladado de Andalucía a Levante. Una mujer gritaba desde la orilla del pueblo. Fueron los otros los que lo supieron antes. Corrían más. Oyeron más pronto. Y entonces volvieron a decírmelo. ¿Qué pensaban que era aquello? Lo habían matado, en efecto, y ellos me lo dijeron así, mirándome después como si les fuera extraño. Se acercaron mujeres para besarme, y yo vi que ellas también lloraban. Luego vi a mi madre y a mis hermanas, pero ellas no pudieron advertir, en seguida, mi presencia. Tenían los ojos tapados con el pañuelo. Luego noté sus brazos, apretándome.¹⁹⁹

197 Rubio, *La sotana*, 68.

198 Rubio, *La espera*, 289.

199 *Ibíd.*, 289-290.

Otra figura que presenta el escritor albaceteño es la del hombre que regresa a su casa tras haber participado en la guerra. La suya es la imagen de un hombre envejecido prematuramente y con una profunda tristeza, a pesar de la alegría que supone el hecho de volver con la familia. Después de esa amarga experiencia, a José, el protagonista de la novela *La feria*, solo le importaba su trabajo y sacar adelante a su familia, como le cuenta a su pequeño hijo muerto, durante el monólogo que realiza en una de sus frecuentes visitas al cementerio:

Tú, por entonces, eras muy chico aún. Yo no quería preocuparme por nada. También había ido a la guerra, y pude volver, por lo que di gracias a Dios. Os abracé a todos: a madre, que te criaba a ti; al abuelo, todavía fuerte, que os mantuvo con su trabajo mientras yo falté; a Juana, que había crecido mucho, y a ti, que te dejé recién nacido y ahora ya balbucías algunas palabras. Yo había vuelto y no quería saber nada del pueblo. Trabajar solamente. Volver a mis cuatro pedazos de tierra, con el mulo y dar un jornal, si venía a cuento...²⁰⁰

Muy distinta es la forma de comportarse de quienes se han visto favorecidos, de uno u otro modo, por el resultado final de la guerra. Los pertenecientes al bando vencedor, y sus simpatizantes, pudieron demostrar públicamente su alegría, pues había llegado el tiempo en que no tenían que esconderse o sufrir la persecución por parte de los ahora perdedores. Eso es lo que les ocurre, por ejemplo, a la familia Jiménez Luna, esos ricachones a cuya casa va a servir María, la protagonista de *Equipaje de amor para la tierra*. Y también a un tío de Marcelino Valverde, del cual se dice lo siguiente:

El tío Leandro estaba como chico que estrena juguete, luego de acabarse la guerra. El hombre había andado moviéndose entre los que, a escondidas, vestían de oscuro. Ahora estaba como rejuvenecido. Quería hablar con Marcelino de la gran alegría que reinaba en el país, de la

200 Rubio, *La feria*, 28.

hermosa victoria al fin conseguida; pero Marcelino no le daba mucho pie para conversar.²⁰¹

Otro doloroso aspecto de la guerra al que Rodrigo Rubio se va a referir en varias ocasiones es el de las mujeres que se vieron obligadas a ejercer la prostitución, bien para poderse mantenerse a sí mismas o bien para sacar adelante a sus familias. En el primer caso se encuentra, por ejemplo, Andrea, la mujer de Santiago, el sepulturero, la cual, según se cuenta en *La feria*, había ejercido la prostitución con los soldados de las Brigadas Internacionales llegados al pueblo, cuando estaba soltera; primero con uno; luego con casi todos. De modo que, cuando acabó la guerra, se quedó más sola que nunca, “envejecida ya, muerta para el amor, casi borrada para la gente del pueblo, que no perdona”.²⁰²

El segundo caso es el que el escritor albaceteño presenta en el relato “La sombra”, del libro *Palabras muertas sobre el polvo*. En esta ocasión, el narrador en segunda persona se dirige a Jesús para reprocharle su injusta forma de proceder respecto de su madre, la cual, en los tiempos en los que en el pueblo reinaba la paz y la tranquilidad, era una de tantas mujeres que esperaba en su casa la llegada del marido y del hijo y, cuando los veía regresar del campo o del monte, los recibía con cariño y con palabras amorosas.

Luego, llegaron unos hombres vestidos de soldado y se llevaron al padre a la guerra. Cuando se supo que había muerto, la madre lloró, vistió ropas negras y, para sacar a su hijo adelante, colgó una rama de pino a la puerta de la casa y empezó a vender el vino blanco de las tinajas del jaraíz, como hacían otras muchas mujeres que se habían quedado sin sus maridos. Pero hubo hombres que quisieron hundir su modesto y honrado negocio para así forzar que se dedicara a lo que, eufemísticamente, el narrador califica como “otra cosa”. Esa otra cosa no es sino la prostitución, algo que hizo que su hijo, al cabo de algún tiempo, se marchara del pueblo y que nunca quisiera saber nada de su madre, ni siquiera cuando cayó enferma y murió. Por eso, ese anónimo narrador le echa en cara su injusta forma

201 Rubio, *El gramófono*, 87.

202 Rubio, *La feria*, 28.

de proceder con quien tan solo había sido una más de tantas víctimas: “¿Y sabes tú si ella lloró? ¿Sabes si luchó? ¿Sabes, Jesús, hombre hoy, si ella sintió angustia y si deseó morir antes de romper el ramo y no sacar vino sino sólo para aquellos hombres que empezaron a llamarla la Miliciana?”²⁰³

Otros asuntos frecuentemente tratados por Rodrigo Rubio en sus novelas, cuentos y ensayos son los referidos a la actuación de las Brigadas Internacionales, a los desertores, a la existencia de economatos con productos racionados, al estraperlo y a las denuncias y represalias llevadas a cabo por quienes se subieron al carro de los vencedores.

Y, en todo momento, su forma de proceder como escritor es la de alguien que busca la objetividad y la imparcialidad. Alguien que denuncia los horrores y los sufrimientos generados por un conflicto fratricida en cuyo origen todos tuvieron su parte de culpa. De modo que, a pesar de su origen humilde y de haber padecido en su propia familia la tragedia de la guerra, a Rodrigo Rubio no se le puede acusar de mantener una postura partidista hacia uno u otro bando. La suya es una visión ecuánime y lo más ecléctica posible, aun cuando es sobradamente conocida su voluntad de reflejar con todo detalle los problemas, miserias y calamidades padecidos por la gente humilde y trabajadora. Pero esa voluntad crítica y testimonial no le impide ver que, con la guerra, todos resultaron perdedores, en uno u otro sentido. Por ello, si hasta ahora hemos comprobado cómo buena parte de las consecuencias las tuvieron que padecer los campesinos y los trabajadores, no podemos perder de vista el hecho de que también la gente rica sufrió en sus carnes buena parte de la dureza del enfrentamiento civil.

Así lo pone de manifiesto Alfonso, uno de los protagonistas de *La espera*, quien, a propósito de la forma de actuar de los ricos cuando alguna tormenta se acercaba a sus tierras, aprovecha para hablar de la llegada de unas metafóricas nubes contra las que nada podían hacer el poder y la riqueza. Esas nubes de guerra, que responden al viejo tópico del poder igualatorio de la muerte, no sabían de distinciones entre ricos y pobres:

203 Rubio, *Palabras muertas sobre el polvo*, 189.

En el Villar, los señoritos disparaban cohetes, y entonces las nubes se partían y se iban, con su carga de granizo, a posarse sobre las tierras mil veces divididas de los labradores miserables. La nube de sangre caería, sin embargo, sobre sus aldeas y sus casas como palacios de la capital. Aquellas nubes dejarían caer escopetas que manejaban hombres con ojos encendidos, con bocas hambrientas, hombres que rugían, que blasfemaban, que empujaban a los que, hasta entonces, nunca se habían preocupado por una mala nube, para llevarlos a las desiertas carreteras. Allí se los dejarían, con el pecho ensangrentado, con la cabeza machacada, con sus riquezas repartidas ya entre los que, de pronto, habían empezado a gritar palabras que dejaban a un lado el hambre criminal de otros tiempos.²⁰⁴

La voluntad de Rodrigo Rubio es la de presentar el enfrentamiento civil como la consecuencia de un conflicto social más que de una confrontación de tipo político. El detonante sería la rebelión de unos hombres oprimidos y hambrientos contra sus opresores, los ricos y los señoritos, de los que se acabarían vengando con fiereza y crueldad, como reconoce un protagonista directo de esos actos, Ezequiel Ramales, quien confiesa haberse convertido en una fiera, con un fusil en la mano, en busca de una vida mejor: “Quiero decirte, eso sí, que fui uno más; que empuñé el fusil y grité, y maldije, y olvidé lo que había sido mi vida de antes, y hasta tuve esperanza de que algún día fuésemos vencedores y que la vida cambiara de una vez para siempre, en beneficio de todos nosotros...”²⁰⁵

Por tanto, y con independencia de la forma de actuar de unos y de otros, y de la catalogación de buenos y malos que se pudiera hacer en función de las creencias o de la adscripción ideológica de cada cual, la postura del escritor parece estar muy cercana a esa visión del hombre de pueblo representada por el viejo Matías Valverde, quien, en *El gramófono*, recrimina duramente la forma de actuar de unos milicianos desalmados que, tristemente, acabaron cometiendo unas injusticias aún mayores que las que trataban de castigar:

204 Rubio, *La espera*, 248-249.

205 Rubio, *Agonizante sol*, 236.

Cuando la guerra, el viejo Matías estuvo a punto de ser paseado. Apenas si se tenía ya. Lo habían tomado entre ojos los milicianos, porque en aquellas primeras y alocadas jornadas de la revolución, el viejo salió a la calle, repleta de tipos con escopetas, y les dijo: *Sois un atajo de vagos y de mierdas*. Y aunque no había motivos para que, por política, se metieran con él, sí lo arrinconaron contra una pared, por soltar aquellos gritos. *Adentro o te freímos*, y el viejo se retiró cuando quiso, riéndose a carcajadas. *Padre*, le dijo Marcelino; *padre, entre, que el horno no está para bollos*. *¡Unos vagos y unos mierdas, eso son!*, repetía. Y se quedaba mirando a los revolucionarios de su pueblo, que desde aquellos momentos, sin comerlo ni beberlo, se habían convertido en propietarios de riquezas extrañas. ¡Así es como prosperan algunos...!²⁰⁶

2.4.6. La enfermedad, el dolor y la muerte

Estos tres temas suelen estar muy presentes en la obra literaria de Rodrigo Rubio, como fruto de su experiencia personal, tanto por lo que se refiere a su propia enfermedad, como por lo que respecta a la muerte de familiares y amigos. Además, dichos temas aparecen indisolublemente unidos en numerosas ocasiones y están relacionados con la vida del ser humano. De ahí que figuren, también, como característicos de las novelas existencialistas.

Una figura a la que el escritor presta especial atención es la del deficiente físico, a la que dedica el ensayo *Minusválidos*, confesando en la introducción del mismo que él es uno más de esos deficientes físicos por haber sufrido ataques de artritis que le dejaron graves secuelas, en forma de anquilosis en ambas caderas.

Como en su momento tendremos ocasión de comentar, en ese ensayo realiza un amplio y concienzudo estudio de la figura del minusválido, desde la perspectiva que le permite su propia experiencia personal, su pertenencia a la Fraternidad Católica de Enfermos y el conocimiento directo de numerosos casos que irá presentando a lo largo del libro.

206 Rubio, *El gramófono*, 46.

Entre los numerosos y varios aspectos que analiza en *Minusválidos*, parece oportuno destacar el que se refiere al excesivo paternalismo con que trataban a los enfermos algunas personas de esas a las que se calificaba como de buen corazón y que eran “gentes caritativas, que mataban su aburrimiento proporcionándonos algunas cosas materiales, y otras de tipo espiritual o religioso”.²⁰⁷ Un paternalismo, por tanto, bastante hipócrita, del que el escritor volverá a hablar, ya en primera persona, en su novela *Memoria de pecado*, a propósito de la enfermedad del protagonista y narrador, Juan Moreno, a quien iba a visitar una “cohorte de apóstoles, de caritativos, para traerme su olor a incienso, su olor a cera y el color negro de una iglesia que había perdido a un Papa que decían hombre fino, inteligentísimo y amigo, tal vez, de la lejana catacumba”.²⁰⁸ Una cohorte que no paró hasta conseguir que Juan aceptara el Comulgar de Impedidos, con una parafernalia que el propio Juan describe del siguiente modo:

Lo que no pensaba yo era que la procesión de muchachitas vírgenes, niños y niñas de primera comunión, de solteronas con ropas de medio luto, de viejas con bisbiseo interminable, con algún hombre de los que el domingo pasan la bandeja en misa, fuese a desfilarse por nuestra calle, deteniéndose ante el edificio donde vivíamos, para luego subir el sacerdote, escoltado por monagos revestidos, muchachas inmaculadas, mujeres de rezo alto, y entrar en mi cuarto (perfumado con flores naturales, como si ya siempre hubieran desaparecido los pecaminosos olores del sudor y del esperma), y yo, de esa forma, sentirme reconfortado, o más mudo, o más perplejo, pero desde ese mismo momento con un buen nombre entre los acechadores del incienso y de la cera.²⁰⁹

También está presente en su novelística la figura del deficiente psíquico, cuyo ejemplo más doloroso lo encontramos en *Equipaje de amor para la tierra*, en la persona de Rosario, la hermana tonta de Soledad, una de las compañeras con las que María, la protagonista de la novela, ha de compartir los riesgos que supone el estraperlo.

207 Rubio, *Minusválidos*, 11.

208 Rubio, *Memoria de pecado*, 144.

209 *Ibíd.*, 145.

En una ocasión en que María acude a la casa de la familia de Soledad, aparece Rosario dando gritos, hasta que llega la madre y la amenaza con una vara que tenía al lado de la puerta para usarla cada dos por tres. A continuación, la muchacha se dirige hacia el pozo de la casa, arrastrando su pierna derecha y diciendo algo que sonaba a que quería arrojarse al pozo, como ya había hecho en una ocasión, años atrás. La impresión recibida por María queda reflejada en las palabras que le dice al cadáver de su hijo:

Sentí dolor en el pecho, Juan, entonces, aquella tarde, al ver a la muchacha anormal, y lo he sentido después muchas veces, al recordarla, y al pensar que pudo arrojarse al pozo, como en realidad me lo ha llegado a parecer que sucedió, estando yo a su lado, casi rozándola. Rosario se había acercado al pozo y se cogía al tronco de la higuera semiseca, que había pegada a la pared. Soledad tiró de ella diciéndole: Venga, tú, y no hagas más teatro, que ya no nos asustas.²¹⁰

Hay veces en las que, a causa de una enfermedad previa, la muerte se intuye como algo inevitable y cercano, aunque, no por ello, resulte menos temida y dolorosa. Tal es el caso de Josillo, el niño protagonista de la novela *La feria*, quien, tras su repentina e inexplicable enfermedad, ve cómo los médicos son absolutamente incapaces de curarle y cómo los desvelos de sus padres resultan totalmente infructuosos. Como el mismo padre confiesa, su hijo era algo muerto de cintura para abajo y la muerte iba ascendiendo de forma inexorable a lo largo de su cuerpo.

La enfermedad de Josillo, a la que Rodrigo Rubio ha convertido en trasunto literario de su propia enfermedad, provoca en sus padres una impotencia muy similar a la que en su día vivieron Buenaventura Rubio y Dolores Puertas, tal y como Rodrigo ha escrito en muchos lugares y ocasiones. Lo mismo que ocurría con el bueno de Buenaventura, José pierde todo tipo de ilusiones, incluso por el trabajo de sus tierras, que tanto le había apasionado hasta entonces.

210 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 91.

El dolor, como no podía ser de otro modo, se hace extensivo, también, a la madre y al propio niño enfermo, quien, viendo sufrir a su madre, siente aumentar su dolor. Así lo recuerda José, quien, durante uno de los habituales monólogos ante la tumba de Josillo, cuenta cómo las vecinas y amigas acudían a verlo sentado en una mecedora y cómo el niño se mostraba cada vez más inquieto, especialmente cuando oía a sus amigos en la calle:

La mujer se iba y hacía comentarios con la primera que se encontraba a su paso. Madre se acercaba a ti y te remetía la manta debajo de las piernas muertas, y luego, a cada instante, movía el mosquero, porque las moscas parecían más felices posándose en tu cara sin alegría. En algunos momentos tú te excitabas, y madre y Julia y todas las demás mujeres se alarmaban.

—¿Qué es? ¿Qué le pasa?

Tardabas en calmarte. Ellas no los habían oído, pero tú sí. Tú ya habías escuchado unas voces, o el rebote de los cantos en un tejado. Tú ya sabías que un grupo de niños, entre los que siempre se encontraba alguno que fue de tu pandilla, iba a pasar por la calle.²¹¹

En otras ocasiones, el sufrimiento y la impotencia del enfermo se manifiestan a través de un testimonio escrito, lleno de un gran patetismo, como el que, en *La sotana*, le hace llegar Jesús a su amigo don Luis mediante una carta en la que le comunica la cercanía de su muerte y el miedo que siente:

...Estoy en el hospital, aquí en la ciudad. Me encuentro mal y voy a morir. Mi padre quemó los santos del pueblo y persiguió al cura. Yo no he rezado nunca. Voy a morir y te recuerdo porque de chicos fuimos amigos. El cura de aquí viene a verme, pero no sé hablar con él. Creo que voy a morirme pronto. Recuerdo a mi padre fusilado, a mi madre, a mis hermanas, que se fueron del pueblo muy pronto; te recuerdo a ti, pensando en cómo eras cuando íbamos a la escuela. Tengo un tumor en

211 Rubio, *La feria*, 82-83.

el vientre, ya me lo han dicho. Estoy mal, voy a morirme, y fíjate, Luis, me da bastante miedo...²¹²

Esa percepción de la muerte se hace extensiva a la persona que está enamorada de quien va a morir, como se puede ver en el caso de Alonso, el protagonista de *Un mundo auestas*, quien siente en su propio cuerpo la muerte de su amada María Dolores, justo en el preciso instante en que ella está dejando de existir:

Poco antes del amanecer sentí como si la sangre de mis venas hubiese dejado de circular, como si el corazón, falto de esa sangre que le da vida, quisiera estallar en mil pedazos. Fue un momento, sólo un momento: un ahogo, una angustia que vino y se fue. Eran los mismos instantes en que ella, María Dolores, volaba al cielo.²¹³

La impotencia frente a la muerte queda perfectamente reflejada en la carta que, desde Alemania, escribe María a su marido para comunicarle el fallecimiento de su hijo Juan. En dicha carta, además de mostrar la falta de palabras para expresar su dolor, intenta analizar las causas que han provocado la muerte del hijo:

¿Qué quieres que te diga? ¿Qué voy a decirte, Antonio? ¿Cómo voy a contarte todo lo que ha pasado? Ella quizá lo quisiera de verdad. Ahora no puede verlo, así, con los ojos cerrados. Juan ha muerto. Juan estaba delicado, comía poco y mal y se acostaba todas las noches con esa mujer insaciable. Juan fumaba mucho, se cuidaba poco. Un día vomitó sangre. Tenía un pulmón deshecho. Ella no quería traerlo al hospital. Vivían en una habitación pequeña, en una de esas barracas de madera que hay cerca de la fábrica donde él trabajaba.²¹⁴

212 Rubio, *La sotana*, 112.

213 Rubio, *Un mundo auestas*, 251.

214 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 39.

Particularmente emotiva resulta la mención a la muerte inesperada de María Josefa, la prima de José Miguel, el protagonista de *La tristeza también muere*. Y lo es porque en la figura de esa muchacha ha querido plasmar Rodrigo Rubio el recuerdo de la muerte de su hermana Pilar, del mismo modo que el personaje de José Miguel también representa un reflejo autobiográfico del escritor de Montalvos, que es quien habla por boca de su *alter ego* literario:

“Mi prima era para mí una segunda madre. Ella me había traído a Valencia; ella me acompañaba al sanatorio, y ella, en fin, me había enseñado a vivir...” —escribiste cuando ya no la tenías—. Murió cuando estabas convaleciente. Murió de forma trágica, cruel. Nunca había estado enferma y luego, de pronto... ¿Qué bicho criminal le había crecido dentro del cuerpo? La mató enseguida, en menos de un mes. En ese poco tiempo el bicho le robó su belleza, su vida llena de ilusiones.²¹⁵

Cuando llega una de esas muertes prematuras, inesperadas y, por tanto, con una carga añadida de crueldad, el dolor de las personas afectadas se acrecienta y se extiende por todo el pueblo, cual reguero de pólvora. Incluso puede ocurrir que, como le sucede a Alonso, en *Un mundo auestas*, uno llegue a pensar que se trata de una horrible pesadilla que habrá de pasar de forma rápida, aunque deje una huella amarga. Pero, desgraciadamente, no es así y la muerte de María Dolores significa una triste y dura realidad a la que nadie es ajeno:

Yo he estado allí, en la casa querida, desde el primer momento. No sé si sabré escribir lo que he visto, lo que he vivido. He estado en el patio, en las habitaciones. En el patio había corros de hombres tristes: los vecinos, los amigos del abuelo, todos los hombres del pueblo; y los mozos, todos los mozos del lugar. En las habitaciones había mujeres enlutadas, que lloraban y rezaban; y mozas, que se retorcían diciendo: “es mentira, no puede ser...”²¹⁶

215 Rubio, *La tristeza también muere*, 36.

216 Rubio, *Un mundo auestas*, 251.

Incluso, aunque esa muerte fuese esperada o, cuando menos, previsible, no por ello se deja de experimentar una profunda angustia que solo cederá, en parte, después de un largo y amargo llanto. Algo que únicamente se producirá cuando la persona afectada se encuentre en la más absoluta soledad, tal y como nos cuenta Alonso, quien necesita refugiarse en la soledad de su dormitorio para dar rienda suelta a unas lágrimas durante mucho tiempo contenidas. O como le sucederá, en *Equipaje de amor para la tierra*, a María, la cual, mientras haya gente a su alrededor, no podrá llegar a derramar una sola lágrima:

Si aún no me explico cómo yo puedo estar aquí, a tu lado, con cierta serenidad. Verdad es que he gritado por todo este hospital; que he caído al suelo varias veces; que han tenido que asistirme los médicos, y que he ensuciado mis ropas, un temblor, un dolor enorme atenazándome, haciéndome temblar, al verte ahí, con los ojos abiertos, con vida aún, pero sin que pudieras decirme nada. Salí gritando hasta la calle y han tenido que darme calmantes y somníferos para poder descansar un poco. He ido luego a tu lado, tú ya con los ojos cerrados. No lloro, aunque presiento que lloraré mucho. Me duele algo ahí dentro, pero ese dolor no hace sino ahogar el llanto...²¹⁷

Ante la llegada de la muerte, y más aún cuando se trata de niños o muchachos, como María Dolores, Josillo o Juan, el ser humano llega a sentirse tremendamente incapaz e impotente para rebelarse contra el caprichoso destino o contra una muerte que juega con nosotros como si fuésemos unas marionetas inertes movidas a su antojo. Algo así es lo que podemos ver en *La feria*, cuando José afirma:

El hombre —pienso yo, sobre todo cuando rezo, algunas noches antes de dormirme— es siempre digno de piedad y misericordia. Somos algo tan débil como los tallos de un trival recién nacido, aunque muchas, muchísimas veces, presumamos de forzudos y valientes. ¡Cómo nos derrumbamos, sin embargo, de pronto, por algunas de esas fuerzas

217 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 41.

ocultas, que pueden, en poco tiempo, aniquilarnos! Por eso yo, hijo, ya no piso, viéndolos, los pequeños insectos que se posan en las lindes y en las sendas de tierra fina de los caminos. Si los veo, me aparto y los dejo vivir, porque quizá —pienso— nosotros somos más insignificantes que ellos, montados sobre nuestro orgullo.²¹⁸

Cuando alguien llega a ese grado de convicción, comprende que de nada sirve rogar por la curación de la persona enferma. Lo que está escrito se cumplirá irremediamente. De modo que, si se quiere pedir por alguien, habrá de ser por las personas que se vean obligadas a sufrir semejante pérdida, para que les resulten más soportables el dolor, la pena, la resignación y la soledad. Eso, al menos, es lo que, en *La tristeza también muere*, hace José Miguel, quien al final ya no reza para que su prima no muera, sino para que a él se le conceda la fortaleza que le permita encajar y superar tan duro golpe:

No querías ver ni oír; tal era tu dolor. De vez en cuando golpeabas con tus pies vacilantes las losas de la terraza. Fue entonces cuando inesperadamente, sin saber cómo ni por qué, te pusiste a rezar. Con rabia, con angustia. Habías abierto los ojos. Moviste los labios. Era una oración olvidada. No pedías a Dios la curación de María Josefa: ella iba a morir [...] Lo sabías ya, y entonces rezaste. No para pedir lo imposible, sino para tener fuerzas para afrontar lo que viniera. “Va a morir; lo sé, Señor. Va a morir esa mujer buena, pero yo no lloro, ni golpeo estas losas con rabia, ni me escondo de la luz, ni me tapo los oídos para no escuchar risas que Tú has creado. Ella va a morir y yo sólo quiero ser fuerte y comprender que nuestra vida no nos pertenece, sino que está a disposición de Alguien que puede decirnos que sigamos viviendo locos o cuerdos, o que cerremos los ojos y nos vayamos hacia un mundo de silencio, quizás arrastrados por un animalito ignorado que se ha metido en nosotros para mordernos cruelmente...”²¹⁹

218 Rubio, *La feria*, 26.

219 Rubio, *La tristeza también muere*, 38-39.

Como señala Barrero, el dolor es una parte sustancial de la existencia humana y, por consiguiente, es una constante temática en la novela existencial, manifestándose argumentalmente como una especie de catarsis que lleva a algunos personajes a plantearse el suicidio. Eso es precisamente lo que le ocurre a Ramiro, el muchacho enfermo de *La espera*, quien al final de la novela intenta suicidarse tomando un tubo de pastillas. O incluso llegan a consumarlo, como hace Patricio, el hermano del protagonista de *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*, que se ahorcó en la cámara de la casa. De ese modo, se confirma lo expuesto por Óscar Barrero:

Ante la vida en sí mucho más que ante el sufrimiento inherente a la misma, los personajes se plantean, en diferentes momentos, la posibilidad de terminar violentamente con ella. En estos casos, tal acto de rebeldía adopta connotaciones de reforzamiento de la individualidad. Así se explica el hecho de que ninguno de los suicidios o intentos de suicidio que se producen en estas obras pueda ser calificado como vulgar. Es, si se quiere, la manifestación extrema de un yo intransferible y no identificable con ningún otro.²²⁰

2.4.7. La soledad y la tristeza

Nos hallamos ante un binomio emocional que suele aparecer íntimamente unido, por cuanto, en muchas ocasiones, la tristeza es una consecuencia lógica e inmediata de la soledad, y esta se deja sentir y se percibe aún más cuando una persona está triste.

Según afirma Barrero, la soledad suele ir asociada a la incapacidad del protagonista para relacionarse con sus semejantes y de ahí ese aislamiento, que le sirve para descubrirse a sí mismo:

220 Barrero, *La novela existencial española de posguerra*, 206.

En la soledad, el protagonista de nuestra novela existencial encuentra el terreno propicio para la reflexión sobre sí mismo y sobre el mundo que le rodea y, en ese sentido, es en ella donde descubre su propia verdad interior. Pero también ha de enfrentarse aquel con la angustia derivada de su incapacidad de relacionarse con sus semejantes, hecho que lo conduce a una visión parcial, por subjetiva e incomunicable, de la realidad.²²¹

En lo que respecta a la obra de Rodrigo Rubio, hay que resaltar el hecho de que la soledad de sus protagonistas suele ir unida a la tristeza, y ambas van asociadas, en numerosas ocasiones, al fenómeno de la despoblación del campo. Este es el caso de Marcelino Valverde, a quien, nada más comenzar la novela *El gramófono*, el escritor sitúa frente a una ventana a través de la cual contempla la plaza embarrada de su pueblo. Estamos en el mes de enero y su mujer, Felisa, experimenta un temblor de muerte que coincide con la llegada del invierno:

Marcelino Valverde, ahora encorvado y con temblor en las manos, vio a las pocas gentes de su lugar como muy removidas. Iban unos y otros de aquí para allá, como con algún regocijo encima. Días atrás había caído una regular nevada, y el villorrio, Montejara, quedó sumido en el blancor, el silencio y la más grande soledad [...] A Felisa, ahora, le daba temblor de muerte el invierno. Y lo malo era que, de rebote, el temblor de muerte de Felisa, por la llegada del invierno, caía luego sobre las escasas carnes y el mucho pellejo de Marcelino Valverde.²²²

Esa sensación de soledad es una de las consecuencias del fenómeno migratorio, tras la constatación de los pocos habitantes que quedan en el pueblo y del contraste entre la situación que viven actualmente y la de los hermosos tiempos pretéritos. Eso es lo que le ocurre a Marcelino al comprobar la triste realidad en la que está sumido el pueblo de Montejara:

221 *Ibíd.*, 160.

222 Rubio, *El gramófono*, 17-18.

Los cuatro muchachos que quedaban en el lugar habían disfrutado lo suyo, tirándose bolas de nieve. Los cuatro hombres que aún no se ahogaban por la bronquitis habían salido al débil caracol de la plaza, en la rinconada de la iglesia. Marcelino, el que siempre se alegró de ver la nieve en el patio de su casa y en las calles del lugar, apenas si había salido lo indispensable. Ya no podía llamar a los viejos compañeros que otrora pasaran con él tan largas veladas jugando al mus. Unos se habían muerto y otros —desgracia más grande, pensaba Marcelino— se habían tenido que marchar a las ciudades —ruidosos mundos— con sus hijos y nueras.²²³

En el caso de Marcelino, tenemos que hablar de la tristeza de un anciano, que vive en su casa, encerrado con su mujer y con los recuerdos y la añoranza del pasado. Su tristeza conmueve; pero es, más o menos, comprensible, porque suele ser habitual que personas como él y con su edad estén y se sientan solos.

En cambio, cuesta más trabajo asumir la tristeza y la soledad que experimenta el joven protagonista de *Un mundo auestas*, quien, con diecinueve años, ha visto morir a la muchacha en la que había depositado todas las ilusiones y esperanzas de una vida que hubiera deseado que fuese muy larga: “Tengo diecinueve años —¡hermosa edad!— y estoy triste, pese a la hermosa edad. Estoy como solo, como envuelto en una triste, dolorosa soledad. Y al recorrer la casa, al ir de un sitio para otro, mirando, tocando, todo parece tirar de mí, hiriendo mi pecho”²²⁴

Tristeza y soledad asociadas a la muerte, como vemos también en José, el protagonista de *La feria*, para quien, tras la muerte de su hijo, nada es igual que antes. Los días son ahora más largos; las horas parecen no tener fin; ya no hay madrugadas felices, y hasta los pájaros han dejado de cantar aquellos conciertos que transmitían ilusión a quienes los escuchaban con alegría y despreocupación. Todo cuanto antes era hermoso ahora se ha teñido de tristeza.

223 *Ibíd.*, 19-20.

224 Rubio, *Un mundo auestas*, 12.

La soledad es la causante del cambio que experimenta una persona joven, como Rosario, la maestra que aparece en la novela *La espera* y que, antes de llegar al pueblo, era una mujer alegre y cargada de ilusiones. En cambio, poco tiempo después, se encerrará en un voluntario aislamiento, favorecido por su carácter introvertido y por haberse resignado a su condición de mujer soltera, sola, incomprendida y desdichada.²²⁵ Para la mayoría de la gente del pueblo, ella es una buena maestra, pero una persona rara, una persona que no se ha integrado en la vida y costumbres de la localidad, a pesar de que, alguna vez y por puro compromiso, ha ido a cenar con matrimonios y ha aceptado las invitaciones del alcalde. Pero las gentes del lugar esperaban mucho más de ella, como así lo reconoce Rosario:

No, no voy a los bailes. O voy muy poco. (“Me tengo que dejar apretar por ese zángano del Serrano...”) No hago reuniones en las noches de invierno con las pocas muchachas que quedan en el pueblo. No hablo con ellas de labores. Me han visto fumar. Cuando las que están en las grandes capitales o en el extranjero vienen a pasar unos días, me pongo a hablar con ellas, y río un poco con ellas, y luego digo a las otras que lo mejor es irse, que aquí nunca podrán casarse. Sin embargo, yo me quedo, yo sigo aquí, en este pueblo, o en otro, como si esperase que las tierras que ya no quieren trabajar los obreros hubieran de darme —no sé cuándo ni por qué— alguna felicidad.²²⁶

Otra variante de tristeza es la que permite que una persona se sienta extraña, ajena a todo cuanto, hasta ese momento, había constituido su mundo y su entorno cotidianos. Ocurre, entonces, que alguien puede llegar a vivir una sensación de distanciamiento espacial y, sobre todo, espiritual, respecto del lugar que hasta entonces había servido de refugio y de consuelo, como afirma don Luis en la primera página de *La sotana*. Es

225 En la soledad y la tristeza de Rosario influyen también sus frustradas experiencias amorosas anteriores a conocer a Ramiro. En este sentido, su caso sería uno más de los que señala Óscar Barrero, al hablar de que el fracaso y la desconfianza en el amor marcan de manera decisiva el desarrollo de la vida de algunos protagonistas de la novela existencial. Véase *La novela existencial española de posguerra*, 183-192.

226 Rubio, *La espera*, 136.

algo que le resulta muy difícil de explicar y que ni siquiera su madre podría comprender:

¿Qué podría decirle? ¿Lo entendería acaso? Ni siquiera lo entiendo yo. Este despacho es el de siempre: la misma mesa, el mismo armario, los mismos libros, las mismas fotografías, el mismo crucifijo... Me consta. Nadie ha tocado nada. Y todo es diferente, sin embargo. No hace tampoco ni más calor que el año pasado, por ejemplo, en estas mismas fechas. Y siento como un ahogo, ahora, en las tardes interminables.²²⁷

Tanto en el caso de don Luis como en el de José Miguel, el protagonista de *La tristeza también muere*, la tristeza y la soledad van unidas a una crisis espiritual. El primero de ellos siente que su pretendida vocación sacerdotal se tambalea, pues los cimientos sobre los que esta se asienta son endebles y hacen agua continuamente. Y José Miguel ha conocido en sus propias carnes lo que él mismo ha llamado la segunda muerte de Dios:

Dios se había ido, y el hueco dejado en tu alma no podía ser llenado por nadie. La soledad vivía por entre jardines llenos de pájaros cantores, y donde el agua limpia, clara, rumorosa, de la enorme sierra de picos blancos, y donde las calles olían a flores recién abiertas y las rejas de negros hierros guardaban rostros de ojos grandes y claros... Todo era soledad.²²⁸

Entre los potenciales remedios contra la tristeza, Rodrigo Rubio plantea la posibilidad de que esta se pueda vincular a lo que se conoce como depresión estacional, algo que, por otra parte, es una creencia muy extendida entre la gente y goza del respaldo de algunos especialistas en medicina, como, por ejemplo, psicólogos y psiquiatras. De ese modo, y como se nos dice en *La tristeza también muere*, algunas personas serían

227 Rubio, *La sotana*, 7-8.

228 Rubio, *La tristeza también muere*, 89.

más proclives a la tristeza y a las depresiones en determinadas estaciones del año:

Los viejos en primavera adquirirían un brillo nuevo en sus ojos llenos de lagrimones. “El tío Juan” ya no dormía en el caserón de techo semiderruido, sino sobre la hierba verde y húmeda de un río sin agua. Todos los viejos parecían otros: ya ni siquiera tenían que hablar de su soledad y de su tristeza para sentirse acompañados. Y era que en el cielo apenas había nubes. El cielo solía ser limpio, de un azul como tapado con un levisimo velo blanco, y por todo aquel cielo volaban pajarillos.²²⁹

Ayuda psiquiátrica necesita Antonio, el protagonista de *Banco de niebla*, quien, en su permanente obsesión por escapar de las cuatro paredes de su despacho y que para él se asemejan a una celda de aislamiento, se inventa una realidad alternativa en la que un poeta trata de cambiar el mundo creando otro paralelo en el que haya libertad, la libertad del mundo al aire libre. Porque, como afirma Barrero, la evasión onírica supone una oposición a la negativa realidad que preside las vidas de los personajes.²³⁰

Algo similar le ocurre a Paulino Marqués, un viejo medio inútil, que pasa la mayor parte de su tiempo postrado en la cama, dependiendo de los cuidados de su mujer, cada día más harta de él. En su caso, la evasión consiste en refugiarse en su pasado feliz en el pueblo, en el mundo perdido de los recuerdos de su niñez y juventud. De ese modo, nos encontramos ante otro de los rasgos característicos del existencialismo con el que se vincula a Rodrigo Rubio; un rasgo que también destaca Óscar Barrero cuando afirma que otra vía de evasión de la realidad para los personajes de la novela existencial es “el retorno al pasado y, de forma especial, a la feliz niñez en que se vive la serenidad de la ignorancia”²³¹

Otro curioso antídoto contra la tristeza es el que ofrece la creación artística, más concretamente la poesía, como le sucede a José Miguel

229 *Ibíd.*, 62-63.

230 Véase Barrero, *La novela existencial española de posguerra*, 212.

231 *Ibíd.*, 217.

cuando, al final de *La tristeza también muere*, ve publicados unos poemas suyos en una revista. Según el narrador en segunda persona, fue “como despertar a una luz nueva, como si la roca de Sísifo hubiera alcanzado al fin su lugar en la cima del monte, como si una mano invisible hubiera acariciado tu espalda”.²³² Aquella fue para él una mañana nueva, en la que empezó una vida feliz, luminosa, con un Dios que ahora se hallaba presente en todo.

No menos llamativa es la salida que busca Enrique Gómez, el protagonista de *La ruta de las luciérnagas*, para quien el ajetreo de la cafetería que hay debajo de su casa es el mejor remedio para la soledad y el silencio que esta conlleva. Además, mientras se entretiene contemplando a los parroquianos de la misma o charlando con los camareros, se olvida de las desagradables noticias que escucha en la radio de su despacho.

2.4.8. Dios

En opinión de Óscar Barrero, la fe religiosa o la carencia de la misma son relevantes en la novela española de posguerra por cuanto “determinan, en buena media, el comportamiento de los personajes ante una vida percibida como proceso angustioso. De sentirse o no en conflicto con Dios, de ajustar o no la existencia a unos principios morales prefijados depende la reacción de aquellos ante las circunstancias que se les presentan”.²³³

Pues bien, una buena parte de los personajes literarios de Rodrigo Rubio son unos seres aquejados por la duda y que, con mayor o menor afán, buscan a Dios, tratando de encontrar en Él algunas respuestas a sus interrogantes sobre las circunstancias que les ha tocado vivir y, si ello fuera posible, un refugio o un consuelo para los males que les afligen. Pero casi todos ellos buscan sin encontrar y, por tanto, sin poder resolver sus dudas. Algo que el propio autor conocía muy bien porque, como persona que desde muy joven estuvo afectada por una enfermedad que le dejó dolorosas secuelas físicas, se hizo muchas preguntas respecto de su situación y, de paso, acerca de Dios y de la fe, tal y como declaraba en respuesta a una

232 Rubio, *La tristeza también muere*, 186.

233 Barrero, *La novela existencial española de posguerra*, 193.

pregunta formulada por la periodista y novelista María Ángeles Arazo, durante la entrevista que le realizó para el diario *Las provincias*, el 15 de mayo de 1976: “Sí, sí. Aquella inquietud religiosa la viví muy de cerca. Tenía amigos curas, especialmente uno que me trajo un poco de paz a las dudas, a la rebeldía: “¿y por qué yo, así?”... “¿Por qué esas injusticias?”... “¿Qué razón para los niños subnormales, para los enfermos crónicos, para los tarados?”²³⁴

En esas circunstancias, uno puede reaccionar buscando a un Dios cercano, humano, que comprende y comparte las limitaciones y las miserias de sus criaturas. Un Dios que consuela y permite que alguien como Marcos, el otro protagonista de *La sotana*, pueda hallar la paz interior que tanto necesita:

Dios no es así lejanía, ni temor, ni siquiera grandeza, sino simplemente el hombre que puede ver nuestra miseria y nuestros pecados, el hombre que puede dialogar con nosotros y comprendernos, y amarnos, y por tanto traer a nuestro espíritu la paz y la salvación. Quizá yo exagere al ponderar todas estas cosas. Me emocionaron y las llevo dentro, y eso es importante para mí cuando mi interior se va quedando tan seco.²³⁵

Para un personaje como Andrés, el protagonista de *Oración en otoño*, Dios es algo que hay que aceptar, tanto cuando se manifiesta en forma de alegrías y dichas repentinas, como cuando lo hace en forma de dudas, inquietudes, sufrimientos o complejos, como el que él tiene por su cicatriz en la mejilla. A pesar de todo, para él Dios resulta necesario y urgente, “para tener inquietudes, para sufrir y gozar, para poder comprender y no sentir el adormecimiento que nos hace rutina y cansancio...”²³⁶

El Dios que le gusta a Andrés no se inclina solo hacia los predicadores y las beatas de la primera fila, sino que está, también, al lado

234 Arazo, “Vida y obra. Rodrigo Rubio (2)”.

235 Rubio, *La sotana*, 21.

236 Rubio, *Oración en otoño*, 101.

de los deficientes físicos, como su amigo Luis el Ciego, en cuya música de acordeón se escucha el llanto que provoca el hambre, y al lado de personas como Juan Tatay, el amigo médico que hace el bien a todos los necesitados.

En cambio, en *La tristeza también muere*, vemos a un vecino de José Miguel, el señor Eduardo, un hombre bueno y muy viejo de quien se nos dice que amaba a Dios sobre todas las cosas, aunque le costaba querer a los hombres que despreciaban a su Dios. Porque, según él, no todos los hombres eran iguales para Cristo y, por tanto, no era capaz de entender que “también los enemigos de Dios podían estar a veces con Él, por acciones humanas al margen de lo divino”.²³⁷

De esos enemigos de Dios bien pudieran formar parte los trabajadores de un taller cercano, para quienes la idea de Dios era incompatible con el deseo de vivir ciertas experiencias como, por ejemplo, la del sexo. De modo que esos trabajadores disfrutaban burlándose del señor Eduardo, al que le hablaban de mujeres, coristas y prostitución, hasta que un día su corazón se negó a “seguir el ritmo de aquel mundo tan ajeno al suyo. Aquel mundo que no reconocía más dios que el instinto”.²³⁸

Ocurre que, antes o después, todos los personajes de Rodrigo Rubio se cuestionan la existencia de Dios o, al menos, la forma en que Dios condiciona sus vidas. Porque esa fe un tanto pueril en el Dios de la primera comunión o en el Dios de los cuentos —o aquella fe del carbonero de la que hablaba Miguel de Unamuno— llega un momento en la vida en que no sirve para nada, como pone de manifiesto María, en *Equipaje de amor para la tierra*:

Es fácil pensar en las viejas historias de fantasmas que nos han contado alguna vez. La abuela de los cuentos se iría al cielo. ¿Habrá un cielo para nosotros, Juan? ¿Qué es el cielo? ¿Cómo se gana el cielo? ¿Lo ganan las gentes que rezan, o las gentes que sufren? ¿Cómo será Dios? ¿Es justo o injusto? ¿Por qué nos da estos latigazos?²³⁹

237 Rubio, *La tristeza también muere*, 114.

238 *Ibíd.*, 115.

239 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 136.

Así, en opinión de Rosario, la maestra de la novela *La espera*, debería de haber un Dios para todos y no solo para los que sufren; un Dios para los que tienen fe y para los que no la tienen; un Dios para los que van a la iglesia y para los que no se acercan a ella; un Dios para quienes están seguros de todo y para quienes dudan de casi todo; un Dios, en definitiva, para los fuertes y para los oprimidos, para los poderosos y los desvalidos, para los buenos y para los pecadores. Y ella confiesa sentirse más cerca del Dios de los que sufren y de los que se resignan con su suerte, del Dios de quienes, como ella, caminan por la vida cargados de monotonía y desilusión:

Me iré de aquí (me escaparé tal vez), y tendré que detenerme en otro pueblo. Y en ese otro pueblo encontraré, como en éste, un cura que deseará que la maestra le ayude, que la maestra se encargue de los paños del altar, de los floreros que adornan las hornacinas y de preparar un coro, como si la maestra (todas las maestras que van por los pueblos) no desearan alguna vez quedarse a solas, en casa o en el campo, con el Dios de todos, con el Dios de los que no rezan, con el Dios de los hombres que levantaron sus manos empujados por la injusticia y el hambre, el Dios de los paralíticos mal curados, el Dios de los que tuvieron que dejar sus casas y sus tierras para buscar una nueva vida en las ciudades o en el extranjero, con ese Dios —al que yo quiero, al que yo busco— de los que, puestos ya en un camino sin ilusión, no tienen más remedio que seguir viviendo.²⁴⁰

También Ramiro, otro de los protagonistas de esa novela, se plantea la existencia de Dios. Condenado a estar para siempre postrado en una cama, el tono de algunas de sus preguntas nos hace pensar en una posible similitud con los interrogantes que se formularía el joven Rodrigo Rubio durante los largos periodos de tiempo en que estuvo convaleciente de su enfermedad. Ramiro se cuestiona la existencia de Dios y, en caso afirmativo, si escucharía las conversaciones habidas entre él y Rosario; pero, finalmente, llega a la conclusión de que el único Dios del que él ha tenido noticia hasta ahora es el de los poderosos y el de la gente feliz:

240 Rubio, *La espera*, 227.

Ella a lo mejor vuelve. ¿Para qué guardar las cosas? A veces lo hemos comentado. (“Si Dios nos oyera...”) ¿Qué pienso ahora? Dios... ¿Y dónde está Dios? Se lo llevaron. En aquel tiempo en el que nosotros jugábamos con Juanita, a Dios lo habían echado del pueblo. Le empujaron los hombres con cara de no haberse hartado nunca de comer. Lo mandaban otros hombres, seguramente cansados de los buenos alimentos. Y éstos obedecieron. Luego, otros hombres lo tomaron para ellos. Lo fueron a buscar, y lo traían, representado en las nuevas imágenes de los santos, en solemne procesión. Era un Dios para los que no lloraban, para los que sólo parecían predispuestos a reír y cantar. Ahora estoy pensando en ese Dios. ¿Lo tuve yo?²⁴¹

Ese sería el Dios de los vencedores de la guerra civil, de quienes restituyen a la iglesia las imágenes que fueron quemadas por los que, al final, han sido los perdedores y para quienes no se considera necesario pedir un castigo divino. Aunque lo cierto es que los vencedores dan gracias al Dios que les ha colocado en esa situación de privilegio y se les llena la boca hablando de Él. En cambio, en su corazón hay sitio para otras muchas cosas antes que para el Dios que tanto pregonan. Algo así, al menos, es lo que, en *Equipaje de amor para la tierra*, cuenta María que pasaba con doña Carmen, la mujer católica en cuya casa se había visto obligada a trabajar:

Nombraba a Dios a cada momento. Todos los días iba a misa, generalmente a la de siete, con el manto y el devocionario. Un día me preguntó si yo era creyente y si iba a misa los domingos. Me quedé mirándola, como si aquellas palabras no fuesen dirigidas a mí.

—¿Yo...? —dije.

—Sí —afirmó. Para añadir—: Es que... Bueno, quizá debí decírselo, pero la vengo observando y... Los domingos no suele usted salir más que por las tardes.²⁴²

Para gentes como doña Carmen lo más importante era cumplir con la obligación dominical de oír misa y, de paso, aprovechar para darse

241 *Ibíd.*, 354-355.

242 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 71.

unos cuantos golpes de pecho como acto de contrición. De esa forma, consideran que les está permitida cualquier forma de proceder, como, por ejemplo, incomodar a María con continuas y veladas alusiones a propósito de la pertenencia de su marido al Frente Popular y a la guardia de asalto, así como a su estancia en prisión durante dos años. Cuando María le pide que no finja desconocer esa realidad y que no le reproche el pasado de Antonio, doña Carmen contesta con el tono hipócrita y prepotente que la caracteriza: “Bueno, si he de ser sincera, algo sé, porque se rumorea, ¿comprende? De todas formas... Mire, usted está trabajando en mi casa; eso quiere decir que no todos somos rencorosos, sino que, por el contrario, sabemos perdonar y querer a nuestro prójimo, como está mandado por el Altísimo”.²⁴³

Por otro lado, y como suele suceder ante un grave acontecimiento, las personas sienten que su fe se les resquebraja y más aún si esa fe es algo escasa. Eso es lo que le ocurre a María cuando tiene que ir a Alemania para vivir de cerca la enfermedad de su hijo, un muchacho joven, lleno de vida, de ilusiones y de proyectos. Es entonces cuando más le cuesta aceptar los inescrutables designios divinos. Ella, que tanto ha tenido que sufrir en la vida, se rebela, ahora, contra la posibilidad de que sea Dios quien permita sucesos tan terribles:

¿Cómo puede cambiar todo en tan poco tiempo? Pensaba si había derecho a que ocurrieran cosas así. No sé si porque no he sido nunca buena creyente es por lo que, muchas veces, me ha parecido un tanto arbitrario el orden de las cosas. No he llegado a comprender nunca por qué Dios, si es Él, como dicen, quien dispone y ordena todo, consiente que ocurra algo tan terrible como era para mí, por ejemplo, saberte enfermo en un país lejano, frío, extraño.²⁴⁴

El problema es que, tal y como afirma Paulino Marqués, Dios no escucha nuestras peticiones. De ahí que no se vean cumplidos ninguno de sus dos deseos, que, por otra parte, tan poco eran tan descabellados ni

243 *Ibíd.*, 73.

244 *Ibíd.*, 29.

tan difíciles de conceder: que su padre viva “por los menos hasta recoger la cosecha, y que pueda asistir, ya en septiembre, cuando es la gran feria de la capital, a mi boda, con Marina Monsalve, y además de padrino”.²⁴⁵ Todo radica en que, según Paulino, Dios no quiere nada bueno para su familia y, para ejemplificar su afirmación, comenta lo que le ocurrió a su hermano Patricio —*alter ego* literario de Heriberto, el hermano de Rodrigo Rubio— en la guerra:

Dios no aparece, no se hace visible, aunque los creyentes y los curas dicen que está en todas partes. Es posible, pero uno puede dudar. Uno puede decirse que la hermosa brisa de la noche a lo mejor tiene algo de ese Dios, o los aromas que respiramos. Y hasta las estrellas, la luna y el sol que nos calienta todos los días. Pero yo, desde que ocurrió la desgracia del chache Patricio, siempre me he imaginado a Dios como un ser poderosísimo, con largos brazos, con grandes manos; brazos y manos que no siempre acarician. No acarician porque al chache Patricio, si es que Dios le rozó con una de sus manos la cara, ya sabemos cómo le dejó aquella cara: completamente mutilada y con un ojo cerrado.²⁴⁶

Esos dos deseos de Paulino Marqués se hubieran podido ver realizados si Dios no fuera alguien tan lejano como el que nos presenta Enrique Gómez Serrano, otro de esos personajes autobiográficos de la última etapa narrativa de Rodrigo Rubio y protagonista de la novela *La ruta de las luciérnagas*. Porque, en opinión de Enrique, Dios parece que se esconde, quizá porque está jugando una partida de mus en su comfortable fortaleza del cielo.

Un año antes de su muerte, el novelista albaceteño llevó a cabo una especie de ajuste de cuentas con el Dios Padre que tanto le había hecho sufrir desde su infancia, al tiempo que culmina la evolución existencial que se observa a lo largo de su obra literaria. Es decir, una transición que va desde un Dios cercano, comprensivo, compasivo y misericordioso, hasta llegar a un Dios lejano, caprichoso, inhumano y cruel. Para ello,

245 Rubio, *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*, 94.

246 *Ibíd.*, 101-102.

escribe su novela *El Señor del látigo* y la que es su obra póstuma, un libro de memorias-ensayos titulado *Reflexiones. Confesiones antes de morir*, concluido pocos meses antes de su fallecimiento.²⁴⁷

En *El Señor del látigo*, el protagonista, un periodista y escritor apellidado Rodríguez, sueña continuamente con un Dios que vive en la Fortaleza del Cielo, tiene problemas de riego sanguíneo, hipertensión y Parkinson, pasa muchas horas jugando al mus con los santos y bebiendo güisqui, y en alguna que otra ocasión dirige alguna mirada al mundo desde los ventanucos de su fortaleza. Se muestra insensible e indiferente ante las desgracias que padecen los pobres, los desheredados y los desgraciados del mundo. Y no se deja conmover por las palabras de su Hijo ni del bueno de San Pedro, quien le pone al corriente de las catástrofes que ocurren en el mundo, sin que a Dios le afecte lo más mínimo:

—Padre mío, el mundo está hecho una mierda, con perdón. Los hombres se matan entre sí, o se mueren por el hambre y la miseria en no pocas regiones. Y además, para que todo resulte más patético, hay hombres que se enriquecen negociando con armas, drogas y seres humanos. La juventud, en muchos sitios, por tantas cosas, se ve casi agonizante.

—¿Ves todo eso, Pedro? —le preguntó Dios como extrañado.

—Sí, mi Señor —respondió el apóstol— y muchas cosas más, todas deplorables.

—¿Y qué hace el Papa? —inquirió Dios.

—Mi Señor, el Papa, aunque viejo y achacoso, sigue preocupado por todo eso de los homosexuales y lo del aborto.

Entonces le ordenó el Señor, rotundo:

—Pues cierra el ventanuco y ponme un whisky.²⁴⁸

Para vencer la monotonía y el hastío, además de recurrir al güisqui y al mus, Dios suele entretenerse tomando unos buenos aperitivos, con

247 Para una más detallada y precisa visión de la evolución del tema de Dios en la obra del escritor albaceteño, véase Cifo González, “*El Señor del látigo*: la culminación de la difícil relación entre Rodrigo Rubio y Dios”, 87-121.

248 Rubio, *El Señor del látigo*, 25.

cerveza o vino, un poco de queso bien curado, unos boquerones o unas lonchas de jamón de pata negra. En otros momentos, escucha música flamenca en su equipo de alta fidelidad, especialmente de un gitano muerto a los cuarenta y un años, conocido como Camarón de la Isla. Ahora bien, uno de sus entretenimientos favoritos consiste en echar mano de lo que él llama sus “juguetes”: modernas armas automáticas de gran precisión, para disparar a diestro y siniestro.

Así fue como se produjo la muerte del hijo de Honorio, uno de los conserjes de la casa de Rodríguez, un muchacho de veintiocho años, sano, feliz y trabajador, que, coincidiendo con los disparos de Dios, había salido de Madrid con su moto nueva en dirección a Valencia para descansar unos días junto al Mediterráneo. La conclusión a la que llega el narrador al final del párrafo que citamos a continuación es una muestra más del habitual sarcasmo del escritor albaceteño, muy aficionado, además, a expresar esa peculiar forma de ironía mediante frases sentenciosas:

Pero cuando ya estaba a la altura de Minglanilla, Cuenca, en una curva, cuesta abajo, cuando corría a gran velocidad, notó el golpe, el trallazo en la cabeza. Entonces perdió el control de la moto, se fue contra un camión de tres ejes que venía en dirección contraria, y ese camión lo arrolló, machacándolo.

Había coincidido aquello con el quinto disparo de Dios. El Señor, después, retirándose de la espillera, el rifle humeante, murmuró:

—Creo que le he dado a una pieza, a gamo o liebre, no sé bien [...]

Y, tal vez era casualidad, pero, cada vez que Dios disparaba, allá en la Tierra caía muerta una persona de forma violenta.

Nicomedes y Santiago lo vieron salir de la sala de armas, andando deprisa, a pasitos cortos como el tenista Agassi, y luego, el Señor ya por los pasillos, le oyeron gritar:

—Pedro, Pedro: prepárame un whisky largo con mucho hielo. Lo necesito, por favor.

—Los muertos, en la Tierra, ya no necesitaban nada.²⁴⁹

249 *Ibíd.*, 120-121.

Ese es el mismo Dios que había consentido —o quizá propiciado con alguno de sus juegos— el que, en el verano del año 1982, un camión cisterna, cargado de líquido inflamable, volcara al pie del camping de Los Alfaques y que mucha gente ardiera viva. El mismo que también permitió la tragedia en otro camping, en 1996, como consecuencia de una riada, en el Pirineo oscense. El mismo que no hacía nada para evitar los numerosos muertos y heridos a causa de los accidentes de tráfico de los fines de semana, ni la violencia doméstica, ni los accidentes de autobuses cargados con personas de la tercera edad o con jóvenes que iban de excursión. Como escribe Rodríguez:

Eso me afectaba mucho, sobre todo la muerte de chicos. Todas las muertes, así como todos los dolores que se derivaban de esos y otros accidentes, me ponían malo, haciéndome vomitar. Y me preguntaba: ¿Es que Dios seguía disparando sus armas automáticas desde la Fortaleza del Cielo? Posiblemente sí, y de ahí tanta tragedia y tanto dolor para los seres humanos.²⁵⁰

Como manifiesta Rodrigo Rubio en su libro póstumo *Reflexiones. Confesiones antes de morir*, sus relaciones con el Dios Padre nunca habían sido muy fluidas; es más, casi ni habían llegado a existir. Así lo manifiesta en el primer capítulo del libro, titulado “Ojo por ojo”. Y añade que, cuando en ocasiones se dirigía a Él, no era para adorarlo:

Esto quiere decir que, como dice el escritor libanés Amin Maalouf, no puede ser a la vez Todopoderoso y Misericordioso. El poder, aunque lo midamos con el metro humano, casi siempre está reñido con la misericordia, con la caridad, incluso con la solidaridad. El hombre casi siempre desconfía del poder y, cuando lo acepta, a veces se hace siervo de ese poder, lo que supone casi siempre trastocar la humanidad de ese hombre, de ese ser humano. Lo hemos visto en los fervorosos/fanáticos de Dios, que hasta matan por Él, creyéndose, así,

250 *Ibíd.*, 134.

que gozarán de una vida eterna plena, de un Paraíso que otros fanáticos y visionarios les han dicho que les espera.²⁵¹

En cambio, desde pequeño, sí concebía la idea de un Dios Misericordioso, que desde el cielo nos ayudara a perdonar y que nos perdonara a nosotros:

Poco a poco, conforme crecía, leí y maduré, sí que creí que hubo un Jesús de Nazaret, que bien pudo ser el Redentor del Mundo, el Verdadero Salvador de los humanos. Pero esto, en mí, ha chocado siempre con la existencia desde antes y después del Dios Padre, por el cual tantas atrocidades se han cometido desde que la humanidad existe. Yo, creyente pero no amador del Dios Viejo, puedo decir, con José Saramago en su novela *La Caverna*, que Dios creó el Mundo, pero que luego ya nunca quiso saber nada de ese Mundo. Y estoy asimismo con el filósofo alemán Emmanuel Kant, que demostró en sus escritos la existencia de ese Dios, el Creador, pero que eso no le llevó a creer en Él, sino, tal vez, a todo lo contrario.²⁵²

251 Rubio, *Reflexiones. Confesiones antes de morir*, 5.

252 *Ibíd.*, 5-6.

III. LA LITERATURA DEL MUNDO PERDIDO

3.1. *Un mundo a cuestas* (1963)

Esta novela, a la que el autor siempre ha definido como su obra más querida, era considerada por él una historia sentimental, costumbrista y hermosa, a la que no dudó en calificar como “novela proustiana”, ya que en ella se plantea la busca del tiempo perdido, un tiempo centrado en el mundo de la adolescencia, de la vida sana, humana y entrañable de los pueblos manchegos. Ello es así porque se trata de una novela centrada en la nostalgia y en el recuerdo de la vida familiar en su pueblo natal, Montalvos, y, a la vez, de una novela en la que se anuncia la cercana deshumanización del campo, la cual llegaría muy pronto como consecuencia de la emigración.

Escrita en Valencia entre 1959 y 1960, el autor la dedica a una de las personas más queridas por él: “A la memoria de mi hermana Pilar, con este abrazo imposible”²⁵³. Una dedicatoria especialmente significativa, dado que, en efecto, el recuerdo de su hermana —muerta en el año 1956 como consecuencia de la leucemia—, aparece a lo largo y ancho de la novela y, de forma muy especial, en el personaje de la joven María Dolores.

A renglón seguido, el novelista sitúa un fragmento de un poema de Antonio Machado, titulado “La mujer manchega”, en el que aparecen dos de los motivos centrales de *Un mundo a cuestas*: la tierra manchega y la figura del famoso y pobre hidalgo de La Mancha, herido por el amor de su Dulcinea. El fragmento recogido por Rodrigo Rubio dice así:

253 Rubio, *Un mundo a cuestas*, 7.

...Por esta Mancha —prados, viñedos y molinos—
que so el igual del cielo iguala sus caminos,
de cepas arrugadas en el tostado suelo
y mustios pastos como roído terciopelo;
por este seco llano de sol y lejanía,
en donde el ojo alcanza su pleno mediodía
(un diminuto bando de pájaros puntea
el índigo del cielo sobre la blanca aldea,
y allá se yergue un soto de verdes alamillos),
por esta tierra, lejos del mar y la montaña,
el ancho reverbero del claro sol de España,
anduvo un pobre hidalgo ciego de amor un día
—amor nublóle el juicio; su corazón veía—...²⁵⁴

Un mundo auestas fue la novela ganadora del premio Gabriel Miró en el año 1961, un premio que, según confesaba Rodrigo Rubio, le había hecho llorar, pues él había empezado a escribir cuentos, estampas y recuerdos de su tierra manchega, y algunos poemas influido por Tagore y Juan Ramón Jiménez, como tantos otros que se adentraban en el mundo de la escritura:

Lo que hacemos muchos. Le había dado forma a una novela larga, entre 1959 y 1960. Era ese *Un mundo auestas* en donde busqué algo, o mucho, del mundo perdido. El mundo de la adolescencia, la vida sana, limpia, humana, entrañable, de los pueblos manchegos. La novela, que nadie leyó “me sonaba” bien. Decía cosas que al ser leídas por mi familia arrancaban carcajadas y lágrimas. “Es verdad. Esto es aquello, lo que hemos vivido allí.” ¿Mejores jueces? ¿Para qué? La mandé al premio y, hale, me lo dan por unanimidad. Entonces yo, que esperaba algo, pero no tanto, me emociono, inclino la cabeza, río y, sin

254 Este fragmento de Antonio Machado, recogido por Rodrigo Rubio en p. 9, pertenece al poema “La mujer manchega”, del libro *Campos de Castilla*. Figura con el número CXXXIV en la edición de *Poesías completas*, 216.

poderlo evitar, dejo que unas lágrimas salten, rebeldes y necesarias, de mis ojos, los ojos que empezaban a ver, de pronto, un paisaje nuevo.²⁵⁵

La concesión del premio Gabriel Miró es una circunstancia que no deja de ser curiosa y digna de ser destacada, ya que, al igual que sucede con las obras del escritor alicantino que da nombre al premio, esta novela de Rodrigo Rubio podría ser considerada como una “novela lírica” o “novela poética”, en el sentido que a este término le otorga el profesor Mariano Baquero Goyanes:

Y aunque no parezca prudente rechazar del todo tal identificación —pues, efectivamente, existen ciertas novelas caracterizadas por la presencia más o menos mantenida de un lenguaje calificable de poético: v. gr., las de Gabriel Miró—, creo que el muy *sui generis* efecto lírico que una novela puede suscitar, es el resultado de una conjunción de factores —tema, estructura, lenguaje, tono— cuyo último determinante no sería otro que el de la sensibilidad, la personal visión del mundo del autor.²⁵⁶

Aun reconociendo lo arriesgado y lo problemático que resulta definir a la que se ha calificado, entre otros, con los rótulos o marbetes de novela lírica, poética, poemática o subjetiva, el crítico Ricardo Gullón señala las que, a su juicio, son las características más destacadas de este tipo de novelas, y que, por cierto, se pueden encontrar tanto en *Un mundo auestas* como en otras novelas de Rodrigo Rubio, especialmente en las que se incluyen en este epígrafe dedicado a la que hemos denominada “literatura del mundo perdido”. Según Gullón, dichas características serían las siguientes:

255 Rubio, “Rodrigo Rubio se confiesa”, 12.

256 Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*, 70.

[...] la interiorización, el uso de la corriente de conciencia y del monólogo interior, la coherencia del punto de vista, la simultaneidad del punto de vista, la simultaneidad narrativa, la ruptura de la linealidad temporal y la exigencia de un lector activo que se situará inicialmente en la perspectiva del narrador o en la del personaje y, aceptando la información autoral en los términos en que le va siendo facilitada, se moverá a partir de ella hacia una recreación libre, y no por eso infiel al texto.²⁵⁷

Volviendo al asunto del probable paralelismo entre Gabriel Miró y Rodrigo Rubio, podemos señalar el hecho de que en ambos escritores se observan unas características comunes, como pueden ser: el elevado protagonismo de la tierra y del paisaje; el ritmo pausado y reiterativo de la narración y de la descripción; el cuidado del lenguaje y del estilo; el gusto por el colorido, la adjetivación, la sinestesia, el símbolo y la metáfora; la incorporación de coplillas o romances populares, y los diálogos breves, concisos y entrecortados. Así, por citar tan solo un ejemplo, en las mironianas *Tablas del calendario entre el humo dormido*, podemos leer lo siguiente:

Y los pueblos, pueblos morenos, trabajados, juveniles y nítidos, en tumulto de laderas o en quietud de llanura, se quedaban mirándonos; siempre había un ave que pasaba coronando la torre, y todos mostraban el rasgo, la tónica agreste que compendia la visión del lugar: un camino de chopos tiernos, estremecidos; un ciprés que acuesta su sombra en un portal; saúcos apretados con sus panes de flor que parecen emerger en la faz de aguas verdes inmóviles; un árbol del Paraíso que huele calientemente a tarde, a tarde de mi tierra...²⁵⁸

Por su parte, el novelista albaceteño, confeso admirador de la obra de Gabriel Miró, ofrece en *Un mundo a cuestras* descripciones como esta:

257 Gullón, *La novela lírica*, 15-16.

258 Miró, *El humo dormido*, 157.

Íbamos al Hondo del Río, hermoso paraje, hermosa hondonada, con monte bajo, pinos y carrascas. Y allá, en lo más hondo, el río Júcar con la escolta perenne de álamos, sauces, sargas, carrizares y zarzamoras. Al otro lado, como a éste, los cerros de la depresión. Los caminitos, serpenteando como cintas rojizas entre lo verde. Una casita blanca allá... Un eco continuo de copas de pinos que se mueven, de chopos que tiemblan, de agua que corre. Al bajar a la hondonada, el calorcillo, el abrigo, el sol, sus rayos dorados, metiéndose por entremedias de las copas de los pinos y encinas, proyectándose luego como afilados cuchillos sobre ramblas y barrancos. Las tierras de labor, aquí, entre encinas, en un hondo suave, en una ladera calva.²⁵⁹

Sobre esta posible relación entre Miró y Rubio incide la escritora Concha Castroviejo cuando, refiriéndose a *Un mundo auestas*, y a la consecución del premio Gabriel Miró, habla de las posibles afinidades existentes entre ambos escritores, y apunta lo siguiente:

En primer lugar porque la tierra es la novela, su base, su asiento fundamental. También porque es novela detenida, pausada, recreada, lenta. La acción queda prisionera de todo lo que no es acción, sino que, sencillamente, “es”. La gente adquiere la misma presencia, no más presencia, que las cosas, que el mundo, el universo cerrado de un pueblo y sus campos, que los colores y las estaciones del año. En este marco visual y espiritual se diluyen las figuras, aunque tengan su propia medida; porque no la tendrían fuera de allí. Destacadamente, en primer plano, encontramos la voluntad de reconocimiento al instrumento literario, al lenguaje. Con lo cual el lenguaje, también voluntariamente reducido a una sencillez —sencillez y riqueza— popular, campesina, despojada de complicación localista y folklórica, se alza con todo su poder de seducción. La palabra bien ligada, enlazada, reiterativa a veces, posee un ritmo, guarda un suave y monótono son que por sí solo nos da la gracia de un ambiente, la armonía de las cosas que lo llenan, la sensación de algo que va a ocurrir inevitablemente y que desde el principio nos ha sido anunciado.²⁶⁰

259 Rubio, *Un mundo auestas*, 53.

260 Castroviejo, “Novela de lejanías”.

Por otro lado, no podemos olvidar que uno de los escritores por los que también profesaba una gran admiración Rodrigo Rubio fue el monovero José Martínez Ruiz, *Azorín*, el cual ejerció en el autor albaceteño una innegable influencia a la hora de construir su prosa en aspectos tales como el gusto por las largas enumeraciones; una sintaxis con predominio de la yuxtaposición y la coordinación; el uso de construcciones paralelísticas, gracias, por ejemplo, al empleo de la similitud; la cuidada, variada y fluida adjetivación, así como la minuciosa descripción de los pequeños objetos y detalles. Veamos, como muestra, este fragmento de la descripción de la Casa de Antón Simarro:

La casa es grande, con habitaciones frescas, limpias, con amplio patio, con porches donde descansan carros y galeras, la tartana de los viajes, los yugos, los arados, las trillas, el trillo moderno, de cilindros con cuchillas, que ahora sirve de apoyo a la gallina que cacarea, al gallo que lanza su kikirikí altanero y chulón. Y tiene amplias cuadras, y enormes pajares, y espaciosos graneros, divididos en trojes, donde se guardan las abundantes cosechas. Y tiene una enorme cocina, la pieza más habitada de la casa. En la cocina, sobre el hogar, se ve la boca del horno, cerrada con su puerta de chapa.²⁶¹

Un mundo auestas, novela a la que, no sin razón, su autor incluye entre sus mejores obras, nos presenta a un joven protagonista, Alonso Quijano —paisano y tocayo del ingenioso y famoso hidalgo manchego—, que comienza a relatar, en primera persona, algunos de los episodios más significativos de su vida, y lo hace justo en el momento en que empieza a alejarse de su pueblo, Montalvos. Un alejamiento que constituye una voluntaria e incuestionable despedida de Alonso respecto de sus gentes, así como de su propia vida y sus recuerdos, como consecuencia de la muerte de su amada María Dolores, acontecida apenas un mes antes.

La novela está dividida en veintitrés capítulos, todos los cuales aparecen titulados, sin duda como recuerdo y homenaje a ese pobre

261 Rubio, *Un mundo auestas*, 26.

hidalgo ciego de amor del que hablaba Antonio Machado, protagonista del *Quijote* y antepasado de este otro Alonso, igualmente herido de amor.

Las razones de una lenta y dolorosa despedida

El primero de los capítulos tiene una importancia capital para el ulterior desarrollo de la novela, pues en él se plantean todos los asuntos fundamentales de la misma. Así, asistimos a la despedida de Alonso de sus amigos y familiares y a la inmediata incursión en el camino que le permitirá la salida del pueblo. Igualmente, se hace mención a que esta marcha era algo presentido por el protagonista desde que, hacía ahora tres años, había emigrado su tío Juan Manuel, aunque Alonso no esperaba que los acontecimientos que motivaran su viaje se desencadenarían tan pronto, como consecuencia de esa dramática pérdida:

Soy un joven de diecinueve años y estoy en casa de mi abuelo Salustiano, en Montalvos. Estoy en esta casa querida y me despido de ella. Me voy del pueblo. Hace tres años, cuando se marchó mi tío Juan Manuel, el “Pegapadres”, dije que algún día me iría yo también. Pero lo que no esperaba es que fuese tan pronto, ni, menos, por las circunstancias que me obligan.

Hace tres años, un poco de dolor por la muerte del abuelo “Perdices”; unos meses de luto y luego a vivir, a ser casi feliz, porque la felicidad me rozaba, venía a mí, se iba, como un flujo y reflujo que me acariciara y dejara de acariciarme. Luego... Luego cambió todo. Hace apenas unos meses... Una tarde fría, áspera, de marzo. La primavera estaba ahí, detrás de la esquina, como quien dice, con su carga de perfumes, con su cielo azul, con sus campos verdes. Pero “ella” no vio la primavera.²⁶²

En este primer capítulo se establecen, también, una serie de contrastes que explican en buena medida el estado de ánimo del joven protagonista en el tiempo inmediatamente anterior al inicio de su viaje.

262 *Ibíd.*, 11.

Como hemos podido ver, Alonso es un muchacho que, a pesar de sus diecinueve años, está triste y sin deseo alguno de disfrutar de la reciente y hermosa primavera, porque tampoco María Dolores puede gozar de ella. Además, el relato de los hechos se sitúa en un mes de abril en el que la vida regresa, esplendorosa, al campo, y en el que ya se viven las vísperas de las fiestas del pueblo. En cambio, todo el esplendor y la belleza de la naturaleza que Alonso tiene ocasión de contemplar, se hace coincidir con el sonido de las campanas que tocan a muerto y con el inicio de su viaje, envuelto en una triste y dolorosa soledad.

La intensidad emotiva derivada de ese profundo contraste es perfectamente evidente en el siguiente fragmento, en el cual se puede apreciar algo muy característico de la prosa de Rodrigo Rubio: el gusto por las asociaciones sinestésicas, con mezcla de aromas, colorido y sonoridad, y el hondo lirismo de su prosa, en el sentido de lo que, como hemos comentado, había expuesto el profesor Baquero Goyanes:

Y es el mes de abril. La primavera ha despertado. El campo tiene un verde nuevo, vivo, alegre. Los trigos cambiaron sus hojas amarillentas, raquílicas, de los fríos, por otras de un verde oscuro que hace de los campos una mullida alfombra. Por las mañanas cantan los cuclillos en las bardas de los corrales y en los majanos. Salta la urraca en los barbechos recién arados. Va y viene el pardillo por el olivar, llevando raíces de grama para construir su nido. Se alza al cielo la alondra, trinando sobre el trigal. Se amaga la “chaza”, metiéndose bajo las cepas, bajo las piedras planas, ahuecadas de los cascotares. Se arrullan los palomos en el palomar de la aldea. Vuelan alrededor de la torre los negros vencejos. Silba el mirlo. Canta, altanera, allá en los carrascales de la Ensancha, la hermosa perdiz...

Es abril, la primavera. Y yo me voy..

En el patio, los vergeles tienen tallos nuevos, hojas muy verdes, florecillas recién abiertas. La parra ha hinchado sus yemas y los pámpanos despiertan, se desarrugan, brotan. En el corral, cacarean las gallinas, se rasca la panza un conejo, revolotean los pájaros, huele a leña, a pino recién cortado.

Y me voy... Es abril. Víspera de la fiesta principal. Cuando esta fiesta principal —la del patrón San Marcos— se destaca en el calendario de nuestra ilusión.²⁶³

Una vez que se ha situado al lector en el momento presente del arranque de la historia, la narración se hace retrospectiva, mediante la técnica narrativa del *flash-back*. Se trata de un retroceso temporal que, en un primer momento, es solo de unos cuantos meses y que sirve para dar a conocer los sucesos que rodearon la muerte de la muchacha. Después, y a medida que el relato vaya avanzando, el joven se irá alejando mucho más en sus recuerdos para facilitar la aparición en escena de numerosos acontecimientos del pasado, los cuales habían quedado plasmados en unas libretas que conforman parte de la impedimenta que le acompaña en su viaje y que sirven para justificar el título de la novela: “Será como si me echara a cuestras esa vida, ese mundo, hermoso, sencillo, en el que estaba inmerso”.²⁶⁴

Poco a poco, con un ritmo narrativo un tanto lento y cansino —que está en perfecta consonancia con la pesada carga emotiva que arrastra el protagonista narrador y con el parsimonioso e intermitente caminar de Alonso desde Montalvos hacia el vecino pueblo de La Gineta—, asistimos a un largo y en muchas ocasiones desordenado monólogo interior gracias al cual fluyen libre y espontáneamente, con las consiguientes alteraciones espacio-temporales, los más variados pormenores de su pasado, así como diversos hilos narrativos referidos a otros tantos personajes secundarios. Es así como pugnan por aflorar, juntos y al mismo tiempo, recuerdos relativos, entre otros asuntos, a su amor por María Dolores, a la enfermedad y la muerte de esta; a la añoranza, la tristeza y la soledad que embargan el alma del muchacho, y a muchas experiencias vividas por Alonso y María Dolores con amigos y vecinos del pueblo.

Dichas circunstancias son las que permiten a Eugenio Enrique Cortés Ramírez establecer un paralelismo entre esta novela y *Manhattan*

263 *Ibíd.*, 14.

264 *Ibíd.*, 13.

Transfer (1925), de Jon Dos Passos, uno de los escritores más admirados por Rodrigo Rubio. Según el profesor Cortés Ramírez, tanto en una obra como en la otra son varios los personajes, algunos inconsistentes, que se mueven contrapuntísticamente y que permiten confrontar varias escenas de forma paralela:

Así, la mayor parte de los protagonistas de la primera sección desaparecen y son sustituidos por otros. La acción va recibiendo nuevos afluentes, vidas involuntarias, pero al mismo tiempo va desaguando parte de su caudal. Esta discontinuidad y simultaneidad pasa, sin transición, de una acción a otra, de un personaje a otro, e imprime rapidez, visor cinematográfico.²⁶⁵

A continuación, el profesor Cortés Ramírez destaca el uso del monólogo interior, el fluir de la conciencia, por parte del novelista albaceteño, quizá influido también por Dos Passos; la elaboración de unos diálogos vivos, directos, sin retórica literaria, que se corresponden a la perfección con el nivel social de los protagonistas, al igual que ocurre con las expresiones del lenguaje popular y su argot, y el recurso al sueño y la introspección: “Por esta cámara oscura desfilan escenas de la niñez en Montalvos, juegos infantiles, personas de su mundo, viajes por la memoria individual y por la colectiva. Hay, por lo tanto, una sincronización cronológica entre el enfoque autobiográfico y la acción colectiva de la novela.”²⁶⁶

En más de una ocasión, Alonso tendrá que frenar el fluir de la conciencia —que diría William James— para tratar de ordenar, al menos en parte, el impetuoso discurrir de su relato. Así, por ejemplo, cuando habla de lo pesado que se ponía su amigo Perico Taruguillo cada vez que bebía unas copas de más, apunta Alonso lo siguiente:

265 Cortés Ramírez, “Geografías del dolor,” 46.

266 *Ibíd.*, 47.

Taruguillo, cuando estaba de buen humor, cuando había bebido unas copas, se restregaba sobre uno, pesado, cansino, diciéndote tonterías que te enfadaban. Yo, aquella noche en el baile, la siguiente a la que representamos la función de teatro, estaba negro. En la función había hecho el ridículo, lo sé bien. Hice el ridículo por amor, como se sabrá luego, más adelante. Y yo, aquella noche, y luego, cuando María Dolores se puso enf... Pero, bueno de esto hablaré después, si tengo fuerzas...²⁶⁷

Ese rápido fluir de su conciencia origina algunas distorsiones espacio-temporales, derivadas del permanente contraste entre el transcurso del tiempo cronológico o real, en el que se sitúa y se mide la lenta andadura del protagonista por los caminos que le llevan hasta la estación de La Gineta, y el tiempo del relato, en el que se enmarca todo su mundo de vivencias y recuerdos. Un contraste que permite que en el breve espacio de unas horas de camino tenga cabida el repaso, a veces demasiado exhaustivo y minucioso, de lo que habían sido unos años llenos de felicidad y de algunos pequeños sobresaltos.

En este sentido, se comprueba, una vez más, lo expuesto por el profesor Baquero Goyanes, cuando hablaba de la existencia de un tiempo novelesco —el de la acción imaginaria— y otro tiempo real —el de la andadura narrativa—, lo cual permite que toda una vida se pueda contar en menos de una página o que, al contrario, un hecho muy breve pueda dar lugar a varios minutos de lectura. De ahí que, cuando Baquero Goyanes habla del tiempo de la novela, sus palabras se puedan aplicar perfectamente a lo que le sucede a Alonso Quijano, el joven narrador de *Un mundo a cuestas*:

Nada más trágico que el dolor de saber que, tal vez, lo mejor de nuestras existencias, lo más vivo y poético, se ha perdido. Y de ahí el intento desesperado de rescatar ese tiempo, de evocarlo, de hacerlo

267 Rubio, *Un mundo a cuestas*, 42.

vivencia e incrustar ésta en nuestro existir actual, para así mejor encontrarnos a nosotros mismos.²⁶⁸

Y, del mismo modo, son aplicables sus palabras en relación con el *tempo* novelístico, en el sentido de que la mayor parte de los hechos que relata Alonso lo son con un ritmo narrativo muy prolijo, con un *tempo*, en general, bastante lento. Así, escribe Baquero Goyanes:

Otra cosa es el *tempo* novelístico, es decir, el ritmo narrativo, independiente de toda posible angustia temporal. Un mismo asunto puede ser narrado más o menos prolijamente. De la agilidad o lentitud sintáctica —es decir, de la amplitud o brevedad del período—, del manejo del diálogo, de la descripción —según se haga ésta morosamente o con sólo un toque de color— dependerá que el *tempo* novelístico sea lento o rápido.²⁶⁹

Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en el capítulo tercero, cuando la contemplación de una vieja viña le trae a la memoria la época en que los viejos campesinos podaban primorosamente los sarmientos y, en seguida y sin solución de continuidad, se traslada hasta el mes de octubre, ya en plena labor de la vendimia. Y lo mismo cabe decir respecto del capítulo quinto cuando, desde el presente primaveral en que él se encuentra, asistimos a un vertiginoso pasar de las páginas de ese peculiar calendario mental que marca el transcurso del relato, de modo que los días y los meses vuelan hasta situarnos en los albores de un pasado otoño:

Es agosto. Es septiembre. Empieza octubre... Este tiempo hermoso, tranquilo, del otoño. Ahora veo los campos verdes, floridos, de abril; pero veo, como antes mirando el viñedo viejo, un cambio en el tiempo y en las cosas. Veo las eras del pueblo con montoncillos de paja,

268 Baquero Goyanes, "Tiempo y 'tempo' en la novela", 234.

269 *Ibíd.*

con residuos de grandes “sierras”; con bálago, con granzas. Veo los árboles de almendros, con el fruto maduro; las higueras, con las hojas manchadas de polvo, con un higo, pequeño, como roñoso, enverado ya, y otro, maduro, que picotearon los pájaros. Y tengo que hablar de estas imágenes que van surgiendo ante mis ojos, de este mundo sereno, de quietud, de calma, que es el otoño en el pueblo, en estos campos.²⁷⁰

A lo largo de los veintitrés capítulos de la novela, y normalmente al comienzo de la mayor parte de ellos, Alonso nos irá ofreciendo algunos datos acerca de su lento caminar hacia la estación de ferrocarril de La Gineta. Así, observamos que su viaje se inicia en las primeras horas del día 24 de abril y que la novela concluye pasado el mediodía, cuando el joven se encuentra ya muy próximo a la estación.

En cambio, durante el transcurso de esas pocas horas de tiempo real, el tiempo del relato se va diluyendo y expandiendo de modo que pueda tener cabida en él todo un mundo de vivencias, recuerdos, amistades, viajes y vicisitudes amorosas, en un proceso de narración retrospectiva que llega incluso hasta el momento en que se celebró la boda de los padres de María Dolores, con anterioridad al asentamiento definitivo de la familia de esta en el pueblo de Montalvos.

Todo este retroceso en el tiempo está motivado por el hecho de que, ya desde la infancia, entre Alonso y “la morena” —como la llaman en el pueblo—, se va a establecer un vínculo muy especial, que acabará desembocando en un amor de tipo espiritual, idealista, casi caballeresco, en el cual se fundamenta toda la vida del muchacho, y que permite que, ya desde los versos iniciales de Antonio Machado, se plantee la existencia de un curioso paralelismo entre el joven albaceteño y la figura de su ilustre paisano Alonso Quijano el Bueno.

Esto es así porque, aparte de la similitud onomástica, a ambos les une la especial adoración hacia sus respectivas amadas; el esfuerzo denodado por ir acrecentando su figura, su fama y sus gestas para llegar a hacerse justos merecedores del amor de sus damas; la realización de hazañas rayanas en la locura, como sucede en el caso del joven Alonso

270 Rubio, *Un mundo auestas*, 49-50.

quien, para atraer la atención de María Dolores, no duda en cortarse con una hoz la yema de un dedo o en lanzarse al río por su parte más peligrosa, aun a riesgo de ahogarse; la presencia de competidores o antagonistas que pugnan por arrebatárles el honor y la gloria y el disfrute del triunfo —en el caso de *Un mundo auestas*, la figura de ese antagonista la representa José Luis, el joven navajero de la capital, el cual aparece en escena cada vez que Alonso se halla más predispuesto y cercano a la felicidad—; la sensación de fracaso e impotencia al no poder ver realizados sus proyectos más anhelados, y el discurrir de sus respectivas aventuras por las hermosas tierras manchegas, a las que tan bellamente cantaba Machado en el fragmento de “La mujer manchega” que figura al comienzo de la novela.

Por todo ello, no resulta extraño que el protagonista de *Un mundo auestas*, a la hora de recordar un ya lejano viaje en tren, lleve a cabo una alusión al querido y admirado personaje cervantino:

Miraba yo hacia los campos sembrados y arados. Veía las casonas solitarias, como perdidas en la llanura, como barcos anclados en este mar de tierra. Ahí Casa Nueva, allá La Casa del Olmo, por aquel lado La Torrecilla, y la Castra, y La Guija... Y más lejos, Blancares. Y un pueblo: Barrax. Y otro: La Herrera. Y más lejos, metiéndose ya en las suaves laderas de la sierra alcaraceña, Lezuza, Balazote... Y más lejos, el mismo Alcaraz, y el Bonillo, y Osa de Montiel, tierras que pisó mi tocayo Alonso Quijano, el loco, el bueno, el hidalgo, el más grande hombre que “ha vivido y ha caminado” por estos anchos, pardos caminos.²⁷¹

Recuerdos autobiográficos

Del mismo modo que se puede hablar de ciertas similitudes entre los personajes de Alonso y de Don Quijote, también se puede establecer un claro paralelismo entre las figuras del protagonista de *Un mundo auestas* y la de su creador, Rodrigo Rubio. Porque, dejando al margen la

271 *Ibíd.*, 73.

trama amorosa del relato, lo cierto es que en Alonso se pueden detectar y rastrear muchos testimonios de la vida y los avatares del escritor albaceteño.

Sin ir más lejos, la pasión por la lectura que experimenta el muchacho a raíz de la enfermedad de María Dolores recuerda la voracidad lectora con la que Rodrigo trataba de llenar los largos periodos de convalecencia a los que le obligaba su quebrantada salud. Y, además, la muerte de María Dolores es un trasunto literario de la de Pilar Rubio, la hermana del escritor, fallecida en 1956.

En este sentido, hay que destacar que el tratamiento que en la novela se da a la enfermedad y muerte de María Dolores y el consiguiente sufrimiento de Alonso responde, sin duda alguna, a los recuerdos que el escritor conservaba de la muerte de su hermana. Así parecen corroborarlo las declaraciones hechas por Rodrigo Rubio a la periodista María Ángeles Arazo en relación con la muerte de Pilar, tan aficionada al teatro como “la morena” de *Un mundo a cuestas*:

La afición literaria la tuvo ya mi hermana Pilar. De muy joven escribía piezas teatrales para los mozos y las mozas del pueblo. Su muerte, a los 38 años, creo que ha sido uno de los golpes más fuertes que he recibido. Murió de leucemia; así, a fecha fija, y sin poder hacer nada por ella. Era una impotencia tremenda la que sentíamos todos. Cada vez más blanca, más blanca...²⁷²

Por lo que a la enfermedad de la joven protagonista se refiere, y con el fin de poder establecer mejor ese parangón con la que padeció Pilar Rubio, hemos de tomar en consideración un fragmento en el que Alonso alude a la blanca figura de la muchacha enferma y a la afición de esta por el teatro:

272 Arazo, “Vida y obra (3)”.

Lo que yo quiero es que el médico de la capital acierte y ella, María Dolores, pueda estar pronto sana y buena. Ya la vi anoche y hablé con ella. Me dijo que la iban a llevar a una clínica de la capital. Le dije que mejor, que los médicos de los pueblos dan una en el clavo y siete en la herradura, por falta de medios para investigar, muchas veces. Ella sonrió. Me seguía pareciendo un ángel, tan blanca, tan hermosa. Cuando me levanté de la silla para marcharme, me dijo: “Cuánto siento, Alonso, que el domingo tampoco se pueda hacer la función... Creo que..., si esto dura, tendrá que aprenderse otra chica mi papel...”²⁷³

Pero, si emotivo resulta el fragmento que acabamos de leer, más aún lo es el siguiente, pues en él podemos comprobar el dolor y la impotencia ante una muerte que ya se percibe como inminente e ineludible. Muy probablemente, Rodrigo Rubio está recordando, con la sensibilidad que le caracteriza, los últimos momentos que él vivió junto a su hermana:

Fui. La vi en el lecho, inmóvil, pálida, con los ojos cerrados; el pelo, negrísimo, suelto a los lados de su rostro como el marfil.

—Un ángel, es un ángel... —me dije, sintiendo un ahogo terrible.

Quise que abriera los ojos aunque sólo fuese un instante. Quería verlos por... última vez. Lo hizo. Y me reconoció.

—Hola... —balbució débilmente.

—Hola, María Dolores. Estás... Estás mejor, ¿verdad?

No sabía qué decirle. Me temblaba la voz, me temblaba el corazón, debía temblarme el alma.²⁷⁴

Historias, leyendas y costumbres de Montalvos

Dado que *Un mundo auestas* es una de las novelas más enraizadas en su vida y en su pueblo natal, resulta obvio que, al igual

273 Rubio, *Un mundo auestas*, 244-245. Según contaba Rodrigo Rubio, Pilar había escrito algunos cuentos y obritas de teatro que representaba en el pueblo con un grupo de chicos y chicas. Ya en Valencia, representó *Nuestra Natacha*, de Alejandro Casona, en el teatro Olimpia.

274 *Ibíd.*, 250.

que en las figuras de María Dolores y de Alonso son muy evidentes los recuerdos de experiencias vividas por Rodrigo Rubio, lo mismo cabría afirmar respecto de algunos otros personajes de la novela, tales como Benitejo, Salustiano, María, Rosario, Taruguillo, Serafín, etc., en cuyos retratos se podrían detectar algunas pinceladas correspondientes a familiares, amigos y vecinos del escritor de Montalvos.

Algo similar sucedería con los diversos trabajos del campo, de las inquietudes y las preocupaciones de sus gentes y de las costumbres, fiestas, juegos, etc., con cuyas descripciones y relatos se configuran muchas de las más sentidas y emotivas páginas de esta novela.

Porque una de las intenciones que mueven a Rodrigo Rubio a la hora de escribir esta novela es la de rendir un merecido homenaje a los hombres que trabajan la tierra, esos trabajadores incansables de su pueblo, como lo habían sido, por ejemplo, Salustiano, el abuelo de Alonso, y Benitejo el Rentero, el abuelo de María Dolores:

Los hombres cortan grandes trozos de pan con sus navajas. Cortan luego trocitos de ese pan, los pinchan con la navaja y mojan. Le soplan a las gachas amarillentas, sabrosas, hechas con harina de guijas, sazonadas con ajos, pimienta y rebosando la grasa fresca. Los hombres comen mucho y hablan poco. Están sembrando o están levantando rastrojos con los arados-vertedera, o abriendo el lomo, o terciando... El trabajo es siempre duro. El hombre de estas aldeas come y bebe como tres oficinistas de la capital. Luego, terminada la comida, salen al patio, se deperezan, ventosean si viene a cuento y...²⁷⁵

Y esa es su vida, trabajar y trabajar, porque tareas no faltan a lo largo del año: la plantación de los viñedos, y su posterior poda y vendimia; la labranza, siembra, siega, trilla y almacenamiento de los cereales; la plantación y la recolección de melones; la siembra, la recogida y la monda de la rosa del azafrán, y un largo etcétera.

275 *Ibíd.*, 26.

Unos trabajos en los que la colaboración de las mujeres se hace imprescindible, como ocurre, por ejemplo, a la hora de recoger la rosa del azafrán:

Este trabajo es silencioso, pesado. Las mujeres, inclinadas sobre los hilos, son como bultos negros, casi inmóviles, casi invisibles en las mañanas de niebla. Llevan un cesto grande al lado. Cogen las capuchitas moradas y las echan al cesto. No levantan la cabeza, avanzando lentamente sobre el hilo escarchado. Parecen tristes, cansadas. Luego, al regreso, ya se las ve más animadas.²⁷⁶

Pero las tareas de las mujeres, como es lógico pensar, no se reducen a las necesarias ayudas en las faenas del campo, sino que hay otras muchas tareas que les son habituales y a las que el narrador también presta la debida atención. Dejando al margen el cuidado diario de la familia y de la casa, así como todos los trabajos necesarios para preparar la impedimenta que el hombre ha de llevar al campo, a la mujer manchega se la presenta como experta en fabricar jabón casero, con grasa vieja, rancia ya, de las orzas y sosa cáustica, tal y como lo hacía la madre de Alonso y la de María Dolores:

Rosario y mi madre aprovechaban esta grasa para hacer jabón. Mi madre había llevado sosa cáustica. El jabón era hecho aquel mismo día. Lo echaban, blando, espeso, en un cajón forrado con un saco de arpillera. Luego, al día siguiente, lo sacaban, ya duro, y lo partían, formando barras de dos kilos. El saco se había adherido al jabón y las barras tenían una cara áspera, marcados en ella los cuadritos de la arpillera.²⁷⁷

276 *Ibíd.*, 184.

277 *Ibíd.*, 30-31.

Como magníficas cocineras que son, a su cuidado quedaba la preparación del pan, la “cochura”, de cuya masa apartaban unas tortitas finas para hacer las fritillas, “doradas, huecas, calentitas”. Todo aquello, como recuerda Alonso, era una fiesta para niños y mayores, pues a ese desayuno tan rico para los chicos, le seguía un buen almuerzo para los hombres a base de gachas de almorta:

Mientras almorzaban las gachas de harina de almortas, con trocitos de hígado de cerdo, aderezadas con clavo y pimienta, y el tocino o los chorizos, se “hacía” la masa. Luego, los hombres —Benito y su hijo— tomaban las mulas y se iban al campo. Benitejo salía a la calle, la bufanda al cuello, las manos en los bolsillos, el cuerpo encogido, a verlos marchar. En la calle otros viejos —mi abuelo, Adriano, el Gandul, y Tomasillo, el Pastor—, que miraban al cielo, hacia las nubes grises, bajas, feas, de vez en cuando. Acababa de amanecer.²⁷⁸

A esas mujeres, incluida la joven y hacendosa María Dolores, les encantaba elaborar platos tan ricos como “el guisado de pollo con albóndigas, con caldo espeso, sabroso, donde se esponja la sopa de pan, adornada con trozos de huevos cocidos”²⁷⁹, o las “gachas amarillentas, sabrosas, hechas con harina de guijas, sazonadas con ajos, pimienta y rebosando la grasa fresca”²⁸⁰, y, cómo no, esa comida tan típica de la zona, los gazpachos, tanto “con pollo o conejo, o simplemente ‘viudos’, con las setas, unos trocitos de tomate y pimienta secos, unos ajos y unas rodajas de patatas.”²⁸¹

Por otra parte, tampoco faltan las referencias, en algunos casos muy detalladas, a algunas de las costumbres típicas de esas tierras manchegas, entre las que se podría destacar el gusto de los jóvenes por coger melones de las plantaciones de los vecinos, a pesar de las quejas y protestas de estos; es lo que se llama dar a un vecino una “perrá”.

278 *Ibíd.*, 62.

279 *Ibíd.*, 18.

280 *Ibíd.*, 26.

281 *Ibíd.*, 54.

Recuerda, igualmente, el juego de las “lumbrecicas”, que lo practicaban los chiquillos corriendo de esquina a esquina, siendo cada uno de ellos guardián de una piedra o un poyo. Y el de la “zurralagata”, tirándose unos a otros una pelota dura.

En la hora de la partida, añora, también, el ritual característico de los “mataeros” o matanzas de cerdos, el cual empezaba la noche anterior preparando la cebolla cocida y continuaba al día siguiente, el domingo bien temprano, con la llegada de los matarifes y de los vecinos que acudían a ayudar en las diversas faenas y a disfrutar de la fiesta que se vivía en la casa en la que se mataban uno o varios cerdos.

Como suele ser habitual en la literatura de Rodrigo Rubio, en *Un mundo auestas* tienen cabida otras muchas fiestas, empezando por la del patrón, San Marcos, a la que se refiere en el capítulo IX, y de la que, en un primer momento, destaca las habituales tareas previas, como eran: el acicalamiento de las casas, encalando las paredes y pintando con barniz las puertas y ventanas; la instalación de grandes focos de luz y de una hoguera en el centro de la plaza; la llegada de tenderetes de dulces y de algunas atracciones para los niños, y, por supuesto, todos los preparativos de comidas y dulces típicos en cada una de las casas del pueblo, y la tradicional “cuerva”, elaborada en un lebrillo de barro:

Se ha deshecho el azúcar —cuatro onzas para cada litro de vino— con agua en un lebrillo. Bailotean en esa agua unas cortezas de limón. Se echa el vino... El clo clo de la bombona al vaciarse, el ruidecillo del cazo —de largo rabo, especial— al rozar al fondo del lebrillo. Luego, unos trozos, menudos, de melocotón. Y vueltas con el cazo. Y un rollete que se deshace en la boca para un vaso de prueba. Y otro rollete y otro vaso, porque la prueba ha resultado satisfactoria. Después, la “cuerva” se echa en una bombona, de cuartilla, de media arroba, según sea de grande la cuadrilla que la vaciará en la Romería.²⁸²

282 *Ibíd.*, 82.

Y llega el día de la fiesta, con la misa y la posterior romería del santo patrón hasta la Cruz. “Fiesta religiosa y fiesta profana. Bendición de los campos. Aleluya. Rezar y luego comer. Un bisbiseo de oración y después bocados y tragos, música y cohetes”²⁸³

Otra fiesta tradicional de Montalvos es la de la Purísima, que se celebra en un tiempo de calma y sin prisas, lo cual permite “las largas sanochadas” de los jóvenes dentro de las cuadras, acompañados por buenos alimentos y buen vino, y sin temor a que sus conversaciones sean escuchadas por los mayores.

Y, como no podía ser de otro modo, la feria de la capital, a la que se dedica el capítulo XV. Una feria que, como bien señala Rubio, por aquellos años tenía una doble vertiente. De un lado, la lúdico-festiva, especialmente en el caso de los jóvenes, y, de otro, la dedicada al comercio de ganados y aperos para el campo, más propia de la gente mayor. Una feria de la que el escritor quiere destacar la ilusión que sentía en su niñez, para lo cual se sirve de las palabras del joven Alonso:

Mi madre me hubiese comprado a mí la feria entera, cuando yo era niño e iba con ella y el abuelo Salustiano. Pero no era mucho lo que podía comprar. Recuerdo con cierta tristeza aquellas ferias de mi niñez. Ilusión en las vísperas al ver el carro preparado. Ilusión en el viaje, por esa carretera, cruzando este pueblo [...] música, voces, un charlatán, el colorido de los tenderetes, la majeza soñadora de los circos, los puestos de juguetería, los turrone, los ríferos, los navajeros, el tiro al blanco, las catacumbas con los esqueletos y brujas pintadas a la puerta, el barracón donde se ve la muerte de Joselito y Granero...²⁸⁴

Las gentes de Montalvos, como bien pone de manifiesto Rodrigo Rubio, son personas trabajadoras y sacrificadas que, cuando llega la ocasión saben disfrutar de las reuniones familiares y de las fiestas con ese peculiar gracejo que les caracteriza. Una de esas personas es el abuelo

283 *Ibíd.*, 83.

284 *Ibíd.*, 152-153.

Salustiano, a quien le gusta contar historias relacionadas con gentes del lugar o de los alrededores, lo cual permite al autor echar mano de la técnica de la caja china, introduciendo pequeñas historias dentro del marco global del relato de Alonso.

Ese es el caso de aquella breve historia que cuenta a su nieto y a los amigos de este, al calor de la lumbre, en un día tan señalado como es el de Todos los Santos. El día siguiente, según el abuelo, es un día serio, pues es el día de las ánimas y no se debe hacer tonterías. Como los chavales se muestran un tanto escépticos ante dicha afirmación, les relata muy brevemente lo que sucedió en una aldea de esa comarca con un mozo que presumía de ser muy valiente:

El abuelo paladeó el trago.

— Hable, le dije.

—Eran mozos como vosotros... —empezó—. Tal vez más bebedores y más tontos. Se fueron de caza. Uno de ellos, dándoselas de valentón al cazar una liebre, dijo; “Esta liebre es un ánima”. Y luego al comerla: “Y las ‘tajás’ también son ánimas, o pedazos de ánima...” Y se reía...

—¿Y qué? —preguntó Juanón, removiéndose, incómodo, en la silla.

—¿Y qué, dices? Nada, que luego, aquella noche, y sin que nadie supiera cómo, se originó un gran incendio en la casa...

—¿Sííí...? —preguntamos.

—Y todos se pudieron salvar menos el que dijo lo de las ánimas.

—Eso será un cuento, abuelo —dije.

—¿Cuento? No, hijos. Es verdad. Y puede repetirse. Las almas del purgatorio tienen poder sobrenatural y pueden venir ahora mismo aquí, si quieren.²⁸⁵

Como los muchachos, a pesar del miedo que les va entrando en el cuerpo, siguen sin dar mucho crédito al relato de Salustiano, este les dice que les va a demostrar la certeza de lo que ha contado relatándoles lo que ocurría en una aldea a la que él iba con frecuencia cuando era joven:

285 *Ibíd.*, 201.

—Contaban que uno de los que había muerto en aquella casa marchóse de este mundo con gran pesar, nadie sabía por qué, diciendo las lenguas que uno de sus deudos era culpable de aquella pena. Y por eso era a este al que le daba la lata...

—¿Qué lata? —preguntó, inquieto, el Greña.

—¿Qué lata quieres que sea? La de venir a “visitarlo” de cuando en cuando.

El abuelo nos miraba y sonreía, recreándose en el efecto que producían sus palabras. Dije yo:

—No sé... Es difícil creerlo.

—¿Difícil? No, hijo. Era verdad. Y eso lo saben otras personas de aquí, otros viejos que aún viven. Tu tío Leonardo, el Bizco, por nombrar uno, Juanón. Id y que os hable.²⁸⁶

Otra historia que relata el abuelo —y que en otros libros de Rodrigo Rubio contarán otros narradores— está relacionada con las supersticiones populares, en la época en que él era joven e iba con sus amigos por ahí, “de bureos”. Una noche, cuando ya todos se iban a marchar a sus casas, vieron un bulto blanco que se les acercaba. Era muy alto y avanzaba lentamente, agachándose, empinándose y arrastrando una especie de garrote. Los muchachos pensaron que sería un ánima del otro mundo que quería asustar a medio pueblo y se refugiaron en la casa de Salustiano, desde donde espionaron los movimientos del fantasma. Pero, después, decidieron seguirlo hasta el callejón al que se dirigía, en una de cuyas casas llamó a la puerta. Era la casa de la mujer con la que aquel tipo se entendía. Así que, al final, resultó que aquel fantasma era un tipo muy vivo, que se vestía de aquella manera para espantar a la gente y tener el camino libre para sus aventuras amorosas.

De aquel mundo perdido al que tanto gusta acudir Rodrigo Rubio formaban parte una serie de oficios a los que se va a referir Alonso en el capítulo XI, cuando ya se encuentra más alejado del pueblo. Sentado en una linde del camino piensa que, en esos momentos, en la plaza de Montalvos habrá una vida que a él ya le resulta ajena, pues siente que él se encuentra en un tiempo muerto. La enumeración de lo que puede

286 *Ibíd.*, 202.

estar sucediendo en esa plaza nos hace pensar, de nuevo, en la prosa azoriniana:

En las calles del pueblo, barridas, regadas, hay corrillos de mujeres y de mozas que hablan. El hortelano gritará el precio de sus hortalizas; el quincallero pregonará su bisutería, sus retales de ocasión; el sartenero recorrerá las calles repiqueteando un martillito contra la sartén; el afilador se detendrá en una esquina y lanzará al viento el agudo sonido de su chiflo, mientras pisa el pedal de la máquina; el recovero irá de puerta en puerta diciendo si le venden huevos, gallinas, conejos...²⁸⁷

El narrador es tan detallista, tan minucioso, que, siguiendo sus descripciones, podemos ver perfectamente retratadas, por ejemplo, cada una de las faenas del campo. Con la morosidad característica de un primer plano cinematográfico, observamos cómo Alonso y su abuelo van trillando sucesivas parvas de lentejas, guijas, cebada, trigo y avena. Luego, los vemos aventar para separar el grano de la paja, subir el grano a la cámara, llevar la paja al pajar y depositar las lentejas y las guijas en el jaraiz. Y, más tarde, vemos a Alonso y a Fulgencio, el hermano de María Dolores, cargando en un carro los haces segados en la finca de los Renteros. Fulgencio, subido al carro, aprieta con fuerza los haces que su amigo le pincha con la horca y, luego, los ata con mucho cuidado para que queden parejos y las espigas miren hacia dentro:

Liaba. La “líá”, un cordón de esparto o cáñamo, delgado, colgaba, enrollado, de la trasera del carro. Lo desenrollaba yo, dejando que arrastrara, y hacía que Fulgencio lo tomara por la parte que está atado al carro, y empezaba a “liar”, metiéndolo por entre los haces, cogiendo un manojo de mies de cada uno y pasando por debajo el cordel; apretaba el haz luego contra el liado anteriormente, así hasta dar la vuelta al cerco. Luego, ataba de forma que la lazada no se deshiciese al tirar de nuevo de la “líá”, para emplearla en cercos sucesivos. Después,

287 *Ibíd.*, 100-101.

trababa, rellenando de haces el círculo que se formaba dentro del cerco. Y ponía otro, más sacado, para que el colmo, luego, fuese extenso como una sartén gigante, como un cono truncado puesto al revés...²⁸⁸

Todo lo hasta aquí expuesto puede servir para comprender por qué otro escritor manchego, de Tomelloso, José López Martínez, siete años después de haber sido publicada *Un mundo a cuestras* y luego de haber leído todas las obras editadas por el escritor de Montalvos, opinó de esta novela lo siguiente:

Yo diría que “Un mundo a cuestras” es el mejor libro de Rodrigo Rubio. Y diría más, incluso consciente de lo que ello supone de riesgo: que “Un mundo a cuestras” es la mejor obra de temática manchega que se ha escrito en prosa en todos los tiempos. Hay a lo largo de sus doscientas cincuenta y tantas páginas un profundo sabor a pureza manchega, un regusto por las cosas más entrañables de nuestra tierra y de nuestra idiosincrasia campesina y agricultora. Empieza uno a leer el libro y rápidamente comienza el espíritu a vivir plenamente recuerdos de la Mancha más auténtica. Y todo ello relatado con un lenguaje moderno, adecuado, enraizado con las cosas y las gentes que bullen en la trama.²⁸⁹

Ese lenguaje “enraizado” del que habla José López Martínez aparece, de forma muy especial, en los diálogos que mantienen los distintos personajes. Se trata de unos diálogos habitualmente muy directos y concisos, que reflejan a la perfección la idiosincrasia de las gentes manchegas, de las que, como hemos tenido ocasión de ver, Rubio decía que eran de poco hablar y de mucho comer y trabajar, sobre todo en aquellos años sesenta y setenta. Unos diálogos, a veces, casi esquemáticos, como si de lo que se tratara fuera de ofrecer un simple esbozo de ideas, las cuales suelen quedar cortadas por puntos suspensivos. Unos breves diálogos que se intercalan entre los fragmentos de narración y descripción

288 *Ibíd.*, 113.

289 López Martínez, “El mancheguismo integral de Rodrigo Rubio”.

que conforman el núcleo central de la novela. Como ejemplo, veamos este fragmento en el que dialogan Alonso y María Dolores, mientras custodian los costales envasados que hay en la era:

Silencio. El rumor de la noche, perezoso, suave...
—Ahora, Alonso, somos nosotros los guardianes de la era...
—Sí...
—¿Te gusta?
—¿El qué?
—Quedarte aquí.
—Sí.
—¿Toda la noche?
—Si se presenta...
Callábamos. Ella parecía enfadada.
—¿Qué te pasa? —me preguntaba.
—Nada —le respondía.
—¿Te has puesto “así” porque mentamos al de la capital, di?
—No...
—Sí, se te nota. Y haces que me ría ¿sabes?
—Ríete.
—¿Es por eso? Habla.
—Sí —dije.²⁹⁰

Como acabamos de ver, en esos diálogos el narrador apenas si interviene más que para hacer alguna pequeña puntualización o matización, dejando que sean los personajes quienes se expresen con entera libertad, bien sea empleando términos vulgares, que en la mayor parte de los casos aparecen entrecomillados —“sío”, “verdá”, “tamién”, “pos”, “helá”, “toas”, “perdís”, “pa”, etc.—, o bien sirviéndose de términos propios del lenguaje coloquial o incluso local, como es el caso de expresiones del tipo de las siguientes:

—tapar la masa del pan con los blancos “tendíos” de ropa.

290 Rubio, *Un mundo a cuestas*, 123.

—cuando se hacía mal la labor de labrar el campo, se decía que uno hacía un “piesto” que asustaba.

—durante la fiesta del Patrón, se come y se bebe “a embute”.

—cuando la comida espera mucho tiempo en la mesa, se queda hecha un “gigote”.

—la persona que, como Alonso, se enfada sin motivo es un “enojite” o un “tontarrillón”.

—a la maroma utilizada para atar se la denomina “acarreaera”.

—a la hermana mayor se la llama “chacha”. Este término también es empleado para referirse a la tía o al tío, que es el “chache”.

—cuando se le da un golpe con el dedo a una persona o a un insecto se dice que se da un “garbilotazo”.

Y podríamos seguir hasta completar una extensa nómina. Pero, para concluir con estos aspectos referidos al habla de los habitantes de Montalvos, diremos que es muy frecuente ver cómo echan mano de esa peculiar sabiduría popular que se expresa en forma de dichos populares o refranes, a los que era muy aficionado el padre de Rodrigo Rubio, y que el narrador pone en boca de personajes como el abuelo Salustiano, verdadero trasunto literario del padre del escritor, —“el que mal anda, su parte saca”, “quien poco tiene, pronto acaba”, “escarcha y nublo, nevazo seguro”— y del joven Perico Taruguillo, quien, a propósito de los estratos que forman las nubes, sentencia que “palmas de poniente a saliente, agua al día siguiente”.

Aunque el uso de este tipo de vocablos populares, y sobre todo de los vulgarismos, no es bien visto por algunos críticos y entendidos en la materia, consideramos que, en la mayor parte de los casos, están muy justificados, pues con ellos Rodrigo Rubio trata de reflejar de la manera más fidedigna posible ese mundo que también él lleva a cuestras, permanentemente a cuestras, como iremos comprobando a lo largo de nuestro estudio. En tal sentido, nos hacemos eco de las palabras del crítico

Luis López Anglada, quien, de forma tajante e inequívoca, se pronuncia favorablemente respecto de su uso por parte del escritor albaceteño:

Muy bella es la novela que ha escrito Rodrigo Rubio. Por una vez, desde estas columnas, no hemos de disentir ante el empleo de las frases “gordas”, que aquí vienen como anillo al dedo y suenan con la gracia de lo natural y lo limpio. Y así es toda la obra para deleite de los lectores, angustiados corrientemente por tanta novela de “denuncia” y testimonio como se usa hoy por los escritores que no tienen ni imaginación para urdir argumentos de la gracia y sencillez de “Un mundo a cuestras” ni elegancia para mirar a las tierras de España y dejarlas así, amorosamente escritas, en novela como ésta, a la que se le puede buscar filiación mironiana y española, muy a punto para llevar, con toda dignidad y para mejor elogio del jurado que se lo adjudicó, el título de un premio tan apropiado y justo.²⁹¹

Respecto de la posible catalogación de la novela, Santos Sanz Villanueva señala que “*Un mundo a cuestras* resulta difícil de definir con exactitud: es una historia entre intimista y testimonial, entre documental y social, entre realista y poemática”. Porque, en su opinión, ofrece rasgos del género ruralista tan frecuentado desde los años cuarenta, pero también trae notas diferentes, como el hecho de tratarse de una “punzante historia de amor”²⁹², a la que el novelista albaceteño acompaña de una importante carga documental y de vivencias autobiográficas.

Y, continuando con su valoración de la novela, añade Sanz Villanueva:

Un mundo a cuestras practica un realismo cargado de sentimiento. En cierto modo, su enfoque consiste, si se admite la paradoja, en un realismo subjetivista, preñado de emoción. La novela está emparentada con la narrativa de Delibes y de Aldecoa. A Aldecoa

291 López Anglada, “El autor y su obra”.

292 Sanz Villanueva, “La encrucijada del realismo en el medio siglo”, 116.

le acerca la vida sencilla tomada sin aspavientos, las personas modestas reflejadas con calidez, las pinceladas del medio con datos precisos y veristas y, además, un punto de vista narrativo cargado de subjetividad, lo cual por otra parte se intensifica al utilizar el relato en primera persona confesional.²⁹³

Afirma Sanz Villanueva que la familiaridad de Rodrigo Rubio con Miguel Delibes resulta extraordinaria. Según él, ambos escritores comparten el conocido tópicos del menosprecio de corte y alabanza de aldea, con una visión arcádica del mundo campesino. Asimismo, también les une el gusto por utilizar y rescatar un léxico rural exacto y copioso:

Esta atención a la lengua rural constituye una constante de la narrativa, en buena medida regionalista, de Rubio y denota algo más que un registro verbal porque en ella encarna formas de vida más humanas, amenazadas por cambios históricos y sociales vertiginosos e irreversibles. Por eso nombrar las cosas lo convierte en una especie de exorcismo contra el olvido, un modo de mantenerlas vivas.²⁹⁴

Esto es así porque, en realidad, en la novela se puede hablar de la existencia de dos mundos que se llevan auestas. Por un lado, está el de las vivencias, los recuerdos y el dolor que lleva consigo el joven Alonso Quijano cuando se aleja de su pueblo. Y, por otro, está el mundo que lleva auestas el propio Rodrigo Rubio, conformado por esa proustiana melancolía del tiempo perdido: el tiempo correspondiente al mundo de su infancia; el mundo de sus padres, de sus hermanos y de la buena gente que les rodearon; el mundo de los recuerdos de la vieja cocina con su lumbre de leña; la cuadra con su par de mulas; el porche, con el carro y una infinidad de aperos, y el corral, con sus gallinas, sus montones de basura y las hacinas de gavillas de sarmientos.

293 *Ibíd.*, 118.

294 *Ibíd.*, 118-119.

3.2. *La feria* (1968)

Esta novela corta, escrita en Valencia en 1961 y con el título de *La feria*, obtuvo el Premio Ateneo de Valladolid en 1962. Posteriormente, con el título de *En un tiempo así*, consiguió el Premio Guipúzcoa de la Sociedad Cultural Ágora, de San Sebastián, en 1964, y fue publicada por la editorial Gora, en Valencia, en 1965. Tres años después, el autor la publicó en la Editora Nacional, de nuevo con el título de *La feria*.

En ambos casos, la novela está dedicada a su madre “que salió a los caminos en busca de salud para sus hijos”.²⁹⁵ Una dedicatoria a la que le sigue un texto de Mateo Alemán muy acorde con el tema central de la novela: “No hay palabra ni pincel que llegue a manifestar amor ni dolor de padre”.²⁹⁶

Este texto está muy acorde con el tema central de la novela porque esta se configura merced a un hermosísimo relato protagonizado por un padre, José, quien, con inmensa dulzura y tristeza, habla al espíritu de su hijo Josillo, cuyo cuerpo se halla sepultado bajo una pequeña loma de tierra, y lo hace partícipe de todos los sentimientos y recuerdos que se agolpan en su mente y que, según él, le surgen amontonados.

Para ello el autor echa mano de la primera persona narrativa, lo que favorece ese relato de marcado contenido autobiográfico, y también de la segunda, porque gracias a esta el padre se dirige a su hijo como si lo tuviese a su lado, ante sus ojos.

Dado que *La feria* se plantea estructuralmente como un monólogo de un padre hacia su hijo muerto, podemos hablar de un evidente paralelismo con la novela más conocida de Rodrigo Rubio, *Equipaje de amor para la tierra* (1965). Es más, si tomamos en consideración el texto de *En un tiempo así*, publicado en 1965, y más aún el hecho de que

295 *En un tiempo así*, 7, y *La feria*, 7. Esta dedicatoria cobra pleno sentido al conocer el hecho de que, por ejemplo, su madre tuvo que recorrer caminos y carreteras en busca de una sal de higuera con la que un médico pensaba que se podía aliviar la enfermedad que Rodrigo padecía en las piernas, tal y como lo relata en el cuento “Sal amarga”, publicado en el suplemento “Sábado cultural” del diario ABC, 27 de diciembre de 1980. pp. XV-XVI. Para nuestro trabajo, hemos confrontado ambas ediciones, aunque utilizamos la edición con el título de *La feria*.

296 *Ibíd.*, 9

la novela se terminó de escribir en 1961, es evidente que ese texto (en cualquiera de sus dos versiones o títulos) puede considerarse una especie de esbozo de la novela ganadora del Premio Planeta y, por consiguiente, en un anticipo aún más alejado en el tiempo respecto de *Cinco horas con Mario* (1966), de Miguel Delibes, ese escritor tan admirado por el novelista albaceteño. Y, de este modo, resulta innegable que el uso del monólogo interior en *Equipaje de amor para la tierra* no guarda relación de dependencia alguna con el famosísimo monólogo de *Cinco horas con Mario*.

Si bien es cierto que las situaciones no son idénticas y que, por tanto, existen claras diferencias entre ambas novelas, sí se puede observar algunas similitudes entre ellas, especialmente en lo referido a esos monólogos —diálogos a una sola banda— que se mantienen con los hijos muertos, en cuyo transcurso se rememoran gran parte de los acontecimientos más relevantes de la vida de cada una de las respectivas familias y, en concreto, de la vida de los fallecidos. No obstante, también hay que señalar que, en el caso de *La feria*, se trata de una candorosa y tierna conversación de un padre con un niño, mientras que en *Equipaje de amor para la tierra* asistimos a un monólogo mucho más duro de una madre, en torno a temas planteados de una manera mucho más trascendente y grave, dada la condición de hombre, ya maduro, del hijo.

Unas pocas horas que dan mucho de sí

Todo el relato de *La feria* está enmarcado dentro de unas pocas horas de tiempo real, en la tarde del día siete de septiembre, una fecha muy señalada para los habitantes de la ciudad de Albacete y los de las poblaciones cercanas, por cuanto en ese día se celebra la tradicional cabalgata de apertura de su feria, a la que suelen acudir muchísimas personas, procedentes de los más diversos lugares, ávidas de disfrutar de un merecido descanso y de unas hermosas fiestas, tras las diversas tareas realizadas en el campo durante el caluroso estío manchego.

Una feria a la que habitualmente acudía la familia del protagonista de la novela, según nos cuenta José en diversos momentos de su relato.

Una feria a la que, como es lógico, este año no irá ninguno de ellos, pues ha pasado un año justo desde la muerte del chiquillo.

Durante las pocas horas en las que se desarrolla la visita al cementerio y ese peculiar diálogo del padre con su hijo, hay tiempo más que suficiente para que José haga un minucioso recuento de los episodios más relevantes de la vida familiar y de la vida de Josillo. Y, como es lógico, la retrospección narrativa comienza, nada más empezar la novela, hablando del profundo y tremendo contraste existente entre el duro momento presente y el pasado feliz, cuando Josillo estaba vivo, aunque en aquella época la familia no era consciente de ello:

Los pobres también vivimos días buenos. La alegría viene a veces a nosotros; incluso la felicidad. Algo bueno viene a rozarte. Luego..., luego se va, nos deja. Y casi nunca advertimos ese roce feliz. Cuando lo bueno ha estado junto a ti, en ti, apenas si lo has advertido.

Yo recuerdo ahora muchos momentos felices. Era un tiempo hermoso, al que no dábamos importancia, o muy poca importancia. Y ahora quisiera hablar de aquel tiempo. Quisiera hablarte a ti, hijo mío que ya no vives, a ti que estás muerto. Pero el recuerdo tuyo, el de las horas de dolor, puede más y viene y borra los otros recuerdos.²⁹⁷

Como suele ser habitual en estos casos, el monólogo interior de José se presenta con un cierto desorden cronológico, con frecuentes saltos en el tiempo, así como con referencias a situaciones y temas diversos, e incluso con la aparición de ciertas digresiones, que surgen como una consecuencia lógica del estado emocional del padre.

El motivo central de la novela es el recuerdo de las principales vivencias de Josillo, desde sus primeros llantos en la cuna, pasando por la posible maldición que le echó Manuela, la mujer del alguacil, cuando el niño le quitó una sandía del campo, hecho este que el padre y algunos vecinos, proclives a las supersticiones, consideran como una posible causa de su misteriosa enfermedad. Aquel suceso había tenido lugar

297 *Ibíd.*, 11.

cinco años atrás, cuando la familia de José plantó un viñedo y el niño llevaba la comida a su padre y al abuelo Jacinto. Uno de esos días, Josillo y sus amigos entraron en el melonar de Sergio, el alguacil, y el crío, menos pillo o menos miedoso que los demás, fue a coger precisamente la sandía en la que Sergio y Manuela, como unos adolescentes enamorados, habían escrito las iniciales de sus nombres en la corteza. Y la mujer, cuando lo vio salir corriendo, le gritó:

—¡Ah!, ¿presumes de piernas, granuja? Ya te verás como atado a una silla, ya...

Pero estoy seguro que quería decirte que ya llegarías a viejo, como ella, como su marido, como tu abuelo. Porque luego... Luego, después de estar unos meses sin venir a casa por vino como era su costumbre, volvió un día y nos dijo:

—Ya no maldeciré nunca a nadie más, ¡a nadie, nunca!, aunque fuese arrastrada por los suelos. ¡Dios mío, ver a este hijo en esa mecedora...!²⁹⁸

A partir de aquí, el relato se centra en el discurrir de la enfermedad, a la que eufemísticamente el padre se refiere como “lo tuyo” o como “aquello” tan malo que postró a su hijo en la cama y a lo que ni la curandera María Jesús ni los médicos de la capital pudieron derrotar. Así que el hijo moriría en poco tiempo y, ahora, duerme un sueño eterno, como afirma su padre:

Pensaré, callado, en esa vida feliz que pasó rozándonos como nos roza el suave viento del atardecer estival. Tú, mientras tanto, duerme, duerme tu sueño sin pesadillas, y sígueme abrazando, porque yo sé que me abrazas, aunque estés ahí bajo esa tierra, aunque estés ahí estirado, mudo, frío, muerto.²⁹⁹

298 *Ibíd.*, 43.

299 *Ibíd.*, 17.

Como era de esperar, el padre dedica especial atención a relatar el sufrimiento del niño cuando oía jugar en la calle a otros chicos, muchos de ellos de su misma pandilla, o cuando estos entraban a verlo a su habitación. Y lo mismo sucede a propósito de la esperanza de los padres después de que, tras la consulta con los médicos de la capital, se aprecie en el niño una pequeña mejoría, y, del mismo modo, respecto del doloroso momento de su muerte, justo en el mismo instante en que el padre se hallaba en la feria de Albacete comprándole un aparato de radio.

Alrededor de este tema central surgen otros asuntos de menor trascendencia, pero que van apareciendo de forma espontánea en el monólogo paterno, especialmente en las ocasiones en que, golpeado por el dolor, su cuerpo se adormece mientras su mente vaga libremente, sin control alguno. De ahí que José tenga que esforzarse, en numerosas ocasiones, por no irse de unos temas a otros, por poner orden en sus sueños.

Tiempos de alegrías y sobresaltos

Uno de los temas que surge con más frecuencia es el de la guerra civil, la cual, según José, fue la causante de numerosas desgracias, como la desaparición de Sebastián, el novio de Julia, “la practicanta”, o de las heridas en la pierna de Santiago, el sepulturero, quien más tarde se casaría con Andrea, una mujer veinte años más joven que él.

Como tantas otras veces, el tema de la guerra sirve como marco para que el narrador introduzca la historia relativa a algún personaje de la novela que se ha visto directamente afectado por ella. En esta ocasión, la elegida es Andrea, de quien se nos cuenta que, durante la guerra, había ejercido la prostitución con casi todos los soldados de las Brigadas Internacionales y, que, al acabar la guerra, se quedó en el pueblo, más sola que nunca, rechazada por la gente del pueblo, que no olvidaba ni perdonaba su pasado.

Cuando Santiago, un hombre tímido, apocado, regresó de la guerra con una pierna tiesa, le dieron el empleo de enterrador y, como no

tenía familia, decidió casarse con Andrea. Pero esta, incluso después de casada, se marchaba del pueblo durante breves temporadas y volvía con buenas ropas, aunque muy pálida y ojerosa. De modo que los vecinos del pueblo comentaban que seguía practicando el “oficio” y más aún cuando se supo que el hijo que ella tuvo después de casada con Santiago no era de este. La guerra le había imposibilitado para ser padre, pero no para acoger como suyo, y con un enorme cariño, al hijo de su mujer y de otro hombre. Así lo confiesa Andrea un día en casa de Josillo:

—Él, Santiago, es un compañero. Me extrañaba que se quisiera casar conmigo, pero él no podía casarse con otra mujer. Es un compañero nada más. Yo lo presenté, pero no lo sabía bien. Así que, aunque una quiera ser buena... él está contento, después de todo, con que yo haya tenido este hijo. ¡Qué remedio, claro! Y a mí, el niño, esta criatura, me empuja a vivir, a tener deseos de vivir, que ya morían.³⁰⁰

En contraste con Andrea aparece la figura de Julia, la muchacha que ponía las inyecciones en el pueblo, la que, sin título alguno, hacía de enfermera, tanto para curar como para atender a los moribundos y las parturientas. Ella tenía un novio, Sebastián, el cual había sido dado por desaparecido en la guerra y, desde entonces, vestía ropas de luto y era conocida como *La Viuda*. Algunas personas afirmaban que se entendía con el médico, don Anastasio, cuya mujer estaba enferma y apenas salía de su alcoba. Pero eso es algo que José niega con absoluta rotundidad, porque de ella nunca se había podido decir nada en el pueblo.

En cambio, Julia, como tantas otras personas, solía murmurar sobre Andrea, quien de niña había sido su mejor amiga y a la que dejó de saludar a raíz de su actuación durante la guerra. De ella comenta que la suele visitar un hombre, el mismo que influyó para que a Santiago le dieran el empleo de enterrador. Un hombre que, cuando acudía por las noches a la casa de Andrea, no tenía necesidad de saltar las tapias del cementerio.

300 *Ibíd.*, 31-32.

De esa guerra pudo regresar, sano y salvo, el protagonista, José. Sano y salvo, sí; pero con profundas heridas en el alma, pues en él no había cabida para otra ilusión o interés que no fuera trabajar en el campo y en su casa. Esa era su vida y, gracias a ella, podía ir olvidándose, poco a poco, de todo lo pasado:

También había ido a la guerra, y pude volver, por lo que di gracias a Dios. Os abracé a todos: a madre, que te criaba a ti; al abuelo, todavía fuerte, que os mantuvo con su trabajo mientras yo falté; a Juana, que había crecido mucho, y a ti, que te dejé recién nacido y ahora ya balbucías algunas palabras. Yo había vuelto y no quería saber nada del pueblo. Trabajar solamente.³⁰¹

Aquel tiempo desagradable que pasó en las trincheras le viene a la memoria cuando ve al sepulturero. Entre ambos hombres, marcados por el dolor y el sufrimiento, se establece una empatía que es la que lleva a Santiago a decir a José que, a pesar de lo mucho que siente la muerte de Josillo, no debiera ir tanto por el cementerio, porque eso no le hace demasiado bien:

No. Otros padres también perdieron a sus hijos. Acuérdate, por nombrar un caso, de Tomás, el chico del “panaero”, muerto en la guerra, muerto en la misma trinchera donde me encontraba yo, allá por Teruel, y acuérdate también, por ejemplo, de Sebastián, el novio de Julia la practicante, dado como desaparecido, aunque es seguro que está muerto, tan muerto como el otro, al que vi con la cabeza hecha mixtos... Piensa en los padres de esos muchachos que ya eran hombres, que ya habían vivido veinte años en sus casas.³⁰²

301 *Ibíd.*, 28.

302 *Ibíd.*, 20.

Otro de los temas que está continuamente presente en los monólogos de José es el relativo a la vida familiar. Así, además de todo lo referente a Josillo, encontramos continuas menciones al abuelo Jacinto, siempre fuerte y trabajador, pero ahora sin fuerzas incluso para ir al corral a hacer sus necesidades. A la hija, Juana, y a las tareas e ilusiones que deberían ser propias de una muchacha de dieciséis años; aunque, como reconoce José, después de la muerte de su hermano y vestida con sus ropas negras, es como si, de la noche a la mañana, hubiera perdido la juventud y se le hubiesen echado encima muchos años. Y, por supuesto, referencias permanentes al trabajo callado y abnegado de su mujer, Luisa, tanto en las tareas del hogar como en el cuidado del marido, los hijos y el abuelo. En suma, una vida familiar que permitía al padre, en pleno mes de mayo, con su hijo todavía vivo, sentirse feliz y dichoso:

Yo estoy contento, no sé bien por qué. Siento como si algo hermoso me rozara, me acariciase, mientras ando, despacio, bajo el cielo estrellado de mayo. Luego, al llegar a casa, paso a tu cuarto y te miro, y te beso, como cuando eras más chico. Juana acaba de llegar y se desviste tarareando una canción, quizás oída hace unos momentos por la radio. Antes de salir de tu cuarto vuelvo a mirarte. Tú estabas en la cama, quieto, dormido. Tú, hijo, aún estabas vivo.³⁰³

Coincidiendo con esos momentos de felicidad, José va rememorando algunos de los episodios y las costumbres más significativos de la vida de ese pequeño pueblo manchego, trasunto literario del Montalvos natal de Rodrigo Rubio y de los recuerdos y vivencias del propio escritor.

A lo largo de las poco más de cien páginas de la novela, podemos ver reflejados algunos de los aspectos más característicos de la idiosincrasia de los campesinos manchegos en los años de la posguerra: el amor a la tierra, aunque se trate de un pequeño majuelo; la dedicación a las diversas faenas, como la siembra, la siega, la trilla, la recolección y venta de los melones, la plantación de vides, la vendimia, etc. Luego, ya en

303 *Ibíd.*, 24.

casa y con la llegada de los fríos, las lumbres en las cocinas grandes y las personas situadas a la orilla de la lumbre “sanochando” un rato, oyendo las emisiones de radio, en especial las de Radio Andorra, o aprovechando para hacer algo tan característico de esos pequeños pueblos, como es murmurar y contar chismes.

Del mismo modo, aparecen datos costumbristas relativos a los almuerzos, las comidas y las cenas; a hacer un “puesto” para cazar perdices al reclamo; a la colocación de cepos y la caza de vencejos; al robo de melones en los sembrados de los vecinos, o a la celebración de las fiestas de la Virgen, tanto en el mes de mayo como en el día quince de agosto.

Si antes aludíamos a los recuerdos de la vida de Rodrigo Rubio, cabría pensar que en el personaje de José hay mucho encerrado del padre del escritor. Así, por ejemplo, hay que interpretar la falta de ambición por la riqueza, la dedicación al trabajo y a la familia y la venta de vino en la casa, “aquel vino blanco, tan bueno, que hacíamos con la uva de la viña vieja, casi todas las vides de la especie ‘pardillo’, que es dulce y ‘saca’ mucho grado”.³⁰⁴

Para esta clase de hombres, la mayor felicidad estribaba en la satisfacción del trabajo bien hecho, tal y como lo pone de manifiesto José en el siguiente fragmento, en el que, además, podemos observar el atinado uso de las imágenes y de la sinestesia por parte de Rodrigo Rubio:

Aquel tiempo, aquellos veranos... Íbamos de un bancal a otro, sin venir apenas por el pueblo. Nos gustaba dormir bajo las estrellas, sobre un poco de mies segada. Nunca hay tanta paz en el alma del hombre, nunca, como en una noche así; cerca de él, las ropas que se quitó, las ropas que huelen a sudor, las ropas donde se ven las huellas del esfuerzo. Nunca se duerme tan a gusto como en esas noches, bajo las estrellas, oyendo el cri-cri de los grillos, el acompasado ruido, apenas audible, de un tren que camina hacia otras tierras, el ronroneo sordo de los camiones que pasan por la carretera lejana e invisible. Las aves nocturnas que se posan en los árboles y a veces graznan. Por entre la

304 *Ibíd.*, 44.

mies que nos sirve de colchón se oye un ruidecillo como de chicharras que andan. Sentimos un pequeño temor, por vosotros que sois chicos y estáis allí, por si os pica algún bicho. Pero las estrellas, los millares de estrellas, que parecen moverse, bailar, nos traen una paz grande, tal vez arrancada de aquel inmenso cielo que las sostiene.³⁰⁵

También esa felicidad radica en la salud de sus hijos, por los que él se sacrifica diariamente. De ahí que, cuando el niño Josillo cae enfermo con esa extraña dolencia que le paraliza el cuerpo de cintura para abajo, el padre no dude en hacer todo cuanto está en su mano con vistas a conseguir la curación del hijo, bien sea mediante la intervención del médico y de la curandera del pueblo, o bien llevándolo a la mejor clínica de la capital, aunque esto suponga un considerable sacrificio tanto desde el punto de vista personal como económico.

En este sentido, conviene que nos fijemos en el relato de la forma en que se desarrolla la visita a uno de los mejores médicos de Albacete, pues es prácticamente seguro que en ese relato han tenido mucho que ver los recuerdos de los viajes que el joven Rodrigo Rubio tuvo que hacer a la capital a raíz de su enfermedad en las piernas. Un viaje que se inicia a eso de las cuatro de la madrugada, en carro, y con el niño enfermo acostado en un colchón, junto a todas las cosas que previamente habían ido preparando, como tantas otras veces, el padre y la madre. Las diferencias respecto de otros viajes anteriores son que, ahora, en las alforjas hay mucha menos ilusión y esperanza que antes y que parece que los padres no desean otra compañía que la oscuridad:

Los gallos ya habían cantado, y una claridad gris empezaba a verse por oriente. Los pájaros se removían entre las hojas de los árboles y en los aleros. Pronto empezarán con sus gorjeos, con su música feliz. Yo hubiese querido detener el tiempo entonces y hacer el camino entre sombras rodeado de silencio, porque el gorjeo de los pájaros seguiría siendo para mí una música que hiera los oídos con dolor [...] Pero la claridad aumentó y los pájaros ya reían y cantaban, regocijados,

305 *Ibíd.*, 37-38.

sus mejores cantos, la suave y olorosa brisa besando sus plumillas ahuecadas. Las alondras ya subían y revoloteaban sobre los rastrojos, y bandadas de palomos azules salían de las quintas para posarse sobre los surcos recién abiertos por el arado. El sol salía entonces, como una bola gigante y sin fuego, empezando a subir poco a poco por más allá de unas pequeñas, insignificantes nubecillas que se vistieron de sangre. El mulo andaba a buen paso, y a mí me dolían los movimientos del carro por el camino bacheado. Te miraba, y sin hablarte, quería decirte que hubiera deseado para mí todo el dolor que había en tus carnes muertas. Madre te arropaba, y, cuando llegamos a la carretera alquitranada, respiró hondo, porque el carro rodaría ya suavemente por ella.³⁰⁶

Frente a este viaje, el narrador opone las alegres excursiones al río, hacia el quince de agosto, día de la Virgen, una vez que se han acabado las faenas de la trilla —unas excursiones habituales en el pueblo de Montalvos, que habían tenido su reflejo narrativo en la novela *Un mundo auestas*, como ya tuvimos ocasión de comprobar— y, cómo no, los alegres viajes a la feria de la capital, de cuyos preparativos nos da cuenta José, cuando se refiere a las ricas meriendas que las mujeres elaboraban la noche anterior al viaje, a base de pollos fritos con tomate, tortillas de patatas y ricos embutidos caseros, mientras las muchachas salían alegres a dar una vuelta por las calles y los mozos reían felices en los corrillos de la plaza.

Una feria que, aunque para algunos era siempre igual, para la mayoría seguía despertando el entusiasmo ante la posibilidad de acudir a las corridas de toros y al resto de festejos, hasta el punto de que todos los días salían camiones y carros cargados de gente hacia la capital, en medio de la ilusión de quienes se marchaban a disfrutar de la fiesta y de quienes esperaban la vuelta de estos con algún regalo.

Pero esa ilusión contrasta con la tristeza y el desánimo que la familia de José habían experimentado el año anterior, pues por esas fechas hacía solo un mes escaso que habían llevado al hijo al médico. Y, asimismo, contrasta con el dolor que siente toda la familia en este día

306 *Ibíd.*, 89-90.

siete de septiembre, fecha en que casi se cumple el primer aniversario de la muerte del niño.

Las ferias de años anteriores sí habían sido felices, a pesar de que habitualmente tenían que esperar casi hasta el final de las mismas, casi cuando “se termina, la cierran”³⁰⁷, porque antes había que recolectar el mayor número posible de melones para, con el dinero de la venta, poder comprar cosas necesarias para el campo y para la casa: algunas correas en los puestos de guarnicionería, alguna navaja, telas, sábanas, e incluso un carro de juguete para el abuelo Jacinto, que por esas fechas se volvía más crío que su nieto Josillo:

Madre hace compras en los comercios, en los grandes comercios del centro de la ciudad, que huelen a lanas y a tintes. Yo compro unas correas en los puestos de guarnicionería de la Feria, unas correas con las cuales haré, añadiéndoles unos trozos de cáñamo, unos buenos ramales. El abuelo se ha encaprichado de un carro de juguete.³⁰⁸

Mientras, los hombres del campo caminaban por el paseo regado, vestidos con sus blusas y trajes de pana y calzados con sus abarcas; montaban a sus hijos en los caballitos de madera; escuchaban los discursos de los charlatanes, y se tomaban alguna que otra cerveza, con gambas saladas y cortezas de cerdo, en los bares de la orilla del ferial. Y, cuando aparecían los paseantes de la capital, descansados, bien vestidos y con sus zapatos brillantes, los aldeanos se marchaban de allí. Para entonces, los jardines aledaños al paseo habían sido regados y la gente acudía a sentarse en los bancos y junto a los veladores, para tomar un café o un refresco.

Y llegó la última feria en que Josillo aún estaba vivo, pero a la que él ya no pudo asistir. No obstante, su padre, a la vista de la pequeña mejoría

307 *Ibíd.*, 57. La feria de Albacete se celebra, tradicionalmente, entre los días siete y diecisiete de septiembre, aunque suele ser habitual que, en función del calendario de cada año y de la meteorología, se prolongue algún día más, pudiéndose llegar hasta el día veinte, aproximadamente.

308 *Ibíd.*

que parece vislumbrarse, se anima, finalmente, a acudir a Albacete para comprar una cabezada para el macho y un aparato de radio para su hijo, pues había observado que, cuando este escuchaba el aparato que traía Josefa a la casa, sus ojos parecían recobrar algo de vida. Tal vez, pensaba el padre, con el aparato de radio le llegara al niño el eco de un mundo feliz, en el que no tenía cabida la tristeza.

Mas, ironías del destino, en el recinto ferial José se queda extasiado ante un puesto de bicicletas, a las que toca y mira una y otra vez, consciente como era de que su hijo jamás podría montar en una de ellas. Y es en esos instantes cuando se siente sumido en “un mundo que parecía burlarse de mi dolor, con sus gritos, sus objetos brillantes, sus payasos, sus luces de colores, sus charlatanes enronquecidos, su música chillona y sus bicicletas, inútiles para ti”.³⁰⁹

Por fin, se decide a comprar la ansiada radio, que podría ir pagando a plazos cada vez que el vendedor del puesto pasara por el pueblo. Y, cuando camina hacia la estación del tren, tiene una especie de premonición al ver que todos los niños que había en los tiouvivos estaban pálidos y tristes, “como si en un cerrar y abrir de ojos todas aquellas caras sonrientes, felices, hubiesen quedado muertas para mí”.³¹⁰ Premonición que se ve infelizmente confirmada al llegar a su casa y contemplar a su hijo muerto. De ahí su impotencia y su desesperación, que le llevan a destrozar a hachazos la radio que con tanta ilusión había comprado:

Los hombres me veían golpear el aparato, pero ninguno alargó sus manos ahora para detener mi brazo enloquecido. Las mujeres también me miraban, y luego agachaban la cabeza y alguna rompía el silencio con sus sollozos. Después, las manos de un vecino vinieron por fin a quitarme el hacha, y una mujer —no recuerdo quién; tal vez Julia, quizá Josefa...— se acercó a mí con una taza de tila.

Yo ya había empezado a llorar.³¹¹

309 *Ibíd.*, 111.

310 *Ibíd.*, 119.

311 *Ibíd.*, 124.

La crónica de un mundo perdido

Así se cierra la historia que Rodrigo Rubio cuenta en esta hermosa y sentida novela corta, en la que, como se puede comprobar, se interna de nuevo en ese ámbito narrativo de lo que hemos dado en llamar el mundo perdido. Un mundo que él gusta de traer al recuerdo una y otra vez, en un intento de aferrarse a algo que siente que se va perdiendo poco a poco en el olvido y que él quisiera seguir viendo puro e incontaminado por el inexorable paso del tiempo y por la llegada de los cambios que imponen la evolución y la modernización.

Por eso no nos sorprende el encontrarnos en estas pocas páginas con todo un mundo que ya no era exactamente el mismo que se podía encontrar en el año 1961, fecha de composición de la novela, y, lógicamente, aún lo es menos en la actualidad.

Todo ese sabroso y añorado costumbrismo que nos presenta Rodrigo Rubio nos trae al recuerdo un mundo que hoy día solo se halla presente en el recuerdo o en las bibliotecas y hemerotecas. Costumbrismo hay en la descripción de todas las faenas del campo a las que antes tuvimos ocasión de referirnos de pasada. Costumbrismo hay en la descripción de las visitas a la feria; en la imagen que ofrece de las sucias y malolientes posadas de aquellos años; en el repertorio de comidas y de fiestas populares; en la forma de plantar las vides o de hacer una cabaña para guardar los melones; en las detalladas nóminas de los tipos de cultivos y arbustos; en las descripciones de la forma de ser y de vestir de las gentes del pueblo; en la mención de las supersticiones populares —como la del mal de ojo— y, cómo no, en el reflejo del vocabulario característico de la zona.

Así, observamos vocablos relacionados con la vida y las faenas del campo, como los siguientes:

- a los melones pequeños se les llama *alforjeros*.
- el carro estaba junto a un *bardal*.
- el *carguío* que hemos de llevar al melonar.

- a Josillo le compran unas botas fuertes, de las que se llaman de *carrasca*.
- el abuelo hacía un *chozo* con piedras.
- mientras José había segado un *hilo*, Josillo apenas había segado dos *manadas*.
- el carro está junto a un *majano* de piedras blancas.
- José trabaja su pedacillo de tierra, su *majuelo*.
- el mulo come su pienso en la *sarrieta*.
- vuela una bandada de *sisones*.

Igualmente, encontramos expresiones populares y coloquiales, algunas de las cuales aparecen entrecomilladas, como, por ejemplo:

- los recuerdos del dolor salen *como a montón*.
- Santiago, el sepulturero, le dice a José que, con tanto ir al cementerio se *regala, se derrite*.
- durante una visita a la capital, con Josillo enfermo, sus padres *hicieron poca mella a la merienda*.
- cuando uno sale de casa un instante, se dice que *vuelve al “contao”*.
- los herreros aprovechan las herraduras desgastadas para *“echar puntas” a las rejas*.

Por último, como ya vimos en *Un mundo a cuestras* y como suele ser habitual en estos libros de su primera etapa, el autor echa mano de algunas otras voces que podríamos considerar como vulgarismos característicos de la gente de pueblo y que casi siempre figuran entre comillas:

- pasarle a uno *“argo”*.
- tomar un *“bocao”*.

—los maduros les dicen a los jóvenes “A ver dónde os *metís*”, y estos contestan que “no pasa na”.

—uno dice que va a tenderse un rato en la cama porque está “*molío*”.

—los chiquillos preguntan a una vecina, con fama de bebedora, si se “*pipló*” hoy.

—también se dice que la cosecha ha “*sío*” grande.

Pero, al mismo tiempo, en uno de esos contrastes tan habituales en esta y otras novelas del escritor albaceteño, se puede ver otro estilo mucho más cuidado, más culto y más lírico. Un estilo en el que destaca el muy correcto y bello uso de imágenes y metáforas, como se puede apreciar en los siguientes ejemplos:

—el llanto es “una lluvia gris, caliente y amarga”.

—la muerte de Josillo es un dormir un “sueño sin pesadillas”.

—las alondras cantan y vuelan “sobre los trigales que se mecían”, y su gorjeo es “una hermosa música de fondo para nuestros oídos besados por la calma”.

—el ser humano es “algo tan débil como los tallos de un trigal recién nacido”.

—las ramas de los pinos, al ser cortadas, “lloran, como si las heridas que le produce el hacha rompiesen alguna sensibilidad dormida”.

—“la suave brisa hace bailar los pámpanos de los viñedos”.

—el tren semeja “un cordón de oscuras y gigantescas orugas”.

—“las cruces y los lomos de tierra duermen bajo el crepúsculo y sobre las gentes de sueño eterno”.

—el sol sale, a primera hora de la mañana, “como una bola gigante y sin fuego”.

—la luna llena se alza “para besar mis espaldas”.

Un estilo el de *La feria*, en el que también aparecen algunos símbolos como el de los pájaros, “lasavecillas del cielo”, que, a veces, parecen compartir con la familia el dolor por no ver a Josillo entre los vivos, y que bajan desde los cipreses a posarse junto a José, como si fuesen una especie de mensajeros del más allá enviados por su hijo. En cambio, en otras ocasiones, son vistos como un símbolo de libertad y de felicidad que contrasta con los sentimientos del padre, hasta tal punto, que este llega a odiarlos y a desear que alguno de esos pajarillos se posara a su lado para aplastarlo, como hace con una alondra que se coloca entre sus piernas:

—¿Por qué cantáis? ¿Por qué os burláis de mí? —le dije mientras apretaba bajo sus alas.

Pero el pájaro no podía responderme. Ni siquiera con sus ojos, porque sus ojos ya estaban cerrados. Luego la apreté con rabia, estrujando el calor último de su vida acabada; la apreté con rabia, sí, pero no con una rabia nacida del odio, sino con una rabia que brotaba del dolor, de aquel nuevo dolor; el de ser asesino de unaavecilla inocente.³¹²

Este tipo de sentimientos se hace también extensivo a las mismas piedras que poco antes el padre y el abuelo habían recogido y que, igualmente, adquieren un valor simbólico en la medida en que José desearía poder ser igual de duro e inquebrantable:

Me iba al campo con el corazón partido. Iba al majuelo, y me sentaba al abrigo del chozo. Allí, hijo, lloraba, envidiando las piedras, aquellas piedras que habíamos sacado de los hoyos y recogido luego para hacer el albergue; las envidiaba porque las piedras viven en un mundo muerto, porque no tienen corazón, porque no lloran aunque las partas, porque no se quejan aunque las empujes con violencia. A veces tomaba una de aquellas piedras y pasaba por encima mis temblorosos dedos, diciendo:

312 *Ibíd.*, 77.

—Te envidio, piedra, te envidio. Quisiera ser como tú eres, quisiera ser una piedra como tú y estar aquí, apretada entre otras, fría, muerta.³¹³

En numerosas ocasiones, los momentos de mayor lirismo se asocian a la aparición de interrogaciones retóricas que, aunque están dirigidas a su hijo muerto, obviamente no encuentran respuesta alguna, circunstancia esta que va poco a poco incrementando la carga emotiva del relato. Tal es el caso, por citar un ejemplo, del siguiente fragmento:

¿Estás con nosotros? ¿Te acercas a nosotros alguna vez, Josillo? ¿Nos ves? ¿Nos esperas allá lejos, allá arriba en ese mundo azul? ¿Por qué, muchas veces, después de estar aquí, después de hablarte y llorarte, me parece que vienes junto a nosotros y nos abrazas? ¿Por qué, en otras ocasiones, cuando empiezo a rezar por ti, mis labios dejan de moverse y el corazón se me queda como dormido? ¿Es que no necesitas que roguemos por ti? ¿Vives allá, en ese mundo suave que nos besa? ¿Estás en el cielo? ¿Qué músicas oyes? ¿Cantan los ángeles para ti? Hijo, hijo mío... A veces creo que es cierto que algún día nos volvamos a ver, para estar juntos siempre, siempre, toda la eternidad, en ese mundo azul, suave y sin formas.³¹⁴

Como no podía ser de otro modo, dado el título de la novela, el costumbrismo se asocia también a todos los datos referidos a la feria de la capital albaceteña, como ya hemos apuntado más arriba. Así ocurre con las menciones a los puestos de guarnicionería, algo muy característico de las ferias de aquellos años, especialmente dedicadas a la venta de productos relacionados con las faenas del campo y con el ganado, en el espacio conocido con el nombre de La Cuerda. Algo similar a lo que sucede con los barracones en los que se encuentran las atracciones de payasos, charlatanes, tiro al blanco o tiouvivos. O con las visitas a los bares situados a la orilla del ferial y, posteriormente, al centro de la ciudad,

313 *Ibíd.*, 75-76.

314 *Ibíd.*, 100.

al conocido barrio del Alto de la Villa, en donde se encontraban las prostitutas y a donde se dirigían, entre otros, las cuadrillas de los mozos.

Una buena idea de lo que representaba para Rodrigo Rubio la feria de Albacete la podemos encontrar también en su artículo periodístico titulado “El tiempo perdido”. En él se refiere, en primer lugar, a los momentos más emotivos de la fiesta que permanecían vivos en su recuerdo:

[...] con sus días de vísperas, ya notándose como nerviosismo en nosotros. La Feria ha de ser aquella de los carros, la cuerda, los tratos de ganado, la compra de horcas, trillas, y los vasos de vino con los amigos en cualquier tenderete. Y también la de la Verbena de los Jardinillos. Y la de ver la revista que venía de Madrid. Y la del Alto de la Villa, ¿por qué no...?³¹⁵

Lo que ocurre es que, lamentablemente, esas ferias han pasado a formar parte, también, del mundo perdido, pues, según el autor, existe una generación de hombres “que no andan, que no piensan, que sólo aceleran” y para quienes la feria es algo muy distinto a lo que era para Rodrigo Rubio:

Por un lado, ellos realizarán transacciones de mucha mayor envergadura que aquellas en las que intervenían sus padres y abuelos; por otro lado, yo tendré algún dolor, entre el regocijo de la fiesta, por ver cómo, bajo los mismos arcos de luces, me siento tan solo y náufrago como cuando el pase a las “catacumbas” me hacía temblar de miedo.³¹⁶

315 Rubio, “El tiempo perdido”.

316 *Ibíd.*

3.3. *Agonizante sol* (1972)

Escrita en Madrid entre 1969 y 1971, la novela está dedicada “A las gentes de esta llanura, que nunca me negaron una historia, y a Benjamín Palencia, que pintó como nadie a esas gentes y esa llanura”.³¹⁷ Y aparece encabezada con un texto de Claudio Rodríguez relacionado con dos de los elementos característicos de la novela, el sol y la llanura manchega: “¿Qué puesta de sol traerá la luz que aún no me sube ni me impulsa? ¿Qué noche alzará en esta ciega llanura mía la tierra hasta los cielos?”³¹⁸

Agonizante sol está estructurada en veintiún capítulos que, al igual que ocurría con *Un mundo auestas*, aparecen encabezados por unos títulos que hacen referencia, a modo de resumen previo, al asunto central de cada uno de ellos. Como ejemplo, veamos los alusivos encabezamientos de los dos primeros capítulos: “Donde se buscan trochas y veredas de un tiempo viejo” y “Donde se dice, entre otras cosas, que para malcomer, buenas son las uvas”, respectivamente.

Además, está dividida en tres partes o *pasos*, en función de la forma como se estructura el tema central de la novela. El primero de dichos pasos lleva el subtítulo genérico de “Pisando alrededor”, porque, durante el transcurso de sus ocho capítulos, el narrador, un periodista nacido en la localidad de Monsalve —trasunto literario de Montalvos, el pueblo natal de Rodrigo Rubio—, regresa a su pueblo para investigar la aparición de unos restos humanos a raíz de unas obras para el trasvase Tajo-Segura. Es así como, poco a poco, se va acercando al meollo de la historia central: la relativa a los trágicos amores de Leonor Atienza y su amante José Isaac Alfaro.

Los antecedentes de esos sucesos se van conociendo gracias al relato, de forma alternativa, de ese periodista, Lorenzo Collado —a cuyo cargo están los capítulos uno, tres, cinco y siete—, y de cuatro personas de Monsalve, que vivieron más o menos de cerca los sucesos protagonizados por la familia Atienza.

317 Rubio, *Agonizante sol*, 6.

318 *Ibíd.*, 5.

Tres de esas personas, que habían trabajado al servicio de los Atienza, son Genoveva Herráiz, Emilio Hidalgo y Lorenzo Collado, tío del narrador. La cuarta, Juliana Picazo, era la tendera del pueblo y la persona que había vendido a Juan Collado, padre del narrador y chófer de los Atienza, las provisiones que este llevó a los dos amantes cuando ambos se escondieron en la finca *Los Majanos* huyendo de los milicianos que los perseguían.

Estas cuatro personas protagonizan, sucesivamente, los capítulos dos, cuatro, seis y ocho, en los cuales van ofreciendo a Lorenzo algunos datos relativos a la familia Atienza, a los amores de Leonor y José Isaac, así como a sus respectivas vidas e historias.

El cuerpo central de la novela, en el que convergen todos los remates de las diferentes, pero comunes historias, se presenta bajo el epígrafe general de “Con los pies en el centro”. Sus ocho capítulos aparecen estructurados de igual forma que el paso anterior: los impares ofrecen el relato del periodista Lorenzo Collado, en tanto que los capítulos dos, cuatro y seis corren a cargo, sucesivamente, de Juan José Ruiz, el antiguo mayoral de los Atienza; de Gregorio Atienza, hermano de Leonor y amigo de la infancia de Lorenzo, a quien hace entrega de unos manuscritos de su hermana, y de la propia Leonor, a través de sus escritos.

Todos los capítulos del primer paso y los seis primeros del segundo están centrados en el “término municipal de Monsalve, partido judicial de La Roda, provincia de Albacete”³¹⁹, en el que, como hemos mencionado, al ser demolida una vieja casa de labor, habían aparecido restos de un ser humano, que resultarán ser los del señorito José Isaac, a quien Leonor había escondido en una cueva para ocultarlo de los milicianos que lo perseguían.

Los dos últimos capítulos del segundo paso transcurren en Albacete, adonde el narrador ha decidido escapar, para alejarse un poco del peso de los recuerdos y para buscar nuevos rumbos a esa historia. Aquí será donde se entreviste con doña Inocencia y su hijo Cayo, quienes, de forma simultánea, protagonizan el último capítulo del segundo paso.

319 *Ibíd.*, 9.

En el tercero, la historia se contempla ya “desde la otra orilla” y dos de sus tres capítulos corresponden a Lorenzo, mientras que el segundo lo protagoniza Ezequiel Ramales, antiguo mulero de la familia Atienza y uno de los milicianos que habían asesinado a don Pedro Atienza y que habían perseguido a los amantes, aunque al final de la guerra se cambió de bando y fue premiado, como mutilado del banco nacional, con un kiosco de prensa en la capital de la provincia.

Respecto de la estructura narrativa empleada por Rodrigo Rubio, Antonio Iglesias Laguna afirma que la novela peca de cierta monotonía, como consecuencia de que, salvo cuando habla el narrador, el resto de capítulos recogen los soliloquios de cada uno de los actores del drama:

Se trata de que cada actor o espectador del drama dé su versión de los hechos. Sistema muy empleado fuera de España y muy cinematográfico también. Cansado porque los matices son mínimos y no existe el factor sorpresa. La intensidad emotiva queda confiada a la fuerza del estilo. Y en esto se luce el autor que tiene páginas francamente buenas. Así como son excelentes algunos personajes: el imbécil Cayo; su madre, doña Inocencia, quien, con su egoísmo, desata las pasiones de unos y otros; Gregorio Atienza. Y Leonor. Leonor alcanza alguna vez altura de personaje shakespiriano. Ella sola vale por toda la novela.³²⁰

Tras señalar algunos errores gramaticales, que el crítico achaca a las prisas; ciertas imprecisiones geográficas e históricas sobre la guerra civil, que atribuye a falta de documentación, y la machacona repetición de algunos datos sobre el suceso, Iglesias Laguna reconoce que el novelista albaceteño retrata a la perfección el mundo campesino, con el que logra emocionar al lector. Y, a continuación, pasa a valorar el uso del monólogo interior en *Agonizante sol*:

No resulta fácil llenar cientos de cuartillas a base de monólogo interior. Rodrigo Rubio —fallos ocasionales aparte— ha salido airoso

320 Iglesias Laguna, “Agonizante sol”, 59-60.

de la prueba. Aquí se ve la garra del novelista de verdad. El problema reside en no tratarse del monólogo interior de una sola persona, sino de muchas. Lógicamente, cada una debería expresarse de un modo personal, distinto del de los demás; pero el escritor no llega a tanto y lo reduce al denominador común de su estilo propio. Con ello se pierde en gracia y verosimilitud. Y en espontaneidad. Si el creador está omnipresente, bien. Mas, si pretende anularse del todo o casi del todo, recurriendo al soliloquio continuo de sus figuras, entonces debe dejar que cada una hable a su manera.³²¹

Como confiesa el narrador, la noticia de la aparición de esos restos humanos está relacionada con su vida de niño y con el tiempo de sus padres y de todas aquellas gentes que antes del 36, y en ese mismo año, tuvieron relación con la familia de Germán Atienza. Los restos habían aparecido “en una finca que yo pisé cientos de veces en mi niñez: la finca llamada *Los Majanos*, que pertenecía a la familia Atienza, familia a la que mi padre, desde los años veinte, había servido como chófer”.³²²

Esa es la razón por la que Lorenzo Collado decide investigar personalmente los hechos, aunque para ello tenga que apartarse temporalmente de su mujer y sus hijos, quienes pasarán el ya próximo verano en las playas de Valencia. Mientras, él se sitúa en las calurosas tierras manchegas, bajo el peso agobiante del sol y de los recuerdos, acariciando la posibilidad de escribir un libro con todos esos recuerdos que le llevarían a sumergirse hasta el fondo en todo el mundo perdido de su infancia, algo que el periodista Collado desea fervientemente hacer. Algo que, por otra parte, está en perfecta consonancia con lo que es habitual en el escritor Rodrigo Rubio, de quien Lorenzo es un verdadero *alter ego* literario, como en su momento tendremos ocasión de comentar. De ahí que nos resulten muy familiares palabras como las siguientes:

Deseaba, a la vez, adentrarme de nuevo en las zanjas, caminos, veredas, trochas, barbecheras, rastros, montes, viñedos, callejas

321 *Ibíd.*, 60.

322 Rubio, *Agonizante sol*, 10.

pueblerinas..., por donde anduve de niño, por donde jugué, por donde perseguí pájaros, puse cepos, corrí para “engancharme” en los camiones que iban por el vino, y por donde, al mismo tiempo, reí inconsciente o lloré por algún repentino y nuevo pedrusco caído sobre mi carne tierna.³²³

Una historia con tintes de tragedia

Así pues, en realidad, la historia de los amores entre Leonor Atienza y José Isaac Alfaro no es sino un pretexto con el que justificar, narrativamente, una nueva vuelta a ese mundo perdido, después de unos años en los que Rodrigo Rubio había orientado su labor narrativa hacia una literatura con un mayor contenido realista y de denuncia social.

No obstante, dando muestra, una vez más, de su oficio de novelista, elabora una historia en la que se mezclan muchas de las situaciones propias de la época en la que acontecen los hechos. Así, asistimos a un matrimonio de conveniencia entre Leonor Atienza y su primo Cayo Muñoz, *el Peliciego*; un matrimonio entre dos jóvenes inexpertos que pasaron, sin apenas ser conscientes de ello, de los juegos de la infancia a la vida de casados por obra y gracia del acuerdo entre don Pedro Atienza, el padre de Leonor, y su hermana Inocencia, la madre de Cayo. Un matrimonio sin amor y sin pasión, abocado a la tragedia desde el preciso instante en que aparece en escena el típico señoritillo de ciudad, profesor de matemáticas en el instituto de la capital, fino, elegante, seductor y algo tísico, quien entró en la casa como si fuera de la familia, aprovechándose de la vieja amistad entre don Pedro y su padre, antiguo catedrático de Derecho Político en la Universidad de Murcia. Y nada más entrar, comenzó a hacer sentir a la muchacha todos los ardores que su primo Cayo había sido incapaz de despertar en ella.

Como era habitual en aquellos pequeños pueblos de la llanura manchega, la aparición de un forastero que pretendía llevarse a una de las muchachas más bellas y deseadas del lugar suscitaba los celos y el odio de los jóvenes, hasta el punto de poder llegar a desencadenar una tragedia. Y esta se vio favorecida por un hecho circunstancial, cuando

323 *Ibíd.*, 12.

José Isaac, montado en el caballo de don Pedro, arremetió violentamente contra un grupo de muchachos que estaban cogiendo un nido con huevos de perdiz en uno de los campos de la familia Atienza.

Desde ese momento, empezó a fraguarse un deseo general de venganza, al que contribuyó también el hecho de la militancia de José Isaac y de don Pedro en las filas de Falange. Con esos precedentes, la historia estaba claramente abocada a la tragedia, que tuvo su culminación cuando los milicianos acabaron con la vida de don Pedro Atienza y, poco después, decidieron perseguir a Leonor y a José Isaac, quienes se vieron obligados a huir de la capital, en una calurosa tarde de julio de 1936, para tratar de salvar la vida de este refugiándose en el campo.

Allí, en el sótano de la finca *Los Majanos*, Leonor escondió a su amante con la intención de dejarle salir en cuanto pasara el peligro y ella pudiera hacerle alguna contraseña previamente convenida. Pero los perseguidores se la llevaron con ellos para nunca más regresar. El resultado no pudo ser más trágico: Leonor se volvió loca y fue ingresada en el Sanatorio Psiquiátrico del Padre Jofré, en Valencia, y José Isaac murió, sepultado en vida, como le confiesa a Lorenzo, por medio de una carta, el hermano de Leonor, Gregorio Atienza:

Pero me quedaré en silencio y pensando sobre todo en mi hermana Leonor, de la que yo supe, hace muchos años, que ella guardó a José Isaac en los rincones más oscuros de un sótano, y que no pudo volver, y que él, mi joven profesor, el muchacho que se avergonzaba si le llamaban poeta [...], aquel muchacho se quedó allí, primero en silencio, para que los perseguidores no le oyeran, después dando gritos que sólo las paredes oscuras y llenas de yesca escuchaban, hasta que sus manos se abrieron, en temblor de agonía; hasta que sus manos, en el último y más desesperado intento por vivir —las uñas distendidas, alargadas en temblorosa agonía— se clavaron inútilmente en los muros que le vieron dejar en la oscuridad y en el silencio los postreros y más roncocos gemidos...³²⁴

324 *Ibíd.*, 160-161.

Dos mundos que son uno solo

Como antes señalábamos, *Agonizante sol*, como novela perteneciente al que hemos denominado ciclo del mundo perdido, posee un alto contenido autobiográfico respecto de su autor, Rodrigo Rubio, quien presenta la acción en la localidad de Monsalve, denominación acuñada para referirse a su pueblo natal de Montalvos en la época en que Rubio había decidido escribir unas novelas y unos relatos con un mayor grado de ficción narrativa.

Una buena pista para comprobar ese paralelismo entre ambas localidades son las continuas referencias al pueblo de Montalvos que encontramos en la novela. Así, Lorenzo Collado, el tío del narrador, habla de las buenas mujeres y los buenos bailes que había por esos contornos, como los de Montalvos en la festividad del patrón san Marcos. También menciona la época de la vendimia, con la gran actividad que había en las bodegas de Monsalve, como la de los Atienza, superior “en trajín y movimiento a las de Pasitos, Avelino y Julianico Viñas, en Montalvos”.³²⁵

En relación con dicha carga autobiográfica, hemos de señalar algunas circunstancias muy significativas como son, entre otras, el hecho de que el narrador, Lorenzo Collado, sea un profesional de la prensa, labor en la que Rodrigo Rubio trabajaba con cierta asiduidad durante esos años; el que su mujer y sus hijos veraneen en Valencia, ciudad natal de Rosa Romá, la esposa del novelista, y en la que la familia había vivido algunos de sus mejores años; el que la madre de Lorenzo se llame Mariana Rubio, la cual, según el tío Lorenzo es probable que tuviera algún lazo de parentesco con la familia de Buenaventura Rubio, del mismo Montalvos, uno de cuyos hijos se dedica a la literatura:

Uno de los chicos de Buenaventura Rubio (y te lo digo ahora que sale todo esto a colación), a lo mejor lo conoces, pues anda también en lo de la pluma, que un día se supo en toda esta comarca, y de forma especial en Albacete, donde ya honores le han hecho autoridades y gente principal, que el chico, mal de salud, como siempre le vimos, se fue por esos mundos, y ahora libros y todo ha publicado, que yo vi uno

325 *Ibíd.*, 24.

que tenía en Elche mi Martín, un libro de la vida de aquí, de Montalvos, como era hace años, del *Hondo del Río*, de *La Marmota*, del *Concejo*, y que cuando yo lo tomé para leerlo, me dije: los nombres no concuerdan pero este Benitejo el Rentero, este abuelo del que cuenta, este otro que llaman el Herrero, y aquél, y aquel de más allá, los viejecitos que comían los trocillos de queso en las tardes del agosto, mientras los mozos entraban el grano a la cámara..., me son conocidos. Todos aquellos viejos, para mí que no eran otros que Buenaventura Rubio, padre del muchacho a que me refiero, y Salvador Lara, Abarcas, y Fernando Cincoduros, y Santiago el Herrero...³²⁶

Ese posible parentesco entre el periodista Collado y el novelista Rubio sigue siendo motivo de comentario por parte del tío Lorenzo, cuando, refiriéndose al hijo de Buenaventura Rubio, habla de que se había ocupado de “este lugar”, aprovechándose de “aquellos papeles, ya amarillos por la vejez, que dicen guardaba la abuela Clara.” En tal sentido, opina que su sobrino podría hacer algo similar, ya que anda por parecidos pasos que aquel muchacho, “pariente tuyo a lo mejor” y, tal vez, con la más que probable intención de “hilvanar cuentos, unos verdaderos, otros que alguien inventó en sanochada larga, para ponerte al igual que el otro, hombre, ya ves, que no conozco, pero que según parece por aquí se acerca de cuando en cuando...”³²⁷

Como se puede apreciar, en las palabras del tío Lorenzo aparece una mención al libro de relatos escrito por Rodrigo Rubio, *Papeles amarillos en el arca*; libro al que también alude el periodista Collado cuando, en medio de sus recuerdos, surge la persona de la abuela Clara, “aquella que hablaba con sus muertos, aquella que dejó en sus arcas un manojo de papeles amarillos, de donde, al parecer, mi compañero del pueblo vecino ha hilvanado unas entretenidas historias”.³²⁸ Historias

326 *Ibíd.*, 29-30. Esta referencia que Rodrigo Rubio pone en boca de Lorenzo Collado corresponde a la novela *Un mundo a cuestas*, tal y como ya tuvimos ocasión de comentar en su momento. Resulta también curioso el pequeño desliz, probablemente intencionado, que sufre Lorenzo cuando se refiere a “la vida de aquí, de Montalvos”, cuando debiera haber dicho de Monsalve, que es el nombre del pueblo de Lorenzo. Pero, como bien es sabido, Montalvos y Monsalve son uno y el mismo lugar.

327 *Ibíd.*, 31.

328 *Ibíd.*, 121.

que podían tener sus modelos en personas de ese lugar, las cuales posiblemente habían existido en tiempos pretéritos; historias similares a las que la gente le iba contando a Lorenzo Collado, y que constituyen una especie de maraña en la que resulta muy difícil discernir entre fantasía y realidad, porque, como dice Lorenzo, es muy posible que fueran reales historias como las de Tomasita *la Muda*, Jacinto *Catacaldos*, Miguelón *Simpadre*, José *Maquila* y Marina *Culina*:

A lo mejor, sí, habían vivido todos, como el fantasma de la *Venta*, en el cruce de caminos, allí hacia el *Hondo del Río*, y como existiera *la Polilla*, aquella que tenía vacas y se le morían, hasta que un hombre llamado *el Potito* —hijo, al parecer, de la bruja conocida por *la tía Potita*—, le recetó cosa buena, echándose sobre ella, luego de bañarse ambos en las frescas y limpias aguas del Júcar...³²⁹

De entretenidas historias califica Rodrigo Rubio, a través de su *alter ego*, las que aparecen en *Papeles amarillos en el arca*, su libro de relatos más logrado y más apreciado por la crítica literaria. Mas, en esa visión retrospectiva hacia el mundo perdido, no podían faltar las referencias a otro de sus libros más destacados y por él más queridos, *Un mundo a cuestas*.

Si, como vimos anteriormente, el tío Lorenzo había hecho mención a algunos personajes e historias de esta novela, su sobrino le habla a su mujer, en una de las cartas que le escribe desde Monsalve a Valencia, de algunas de las casas más conocidas de su pueblo, cercanas a la casa de los Atienza:

Cerca de aquella enorme casa estaban otras muy parecidas: *Acequión*, también con una hermosa laguna rodeada de arboleda; *La Casa de Caballos*, *La Casa del Capitán*, convertida, en un libro que mencionaba el tío Lorenzo, en *La Casa de Antón Simarro*, estoy convencido, pues el paisano, en su relato, no hizo sino seguir las huellas

329 *Ibíd.*, 122.

de aquellos viajes que sus abuelos y sus padres, tan amigos de todos los aldeanos, habían realizado, tantísimas veces, desde Montalvos hacia las aldeas del campo de Albacete y del campo de Barrax.³³⁰

Ese “relato” no es otro que *Un mundo auestas*, obra del paisano —¿de Montalvos o de Monsalve?— que se le había anticipado en la búsqueda de unas historias, de cuyos protagonistas apenas si queda ya herencia alguna, porque desaparecieron o se han transformado. Aun así, afirma Lorenzo que ha sentido alguna envidia de Rodrigo Rubio:

... Alguna envidia he sentido, ahora que yo investigo, ahora que busco quien me aumente el caudal de mis recuerdos de niño y muchacho, porque ya son otras las imágenes que aparecen, y otros asimismo los sucesos. Pero todo me ayuda a una mayor comprensión de la tierra que piso y de las gentes que trato...³³¹

A estas alturas de la novela, realidad y fantasía aparecen unidas de forma casi indisoluble. Ocurre que las imágenes se entrecruzan de tal modo que resulta difícil saber qué cosas pertenecen a Monsalve y qué otras corresponden a Montalvos; cuáles responden a las vivencias del novelista Rodrigo Rubio y cuáles a las del periodista Lorenzo Collado, quien, ya en Albacete, pasa por la calle Carcelén, justo por donde “estaba la clínica que el paisano escritor reflejó en su relato *La feria*: un edificio cuadrado, con amplio patio en medio, lleno de gente en el buen tiempo, que esperaba entrar en el consultorio...”³³²

Ciertamente, en estos momentos el grado de compenetración de ambos escritores es tal que no es fácil dilucidar si quien escribe es Lorenzo o Rodrigo: la voz es de aquel, pero las palabras y los recuerdos son de este. Tanto es así que, curiosamente, es Lorenzo quien, afirma que a lo mejor “veo a la señorita Luz, la enfermera que dio masajes a mis piernas débiles...”³³³

330 *Ibíd.*, 38.

331 *Ibíd.*, 123.

332 *Ibíd.*, 187.

333 *Ibíd.*, 188.

Parece como si el tiempo real y el tiempo de los recuerdos se hubiesen detenido en esa especie de viaje mental que está haciendo Lorenzo Collado. Así, si el tiempo de la historia de Leonor y José Isaac se sitúa en un caluroso mes de julio de 1936, también el narrador se quema con el sol de otro mes de julio, con ese sol agonizante que da título a la novela. Un agonizante sol que se refiere, por una parte, al de la época en que el viento solano trituró cosechas, con los hombres enfrentados, matándose a navajazos y disparos. Y, por otra, al sol presente del narrador, cuando, agobiado por la pesada y enorme carga de sus recuerdos —similar a la que llevaba a cuestas Alonso Quijano, el protagonista de su primera novela—, decide marcharse a las playas valencianas, junto a su mujer y sus hijos.

Así es como trata de dejar atrás, al margen de la brecha abierta por los años, todo lo que había visto y vivido. Pero resulta que ese pasado todavía pugna por aferrarse a algo o a alguien que le preste un mínimo resquicio de vida:

Por detrás de todo, en el silencio y en la quietud, las voces, los quejidos, las canciones, las risas, los rezos de todos los que un día vivieron, se alzan levemente, alargan sus manos y se quedan como aferrados al disco amarillento del sol que los hunde de nuevo, en el silencio hondísimo de la tierra. Y de ahí nadie puede sacar nada, si no somos los que de algún modo estamos clavados, con alguna invisible raíz, en la entraña misma de ese silencio, de esa hondura que tienen las tierras, cuando se saben hinchadas de palpitations humanas, aunque esas palpitations las producen gentes que ya son muertos que no reviven, o vivos que apenas si alientan, porque de alguna forma, y por cualquier circunstancia, años hace que también murieron...³³⁴

Palpitations humanas, escribe Lorenzo Collado al final de su informe-novela. Palpitations que ya nos había ofrecido Rodrigo Rubio en las novelas *Un mundo a cuestas* y *La feria* y que siguen estando presentes en *Agonizante sol*, dado que su autor se resiste a que dejen de

334 *Ibíd.*, 248.

latir definitivamente, porque forman parte de su mundo interior, ese mundo de vivencias que hace que su espalda cada vez esté más doblada por el peso de los recuerdos y de la nostalgia, por ese mundo que siempre lleva a cuestas.

Nostalgia del mundo perdido, que nos habla de viejas canciones populares en boca de mujeres vendimiadoras, como aquella que dice: “El pimiento nace verde y se cría colorado, eso le pasa a los hombres cuando están enamorados...”³³⁵; de los tradicionales mercados de los sábados en la localidad vecina de La Roda; de las diversas faenas del campo y, en particular, de aquellas que hacían que en diez años la mujer pasara de moza a vieja; de los carreteros de Murcia, que siempre subían cargados de fruta de las vegas y regresaban a sus tierras con una carga de vino; de la costumbre de arrancarse los dientes con hilo de bramante, y de aquella otra de las viejas, “sentadas al abrigo de unos paerazos, rumiando palabras de crítica u oraciones que son una súplica para que las tormentas no dañen el trigo tan crecido...”³³⁶

Y, también, el recuerdo de cómo se hacían los repartos de las herencias, utilizando la paja más larga, de manera que el beneficiado con la mejor parte compensara a los demás con dinero; de la forma de establecer los rentos por el arrendamiento de las fincas, “de cinco

335 Ibíd., 30. Este tipo de cancioncillas populares las vincula el narrador Lorenzo Collado a un recuerdo muy emotivo de la figura de su madre, una mujer que, sin duda, refleja fielmente la imagen de la madre del novelista albaceteño. Una mujer aferrada a la familia y a sus tradiciones, a la que, de cuando en cuando, se le escapaba una alegría no del todo muerta y que se observa en algunas de las estrofas que ella solía cantar, como, por ejemplo, las siguientes:

*Para pescar un novio se necesita,
se necesita,
una caña muy larga,
una caña muy larga,
con mucha guita...*

*A la Mancha por trigo
se fue mi Pepe,
se llevó cuatro cuartos
y trajo siete... (42)*

336 Ibíd., 247.

partes una para nosotros, como siempre se había hecho por aquí”³³⁷; de la tradición según la cual algunos buenos amos permitían que los muleros tuvieran su “piujar”; es decir, “esas fanegicas de trigo y cebada que siembras para ti y que son, si el año viene bueno, más importantes que el jornal...”³³⁸, y aquella otra consistente en dar la “aniaga”; o sea, “una cierta cantidad de dinero, de kilos de harina y otros alimentos”³³⁹, para que comieran el aniaguero, o encargado de cuidar sus tierras, y su familia.

Dos temas siempre presentes

Como suele ser habitual en la mayor parte de las obras del escritor albaceteño, uno de los temas que más le preocupa es el de la emigración que, en *Agonizante sol*, se asocia, por una parte, al padre del narrador, pues, según afirma su hermano Lorenzo, desertó del gasón, para marcharse a la capital a trabajar como fogonero en una máquina de tren. Una emigración que tuvo lugar, sobre todo, en los años cincuenta, cuando la gente se marchaba como en manada, malvendiendo las tierras para poder dar la entrada de un piso, en Elche, en Valencia o en Barcelona, o para marcharse a Francia o a México, como había hecho Gregorio Atienza, el hermano de Leonor.

Pero, en *Agonizante sol*, la emigración se presenta, sobre todo, desde la perspectiva de los mayores, que son arrastrados por los hijos hasta las ciudades para vivir con ellos, en unas condiciones muy diferentes a las que estaban acostumbrados. Eso es lo que les ocurre al tío Lorenzo y a su mujer, quienes tuvieron que marcharse a la casa de su hijo, en Elche, y allí la mujer, Santica, “se derretía, que no podía vivir sin corral, sin sus gallinas, sin traer sus cestos de hierba, sin oír gruñir el cerdo... Ah, y hasta cuando iba donde la cagada, decía, *qué apuros, qué mal me encuentro sentada en el agujero*, y yo la comprendía, los hijos no...”³⁴⁰

337 *Ibíd.*, 198.

338 *Ibíd.*, 214.

339 *Ibíd.*, 221.

340 *Ibíd.*, 24.

La inadaptación de los viejos motiva que estos traten, por todos los medios a su alcance, de regresar a sus pueblos, pues las paredes de esos pisos les impiden respirar. Algo que el narrador comprende, pues es consciente de la situación por la que pasan las personas mayores:

Ellos, sin embargo, ven mejor que nosotros la estrechez de nuestras casas modernas, la fragilidad de sus tabiques, la incomodidad de las escaleras, y esa especie de calabozo que son los aseos; calabozos, prisiones, comparados con los grandes corrales de aquí, incluso con el campo, adonde ellos —sobre todo los hombres— van, muy de mañana, a hacer sus necesidades.³⁴¹

Para los viejos que no pueden permanecer en su pueblo, como les ocurre a Juan José Ruiz y su mujer, una especie de salvación consiste en marcharse de vez en cuando de casa de sus hijos, en Barcelona, y pasar una temporada en su “caseja” de Monsalve, a la que luego acuden los hijos unos pocos días, durante las vacaciones.

Y ello, a pesar de que, en ocasiones, sobre todo durante el invierno, los viejos pasan ciertos temores, especialmente por el miedo a caer enfermos y tener que depender de las atenciones de algún vecino caritativo, como le comenta Juliana Picazo al periodista Collado.

Tal como señalaba Víctor Alperi en su comentario crítico sobre *Agonizante sol*, en la novela hay “hombres y mujeres que lucharon en una tierra dura, y que en esa misma tierra están aún muchos de ellos, con el deseo de morir allí, de no dejar los campos ni los viñedos que trabajaron sus padres y los padres de sus padres”. Y, a continuación, cuando se refiere al tratamiento que Rodrigo Rubio hace del tema de la emigración, añade que “parece que un cendal de tristeza cruza por el cielo lleno de sol, que algo está agonizando sobre los campos, y no precisamente el sol, acaso el dolor de dejar una tierra dura y pobre, de olvidarse, para siempre, de los pueblos donde se ha visto, por primera vez, la luz”³⁴².

341 *Ibíd.*, 33.

342 Alperi, “Agonizante sol”.

Respecto del tema de la guerra, esta se presenta desde la óptica del enfrentamiento social, de las persecuciones que sufren los ricos, a raíz de la llegada al pueblo de hombres de Albacete para unirse a los exaltados de la zona. Unos hombres que llegaron con tremenda furia sembrando el pánico entre los hacendados, a pesar de que ellos no habían trabajado en esas tierras, y haciendo correr mucha sangre por caminos, carreteras y cementerios. Hombres a los que Genoveva Herráiz califica como “los de las hachas encendidas”, los cuales se apoderaron de muchas pertenencias de la familia Atienza y, según comenta Emilio Hidalgo, fueron los autores de “las ‘escabechinas’ que noche tras noche se armaban en los cementerios, sobre todo en el de la capital”³⁴³

En opinión de Ezequiel Ramales, conocedor directo de muchos de aquellos actos violentos, algunos de esos hombres eran gentes de los barrios más pobres y conflictivos de la capital, a los que nos les importó armarse y destruir lo que se les pusiera por delante:

Eran las gentes del Cerrico de la Horca, más allá de las vías del tren; gentes ennegrecidas de estar entre vagones, robando carbón; gentes que ya no temían a los somatenes ni a la Guardia Civil. Gentes, Lorenzo, que tenían el estómago encogido, y que entonces, por lo que oían a jefes bien hablados, pensaron que ya había llegado la hora de hinchar un poco aquellos estómagos...³⁴⁴

Las historias contadas por Ezequiel Ramales le sirven a Lorenzo Collado —o lo que es lo mismo, a Rodrigo Rubio— para poner de manifiesto algunos aspectos de la guerra civil que no habían aparecido en otras novelas de esta primera etapa narrativa. Así, Ezequiel comenta a Lorenzo que él se alistó voluntario con los milicianos por causas puramente idealistas, por una poderosa razón: acabar con una forma de vida en la que los pobres y humildes siempre habían llevado la peor parte. Por ese motivo tomó las armas y estuvo rondando por los paredones y por las zanjas del cementerio.

343 *Agonizante sol*, 83.

344 *Ibíd.*, 226.

Mas, a raíz del fusilamiento de don Pedro Atienza y de los duros interrogatorios que sufrió Juan Collado, el chófer que ayudó a escapar a Leonor y José Isaac —momento en que Ezequiel pudo haber actuado en su favor y no se atrevió a hacerlo—, empezó a dudar de su forma de proceder. Hasta entonces, su comportamiento había sido casi el de un salvaje:

Y te diré que hubo momentos de todos, que uno puede llegar a embrutecerse, a olvidar padres, pueblo, casa y otros días que no fueron del todo desgraciados; puede olvidarse de todo eso y disparar, y beber, y enloquecerse, y pasarse noches enteras sin dormir, acucillado en la trinchera; y dar gritos luego, y cantar, subido en un camión; y llegar a un pueblo o ciudad y meterte en todas las casas como Pedro por la suya, y tomar esto, y aquello, y reír, y cantar de nuevo, y desear a toda mujer que te salga al paso. No es vida eso, Lorenzo. Nos convertimos en fieras [...] Pero también pasé momentos muy malos, sin querer disparar, sin que me brotara una cancioncena a los labios; encogido en la trinchera, recordando a mis padres, a mis tíos, y por unos y otros mi vida de vagabundo en el pueblo, cuando sin ser nada ni nadie era libre, fuerte...³⁴⁵

Surge, entonces, el asunto de las deserciones, cuando él y otros dos compañeros deciden darse a la fuga en el frente de Teruel y, de forma casual, se encuentran en el otro lado. Para ellos empezó otro tipo de guerra, más organizada, mejor dirigida. Aunque estaban vigilados, eran más libres y empezaron a desempeñar “la acción contraria”: disparar contra los que hasta hacía muy poco habían sido sus compañeros. Así, por una de esas curiosas ironías del destino, resulta herido en una pierna y se convierte en un mutilado por la causa nacional, lo cual le permite disfrutar de un kiosco de prensa en la capital de la provincia.

Pero, aun habiendo regresado a casa como un vencedor y no teniendo que mirar a la gente con la cabeza gacha, Ezequiel no se siente feliz, porque el triunfo de los que finalmente acabaron siendo

345 *Ibíd.*, 236.

sus compañeros supuso que muchos otros amigos y vecinos tuvieran que coger las maletas y marcharse del pueblo. De ahí que, al final de su conversación con Lorenzo Collado, pronuncie estas palabras:

Ahora, si te parece, podemos despedirnos, que traer más cosas a la memoria sería andar por los caminos viejos, y por esos caminos, puedes comprobarlo, dejaron de traquetear los carruajes en los que, mal que bien, viajaban nuestros años jóvenes. Y eso, la juventud, la vida de entonces, es algo que no podemos recuperar, aunque abramos las manos y salgamos, igual que fieras, a darle arañazos al tiempo. Ve con Dios, y que nunca tus hijos, ni los míos, tengan que recordar historias en donde muchas de nuestras risas se ahogaron en sepulturas...³⁴⁶

Uno de los estudiosos que mejor conocía la obra de Rodrigo Rubio, el profesor José María Martínez Cachero, consideraba muy acertadamente que *Agonizante sol* es un claro antecedente de la novela que en seguida vamos a considerar, *El gramófono*. Así, en el prólogo-presentación que figura en la edición de esta última, señalaba cómo *Agonizante sol* muestra, “en reconstrucción evocadora e insistente, el paso de la guerra civil por el lugar manchego de Monsalve, un lugar como otros muchos de España”. Y, a renglón seguido, añadía:

Diríase que el campo, la vida campesina, si idílica y patriarcal también lastrada de grave injusticia, fue la gran víctima de la contienda, tras la cual, y después de unos años de forzoso letargo, había de acontecer el cambio a nuevos sistemas que traerían consigo, v. gr.: industrialización y emigración a las poblaciones industriales, con el consiguiente despoblamiento del campo, no paliado con la mecanización aplicada a su cultivo. Tal proceso se vislumbra ya en *Agonizante...*, novela-elegía de un mundo entre ido y caduco.³⁴⁷

346 *Ibíd.*, 243.

347 Rubio, *El gramófono*, 12.

3.4. *El gramófono* (1974)

Dos años después de la publicación de *Agonizante sol*, vio la luz esta novela, escrita en Madrid entre 1972 y 1973 y dedicada a sus hijos Marcos y Germán, que crecen en una sociedad de computadoras y polución.

Con estas palabras Rodrigo Rubio nos sitúa ante el que va a ser uno de los temas centrales de *El gramófono*: la lucha entre tradición y modernidad, simbolizada en la novela por dos elementos que para el protagonista son antagónicos: el gramófono y el tractor, que representan, respectivamente, el recuerdo de tiempos pasados felices y una nueva herramienta de trabajo que propicia el abandono de las tierras por parte de quienes no se pueden enganchar al carro de la modernidad.

Como era de esperar, este tema aparece unido al de la emigración interior; pero, como afirmaba el propio escritor en una entrevista de octubre de 1974, en esta ocasión lo enfoca desde una óptica diferente a la empleada en otras obras, como *Equipaje de amor para la tierra*, *La espera* o *Agonizante sol*:

Antes yo veía esa misma problemática —emigración rural, deshumanización del campo, cambio de costumbres, etc.— de una forma diferente. Tomaba las cosas, casi siempre, por su lado más dramático. Ahora también he hecho drama, no me cabe duda, puesto que “El gramófono”, en lo esencial, es algo trágico (los viejos que se aferran a su mundo de ayer, solos, deseando morir donde nacieron y vivieron); pero mi enfoque es más suelto, más ágil. Por eso aparece el humor, la ironía y hasta el sarcasmo. Puedo decir que en esta obra hay más oficio de escritor, más madurez, y también más desprendimiento hacia el drama, aunque ese drama, personal o social, me siga afectando.³⁴⁸

348 Martí, “El gramófono de Rodrigo Rubio”, 68.

De ahí el sentido de la cita con la que el escritor encabeza la novela: “La civilización es una terrible planta que no vegeta y no florece si no es regada con lágrimas y sangre”.³⁴⁹

Precisamente, el miedo a la civilización es el que condiciona la vida del matrimonio protagonista de la novela, Marcelino y Felisa, los cuales vieron salir de su pueblo, Montejara, a sus tres hijos. Desde entonces, sus vidas se centraron en tres grandes objetivos: el recuerdo nostálgico de otros tiempos mejores, la esperada llegada de los hijos en unas vacaciones siempre breves, y la lucha por permanecer en el pueblo negándose a ir a vivir con ellos a Madrid.

Así, durante los doce meses del año, tantos como capítulos tiene la novela, asistimos a un relato de innegable sabor proustiano, en el que el anciano Marcelino Valverde se refugia constantemente en el mundo perdido de sus sueños, sus recuerdos y sus añoranzas, como medio de escape del que para él es su principal preocupación: el pánico terrible que siente cada vez que se plantea la posibilidad de tener que abandonar su casa y su tierra para irse a vivir a Madrid.

Agobiado por el peso de los años felices, cuando él y su mujer eran fuertes y tenían con ellos a los hijos, cuando del pueblo todavía no se habían marchado los jóvenes y cuando sus amigos no habían tenido que abandonar su pueblo para marcharse con los hijos, Marcelino nos trae a la memoria la imagen de aquel Alonso Quijano que, con su mundo auestas, se despedía con profundo dolor de su querido Montalvos.

Porque el discurrir de esos doce meses y capítulos supone una lenta despedida, el lento desarrollo de la crónica de una marcha anunciada e inexorable, por cuanto la enfermedad de Felisa no es sino una especie de bomba retardada, que estallará con su muerte y con la ulterior y más que probable partida de Marcelino hacia esa ciudad a la que tanto teme.

En este sentido, Marco Succio, profesor de la Universidad de Génova, en un interesante y atinado análisis de la novela, apunta que el mundo perdido que aparece en la misma es el mundo rural y que la novela es un reflejo de la gran migración interna que España vivió

349 Rubio, *El gramófono*, 17.

en los años sesenta del siglo XX; pero con la particularidad de que el protagonista de *El gramófono* no vive ninguna migración, sino el miedo a una posible despedida de su pueblo el día en que se quede viudo y el temor a tener que irse a vivir a Madrid.

Por otra parte, también comenta que la primera impresión que suscita es la de tener en las manos una novela muy típica del neorrealismo o del realismo crítico tan en boga en España en los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Aunque, en su opinión, la verdad es que es mucho más que una novela social, sea en el sentido cuantitativo o cualitativo de la palabra. “Con eso no se quiere, por supuesto, restarle importancia al género, como se solía hacer en cierta época de la literatura española —aproximadamente en los años del experimentalismo, que son aquellos en que se publicó nuestra novela—, sino simplemente subrayar cómo Rubio ha mezclado en la obra elementos propios de las diferentes etapas de la narrativa que desde el final de la guerra civil llegó hasta los primeros años setenta”.³⁵⁰ Y, entre esos elementos, destaca el existencialismo, el realismo social y el experimentalismo.

Ahora bien, a renglón seguido, menciona que de las características propias del realismo social que dominó la narrativa española en los años cincuenta y buena parte de los sesenta, en *El gramófono* no queda casi nada. Así, señala que el conflicto entre el mundo urbano y el mundo rural que presenta Rodrigo Rubio no es muy habitual en el realismo social, al igual que tampoco aparece otro rasgo propio de ese tipo de novela, como es el predominio del tema de la injusticia social. Y concluye:

Es más, la distancia de *El gramófono* con respecto a la narrativa social se acrecienta si observamos cómo en la novela no hay un protagonista colectivo, cómo falta casi por completo la descripción de ambientes y el binomio diálogo/introspección, que, mientras que en el realismo social se resuelve con el triunfo del primero, aquí se inclina por el segundo. No es que en las páginas de Rubio falten los diálogos, pero en la gran mayoría de los casos son insustanciales. Lo importante pasa por la cabeza de Marcelino, se manifiesta a través de sus elucubraciones,

350 Succio, “Intertextualidad e hibridación narrativa en *El gramófono* de Rodrigo Rubio”, 59.

subrayando así el carácter existencialista de la novela. Los diálogos, y me refiero a los más profundos, sólo le sirven al autor para armonizar un poco pensamientos de Marcelino que en páginas anteriores, según el esquema muy faulkneriano del flujo de conciencia, habían llegado al lector de una forma difuminada y borrosa.³⁵¹

La historia de una resistencia casi numantina

Queda, pues, planteado desde el principio de la novela, el tema central de la misma, la emigración; pero esta vez con un mayor énfasis por parte del autor en la tragedia de los que se quedan en el pueblo y se niegan a vivir el desarraigo. Así lo afirmaba el propio Rodrigo Rubio, cuando hablaba de la existencia de “un mundo propio” de cada escritor que, aun con matices concretos y puntuales, está presente en toda su obra:

En esta novela, relacionada de alguna forma con libros míos anteriores (cosa que no me disgusta puesto que siempre he admirado a los escritores de un mundo propio y de “una sola obra”), llego a los momentos presentes y “ciudadanos” del problema evocado antes en otros escenarios. Hay una visión, desde el enfoque del viejo desquiciado, del mundo donde el hombre moderno y los hijos de ese hombre se mueven y nos movemos. Se produce el contraste y es más amarga la vida del solitario rebelde que ama lo que ya no existe, lo que dejó de ser suyo y de una colectividad —el pueblo rural— desintegrada.³⁵²

Desde ese enfoque de viejo desquiciado se entiende mejor la alegría que experimenta Marcelino cuando una nevada del mes de enero deja al pueblo de Montejara sumido en el silencio y en la más grande soledad. Esa misma nieve que produce un temblor de muerte en Felisa,

351 *Ibíd.*, 60.

352 Véase la nota 348. Precisamente, el marbete “mundo propio” será el que nos sirva para titular el capítulo VII de este estudio sobre la obra de Rodrigo Rubio.

la cual se halla enferma e imposibilitada en la cama, es la que provoca que Marcelino recobre la ilusión de tiempos pasados:

Ahora, días atrás, los ojos le brillaron, como antaño, como en todos los lejanos inviernos, como en todos los perdidos eneros de otros tiempos, cuando él era un hombre fuerte y disponía y mandaba en el quehacer de su casa, y cuando, por añadidura, su casa era algo sólido, algo con vida, y no un destartado nicho en el que, podía verlo como quisiera, esperaban el frío último dos figuras que habían sido hombre y mujer.³⁵³

No obstante, su alegría es momentánea y resulta extraña incluso para él, pues en la actualidad hay pocos motivos para estar alegres, ya que, además de la enfermedad de Felisa, en el lugar apenas quedan cuatro muchachos y cuatro hombres que todavía no se ahogaban por culpa de la bronquitis. De los amigos del pasado, unos habían muerto y otros se habían tenido que marchar a vivir en ruidosas ciudades con sus hijos y nueras.

Lo único que le hace reír brevemente es el hecho de que, a causa de la nieve, se ha atascado en la carretera el coche del hijo de Ramón Tarazona, quien, después de la muerte de su madre, venía a llevarse al padre a su casa. Situación esta que Marcelino intuye que puede repetirse en su caso, y por ello su risa se convierte, de forma inmediata, en tristeza y preocupación, como lo demuestra el modo tan particular de expresar su pésame durante el funeral de la mujer de Tarazona:

Al día siguiente, que ya era febrero, asistió al entierro, y cuando se despidió el duelo, y todos, en fila, fueron dando la mano a Ramón padre y Ramón hijo, diciéndoles: *Os acompaño en el sentimiento, o que descanse en paz*, Marcelino le dijo a su convecino:

—No te vayas.

353 Rubio, *El gramófono*, 18.

Y al hijo:
—No te lo lleves.³⁵⁴

Años atrás, y a pesar de lo duros que eran los inviernos, Marcelino solía irse al campo, pues no sabía hacer otra cosa sino trabajar con ahínco. La tierra y la casa eran su vida; a lo sumo, alguna partida de cartas con los amigos al calor del fuego, en las oscuras tardes de los domingos. Sus mayores preocupaciones consistían en procurar que no faltase nada en la casa y en dejar a sus hijos un porvenir, “una hacienda regularcica”.

En el permanente y progresivo contraste que Marcelino va estableciendo entre pasado y presente, surge el recuerdo de otros meses de marzo, cuando en el pueblo había muchos pequeños propietarios de tierras que arreglaban sus majuelos y luego iban a echar jornales en los viñedos de los ricos hacendados. Entre ellos los de la familia Atienza, los dueños de la finca *Los Majanos*, los cuales eran los protagonistas, en buena medida, de la novela *Agonizante sol*. Según Marcelino, uno de sus hijos, Ricardo, hubiera conseguido conversación y trato con los Atienza, “de no haber quedado esta familia deshecha luego de los graves sucesos del 36”.³⁵⁵

Marcelino Valverde no quiere ver lo que hacen esos pocos hombres que hay en el campo, unos destajistas que solo se preocupaban de sacar el mayor dinero posible y que, más que podar, cortaban los sarmientos, algo que en nada se parecía al primoroso y cuidadoso quehacer de aquellos otros que dejaban las vides como nuevas, perfectamente preparadas para arrojar nuevos brotes. Porque ahora muchas personas no le tenían a la tierra el mismo apego que en otros tiempos y descuidaban su cuidado y atención, algo que nunca antes se hubiera hecho:

354 *Ibíd.*

355 *Ibíd.*, 60. Como se puede comprobar, se trata de un recuerdo del motivo central de la novela *Agonizante sol*. Un recuerdo que, como suele ser habitual en la novelística de Rodrigo Rubio, sirve para establecer una interconexión entre todas las obras del autor, especialmente entre las correspondientes al apartado que hemos dado en llamar del mundo perdido.

[...] ahora muchos de los hombres del gasón, con automóvil igual que los de la ciudad, con muchos duros y tiempo libre, se iban de viaje, o para una temporada, a los mares de Alicante y Valencia. También otros, o los mismos, se compraban pisos en la capital, allí mandaban a sus hijos mayores, para que estudiasen. ¿Quién amaría la tierra en un tiempo futuro...?³⁵⁶

Esta pregunta retórica formulada por el narrador surge al hilo de una conversación entre Marcelino y su amigo Vicente Alfaro, en cuyas tierras antes trabajaban hasta seis hombres, todos con sus abarcas, con sus sombreros de palma y con sus horcas, trillos, palas y cribas, mientras que actualmente solo había dos hombres, con cosechadoras y ropa de mecánicos.

Las preguntas sobre el futuro de la tierra se las había hecho muchos años antes el hijo mayor de Marcelino, Ricardo, quien, a diferencia de su padre, apenas experimentaba satisfacciones con el trabajo de la tierra y acariciaba la idea de irse del pueblo lo antes posible. Mientras llegaba ese momento, en lugar de ir a trabajar echando jornales, como siempre había hecho su padre, Ricardo vagabundeaba por el pueblo y pasaba horas y horas en el casino, lugar en el que se le abrieron las puertas para marcharse a trabajar a la cercana central hidráulica y, más tarde, a las obras del pantano del río Cabriel.

Porque, en contra de la opinión de Marcelino, Ricardo pensaba que la modernidad que se iba aproximando al campo no beneficiaría a los pobres, sino a los ricos. Por eso trataba, inútilmente, de abrirle los ojos a su padre:

Quíteselo de la cabeza. Hemos entrado en un tiempo en el que se enriquecerán los que ya tienen mucho. Lo puede comprobar, padre. Usted ha visto como, cuando los cupos forzosos, eran pequeños agricultores los que entregaban hasta el último celemín, mientras que los ricos propietarios sabían arreglárselas para llevar una parte no

356 *Ibíd.*, 165.

proporcional a la cosecha obtenida. Eso lo sabemos todos, y usted no lo ignora. Así, con el trigo sobrante, vendido a estraperlo, se empezaban a enriquecer mucho más, y de prisa. La prueba está en las muchas tierras que esos siete u ocho grandes han comprado, y no ya en el término de Montejara, sino incluso en los pueblos de alrededor. Para nosotros no han sido propicios estos tiempos, padre, y usted lo sabe.³⁵⁷

La reacción del padre frente a la actuación y las palabras de su hijo no podía ser otra que la de amar aún más su trabajo, su casa, sus animales, sus tierras y sus aperos. Para Marcelino, nada había en el mundo mejor que el silencio y la hermosura de los campos, el rumor de las alondras sobre los sembrados de cereales, los saltos de las perdices de surco en surco, el olor de los montes y el traqueteo de los carros: “Nada, por mucho que hubiera en otras partes, podría ser como aquello: como sus campos, como sus animales, como el olor a la hierba recién segada que amontonaba en el porche, como el blancor de las paredes de su casa, como el calor y la paz que le proporcionaba la lumbre de su cocina...”³⁵⁸

Las crías comienzan a abandonar el nido

Finalmente, como él temía, sus tres hijos acabaron marchándose del pueblo. Y el primero que lo hizo no fue el mayor, sino el segundo, Marcelo, al que su padre llamaba “el desgraciado”, pues ya desde niño había manifestado tendencias homosexuales, lo que provocaba la burla de la gente del pueblo con aquello de “*Marcelo-Marcela, que ni corre ni vuela.*” Así que el muchacho acabó yéndose a trabajar como camarero y como artista con un grupo de cómicos. Mas, curiosamente, después de la vergüenza que la familia había tenido que pasar, al cabo resultó ser

357 *Ibíd.*, 104. Esta crítica de Rodrigo Rubio acerca del enriquecimiento ilícito y oportunista de muchos ricos propietarios suele ser más frecuente en las novelas que veremos en el siguiente apartado, pertenecientes a la etapa de denuncia social, en línea con el realismo crítico o la novela social. No obstante, como se puede apreciar, el autor no evita dicha denuncia en aquellas otras novelas dedicadas al recuerdo nostálgico del mundo perdido, ya que considera que actuaciones como la que aquí se pone de manifiesto contribuyeron a acabar con aquella otra vida que, a su juicio, era mejor que la que Rubio estaba viendo y viviendo en los momentos de escribir sus relatos.

358 *Ibíd.*, 106.

el hijo más cariñoso y el que con más frecuencia acudía a verlos, una vez que sentó la cabeza y dejó de travestirse y de andar en líos de vicios y de drogas, para dedicarse a estudiar y tocar música. De ese modo, el sentimiento de vergüenza de los padres se tornaba en orgullo cada vez que el hijo acudía al pueblo con sus compañeros de orquesta para tocar en el patio de la casa, ante el agrado y la curiosidad de los vecinos, a quienes el hecho de haberse hecho músico y tocar en una orquesta de la capital les parecía algo asombroso.

Poco después de la marcha de Marcelo, llegarían las de Ricardo y Mercedes. El primero, metido en negocios empresariales, solo aparecía por el pueblo cada dos años, y en época de caza, junto con sus amigos o socios, en unas visitas que duraban poco más que el tiempo que se tardaba en tomar “un bocaó”.

En cambio, Mercedes solía visitarlo más frecuentemente, aunque la mayor parte de las veces lo hacía de camino hacia la playa o de regreso de esta hacia Madrid, o, también, por Navidad, y siempre para pasar dos o tres días con sus padres. Y eran estos unos viajes que servían para que el padre notara un gran ahogo en su garganta, agobiado como estaba por el peso de toda su historia a cuestas, sin poder desprenderse de los recuerdos de las siegas, los bailes, las alegrías y las tristezas de otros tiempos, que siempre estaban muy presentes en él. Unos viajes que servían, también, para que la hija y el yerno mostraran continuamente sus deseos de llevarse, para el chalet que se estaban construyendo cerca de la sierra de Madrid, todas las cosas antiguas que encontraban en la casa y en el pueblo: viejos aperos, un carro derrengado, tejas viejas, ruedas de carros, cabezadas de caballerías, tenazas, fuelles, etc. Todo ello ante la sorpresa de Marcelino, quien veía lo mucho que eran apreciadas en la capital aquellas cosas que en el pueblo apenas se valoraban, lo que para él suponía un tremendo y auténtico sinsentido.

Lo mismo que sucedía con el escaso número de hijos que tenían los matrimonios urbanos, o con los miedos y aprensiones de su hijo Ricardo, a quien no solo le preocupaba el hecho de que no le pagaran sus trabajos, sino también los posibles problemas ocasionados por el gas o el que muriera gente de la política, circunstancias todas ellas que a Marcelino no le interesaban ni le afectaban lo más mínimo.

Pero de lo que Marcelino no pudo escapar fue de la necesidad de hacer algunos viajes a Madrid, los cuales suponen una gran distorsión en su tradicional forma de vida, a la que él se aferra con todas sus fuerzas.

El primero de esos viajes, con motivo de la boda de su hija Mercedes, lo realizó, junto con Felisa, en tren desde la estación de La Roda. Aunque a la boda de su hijo Ricardo en Asturias no habían ido, pretextando que aquel era un mundo muy lejano, en esta ocasión no pueden negarse, sobre todo por el sentimiento que se traslucía en las cartas que les dirigía la hija suplicándoles su asistencia a la boda. Una circunstancia que permite a Rodrigo Rubio introducir, dentro de la narración en tercera persona, unos textos entre paréntesis y en letra cursiva, correspondientes a un fragmento de una de esas cartas y a un diálogo que Marcelino mantiene con su amigo Juan Dueñas:

[...] no pudieron negarse, imposible, cuando la muchacha dijo de casarse, que les escribía con mucho sentimiento, las cartas mojadas de lágrimas (*padre, madre, que he llorado, por el disgusto que ya me nace, pensando si he de verme sin ustedes en día tan señalado y grande para mí*). Marcelino se estremecía, bebiendo de nuevo (*anda, echa, echa otro lingotazo, Dueñas, coño, que, no sé por qué, me pones nervioso*), hablando ya lo que para Felisa (cuando después se lo comentó) no eran sino disparates de desquiciado.³⁵⁹

Ese primer viaje le sirvió, además de para dar gusto a su hija, para comprobar las evidentes diferencias entre los llanos y hermosos campos manchegos y la tierra calva, sin viñedos ni cultivo alguno, de las cercanías de Madrid, algo que a Marcelino le provocaba sed y malestar.

El segundo, años más tarde, lo hicieron en el automóvil de su hija y su yerno. Un largo e incómodo viaje, presagio de los días inquietos que iban a pasar en casa de la hija, en Moratalaz, en medio de un ambiente de atascos, vértigos y contaminación, que el propio Rodrigo Rubio conocía muy bien por haber residido en ese barrio entre 1968 y 1979:

359 *Ibíd.*, 183-184.

La casa de Mercedes estaba en un barrio que se llama Moratalaz. A Marcelino le pareció un mundo caótico, todos los bloques rojos —algunos grises—, casi iguales. Había por allí viejos que salían a tomar el sol, sentándose en los bancos de madera. Por las noches, eran riadas de automóviles los que venían del centro de la ciudad.³⁶⁰

Así que al pobre Marcelino, metido de lleno en ese mundo de apreturas, ruidos, semáforos, contaminación, vehículos, accidentes y muerte en medio de la calle; metido de lleno en medio del laberinto de una gran ciudad, se le “abría el cuerpo y le daba miedo pensar se le descompusiera en un sitio así, sin saber dónde estaba el cagadero”.³⁶¹

Y lo peor de todo era que la hija, al principio muy amable y cariñosa, cuando ya los padres llevaban quince días en la casa, “les rogaba que no hablaran tan alto, y al padre, *por favor no escupa usted en el suelo*. Y el hombre: *hija, lo hice una vez, porque se me atragantó algo*”.³⁶² De ahí que a Marcelino y Felisa no les pareciera extraño el que, a la hora de regresar al pueblo, pasado ya un largo mes en Madrid, Mercedes protestase ligeramente, pero sin insistir para que se quedasen más tiempo. Y, aunque ellos se hicieron el firme propósito de no volver nunca más a ese lugar, “lo de Marcelo” les obligaría a incumplir su promesa, pues, cuando su hijo fue asesinado, tuvieron que coger nuevamente el tren para acercarse hasta la capital de España.

La muerte va anunciando su llegada

Para Marcelino, sueño y realidad eran “como una verdad, con sus mezclas, con sus gritos por el miedo y sus gritos por la euforia”.³⁶³ Por eso, como hemos tenido ocasión de ver, él pasa la mayor parte de su inactividad diaria en ese mundo de sueños que le mantiene a cierta distancia emocional de la enfermedad de su mujer y de la constante

360 *Ibíd.*, 194-195.

361 *Ibíd.*, 195.

362 *Ibíd.*, 197.

363 *Ibíd.*, 82.

preocupación por su más que probable marcha con los hijos cuando ella muera.

Esos sueños, a veces, rayan en lo surrealista, ya que se trata de una especie de pesadillas sin aparente sentido, que, en su mayor parte, son resultado del terror que siente ante la idea de tener que abandonar su casa y su mundo. Así, en uno de esos sueños —especie de alegoría de la muerte y del desarraigo posterior— ve cómo venían grupos de hombres, todos vestidos de color oscuro, los cuales “cantaban por lo fúnebre” mientras se llevaban a todas las viejas para meterlas en unos ataúdes muy largos y estrechos, todos negros y ribeteados de cintas amarillas y encarnadas. Después, los subían en un tren fúnebre formado por carruajes de entierro y, luego, “aquellos hombres vestidos de oscuro, un poco más altos de lo normal, regresaban hacia el pueblo, se frotaban las manos, bebían un trago —un líquido algo verdoso— y apenas sin esfuerzo se apoderaban de todos los viejos, sujetándolos con una red, igual que pájaros”.³⁶⁴

En otra ocasión, Marcelino sueña con uno de esos carnavales, por entonces prohibidos por el gobierno. Y este sueño hay que interpretarlo como una continuación del anterior y en clave premonitoria respecto del enemigo que procede de fuera del pueblo. En dicho sueño, los vecinos del pueblo —tanto los vivos como los muertos— salen con sus disfraces, con unas calaveras hechas con melones sin pulpa, con cirios encendidos y dientes de patata, entonando cantos fúnebres, para hacer frente a un grupo de cazadores de la ciudad, cargados de escopetas y cuchillos, a los que se les hace retroceder y abandonar el pueblo.

Y, cómo no, buena parte de estos sueños están relacionados con la situación en la que viven las personas viejas que se instalan en las ciudades. Como ejemplo de ello, citaremos la pesadilla que le sobreviene en el transcurso del capítulo dedicado al mes de octubre, cuando ya se va acercando el trágico desenlace final. Marcelino cierra los ojos y ve a todos sus amigos emigrados que venían hacia él subidos en los autos de juguete de sus nietos y que tenían como destino la civilización:

364 *Ibíd.*, 38. Sin duda alguna, estos hombres vestidos de oscuro son un claro precedente de esos enlutados que aparecerán en la novela *Cuarteto de máscaras* (1976) y en los relatos “Vida y muerte de una extraña flor” (1975) y *Tallo de sangre* (1989).

Los viejos emigrados estaban en un circuito de carreras. Venían los chiquillos corriendo: *¡Mamá, mamá!, que nos han quitado el scalextric.* Los viejos reían, vestidos con ropas de colorines. Marcelino se había subido a un árbol. Allí estaba Mercedes, niña aún. *¿Qué haces aquí?*, y la muchacha le miró con miedo. *La tía Narcisa, que viene corriendo desde su retrato.* La chiquilla tenía miedo. Marcelino la tomó en brazos. *Anda, baja; si la tía te hubiese querido mucho, de haber vivido.* Ya no estaban los viejos, ni los críos, ni nadie. Tampoco Mercedes. Marcelino, en medio de una viña, daba gritos, pedía socorro [...]

Marcelino quería romper la cuerda con la que le habían atado.

—¿Por qué os empeñáis en llevarme?

Eran su hijo Ricardo, su yerno Pedro, su hija Mercedes, los cuatro nietos. Felisa detrás, sin atar, contenta, marchando por su gusto.

—Ahora, sí; ahora ya no se volverá.³⁶⁵

A medida que pasa el tiempo, Marcelino va viendo cada vez más cercano el momento de la obligada y temida partida, lo que hace que llegue a acariciar la idea del suicidio, colgándose de una de las vigas del techo de la cámara, ya que ese era por lo general —ese o el pozo— el lugar elegido por los suicidas.

En el mes de noviembre, con ocasión de un empeoramiento de la enfermedad de Felisa, Marcelino aprovecha para colocar un clavo en la cerradura, que estaba medio caída. Y, cuando la vecina, Maximina, trae de la farmacia las pastillas que ha recetado el médico, le quita las llaves de la casa y cierra la puerta a cal y canto. Desde ese día él es quien se dedica a cuidar con el máximo esmero a su mujer y tan solo, y de cuando en cuando, abre la ventana al tonto Evaristo para hacerle algún encargo. Así hasta que una noche Felisa se estremece y se queda quieta para siempre.

A partir de este momento, los habituales diálogos entre Marcelino y Felisa aparecen con *las respuestas* de esta en letra cursiva, señal evidente de que nos hallamos ante un auténtico monólogo, en cuyo transcurso Marcelino pone en la fría boca de su mujer las respuestas que él desea oír.

Mientras en el pueblo cunde la alarma por los días que transcurren sin noticias del matrimonio, Marcelino sigue *jugando con su mujer* a la

365 *Ibíd.*, 207-208.

oca o al parchís y, en una ocasión, permite la entrada de Evaristo hasta la habitación de la muerta.

De este modo, el bobo se convierte en una especie de cómplice, que escucha y ve las mismas cosas que dice ver y oír Marcelino: Felisa está sentada tranquilamente en la cama, comiendo galletas. Y, para asegurarse de que la versión del muchacho va a coincidir con la que él le ha ofrecido, lo acompaña al bar del pueblo, ante la sorpresa generalizada de sus paisanos.

Cuando, por fin, un día los hijos de Marcelino llegan a Montejara y descerrajan la cerradura, se encuentran con el espectáculo que todo el mundo preveía: el cadáver de la madre, muerta desde hacía varias semanas, y el padre medio lelo, escuchando continuamente la música del gramófono:

Entraron. La copla de Angelillo languidecía. “...*La enterraron por la tarde...*”, y en el disco apareció la arruga. “...*Enterra..., enterra..., enterra...*” Marcelino recontaba los últimos villancicos que él había cantado, las nueces que había partido, las lumbres que había atizado... Estaban junto a él todos los de su sangre, los vivos y los muertos. Nevaba en algún rincón de sus adentros. Llovían sobre sus mejillas gotas calientes echadas fuera por el parpadeo de los ojos irritados.³⁶⁶

Un gramófono que suena a mundos viejos

Como vemos, el gramófono, que da título a la novela, también está presente en el momento del final de la misma, como si fuese una especie de eco que, a voz en grito, cantara a los cuatro vientos la muerte de Felisa.

Así es como acaba el simbolismo de dicho aparato musical, que había aparecido en escena hacia la mitad de la novela, cuando en el capítulo VII —el correspondiente al mes de julio— Marcelino había

366 *Ibíd.*, 254.

decidido ponerse a buscar el viejo gramófono en la cámara de la casa, idea que había agradado a su mujer, a quien le hacía especial ilusión escuchar alguna canción de Angelillo, como la que luego se oirá, de forma reiterada, en el momento de su muerte.

La sola idea de volver a escuchar el viejo gramófono de bocina hace que Felisa recupere el deseo de comerse un choricico de los que están guardados en la orza. Mas el valor simbólico que tendrá al final de la novela se anticipa, a modo de presagio —o mal agüero, como dice Felisa—, cuando Marcelino sube a la cámara a buscarlo mientras canta la letra de una triste canción de dicho cantante: “*La enterraron por la tarde, a la hija de Juan Simón, y era Simón en el pueblo el único enterrador*”.³⁶⁷

Ese viejo gramófono, comprado por el padre de Marcelino cuando este era un muchacho, le facilita el adentrarse en mundos viejos, recordar bailes domingueros, rejuvenecer y acercarse hasta algunos familiares muertos, como su hermana Narcisa, el abuelo Matías y el tío Leandro, con su hija Carolina la Fina.

Narcisa Valverde era una muchacha de negros ojos, grandes y tristes, que parecía huir de los hombres, como si fuera “una gata criada en camaranchón”. Ella había ayudado a Felisa a traer al mundo a sus tres hijos y había ido acumulando rarezas hasta que, al final, acabó volviéndose loca por un amor imposible con un joven vasco que formaba parte de las Brigadas Internacionales y que, al término de la guerra, fue hecho prisionero por las tropas vencedoras.

Tras despedirse de él, Narcisa se acercó a la boca del pozo, como había hecho cuando murió su padre, y allí se quedó esperando ver en el fondo del mismo una salida para su repentina desesperación. Más tarde, al enterarse por carta de que el brigadista Ignacio había muerto al intentar huir al extranjero, regresó nuevamente junto al pozo, en donde cogió la humedad necesaria como para morir de pulmonía.

Del abuelo Matías Valverde, su hijo Marcelino guarda buenos y malos recuerdos. Los malos van unidos a la dureza del trabajo en el monte, cuando, siendo él todavía un muchacho, su padre realizaba

367 *Ibíd.*, 146.

contratas para acarrear troncos hasta el aserradero. También, a las visitas del abuelo a la capital, después de quedarse viudo, en busca de relaciones con fulanas.

Y, por supuesto, todos los recuerdos relacionados con la guerra, cuando el viejo Matías estuvo a punto de ser paseado, pues los milicianos lo habían tomado entre ojos porque, en “aquellas primeras y alocadas jornadas de la revolución, el viejo salió a la calle, repleta de tipos con escopetas, y les dijo: *Sois un atajo de vagos y de mierdas*”.³⁶⁸ Porque el abuelo no podía ver cómo los mejores muchachos del pueblo salían hacia los frentes de guerra. Una guerra que, para él, no era más que un acuerdo de vagos y maleantes para sacar, en el río revuelto, los mayores beneficios. Y más aún cuando empezaron los registros y las entregas forzosas de legumbres y cereales. En esos momentos, como no tenía ninguna escopeta a mano, se desahogaba acariciando a su perro *Morronegro*, que era medio lobo, y maldiciendo por las afueras del pueblo.

De su padre, Marcelino admiraba su capacidad de sacrificio para el trabajo, el que tomara en consideración las opiniones del hijo para hacer las tareas del campo y, sobre todo, su amor a la tierra, que se pone de manifiesto en la expresión de su última voluntad antes de morir:

Si algún día alguien, en guerra o en paz, atenta contra lo nuestro, defiéndelo y defiéndete con uñas y dientes. Que tus hijos amen la tierra y esta casa que poco a poco hemos levantado entre todos los Valverde. No seas cagón y cómprate escopeta, aunque no te den licencia. Defiende esta casa, y mira si esa hermana tuya es capaz de vestirse de colores un día.³⁶⁹

Otros personajes que se asocian al mundo simbolizado por el gramófono son su tío Leandro y su prima Carolina. A diferencia de su hermano Matías Valverde, Leandro había sido siempre un vividor, un pelota de políticos, con algunas tierras, pero sin amor al campo, pues a

368 *Ibíd.*, 46.

369 *Ibíd.*, 51.

él lo que le gustaba era “vestirse el traje de pañete, uncir el jaquillo a la tartana y largarse al pueblo, a Monsalve, para allí, en el casino, jugarse los cuartos”.³⁷⁰ Y algo similar ocurría con su única hija, a la que Marcelino llamaba Carolina la Fina, la cual era conocida en todos los pueblos del contorno y en la capital a causa de su afición a las fiestas, incluidas las de tipo sexual.

Al acabar la guerra, el tío supo sacar partido de su adhesión a los vencedores, y tanto él como su hija se enriquecieron con facilidad, aunque en seguida dilapidaron su hacienda en fiestas para alternar con los poderosos, y la hija acabó en un prostíbulo de lujo de su propiedad, con el padre ejerciendo como alcahuete suyo.

El tío Leandro aparece en uno de los sueños fantásticos de Marcelino, para decirle que había decidido vender sus tierras con la intención de poner una casa en Albacete en la que su hija pudiera disfrutar de la vida. Un disfrute que el propio Leandro había empezado a experimentar desde el momento en que decidió casarse con la hija de Dionisio Lamata, Andrea, la cual, a pesar de ser tartamuda y algo alborotadora, heredaría unas buenas tierras.

Poco después, Leandro se desprendería de todo ese patrimonio, “alegremente, sin ningún dolor, pues nunca había sido hombre que apreciara la tierra en su esencia, en su verdad.” Y lo que más le dolió a Marcelino fue que las vendió a otro hombre como él, a Antonio Lorca, el alcalde de Montejara, quien era, “desde que los tiempos cambiaron, uno de los hombres más ricos de la contornada”.³⁷¹

La figura de Antonio Lorca representa la perfecta imagen del vencedor en la contienda civil. Su hacienda había ido multiplicándose día a día, primero con el estraperlo y otros negocios sucios, y, luego, comprando tierras a precios bajísimos, como el que pagó al tío Leandro. Además, esta prosperidad del alcalde de Montejara se asocia a la posesión de otro elemento simbólico, como es el tractor.

370 *Ibíd.*, 86.

371 *Ibíd.*, 123.

Soplan vientos de modernidad

El tractor había aparecido, por primera vez, en el capítulo inicial, cuando remolcaba el coche del hijo de Ramón Tarazona, el cual venía a recoger a su padre para llevárselo con él a la ciudad. Desde ese momento, el tractor adquiere el valor simbólico de elemento propiciador de la modernidad y la prosperidad, dado que, nada más aparecer en escena, presta su apoyo para permitir la llegada al pueblo del automóvil que va a llevar a Ramón a una vida, en teoría, mejor y más cómoda.

La modernidad que supone el tractor tiene, no obstante, una consideración perspectíva, pues, según los hijos de Marcelino, será bueno para los ricos propietarios y malo para los “propietarios de medio pelo”, los cuales quedarían en una situación aún peor que la de los simples braceros.

Además, para los viejos, puede llegar a ser un peligro, un riesgo para sus vidas, como le sucede a Marcelino, quien, en una de las pocas ocasiones en que se decide a salir a la calle, está a punto de ser aplastado por una de esas máquinas:

Y fue entonces cuando salió a la calle, luego a las corraladas, creyéndose —eso le parecía— que iba a encontrar yuntas camino de los barbechos, para la tercia; carros, hacia el monte, para la traída de troncos; cantos de alondras, sobre los surcos. Mas luego, de pronto, notó como rumores de un mundo que aborrecía, y no pudo sino escupir cuando el tractor de Antonio Lorca, conducido por el muchachón de Jacinto Almagro, casi lo aplasta, en el recodo del camino.

—¿Es que no oye, Marcelino?

Y se apartó, temblón. *¿Por qué no será siempre de noche?*, se dijo. Y vio cómo la máquina se perdía, camino adelante, sin dejar sonido de campanillas ni canciones de muleros.³⁷²

Para Marcelino, aferrado a su mundo perdido, el tractor representa, especialmente, un peligro para la vida tradicional del campo, tal como él

372 *Ibíd.*, 81-82.

la había vivido siempre y como le gustaría seguir viéndola y viviéndola. Por eso, se negaba a permitir que le segaran sus cuatro cebadales con una de las máquinas de la cooperativa. En su opinión, lo que hacían esas máquinas tan rápidas, con un solo hombre al volante, no era segar, pues dejaban el campo lleno de espigas. De ahí que él fuera partidario de las cuadrillas de segadores, quienes sí ataban bien las espigas.

En tal sentido, el tractor es un símbolo opuesto al gramófono, cuya música les trae a Felisa y Marcelino recuerdos de un mundo mejor:

Soñó Felisa que andaba muy ágil, trajinando en su casa; que enjalbegaba paredes, limpiaba suelos con agua de sanguina, para ponerlos muy rojos, como a su hija le gustaban; que hacía dulces en el horno y engordaba, dándole ella con su mano los más gruesos granos de maíz, un hermoso pollo para freírlo con tomate. Imaginaron que el gramófono era nuevo y que las placas no tenían arrugas, y que Mercedes bailaba en el patio, y que allí mismo estaban Marcelo y Ricardo [...] Imaginaban los dos, hablando en susurro, para matar los días, que Marcelo resucitaba, con la guitarra igual que recién estrenada, y que la música de sus amigos y compañeros, aunque ellos no estaban presentes, venía de muy lejos, por sobre todos los campos, para hacer más grande la fiesta del patio...³⁷³

Por otro lado, el gramófono se sitúa en relación de oposición con la novedad que representa el magnetófono de los nietos de Marcelino, los dos hijos de Mercedes. El estruendo de la música de este aparato ahoga la polca que está sonando en el gramófono del abuelo y, con ella, toda la forma de vida que esa música representa:

El crío Pedrito: *Papá, papá, pon la "cassette" de La Pandilla*. Y el pequeño: *No, la del cuento de Aladino*. Y Pedro, el padrazo, aflojando en su risa: *Bueno, bueno, ya pondremos las "cassettes"*. Y Marcelino, el abuelo, sentado, temblón, vio que en el gramófono se ahogaba la

373 *Ibíd.*, 168.

polca, que la polca moría, el olor a tierra mojada, y a geranios, y a rosas, moría, y que él mismo parecía morir.³⁷⁴

Por eso, cuando Mercedes emprende el viaje de regreso a Madrid y le pide a su padre que conserve bien el gramófono para más adelante llevárselo, junto con las otras antigüedades que piensa colocar en su chalet, él se dedica a dar cuerda al aparato hasta que lo rompe y, entonces, se echa a reír, porque así se asegura la permanencia de este en su casa y, de alguna forma, la pervivencia junto a él del mundo de su pasado, de ese mundo que cada vez intuye más perdido.

En tal sentido, estamos totalmente de acuerdo con José López Martínez, cuando afirma que *El gramófono* tiene un cierto regusto proustiano, por la angustiada búsqueda del tiempo perdido que muestra en todo momento un Marcelino Valverde apresado por el miedo pavoroso a la gran ciudad. La conclusión a la que llega este crítico y escritor manchego resulta sumamente esclarecedora:

Amarga y terrible lección actualísima. Hay muchos Marcelinos Valverde hoy en España. Muchos ancianos muriendo en soledad, atrapados por la nostalgia en el medio rural. No es tema baladí el que aborda Rodrigo Rubio en *El gramófono*. Plantea una cuestión sobre la que debemos reflexionar; uno de los mayores dramas de nuestro tiempo y país. La emigración ha dejado muchos hogares sin el calor de los hijos. En este aspecto nos hallamos ante una novela palpitante, testimonial en su más hondo sentido. En cuanto a la forma en que está contada, el escritor de Montalvos se mantiene dentro de su línea ya conocida: estilo sencillo, rural, pero exigente, sin nada de populacherías. Lo que sí se advierte en *El gramófono* es una mayor veteranía narrativa, un más logrado dominio del género.³⁷⁵

374 *Ibíd.*, 174-175.

375 López Martínez, "El gramófono", 25.

Por su parte, Sanz Villanueva destaca el hecho del detallismo que con Marcelino Valverde describe todo cuanto le rodea y que, nuevamente, recuerda la voluntad del escritor albaceteño de regresar a su mundo perdido. Según Sanz Villanueva, nombrar las cosas es una forma de mantenerlas vivas, y a ese deseo obedece, por ejemplo, el censo que realiza Marcelino de cuanto aparece en la cocina de su casa. Una amplia lista de objetos que, en opinión del crítico, debe atribuirse más al escritor que al personaje; un autor real que incluso invade la conciencia del narrador incorporando explicaciones propias de un diccionario o de nota a pie de página. Y, como muestra, cita el siguiente texto de la novela:

Empezó a mirar todas las cosas que había en la cocinilla, como si las fuese a recontar. La lumbre, con el “atrancaor” —barra de hierro curvada y con asa—, el pucherete donde hervían unas patatas; la ventana, con el alféizar; allí el neceser, una canastilla de costura, también el tabaque; la máquina “Singer” [...] Miró el techo, de los que dicen a tejavana, pero enlucido con yeso de cañote [...] Aquel día, que soplaba el viento ábrego, hacía humo; es decir, por la chimenea revocaba el humo, como siempre en iguales condiciones atmosféricas.³⁷⁶

3.5. *Palabras muertas sobre el polvo* (1967)

Es este un libro de cuentos, dividido en tres partes y precedido por una interesante introducción del autor acerca de las narraciones que contiene. Palabras introductorias que se abren con una especie de definición sobre lo que para Rodrigo Rubio es el género cuento: “una narración breve en donde el autor pone, lo mismo que en una obra larga, todo cuanto le es posible para conseguir cierta calidad”.³⁷⁷ Y, a renglón seguido, añade que ya no se suelen escribir relatos con historias fantásticas o pueriles, sino que el cuento es concebido de otro modo:

376 Sanz Villanueva, “La encrucijada del realismo”, 119. La cita de *El gramófono* corresponde a las páginas 24-25 de esta novela.

377 Rubio, *Palabras muertas sobre el polvo*, 7.

Por eso, el cuento no es sino una pieza breve de la narrativa que nos habla, en muchas ocasiones, de cosas grandes. Por eso, un volumen de cuentos (algo que siempre es visto por el lector con cierta reserva) es, nada más y nada menos, como una novela, con la particularidad de que aquí cada capítulo es una historia completa, o un pedazo de vida —según—, de lo cual se puede deducir que, casi casi, resulta más interesante.³⁷⁸

Como el autor sabe que algunos lectores no compartirán estas afirmaciones suyas, continúa diciendo que él es consciente de que una novela larga es una obra de más peso. “Pero ojo con el peso, que a veces resulta molesto...”³⁷⁹

Además, respecto del interés que despiertan los cuentos, opina que es lógico que atraigan poco, si es que se entiende por cuento una historia fantástica hecha para entretener, al estilo de algunos relatos de los tiempos de don Saturnino Calleja. Pero, si se considera que un cuento es algo arrancado de la propia vida, entonces nos tendrá que parecer, forzosamente, interesante, porque es “algo que nos lleva a rozar la vida con todas sus hermosas y feas realidades.” Es decir, según Rubio, el escritor de cuentos tiene que tocar tierra, tiene que rozar el terreno de las verdades, aunque estas no siempre sean agradables. Y, además, cuando se trata de un volumen de cuentos, este ha de tener “un tono general de ambiente, y otro tono, también casi general, de intención”³⁸⁰

En su caso, el tono general de ambiente viene dado por el hecho de que casi todas las narraciones del libro han sido hechas en lo rural y de lo rural. El tono de intención es “porque, arriba o abajo, antes o después, se pasea, con sus sombras de tristeza y dolor, el fantasma, tantas veces odiado, de la guerra”³⁸¹

Los suyos son cuentos en los que hay más vida contada que vida inventada, pues se trata de relatos que han salido de su interior, que se

378 *Ibíd.*

379 *Ibíd.*

380 *Ibíd.*, 8.

381 *Ibíd.*

le han escapado desde lo más íntimo hasta las páginas del libro, con intención de encontrar una nueva vida. En este sentido y a vista del poco esfuerzo que le cuesta, podría parecer que no tiene casi mérito describir un mundo del que él ha formado parte durante tantos años.

No obstante, confiesa que la composición del libro, en cuanto a su estructura, le ha llevado bastante tiempo. Así, aunque los relatos forman un todo unitario, por cuanto reflejan a una tierra y a unas gentes concretas, ha decidido dividirlo en tres partes. En la primera, las narraciones hablan de un tiempo no demasiado preciso, sino más bien algo intemporal. En la segunda, el conjunto de narraciones está referido al tema de la guerra y, según dice el autor, fueron concebidas para formar parte de un mismo libro. La tercera recoge narraciones escritas en una fecha más reciente —a diferencia de las otras dos, que son de sus primeros años de escritor, aunque convenientemente revisadas—, que han surgido en torno al fenómeno de la emigración rural.

La crónica de un desengaño

La primera parte del libro está compuesta por siete relatos, el primero de los cuales es el que da título al volumen, “Palabras muertas sobre el polvo”, y está dedicado a la memoria de su padre, a quien califica de filósofo sin libros. Se trata de una historia de ilusión y desengaño acerca de la promesa de traer agua al pueblo hecha por un político de la provincia, aspirante a diputado. Una historia dividida, también, en siete episodios, comenzando por la noticia de la próxima llegada al pueblo de don José María Sánchez Rambla —curioso e irónico segundo apellido el de este paisano, que se había marchado del lugar con catorce o quince años y que regresa ahora, movido por meros intereses personales—, cuya visita despierta un brillo nuevo en los ojos de muchos vecinos, pero no así en los del escéptico Andresejo, el abuelo del muchacho narrador de esta historia.

Precisamente, el abuelo fue uno de los hombres que había contemplado el cuerpo ahorcado de Basilio, el bodeguero, el padre del político que va a venir a visitarlos para pedirles ayuda en sus aspiraciones a ser diputado, y en el que todos parecen confiar. Todos, menos

Andresejo y Adolfo, el barbero, dos hombres curtidos por la edad y por los desengaños y aferrados a la honda sabiduría popular de sus refranes y de sus frases a modo de sentencias.

Tras el acuerdo, en pleno municipal, de prestar a don José María la ayuda que les requiera, comienza una larga espera, durante la cual los vecinos engalanan sus casas y realizan todos los preparativos propios de una gran fiesta. Y, por fin, la llegada del político, con un recibimiento multitudinario, con música, banderas de papel y una felicidad generalizada, aunque rodeada de unos ciertos oscuros presagios: un cielo raso, sin ninguna nube que anunciara lluvia, y una gigante tolvanera de polvo en lontananza.

Todas las escenas que rodean al recibimiento representan una magnífica muestra de esa España profunda, inculta y confiada, que tan bien retrataran, por ejemplo, los cineastas Luis Buñuel y Luis García Berlanga. Y no lo es menos el naturalismo con que Rodrigo Rubio relata la escena del discurso de bienvenida del alcalde:

Sebastián, el hijo de la sorda, herido en África el año 1909, miró a un lado y a otro, levantó las manos y dijo: “Vecinos... Vecinos: yo...” Tosió, ladeando la cabeza para escupir. (Yo vi a mi padre después que se miraba las botas, y es que el salivazo del alcalde, según supimos luego, le había caído encima) “Yo... —prosiguió Sebastián—. Yo... Bueno, quiero decir que don José María está aquí, que ha “venió”, como podéis ver “toos”. El... El va a decir un mitin, así que yo... yo no puedo decir “na” de él, aunque se podría decir “muncho” y bueno. Yo...”³⁸²

En efecto, el discurso del político republicano fue lo que cabía esperar: un auténtico mitin cargado de tópicos y promesas fáciles con los que logró despertar la pasión y la esperanza de sus paisanos en la próxima llegada de un canal lleno de agua para ese pueblo y todos los de la comarca. A cambio de esa promesa, solicitaba ayuda moral y material

382 *Ibíd.*, 26.

para ser diputado provincial y, si fuera posible, dar el salto a Madrid, a un ministerio:

Yo tengo que llegar adonde me he propuesto, y así, queridos paisanos (otra vez aquel estremecimiento de gozo), podré influir en los altos cargos para que este pueblo y otros muchos pueblos sean prósperos, ricos, porque habréis de saber que esta República la trajo el pueblo, y, ahora, tiene que consagrarse por entero al pueblo para llevar a todos la prosperidad y la riqueza. He dicho.³⁸³

Palabras que, como irónicamente comenta el narrador, levantaron unos aplausos que se debieron de oír en toda la comarca y que hicieron que a muchos les dolieran las palmas de las manos, no solo por la intensidad de los aplausos, sino también porque en ellas se iban depositando granos de arena que parecían haber acudido a presenciar aquel magno acontecimiento. Además, apunta que, para el posterior banquete celebrado en el casino, habían muerto casi tantos pollos como personas en el año del cólera.

Muy grande fue el sacrificio de aquellas buenas gentes, entre ellos el padre del narrador, que era concejal. Tuvieron que abandonar sus trabajos para ir a pueblos y aldeas solicitando ayudas, e incluso se vieron obligados a vender algunos productos propios para allegar fondos. Pero nadie se cansaba y eran muchos los ojos que mostraban el brillo de los hermosos sueños; a otros, en cambio, les brillaban como consecuencia de la burla y del escepticismo.

Tal es el caso, por ejemplo, del viejo Andresejo quien, con la experiencia de sus setenta años a cuestas, sabe que en el pueblo solo se había hecho una vez una carreterilla, y seguramente fue por equivocación. Haciendo honor al significado de su nombre, es un hombre duro y de firmes convicciones que, además, está curtido por las desdichas y los engaños. Como también lo es otro personaje de nombre simbólico, don Constancio, un viejo cura monárquico que, desde que levantaron al

383 *Ibíd.*, 28.

rey de su trono, únicamente se había dedicado a sus funciones religiosas, con la absoluta convicción de que nunca vería una vega sino “allí donde la gracia de Dios dejó que corriese un hermoso regatillo...”³⁸⁴

Dos viejos, pues, henchidos de sabiduría popular, a los que la risa les asoma con bastante facilidad, aunque don Constancio tenga que disimularla a causa de la sotana que viste. Pero, como dice Andresejo, otra cosa distinta es cuando se la quita, pues entonces se mostraba como una persona escéptica y burlona.

Porque aquello, sin duda alguna, era para reírse. Don José María había llegado a ser diputado y, después, alto cargo en el gobierno de la nación. Las autoridades del pueblo habían hecho más de cincuenta viajes a la capital y, en todo ese tiempo, la única respuesta recibida habían sido las diarias bofetadas de burla dada por las ventiscas y una desesperanza que iba cargando las espaldas de los vecinos. Más aún, cuando vieron cómo llegó el verano y los trigos se secaron por falta de agua. Y pasó el tiempo, con otro verano ya cercano, y todo seguía igual. Menos mal que el esfuerzo de don José María fue compensado, en parte, por la perseverancia del cura y por la intercesión de la imagen de Santa Ana, pues, gracias a la procesión que se hizo con su imagen, llegó la lluvia al pueblo. “Mas nadie, sin embargo, miró hacia lo alto ni gritó milagro, hombres y mujeres siguieron cantando, dentro del templo ya, y los ojos de don Constancio y los ojos de mi abuelo reían, tal vez recordando las palabras del político, quizá por oír el hermoso ruido de la lluvia sobre el pueblo...”³⁸⁵

Cuatro historias con trágicos finales

El segundo relato, “El amo”, se conecta temáticamente con el anterior, ya que en él se habla de la sequía que sufre el pueblo desde hace medio año, lo cual origina la falta de trabajo y de dinero para muchos hombres de la localidad.

384 *Ibíd.*, 30.

385 *Ibíd.*, 34.

Odilón, el tabernero, que ve cómo los hombres apenas entran a su local, va encendiendo los ánimos de estos para que se enfrenten a don Aquilino, el dueño de medio pueblo, y le pidan un dinero que este se niega a darles, alegando que no hay dinero para nadie y menos para unas gentes a las que él hace responsables, en buena medida, del asesinato de su hijo, en los tiempos revueltos que precedieron a la guerra civil.

Uno de esos hombres, Julián, desesperado porque tiene a su mujer tísica y embarazada, es el elegido por el tabernero para transmitirle el odio que él le tiene al amo. De modo que, una noche, Julián sale de la aldea y se dirige al monte a cortar leña para venderla y comprar alimentos y medicinas para su mujer. El encuentro con el amo es inevitable y concluye con el violento asesinato de este a manos de Julián. En definitiva, una historia de miseria y muerte en el ámbito de esa España injusta e insolidaria de los primeros años de posguerra.

Igualmente duros y crueles son otros dos relatos, “Haciendo así” y “Donato el bromista”, unidos entre sí por la presencia en ambos de ese vecino bromista. En el primero de ellos, el objeto de las bromas y risas de Donato es Ezequiel, un viejo arrugado, delgado y bastante sordo, cuya vida se centraba en el cuidado casi diario de su pequeña viña, podando sus quinientas cepas con lentitud y mimo y gracias a la hoz que había heredado de su abuelo y de su padre. Un buen día, Donato le dijo que tuviera cuidado no se fuera a cortar la nariz y, curiosamente, en esa ocasión Ezequiel oyó lo que el bromista le decía y se llevó la hoz hacia la cara. Por eso, lo que no pretendía ser más que una gracia se convirtió en una broma macabra que acabó costándole la vida.

Como ya tuvimos ocasión de comentar, “Haciendo así” se publicó por primera vez el 15 de julio de 1960, en *La Estafeta Literaria*. Entre ambas versiones hay escasas diferencias y las que aparecen afectan, sobre todo, al cambio de algunas palabras. Así, por ejemplo, en la versión inicial se describe a Ezequiel como “viejo, arrugado, delgadillo y algo sordo”; en cambio, en esta ocasión, se dice que es “bastante sordo”. Igualmente, en el relato publicado en la revista se lee que la sonrisa de Ezequiel “era como pegada, como a la fuerza”, mientras que en *Palabras muertas sobre el polvo* el escritor ha preferido decir que “era como apagada, como sacada a la fuerza”.

Pero la diferencia más sustancial radica en el hecho de que en la primera publicación no se menciona en ningún momento el nombre del vecino que gasta bromas a Ezequiel; solo se habla de “un vecino bromista”. En la segunda versión ese vecino sí tiene nombre: “Donato el de la Antonia”. Y esto es así porque de ese modo se comprende mejor la continuidad que Rodrigo Rubio quiso establecer entre el cuento protagonizado por Ezequiel y el siguiente que aparece en el libro, que es el titulado “Donato el bromista”.

Eso explica, igualmente, la diferente forma en que aparece redactado el párrafo final de ambas versiones. Así, la primera de ellas concluye del siguiente modo: “Se había desangrado. Todo porque entonces había oído bien. Porque había hecho así...”³⁸⁶ La segunda lo hace con estas palabras: “Se había desangrado. Todo porque entonces, después de oír las palabras del bromista —de Donato el de la Antonia—, había oído bien. Había oído bien y, colocando la hoz sobre la nariz, había hecho así...”³⁸⁷

Una especie de ironía del destino hará que esta cruel broma se vuelva contra el propio Donato, quien siempre solía bromear con su dolor de estómago, el cual, según él afirmaba, acabaría llevándose a la tumba. Como la despensa de la casa no estaba muy surtida ni llena, y como la mujer no se creía esos dolores de estómago, le preparaba buenas gachas, sopas de ajo, tocino y pimientos picantes.

Un día, después de uno de esos fuertes almuerzos, se fue al campo con su mujer a coger hierba y, al pasar cerca de la viña del fallecido Ezequiel, tuvo un mal presentimiento. Poco después de empezar a trabajar, sintió un temblor en el vientre y un frío que le recorría la piel: el frío de la muerte, que se adueñaba de su cuerpo. Cuando la mujer lo vio tumbado boca abajo en el suelo, pensó que se trataba de una de sus habituales bromas y echó a andar, murmurando:

—Venga, Donato, hombre, y déjate de juegos... Te espero en el linde.

386 Rubio, “Haciendo así”, *La Estafeta Literaria*, 19.

387 Rubio, *Palabras muertas sobre el polvo*, 92.

Y fue entonces, andando ya hacia el camino, cuando le pareció oír como unas raras palabras, unas palabras como caídas de las nubes o nacidas del fondo de la tierra, unas palabras que dijeron:

—Si decides esperar a tu marido, Antonia, más vale que lo esperes sentada...

Y entonces fue cuando ella gritó, porque la voz no era otra que la de Ezequiel, el sordo muerto en su viña, y aquella voz le anunciaba, además, que Donato, su marido, el bromista, estaba muerto.³⁸⁸

En esa misma línea de dureza naturalista que caracteriza estos cuentos se incluiría el titulado “La siega”, ambientado en un caluroso mes de junio que está marcado por el miedo de los campesinos a la lluvia o a una tormenta, porque podrían dañarse los trigos ya cuajados. Las mujeres, atemorizadas, rezan oraciones para que los negros nubarrones se alejen de los campos y echan puñados de sal en los patios y en las puertas de la casa.

Llegado el momento de la siega, el padre del joven narrador no encuentra a nadie que quiera ayudar en la recogida de la mies, pues los trabajadores de siempre buscan ahora empleos más estables. De ese modo, la mies se va secando cada día más y la siega no cunde por falta de brazos. Hasta que, la víspera de San Juan, el padre trae a un hombre joven y fuerte, Dionisio, un vagabundo que les ayudaría a cambio de un jornal diario. Mas este resulta ser un gandul que se autolesiona en un ojo para cobrar sin trabajar y que amenaza con retrasar la curación cuanto él pudiera, con el objeto de vivir todo el tiempo a costa de la familia.

Llega el día de San Pedro y el narrador ve cómo una tormenta estropea la mies en el mismo día en que él hubiera debido celebrar su santo con alegría, como lo hacían otros muchos campesinos, que cantaban porque ya tenían recogidos los cereales. La rabia y la impotencia le llevan a enfrentarse con el hombre en forma violenta y acaba dándole muerte:

Y le tiré la horca de hierro que se le clavó en el vientre, que se le quedó allí, balanceándose un poco el astil, como clavada en la

388 *Ibíd.*, 99.

mies. Se la tiré, desesperado ya, rota, fuera de mí la desesperación de todos los días, y vi que el vagabundo aún me miraba, pero sin fuerza ya, débilmente, pues se estaba muriendo.³⁸⁹

En esta primera parte de *Palabras muertas sobre el polvo*, hay dos cuentos que, a pesar de ser más tiernos en su contenido, también tienen un cierto regusto de tristeza y de desencanto. Tal es el caso del relato “Los viejos”, en el que vemos a dos ancianos, Colás y Alfonso, sentados al abrigo, disfrutando del suave y tímido sol de una mañana invernal. Como escribe el narrador, este sol tenía un encanto especial y parecía más hermoso que nunca: “Calentaba la corralada, los ‘paerazos’ de saliente y enfilaba la calle de la Acacia, alargando la sombra de la mujer que barría, del carro que descansaba, e iba a la plaza a templar los cuerpos encogidos, arrugados, temblones, de los hombres que iban muriendo.”³⁹⁰

Pero Colás y Alfonso están tristes y llorosos, cansados por los años y quemados por tantos soles diferentes. En la plaza juegan los niños de la escuela; algunos otros muchachos, que no van a la escuela, juegan con naipes ya muy usados, y las mujeres acuden a comprar género a los hortelanos. En cambio, los dos viejos se quejan de que estorban en todas partes y ven cómo las mujeres sienten asco de sus toses y de sus escupitajos. Donde mejor están ellos es en las afueras del pueblo, que es donde menos molestan a los demás:

En la plaza, ahora se estaba bien. El sol besaba aquel rincón que siempre mantenía un calorcillo agradable. Los viejos se iban, se alejaban, y ellos sabían que allí, en la plaza, en aquel rincón, se estaba muy bien, mejor que en ninguna parte. Pero...

—Cochina vida la de los viejos... —murmuró Colás.

—No damos más que asco —dijo Alfonso.

Y siguieron andando, torpe, lentamente, hacia donde nadie les viera escupir.³⁹¹

389 *Ibíd.*, 77.

390 *Ibíd.*, 82.

391 *Ibíd.*, 85.

En “La vacuna”, el protagonismo corre a cargo de Palomo, un perro con una inteligencia y una sensibilidad superiores a las de muchos humanos. Su amo, Blasote, el estañador, mantiene con él un permanente diálogo a una sola banda, porque sabe que el perro le entiende, aunque solo pueda contestarle con aullidos lastimeros y con miradas tristes y llorosas. Blasote debe llevarlo a vacunar contra la rabia, pero no tiene los tres duros necesarios para pagar al veterinario que acude al pueblo todos los días y, cuando tiene algún dinero, lo gasta en la taberna o en echarle algo de comida a sus tripas. Por eso tiene que justificarse ante su pobre perro, con unos argumentos en los que ni siquiera faltan las alusiones a los problemas sufridos por cuestiones de tipo ideológico:

—¿Qué hacemos?—preguntó Blasote—. El día ha sido criminal. No he recaudado más que la tercera parte de lo que necesitamos, y si no hubiera que tomar algo... Pero, ¿quién es el guapo que no le trae nada a estos estómagos hijos de mala madre que tenemos? ¡Menudos arañazos me arrea el mío! ¡Ni que tuviese ahí dentro cuatro o cinco gatos! Siempre así, Palomo, siempre, toda mi vida, esos arañazos. Hambre siempre. Sólo cuando en el campo hay uvas, melones y tomates. Entonces me harto, pero casi me muero por las diarreas. De todas formas, mal, mal siempre. ¡Debiera hundirse el mundo! Y Genoveva, la vieja... ¡Cualquiera era el guapo que le pedía unas patatas y un trozo de tocino! A mí un día me dijo: “Anda, apártate de aquí, rojo”. Ya ves, me dijo rojo. Ella ni sabía lo que eso significaba, pues nunca había oído hablar, hasta entonces, aquel tiempo que precedió a la guerra, de esos colores. Yo le dije: “Bueno, seré rojo, pero usted tiene que tener el corazón más negro que una morcilla”. Cerró las puertas, dando golpes, y yo, al alejarme, me puse a cantar. Ella, ahora... Ya sabes cómo está: tiesa y fría como una mojava.³⁹²

A medida que pasan los días y se acaba el plazo para la vacunación, el malhumor de Blasote va en aumento. Se enfrenta verbalmente con las mujeres que le piden unas lañas por poco dinero y no les hace el trabajo solicitado. El perro, entre tanto, se muestra cada vez más resignado a la

392 *Ibíd.*, 59-60.

que había de ser su suerte: su amo lo colgó del cuello en el tronco de un olmo. Menos mal que unos críos le salvaron la vida y, más tarde, dieron al hombre los tres duros, “entre pesetas y calderilla” para la vacuna:

—Tome —dijeron serios—. Para...

Blasote los miraba. No podía decirles nada. Murmuró luego:

—No todos los corazones son negros, no...

Y acarició al perro, que era como si, en aquellos momentos, acabase de nacer, limpio y hermoso.³⁹³

Doce narraciones con la guerra al fondo

La segunda parte del libro lleva el título genérico de “Un tiempo y otro tiempo” y está encabezada por un texto de San Agustín en el que se afirma que “la paz es un bien que no se puede desear otro mejor, ni poseer uno más útil”.³⁹⁴ La paz es lo que hay en el pueblo cuando comienza la primera de estas doce variaciones sobre el tema de la guerra y la paz es la que se añora cuando termina el último de esos doce relatos.

“Bajo el sol del estío”, el primero de los relatos, se abre con el recuerdo del narrador de los tiempos en los que él era joven y jugaba feliz con sus amigos. En primera persona, describe cómo hacían casitas con trozos de tela y de ladrillo y construían pequeños pozos con botes de tomate, cómo cazaban pájaros con los tirachinas y cómo se entretenían con otro tipo de juegos:

Nosotros, los chiquillos, correteábamos, jugando por las calles. Al oír el traqueteo de los carruajes dejábamos de jugar para acudir a las Cuatro Esquinas, donde casi siempre caían los hilos de la luz, curiosos por ver lo que pasaba. Después seguíamos persiguiéndonos por las esquinas, guardando cada uno una, con aquel juego que se llamaba “a las lumbrecitas”. A veces nos uníamos a las niñas que jugaban al corro o a eso de “dónde vas moro viejo que no te has casao, que te estás

393 *Ibíd.*, 65.

394 *Ibíd.*, 101.

arrugando como el bacalao”, y jugábamos todos, no sin que tuvieran que intervenir las madres —por nuestras travesuras—, que tomaban el fresco sentadas a las puertas de las casas.³⁹⁵

No obstante, aquel caluroso y hermoso verano no era como el anterior, porque en las caras de los mayores se reflejaba una preocupación que contrastaba con la felicidad de los niños. Era el presentimiento de que algo malo se cernía sobre el pueblo.

Llegó “aquella mañana” —eufemismo que, según apunta el narrador, fue el utilizado a partir de entonces para referirse al momento en el que se abrió paso la tristeza y el dolor—, con un calor sofocante, en la cual un automóvil cargado de milicianos con fusiles aparcó en la plaza del pueblo. A continuación, todos los habitantes del lugar pudieron ver cómo las imágenes de la iglesia y las telas de los altares, casi todas ellas bordadas por las muchachas, eran quemadas en una hoguera, frente a la puerta de la iglesia. Como dijeron el padre y el hermano mayor del narrador, aquello era la guerra, y el relato concluye con unas palabras del narrador un tanto enigmáticas, que tendrán su aclaración en el cuento siguiente:

Meses. Años. Dos justos. Del mes de julio de 1936 al mes de julio de 1938. Verano entonces, cuando llegó al pueblo el automóvil con gentes que cantaban, como si con ellos llegara una fiesta, o los húngaros con sus títeres y su música de violines, y verano ahora, cuando nos trajeron el telegrama, aquel telegrama que sería como la señal más alta y visible que separaría ya un tiempo de otro tiempo...³⁹⁶

Con esas palabras acaba la primera de las doce variaciones y se da paso a la segunda, titulada “El abuelo Juan”, que es la primera persona en la que el narrador observó el gran cambio sufrido en la familia en ese nuevo tiempo que se abre a raíz de la llegada del telegrama. Desde

395 *Ibíd.*, 109.

396 *Ibíd.*, 110.

entonces, el abuelo comenzó a debilitarse de forma progresiva hasta que, dos años después, murió.

Este relato constituye un emocionado recuerdo y homenaje del narrador hacia su abuelo, que era, para él y para su hermano pequeño, Pedro, el mejor amigo. No era uno de esos abuelos que están constantemente acariciando a los nietos, pero una de sus caricias valía más que cien de otros abuelos. Los niños disfrutaban con los cuentos que les contaba y, en ese sentido, es muy posible que los relatos del abuelo influyeran para despertar la vocación literaria del narrador:

Claro que sabía cuentos, historias que a nosotros nos encantaban. Decía que sabía pocos, pero era mentira. Sabía más que otros abuelos, y los contaba muy bien, aunque despacio, muy despacio. La noche nos acariciaba, nos envolvía, mientras él, lentamente, tosiendo ahora y luego, interrumpiéndose para escarbar la tierra con un palote o arrancar una brizna de hierba o escupir, nos contaba una de sus historias. Hablaba del pueblo, de gentes que ya murieron. Por eso, al hablar, también miraba hacia el cementerio, cuyas paredes blanqueaban besadas por la luna.³⁹⁷

Tras ese emotivo recuerdo, cuenta que, como el abuelo solamente iba al campo unas pocas veces, pasaba las tardes del otoño y del invierno jugando con sus amigos a las cartas, a pesar de lo cual en los ojos de esos viejos había tristezas y nostalgias porque ya no se sentían útiles para ir a trabajar como cuando eran jóvenes y fuertes. Pero una parte de esa nostalgia y de esa sensación de inutilidad que embargaba al abuelo Juan quedaba paliada por su amistad con don Benito, el cura, y por su costumbre de tocar las campanas de la iglesia durante la Consagración, algo que al nieto y al resto de la gente les producía una inigualable sensación de bienestar, que el narrador hace extensiva a todo cuanto forma parte del pueblo:

397 *Ibíd.*, 112.

Muchas veces, cuando el abuelo había tenido que salir al campo, la campana no se oía, y nadie podía saber entonces cuando alzaban a Dios, y todos, luego, comprendían que el abuelo Juan había faltado a la misa. Y yo creo que hasta el mismo campo, los árboles y las hierbas del campo, y el pueblo, las paredes blancas y los tejados grises del pueblo, sentían nostalgia de aquellas campanadas, por lo que, lo mismo que las gentes, pero con un lenguaje distinto, con su lenguaje mudo, también hablaban del abuelo Juan.³⁹⁸

Después de este paréntesis laudatorio, el narrador vuelve al decurso narrativo de la historia en el punto en que lo había dejado, a la llegada del telegrama con la noticia que empezó a debilitar la salud del abuelo: la muerte de su nieto José María. Cada vez veía menos, pero se negaba a ir a un médico de la capital, porque allí, como en otras ocasiones anteriores, vería soldados por las calles. Tuvieron que llevarlo a la fuerza y, efectivamente, se encontró con soldados a los que les preguntaba por su nieto.

En una continua e infructuosa espera, el pobre abuelo salía todas las tardes a las afueras del pueblo, se sentaba en un ribazo de la cuneta de la carretera y aguardaba, inútilmente, la llegada del muchacho. Así, hasta el momento de su muerte:

Porque un anochecer, al abandonar la carretera, él se sintió repentinamente muy enfermo y al llegar a casa y meterse en la cama dijo: “Señor, Dios mío...”, entornó los ojos, y se marchó como en un vuelo, a reunirse con José María, su nieto, aquel muchacho alto, de tez morena, el pelo todo hecho anillos, y que un día, en el frente de... de..., bueno, en un frente, una bala criminal lo había matado.³⁹⁹

El tercer cuento lleva el título de “Padres e hijos” y en él se narran hechos acaecidos antes de la muerte de José María, en un tiempo en que

398 *Ibíd.*, 114.

399 *Ibíd.*, 117.

todo transcurría en medio de la tranquilidad y la rutina de las faenas domésticas y agrícolas, y en el que el protagonista central es el muchacho muerto, pues todo gira en torno a los trabajos que él hacía con su padre; a las tertulias nocturnas en la cuadra con sus amigos, hablando de fiestas y de mujeres; a los viajes a la feria de la capital y a la costumbre de traer regalos a sus hermanos y de “feriarse” una carta, un peine y un espejo. Y también es él el protagonista de las discusiones de los padres, Modesto y Adela, respecto del dinero que le deberían dar para que se fuera de fiesta. Ahora, en cambio, cuando ya está muerto, se preguntan qué no le darían, si pudieran tenerlo junto a ellos.

A continuación, figuran dos relatos centrados en figuras femeninas, “Aquellas alegres muchachas” y “Mari Luz”. El primero de ellos, muy breve, está dedicado a Jeromilla, la hermana de José María, y a las amigas de esta, cuyos recuerdos exigen un esfuerzo por parte del narrador, sobre todo porque aquellos momentos felices se encuentran muy lejanos en el tiempo y casi borrados en su memoria. A pesar de ello, sí rememora las habituales reuniones en las tardes de primavera y verano, así como las de las noches de invierno, cuando aprovechaban el calor de la lumbre para hacer migas, turruncillos o rosas de maíz, mientras hablaban de fiestas y de chicos.

El narrador las ve alegres, paseando durante los crepúsculos primaverales o yendo los domingos a misa mayor, para cantar en el coro. También recuerda sus costumbres de preparar un nacimiento en Navidad y, en el Sábado de Gloria, un Judas que colgaban en cualquier lugar. “El Judas era un monigote de trapo, relleno de paja: unos pantalones viejos, una camisa encontrada en cualquier tabaque y una chaqueta que no servía más que para ponerla con unos palos como espantapájaros, luego, en el melonar”⁴⁰⁰.

Entre esas muchachas se encuentra Mari Luz, a la que muchos consideraban la novia de José María y a la que dedica el cuento que lleva por título su nombre. Recuerda a los padres de ella, unos buenos aldeanos que iban a comer a su casa algunos días de fiesta. Entonces, ambas familias comían un buen cocido, con una rica sopa de pan, y bebían buen vino en la redoma, mientras José María y Mari Luz se

400 *Ibíd.*, 126.

cruzaban miradas cómplices. Esta circunstancia la aprovecha Miguel —es ahora cuando por primera vez sabemos el nombre del narrador— para apuntar, con el humor propio de un niño —que es lo que él era en aquellos momentos—, el siguiente comentario:

Miradas de José María a Mari Luz. Miradas de Mari Luz a José María. Y Pedro y yo en el primer peldaño de la escalera de la cámara, sentados en cojines como los moros, pero comiendo mejor que los moros, cien veces mejor, puesto que el cocido tenía jamón y ellos no lo catan, y tenía chorizo y ellos ni lo ven, y bebíamos vino y ellos, “los mohamés”, le hacen ascos...⁴⁰¹

Mari Luz era vista con cariño por los dos niños, especialmente por Pedro, a quien la muchacha hacía objeto de inocentes juegos, guiñándole los ojos y mandándole besos, lo cual acrecentaba aún más el enfado del pequeño, que cada vez estaba más celoso del hermano mayor. Por su parte, Miguel, también con algo de envidia, echaba en cara a Mari Luz el que se acercase tanto a Pedro y, en cambio, huyese de José María. Pero, como escribe el narrador, a ella le encantaba jugar con los dos niños, porque, queriéndolos a ellos, quería también a José María, al que solo se abrazó cuando se marchaba a la guerra:

Fue cuando él se marchaba, al despedirse, aquella mañana de estío, a la orilla del pueblo, cuando padres, hermanos y novias abrazaban a los que se iban, torpes, casi inútiles en todas las bocas las palabras de adiós. —José María... —dijo Mari Luz, abrazada a él—. ¡José María! —repitió. Y las lágrimas ahogaron nuevas palabras. Él rozó los cabellos dorados, y la frente, y las mejillas húmedas, con sus labios mudos, que tenían un temblor de palabras rotas, de frases muertas, de besos tímidos que no llegarían ya a los otros labios...⁴⁰²

401 *Ibíd.*, 130.

402 *Ibíd.*, 132.

Otros dos breves relatos que guardan cierta relación entre sí son “Días rojos en el calendario” y “Una canción triste”. Se trata de dos cuentos de marcado sabor costumbrista, con esa añoranza típica del mundo perdido, en los que Miguel narra hechos ocurridos en algunos días festivos. Así, en el primero de ellos, recuerda los días de Semana Santa y, con anterioridad a esas fiestas, las cuaresmas y las vigiliass que él conoció de niño y las que contaban haber vivido su padre y su abuelo. Relata cómo su madre no permitía que comieran carne los miércoles y viernes, y los niños tenían que irse a la escuela después de haberse comido un bocadillo de atún en aceite. En la escuela, el maestro aprovechaba ese tiempo de cuaresma para hablarles de la pasión y muerte de Cristo y, después, los críos, en grupos de tres o cuatro, hacían una redacción.

Ya en Semana Santa, había días en los que era obligatorio ayunar, incluso para los hombres que iban a trabajar al campo y que el resto de los días, a la hora del almuerzo, comían sus buenas tortillas y sus tajadas de pernil. Ahora, se entretenían cogiendo algunos puñados de hierbas o unos tallos de grama para los animales del corral. Y así aguantaban hasta la hora de comer un puchero con rellenos de pescado, una tortilla, unas uvas y unos rellenos en dulce. Después, la asistencia a la iglesia y a la procesión, porque la gente sabía que Dios iba a morir, “y la muerte de Dios se hacía presente en los ojos agachados de las mujeres, en las palabras sombrías de los hombres, en las canciones muertas de las muchachas”.⁴⁰³

En “Una canción triste” recuerda que, los domingos en que hacía buen tiempo, el pueblo parecía otro, sobre todo gracias a la animación que había en la plaza y en la carretera. Eran aquellos días de primavera en que las jóvenes parejas paseaban bajo los almendros en flor y cogían flores blancas y gualdas de manzanilla y flores moradas de las mielgas, mientras se susurraban tiernas palabras de amor y se oían las frescas y juguetonas risas de las muchachas. Días de trigos verdes y flores en el campo. Días de alegría, felicidad y, sobre todo, de paz, que él rememora con sentida nostalgia y melancolía, haciendo una descripción a base de breves pinceladas de marcado sabor impresionista, que nos hace pensar en la gran afición de Rodrigo Rubio por la pintura:

403 *Ibíd.*, 137.

Paseo bajo los árboles y en la carretera. El sol se iba, caía, allá lejos, más grande y más rojo, menos fuerte en su fuego y en su luz. Nubecillas que se tiñen de rosa en el cielo. Golondrinas que gorjean y vuelan, como felices, descuidadas, persiguiendo mosquitos. Flores blancas y rosas de los almendros. Flores en las manos de las muchachas. Ramos que irán a casa o a la iglesia, para marchitarse en un vaso. Solo, como dormido, el campo. Trigos verdes, que ya se ondulan en suave, casi muerto oleaje.⁴⁰⁴

Al regreso del paseo, las parejas entraban en el casino. Allí bebían y cantaban, mientras los pequeños correteaban por la plaza y por las calles jugando al “visto, visto”: un grupo de niños corre a esconderse en los trigales, los viñedos o los barrancos, y otro grupo los persigue. Cuando alguno de los perseguidores ve a uno del otro grupo, grita “¡Eh, visto...!” y pierde el grupo entero. Y vuelta a empezar, teniendo que ser ahora los perdedores quienes persigan.

Pero hubo un domingo con un final muy diferente al que solía ser habitual. Mientras tomaban cerveza en el casino, los amigos de José María cantaban una canción triste, un tango en el que se hablaba de una madre que tenía cinco hijos. Y a los cinco los perdió luchando en los campos de Francia, a cambio de cinco medallas. Fue entonces cuando todos los allí presentes pudieron ver a un José María distinto y fuera de sí:

Y yo, y padre, y otros muchos hombres le vimos tomar un botellín de cerveza y romperlo contra la mesa, en todo su recio cuerpo como un temblor de niño enfermo, y en sus ojos el rojo de la rabia y la humedad del llanto. Los otros aún cantaban, y él les gritó:

—¡Callad! ¡Callaos ya! ¡No cantéis “eso”, no...!

Y era que ellos, todos, se iban a la guerra, y la canción era triste y hablaba de guerra.

Fue la primera vez —y la última— que vi llorar a nuestro hermano mayor.⁴⁰⁵

404 *Ibíd.*, 139-140.

405 *Ibíd.*, 141.

A continuación, aparecen cuatro relatos protagonizados por personajes que, de una u otra forma, padecieron las consecuencias de la guerra civil. En el primero de ellos, titulado “Don Benito, el cura”, se narra cómo los milicianos llegaron de nuevo al pueblo, en el mismo coche en que lo hacían habitualmente, en busca del cura, el cual estaba escondido hacía varios días en casa de la familia del narrador. Precisamente, Miguel fue objeto de un ardid tramado por los milicianos, con la intención de descubrir el lugar en que se encontraba don Benito. Para ello, hicieron creer a todos que se habían marchado a comer al río y, entonces, Miguel cogió la llave de la iglesia y fue a dar el toque del Ángelus con la campana. En la plaza solo había un vagabundo, que parecía dormido, sentado bajo un olmo; pero, cuando el muchacho fue a introducir la llave en la cerradura, él dio un salto y se puso a silbar. Aquello, obviamente, era una trampa, como relata Miguel:

Los hombres que gritaron al oír el silbido del compañero ya estaban en la calle. Oí sus pasos. Me estremecí. Entonces comprendí perfectamente todo lo que ocurría, en la situación que me encontraba. Si me daban alcance... Por mí podrían saber dónde estaba don Benito. Lo de que aquellos hombres se habían marchado a comer al río no era más que un truco.⁴⁰⁶

Al ver salir del Comité a todos aquellos hombres que estaban escondidos, al igual que gatos en acecho, salió corriendo con todas sus fuerzas hasta llegar a la era de su familia, a pesar de que el vientre se le había vaciado con el susto y de que se iba pinchando con los cardos secos. Allí consiguió ponerse a salvo, escondiéndose en el interior de una hacina de mies, hasta que su padre y su abuelo vinieron a buscarlo, cuando ya los perseguidores se hubieron marchado. Y también el cura, que se fue de casa para no comprometer más a la familia.

En “Basilio, el herrero” se cuenta cómo los chiquillos del pueblo tenían cierto odio a ese hombre, cejudo, chato y con la cabeza como aplastada, y cómo deseaban que sufriera algún mal, aunque solo fuera

406 *Ibíd.*, 145-146.

machacarse un dedo con el martillo. Todo ello porque Basilio se reía de ellos cuando iban a pedirle que les afilara alguna navaja o que les cambiara las púas de los trompos. Y ese mal le llegó cuando se tuvo que marchar al frente de batalla. Entonces, esos mismos chiquillos cambiaron el odio por la pena, sobre todo después de conocerse la noticia de su muerte:

“Tenía que...” “Si le diera...” habíamos dicho nosotros, los pequeños, sus víctimas, cuando nos marchábamos de la fragua sin la navaja o con el trompo partido en dos. Sin embargo, luego nos dolió ver la herrería cerrada. Y a mí por lo menos me parecía que no podía ser, que Basilio el herrero no podía estar muerto, tan fuerte como un orangután, tan duro como el hierro que forjaba. Pero sí, era verdad, aunque a mí me pareciese que aún iba a oír, al despertarme por las mañanas, el repiqueteo del martillo sobre el yunque, aquel sonido rítmico que se extendía por el pueblo y por los campos, aquí y allá una quietud tan hermosa como si todo durmiera el reposado sueño de la felicidad.⁴⁰⁷

La siguiente variación sobre el tema de la guerra está dedicada a Mario, el único hijo que les quedaba vivo, de tres que habían tenido, a unos parientes de la familia residentes en la capital. Ese hijo, que era de la misma edad que José María, el hermano del narrador, trabajaba de herrero con su padre y es el que protagoniza el relato “El primo motorista”. Un primo muy apreciado por Miguel, quien afirma quererlo casi tanto como a su propio hermano, especialmente desde que le regalara un patín hecho por él en la fragua. También a él le llegó la muerte, aunque no fuera en acción bélica, sino en un accidente con su moto Northon:

El primo Mario no había ido al frente, pero se estrelló contra un camión yendo de servicio por no sé qué criminal carretera. Era lo mismo. Igual morir aquí que allí. Ya no vino más a casa. Yo, por eso, guardé en el mejor sitio el patín que él había hecho para mí. A veces iba Pedro y lo tomaba. Yo le decía: “No. Este patín no tiene que romperse

407 *Ibíd.*, 154.

nunca...” Y si él me preguntaba que por qué, yo le respondía: “No sé; pero no tiene que romperse nunca. Me gusta verlo, y tocarlo, y pensar que lo hizo para mí el primo Mario, el primo motorista...”⁴⁰⁸

“Los evacuados” es el título de un relato protagonizado por un matrimonio que, junto con otras personas, habían llegado al pueblo en un día de primavera, tras haberse visto obligados a abandonar sus casas y sus ciudades. De esos evacuados, el narrador destaca a Isabel y Leonardo, quienes habían tenido noticia de la desaparición de su hijo, que era alpinista, a través de la carta de un capitán. Inmersos en un casi sempiterno silencio, alojados en una casa abandonada del pueblo y rodeados de un mundo extraño, pensaban en su hijo, alto, guapo, rubio y con ojos azules, y paseaban cogidos del brazo, algo que resultaba muy extraño en el pueblo, en donde los matrimonios nunca iban cogidos del brazo, ni se daban la mano, aunque se quisieran; al pasear, solían ir a un metro de distancia.

Un matrimonio que fue objeto de las atenciones de toda la familia de Miguel, en particular de su hermana Jeromilla, a quien la mujer enseñó a hacer punto y a la que le regaló unos pendientes de oro, cuando llegó la hora del regreso a su casa. Pendientes que servirán para el recuerdo permanente de ese matrimonio, por el que solía rezar la familia de Miguel:

Nosotros, muchas veces, al contemplarlos dentro de la cajita forrada de terciopelo granate, pensábamos en doña Isabel y su esposo, y rezábamos por ellos. Rezábamos también, por el hijo, vivo o muerto. Era como si ellos, al dejarnos los pendientes, nos hubiesen dado algo de sus vidas, algo de su mundo perdido, y nosotros, ahora al recordarlo, quisiéramos, con nuestros rezos, pagar una deuda, que habíamos contraído con ellos al aceptar algo tan querido, tan íntimo, tan personal como la propia existencia.⁴⁰⁹

408 *Ibíd.*, 159.

409 *Ibíd.*, 165.

“Adiós, mirando las nubes” es el relato que cierra este apartado específico del libro *Palabras muertas sobre el polvo* dedicado al tema de la guerra. Es una tarde de verano, con el cielo plagado de grandes nubes, blancas y grises, y de negros vencejos que planean en sus vuelos. Una tarde en la que solo se escucha el silbido de los tordos, el cacareo de las gallinas, el gruñido de los cerdos o el maullido de algún gato, hasta que salen a la calle cuadrillas de chiquillos que corretean alegres. Entre esos chiquillos ya no está Miguel ni su hermano pequeño, Pedro, que ahora son muchachos que trabajan en la era, junto a su padre, y a los que les llevan la comida la madre y la hermana. Pedro y Miguel se entristecen al ver los ojos tristes de su padre y de su madre, con un poso de dolor al que son ajenos los chiquillos que ahora juegan alegres en el pueblo:

Estos chiquillos son ya otros, otros que no vieron llegar el automóvil “aquella mañana de verano”, y que no vieron, tampoco, antes de “aquella mañana”, la paz de nuestro pueblo, que parecía dormir como olvidado, como lejos de “todas las cosas del mundo”. Algunos son hijos de hombres que se fueron cuando José María y que, gracias a Dios, pudieron volver. Ahora corren, alegres, hacia el campo [...] Otra vez, como antes de “aquella mañana”, hay paz en el pueblo, es alegre el campo. Se trabaja y se vive. Los que vimos “cosas” las recordamos.⁴¹⁰

Todos esos recuerdos siempre están presentes en la memoria de Miguel, quien los trata con una evidente voluntad de alejamiento en el tiempo, lo que le lleva a aludir a ellos como si se tratara de un asunto tabú, que obligara al empleo de esa especie de eufemismos entrecomillados. Son los recuerdos que conforman las doce variantes sobre el tema de la guerra y que, ahora, con el paso de los años, a veces reaparecen en las conversaciones de quienes vivieron en sus carnes aquellos hechos imposibles de olvidar, porque quienes perdieron a sus seres queridos sienten como si sus pasos resonaran por la era, por los campos, por los caminos y por la casa.

410 *Ibíd.*, 168.

Es la suya una tristeza que se hace extensiva incluso a las nubes que hay en el cielo, a las que el narrador mira con unos ojos y una sensibilidad que nos hacen recordar al maestro Azorín y su libro *Castilla*:

Miramos las nubes, todavía con los vientres rosados por el sol que acaba de esconderse. Las nubes se transforman. Vemos una figura, otra: carros, caballos, hombres gigantes. Luego como un pueblo, y como cientos de hombres saliendo de ese pueblo. Son las nubes, simplemente. Pero queremos ver otras cosas, y las imaginamos. Y sobre esto, empezamos a hablar. No sé por qué, mi hermano y yo, decimos que la figura tal es una de nuestras viejas mulas, y que el hombre que hay al lado es José María. Seguimos diciendo, también, que la nube grande es un pueblo, y acabamos por afirmar que se trata de nuestro propio pueblo.

De pronto, la nube se hace oscura. Nos rodea una completa calma y sentimos más calor que momentos antes. Son apenas unas gotas, por el calor del estío, claro, pero caen y nosotros extendemos las manos, y es Pedro el que dice, sencillamente, que el pueblo llora, que nuestro pueblo está llorando...⁴¹¹

La tierra es nuestra carne

La tercera parte del libro *Palabras muertas sobre el polvo* está formada por ocho relatos de variada temática, aunque con un claro predominio del asunto de la emigración que, como sabemos, tantas páginas ha inspirado a Rodrigo Rubio. De ahí el acierto en la elección de la cita que encabeza este apartado, en donde, con palabras de José María Valverde, se afirma que “La tierra es carne nuestra. Se ha amoldado a los pies. Nuestra huella está en todo. Hay ceniza de voces en el rumor del agua...”⁴¹²

Como también está presente, de fondo, la huella de la guerra, en el segundo relato, titulado “La sombra”, y escrito en segunda persona, como si el narrador se dirigiese a un tú del que, en un primer momento, no ofrece dato alguno, aunque sí habla del rechazo que sufre esa persona

411 *Ibíd.* 169.

412 *Ibíd.*, 171.

por parte de un grupo de mujeres del pueblo y de que, tal vez, esa persona nunca encontraría unas horas de alegría, a pesar de ser el tiempo de las fiestas navideñas.

Desde esa situación presente, el narrador se retrotrae en el tiempo para recordar los años de la infancia del protagonista, ahora ya identificado, que se llama Jesús. Eran aquellos unos años en los que Dios se hallaba lejos del pueblo, porque los hombres se mataban y los niños sentían sobre sus almas el eco de aquellas muertes. Y, de forma muy concreta, Dios estaba ausente para este niño cuya madre se vio obligada a recibir en su casa a varios hombres, después de que le mataran a su marido.

En este sentido, parece que el narrador quiere disculpar el comportamiento de esa mujer, conocida como la miliciana, para ver si así su hijo deja de mirarla con el rencor que le tenía en esos momentos:

Tú le guardarías rencor. A ella le habían matado el hombre, y otros hombres fueron a verla. ¿Cómo iba a encerrarse, dejándose morir? Otras lo hicieron, dirás tú. Pero ella no podía ser mártir. Ella, sola, quizá lo hubiera sido. Pero tú también vivías. Eras un niño y tenías que vivir. Los hombres entraban en el patio de vergeles recién regados, y tú eras el que ibas a comprarles cajetillas de tabaco, y luego, al traérselas, te marchabas de nuevo a comprarte unos caramelos con las perras que te habían dado. Los hombres cantaban, y tu madre, que nunca, de estar sola, hubiera sido capaz de entonar una vieja canción, cantaba también ahora las canciones nuevas que hablaban de revolución, de lucha, de guerra, que aquellos hombres de mando le enseñaban.⁴¹³

Le recuerda, también, cómo algunos muchachos mayores que él le cantaban canciones en las que ofendían a su madre y se reían de su llanto. Una crueldad de la que hacían gala, igualmente, las mujeres, que, además, aprovechaban para recordarle a su padre, un hombre bueno, callado, al que Jesús quería y admiraba y con el que le gustaba ir al campo

413 *Ibíd.*, 186.

o al monte. Pero llegó la guerra y unos hombres vinieron a buscarlo y se lo llevaron a luchar y a morir. Entonces, para poderse ganar la vida honradamente, la madre colgó una rama de pino en la puerta de la casa y empezó a vender vino del que había en el jaraiz. Mas hubo hombres que pensaron que ella tenía que dedicarse a otra tipo de tarea y, para ello, le hundieron el modesto negocio. De ahí que el narrador se dirija al ofendido hijo para decirle estas duras palabras:

¿Y sabestú si ella lloró? ¿Sabes si luchó? ¿Sabes, Jesús, hombre hoy, si ella sintió angustia y si deseó morir antes de romper el ramo y no sacar vino sólo para aquellos hombres que empezaron a llamarla la Miliciana?

Ella no pudo enseñarte el camino de Dios. Dios estaba muerto, muerto en los campos donde retumbaban los disparos, en los mismos campos donde morían los hombres. Lo habían quitado del pueblo, de la voz de las gentes, y tú creciste sin oír hablar de Ese Algo que hiciera sonreír a los niños de otras generaciones.⁴¹⁴

Años más tarde, cuando ya Jesús era un buen mozo, se marchó del pueblo para no permanecer por más tiempo a su lado y para decir adiós a aquellos recuerdos que tanta amargura le traían. Tanto quiso apartarse de aquel mundo que no hizo caso de las cartas que le llegaban y en las que algunas de aquellas vecinas, que otrora vilipendiaron a su madre, le informaban de la enfermedad de esta y le pedían que volviese junto a ella. Pero su corazón, endurecido por el odio y acostumbrado a vivir de las mujeres, no se dejó ablandar ni siquiera cuando su madre se moría. Así que, a partir de la noche de su muerte, ya solo le quedó vagar por las calles, perseguido por una sombra de la que, inútilmente, trataba de huir:

Es tu sombra, lo sabes. Pero no está demás divagar, puesto que muy bien puede ser la sombra de tu madre, ella misma, convertida en

414 *Ibíd.*, 189.

apenas perceptible mancha que anda; ella, tu madre, Jesús, que es, que ha sido —¿por qué no?— una leve sombra de Dios en la tierra...⁴¹⁵

Si miserable había sido la vida de la Miliciana, miserable es, también, la vida de María Josefa, la protagonista del cuento “Pequeña esperanza”. Se trata de una mujer molida por el dolor de espalda, durante un frío invierno manchego, la cual trata de acallar el llanto de su pequeña hija Sefa meciéndole la cuna con el pie. Entretanto, recuerda su vida de diez años atrás, cuando ella era una muchacha alegre y con buena figura que se casó con Francisco. Después, tuvo cuatro hijos —dos de ellos muertos, los mellizos que nacieron después del mayor— y muy pocos cuidados para ella, que, como decían las vecinas, se estaba quedando “en el chasis”. Pero su mayor mal no era del cuerpo, sino del alma, como les sucedía a todas las mujeres cuyos maridos las dejaban de lado una vez que empezaban a marchitarse y se refugiaban en la taberna o buscaban el calor de otras hembras.

Y, mientras, ella esperando el regreso del marido y recordando, al amparo de las viejas fotografías familiares, sus años de soltera, los cuidados que sus padres le dedicaban, la boda, la llegada de los hijos, la muerte de los pequeños María y Joaquín... Y a seguir esperando, como tantos y tantos días.

Por su parte, el marido estaba amargado de ver que no había trabajo en el pueblo durante los largos inviernos. Tan solo algunos jornales en primavera y verano, lo que le llevaba a pensar en la posibilidad de irse a Alemania, como habían hecho algunos otros. Pero, dado que su mujer no quería, se iba a la taberna y se jugaba el poco dinero que tenía y que casi siempre perdía:

A veces, sin embargo, ganaba, y ella, luego, se lo decía a la vecina: “Ea, algunas veces gana, ¿sabe usted? Anoche mismo ganó treinta duros. Así que...” Y en esa conformidad, en esa defensa del hombre que ya vivía como de espaldas a ella, parecía escaparse el

415 *Ibíd.*, 194.

amor, la ternura de una mujer que, pese a todas las adversidades, aún conservaba, allá en lo hondo de su dolor, una pequeña esperanza.⁴¹⁶

Pero, como antes dijimos, el tema principal de esta tercera parte del libro es el de la emigración, comenzando con el primero de los cuentos, titulado “La despedida”. Nos hallamos en la época del año en que los hombres del pueblo solían ir a cavar las viñas al campo; pero, como ahora esa labor la hacen, mal que bien, los tractores, ya no se contrata a ningún obrero. Tan solo, a veces, cogían a algunos de ellos para cargar el camión que se llevaba el vino de la bodega del pueblo. Por ese motivo, había que esperar pacientemente la llegada del camión, algo a lo que no está dispuesto Martín, que piensa en irse a Francia, aun en contra de la opinión de su mujer, lo que da pie a uno de esos diálogos escuetos, concisos, tan propios de los personajes de Rodrigo Rubio:

—Tengo que irme. Ya lo sabes.

Un gorrión se acercó, saltando, a la puerta de la cuadra que ahora no tenía mulo.

—Antes, con nuestros cuatro cebadales y el jornal que dabas de vez en cuando. Pero se murió el mulo y... ¿Quién compra ya...?

Había sacado la petaca y liaba un cigarro parsimoniosamente. La mujer le miraba. Se acercó la parte engomada del papel a los labios, la humedeció y luego lo terminó de enrollar.

—Sí, antes...

—¿Qué te ha dicho Nicolás?

—Que no me espera más.

—Para él es fácil, estando soltero.

—Otros, casados, también se fueron, Juana.

—¿Y qué? Ahí está la Josefa, y la Dolores, y la Asunción... ¿Qué hacen? Correr “toos” los santos días al correo. “¿Tenemos carta, Luis?” “No, hoy no”. Los hombres como vosotros escribís poco. Algunos, ni de letra saben, que es cosa muy corriente entre los que siempre estuvimos pisando gasones.

—Te escribiré.⁴¹⁷

416 *Ibíd.*, 203.

417 *Ibíd.*, 178.

Aunque, en realidad, Martín no quiere irse. Lo que él desea es poder trabajar esas tierras del pueblo que, además de ser de don Jesús, también considera que son algo suyo. Por eso, piensa que, si ya no se necesitan hombres para labrar la tierra, sí que podrían ser útiles para alguna otra labor. Pero los grandes, los ricos, son los que compran todo y disponen de todo y, por eso, él tendrá que marcharse al día siguiente.

“El bolígrafo” es un breve relato en el que se nos presenta a José y Juana afanados en hacer las cuentas después de haber comprado doscientos setenta y cinco ladrillos y haber vendido tres pollos y dos docenas de huevos. Esas operaciones matemáticas eran muy frecuentes desde que se compraron la casa en un arrabal de un pueblo, probablemente valenciano o catalán, a juzgar por la lengua que emplea el oficial de la cuadrilla de albañiles en la que trabaja José desde que el matrimonio dejó su pueblo castellano para emigrar a esta localidad, en donde los nativos hablan como si fuesen extranjeros, casi como “parloteaban los húngaros que, allá por los años treinta, ‘se dejaban caer’ de vez en cuando por su pueblo”⁴¹⁸

Esa nueva vida, con mejor trabajo y mejor casa, pero con muchos sacrificios y quebraderos de cabeza, está simbolizada en el hermoso bolígrafo negro con capuchón dorado que un día se encontró Juana en la calle. Un instrumento moderno, utilizado por los maestros de obras, contratistas y aparejadores, que al matrimonio castellano no le servía para nada, pues la mujer, que era la única que sabía sacar algunas cuentas, siempre las hacía con los dedos.

En “Las vacaciones”, asistimos a una escena en la que siete u ocho hombres gritan dentro del bar de Mariano, mientras beben cerveza y juegan al billar. Son hombres que, con la llegada del verano, han dejado sus puestos de trabajo en Francia, Suiza o Alemania y aprovechan para pasar su actual desocupación en el bar, en donde son frecuentes las discusiones con las gentes del barrio acerca de la forma de vida en esos países extranjeros.

Uno de los hombres que ha venido a pasar las vacaciones es Germán, cuya mujer sigue trabajando en el barrio para ganarse un

418 *Ibíd.*, 209.

dinero. Algo que no pasa inadvertido para el resto de mujeres, las cuales comentan que ella se ve obligada a seguir faenando por el vicio del juego que tiene su marido, quien se gasta buena parte de lo que gana y, cuando llega la hora de volver a Francia, tiene que pedirle dinero a su mujer para el viaje.

Otra cara de la emigración es la de Andrea, una mujer que hubo de dejar su casa y sus tierras en el pueblo para irse en busca de una vida mejor. Pero, a pesar de reconocer que en el pueblo no hacían “más que hambrear” y de tener bien colocados a su marido y a los dos hijos, ella echa de menos cosas que sus vecinas de la ciudad no pueden comprender, especialmente su casa: “Ellas no habían tenido un patio lleno de vergeles, con una parra y una higuera. Ellas no sabían del olor de las flores recién abiertas, y del olor a la tierra mojada, ni del piar mañanero de los pájaros en el tejado, ni la tranquilidad de un mundo enteramente suyo”.⁴¹⁹

Para Andrea, a diferencia de lo que sucedía con otras mujeres del barrio, no tenían importancia las ropas o los muebles que se pagaban a plazos o el televisor que su marido estaba pensando comprar porque en el bar no se enteraba de nada a causa del ruido reinante. En cambio, sí le importaban los frágiles tabiques del piso, los ruidos callejeros y las músicas de los aparatos de radio de las vecinas, que le provocaban dolores de cabeza. Por eso, en cuanto podía, se encerraba en el piso y se ponía a hacer quehaceres domésticos, mientras con su mente buscaba refugio en un tiempo pasado imposible de recuperar:

Ella, ya en su cocina, se acercó al canasto de la ropa blanca, “lavada con sus manos”, y luego enchufó la plancha. Mientras se calentaba, se esforzó en oír, inútilmente, el rumor que le trajera algún eco de otro tiempo.

Pero por las ventanas abiertas seguían entrando palabras, mezcladas con risas y llantos, de unas gentes que hacían dramas sin realidad.⁴²⁰

419 *Ibíd.*, 226.

420 *Ibíd.*, 227-228.

El último relato del libro lleva por título “Cena para cuatro” y se abre con unos abuelos, Antonio y Julia, y sus nietos, Pedrín y Juliana, iniciando los preparativos para montar el belén, en la tarde del veinticuatro de diciembre. Curiosamente, esos momentos de alegría para los niños lo son de tristeza y de lágrimas para los abuelos, porque recuerdan a su hija, la cual se marchó con su marido a Alemania, y porque este año no vendrán a pasar las fiestas de Navidad con ellos, tal como la hija les anunciaba en su última carta. De ahí que, sin ilusión alguna y haciendo de tripas corazón, la abuela se vea obligada a preparar una cena de Nochebuena solo para ellos cuatro, en la que, para satisfacer a sus nietos, habrán de escuchar viejas canciones de tiempos pasados.

Y, mientras llega ese momento, los abuelos recuerdan otros años, otras navidades, cuando la hija era la encargada de poner ese mismo belén, con la ayuda de sus padres y de alguna amiga. Tiempos pertenecientes a un mundo que significaba toda una vida, perdida e irrecuperable, que había sido sustituida por otra más actual, en la que personas como Antonio veían toda clase de peligros y contrasentidos:

La verdad es que apenas si quedaba una huella de su mundo de ayer. Ahora, él, labrador de sus cuatro cebadales siempre, a dar un jornal, y no ya en el campo, que había sido y era lo suyo, sino en las obras municipales, en las escuelas que estaban haciendo, no sabían bien para qué, puesto que cuanto más supieran los hombres menos querían trabajar luego en las tierras, eso se comprendía, ya que hasta los casi analfabetos como su yerno se iban por ahí para después (“La cosa tiene hasta gracia”, se decía Antonio) venir con reloj de pulsera y camisas de colorines. El mundo iba tomando “mal giro”, comentaba él con otros viejos cuando se juntaban a jugar a los naipes o en la calle para tomar el sol. “Pos que será mejor cerrar los ojos —decía algún amigo—, antes de ver lo que, si Dios no lo remedia, veremos...”⁴²¹

421 *Ibíd.*, 237.

3.6. Otros relatos: “La nube” (1966), “Las paredes lloran en silencio” (1969), “Penúltimo invierno” (1972), “Un poco de paciencia” (1976) y “La calefacción del carro de mi padre” (1978).

Buena muestra de la gran capacidad creadora de Rodrigo Rubio es la enorme cantidad de cuentos publicados desde 1969, tanto los que figuran en sus libros de relatos, como los recogidos en diversos volúmenes antológicos —la mayor parte de los cuales fueron resultado de su participación en diferentes certámenes literarios— y, en un gran número, los publicados en revistas literarias o en periódicos.

Sería, pues, muy prolija y, probablemente, no demasiado pertinente, la labor de análisis de todos esos cuentos publicados de forma tan dispersa, máxime cuando la labor de recopilación de buena parte de ellos resulta harto difícil y cuando, además, la calidad literaria de los mismos también es algo dispar. Por tanto, hemos decidido concretar nuestro estudio a aquellos más interesantes, atendiendo a criterios tales como la relevancia desde el punto de vista autobiográfico, la calidad literaria o la difusión de los mismos a través de las correspondientes publicaciones.

Tal es el caso de uno de los primeros cuentos publicados por el escritor albaceteño, el 12 de febrero de 1966, titulado “La nube”, en el que aparecen varios de los asuntos que configuran el universo narrativo del escritor albaceteño, como son el recuerdo del mundo perdido de la infancia —que incluye la tópica alabanza de la vida de aldea—, el gusto por el costumbrismo, las pinceladas autobiográficas y el tema de la guerra civil.

Un cuento que comienza con una declaración de intenciones del narrador en primera persona, Luis, al referirse al dolor que le hubiera costado narrar el final de un triste suceso, pues hay cosas que se ven, se viven y se meten dentro de uno y solamente se experimenta un cierto alivio interior cuando se habla de ellas.

Tras esta confesión, el relato retrospectivo se centra en la época estival, en la que habitualmente sus padres y su abuelo comenzaban a sentir una gran intranquilidad al ver los trigos espigados y dorados. Una sensación que no desaparecía hasta que llegaban los segadores y comprendían que pronto estaría la cosecha en la era y, poco después, en casa.

Eran fechas en las que Luis disfrutaba de sus vacaciones en el pueblo, tras el periodo de estudios en la capital, concretamente en el colegio de los Padres Salesianos. Él había llegado al pueblo un mes antes de la siega y, durante ese tiempo, había disfrutado con sus amigos, persiguiendo a los pájaros y subiéndose a los árboles más altos, lo que motivaba que los hombres les gritaran y que, cuando se encontraban con ellos, les tiraran de las orejas o les dieran un buen cachete. A todos, menos a él, pues los hombres lo respetaban por ser estudiante y le preguntaban si, al estar en un colegio de religiosos, estudiaba para cura o fraile:

Les decía que no, que me habían mandado allí para educarme, pero que yo no quería estudiar nada, o lo menos posible, ya que deseaba ser labrador como lo había sido mi abuelo y lo era mi padre. Entonces me decían que mi hermana ya era maestra y que yo también sería, tenía que ser algo, y que ellos estarían muy contentos de que en el lugar hubiese algunas personas con título, “personas leídas”, pues no tenían más que al viejo maestro de escuela y ninguno estaba seguro si en realidad era maestro de título, de estudios, o sólo porque sabía algo más que el más listo del pueblo.⁴²²

Como podemos ver, tras la referencia a la época de la recogida del trigo, el protagonismo ha recaído sobre la persona del narrador y sobre la importancia de la educación, especialmente para las personas mayores, que en su momento no tuvieron la oportunidad que tiene su joven paisano. De ahí que concedan tanto valor al hecho de tener un título, como el que sí que tenía don Sebastián, el maestro, aunque sus enseñanzas no fueran todo lo exhaustivas que hubieran debido ser,

422 Rubio, “La nube”, 29.

pues, según dice Luis, en el pueblo apenas había dos personas que tenían interés “por saber cuántas eran cinco por seis y siete partido entre tres”. Es entonces cuando esos hombres entienden que el maestro no podía dar más de sí y que “el saber sería una cosa así como una romana, o un trillo, o las bisagras de una puerta, que todo se enmohece, si no se usa, si no se gasta”.⁴²³

A propósito del deseo del muchacho de vivir en el pueblo y trabajar con los muleros y los pastores e ir a ayudar en las tareas de la era, surge la figura del abuelo Antón. Porque él es el referente de su nieto, el modelo a imitar. Lo que ocurre es que la opinión que él tiene del abuelo dista mucho de ser la misma que mantienen algunos habitantes del pueblo:

Les decía que quería ser como mi padre, mejor aún, como el abuelo, que había venido de un pueblo pobre de la sierra, muchos años atrás, y que ya veían todos lo que ahora tenía: aquella casa y los tres pares de mulas, y muchos hombres trabajando a jornal. Quedaban callados unos momentos y luego decían: “Sí, tu abuelo...” Y era como si no quisieran hablar de él. Hasta que uno, más decidido, decía que mi abuelo había sido muy listo. “Muy listo y muy pícaro. Por eso se ha hecho rico, Luisico. Pero tú, si es posible, no seas como él. No...” Se hacía el silencio. Luego hablaba otro, que también parecía admirarlo, aunque detrás de la admiración me parecía descubrir siempre como una sombra de reproche, casi de rencor; una sombra oscura que casi borraba las grandes cosas buenas que hiciera el abuelo Antón.⁴²⁴

Esa distinta perspectiva sobre el abuelo se debe al resentimiento de algunos paisanos respecto de la forma en que él había conseguido su patrimonio. Porque, si bien es cierto que una parte de este era fruto de su trabajo en el campo y de los beneficios de su bodega, no lo es menos el hecho de que otra parte procedía de los préstamos que daba a un elevado interés. Y eso explica que, además de esos vecinos que, aun con reparos,

423 *Ibíd.*

424 *Ibíd.*, 29-30.

admiraban a Antón, haya otros que no le dirigieran la palabra a su nieto y ni siquiera levantaran la cabeza para mirarlo. Estos otros hombres no eran amigos de nadie de su familia, porque se habían visto afectados por lo que ellos consideraban un comportamiento usurario por parte de Antón; mas, según afirma Luis, él no puede entender esa actitud, pues, aun reconociendo que su abuelo “había sido vivo y listo” con el tema de los préstamos, “desde que yo lo conocía, lo mismo que padre y madre, eran buenos con todo el mundo, desviviéndose por atender al que entraba en casa, fuese del lugar o forastero”⁴²⁵

Quizá con la intención de destensar un poco el hilo de la narración, Luis hace un paréntesis en lo relativo a su abuelo y vuelve a poner el punto de mira en los segadores, a los que sigue asociando con un tiempo hermoso y grato. Unos segadores que, cuando llegaban al pueblo, lo hacían en unos carros tirados por unos delgados borriquillos que, al cabo de unos días, cambiaban el pelo y engordaban.

Esta imagen de los burros sirve para ejemplificar las buenas atenciones que la familia de Luis prodigaba a los jornaleros. Así, en un primer momento, menciona que su madre y las dos criadas acogían muy bien a los hijos de los segadores cuando iban a la casa a aprovisionarse de agua y comida para llevarlas en aguaderas y serones hasta el campo. Una circunstancia que Rodrigo Rubio aprovecha para recordar la forma en que tradicionalmente se solía llevar a cabo ese aprovisionamiento:

Les sacaban panes, tocino, aceite, docenas de huevos, harina, legumbres, fruta, y madre apuntaba todo en una libreta, y los chicos también lo apuntaban, aunque no siempre con números, sino con rayas, con “palotes”: tantos panes, tantas rayas; tantos huevos, tantas rayas más, y así. Yo me acercaba a ellos, y ellos me miraban con seriedad de hombres. Yo acariciaba los borriquillos, más gordos y más lustrosos cada día, y sentía deseos de irme con ellos al rastrojo.⁴²⁶

425 *Ibíd.*, 30.

426 *Ibíd.*

Pero durante este verano el narrador observa algunas novedades respecto de lo que solía ser habitual en el pasado. Por un lado, su padre tiene una inquietud diferente a la de otros años: ahora el problema radica en que el número de segadores es más escaso y, por consiguiente, aparece el miedo a que no puedan segar lo todo y se pasen los mejores trigos. Porque, ciertamente, este año en la cuadrilla faltan hombres jóvenes y la mayoría de los segadores son hombres viejos, mujeres y niños.

Por otro lado, el abuelo tampoco se comporta como lo hacía en años anteriores. Está “un poco lelo, bastante regañón” y se enfada con las vecinas que van a la casa a pedir cualquier cosa. Sentado bajo la parra, permanece inmóvil, mudo, como abstraído y preocupado porque ve acercarse una nube que, según su nieto, no existe. En cambio, en determinados instantes parece recobrar “su estado normal, de lucidez”, como cuando recuerda el momento de la muerte de su mujer, Rosario, tan lúcido como si acabara de vivirlo. Pero, enseguida y con la cabeza gacha, vuelve a quedarse ausente, a pensar en la nube y ni siquiera disfruta de las ricas cenas que comparte la familia de Luis con los segadores.

Finalmente, el narrador explica que, en el fondo, el temor del abuelo no carecía de fundamento, ya que, a pesar de que la cosecha era buena, en las casas de los labradores no había la alegría de otros veranos. Porque ese verano, “muchos de los hombres que otros años habían segado mieses y trabajado en la era habían tenido que marcharse, decían que a la guerra”. Y lo que le dolía contar es que esa guerra, esa nube, llegó hasta el “pequeño mundo dormido” de su aldea y algunos de aquellos hombres que no le hablaban tomaron viejas armas y fueron a su casa para enfrentarse a Antón y llevarlo hasta un auto que esperaba a la puerta. Y, aunque el viejo no era consciente de lo que pasaba y se comportaba como un niño indefenso, los hombres lo arrastraron hasta el coche:

Entonces el abuelo nos miró. Madre, que era su hija, le abrazó muy fuerte, y él nos siguió mirando. Y luego miró hacia el cielo y dijo: “Diría que hay una nube. Veo allá arriba como una nube, una nube negra...” Alguien le empujó dentro del coche, y entonces él lloró, diciendo: “Me mojaré, María. Trae mi mantoncejo, hija, pues creo que me mojaré...” Y ninguno vimos al abuelo allí sentado, sino a un niño

menor que yo. Y aquel niño debió de hacerse visible a los ojos de los hombres que empuñaban, con sus temblorosas manos sin carne, las viejas escopetas, porque aquellos hombres, de pronto, sin mirarse, sin cambiar palabras entre sí, con la cabeza gacha y el gesto apesadumbrado, descendieron del automóvil y bajaron, cuidadosamente, al abuelo, que lloraba.⁴²⁷

“Las paredes lloran en silencio” es un cuento escrito en primera persona y en forma de monólogo interior, con el que Rodrigo Rubio obtuvo el premio La Estafeta Literaria de ese mismo año. La narración corre a cargo de Miguel, el hijo pequeño de María, el cual se marchó de casa “cuando ya el hambre me había hecho cantar por las esquinas”⁴²⁸, y que ha regresado al pueblo para encontrarse, frente a frente y por última vez, con su madre muerta, lo que le provoca temblor en la carne y en la sangre, no solo porque ella ya no puede verlo, sino también porque él ha sido el último en llegar y no ha podido verla viva.

Mientras contempla el cadáver de su madre y, junto a ella, a su padre, silencioso y abstraído, se pregunta qué hacen todos mirando la muerte, mientras en la calle luce un sol de primavera y los campos forman una ola verde con las espigas ya crecidas; por qué mueren los jóvenes que aman la tierra y, en cambio, viven los que se marchan a la ciudad y visten camisetas que parecen de carnaval; dónde estará el viejo gramófono familiar de cocina⁴²⁹, y por qué tendrán “las lágrimas tan someras las madres que dan a luz a su último hijo ya víspera de un tiempo seco”⁴³⁰. Lágrimas, sin duda, de alegría y de felicidad, como las que su madre hubiera derramado, si hubiese tenido ocasión de verlo antes de morir. Lágrimas como las que a su madre y a él, cuando era niño, les provocaba el humo de la cocina que, según decían, se debía al cañón mal orientado de la chimenea. Lágrimas muy diferentes a las

427 *Ibíd.*, 31.

428 Rubio, “Las paredes lloran en silencio”, 21.

429 En esta primera etapa narrativa, el gramófono tiene un permanente valor simbólico de ese mundo perdido, especialmente en la novela a la que da título. Además, en este relato, ese valor simbólico contrasta con otros dos elementos que representan la modernidad de la vida ciudadana de Miguel: la guitarra que tiene en su piso y la camisa con una máscara en el pecho con la que se presenta en el velatorio de su madre.

430 *Ibíd.*, 21.

de ahora, porque ahora todo es distinto: ya no hay ristras de chorizos colgados de un palo grasiento, el árbol que había ya no existe y la parra parece otra. Lo que él ve ahora, entre otras cosas, son “cuerpos deformes, escopetas sin munición, despensas sin panes recién sacados del horno, lebrillos sin harina, sin masa, orzas sin aceite, badiles sin manos jóvenes para recoger las brasas...”⁴³¹

Por todo ello, Miguel decide subir al desván para arrancar de las arcas allí existentes los viejos recuerdos apolillados que contienen. Al abrir una de esas arcas, surgen escenas del mundo perdido de su infancia:

Yo oigo faltriqueras que tintinean a perras gordas que hoy ya no sirven. Oigo campanas, un repique, sí, es domingo y tengo algunos pocos años, y una cara limpia de barba y un pecho sin camisas que lo cubran como si fuera cuerpo en carnaval. Lluve y los mayores arreglan sus aperos. Pero ¿qué arca he abierto? No llueve, hace sol, veo la llama, me caliento las manos. Vuelvo la cabeza. Veo allá, entreabierto el postigo, el cuerpo rígido por el que aún no he llorado. “Padre.” “Di, hombre.” Toma, aquí tengo una foto. Resulta que es un naípe. ¿Jugamos? Se ríe. Empezamos a contar historias.⁴³²

Después, su mente se desplaza en el espacio y en el tiempo, hasta el momento en que sus padres, María y Andrés, vieron cómo su hijo Ángel, al que se habían llevado a la guerra, volvió a casa convertido en “cartera, reloj y una medalla, carta de una novia desconocida, retrato de quinto, lágrimas derramándose junto a los geranios del patio”⁴³³, para regarlos.

En el desván encuentra un montón de viejos y polvorientos cachivaches —sartenes enmohecidas, palos de cerner, cedazos, trébedes, baleos de esparto— y toca las paredes, en donde hay dibujos de cuando eran chiquillos de escuela y recuerda las veces en que su madre le pedía que le bajara unas patatas. En aquel tiempo, su padre y su madre eran

431 *Ibíd.*, 22.

432 *Ibíd.*

433 *Ibíd.*

unas personas más de las muchas que amaban la tierra, aunque esa misma tierra fuera la que iba a tragárselos.

En ese desván —y como consecuencia de los saltos espacio-temporales, del desordenado e inconexo ir y venir que caracteriza el monólogo interior—, puede recordar, también, a hombres trabajando en las parras en días nublados, a hombres y mujeres vestidos de un luto casi eterno, a niños jugando a la cometa o buscando pájaros, nidos y grillos, y, de nuevo, a su hermano Ángel, muerto en la guerra.

Tras recoger una flor deshojada, una pluma de golondrina y un poema de alguien que alguna noche se sentó bajo la chimenea, baja hasta la cueva de la casa. Una cueva en la que ya no hay vino, ni patatas y en donde las paredes, impregnadas de yesca, parecen llorar:

Paredes húmedas, yesca, silencio, algo que no es música, arriba. Tengo una página que dice: “Ma... mã”, “ca... rro”, “mu... la”, “hom... bre”...; y tengo una camisa nueva, como es nueva la guitarra que espera en mi habitación de la ciudad. “Madre”... Será verdad. Las cosas son así, quedan atrás, se pierden, se borran, ¿cambian los rostros, los ojos, los sentimientos, las pieles, las piedras, los silencios, los pájaros, las hierbas, los rocíos...? “Madre”... ¿Es verdad que los hombres lloran, que las paredes lloran, que los pájaros ríen, y que uno puede quedarse para siempre así, hecho piedra, hecho asco, hecho silencio? ¿Es verdad que Dios es bueno y hace sonreír a los muertos?⁴³⁴

Frente a aquellos tiempos pasados, se sitúa el presente de los vecinos, los cuales tratan de consolarlo diciéndole que lo ocurrido es ley de vida. Es el presente de los vecinos que llegan, con sus gorras en las manos y las miradas en el suelo; el de los cánticos que arrancan el llanto; las campanas que suenan a muerto; el féretro de la madre que es llevado fuera de la casa para llevarlo “hacia donde el silencio es profundo y el frío no se palpa”⁴³⁵, y las hermanas de Miguel con sus esposos e hijos

434 *Ibíd.*

435 *Ibíd.*, 23.

preguntándose para qué habría venido Miguel, pues no parece que esté allí con ellos, sino en otro mundo, que no es otro que el del pasado feliz, el que él intenta reconstruir en su mente para quedarse a vivir en él.

Al final, su padre se levanta, con la cabeza inclinada y sin mirar a Miguel. El padre empieza a andar tras el cortejo y, a continuación, también lo hace su hijo, que parece, entonces, salir de su ensimismamiento:

Soy hombre andando, tranquilo y muerto, vivo y sin voz, junto al otro hombre, diciendo: “Madre”, y también: “¡Dios!”, y nadie mira, pero de pronto, el cortejo ya bajo el sol de los campos, la mano huesuda del hombre aprieta la mía, la aprieta más, se le rompe un sollozo, dice algo que no entiendo —tampoco es necesario entenderlo—, andamos, la tierra tiene flores, hay un pájaro, él ha dicho: “Vamos, llora un poco”, y luego se ha quedado en silencio. Y yo también, si acaso una palabra baja: “Dios... Dios...” [...] y con todo eso el verme ya él sin corteza de pared, sin disfraz de máscara, desnudo y pequeño como quien nunca ha huido y nunca, a la vez, ha muerto entre guitarras y llamativas camisas de colores.⁴³⁶

En 1972, Rodrigo Rubio ganó el premio La Felguera con su cuento “Penúltimo invierno”. Al igual que sucedía en “Las paredes lloran en silencio”, el autor se centra en el tema de la añoranza del mundo perdido y, al mismo tiempo, en el problema de la emigración rural. Una doble temática que gira en torno a un narrador en primera persona, Santos, un viejo al que solo le apetece estar encerrado en la casa de Madrid en donde ahora vive, porque anda mustio, decaído, a pesar de que sus amigos Tomás y Benito tratan de animarlo para que salga con ellos a tomar el sol en el parque. Es una tarde gris de diciembre, ha salido por la mañana y no le apetece hacerlo ahora, a pesar de la insistencia de su mujer, María, para que salga un ratito:

436 *Ibíd.*

Ya salí esta mañana, a las oficinas de la Caja, a cobrar los cuatro “riales” de la vejez. Allí, como otras veces, encontré a Tomás y Benito, camaradas y amigos ya, por todo esto que unos y otros vivimos. “¿Qué harás esta tarde, Santos?”, me han dicho. Y les he respondido: “¿Qué he de hacer sino ver cómo oscurece...?”. Y entonces, Benito, que es el más alegre, me ha dicho: “Vamos, hombre, que siempre andas como si te debieran y no cobraras...”⁴³⁷

Y es que, como el mismo Santos reconoce y como se solía decir en los tiempos de la guerra, por muchos problemas que se tengan, hay que aguantar lo que venga y resistir, porque peor es tener que irse a un asilo o que a uno le den un palo en el codo. Por otra parte, tiene motivos más que suficientes como para sentirse contento, ya que él y su mujer, María, habían logrado poner en pie una familia y, además, Andrés, su hijo, que es técnico de telecomunicaciones, gana un buen sueldo, es estimado por sus jefes, y tiene coche, lavadora, televisor y un pisito en la ciudad.

Además, Santos recuerda que, cuando él y María aún vivían en el pueblo, el hijo iba de vez en cuando a verlos, primero en moto y luego en coche, y los padres se sentían orgullosos y felices de verlo tan bien vestido, tan lustroso y tan espléndido con ellos:

Traía cosicas para nosotros: unos pantalones para mí, unas sayas o un abrigo para su madre... En un viaje nos dejó una radio pequeña, poco mayor que un manojo de naipes, y la María se aficionó a oír dramas —¡como si ya no tuviésemos otros encima...!— y canciones. Yo, a veces, quería darle a la ruedecilla a ver si por un casual salía la voz de Angelillo, o de La Niña de la Puebla, que fueron célebres en otros tiempos, por sus fandangos; pero ella no me dejaba: “¡Quita! ¡Quita, que va a empezar la novela...!”⁴³⁸

437 Rubio, “Penúltimo invierno”, 205.

438 *Ibíd.*, 208.

Es decir, Santos es consciente de que tiene motivos más que suficientes para no quejarse; pero se queja. Y eso que su amigo Benito siempre le dice que no deben ni pueden hacerlo, “porque la vida viene así, Santos, y no te quiebres los cascotes, hombre, y acuérdate de las sardinas pilladas con la puerta, y de las `tajás´ de tocino, ya frías, llenas de pringue, que tú como nosotros te comías y nos comíamos en el campo, sentados en un linde o al abrigo de un majano”.⁴³⁹

Tomás y Benito, los amigos de Santos, viven en Madrid, adonde los han llevado los hijos, que no han querido saber nada de sus tierras secas, allá por La Alcarria, y esos dos viejos se han adaptado al ritmo y la forma de vida que impone una ciudad tan grande. En cambio, Santos no encuentra el sentido ni el encanto de ese tipo de vida. Porque, como ya se sabe, el valor de las cosas es muy relativo:

Y allí, en La Mancha, se quedaron nuestros cebadales, el majuelo de uva valdepeñera, el pinarcillo que le compré a la hija del pobre Abundio, cuando enviudó, y también se quedó allá —para caerse por sí sola— nuestra caseja. Allí se quedó todo, de poco valor material, eso sí, muy poco, porque comparado con el precio que tienen en Madrid las casas —aunque sean jaulas de tente mientras pagas—, nuestras cuatro cosas, ahora que todo el mundo huye del campo, ¿qué pueden valer...?⁴⁴⁰

La pérdida de todo aquello, tan valioso para Santos y María, es lo que lo tiene triste, melancólico, porque no pasa un día sin que le asalten los buenos y sanos recuerdos de todo lo que ya no existe: su casa del pueblo, con la lumbre de la cocina, la cuadra, la cueva y la cámara llena de cachivaches; sus paseos por los campos, de madrugada; el tiempo de la “simienza” en otoño; las campanillas de las yuntas; las canciones de los muleros; el traqueteo de los carros; el calor y el sudor de la siega y la trilla en los días de fuego del verano; el frescor de las gruesas paredes de su casa; las estrellas en el cielo de la noche y, al llegar del duro trabajo en

439 *Ibíd.*, 206.

440 *Ibíd.*

el campo, las apetitosas cenas preparadas por la esposa (caldo de patatas, pisto, gazpachos o chorizos recién sacados de la orza). Tanta añoranza es la que imposibilita su adaptación a la vida ciudadana.

Recuerda, también, cuando su hijo Andrés y su mujer, Julita —una chica madrileña que trabaja en una oficina antes y después de casarse—, los trajeron a Madrid. Y siente que, a pesar de ser un buen hijo, los llevó a vivir con ellos como por compromiso. Por eso no se siente a gusto. Bueno, por eso y porque se trata de una casa en la que todo es nuevo y pequeño, en la que María y Santos tienen una habitación con dos camas que parecen ataúdes, en la que pisan como si fueran a romper algo y en la que tosen con la boca cerrada para no molestar a nadie. Pero lo peor es que allí no pueden colocar nada de cuanto representa toda una vida, todo un mundo perdido:

Todo aquello. Aquel calor de nuestra cocinilla, aquellos baleos de esparto, todos los muebles oscuros, y las arcas, y los cobertores, y aquel cuadro con una estampa de San Antón, rodeado de sus animales... Y aquel otro que era una fotografía ampliada de los abuelos —de mis padres—, ella con traje ceñido y el cabello pegado al casco; él con cuello de tirilla en la camisa, el traje de pañete ceñido, en la mirada como un asombro que se había quedado quieto... Todo aquello era mucho para traerlo aquí [...] Es difícil trasladar de sitio los inviernos, los sarmientos desnudos de la parra, por donde, apenas amanecer, empiezan a saltar los gorriones. Imposible salir con el olor, y los humos, y el calor de las brasas, y el regusto del vino recién empezado, y del chorizo que se asa envuelto en papel... Imposible, sí, traernos el tiempo, la vida que habíamos vivido, los inviernos, y las primaveras, y los otoños, y los veranos que ya habíamos vencido...⁴⁴¹

Y, para colmo de sinsentidos, resulta que su hijo Andrés, el cual había huido del campo, espera ahora con ansia que lleguen los domingos para irse al campo, a la sierra. Por todo ello, a pesar de que hoy ha cobrado su paga y de que, por eso mismo, podría ser un día feliz

441 *Ibíd.*, 211-212.

para Santos, este siente que sobre él caen todas las nubes del comienzo del invierno, echándole encima montones de recuerdos y años. Santos, como le pasaba al joven Alonso, el protagonista de *Un mundo auestas*, se ha ido a vivir a Madrid con un impresionante bagaje a sus espaldas, con todo su mundo auestas.

También está escrito en primera persona el relato “Un poco de paciencia”, con el que Rodrigo Rubio consiguió el tercer premio del XI certamen Hucha de Oro, patrocinado por la Confederación Española de Caja de Ahorros.

Una primera persona narrativa que, al igual que sucedía en los dos cuentos anteriores, le sirve a Rodrigo Rubio para intensificar el dramatismo y el lirismo de los hechos relatados. Porque, como se puede apreciar, en los tres cuentos se toca, con distintos acordes, una misma melodía: la de la añoranza del pasado feliz.

En este caso, el relato corre a cargo de Juan, el hijo mediano de un viejo campesino que, al no dársele su nombre, funciona como representante de tantos y tantos viejos cuyos hijos han tenido que llevárselos a vivir a la ciudad, con el consiguiente desarraigo y sufrimiento de aquellos.

Juan se ha visto obligado a “cargar” con su padre porque, tras la muerte de la madre, ninguno de los otros dos hermanos quisieron hacerlo, poniendo la excusa de que, si lo sacaban de su casa, era un hombre muerto. A ellos les resultaba mucho más cómodo dejarlo en el pueblo, en donde, además, él quería vivir, y girarle tres mil pesetas al mes para que pudiera mantenerse: “*con eso y con la ayuda de tía Micaela puede vivir estupendamente*”.⁴⁴² Pero Juan decidió llevárselo con él, en contra de la voluntad del padre y en contra de la opinión de su mujer, Julita, que en aquel momento estaba embarazada de su tercer hijo, motivo por el que su marido tenía que andarse con cuidado, máxime cuando él en aquellas fechas ya vivía con temporales y borrascas.

Según relata Juan, la adaptación no fue fácil para ninguno de ellos. Para el viejo, porque se había convertido en una especie de muerto

442 Rubio, “Un poco de paciencia”, 32.

en vida, encerrado en su mundo y con el que era muy difícil comunicarse. Para Julita, porque era una mujer moderna que se avergonzaba de su suegro y que, cuando sus vecinas, sus amigas o sus compañeras del club, de la sauna o del salón de belleza iban a visitarla, cerraba las puertas de las habitaciones y les decía que el viejo se había ido a Barcelona con su hijo mayor:

Y entonces ella, los niños en el colegio, o ya dormidos si es de noche, saca la baraja de póker, el güisqui, la ginebra, las coca-colas, la tónica, el ron, el hielo, el cuarenta y tres, *guerra a la vulgaridad*, los cigarrillos *superlargos de superlujo*, y juegan, y ríen, y beben, y ponen el saloncito repleto de humo, y sueltan tacos, y se ríen más, y vuelven a beber más, y hablan de cantantes, de follones, de destape, y otra vez las risas, y dicen *estos tiempos ya son otros...*⁴⁴³

Lo malo es que, alguna que otra vez, el viejo aparecía de improviso en escena, provocando la burla de las amigas y el consiguiente enfado de la nuera, al verse descubierta en su mentira. Por eso, el hijo reconoce que Julita ya no es la misma que cuando era novia, cuando estaban recién casados y, sobre todo, cuando no estaba en casa su suegro, quien ve a su nuera como una fiera que quiere acabar con él y con Juan.

También a Juan le resulta difícil comunicarse con su padre. Del hombre que fuera en su tiempo, ahora solo queda “un residuo de la fortaleza que nos arropó, que pudo llevarnos en sus brazos, transportarnos, con seguridad, cuando nosotros éramos débiles”.⁴⁴⁴ Únicamente consigue contactar con él cuando coinciden en alguna parte de la geografía formada por los recuerdos comunes de aquellos años en los que el padre era un hombre fuerte, con unos brazos de hierro y un trabajador incansable que cargaba con su hijo Juan en brazos para meterlo en la cama, para llevarlo a los baños de agua salada y pestilente o para transportarlo en el carro hasta la clínica en donde pudieran curarle sus males de “niño-adolescente derrumbado por miserias de

443 *Ibíd.*, 32-33.

444 *Ibíd.*, 31.

guerra y posguerra”⁴⁴⁵ Aquellos años en los que, sin duda alguna, Juan funcionaba como un trasunto literario del propio Rodrigo Rubio. De ahí que la gratitud que Juan muestra al llevarse consigo a su padre sea un claro exponente de la que el escritor albaceteño ha guardado siempre hacia el suyo, a quien recuerda como un hombre que siempre caminaba hacia delante, luchando contra todos los sinsabores y los problemas que le planteaba la vida; en este caso, la enfermedad del hijo. Por eso, cuando Juan oye quejarse a ese hombre viejo y enfermo que tiene ante sí, recuerda al hombre fuerte que fue su padre y que, ahora, es como un árbol frondoso al que “un rayo lo ha desgajado, convirtiéndolo en cándalos y corteza arrugada”⁴⁴⁶. Por eso, resultan enternecedoras las palabras del hijo, tras la aparición del viejo ante Julita y sus amigas:

Cerca de él, cuando ya era huesos, camisón largo, cabellos alborotados, ojos saltones, aparecido en medio del saloncito de forma brusca para amargar el póker de las damas [...] oía su quejido, sus palabras entre dientes, y se me venían las lluvias suaves de los otoños, la fuerza de sus brazos, la caricia ruda de sus manos callosas, todo aquel tiempo, el de mi debilidad, el de mis estudios por correspondencia, el de no poder ser como eran otros muchachos..., mi padre, tan recio, tan de la tierra, comprendiéndome, transportándome en volandas, en ocasiones con ese apretón que parece exclusivo de las madres, un apretón fuerte y suave a la vez, rudo y tierno, un apretón de lágrima que no podía salir, para llevarme, desde el calor del hogar encendido a la cama de hierro, al cuarto de las esteras, los baños y los grandes baúles con cobertores listados (trabajo de abuelas muertas).⁴⁴⁷

En esa ocasión, como si el viejo intuyera lo que pasa por la cabeza de su hijo, es cuando se produce una íntima comunión entre padre e hijo. Y, entonces, el viejo deja caer sus dedos hechos sarmientos sobre la cabeza de Juan, luego los pasa por su cara y allí descubre las lágrimas del hijo.

445 *Ibíd.*, 35.

446 *Ibíd.*, 36.

447 *Ibíd.*, 35-36.

Es cuando tiene lugar el momento más emotivo y más cargado de lirismo de todo el relato, al que el autor le aporta el prosaico contrapunto de la voz de la mujer de Juan, que lo llama para cenar:

[...] la mano del hombre fuerte, árbol frondoso, ahora herido por mil rayos, baja por mi frente, por mis mejillas, sube hacia los ojos, palpan sus dedos de palo, tocan, palpan de nuevo, se retiran, alza el viejo su mano, se mira los dedos húmedos de llanto callado, de lágrima de niño necesitado de brazos fuertes, y va a decirme algo, pero calla, se aparta, se incorpora, le oigo, pero muy bajo:

—No, no, Juan...

Y voy a decirle *calla hombre, si es que el cigarrillo este del carajo siempre me hace llorar*, cuando, pam pam, llama Julita y oímos:

—¿Sales o qué?

—Ahora, nena.

—Nos vamos a tomar la cena hecha un asquito, ¿sabes?

Y cuando voy a salir pienso: *ahora le diré ten paciencia, Julita, un poco de paciencia, el abuelo a lo mejor se nos va este otoño*. No deseo, no quiero que el viejo se nos vaya éste ni ningún otro otoño. No quiero. Y por eso callo, y cuando Julita me dice: *Es que te olvidas de todo, ahí dentro...*, yo quisiera decirle: no, *lo que pasa es que, mira ahí dentro lo recuerdo todo. Todo*. Pero tampoco le digo esto. No le digo nada. ¿Para qué...?⁴⁴⁸

El 1 de diciembre de 1978, en *Crónica de Albacete*, publicó Rodrigo Rubio un emotivo relato titulado “La calefacción del carro de mi padre”. Escrito en primera persona y con un importante contenido autobiográfico, el relato comienza mencionando el momento presente que vive la automoción en España, con coches de superlujo, lunas que suben y bajan automáticamente, asientos anatómicos, cajas de cambio perfectas, formidable calefacción y aire acondicionado capaz de soportar temperaturas extremas. “Ahora, cuando se habla de todo esto, yo me acuerdo de la calefacción del carro de mi padre.”⁴⁴⁹

448 *Ibíd.*, 37.

449 Rubio, “La calefacción del carro de mi padre”, 13.

Acto seguido, y en tono humorístico, el narrador deja claro que, cuando habla de carro, no está aludiendo a la acepción con la que se nombra al automóvil en la América hispana, sino que se refiere al carro campesino de toda la vida:

Y tengo que decir ya, por si alguien interpreta mal lo que digo, que mi padre, el buen hombre, nunca estuvo en las Américas de nuestra lengua con variantes, y que el carro, para él, como para todos nosotros, era el vehículo de madera y hierro, con varales, con tableros, con dos ruedas de radios. Ese era el carro. Un carro bien hecho, casi obra de arte, entre carpintero y herrero.⁴⁵⁰

En una nueva muestra del tópico del *ubi sunt?*, tan frecuentemente utilizado por Rodrigo Rubio cuando recuerda el mundo perdido de su infancia y juventud en Montalvos, el narrador se pregunta qué habrá sido de aquellos hermosos carros: si algunas personas los habrán dejado pudrirse en un corralón o si algunos chiquillos, de los pocos que quedan actualmente en los pueblos, los habrán desguazado. En este sentido, aprovecha el escritor para aludir, con una nostalgia no exenta de ironía, a esa otra forma de despoblación que supone para los pueblos manchegos el hecho de que los estudiantes se marchen a estudiar fuera de sus localidades:

¿Qué chiquillo, de los pocos que quedan en los pueblos (ahora se van desde la E.G.B. al instituto o a la escuela de formación profesional, y adiós carros y demás trajines del pan y el vino)..., qué chiquillo, decía, se habrá llevado el último clavo, el último varal, el último remache...?⁴⁵¹

Tras esta breve alusión al tema de la emigración juvenil de los pueblos a las ciudades y a la relativa contribución de esos jóvenes a

450 *Ibíd.*

451 *Ibíd.*

la desaparición de los últimos carros, el narrador pasa a denunciar la responsabilidad política en esa situación que está relatando. Es entonces cuando afirma que los carros de La Mancha sufrieron el golpe de gracia cuando en las “alturas gubernamentales” se dispuso que las ruedas con aros de hierro no podían circular por las vías destinadas a los automóviles y se les obligó a ponerles ruedas con neumáticos: “Ruedas de coche, de camión. Ruedas hinchables. Ruedas de la pestilencia. Ruedas del desarrollo y del consumo. Los carros, ya, parecían tarados”.⁴⁵²

En un brusco cambio de tono, pasando del tono sentimental y nostálgico con el que habla del pasado a la ironía con la que afronta la realidad actual, el narrador se pregunta por qué ahora, cuando existen esos magníficos modelos automovilísticos, él habla de los carros. Su respuesta es que quizá sea porque se acerca el frío y todos queremos una calefacción que nos arrope.

Esa sería la razón que ha motivado el recuerdo de la calefacción del carro de su padre. Y, como imagina que habrá gente incrédula, va a explicar en qué consistía esa calefacción “de quita y pon” del carro paterno. Pero, antes de eso, puntualiza que la suya era una familia de labradores en la que no había lujos y todos doblaban el lomo. Ellos no tenían tartana, ni cabriolé, ni galerón de lanza, sino tan solo un carro, con varales verdes y ruedas con radios rojos, que servía para todo: acarrear la mies en agosto, transportar la uva de la vendimia, recoger los sarmientos después de la poda y, “en fin, era también el coche de los viajes” para ir a la feria, a las fiestas, a visitar a los familiares y amigos o para ir a la consulta del médico.

Cuando llegaban los duros fríos de La Mancha y el padre y la madre viajaban “calzados con zapatillas de paño”, era el momento de poner en marcha la calefacción: “En un ladrillo de los grandes, duro al fuego, que mi padre, muy de madrugada, ponía entre el frosquil de la lumbre. Allí tomaba calor, y luego, bien envuelto en pajas o trapos acolchados, se colocaba en una espuerta”.⁴⁵³

452 *Ibíd.*

453 *Ibíd.*

IV. LA LITERATURA TESTIMONIAL Y SOCIAL: LA NOVELA

4.1. *La tristeza también muere* (1963)

Esta novela representa el inicio de una segunda línea narrativa en la trayectoria literaria de Rodrigo Rubio, en la que, sin abandonar temas y planteamientos propios de la etapa anterior, su obra se muestra más impregnada de la temática social, coincidiendo con una época en la que el novelista estaba tomando un contacto más directo con la realidad de las calles valencianas, toda vez que, desde el año 1961, ya podía salir de casa, ayudado por unos bastones.

Según nos contaba en sus “Notas autobiográficas”, Rodrigo solía pasear todas las tardes desde el barrio de Monteolivete, en el que vivía, hasta la Gran Vía Marqués del Turia y la Avenida de José Antonio. Y, durante esos recorridos, tres eran los sitios en donde pasaba la mayor parte de su tiempo: el quiosco de la prensa, la librería de lance y el estanco de la familia Mombiedro.

Como suele ser habitual en sus novelas, también esta cuenta con una dedicatoria: “A Manuel Duato Gómez-Novella S.I., un hombre que ha hecho sonreír a los que andaban por el camino de la tristeza”.⁴⁵⁴

Este jesuita era consiliario de la Fraternidad Católica de Enfermos, con la que Rubio conectó en 1962 y con cuyos miembros vivió una magnífica experiencia. Como él mismo afirmaba, estos minusválidos lo “cazaron” para que escribiera en el boletín *Cruz y Alegría*, y con ellos compartió tres formidables años, de los que nos habla en los siguientes términos:

454 Rubio, *La tristeza también muere*, 7.

Por otra parte, en 1962 conecté con los minusválidos de la Fraternidad Católica de Enfermos, de la que era consiliario el P. Manuel Duato, un jesuita entusiasta por todo. Me “cazaron” para que escribiera en el boletín *Cruz y Alegría*, y puedo decir que viví —hasta 1965— tres años formidables, quizá de los mejores de mi vida. Asistía a reuniones, viajábamos, daba ya algunas charlas y conferencias. Empecé a trabajar en un taller/cooperativa que llevaban los minusválidos. Construíamos juguetes para la fábrica Jeiper. A destajo, nos sacábamos unas pesetillas. Mientras tanto, escribía *La Feria* (Premio Ateneo de Valladolid 1962) y *Equipaje de amor para la tierra* (Premio Planeta 1965), así como los ensayos *El Papa Bueno y los enfermos* (sobre Juan XXIII), *La deshumanización del campo* y los cuentos de *Palabras muertas sobre el polvo*. Era un tiempo activo para mí. Vivía a gusto en Monteolivete, donde mis amigos eran los que iban al bar, a la peluquería; es decir, muchachos de los talleres, de las tiendas, toda aquella gente que luego, en octubre de 1965, tanto se alegraría al ganar yo un premio como el Planeta.⁴⁵⁵

Igualmente, esta experiencia aparece mencionada, de pasada, en la novela que ahora nos ocupa. Al final del capítulo III, el narrador recuerda a José Miguel el momento en que se despidió de su amigo Bernardo, un minusválido aficionado a escribir y que construía juguetes para los niños. En ese momento, el narrador en segunda persona escribe:

Y llegó el momento de la despedida. Bernardo te lanzó un discurso sobre la Hermandad Católica de Enfermos, pero tú apenas prestabas atención. Te pidieron un par de trabajos para el Boletín que publicaban mensualmente. “Lo haré, lo haré...”

“Lo peor fue comprobar que aquel amigo a quien yo imaginé hundido, sacrificado y resignado, era feliz.”

Creíste encontrar a un hombre deshecho, aplastado por la vida, y viste a un hombre que tenía la vida en las manos.⁴⁵⁶

455 Rubio, *Notas autobiográficas*, 23.

456 Rubio, *La tristeza también muere*, 58.

Por ello, tanto en *La tristeza también muere*, como en *La sotana* (1968), el novelista albaceteño relatará algunas de estas experiencias religiosas, en las que, como es lógico pensar, hubo aspectos positivos y negativos.

El autor se refleja en su criatura literaria

La trayectoria personal del escritor de Montalvos va a quedar plasmada en un personaje con alto contenido autobiográfico, el de José Miguel, al que un narrador —del que no se aporta dato personal alguno, aunque él mismo se define como un amigo del protagonista— se dirige, en segunda persona, a lo largo de toda la novela, para, de ese modo, ir contando lo que al protagonista le va sucediendo y, al mismo tiempo, ofrecer el punto de vista del narrador sobre algunas de las vivencias, creencias y opiniones de José Miguel.

En tal sentido, se podría pensar que ese narrador en segunda persona fuese el mismo autor, el mejor conocedor de la vida de su personaje, en tanto en cuanto él es quien le ha dado vida literaria y, además, es un *alter ego* del propio Rubio, dada la importante carga autobiográfica de la que está dotado. Por eso, no resulta extraño que ese narrador en segunda persona llegue a conocer, mejor incluso que José Miguel, los sentimientos que a este le embargan cuando se encuentra deambulando, sin dirección alguna, por las calles de Barcelona, tal y como podemos comprobar en el siguiente texto:

Querías irte lejos de allí, de la enorme ciudad, aunque sólo fuese con el pensamiento. En la ciudad también hay pájaros, pájaros que anidan en los árboles y en los viejos tejados, pero a ti no te gustan los pájaros de las ciudades, como no te gusta ese suelo duro, negro y frío. Hubo un momento en que la grande y desconocida ciudad te ahogaba. Estabas en el Paseo de Gracia, y hubieses querido andar, andar mucho, hacia arriba, hacia fuera, cruzando toda la ciudad para llegar a las montañas, y detenerte allí, sentarte en un suelo blando y velludo; detenerte mucho tiempo, toda la noche; un cielo sin estrellas sobre tu cabeza y bajo tu mirada un mundo de luces y sombras, de

ruidos y silencios contenidos; un mundo de extraños rostros y de extrañas palabras, un mundo que parecía ahogarte, aniquilarte.⁴⁵⁷

De ahí que estemos totalmente de acuerdo con nuestro querido y añorado profesor Mariano Baquero Goyanes, cuando, a propósito de la segunda persona narrativa empleada, entre otros, por Michel Butor y William Faulkner —recordemos que ambos autores han sido leídos con especial delectación por Rodrigo Rubio— afirma que, tanto si se toma en consideración la afirmación de Butor de que, con un narrador en segunda persona, se convierte al lector en el protagonista al que le está sucediendo lo que se presenta en la novela, como si se está de acuerdo con la idea expresada por Roland Barthes, en el sentido de que la segunda persona representa una invocación del creador a su criatura literaria, esa segunda persona no dejaría de ser una muestra más de la omnipresente voz del narrador. Es decir:

Como quiera que sea, acéptese la interpretación de Butor o la de Barthes (o ambas a la vez, puesto que, en última instancia, no existe incompatibilidad entre ellas), el empleo de la segunda persona supone una muy peculiar vuelta a la voz del narrador, la voz del creador frente a la criatura, como quiere Barthes; la del ser omnisciente, la del individuo que conoce una historia ignorada por el protagonista que la está viviendo, que la ha vivido ya, como quiere Butor.

Parece, pues, que esa tradicional “voz del narrador” es inocultable, ya se emplee la tercera, la segunda o la primera persona.⁴⁵⁸

A esa segunda persona se refiere Francisco Ynduráin cuando habla de que representa un desdoblamiento reflejo del yo del narrador, gracias al cual “el tú, como personaje imaginario, es el punto de encuentro,

457 *Ibíd.*, 26.

458 Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*, 129. El profesor Baquero Goyanes se está refiriendo a las obras de Michel Butor, *Sobre Literatura, II*, Seix Barral, 1967, y de Roland Barthes, *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral, 1967.

la objetivación más próxima de las vivencias del yo personal”⁴⁵⁹ De ese modo, en estas novelas, a las que se podría calificar como vivenciales, Ynduráin califica la utilización del *tú* como un desdoblamiento del *yo*, con independencia de las circunstancias o los fines en que dicho desdoblamiento se produzca. En tal sentido, y haciendo una clara diferenciación entre el uso de la segunda persona por parte de nuestros escritores y el que realizan los autores del *nouveau roman*, con Butor a la cabeza, apunta:

Por lo que hace a nuestros novelistas, españoles e hispanoamericanos, menos preocupados, al parecer, con ese aspecto de la problemática literaria, el *tú* les ha servido para mostrar no cómo se accede al nivel del lenguaje, sino para exponer distintos grados de objetivación del *yo* de conciencia refleja, o de lejanía en la vivencia.⁴⁶⁰

Por otro lado, en el caso de *La tristeza también muere*, esta narración en segunda persona va acompañada de algunos textos entremetidos en los que, en estilo directo y en primera persona, se ofrecen afirmaciones o pensamientos del propio José Miguel. De esta forma, se consigue un juego de perspectivas que nos hace pensar en la más que probable intención de Rodrigo Rubio de establecer una técnica narrativa basada en la existencia de una especie de espejo en el que él mismo se estaría viendo reflejado. Así, José Miguel representaría, en muchos momentos, al Rodrigo de carne y hueso, mientras que el innominado narrador sería el Rodrigo novelista que, con esa mirada tan característica de un *novelista* unamuniano, observa desde fuera la vida de su personaje de ficción y, por ende, su propia existencia.

Tal afirmación se basa en la comprobación de la forma en que comienza la novela, justo en el momento en que ese narrador-autor se dispone a contradecir una tajante afirmación de su criatura novelesca, en una forma muy similar a como lo hacía Miguel de Unamuno con Augusto Pérez en el capítulo XXXI de *Niebla*. Así, en narrador de *La*

459 Ynduráin “La novela desde la segunda persona. Análisis estructural”, 207.

460 *Ibíd.*, 219.

tristeza también muere afirma: “No, José Miguel; es imposible. Tú no puedes haber perdido la fe. ‘No soy más que un pobre hombre —dices—, un joven sin ilusión, sin fe; un aprendiz de poeta que ya no hace versos...’ No acabo de creerte. Sin embargo, llega a mí como un temor, como un presentimiento de que sea verdad”.⁴⁶¹

Esta vinculación entre José Miguel y el escritor Rodrigo Rubio viene refrendada por la existencia de algunas semejanzas que resultarían muy sorprendentes en caso de no existir ese reflejo autobiográfico en el personaje novelesco.

Ocurre que el joven protagonista de *La tristeza también muere* es un chico de pueblo que se había ido a vivir a Valencia con su prima María Josefa, y que había trabajado con esta y con su marido en una tienda de alimentación durante la época del racionamiento.

Además, María Josefa —como había ocurrido en el caso de Rodrigo y su hermana Pilar—, fue para José Miguel “como una segunda madre. Ella me había traído a Valencia; ella me acompañaba al sanatorio, y ella, en fin, me había enseñado a vivir...”⁴⁶² Y, al igual que le había ocurrido a Pilar Rubio, también ella murió de forma rápida, trágica y cruel, debido a un “bicho criminal que le había crecido dentro del cuerpo”, y que la mató en menos de un mes. Además, María Josefa siempre recordaba lo que José Miguel —a quien quería como a un hermanito chico— había hecho por ella cuando, durante la guerra, no había podido estar junto a Pedro, su esposo, y cuando, en la posguerra, ella y Pedro habían atravesado situaciones muy difíciles. Algo que nos trae a la memoria lo que tantas veces ha relatado Rodrigo Rubio en relación con los viajes que hacía con un carro y un borriquillo para llevar vino a la taberna que su hermana y su cuñado habían abierto en una localidad vecina a Montalvos, y con la ayuda que, posteriormente, les prestaría en el puesto que ellos tuvieron en el mercado de Valencia.

Como fácilmente se puede ver, aunque nos encontremos inmersos en otro apartado de su novelística, aún siguen estando presentes muchos de los componentes autobiográficos y temáticos que tan habituales eran

461 Rubio, *La tristeza también muere*, 13.

462 *Ibíd.*, 36.

en la primera etapa. Y es que, en el caso de Rodrigo Rubio, se puede afirmar que, cuando un mundo se pierde, se pierde para siempre y siempre se le añora.

De modo que, si el dolor y la impotencia que sintió José Miguel por la desaparición de María Josefa son fiel reflejo de las sensaciones experimentadas por Rodrigo Rubio con ocasión de la muerte de su hermana Pilar, algo similar cabría decir respecto de algunas otras afirmaciones realizadas en relación con este personaje de ficción.

Así, resulta que José Miguel, joven escritor, había visto premiado un trabajo poético en unos Juegos Florales, al igual que le había pasado a Rodrigo Rubio en las Fiestas de la Vendimia de Requena (Valencia), en 1960. Además, José Miguel es una persona que se encuentra con enormes dificultades para ver publicados sus poemas, algo que, en su opinión, no les ocurre a los escritores ganadores de algún premio literario, aunque lo sean por una mera carambola, por estar bien relacionados en el mundillo literario, o porque, llegado el caso, puedan devolver los favores recibidos. Todos estos sí que firman ejemplares en la Casa del Libro.

La agonía de vivir sin la fe

El tema principal de la novela es el de la fe. Una fe que José Miguel afirma haber perdido, porque Dios ha huido de su lado y él es un hombre que no cree en nada “un hombre que vive, pero que está muerto”, y que está a punto de dejarse arrastrar por “la Gran Corriente; es decir, por esa masa compuesta por seres indiferentes y fríos”.⁴⁶³

Y, a la manera de tantos personajes literarios aquejados por el que podríamos denominar como *el mal de la existencia*, el agonista José Miguel —otra vez nos viene a la memoria nuestro admirado Miguel de Unamuno— va experimentando a lo largo de su vida periodos sucesivos de creencia y descreencia, aunque siempre aferrado a esa idea expuesta por Ortega y Gasset en la cita que encabeza la novela: “Es más fácil lleno de fe morir, que exento de ella arrastrarse por la vida”.⁴⁶⁴

463 *Ibíd.*, 13.

464 *Ibíd.*, 9.

La evolución de la lucha interior de José Miguel se estructura novelísticamente en tres partes. Una primera, algo más extensa, titulada “Pesadilla”; otra, un poco más breve, a la que se da el calificativo de “Ensoñación”, y una tercera, la más corta, bajo el epígrafe de “Vida”.

La primera parte, formada por diez capítulos, transcurre íntegramente en Barcelona, a donde José Miguel se ha trasladado desde Valencia para resolver un asunto de negocios de seguros, por encargo de su hermano Andrés y, al mismo tiempo, para recoger unos poemas propios que llevaban durmiendo el sueño de los justos, desde hacía tres meses, en una editorial barcelonesa, desde la que le habían escrito diciéndole que estaban bien, pero que no los podían publicar.

La breve estancia en esa gran urbe, en vísperas de la Navidad, alojado en una residencia y en una habitación con tres camas nuevas exclusivamente para él, hace que se sienta inmensamente solo. Paseando por las Ramblas, por la plaza de Cataluña, por la Ronda de San Pedro, el Paseo de Gracia y la Avenida de José Antonio, observa la vida ajetreada de la mayor parte de los transeúntes, algunos de los cuales habían llegado a Barcelona procedentes de los pueblos secos de Murcia, de la estepa almeriense y de las llanuras de Albacete. Hombres vestidos de pana, “que tal vez quisieron marcharse del pueblo para no vestir nunca las ropas del rústico, del oscuro campesino, y ahora estaban ahí, orilla de un mundo inalcanzable...”⁴⁶⁵ Hombres, como el cobrador del trolebús, quien, en opinión de José Miguel, “se entregó voluntario a la esclavitud, cuando tal vez era tan libre como un pajarillo de los campos, tan libre como una hierba que anda rodando por todas las tierras, abandonada a un viento que la empuja y la acaricia...”⁴⁶⁶

José Miguel observa a estas personas y, de ese modo, va tomando conciencia de la tristeza y la desilusión en la que, sin duda, deben de estar sumidas, al tiempo que ve cómo a él todo le resulta extraño, confuso y caótico, hasta el punto de que cada vez son mayores sus deseos de marcharse de la ciudad:

465 *Ibíd.*, 29.

466 *Ibíd.*, 31.

La noche no tenía estrellas y los arcos de luces sembraban sus colores tenues sobre el asfalto negro, mil veces besado por los neumáticos. Mirabas hacia el suelo, y ese suelo duro, negro y frío, por donde aparecían, de vez en cuando, repugnantes escupitajos te producía náuseas, y deseabas recordar el suelo blando, de tierra oscura, un suelo donde crece la hierba y anidan los pájaros. Querías recordar el suelo blando y verde de los campos. Querías irte lejos de allí, de la enorme ciudad, aunque sólo fuese con el pensamiento. En la ciudad también hay pájaros, pájaros que anidan en los árboles y en los viejos tejados, pero a ti no te gustan los pájaros de las ciudades, como no te gusta ese suelo duro, negro y frío.⁴⁶⁷

El estado de ánimo de José Miguel es tal, que el simple hecho de que un viajero del trolebús se ofrezca a acompañarlo hasta la calle en la que se encuentra la casa de su amigo Bernardo le supone una especie de caricia, capaz de devolver la ilusión a un hombre sumido en la soledad y la desesperanza, como es su caso. Una situación que contrasta poderosamente con la felicidad y el regocijo de una pareja de recién casados que pasan sus ruidosas horas de amor en la habitación contigua a la suya.⁴⁶⁸

Gracias a la narración retrospectiva de ese narrador omnisciente, sabemos cómo José Miguel, después de la intervención quirúrgica a la que había sido sometido para corregirle la desviación que padecía en la espina dorsal, se había ido convirtiendo en un enfermo, más que del cuerpo, del espíritu. Y, durante esa etapa de su vida, fue cuando tuvo noticias de Bernardo, un escritor barcelonés en uno de cuyos libros había descubierto un mensaje de esperanza para quienes tal vez ya se creían inútiles.

467 *Ibíd.*, 25-26.

468 Esta imagen de una pareja de recién casados amándose intensa y apasionadamente al otro lado de la pared del dormitorio de José Miguel la veremos repetida en numerosas ocasiones a lo largo de la obra literaria de Rodrigo Rubio. Sobre todo, en relación con los años en los que él se hallaba convaleciente de su enfermedad y, por ello, su soledad, su melancolía y su desesperación se veían incrementadas notablemente a causa del contraste con la felicidad de otros seres tan cercanos, físicamente, a él.

Entre Bernardo y José Miguel nació una buena amistad por vía epistolar, cuando este todavía tenía contacto con Dios, al menos a través de la comunión que le llevaban todos los domingos hasta el cuarto en que él se recuperaba de la operación.

Ahora, cuando Dios se encuentra lejos, perdido, José Miguel tiene miedo de encontrarse cara a cara con Bernardo. Por eso dilata todo lo que puede la llegada hasta su casa barcelonesa y, entre tanto, va haciendo un repaso mental sobre los momentos más significativos de su trayectoria espiritual, como, por ejemplo, aquellos años de su niñez rota, allá en un pueblo huérfano de hombres, porque se los había llevado la guerra. Unos años en los que no se rezaba o, si se hacía, era a escondidas porque, si alguien les hubiera escuchado en la calle, sus voces podrían haber quedado muertas para siempre. De ese modo, él solo tuvo noticias de Dios gracias a las palabras de unos padres buenos y sin cultura.

También recuerda aquellos otros momentos en los que, tras haberse recuperado un poco, había asistido a los oficios de Semana Santa y se había sentido alejado de todos aquellos feligreses que, después de la celebración, estaban tan contentos como si vinieran de una feria. Aquel fue el tiempo en que entabló contacto con jóvenes de la parroquia, con chicas catequistas, como Juanita o Amparo, quienes, con sus diecisiete o dieciocho años, participaban activamente en la vida parroquial y también se fijaban mucho en los muchachos que iban a misa o en los que encontraban por la calle.

En aquellas ocasiones, José Miguel tuvo miedo de perder la fe que tanto le había costado ganar, y, como consecuencia de ello, volver a ser esa especie de salvaje sin ley que había sido en su niñez y en su juventud. De ahí que ese temor le hiciese centrar todo su amor en el Dios que había encontrado y, a la vez, rechazar cualquier contacto más o menos íntimo con esas dos chicas, especialmente con Juanita, la cual acudía a verlo a su habitación con absoluta naturalidad.

Una naturalidad que contrastaba con la actitud de José Miguel, quien, como resultado de la educación represiva y temerosa que había recibido, llegó a ser innecesaria y absurdamente arisco con la muchacha, y, cuando surgió el primer beso, cálido y angustioso, rápidamente se encargó de enfriar el amor que había nacido en Juanita y de apartarse

de ella para no hacerle daño. Algo que, según confiesa el descreído José Miguel actual, no hubiera hecho ahora, en el caso de habersele planteado una situación similar.

A pesar de que, en la actualidad, se sabe alejado de Dios, José Miguel se decide a ver a Bernardo, presintiendo que se trataría de una visita breve y un tanto protocolaria, dado que, por una parte, este hombre, sí que estaba metido en el mundo de los enfermos; y, por otra, los poemas de José Miguel ya no se escriben con sonos de plegarias, sino con el lenguaje de la angustia y del absurdo.

Por fin, se produce el encuentro y, con él, la percepción por parte de José Miguel de que entre ellos ya no existe el entendimiento de antaño. Bernardo ha dejado de escribir, aunque construye juguetes con los que hacer felices a los niños y, de esa forma, poder él también ser feliz. Además, había encontrado a una mujer que estaba dispuesta a casarse con él. Y así es como José Miguel comprende que, a pesar de que él se siente incapaz de escribir palabras de aliento, de resignación o de esperanza, nunca es imposible hallar la felicidad, al menos para otras personas.

En estos instantes de tremenda soledad interior es cuando, en el capítulo VI, se encuentra con un perrillo solitario que, como él, va recibiendo puntapiés de la vida y de la gente, y que se queja lastimeramente:

Te inclinaste para acariciar su lomo. Le preguntaste cómo se llamaba y el animal aulló. “Estamos solos”, le dijiste. Y el perro siguió a tu lado. Andabais ya unidos, la torpeza de tu paso marcando el suyo. “Ven, *Compañero*”. Te sentías mejor. Le hablabas al perro. Él no podía entenderte —o tal vez sí—, pero tú le hablabas. Era igual que lanzar tus pensamientos a la noche.⁴⁶⁹

Y a él empezó a contarle la historia de su vida, que fue creciendo en sus labios con los relieves de una novela, del mismo modo que le había

469 *Ibíd.*, 60.

ocurrido al nivolesco personaje de Augusto Pérez al final del capítulo V de *Niebla* con el perrillo expósito Orfeo. Semejante es la actitud de conmiseración de ambos protagonistas con los perros abandonados y rechazados por la gente, como también lo es el hecho de que los conviertan en confidentes de sus soliloquios existenciales. Así, hasta que el pobre *Compañero* sea arrojado desde el trolebús en el que viajaba con José Miguel.

Gracias a esas confidencias con el perro es como tenemos noticia del “tío Juan”, un viejo vagabundo que solía contar historias relativas a sus hijos, emigrados a ciudades lejanas, y a sus nietos. Aquel pobre viejo, que solo se alimentaba de las limosnas que recibía, y otros viejos que tomaban el sol en el calor de las tardes primaverales, formaban la otra cara de la ciudad, la otra cara de esa Valencia llena de hombres muy ocupados, de hombres que trabajaban para luego poder reír. Es decir, las dos caras que constituyen la realidad social de esa ciudad en los años de la posguerra: la cara de los triunfadores y bien situados y la cara de los tristes, los pobres y los miserables.

Unos hombres ricos, a los que Rodrigo Rubio presenta caracterizados por unas altas dosis de hipocresía, como sucede con el señor B. Ahijado, al que José Miguel había dejado hacía tiempo unas cuartillas llenas de poemas nostálgicos, que ni siquiera había tenido el detalle de ojear. Un hombre que lo saludaba de lejos sin detenerse, para así no tener que confesarle que no los había leído y que no iba a obtener de él la ayuda deseada.

Por eso, José Miguel prefería el contacto con esos viejos, los cuales representaban una vida sencilla y natural, aunque, como ocurría con el tío Juan, tuviera que dormir bajo una sábana de estrellas, y se marchara, en una noche de octubre, a dormir un sueño eterno junto con otros viejos y con los ángeles.

También le cuenta a *Compañero* la visita que había realizado a la masía “El Garroferal” para descansar durante una semana. Allí, en plena naturaleza, el joven había vivido en un ambiente de paz y de tranquilidad, entre naranjos, olivos, olmos y pájaros, acompañado por los libros de Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández, Federico García Lorca, Rabindranath Tagore o Paul Verlaine:

Ellos eran tus amigos en aquel mundo de silencio y de luz. Leías sin importarte el paso de las horas. ¿Existían realmente las horas allí, en aquella quietud, alterada únicamente por el paso de los caballos y de los hombres, invisibles entre los árboles? El verde oleaje de los maizales parecía muerto y la voz de los pájaros no era más que algo sin fuerza que nacía de entre las hojas de cualquier árbol frondoso. Regresabas. La comida te empujaba a tu habitación fresca, en penumbra. Los poetas amigos dormían junto a ti en la mesa llena de papeles, de palabras todavía llenas de esperanza.⁴⁷⁰

En esa masía había conocido a Asunción, una joven que atendía a los clientes y con la que estableció una cierta complicidad, gracias a la cual pudo conocer sus deseos de marcharse de aquel lugar en busca de una vida mejor. Porque, como le ocurría a José Miguel, también Asunción era una persona que vivía en un entorno físico que le resultaba absolutamente ajeno:

Asunción miraba tus papeles y se quedaba pensativa, como si su vida, algo de su vida, estuviera más allá de todo aquel silencio. Los pájaros también habían dormido, y las sombras de los árboles, aunque siempre con un lento removerse. Los patos ya entraban en la alberca, y los chiquillos que guardaban el rebaño venían un instante a meter los pies en el agua limpia y quieta. Asunción apenas tenía palabras en sus labios gordezuelos, pero al fin la verías alegre, y era que su sueño —como presentiste— estaba más allá de los campos plantados de árboles. Del otro lado de aquellas arboledas le llegaría una esperanza, y con la esperanza la realización de su sueño.⁴⁷¹

Durante el recorrido de regreso a la residencia, los recuerdos de José Miguel se dirigen hacia lo que él llama la segunda muerte de Dios, que se asocia a un viaje realizado por Córdoba y Granada y a la existencia de una joven llamada Nina, a la cual, después de que esta lo

470 *Ibíd.*, 74.

471 *Ibíd.*, 75-76.

hubiera rechazado, había convertido en un ser idealizado, en contraste con la Nina real, la de carne y hueso, a la que considera muerta para siempre. Por eso, cuando ahora José Miguel tiene en su mano una postal con un texto escrito desde Barcelona, pero en la que no ha puesto todavía el nombre y la dirección del destinatario, el narrador se pregunta para quién puede ser ese recuerdo que ha tenido el protagonista:

¿Era para Nina la postal? ¿Dónde estaba Nina? ¿Existía realmente? Sabías que no, que Nina estaba muerta, aunque viviese; aunque tú supieras que se levantaba todos los días a las ocho para ir al trabajo. Aquella Nina vivía, pero no era la que tú esperaste encontrar. Apareció un instante y luego se fue, se borró, para que nunca volvieras a verla y a sentirla (aunque fuese en sueños), cerca de ti. ¿Vivía en algún lugar accesible para ti?⁴⁷²

Muerta estaba, para él, Nina, como muerto estaba también García Lorca, rotas para siempre sus metáforas. Y muerto estaba *Compañero*, al que el cobrador del trolebús ha arrojado a la calle. Por eso, en estos instantes, cuando la muerte del perro se asocia al recuerdo de la muerte de García Lorca, las sensaciones que experimenta José Miguel tienen ese regusto surrealista tan característico de algunos textos del autor del *Romancero gitano*:

Por las calles de Granada anduviste sin rumbo una noche tibia del último verano. Los gitanos cantaban en una taberna, y allí no pasaban trolebuses cubiertos de grandes anuncios. Aquellos gitanos de García Lorca vivían en un pueblo de ensueño que no podían ver los guardias civiles. Una mujer virgen había quedado en la calle con los pechos cortados, y las mujeres del trolebús tendrían unos pechos duros bajo los chaquetones de cuero.⁴⁷³

472 *Ibíd.*, 81.

473 *Ibíd.*, 90-91.

Por la noche, mientras descansa en la residencia barcelonesa, José Miguel se siente igual que Meursault, el protagonista de *El extranjero*, o que Antoine Roquentin, el de *La náusea*, pues, como le sucede a él, ambos carecían de fe. De ahí que, en lugar de leer a Camus, decida tomar las *Fiestas galantes* de Verlaine, con el deseo de que, tal vez, sus versos sirvan para que, al igual que le había ocurrido al poeta francés, también él pudiera hacerse amigo de Dios y así destruir la náusea de una noche sin estrellas. Mas no pudo leer; sus vecinos de habitación, los recién casados, parecían traspasar el tabique con su fogosidad amorosa, mientras que él soñaba que estrechaba entre sus brazos el esqueleto de Nina.

El despertar de unas nuevas sensaciones

Concluida la pesadilla de la primera parte de la novela, el autor da paso a la ensoñación de la segunda, que, con un total de once capítulos, comienza justo con el despertar del siguiente día, que se presagia como un largo día de horas domingueras, con las imágenes de la pesadilla todavía frescas en su mente.

Postrado en la cama, surgen los recuerdos de aquellos años en que vivía con su prima María Josefa, trabajaba en la tienda de esta, retiraba los cupos de racionamiento de los almacenes y se iba a montar en bicicleta con su amigo Rafa, corriendo hacia los pueblos de la huerta, para regresar a eso de las dos de la tarde, cuando ya la comida esperaba en la mesa. Después de comer, se iba al cine o descansaba en la terraza, mientras contemplaba a lo lejos las montañas y las huertas, con sus barracas y alquerías. Eran tiempos felices en los que él no tenía preocupaciones religiosas ni entendía que otros las pudieran tener:

Tú, por aquel tiempo, no hubieras podido comprender, lo mismo que Rafa y sus compañeros de clase, al hombre que lloró frente al Sagrario, porque tú aún eras un muchacho fuerte que había vivido tres años —tal vez los mejores de la niñez— en un pueblo donde ni

había hombres ni se hablaba de Dios, porque los hombres se habían marchado al frente, y Dios parecía haber muerto en la guerra.⁴⁷⁴

Recuerdos de domingos en los que él oía los tañidos de las campanas sin alterarse, pues lo único que deseaba era jugar y almorzar con sus amigos, mientras los hombres leían las páginas deportivas de los periódicos. Una vida tranquila en la que nadie se preocupaba por otra cosa que no fuera su trabajo diario, su visita a la taberna y su sencilla vida cotidiana; aquella vida en la que las mañanas del domingo tenían ecos de campana y de pájaros, y soplos de brisa húmeda.

Recuerdos, también, de otros domingos cuando, ya convaleciente en el lecho, Dios subía a visitarlo por unos instantes y él pasaba las largas horas del día escuchando el rumor de la vida en la calle: hombres que trabajaban en el taller, por la mañana; niños que jugaban a la pelota, por la tarde. Y cuando, por fin, pudo salir a la calle, las visitas a los mecánicos del taller y las bromas de estos enseñándole fotografías de mujeres desnudas, al igual que lo hacían con el señor Eduardo, un viejo católico al que ese tipo de burlas le producían un hondo sufrimiento. Y así día tras día, hasta aquel en que el hombre ya no bajó a la calle: entonces se supo que había muerto, quizá “porque el corazón no quería seguir el ritmo de aquel mundo tan ajeno al suyo. Aquel mundo que no reconocía más dios que el instinto”⁴⁷⁵.

Porque en ese mundo de los mecánicos y de otros hombres como ellos, a Dios se le consideraba un estorbo para vivir; o, al menos, para vivir ciertos aspectos de la vida, especialmente los relativos al sexo, incluso dentro del matrimonio, una institución que para muchos de ellos no tenía más finalidad que darle gusto al sexo. Y todo eso, por entonces, José Miguel lo soportaba gracias al apoyo de la gracia divina.

Ahora, en cambio, bien entrada la mañana de ese domingo barcelonés, se decide a salir a la calle y no se dirige a ninguna iglesia, sino hacia la Rambla, al mercado de libros, recordando tiempos lejanos. Aunque no pensaba comprar ningún libro, se hizo con un ejemplar casi

474 *Ibíd.*, 107.

475 *Ibíd.*, 115.

nuevo de los *Cantos* de Leopardi, quien, como Verlaine, —según apunta el narrador— “también había vivido una vida de dolor, una vida triste, y sus palabras quizá dejaron eco en tu alma”.⁴⁷⁶

Ese contacto con los libros en el mercado de Santa Mónica le hace recordar las visitas que solía realizar al de la plaza Redonda de Valencia, acompañando a Pedro, el marido de su prima María Josefa. Un recuerdo que le sirve para realizar una crítica a los políticos del momento, afirmando que Pedro había dejado de comprar libros que hablaban de política y de economía, porque había dejado de creer en las palabras de los políticos y de los economistas. “España andaba mal, y la vida no alcanzaría un buen nivel en nuestro país hasta que todas ‘las naciones europeas levantasen sus vetos contra la patria’, decía”.⁴⁷⁷

Igualmente, se aprovecha esa circunstancia de la compra de libros para sacar a colación un nuevo recuerdo autobiográfico de Rodrigo Rubio, cuando se afirma que al joven José Miguel le encantaba escribir poemas y que gustaba de dedicarles poesías a los amigos del pueblo. Algo similar a lo que hacía el novelista albaceteño durante sus primeros escauceos en el mundo de la literatura.

Y también autobiográfica es la alusión a que su prima María Josefa “había escrito versos para que los niños del pueblo los recitasen delante de la Virgen, en las tibias tardes de mayo, en aquella iglesia pequeña que olía a flores recién cortadas”.⁴⁷⁸ Sin duda, se trata de una nueva identificación del personaje de María Josefa con el de su hermana Pilar Rubio, una gran aficionada a la literatura y a organizar representaciones teatrales con sus paisanos de Montalvos.

Como también debería de ser autobiográfico el deseo de María Josefa de conocer los escritos primerizos de José Miguel, de los que este se avergonzaba. De ahí que fuese dilatando en el tiempo su lectura hasta que, cuando por fin quiso complacerla, fue demasiado tarde, porque el bicho que la roía por dentro se lo impedía. Fue él quien tuvo que leerle algunos de sus textos para hacerle llegar el recuerdo del pueblo con su

476 *Ibíd.*, 122.

477 *Ibíd.*

478 *Ibíd.*, 123.

riachuelo, sus fuentes y su cerro verde, y, de ese modo, hacerla vivir un poco, muy poco, hasta el momento en que ya sus ojos se llenaban de lágrimas.

Neblina de la muerte —hablando en términos unamunianos—, que hacía que José Miguel se volviera a unir con Dios, pues, desde la muerte de su prima, sentía el deseo de encontrarlo. Y esa misma neblina hizo que él continuara escribiendo y que, al cabo de unos años —como le había ocurrido a Rodrigo Rubio—, pudiese ver hecho realidad su sueño de ser escritor.

De vuelta al presente, el autor nos sitúa ante la realidad de la Navidad del año 1962, a propósito de las inundaciones habidas en la comarca del Vallés y de una Campaña Diocesana de ayuda a los damnificados, con la que se pudieron recaudar montones de víveres, de ropa y varios millones de pesetas, fruto de esa solidaridad tan proverbial de los españoles, a la que, a pesar de resultar muy generosa y de ayudar a enjugar las lágrimas de los necesitados, se califica como de caridad-espectáculo. José Miguel, en cambio, prefería mirar hacia las barriadas humildes, aun a sabiendas de que allí tal vez no estuviera Dios, pues, en su opinión, Este se escapa de los hombres que aprietan los puños y se rebelan contra el destino.

Entretanto, las horas del domingo se alargan con una enorme monotonía, desgranando sus horas de hastío, mientras la gente come en los restaurantes. Monotonía y rutina que queda de manifiesto en su idea de que la gente come para seguir viviendo y vive para seguir frecuentando los restaurantes.

En medio de esa vida rutinaria, surgen los recuerdos de cómo volvió a perder la fe. Otra vez, como consecuencia de su amistad con un mecánico y los amigotes de este, con los que trataba de comportarse como un ser normal: un hombre que bebe, vomita, manosea a las mujeres y vocea, en tanto que observa cómo el vacío se va metiendo otra vez dentro de él. Y así durante dos largos años. “Hasta que supe que Dios se estaba cayendo con mi fe y que por eso no lo deseaba”⁴⁷⁹

479 *Ibíd.*, 142.

Al fin, el largo día concluye con una escena en la que José Miguel va a realizar su particular bajada a los infiernos, con ocasión de una relación carnal con una prostituta que lleva en el cuello una medalla de la Virgen de Monserrat.

Durante la pesadilla nocturna aparece el sueño favorito de cuando él tenía fe: el Monte de la “Casa Iluminada” —la casa de los que sufren y confían sin impaciencia—, desde donde él se siente llamado a la Vida. Y, cuando despierta, comprende que solo si se duerme es posible despertar.

La luz de un nuevo amanecer

Así empieza su última mañana en Barcelona, “la primera del nuevo mundo”, y, con ella, la tercera parte de la novela, la más breve, con tan solo seis capítulos. Y es entonces cuando el narrador comenta que había empezado a escribir la historia de José Miguel hacía algo más de tres meses. “Una historia sin argumento, sin grandes hechos. Una historia parecida a la de todos los hombres que quieren ser ‘algo más’ y que se creen perdidos”⁴⁸⁰

Pero resulta que el narrador no piensa como el protagonista, pues, para él, José Miguel no es un hombre perdido, por mucho que él así lo crea. Según el narrador, José Miguel es un hombre nuevo, porque, ahora, puede pasear por los viejos barrios de la ciudad, en las mañanas de los domingos, sin asco en el alma, sin inquietud y sin dolor. Ya no hay nubes en el cielo, el insomnio y las pesadillas se han esfumado y el cigarrillo que fuma el protagonista ya no tiene sabor amargo. Incluso, simbólicamente, se afirma que la tierra que él contempla, desde el tren que le lleva de regreso a Valencia, aún ofrece vestigios de la reciente inundación, aunque el sol pronto la iba a secar. Y, cuando José Miguel mira al mar, se ve a sí mismo dentro de una barquilla quieta sobre las olas tranquilas.

Ya en Valencia, al escuchar los villancicos, le llegan recuerdos de otras Navidades, cuando su prima montaba un belén en el pueblo,

480 *Ibíd.*, 161.

cuando los campos se cubrían de nieve y los árboles parecían tener flores blancas sobre sus ramas sin hojas. Momentos hermosos y poéticos, en que su prima le hablaba de cosas perdidas en el tiempo, con unas palabras tan dulces y alegres, que avivaban en él la desconocida presencia de Dios.

Recuerdos, también, de cuando, años atrás, había conocido a un hombre que había sido alférez durante la guerra civil y que le contó la historia de una madre y su hija que habían ido hasta las trincheras sin una razón o motivo aparentes. Allí, algunos soldados las habían emborrachado y habían abusado de ellas. Cuando el alférez dio parte al capitán de aquellas escenas horribles, este le contestó diciendo, simplemente, que aquellas eran cosas humanas.

Como humanas son también las tertulias literarias de algunos escritores bohemios con los que, poco después de su regreso a Valencia, entra en contacto José Miguel para darles a conocer algunos de sus poemas. Tertulias en las que se mezcla el sexo con el aburrimiento y la melancolía, hasta el punto de que llega a sentirse como un candidato a aumentar el gran número de los fracasados, de los sedientos, de los desesperados y de los resentidos. Por eso, cuando golpea con saña a uno de esos escritores homosexuales, siente que, en realidad, a quien estaba golpeando era a todo un mundo “imbécil, lleno de inmundicia, de fatuidad, de hastío y de miseria. Un mundo estúpido, estéril y desgraciado que, a pesar de todo, pretendía enseñar a vivir”.⁴⁸¹

Tras este incidente, regresa a su casa y allí se encuentra, alegre y feliz, a su amigo Jiménez, quien lleva en su mano una revista en la que han publicado los poemas de José Miguel que, tiempo atrás, le había pedido un sacerdote. El mismo que, por aquel entonces, lo había llevado a cantar villancicos con “los muchachos de los cochecitos”, gracias a lo cual había podido comprobar “que el dolor tenía un bálsamo, y que no faltaban manos de hombres buenos para atender las heridas de los que sufrían”.⁴⁸²

Ahora, con la ilusión y la felicidad de sus poemas publicados, el joven abre los ojos a una nueva luz. Ocurre que, en los tres meses

481 *Ibíd.*, 183.

482 *Ibíd.*, 171.

transcurridos desde que José Miguel había vuelto a Valencia, se ha producido una especie de milagro, coincidente con el nacimiento de la reciente primavera, y con el que se cierra la novela:

Y fue en aquella mañana nueva, aquella mañana tanto tiempo “esperada”, cuando empezaste, al fin, la vida feliz de los que no forman parte de la Gran Corriente.

Al asomarte a la ventana para mirar los campos, el tinte verdal de la primavera te pareció casi luminoso.

Y era que Dios, para ti, estaba ya en todo: absolutamente en todo.⁴⁸³

4.2. *Equipaje de amor para la tierra* (1965)

Sin duda alguna, se trata de su novela más conocida y la que más fama le ha reportado, no solo por sus innegables valores literarios, sino también por la consecución del Premio Planeta del año 1965. Ello ha permitido que, actualmente, la novela siga reeditándose en las diversas colecciones que la editorial Planeta suele sacar periódicamente al mercado, lo cual ha contribuido, en buena medida, a su gran difusión.

Como advierte Rodrigo Rubio en la nota preliminar que acompaña al texto novelístico, a partir de la recepción del premio, muchas de las personas que lo conocían fuera del mundo de las letras —las cuales no solían leer casi nada— empezarían a considerar su faceta de escritor y se entregarían a leer su novela con entusiasmo.

El argumento de la misma “nace a consecuencia de un hecho real, algo, naturalmente, que la empuja a servir mejor de testimonio”.⁴⁸⁴ Pero, como indica el autor, tanto el protagonista de la historia, Juan, como su madre, María, podrían ser representativos de cualesquiera otras personas en circunstancias similares, como consecuencia de la clara voluntad de universalización por parte del escritor, quien dice haber salido a un camino que nos lleva a un mundo que es ya de todos:

483 *Ibíd.*, 186-187.

484 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 9.

Un hecho no es sino el principio que lleva a conocer otros cuando se tiene interés por ellos. Juan, el muchacho que muere, puede ser, en un principio, el hombre que vosotros, mis conocidos, suponéis; ahora bien, Juan, en toda su dimensión, puede ser ya —y lo es— otros hombres como él. Así, también, la madre es una mujer que puede ser, a la vez, madre de cualquier otro joven como Juan. Hemos salido a un camino, y el camino nos ha llevado a un mundo, y ese mundo es ya de todos. En ese mundo hay otros Juanes, y el que ha muerto puede ser, en muchas ocasiones, el que aún está vivo.⁴⁸⁵

Por tanto, bien pudiera no tratarse de la historia real de una familia determinada, si bien es cierto que el conocimiento de unos cuantos casos concretos, incorporados a un contexto histórico-social auténtico y plenamente actual en aquel momento, le sirvieron para crear el drama que aparece en *Equipaje de amor para la tierra*. Y, entre esos casos, el autor cita el del padre de un compañero suyo de la Fraternidad Católica de Enfermos, un hombre con cincuenta años que murió bajo unos cielos grises y fue llevado al pueblo donde le esperaban su esposa y sus siete hijos.

Ahora bien, en la semblanza que Alfredo Semprún hizo del ganador del Premio Planeta, Rubio aporta un dato mucho más preciso y que no se recoge en ninguna otra declaración conocida:

Se trata de un amigo mío que murió como trabajador español en Alemania. Yo lo he vivido porque conozco a su madre y sé de su dolor. Es una novela —reconozco— un poco rara. Se conjuga el presente y el pasado y está escrita en segunda persona. Pero es sincera. Es una novela escrita con el corazón. Quisiera que esto quedara bien sentado. La he escrito con el corazón y con el sentimiento, como se suele escribir de un amigo. Creo que toda obra literaria tiene que partir de una base real, y ésta la tiene, auténtica, triste y verdadera.⁴⁸⁶

485 *Ibíd.*, 9-10.

486 Semprún, “Equipaje de amor para la tierra”, de Rodrigo Rubio, Premio Planeta 1965”, 63.

Con todo ese bagaje vital y con el recuerdo de un mundo que rozó a muchos con un viento que, por desgracia, no fue demasiado suave, construye el novelista una historia, un libro, que se convierte en algo público y, por ello, en objeto de debate y controversia por parte del público lector. Ahora bien, según precisa Rubio, cualquier autor, precisamente por su independencia y por su voluntad creadora, deberá ser siempre fiel a sí mismo. “La honradez es una rara y buena virtud que, a todos, cuando la advertimos en los demás, nos gusta agradecer”.⁴⁸⁷

De este modo, es posible que se entienda mejor la dedicatoria de la novela, a R. M., “en quien he pensado al escribir este libro, y cuya muerte —en un frío invierno alemán— me estremeció como un tremendo latigazo dado por sorpresa”.⁴⁸⁸ Y así debió de ser, sin duda, a la vista de la cita de César Vallejo escogida por Rodrigo Rubio para acompañar a esa dedicatoria: “Hay golpes en la vida, tan fuertes...”⁴⁸⁹

Con todos estos ingredientes, el escritor albaceteño configura una novela adecuada a la estética del realismo literario, con un gusto muy marcado por las pequeñas cosas, por los pequeños detalles, a los que —siguiendo el ejemplo del maestro Azorín— trata de elevar a una categoría superior, aunque para ello tenga, a veces, que recurrir a un dramatismo “que arruga el corazón lector. Pero es justo reconocerle, en tiempos de crudezas burdas y zafias, un neorrealismo limpio, cuajado en noble sentimentalidad, nimbado de un suave y filtrante lirismo.”⁴⁹⁰

A pesar de haber calificado a la novela *Equipaje de amor para la tierra* como una obra vinculada con el realismo social, en 1980 afirmaba Sanz Villanueva que en ella las notas críticas sobre el tema de la emigración a Alemania están muy poco perfiladas, como resultado del propio planteamiento narrativo del autor, y señalaba que la mayor dificultad constructiva radica en la insistencia en el método de la introspección, a base de un continuado monólogo interior. Y, en lo que se refiere a los aspectos relativos al realismo social, añadía:

487 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 11.

488 *Ibíd.*, 5.

489 *Ibíd.*, 7.

490 Sainz de Robles, “Al margen de los libros”.

Pero, a los efectos de lo que aquí más nos interesa, la falta de relevancia crítica de la obra procede de la ausencia de cuestiones ineludibles en un tema tal: por una parte, nada se nos habla de los motivos originarios de la emigración; por otra, bien poco se nos dice de la situación del obrero expatriado. De manera paradójica, el principal rasgo testimonial de la obra lo constituyen los datos que la evocación proporciona sobre la mísera situación de los obreros en los años inmediatos a la guerra.⁴⁹¹

Algo más explícito es Sanz Villanueva en 2009, cuando afirma que no podría haber un tema más querido y más cercano a la sensibilidad del autor que el que aborda en *Equipaje de amor para la tierra*, el de la emigración, el cual, “en indisoluble alianza con la situación humana en el campo, alcanza categoría de auténtico leitmotiv suyo. Rubio se ha ocupado tanto de la emigración del campo a la ciudad como al extranjero. Aquí trata de esta segunda.” No obstante, tras preguntarse por el enfoque que Rubio aplica a esta cuestión genérica, apunta que el escritor de Montalvos no entra a fondo en la problemática socio-laboral, sino que decide acentuar la dimensión intimista del problema:

El tratamiento del albacetense permite apreciar la tensión entre lo documental y lo psicológico en que éste se mueve. Un par de rasgos sobresalientes marcan su relato: perfila muy poco las notas críticas que explicarían las causas y la realidad del emigrante, y se desentiende del objetivismo. Las causas que impulsaban a abandonar la patria durante el franquismo figuran en la novela, aunque como en segundo plano. De hecho, la emigración de Juan sólo tiene una relativa motivación sociolaboral, e incluso resulta un tanto paradójico que Rodrigo Rubio la diluya en un conflicto sentimental. Juan es un muchacho vehemente, alegre, un poco alocado, una punta donjuanesco. Tiene novia con quien que piensa casarse. Otra mujer, Luisa, casada y con un hijo, se cruza en su vida. Luisa será el motivo inmediato de su marcha. Para librarse de ella acepta la propuesta de un amigo, Ángel, de emigrar, propósito por otra parte baldío, pues Luisa se trasladará también a Alemania.⁴⁹²

491 Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española*, 735.

492 Sanz Villanueva, “La encrucijada del realismo en el medio siglo”, 122.

La novela fue compuesta entre octubre de 1964 y mayo de 1965 y, como ya hemos comentado, con ella consiguió el Premio Planeta, que, según ha confesado Rodrigo Rubio en numerosas ocasiones, significó el momento clave de su carrera literaria, no solo por la importante cuantía económica de su dotación —doscientas mil pesetas de entonces—, sino especialmente porque, a partir de ese momento, se le abrieron las puertas de muchas editoriales, anteriormente cerradas, y porque pudo permitirse el lujo de escribir de un modo más profesional e independiente.

Como es bien sabido, en las fechas en que se compuso la novela, el tema de la emigración gozaba de una gran actualidad y eran muchos los españoles que se habían trasladado a países como Alemania, en busca de un futuro más halagüeño y prometedor. Pero en esos países las condiciones de vida para muchos de los emigrantes no eran las más idóneas y, como señala Rubio en la nota preliminar, fueron varios los casos que él conoció, bien a través de la prensa o bien por noticias directas, de personas que habían visto truncados sus sueños y esperanzas de forma trágica.

Y, como también hemos tenido ocasión de comentar en anteriores apartados de este trabajo, el asunto de la emigración supone una de las constantes temáticas de su particular universo literario, tanto por lo que significaba para la deshumanización de sus queridos campos manchegos, como por las peripecias sociales, económicas y culturales a las que se veían abocados quienes un buen día cogían sus maletas y se ponían en camino, con unas esperanzas que, en muchos casos, acabarían diluyéndose como un azucarillo en el agua.

Esto fue lo que le ocurrió a Juan, el protagonista de *Equipaje de amor para la tierra*, quien un buen día emprendió viaje a Alemania en busca de un mejor salario que el que ganaba en el taller de su ciudad natal. De ese modo, pensaba poder ahorrar para asegurarse un futuro mejor; aunque, según su padre, eso mismo lo hubiera podido conseguir en España al cabo de unos años, ya que, en esos momentos, Antonio tiene un trabajo fijo, poseen un piso propio, Juan tiene un trabajo digno e incluso han ganado un pequeño premio en la quiniela futbolística. Porque, como señala Sanz Villanueva, el caso de Juan no es el de los protagonistas de la “narrativa obrerista del medio siglo”, para quienes

la emigración interior o exterior suponía la posibilidad de salir de una situación de paro o indigencia. Quizá por eso, continúa Sanz Villanueva, Rodrigo Rubio no se planteara escribir una novela de denuncia pura y dura de la situación social, laboral y económica en España y, quizá también por eso, son pocos los datos aportados acerca de las condiciones materiales o morales del duro trabajo del emigrante en Alemania. Y añade que “es como si se desentendiera de la problemática del trasterrado en su exilio laboral. Son quejas comunes. Y aisladas”.⁴⁹³ Y pone, como ejemplo, las condiciones de la vivienda y su situación general de Juan y de Luisa, quienes vivían en una habitación pequeña, en una barraca de madera que había cerca de la fábrica donde él trabajaba y en la que había chinches, piojos y ratas:

Vivían otros muchos obreros en esas barracas, matrimonios, algunos no legítimos, y hombres solos, hombres maduros que se enternecían al recibir carta de la mujer y de los hijos, y hombres jóvenes, que habían intentado ahorrar unos marcos; pero que, después, cansados por el trabajo, aburridos de las malas comidas, empezaron a salir los sábados para emborracharse...⁴⁹⁴

No resulta extraño, pues, que con esas condiciones de vida Juan cayera enfermo y muriera de tuberculosis, que no de una enfermedad laboral. Así fue como todo su equipaje de ilusiones y proyectos se vio finalmente deshecho y reducido al equipaje que, de forma prematura, su madre va a entregar a la tierra de su tumba.

La historia de una marcha anunciada

La novela se inicia en la fría sala mortuoria de un hospital alemán al que María se ha trasladado para hacerse cargo del cadáver de su

493 *Ibíd.*, 123.

494 *Ibíd.* El texto aparece en cursiva porque corresponde a un fragmento de una carta escrita por María a Antonio, su marido, y figura en *Equipaje de amor para la tierra*, 31.

querido hijo y proceder a su traslado a tierras españolas. Allí, durante el velatorio, comienza un dolorido monólogo de la madre dirigido al cuerpo inerte de su hijo, al que le irá relatando, con gran lujo de detalles, todos los momentos más significativos de su ya extinta vida y de las del resto de los miembros de la familia.

Esa situación que se produce a lo largo de la noche, en la fría sala de un hospital alemán, es la que lleva a Luis López Martínez a relacionar *Equipaje de amor para la tierra* con tres novelas con las que guarda ciertas similitudes: *Algo pasa en la calle* (1954), de Elena Quiroga; *El cacique* (1963), de Luis Romero, y *Cinco horas con Mario* (1967), de Miguel Delibes. Novelas en las que, además de la construcción tan singular en torno a un velatorio, observa el citado profesor otras coincidencias, como pueden ser: la elaboración de una estructura de círculos concéntricos; la posible influencia de *Mientras agonizo*, de William Faulkner; un cierto realismo y una crítica social implícita en las acciones y pensamientos de los personajes; el uso de la técnica del *flash-back*, y el hecho de que, “a partir de la reconstrucción de la vida pasada de un personaje, ya muerto, se llega a conocer la vida total de los personajes que le rodearon en su vida y que se ven arrastrados por la historia misma del muerto”.⁴⁹⁵

En el caso de *Equipaje de amor para la tierra*, el monólogo interior de María se verá apoyado en una serie de fragmentos de cartas escritas por su hijo Juan, y presentados en letra cursiva, con cuya lectura la madre va dando cuenta de algunos de los hechos vividos en el seno familiar. Unos papeles que María había decidido llevar consigo para sentirse más acompañada durante el viaje a Alemania y porque, cuando inició ese viaje, presentía que la voz de su hijo había muerto para siempre. Por tanto, las cartas funcionan como sustitutivo de esa voz que ni ella ni los lectores podrán oír jamás.

Así ocurre con la última carta que le había enviado su hijo desde el hospital y que ahora ella lee ante él, a pesar del enorme dolor que ello le produce. Una carta en la que él daba cuenta a su familia de la difícil situación por la que estaba pasando, aunque albergaba una esperanza de curación, que era la que le permitía pedir a su madre que no fuera a

495 López Martínez, “Una variante de técnica evocativa en la novela española actual”, 224.

verlo. Sin embargo, movida por su gran amor de madre, emprendió el largo y tortuoso viaje y, al término del mismo, se encontró con un hijo moribundo que ya no podía hablar.

Y también gracias a esa carta, escrita casi a modo de testamento, tenemos ocasión de conocer algunos datos de interés acerca de la vida de Juan y de su familia. Sabemos que tiene dos hermanos, Ángeles y José Antonio, y que convivía en Alemania con una mujer casada, Luisa, la cual había abandonado a su marido y a su hija para irse a vivir con él y allí tener un hijo suyo. Posteriormente, será María quien, a través de su continuado monólogo, vaya precisando todos los datos relativos a estas y otras cuestiones, y lo hará mediante el empleo de tres interrogaciones retóricas dirigidas a su hijo muerto y, a la vez, de la narración en segunda persona:

Estoy releendo la carta, ya ves. Tú decías que no viniera. He venido y ya no hacías más que mirarme con tus grandes ojos de moribundo. Ya no me hablabas. ¿Dónde estaba tu voz de muchacho de veinticinco años? ¿Qué habías hecho de tu alegría? ¿Por qué ocurre todo esto, Juan? No vivíamos tan mal. Podíamos haber seguido como hasta que tú dijiste que te venías a Alemania.⁴⁹⁶

Este empleo de la segunda persona es destacado por Luis López Martínez, quien se refiere a la novedad que representa esa segunda persona en los casos de Delibes y Rubio, frente a los de Elena Quiroga y Luis Romero. Y, acto seguido, añade un matiz muy interesante:

Mientras que en *Cinco horas con Mario* Delibes hace que Carmen se dirija a su marido insistentemente, reprochándole todos sus defectos y poniendo a la vez los suyos al descubierto, todo ello en un tono coloquial y lleno de reiteraciones que revelan el habla normal de la calle, en *Equipaje de amor para la tierra*, aunque la madre se dirige e invoca al hijo muerto en numerosas ocasiones, esto es sólo un

496 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 15.

pretexto para volcar los recuerdos en los que sobresale mucho más la 1ª persona, y que a su vez le dan un aire más tradicional que la primera novela.⁴⁹⁷

Igualmente, junto con la narración en segunda persona, y dentro de esos largos y sentidos monólogos maternos, aparecen fragmentos de diálogo retrospectivo, como, por ejemplo, uno en el que Juan y su padre hablan de los motivos que le habían llevado a tomar la decisión de irse a Alemania con su amigo y compañero de taller, Ángel Castro: ahorrar dinero, como hacían otros que se marchaban, y tratar de huir de su novia, Encarna, la cual deseaba casarse con prontitud.

O como otro diálogo muy breve, surgido de forma inmediata al anterior, en el que María y Antonio, su marido, comentan el otro motivo que lleva al muchacho a marcharse a ese país, y que no es otro que su deseo de vivir con Luisa, la mujer casada con la que él mantenía relaciones. Así, poniendo mucha distancia por medio, tal vez dejarían de ser la comidilla de todo el barrio.

Al mismo tiempo, el monólogo interior en primera persona permite que María vaya contando datos relativos a la que era la vida de la familia con anterioridad a la marcha del hijo. Datos como los que se refieren a los cambios que había experimentado el barrio en que vivían, gracias a la emergente construcción existente en esos años sesenta y a las mejores condiciones de vida que de ese resurgir económico se derivaban.

Todos estos datos suelen coincidir con el recuerdo de algunos otros fragmentos de cartas escritas por Juan, ya desde Alemania, que se presentan con un cierto desorden cronológico —como suele ocurrir cuando se usa la técnica narrativa del monólogo interior o del también llamado fluir de la conciencia—, durante cuyo transcurso las ideas y los recuerdos, los sueños y las pesadillas, surgen y se entremezclan, en bastantes ocasiones, sin orden ni concierto y con frecuentes saltos en el tiempo. Y, muchas veces, como consecuencia de algún detalle meramente anecdótico, como puede ser el hecho del recuerdo de los aperitivos que Juan solía tomar en el bar de Pedro antes de subir a su casa para comer, a

497 López Martínez, “Una variante de técnica evocativa...”, 229.

partir del cual se aprovecha para hablar de la explotación por parte de los jefes o patronos, tanto en España como en Alemania, y del momento de la llegada de Luisa a Alemania o de aquellos otros tiempos en que había empezado la aventura de esta con Juan.

Así pues, no parecen exageradas ni desacertadas las palabras de Melchor Fernández Almagro cuando afirma:

Algo de mágico tiene el llamado ‘monólogo interior’ —tan en auge— que nos permite descubrir, autodescubrir, las más profundas y personales e intransferibles intimidades a mayor escala aún si se asiste, adrede, de lo inverosímil, fantasmal y hasta macabro, como en parte esencial de este relato que pudiera reducirse a soliloquio, por mucho que el diálogo sea utilizado, pero en relación siempre con la mujer, María, que lleva la voz cantante, o sollozante, gimiente, mejor dicho, siempre humana, humanísima, hasta el desvarío, que también es cosa humana; en conversación con el hijo muerto: de veinticinco años, uno de los muchos trabajadores que pasaron a Alemania, para resolver una situación difícil, sentimental o económica, o de ambas motivaciones. Sin resultado, como en este caso, porque la Muerte se atraviesa, con su descarnada mano implacable.⁴⁹⁸

Una cuidada estructura narrativa

La estructura de *Equipaje de amor para la tierra* está construida mediante veintiocho capítulos, de los cuales los diecinueve primeros tienen un ritmo narrativo mucho más lento. Así, en el transcurso de las horas que median entre el anochecer de un día y el amanecer del siguiente, María hace un repaso muy pormenorizado de la mayor parte de su vida, tanto de soltera como de casada, hasta el momento en que nació su hija Ángeles y se produjo el reencuentro con su marido, después de que este saliera de la cárcel madrileña en la que había estado encerrado por motivos políticos. Por fin esa noche había podido dormir un sueño lleno de paz.

498 Fernández Almagro, “Equipaje de amor para la tierra”, 22.

Desde el capítulo veinte, que se abre con la afirmación de que se ha hecho de día y todo el mundo está ya en pie en el hospital alemán, María emprende una rápida marcha, en furgón fúnebre, en dirección a la frontera franco-alemana, a la que se llega en el capítulo XXV. Hasta aquí María ha estado acompañada por Ángel, el amigo de su hijo Juan. Y, a partir de aquí, se inicia otro tramo del viaje, para concluir, ya al final de la novela, en la frontera franco-española, en donde los carabineros colocan a ella y al féretro del hijo en una muy fría habitación, en la cual tendrán que esperar la llegada del padre con todos los papeles necesarios para continuar el traslado hasta España.

Como es lógico, esa aceleración en el transcurrir del tiempo real va acompañada de un ritmo narrativo muchísimo más rápido, en el que lo más relevante es el recuerdo de los momentos felices que María había vivido junto a su familia, viendo crecer a Juan, a Ángeles y al pequeño, José Antonio, mientras aumentaban las ilusiones y los sueños de una relativa mejoría económica. Aunque, para ella, parecía que la felicidad no podía ser completa, pues siempre tenía unos presentimientos negativos, cada vez con mayor frecuencia, que le impedían gozar de la alegría y la arrastraban a la tristeza. Así, hasta que, por fin, comprendió que esos presentimientos eran cosa de muerte, de la muerte de su querido hijo Juan.

Para María, la auténtica protagonista de la novela, su vida se ha centrado en tres grandes ejes: sus padres, su marido y sus hijos. Sobre ellos giran, también, los recuerdos que ella va recobrando y las pesadillas que sufre durante ese breve tiempo que pasa junto al cadáver del hijo. Toda una vida concentrada en el transcurso de unas cuantas horas, vividas en un frío mes de febrero. Como bien apunta Juan José Plans:

María, madre, alma desgarrada por el sufrimiento, principal personaje (aunque su hijo, posiblemente, sea el personaje importante, ya que sin éste nada nos contaría María), se nos descubre, se nos abre, se nos confía, por medio del soliloquio. Así, Rodrigo Rubio juega literalmente con la psicología, y, a la par, el autor deja marcada en la obra su dolor. El dolor de los que sufren por una u otra causa.⁴⁹⁹

499 Plans, "Equipaje de amor para la tierra", 34.

Respecto de la vida con sus padres, Juan y Ángela, recuerda que murieron antes de que acabara la guerra civil, casi por las mismas fechas, quizá por la impresión de un bombardeo en el que su casa quedó medio hundida. Él, maestro de escuela, tuvo que dejar el trabajo a causa de la diabetes. La madre, por su parte, siempre estuvo enferma de una lesión pulmonar. Así que María había tenido que vivir su juventud entre dos personas enfermas y renunciar a muchas de las ilusiones propias de una persona de su edad:

Mi juventud pasó entre dos personas enfermas que, sin proponérselo, a veces me amargaban la vida. Es cierto que en algún momento tuve ilusión. Era cuando iba a la Normal. Mi padre aún ejercía, y la abuela, aunque delicada, no era aún ese cadáver viviente que fue durante un buen número de años. Yo me había hecho alta y siempre estaba muy delgada. Era seria y tenía pocas amigas. Los muchachos de mi edad no me miraban. Apenas frecuenté bailes, y no reí como otras chicas reían.⁵⁰⁰

María pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de su padre, paseando por el parque, hablando del trabajo de este en la escuela o escuchando música de zarzuela durante los conciertos de la banda municipal. Por eso, ella era una joven seria, aparentemente débil, casi sin amigos ni ilusiones, excepción hecha de esos estudios de magisterio en la Escuela Normal de su pequeña ciudad, los cuales tuvo que interrumpir a causa de la guerra, para no concluirlos jamás.

Al cabo de los años, y con lágrimas en los ojos —no se sabe bien si como consecuencia de los recuerdos o de las cebollas que está partiendo en ese momento, o, tal vez, por ambas cosas a la vez—, María contempla en su buhardilla madrileña una fotografía ampliada de sus padres y siente como si las imágenes se hubiesen convertido en seres de carne y hueso, en cuyas miradas atisba el desencanto por tantas ilusiones como ellos habían depositado en su hija y que nunca habían podido ver realizadas:

500 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 36.

Parecía como si me estuviesen viendo, como si se hubieran convertido, por arte de no sé qué varita mágica, en los seres de carne y hueso que fueron y ahora se acercaran a verme, a verme en esta buhardilla, tan triste (la buhardilla y yo, todo), sin ser la maestra que ellos querían, sin tener siquiera para comer lo que necesitamos, sin ver, para mañana, un camino mejor, una vida con menos pobreza. Al verlos, tan fijos sus ojos en mí, me parecía que su gesto de triste desencanto se acentuaba, y me parecía asimismo que, poco a poco, aquel gesto, tan acusado ya, deformaba sus rostros, haciendo que los ojos se les humedecieran, por lo que llegué a creer que caían lágrimas de la fotografía.⁵⁰¹

El tiempo del amor y de la guerra

A esa ciudad acudió Antonio, un guardia de asalto, y se fijó en María, a la que comenzó a proteger y a apoyar cuando murieron sus padres, con las consiguientes visitas nocturnas, que provocaban las continuas habladurías de la gente. Después de la primera noche que se quedó en la casa, ya no se apartó de su lado hasta que lo trasladaron a Madrid.

Poco después, ella se marchó para reunirse con él, en un Madrid acosado por las fuerzas nacionales, en donde la muerte podía llegar en cualquier momento y en cualquier lugar. Allí, en un juzgado, se casaron, cuando ya su hijo Juan vivía en sus entrañas. Y allí, al poco de nacer el hijo, Antonio fue apresado por los vencedores y, a pesar de no haber llegado a disparar ni un solo tiro, fue encarcelado durante dos largos años, que a ella le parecieron dos interminables siglos.

Dos años más tarde, cuando el niño tenía cuatro, se casaron por la iglesia, debido a las presiones de doña Paloma, la señora de Jiménez Luna, en cuya casa tuvo que volver a trabajar María —por segunda vez y a pesar de la oposición de su marido— para poder pagar las medicinas que requería la enfermedad que, por entonces, padecía su hijo Juan. Doña Paloma, católica de misa diaria, a la que muchas veces acudía acompañada de su conductor uniformado, no podía ver bien esa vida

501 *Ibíd.*, 77.

de pecado en la que estaba sumida su criada y, por eso, se ofreció a ser la madrina del que, ahora sí, iba a ser un matrimonio legítimo a los ojos de Dios y de los hombres.

A sus cuarenta y ocho años, María es una mujer con una fe poco arraigada y, por ello, nunca ha llegado a comprender la forma un tanto arbitraria en que Dios dispone y ordena las cosas que suceden en el mundo. No podía entender, por ejemplo, que su marido, un hombre honrado que cometió el error de ponerse al lado del bando equivocado y que nunca había empuñado un fusil —conducía los coches en que los milicianos hacían los registros y se llevaban a la gente rica a las carreteras—, fuese llevado a la cárcel y tuviera que recurrir a la intercesión de los señores de Jiménez Luna —unos andaluces ricachones que, después de la guerra, habían vuelto del extranjero y se habían instalado en su casa del barrio de Argüelles— para que su vida no corriera peligro.

No podía entender, tampoco, que nada más salir de la cárcel, su marido la obligara a dejar, por primera vez, la casa de esa familia, que tan bien se había portado con ella, porque para él eso era una humillación y prefería pasar necesidades antes de que su mujer siguiera trabajando en aquella casa. De ahí que entre ellos surgiera la primera separación espiritual desde que se habían conocido:

Era la primera vez que nos separábamos espiritualmente. Quedamos en silencio. Le oía sollozar. Era un sollozo ronco, agrio, que se sacaba de su huesudo pecho. Caí de rodillas y me abracé a sus piernas y se las estuve apretando con mis manos temblorosas, besándoselas después, al tiempo que le decía que callara, que no llorase, pues mi pecho se partía, toda la amargura de siempre allí acumulada saliendo ahora como en torrente por los ojos enrojecidos.⁵⁰²

Como ella misma reconoce, María es una mujer que, aunque da la impresión de fragilidad, posee una gran entereza para afrontar todas las circunstancias adversas que le han tocado vivir. Ella, como ocurría

502 *Ibíd.*, 42.

con la madre de Rodrigo Rubio, Dolores Puertas, es una mujer mucho más fuerte que su marido a la hora de afrontar los acontecimientos duros y difíciles de la vida. De ahí su firme decisión de ser ella quien viaje a Alemania para traer hasta España ese equipaje de amor destinado a formar parte de la tierra:

Pero ya no puedo llevarte vivo. Te llevaré muerto. No sé cómo puedo estar aquí, a tu lado, me pregunto, y pensar casi fríamente. Quizá si no hubiera vivido treinta o más años de dolor, de casi constante sufrimiento, ahora no sería la mujer que soy. Pero la vida me golpeó duramente, Juan. La vida me entrenó, con todas sus amarguras, y así he podido estar preparada para vivir estas horas, estos días, que han sido terribles desde que recibimos tu última carta. Esa lucha, ese sufrimiento, en largos años, me ha hecho una mujer de tabla.⁵⁰³

Mujer endurecida por la vida, pudo y supo aguantar la tristeza y el abatimiento de su marido, cuando se veía forzado a realizar varios trabajos duros y mal remunerados, así como las vejaciones que le infligía la vecina del piso principal, doña Carmen, una de esas personas hipócritas a las que tan duramente critica el escritor de Montalvos. Casada con un excombatiente del bando vencedor, que ahora disfrutaba de un buen puesto oficial, doña Carmen, siempre que podía, echaba en cara a María lo mal que lo había pasado su marido durante la guerra, lo mucho que se alegraba de que las tropas del Caudillo hubiesen resultado victoriosas, lo caritativa que ella era permitiendo trabajar en su casa a alguien que había formado parte del bando contrario, y, por supuesto, la prohibición de bajar a Juan a su casa, para que no se mezclara con ninguno de sus tres hijos.

Igualmente, tuvo que soportar la dureza y el miedo que implicaba el hecho de dedicarse al estraperlo. Unas veces, acompañada del pequeño Juan, viajaba a los pueblos de la Mancha en busca de harina para distribuirla por los mercados y por las tiendas. Otras, vendía las cajetillas de tabaco que les correspondían en el racionamiento. Y, más

503 *Ibíd.*, 44.

tarde, llegó a formar parte de ese numeroso grupo de mujeres que se habían lanzado a comprar y vender productos intervenidos, forzadas, al igual que ella, por la circunstancia de tener esposos presos o enfermos, o por haberse quedado viudas.

Y, siempre, con el temor a ser descubierta por los agentes de la Fiscalía, los de la Brigadilla, y a que le quitaran el género que con tanto sacrificio había comprado, como le ocurrió en más de una ocasión. O con el temor a ser denunciada por algún vecino o por la señora Narcisa o el señor Anselmo, los porteros de la finca en la que vivían, porque esa posible denuncia podría complicar la situación de libertad de la que disfrutaba su marido.

Una de las mujeres que se dedicaba al estraperlo era Soledad, una joven de veinte años, la cual había acogido a María en su mísera casa del pueblo, para consolarla por el decomiso que esta había sufrido durante uno de sus viajes. Desde ese momento, María sintió un cariño muy especial por dicha muchacha, sin sospechar que, poco después, acabaría convirtiéndose en la causante de otra de sus desgracias.

Un buen día, Soledad apareció en la casa de María, en Madrid. Esta supo, entonces, que la joven había decidido instalarse en la capital, porque su familia y la gente del pueblo la hacían responsable de la muerte de su hermana Rosario, una chica anormal que se había arrojado al pozo de la casa, aprovechando que a Soledad se le había olvidado tapar la boca del mismo con la piedra habitual.

A María no se le ocurrió otra idea mejor que acoger en su casa a aquella “Afrodita, basta, palurda, descarada, que estremecía la sangre del hombre, que empujaba a que el macho la mirase de aquella manera”.⁵⁰⁴ Y, a partir de ese momento, pudo ver cómo su marido prestaba cada vez más atención a la joven, hasta que una noche se volvió loco y estuvo a punto de poseerla ante la mirada atónita de su mujer. Cuando, avergonzada, la muchacha se marchó de la casa, Antonio acabó desfogándose, casi por la fuerza, con María y aquella misma noche engendraron a su hija Ángeles.

504 *Ibíd.*, 106.

Tras ese episodio, hubo de vivir con la certeza de que su marido seguía en relaciones con la joven, ahora dedicada a la prostitución, y también hubo de soportar que él bebiera y que se metiera de nuevo en asuntos de política con un antiguo compañero de la cárcel. No obstante, a pesar de saber que él no quería tener relación con ella, María le acariciaba los cabellos mientras dormía, sintiendo por él una enorme ternura.

Como era de esperar, Antonio acabó yendo de nuevo a la cárcel, acusado de formar parte de un grupo terrorista, al que él no pertenecía; pero sí su amigo Ramón. De modo que, una vez más, María volvió a sentirse una persona ajena a todo cuanto ocurría a su alrededor:

Lucía el sol en un hermoso cielo azul, pero yo vivía como en un país de sombras. Cantaban los pájaros en los árboles, y posados en los hilos del teléfono, y en los aleros del tejado, pero yo no los oía; pasaban coches por las calles, y peatones con rostro alegre, y niños que reían, pero a mí todo me parecía como ecos de un llanto sin fin.⁵⁰⁵

Una puerta abierta a la esperanza

Tanta era la desesperación de María que llegó a enfrentarse con los hipócritas vecinos del principal y, a continuación, sintió deseos de poner fin a sus sufrimientos, arrojándose desde la terraza junto con su hijo Juan. Mas, curiosamente, fue la llegada de Soledad la que impidió que el suicidio se llevase a cabo, y por ello pensó que la muchacha no era una golfa que robaba maridos, sino algo así como su Ángel de la Guarda, que, por segunda vez, le había salvado la vida y le había dado una nueva oportunidad de ser feliz.

Oportunidad que se materializó en el regreso a su ciudad natal, en donde esperaba reencontrarse con “ilusiones imposibles de hacerlas revivir” y que, en su descripción, recuerda mucho al Albacete de los años sesenta:

505 *Ibíd.*, 122.

El paseo, esa plaza, las calles estrechas, los comercios, un garaje, el sereno que se retira, un carro de barrenderos que sale, una vieja que va a misa, el sonido de una trompeta, el tantán de una campana, y un perro vagabundo, y ese otro paseo, y los edificios de los Bancos, y los bares, y la avenida que sube al Instituto, la Normal y las clínicas y sanatorios, y el Parque, con la blanda niebla sobre sus viejos árboles...⁵⁰⁶

Como presagio favorable de esa nueva etapa que se abre en su vida, sucedió que, nada más llegar a su ciudad, comenzaron a aflorar en su mente, y casi ante sus ojos, imágenes de un pasado feliz, de un mundo desaparecido, cuando su padre estaba sentado con ella en uno de los bancos del Parque, como ahora lo estaba ella con su hijo; cuando un amigo de su padre o un profesor del instituto los saludaban, o cuando la gente acudía en masa al cercano campo del fútbol. Imágenes todas ellas que María asociaba con el mundo de su patrimonio cultural, en fuerte contraste con la prosaica realidad que ahora rodea a madre e hijo:

Yo atraía hacia nosotros el sol tibio de lejanas tardes de otoño. La gente iba hacia el Estadio, en masa, como en manada, hablando animadamente. Yo estaba allí, en aquel banco, viendo a todos los que pasaban, y sin ver a nadie. Veía a Ulises luchar contra las sirenas que querían cautivarlo. Veía al dios Poseidón mandar todo su poder sobre los siete mares, para destruir al héroe. Veía al dios Zeus poseyendo a Dánae, después de convertirse en lluvia de oro. Veía a Edipo, lejos de la casa paterna, en el palacio de Polifo, rey de Corinto, quien lo había adoptado como a hijo, para verlo después en la casa donde nació, cohabitando con Yocasta, su madre, cumpliéndose así la profecía del oráculo. Veía a Don Quijote hacer penitencia mientras Sancho llevaba un mensaje a Dulcinea. Veía a Lazarillo buscar comida por las calles de Toledo para él y para su amo, el arruinado pero orgulloso hidalgo. Veía a Santa Teresa recorrer los caminos de Castilla para fundar el Carmelo. Veía... Las gentes gritaban luego allí donde veintidós hombres daban patadas a un balón.⁵⁰⁷

506 *Ibíd.*, 131.

507 *Ibíd.*, 133-134.

Después de observar estas interesantes reflexiones, y algunas otras de las que aparecen en los monólogos de María, cabría plantearse la cuestión de cómo es posible que esta mujer —que responde al grupo de esa gran mayoría de mujeres que por aquellos años poblaban la geografía española y que pasaban por la vida con mucha pena y con poca gloria—, tenga un bagaje cultural tan amplio. Porque ocurre que la verosimilitud de este tipo de erudición ha suscitado una cierta controversia por parte de algunos críticos literarios, a pesar de que no se puede perder de vista el hecho de que ella había iniciado estudios de magisterio y que su padre, con el que pasaba largos ratos charlando, también era maestro.

Así, por ejemplo, Tomás Salvador se pregunta si puede una mujer del pueblo, sin una cultura especial, hablar con tanta dignidad y tanta poesía. Y su contestación es que eso es algo que no podremos saber nunca:

Las confidencias que hacemos a los muertos no tienen palabras humanas; son imágenes, conceptos. Yo recuerdo haber visto a un hombre pasar toda la noche con el cuerpo muerto de un hijo en brazos. Al día siguiente, ese hombre estaba casi alegre. ¿Qué le dijo, qué se dijeron ambos? Nunca lo supe, ni me atrevería a preguntarlo.⁵⁰⁸

Por su parte, Federico Carlos Sainz de Robles realiza un ejercicio de aceptación de la “excelentísima prosa, muy lírica, recamada de imágenes brillantes y de frases académicas” de María. Admite como válido el hecho de que esta estudiase en la Escuela Normal de su ciudad y que leyese ávidamente libros de mitología, y añade:

En fin, lo escrito: debemos aceptar sin asombros ni refunfuños, que esta doliente criatura escriba con magnífica prosa y demostrándonos que su angustia inmensa no le impide encontrar imágenes poéticas y frases de pureza académica. Antes que María empiece a contarnos su

508 Salvador, “Con equipaje de amor”.

largo calvario, Rodrigo Rubio, en nota preliminar, nos advierte que su novela la inspira el caso concreto de una concreta María y de un concreto Juan; pero que, poco a poco, la novela amplía sus referencias hasta ser la novela —¡la tremenda realidad novelada!— de miles de Marías y de miles de Juanes como hubo, hay y habrá por esos mundos.⁵⁰⁹

En esta misma línea se expresa Antonio Otero Seco, cuando afirma que:

Rodrigo Rubio a un style sobre, une prose expressive, parfois trop recherchée. Ainsi, dans son monologue, María emploie de temps à autre des tournures précieuses, des citations érudites, contre toute vraisemblance. Mais ce n' est là que défaut mineur. Son espagnol est excellent; sa phrase coule tranquille et puissante, sans effets baroques, sans dissonances. Cet écrivain patient, tenace, se hisse au premier rang des jeunes romanciers espagnols.⁵¹⁰

Refiriéndose a ese texto citado en la nota 507, también se hace eco Sanz Villanueva del registro lingüístico usado por María, “un castellano estándar culto, lejos del utilitarismo y el populismo conversacional de la narrativa socialista. Esta lengua elaborada, sin simplificaciones ni reduccionismos de fonética vulgar, acoge también una materia culturalista casi insólita en los relatos de verismo documental sobre el mundo obrero o agrario coetáneos”.⁵¹¹

Así pues, parece que no debería resultar excesivamente llamativo ni chocante ese alarde de erudición que Rodrigo Rubio pone en boca del personaje de María —reflejo, sin duda, del bagaje cultural de su creador literario, asiduo como ella a la lectura de los autores y mitos clásicos—, ni tampoco el hecho de que el recuerdo del mundo perdido se asocie con el uso del conocido tópico del *ubi sunt?*, tal como se puede observar en el siguiente pasaje:

509 Sainz de Robles, “Al margen de los libros”.

510 Otero Seco, “Rodrigo Rubio romancier de l' emigration”.

511 Sanz Villanueva, “La encrucijada del realismo...”, 124.

¿Podría acaso ver mi vieja casa, con su portal de losas rojas, con su amplia cocina, con la alcoba grande de los abuelos, con la salita-biblioteca, en donde se sentaban mis padres, ella para hacer punto, él con un libro en las manos, blancas, pequeñas, un poco temblonas? ¿Vería los muebles oscuros, los cuadros con litografías, uno con un óleo, que era un paisaje urbano de la ciudad, la calle Mayor, tan llena de comercios de rótulos llamativos, pintados por un amigo del abuelo? ¿Dónde fue a parar todo eso, Juan?⁵¹²

Tras marcharse del parque, María se situó ante la cruda realidad de tener que instalarse en una pensión, un lugar en donde los demás huéspedes se hallaban sumidos, como ella, en la tristeza y en la incomunicación. Y desde allí escribió una carta a su marido para comunicarle las razones de su marcha, sin haberse despedido de él en la cárcel, y, asimismo, la ilusión por su próxima maternidad, pues solo falta un mes para que su hija Ángeles venga al mundo.

A esa carta le siguió una segunda para comunicarle el nacimiento de la niña y para pedirle que viniese a estar con ellos. Y, poco después, dio comienzo a una tercera, que se vio interrumpida por la inesperada llegada del marido, con el que llegó, también, la posibilidad de un sueño lleno de paz. Porque, aunque casi todo era igual que antes y solo podían vivir los tres en una habitación realquilada, el sol había salido de nuevo para ella y había empezado a pensar “que ya no tendríamos temporales y que nuestra barca iría, poco a poco, hacia un mar de aguas sosegadas”.⁵¹³ Sobre todo, porque a su lado estaba Antonio, el cual ya era un hombre sin amargura ni rencores, y porque ella estaba llena de felicidad y de esperanza.

Por otra parte, en esta época se iban suavizando las condiciones de vida de la posguerra; la gente tenía una mayor alegría; Antonio disfrutaba de un trabajo estable de camionero, e incluso podían ir al cine para ver, emocionadísimos, películas como, por ejemplo, *Escuela de sirenas*. Cosas todas ellas sencillas y al alcance de mucha gente, pero que hasta entonces habían pasado inadvertidas para María; como si nunca

512 Rubio, *Equipaje de amor para la tierra*, 143.

513 *Ibíd.*, 158.

hubiesen existido. Coincidiendo con estas circunstancias favorables, el ritmo de sus recuerdos se acelera de forma notable, “porque la vida parece imponer una mayor velocidad precisamente cuando se empieza a saborear algo de su contenido”.⁵¹⁴ Así, en un rápido discurrir del tiempo narrativo, vemos a Ángeles crecer y andar; a Juan tomar la primera comunión; a la familia instalada en un piso propio, comprado al constructor para el que trabajaba Antonio; a los niños pequeños yendo al colegio, y a Juan trabajando en un almacén de piensos y, más tarde, en los talleres Cebrián. Como ella misma afirma, los años pasaban de prisa y su hijo iba haciéndose un hombre, mientras la madre seguía soñando con pequeñas ilusiones, con las que iba envejeciendo al lado de su marido, caminando hacia una meta en la que se podía leer la palabra felicidad con mayúsculas.

La llegada del dolorido sentir

No obstante, y como para que esa felicidad no fuese completa, en su interior albergaba el temor a una caída precipitada desde la pequeña y empinada cuesta a la que había logrado ascender con tanto esfuerzo y sacrificio; el miedo a una sombra negra, que se le acercaba todas las noches antes de que pudiera conciliar el sueño y que, ahora lo sabemos, tenía un carácter premonitorio de lo que le iba a suceder a Juan, el otro gran personaje de la novela, el que había sido su compañía, su aliento y su acicate durante los malos momentos y las desgracias que ella había tenido que vivir y soportar:

... Nada más que por eso, porque tú te irías a ese país de donde te he sacado muerto. Ahora estamos en todo lo hondo, caídos por completo. Habíamos subido poco a poco, y yo tenía miedo. Y ahora, ya ves, desde todo lo alto de nuestro humilde camino, una mano siniestra nos ha empujado.⁵¹⁵

514 *Ibíd.*, 166.

515 *Ibíd.*, 202.

Su hijo Juan es ahora el único testigo y mudo interlocutor de todos los recuerdos de una vida, en los que ocupan lugar y atención preferentes todos los episodios más significativos de su corta existencia: la enfermedad que había padecido de pequeño, la experiencia del nacimiento de su hermana en la soledad de un hospital, sus diversos trabajos, sus primeros escauceos amorosos, su ilusión por comprarse una motocicleta, el servicio militar, el comienzo de su aventura con Luisa y, especialmente, su firme decisión de emigrar a Alemania, el país en el que la negra sombra acabará mostrando su rostro más duro y cruel.

Es ahora cuando ella siente que ha caído hasta lo más hondo y que, cuando su marido se encuentre con ella y con el ataúd del hijo, podrá comprobar que ya nada queda de aquella dura y luchadora mujer con la que tuvo ocasión de convivir durante tantos años:

No, cuando él se acerque ni siquiera me moveré. Vendrá poco a poco, pálido, temblón, con veinte años más sobre su vejez prematura, y yo permaneceré quieta, quieta, completamente inmóvil, y él seguirá acercándose, y cuando al fin diga: “¡María!”, y luego: “¡Juan!”, y se eche sobre el ataúd, y más tarde me abrace a mí, comprenderá que nada tocan sus manos, que no palpan sino un cuerpo que es niebla, que es nube, que es viento frío, todo apretado dentro de esa caja, y otro cuerpo, éste mío, que no será sino ceniza, un pequeño montón de ceniza muerta, los restos inútiles de una mujer quemada.⁵¹⁶

Una vez que ella esté en su casa y Juan descansando en el cementerio, esta mujer, dura y seca, podrá dar rienda suelta a su dolor tanto tiempo contenido. Allí, los domingos por la tarde, irá a llorar junto a la lápida del hijo, como lo hacía el padre de Josillo en *La feria*. Allí podrá vivir muchos febreros llenos de luto, llorando y rezando despacio un Padrenuestro por el alma de su amado hijo.

De esa forma será como logrará impedir que la muerte le separe de Juan. Como hacía José, en sus visitas al cementerio, María podrá seguir

516 *Ibíd.*, 205.

rememorando toda su vida, como lo ha estado haciendo durante esas largas horas del velatorio en el hospital alemán y del posterior traslado por carretera. Así, mientras exista esta comunión espiritual entre madre e hijo, nada ni nadie podrá acabar con ese tan personal amor constante más allá de la muerte, a la manera que tan hermosamente cantara el genial Quevedo.

Porque su equipaje de amor habrá sido introducido, por fin, en el seno de una tierra querida y amiga y, sobre todo, porque permanecerá dentro del corazón de su madre, hasta que, algún día, la tierra permita que se unan, en cuerpo y alma, para toda la eternidad.

Para concluir, y volviendo a la posible adscripción de *Equipaje de amor para la tierra* a la literatura social, Sanz Villanueva subraya el hecho de que el subjetivismo presente en ella —que contrasta con el objetivismo característico de la novela social— y ese registro lingüístico al que nos hemos referido en su momento atenúan mucho su componente social. En cambio, la leve carga testimonial referida a la emigración laboral se compensaría —en su opinión— con la fuerte intensidad documental que caracteriza el relato tan pormenorizado de la historia del matrimonio. “Tal vez podría pensarse incluso que la anécdota de la emigración constituye un punto de partida, casi una excusa, para el repaso crítico de la situación social de la España postbélica, la representación muy amarga de la vida de los humildes durante la dictadura, y hasta la sintética mostración de las dos Españas machadianas.”⁵¹⁷

Unas dos Españas que, en *Equipaje de amor para la tierra*, se ven reflejadas en la confrontación entre vencedores y vencidos, que se asocia a la crítica del catolicismo oficialista. Porque, como bien apunta Sanz Villanueva, una familia creyente ayuda caritativamente a María. Mientras otra, aquella en cuyo domicilio sirve durante un tiempo, “muestra la fanática intransigencia del nacionalcatolicismo. Las tintas fuertes que esbozan este último comportamiento dan como resultado una de las recreaciones más intensas y demoledoras de este sector de la Iglesia española que puedan hallarse en toda la prosa del franquismo.” Y concluye:

517 Sanz Villanueva, “La encrucijada del realismo...”, 125.

La historia del matrimonio, sus penalidades hijas de un concreto marco político y social, pertenece con toda propiedad a la más acentuada literatura de denuncia. Sorprende incluso que algunos de los hechos apuntados sortearan la barrera de la censura, pues tienen un trazo más explícito que situaciones equivalentes de las narraciones del realismo socialista. Se salda *Equipaje de amor para la tierra*, desbordando la específica anécdota de la emigración, con un retrato contemporáneo comprometido, valiente en el testimonio, y rebosante de solidaridad con los desfavorecidos, propio de los planteamientos de humanitarismo cristiano que impulsaban al autor.⁵¹⁸

4.3. *El incendio* (1965)

Esta novela fue escrita en el verano de 1964 y publicada al año siguiente en la colección *La novela popular*, de la editorial Alfaguara, colección que estaba dirigida por Jorge Cela Trulock y que, como apunta Santos Sanz Villanueva, daba acogida a novelas “de claro matiz social”.⁵¹⁹

Dentro de ese tipo de novelas se encontraría esta obra de Rodrigo Rubio, que es el resultado de una estancia estival del autor en el pueblo valenciano de Picasent, y, concretamente, en un barrio situado a las afueras del mismo, en dirección al cementerio, como dice Rodrigo Rubio en el prólogo de la novela:

Aquel barrio era de casas nuevas, un tanto anárquicas. Algunas de ellas, muy pobres. Lo habitaban gentes inmigrantes. Es decir, sus vecinos no eran valencianos, sino personas llegadas de tierra adentro, de Albacete, Cuenca y otras provincias del interior. Trabajaban como peones todos ellos. Los hombres, en el campo. Las mujeres, por lo general, en almacenes donde se selecciona y envasa la naranja, la uva y otros frutos.⁵²⁰

518 *Ibíd.*

519 Sanz Villanueva, *Historia de la novela social...*, 2.

520 Rubio, *El incendio*, 7.

Según se puede apreciar, ya en el mismo prólogo aparece, de nuevo, uno de los temas casi permanentes en la obra literaria del escritor albaceteño: el de la emigración. En este caso, desde las zonas más deprimidas económicamente o desde los campos que habían experimentado la reciente mecanización de sus tierras, hacia aquellos otros lugares en los que el auge de la industria reclamaba cada día nueva mano de obra, la cual estaba formada por esa gente trabajadora, “que suda la camisa, que vive horas de asueto en el bar, que chilla, maldice o canta”.⁵²¹

A esta temática responde *El incendio*, novela en la que, según su autor, lo esencial no es la historia, ya que lo que en ella trata de presentar es una especie de retablo testimonial en el que figuren noticias e impresiones vividas directamente por el escritor: “Hice una especie de retablo. Puse en pie a las gentes que vivían a mi alrededor, en aquel barrio suburbial de Picasent, un pueblo naranjero, rico, pero también con pobreza. Al menos entre los inmigrantes”.⁵²²

Esta confesión, incluida en el prólogo a la segunda edición de la novela, está en perfecta consonancia con la afirmación de Santos Sanz Villanueva de que esta es “la obra de más neto enfoque crítico de Rodrigo Rubio” y supone “otro título más a añadir a la lista de continuadores del realismo social”.⁵²³

Otra de las cosas que nos explica Rodrigo Rubio en dicho prólogo —titulado “Un tiempo y una historia”—, es su voluntad de no modificar el texto original de la primera edición de la novela, porque, en su opinión, la posible actualización hubiera podido suponer una pérdida de autenticidad en ese retablo del pueblo valenciano:

En “El incendio” el lector va a encontrar un ambiente y unas gentes de un tiempo muy concreto. También, situaciones y problemas que corresponden a ese tiempo. Incluso el lenguaje. De modo que he preferido, pensando que lo que hicimos tiene algo de testimonio, dejar

521 *Ibíd.*, 8.

522 *Ibíd.*

523 Sanz Villanueva, *Historia de la novela social...*, 736.

la novela tal y como salió. De reescribirla ahora, sería un libro menos auténtico. No valdría la pena reactualizar la vida de unas gentes, que ahora, sin lugar a dudas, ya no hablarían del Platanito, ni quizás del Cordobés, y sí de otros toreros, como de otros boxeadores y de otros futbolistas. Pero a lo que ellos se referían, en sus diálogos, era entonces parte del mundo que les rodeaba.⁵²⁴

Una mirada muy cinematográfica

Esta “breve historia de amor y fuego”, como la califica su autor, se estructura gracias a una técnica que posee evidentes resonancias cinematográficas, dada la continua sucesión de planos cortos, centrados en los distintos escenarios en los que se encuentran unos pequeños grupos de personas que dialogan de forma casi directa, de forma coral, con muy breves y escasas intervenciones del narrador, lo que, sin duda, aporta a la novela una mayor intensidad emotiva y, en ocasiones, un mayor dramatismo.

Así, la novela se abre de forma similar a como se alza el telón en una representación teatral, para situar al lector, de improviso, ante un escenario ubicado en un bar, en cuyo interior aparecen tres escenas que se desarrollan de modo simultáneo.

De un lado, una tertulia taurina en la que algunos innominados clientes se afanan en comparar la calidad de toreros como el Platanito, el Cordobés, Diego Puerta o Antonio Ordóñez con la de maestros consagrados como Manolete o Granero; de otro, unos hombres que juegan una partida de truco, y, por último, un grupo de viejos que ven “la tele” y que se marchan del local al comenzar el telediario de las diez menos cuarto, circunstancia que aprovecha el narrador para dar una pincelada de tono costumbrista a propósito de la manera en que se ofrecían las noticias en Televisión Española, así como respecto de algún programa televisivo de esos años sesenta:

524 *El incendio*, 9. El subrayado es nuestro.

Salía la bola del mundo, con la cinta de letras girando a su alrededor. Luego, fotografías, trozos de documental y el locutor bien peinado y serio que lee las cuartillas apenas sin mirar.

—Esos tíos leen como Dios —dijo alguien.

—Ea, el oficio. ¿A que no sabe expurgar un naranjo?

Alguien comentaba:

—Lo que suele estar bien es lo de esta noche, eso de “Sábado 65”.

—Un tostón —dijo otro.

—Yo vendré.⁵²⁵

A continuación, el objetivo de esa especie de cámara situada en los ojos del narrador se dirige hacia la tienda de enfrente, todavía abierta a esas horas del sábado, en donde un grupo de mujeres habla sobre el excesivo calor reinante y sobre los chismes más recientes en la localidad. Una escena a la que se le concede mayor extensión que a las tres anteriores y en la que el narrador ofrece algunos breves datos muy precisos desde el punto de vista descriptivo, como, por ejemplo, la ordinariez del vocabulario empleado por algunas de esas mujeres y el exceso de carnes de la tendera y de alguna clienta:

—¿Vas a ir mañana a la playa? —preguntaba la mujer que estaba primero.

—Qué leñe ir mañana a la playa. Allí también te frías. Lo mejor...

—No terminarás de despachar a ésta hoy.

—Bueno, bueno, y qué prisas me trae la tísica.

Era también gorda, los pechos caídos sobre el vientre. Al echarse a reír se le movieron como si cabalgaran sobre un mulo al trote. Luego, al dejar de reír, dijo, señalándose con la mano entre las piernas:

—Esto tengo tísico yo, ¿os enteráis? ¡Pues sí que estamos bien!

—Pues anda, que lo que dicen por ahí...

—¿Qué? ¿Que tengo cáncer?...

—Pero tú, tranquila, como el de la tele.

—Yo, mierda. Me tiraron un tajo en el pecho, pero aquí...

—¿Aún queda, no?⁵²⁶

525 *Ibíd.*, 14-15.

526 *Ibíd.*, 15-16.

A renglón seguido, observamos otra escena en la que Ramón y Encarna, dos de los principales protagonistas de la novela, comentan el embarazo de esta, ya de dos meses, así como las habladurías que se originarán en el pueblo cuando se conozca la noticia.

Un embarazo cuya causa se deja un tanto en el aire, ya que en la conversación de los dos jóvenes se plantea una doble posibilidad. Por una parte, como simple resultado de un acto motivado por el deseo y el placer, y, por otra, la probable voluntad de Ramón de vengarse del padre de Encarna, quien lo había echado de su casa por considerarlo uno de esos tipos chulos y finos que a él le huelen tan mal:

—“Lárgate de aquí, chulillo, que los tipos finos como tú me huelen mal”, dijo. —“¿Sí? me dije yo—. Pues se va a acordar...”

—Entonces, ¿lo hiciste por eso? ¿No me quieres?

—¡Calla! ¿Qué historias te inventas ahora?

—¿Lo has hecho por jorobarlo a él, no?

—Y dale. ¿No te acuerdas por qué lo hicimos?

Ella se echó a reír.

—Me muero, si no lo hacemos...

—Luego...⁵²⁷

Además, la muchacha apunta el hecho de que el miedo que tiene a su padre la obligará, con casi toda seguridad, a ir a casa de Dora, algo que ya habían hecho con anterioridad otras chicas en el barrio. De ese modo, y aunque por el momento no se dan más pistas al respecto, se está planteando la alternativa de un aborto, que se concretará en los siguientes capítulos.

Y, después, el objetivo del narrador enfoca hacia los grupos de personas que toman el fresco en la calle, lo que le sirve de pretexto para hacer una descripción de las casas del barrio, del mismo modo que si se tratase de una acotación teatral:

527 *Ibíd.*, 21.

En la calle había grupos de gente tomando el fresco. Las pequeñas casas de ladrillo, la mayoría sin enlucir, parecían hornos. Los tejados eran horizontales, techos de rasilla lustrados con porland, y el sol había estado todo el día dejando su fuego sobre aquellas superficies llanas, que ahora, por la noche, crujían, se resquebrajaban como si las estrellas, tan distantes, dejaran caer cuchillos de afilada punta.⁵²⁸

Así, nos iremos moviendo entre los distintos grupos de vecinos y asistiremos a conversaciones sobre temas tan diversos como la admiración generalizada por el físico de Encarna, el posible cáncer de su madre —ya operada de un pecho—, el calor reinante, la falta de lluvia y la probabilidad de unas inundaciones como las acaecidas en el año 1957, la próxima recolección de la uva y la pasión de los jóvenes por las motos.

De esta forma, el capítulo primero —de los seis en que se estructura la novela— sirve para situar al lector ante los diversos frentes narrativos que se van abriendo, a modo de breve, pero variado, mosaico testimonial, en el que unas piezas se van ensamblando con otras, de una manera perfectamente estudiada por el escritor albaceteño.

Un mosaico en el que las piezas se van colocando poco a poco, de manera que los datos sobre los personajes se irán conociendo a medida que el diálogo entre estos, o las precisiones del narrador, lo vayan permitiendo. Así, sabremos que el marido de Juana, la tendera, ha emigrado a Francia; que el jefe del grupo de obreros que, por las noches, se sientan a la puerta de la tienda, para darle a la lengua y tomar algo fresco, es un obrero llamado Martín; que el padre de Encarna tiene mal genio y mal beber; que la mayoría de las mujeres del barrio irán pronto “a la uva”, por las cuatro perras que les pagan; que los jóvenes del barrio campan por sus respetos con las motos, gracias a la falta de vigilancia de los guardias civiles, y que los ánimos de las mujeres se exacerban, tal vez por el calor agobiante, hasta el punto de poner a Rosa, la mujer operada de cáncer, y a Andrea, “la juntá”, al borde de una pelea, como consecuencia de las chinitas que una y otra se lanzan mutuamente en relación con la forma de actuar de sus respectivas hijas.

528 *Ibíd.*

Todo lo hasta aquí expuesto permite que podamos hablar, como lo hace Santos Sanz Villanueva, de “un libro de carácter colectivo”⁵²⁹ en el que estas pequeñas historias, a veces casi intrascendentes, se mezclan alrededor de los dos sucesos que tienen un mayor relieve: un aborto y un incendio.

Por otra parte, opina Sanz Villanueva que, entre las tendencias que se manifiestan en la novela española, entre 1950 y 1970, destaca un decidido ataque contra el héroe tradicional, lo cual ha dado lugar, fundamentalmente, a dos tipos de protagonistas: el héroe colectivo y el héroe abandonado. En tal sentido, en *El incendio* se podría hablar de la presencia de ese héroe colectivo, que es el protagonista de buena parte de la novela del realismo social y que, según este crítico, se observa del siguiente modo:

El héroe individual de tipo biográfico ha sido sustituido por el grupo o el pueblo en el que no hay progreso ni trayectoria, sino instantánea. Evidentemente, es una nueva situación social —la ciudad millonaria— la que ha provocado este nuevo tipo de personaje. Pero junto a ello existe el deseo de pasar a la novela, de forma metafórica, estados sociales colectivos. Y es curioso que este héroe no represente nunca, que yo sepa, estados de triunfo, sino de desquite, de sinsentido de la vida comunitaria. En esta novela, lo que hay es una “muchedumbre solitaria”.⁵³⁰

En ese sentido, podemos ver que las historias que Rodrigo Rubio refleja en *El incendio* constituyen un fiel reflejo de la apatía y el aburrimiento de unas gentes situadas bajo un plomizo y agobiante calor estival, el cual coadyuvaría a la trivialidad de ciertos diálogos, como el que abre el capítulo segundo, cuando el abuelo de Encarna y su amigo Sergio, sentados en el poyete de la esquina, hablan de sus preocupaciones —los años que les han caído encima, el mal trato que el abuelo recibe por parte de su yerno y el cobro de “la vejez”— y, también, de las muchachas que pasan ante sus

529 Sanz Villanueva, *Historia de la novela social...*, 736.

530 *Ibíd.*, 218.

pícaros ojuelos, lo cual permite que, en tono humorístico, se parodie un conocido anuncio televisivo de la época:

Las muchachas volvían. Unos mozangos, desde las motos, les dijeron una grosería. El abuelo canturreó de nuevo:

— Están como nunca, están como nunca.

Y Sergio, tirando al remate:

— ¡Fundador!

Y el abuelo:

—No; ellas.

—Caray, ¿y para qué?, pregunto yo.

—¿Te quedan dientes, Sergio?

—Tres.⁵³¹

Pero, poco a poco, este segundo capítulo se centrará, casi de forma monográfica, en uno de los dos sucesos que contribuyen a dotar a la novela de una cierta unidad temática: el embarazo y el posterior aborto de Encarna.

En cambio, el otro acontecimiento, que es el que da título a la obra —el incendio—, solo se menciona de un modo casi premonitorio, cuando el narrador habla de unos chisporroteos de cables que se ven al final de la calle, coincidiendo con el pitido del tren de las once menos veinte de la noche, mientras los desapercibidos vecinos escuchan tranquilamente la radio o miran el televisor.

El resto del capítulo está dedicado casi en su totalidad a un ir y venir de planos centrados en la joven pareja, que se acerca a la casa en donde viven Dora y su madre, la Yaya, para preparar con ellas el aborto que les libere del peso de la no deseada paternidad. Así, comprobamos cómo Encarna —a la que la gente llama la Bebé, por su aparente semejanza con la actriz francesa Brigitte Bardot— es quien ha tomado la decisión de abortar, de la misma manera que anteriormente había sido ella la que había decidido tener relaciones sexuales con su novio:

531 *El incendio*, 40.

—Mira, Ramón, esto tenía que venir y ya está. Yo tengo dieciocho años, pero sé ya más que me han enseñao, ¿estás? Pues eso. Tú, sereno. Si me puse boca arriba era porque tenía ganas, y na más. Ahora sale esto, pues adelante con los faroles.

—Pero Bebé, Encarna, nena...

—Si tienes miedo, voy yo sola. Y luego no me vengas con ruegos, que yo me camelo otro en seguida.

—Difícil sería.

—¿Difícil? ¿Por el trance? Poco me conoces tú a mí...⁵³²

Dora es una mujer que, además de dedicarse a la práctica de abortos clandestinos, solía ir a trabajar a los campos y a los almacenes. Y, como indica el narrador, tenía un hijo, “ahora en Alemania, y dos hijas, una de veinticinco años y la otra de veintiuno. La mayor vivía con un contratista de obras, en Valencia, y la pequeña estaba colocada en una cafetería de Benidorm. Según decían, eran de padre distinto”⁵³³

Estas escenas se van simultaneando con otras situadas en la casa de Antonio y Rosa, los padres de Encarna, quienes mantienen un tenso diálogo acerca de la situación de su hija, a causa de las sospechas del padre respecto del embarazo de esta y de que la madre la está encubriendo diciéndole que se ha marchado a visitar a unos familiares en Valencia. Un diálogo que se verá interrumpido a raíz de la llegada de los otros hijos y del abuelo, justo cuando Antonio está a punto de agredir a su mujer.

Una de esas escenas se centra en la descripción de la casa familiar y en la referencia al resto de los miembros que forman la familia:

La casa era pequeña: un portal, con dos habitaciones como onzas de chocolate a los lados; una cocina, y luego, el corral, con un porchecillo. Teníalo limpio la rosa, que los trajines de la casa, aunque iba a la uva, y en otra época a los fríjoles y a la naranja, eran cosas de ella. La Encarna poco hacía, con eso de coser, y la Antonia y la Pilar aún no podían mover

532 *Ibíd.*, 42.

533 *Ibíd.*, 56.

la escoba. A veces hacía que Juan José, el chiquillo, le ayudara. Pero el crío se empatillaba, diciéndole que eso era de mariquitas.⁵³⁴

A partir de este momento, el dramatismo de las escenas que tienen lugar en la casa de Dora, con la concertación del aborto y del consiguiente pago de los honorarios, se hará coincidir —a modo de contrapunto narrativo— con las pinceladas de humor provenientes de la machacona insistencia del abuelo para que su yerno le llame padre, de la inocencia de los nietos pequeños, cuya única preocupación consiste en pedir una peseta para comprar golosinas, e incluso de un sutil comentario del narrador respecto a la cena familiar:

—A cenar —dijo Antonio. Y empezó a pinchar de las rodajas de tomate de la ensalada, y luego a sacar cucharadas de patatas y caldo de una fuente enorme, donde las pocas tajadas de carne parecían bailar una danza de moda.

—No me escuchas...

—Coma usted y calle.

—¿Qué quiere usted, padre? —dijo Rosa, que aún no se había sentado, pendiente de todos.

—Digo que Julia...

—Buena sargenta es la Julia.

—Sargenta y too lo que vosotros queráis, pero ¿sabes qué le dice a Sergio, Julia?

—Y dale —dijo Antonio.

—Coma usted, padre, y déjese de historias.

—Le dice padre.⁵³⁵

Cuando la abulia da paso a la tragedia

A partir del capítulo tercero, que se inicia en el momento en que la gente sale de nuevo a la calle después de cenar, se produce la unificación de ambos acontecimientos, de manera que la extensión del fuego por el

534 *Ibíd.*, 43.

535 *Ibíd.*, 53.

monte se puede convertir en un presagio del trágico final que aguarda a la joven Encarna. Es entonces cuando podemos apreciar que las escenas referidas a la pareja están aconteciendo en un tiempo distinto al de los otros sucesos, pues, mientras que todo lo demás ocurre durante la noche, ellos actúan por la tarde. Han concertado el aborto para esa noche del sábado y, aprovechando las horas que faltan hasta ese momento, deciden pasar el resto de la tarde en casa de Ramón, aprovechando que su familia está en Valencia. Allí meriendan y hacen el amor, como si ambos presintieran que todo aquello fuera a acabar para siempre. Entre tanto, aprovechando la oscuridad de la noche y que su marido está en la cama, Rosa se dirige a casa de Dora, “deslizándose por junto a las paredes, como el ladrón que teme ser visto y busca, en su huida, un camino de sombras...”⁵³⁶

Inmediatamente, comienza el cuarto capítulo, con el punto de mira centrado en la casa de Dora, a la que llega Rosa para reunirse con su hija, la cual ya se encuentra inmersa en pleno proceso del aborto, ocasión que aprovecha Ramón para largarse de allí, poco antes de que también se vaya Rosa, ante el temor de que su marido pudiera descubrirlas. Así pues, Encarna se queda sola, desamparada, frente a las consecuencias de su embarazo, en el preciso instante en que el canto de un gallo adquiere un nuevo carácter premonitorio, como también ocurre con otros datos aportados por el autor, tales como los aullidos lastimeros de un perro —augurio de que alguien iba a morir— o las manchas de humedad en el techo del dormitorio de Rosa, dibujaban caras de muchachas que lloraban.

Por otra parte, el incendio sirve para poner de relieve la cobardía y la apatía de muchos hombres que, mientras admiran el valor del torero Manuel Benítez, el Cordobés, se encierran en el váter con la intención de huir del reclutamiento que efectúan los guardias civiles para acudir a la extinción del fuego, incluso ofreciendo un jornal por esta tarea. Unos hombres que, una vez que han llegado al lugar del incendio, procuran trabajar lo menos posible o, como ocurre con Ramón, se escapan aprovechando la primera ocasión que se les presenta, cuando a lo lejos suena el pitido del tren de las tres.

Aun así, el incendio funciona como acicate para romper la monotonía de la vida de unas gentes preocupadas por la idea de la

536 *Ibíd.*, 74.

emigración y, en concreto, por lo que esta pudiese contribuir a mejorar las condiciones de vida del emigrante o, cuando menos, a permitir una cierta apariencia de riqueza. Por eso, los hombres se quedan embelesados ante el espectáculo que les ofrece su paisano “El Mellao”, quien, después de dos años de permanencia en Francia, presume de su coche con matrícula extranjera y de su diente de oro, algo particularmente llamativo, porque en aquellos lugares solo llevaban dientes de oro el cura y el médico.

Algunas nuevas muestras de literatura social

En relación con esta preocupación de los hombres por mejorar sus condiciones de vida, y como un ejemplo más del contenido social que posee esta novela de Rodrigo Rubio, hemos de referirnos a un pasaje de una de las conversaciones entre Antonio y Rosa, los padres de Encarna, poco después de conocer la noticia del incendio que se ha desencadenado en el monte. En las palabras de Antonio podemos ver reflejada cuál era, por aquellos años, la peculiar filosofía de los hombres del campo manchego:

El hombre encendía otro cigarro.

—¿Has oído lo que comentaban ahí fuera? —dijo ella, sin mirarle.

—No me interesa. Escucha: yo... —dijo una larga chupada al pitillo—. Yo, Rosa, soy como otro hombre cualquiera, de los que vivimos en este pueblo, y en otros pueblos de estas tierras, adonde tantas gentes nos hemos venío. Trabajé en los campos desde que tenía dientes y no fui a la escuela ni escuché palabras de curas. En fin, ya me conoces. Trabajo, cuando hay faena, y bebo vino siempre que puedo. Los hombres como yo, cuando tenemos una mujer aún joven con carne lustrosa y alegre, la queremos a nuestra manera, claro, pero la queremos. Porque las mujeres entonces valen pa lo que están hechas: se mueven bien en la cama, te traen con gusto las comidas y crían los chiquillos que nosotros les vamos haciendo. ¿Me escuchas?

—Sí —dijo Rosa, y comprobó cómo la redoma estaba sin vino.⁵³⁷

537 *Ibíd.*, 66.

Otro ejemplo más de la denuncia social que aparece en *El incendio* lo encontramos en las palabras de dos borrachos que caminan por la calle, al tiempo que comentan el problema de los hijos. Mientras Paco habla de que, al llegar a su casa, buscará ansiosamente el contacto carnal con su mujer, su compañero de borrachera le dice que debe conformarse con los siete hijos que ya forman su “recua” o “manada”, porque criar un número tan grande de vástagos es un privilegio reservado exclusivamente a los ricos:

—Yo le diré: “Anda, prepárate que verás”. Je, je...

—Y luego, a aumentar la recua, ¿no?

—Oye, que mis hijos no son burros.

—¿Cuántos tienes? ¿Siete?

—¿Por qué has dicho recua?

—O manada, es lo mismo. ¿Es que te vuelves bien hablado ahora,

Paco?

—Te arreo, ¿sabes? A mí con mandangas, no, que...

—Estás peor que yo. Tu parienta... Deja que te vea entrar.

—Tendrá que pasar por el aro, ¿qué te crees? Y nada de recua, un pelón, rubio como yo.

—Pero, ¿no piensas que ya te sobran? Eso, los ricos, que tienen cuartos y las mujeres ni se estropean porque no los crían.

—¿Y a mí qué? Ya se apañará ella, si se queda.

—Pero... Yo también estoy soplao, y se me revuelve la sangre como a ti, pero me quedo un rato en la calle, o paso al corral. ¿No comprendes que...?⁵³⁸

Un buen ejemplo del aburrimiento que reina en el pueblo lo ofrecen las dos mujeres que conversan en la mañana del domingo sobre lo sucedido la noche anterior a propósito del incendio y del consiguiente reclutamiento de los hombres. Mientras una se lamenta de que, una vez concluido el suceso, ya no habrá tema de conversación en el barrio, la otra afirma que muy pronto surgirá alguna novedad, palabras que resultan igualmente premonitorias de la ya inminente muerte de Encarna, como bien señala

538 *Ibíd.*, 73.

el narrador omnisciente, anticipándose así a lo que poco después pensaría Ramón, quien en esos momentos se dirige a casa de la Dora:

Él podía oírlas. Las oiría. Y él, en seguida, unos minutos después, se diría que las mujeres, todas las mujeres del pueblo: la Juana, la Ángela, la Andrea, la Julia, todas, y los hombres, todos los hombres, todo el mundo, ya podrían, unos y otros, hablar de un nuevo suceso, de una mala noticia, noticia que correría como corrían las llamas por sobre la hojarasca del monte: todas las gentes del lugar podrían hablar ya de que Encarna, la Bebé, había muerto, y que la muerte había tenido lugar en casa de la Dora, lo cual sería un doble motivo para que los comentarios tuviesen más interés...⁵³⁹

Esta cita, que recoge las últimas líneas de la novela, nos sirve, igualmente, para corroborar la unidad temática de ambos sucesos —aborto e incendio⁵⁴⁰— y para comprobar el empleo por parte del novelista albaceteño de un rasgo propio del lenguaje coloquial, como es el uso del artículo ante los nombres propios, y que responde al deseo de reproducir, de la forma más fidedigna posible, el habla popular, circunstancia esta que se pone de manifiesto de manera muy especial en los diversos diálogos, sobre todo en los que se establecen entre el abuelo y Sergio, su amigo y compañero de tertulia. Como muestra de estos diálogos recogemos el siguiente fragmento, en el que se refleja la falta de adaptación que sufren los viejos cuando se les traslada desde el campo a una ciudad, por pequeña que esta sea:

539 *Ibíd.*, 109-110.

540 Respecto de la importancia que estos dos temas tienen en la novela, afirma Sanz Villanueva que le parecen dos excusas argumentales un tanto forzadas para reflejar asuntos de interés colectivo. No obstante, señala que ambos sucesos “son reactivadores de la indiferencia vital del lugar, que necesita de ellos para salir de su mortecina existencia. Las gentes no hacen otra cosa que dejar pasar el tiempo sin ninguna ilusión. Es lo que reflejan con acierto los diálogos y disputas de esos dos viejos cuya mayor aspiración se cifra en que sus hijos políticos les llamen padre. El resto de los hechos de la novela se reduce a conversaciones banales: toros, mujeres, dificultades para pagar en la tienda... El tema, por tanto, de *El incendio*, combina la abulia y desinterés de la vida rural con el testimonio socio-económico...” (*Historia de la novela social...*, 737).

- Hablan del incendio, creo.
—¿Hubo un fuego?
—Sí, en los montes.
—Pero, ¿es que hay montes aquí?
—¿Ahora te desayunas tú? Los hay, y con muchos matojos y broza. Por eso se incendian.
—Pues mira, chico, yo, desde que me dijeron que me traían aquí, a un pueblo cerca de Valencia, siempre pensé que too eran güertas.
—Allá a poniente, hombre. Too eso de ahí tras, y pa el norte; too eso es monte. La huerta está hacia abajo, toa la llanura esa. ¿Es que no miras nunca pa los campos, abuelo?
—¿Es que te crees tú que veo más allá de tus narices?⁵⁴¹

Es esta voluntad testimonial, propia de la novela social, la que lleva al escritor a reflejar en su obra otros rasgos típicos de ese lenguaje popular, como pueden ser:

- la transcripción fonética de palabras abreviadas como consecuencia de contracciones o eliminaciones de consonantes o de sílabas enteras: “ná”, “sío”, “paece”, “asá”, “la juntá”, “helao”, “puen”, “pa eso”, “p’alante”, “pa l’estanco”, “ir a cá”, etc.;
- el uso de expresiones coloquiales que, en algunos casos, poseen evidentes resonancias albaceteñas: “no te desbarres”, “negruzco”, “llévate avío”, “buenos cuartos se ganan”, “bastante he estirazao yo toa la santa vida”, “chismorra”, “¿si quieres del bullí?”, etc.;
- el empleo de palabras o frases en valenciano: “¿Echamos un puñet?”, “xiqueta”, “mare”, “filla”, “Mare, no n’ íá res que fer”, y
- la presencia de tacos o expresiones malsonantes, bien de forma directa —”mierda”, “leche”, “carajo”, “cagalera”— o bien de forma eufemística: “jorobar”, “leñe”, “me c...”, “me c... en...”, “me voy a c...”, etc.⁵⁴²

541 *El incendio*, 99-100.

542 A propósito del uso del diálogo y de la transcripción de vocablos propios del lenguaje coloquial, opina Sanz Villanueva que en *El incendio* los valores críticos son más aparentes que en otras obras de Rodrigo Rubio, ya que en esta ocasión “se ha desprendido del monólogo faulkneriano —quizás la constante principal del conjunto de toda su obra— y lo ha sustituido por un diálogo muy entrecortado, que intenta la reproducción del lenguaje coloquial” (*Historia de la novela social...*, 737).

4.4. *La espera* (1967)

Novela escrita entre julio de 1965 y junio de 1966, aparece encabezada por una muy breve aunque muy significativa cita, de Miguel Hernández — “...dejadme la esperanza”⁵⁴³— y una dedicatoria a su mujer, Rosa, “que no ha conocido este mundo” —el mundo de los campos manchegos—, dada su condición de valenciana de origen.

A renglón seguido, el autor coloca un prólogo, bajo el título de “Primero, estas palabras”. Una costumbre, la de hacer prólogos que, según señala Rodrigo Rubio, ha caído en desuso, aunque a él le gusta encontrar novelas que los lleven, sobre todo cuando “el autor quiere dar unas razones, totalmente gratuitas, de por qué ha escrito el libro. Sabe que luego, a lo mejor, se lo preguntan en entrevistas o coloquios, y piensa que lo que va delante, delante camina”⁵⁴⁴.

Tal como afirma el escritor albaceteño, esta su sexta novela “está todavía dentro del mundo novelesco por el que empecé a moverme”, porque en ella vuelve de nuevo “al ambiente rural, a los tipos hondamente humanos, a la tristeza que produce la deshumanización del campo, al dolor por una felicidad nunca alcanzada”⁵⁴⁵.

En junio de 1967 y dentro de la sección del diario *ABC* titulada “El escritor y su espejo”, Rodrigo Rubio declaraba que *La espera* es una novela ambiciosa, porque en ella quiso decir muchas e importantes cosas, algunas de las cuales ya las había expuesto con anterioridad:

Un tema tratado por mí —como digo en el prólogo— en artículos y ensayos; concretamente en el titulado “La deshumanización del campo”. He insistido, pese a todo, porque quería que esta preocupación mía por un mundo que se transforma (con sus derrumbamientos por algunos sectores de familias poco afortunadas a partir de nuestra guerra) llegara a un público más numeroso. Hice el ensayo, pero después he escrito la novela. Todo lo expuesto en algunos capítulos de aquel libro toma

543 Rubio, *La espera*, 5. Rodrigo Rubio cita el conocido verso de la “Canción última” de Miguel Hernández.

544 *Ibíd.*, 9.

545 *Ibíd.*, 10.

amplitud y humanidad, también calor (el calor que presta la palabra viva de los personajes) en esta obra.⁵⁴⁶

A propósito de lo declarado por Rodrigo Rubio sobre sus intenciones a la hora de escribir *La espera*, el anónimo entrevistador le formula la pregunta de qué piensa el autor de Montalvos sobre la novela que se estaba escribiendo en esos momentos. Aunque Rubio asegura que es una pregunta a la que nunca sabe cómo contestar, afirma que es necesario “dar la espalda a quienes desean que se haga una literatura llena de suavidades”, al igual que a “los que quieren lo áspero o nocivo sin calidad”. Y añade:

España es el gran tema. La vida, nuestra vida, merecedora de que la pongamos boca arriba sobre las páginas de los libros. Lo vamos haciendo poco a poco, por lo menos todos aquellos que nos sentimos verdaderamente preocupados, los que hemos afirmado siempre que la literatura no puede ser simplemente literatura. Pero lo hacemos con timidez o, quizá, sin talento. Con esto quiero decir que nuestra novela no es mala, pero que tiene que ser mejor, que necesita ser mejor.⁵⁴⁷

Respecto del tema de la despoblación del campo, Dámaso Santos afirma que, en el caso de *La espera*, “no es un tema elegido o suscitado por impresiones y experiencias, sino algo entrañablemente vivido y meditado por su autor, sustancialmente consistente en sus propias vivencias que proustianamente recupera hurgando minuciosamente en la memoria”.⁵⁴⁸

He aquí, por tanto, claramente esbozadas las motivaciones que inspiran el alumbramiento de esta novela, que se sitúa en perfecta consonancia con otras anteriores, como *Un mundo a cuestas*, *La feria* o *Equipaje de amor para la tierra*, porque entre ellas hay una especie de hilo

546 Rodrigo Rubio, “El escritor y su espejo”, 29.

547 Ibíd.

548 Santos, “La espera”.

conductor, a través del cual algunos de sus personajes “se dan la mano, se comunican, se hermanan”⁵⁴⁹.

Esto es así porque Rubio considera necesario seguir fijando su mirada en los problemas que aquejan a su tierra, pues piensa que, a pesar de haber abordado con anterioridad algunos de estos temas en novelas, narraciones breves y en algún que otro artículo, todavía había algo que se quedaba en la orilla, sin voz y sin imagen. Por eso se detuvo a meditar y, a partir de ahí, fueron surgiendo asuntos y personajes que se apoderaron de él y que le urgían a que escribiera esta novela. Asuntos y personajes tales como esa tierra “que se despuebla, las gentes que recuerdan mundos muertos, los hombres que aprovecharon el río revuelto para sacar su ganancia de pescadores y las mujeres que llevan sobre sus espaldas el peso de la infelicidad...”⁵⁵⁰

Ese es, en esencia, su mundo novelístico, y hacia él le empuja irremisiblemente una especie de fuerza misteriosa, a la que no se puede sustraer, a pesar de ser consciente del riesgo que entraña —y que él asume plenamente— el hecho de volver sobre unos caminos ya andados y sobre unos temas ya tratados. De ahí la importancia de la siguiente declaración:

He aquí, pues, el arma de dos filos. Él sabe que el arma le está rozando y que se puede cortar. Pero, por otra parte, comprende que no debe salirse de la parcela donde aún le reclaman. Quedan gentes y circunstancias que desean tener vida, hacerse realidad en las páginas del libro. El autor podía irse por otros caminos, y entonces tal vez le dijeran que poseía una gran imaginación, que era dueño de una gran capacidad de fabulación (expresión esta de un novelista que aún se esfuerza por inventarse mundos, cuando apenas si, para escribir, tenemos que inventarnos nada); el autor podía irse, repito, hacia otras sendas, y hacer con ello más diversa su obra. Pero piensa y cree que para eso aún hay tiempo. Todavía es joven y no quiere saltar sobre las voces que le reclaman. Quiere, sin embargo, crear como un cinturón en torno al mundo por el que empezó a moverse. A lo mejor luego, una vez terminado el cerco,

549 *Ibíd.*

550 Rubio, *La espera*, 11.

salta, alejándose hacia nuevos caminos. Buscará una parcela nueva, y allí se situará durante no sabe (ahora) cuánto tiempo.⁵⁵¹

Y, a modo de ejemplo, se refiere a aquellos “maestros que dejaron su vida” en un solo mundo, con unas gentes que van y vienen constantemente por las páginas de todas sus obras. Maestros como, por ejemplo, William Faulkner, quien no podía evadirse de ese universo tan perfectamente estudiado en *Mientras agonizo*. Un autor y una obra que siempre han figurado entre los predilectos de Rodrigo Rubio y entre los modelos que han ido conformando su canon estético y literario.

Así, sin duda alguna, Faulkner debió de influir en la estructura de *La espera*, organizada en torno a un equilibrado proceso rotatorio a partir de los monólogos correspondientes a cada uno de los personajes protagonistas: el matrimonio formado por los viejos Alfonso e Isabel; su hijo paralítico, Ramiro, y la maestra y amiga de este, Rosario. Y siempre por este orden. Un efecto de rotación que quedó perfectamente definido por el profesor Baquero Goyanes, quien, hablando de las variantes del monólogo interior, se expresaba en los siguientes términos:

En algún caso, la estructura total se consigue mediante la suma de tantos monólogos interiores como personajes intervienen en el relato, consiguiéndose entonces un efecto de rotación, de sucesión de puntos de vista, con un algo de curiosamente musical en el pasar de un mismo tema de un instrumento (de un personaje) a otro. Tal sería el caso de *Mientras agonizo* de William Faulkner.⁵⁵²

De ese modo, resulta que Rodrigo Rubio estructura *La espera* de manera que, si cuatro son los personajes, cuatro son también las partes en que se divide la novela: una por cada estación del año, comenzando por el invierno y acabando por el otoño del año siguiente.

551 *Ibíd.*, 10-11.

552 Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*, 52.

En este sentido, resulta muy interesante comprobar cómo esa alternancia de monólogos ayuda a conseguir una perspectiva de la realidad que rodea a los cuatro personajes, gracias a los diversos contrastes que se aprecian en sus respectivos puntos de vista, como bien apunta Fernando Dicenta de Vera:

Si Alfonso e Isabel forman el anciano dúo de normalidades que pudiéramos llamar castizas, modélicas en cierto modo, Ramiro es el contraste juvenil, cabal, y con sus dibujos simbólicos, fluyentes de poética intención o sátira enérgica, nos lleva a sensaciones y pensamientos poco ordinarios, a campos del subconsciente. Es la figura más extraordinaria y original, sin duda, y acusa resonancias claras autobiográficas bien lógicas. Rosario es el contrapunto preciso, la ruta variopinta necesaria y un tanto errabunda para que el volcán pasional contenido del introvertido Ramiro culmine en su explosión de carne y sangre, en busca de una comprensiva e integral, brusca comunicación amorosa.⁵⁵³

El narrador va dando paso a cada uno de los monólogos de los diferentes personajes, mediante unas breves introducciones, anteriores a cada uno de ellos, en las que, mediante la narración y de la descripción, aprovecha para ofrecer al lector algunos datos de interés acerca de los protagonistas y del ambiente en que se mueven, así como algunos fragmentos de diálogo que, al igual que aquellos que aparecen dentro de cada uno de los monólogos, son muy directos, con frases cortas y, a veces, entrecortadas, como consecuencia de las rápidas réplicas de los interlocutores. Un diálogo que suele ser bastante vehemente y en el que es muy habitual el uso de expresiones populares y modismos rurales, casi siempre entrecomillados, que contribuyen a crear ese clima realista que la novela pretende reflejar de la manera más fidedigna posible.

Algo que, como ya hemos tenido ocasión de comprobar, es característico de la novela social y que el crítico Fernando Soto Aparicio destaca cuando escribe:

553 Dicenta de Vera, "La espera".

Rodrigo Rubio hace este libro con frases cortas, anhelantes, metiéndose en el universo interior de cada uno de los cuatro personajes principales: Alfonso, Isabel, Ramiro, Rosario. Hay períodos en que el novelista aparece, no como un hombre que cuenta o que comenta hechos determinados, sino apenas como un ser que registra lo que dicen otros, con las peculiaridades de su lenguaje, con sus acentos especiales, con su personal entonación.⁵⁵⁴

Por otro lado, en los monólogos interiores el escritor no solo da rienda suelta al libre fluir de la conciencia de los personajes, sino que también aprovecha para introducir esos fragmentos de diálogo a que antes nos referíamos y algunos otros en los que la narración en primera persona se acompaña de referencias a otros personajes en estilo directo o indirecto, con todo lo cual el autor parece querer resaltar aún más el contenido trágico de su novela, pues —tal como señalaba el profesor Baquero Goyanes— “el diálogo no hace más que verificar y acentuar, con la retórica adecuada, la índole trágica de la novela”.⁵⁵⁵

En opinión de Guillermo Díaz-Plaja, el procedimiento narrativo empleado por Rodrigo Rubio, se apoya en unas “excelentes muestras” de monólogo interior, en las que el novelista incluye las frases que se supone pronunciadas por los demás personajes. Y añade:

En estos anchos capítulos el proceso narrativo se establece por medio de frases muy breves, separadas por punto y seguido, de manera que las evocaciones que surgen de cada frase se acumulan rápida y sucesivamente para caer en el lector una serie de impacto cinematográfico [...] En muchos capítulos el diálogo, en estilo directo, teatraliza la acción. Los modismos campesinos, entre comillas, dan un cierto —pero indeciso— sabor local al relato, con excelente visión naturalística, que no escatima la frase gruesa, ni exagera la copiosidad.⁵⁵⁶

554 Soto Aparicio, “La Espera y la Angustia”.

555 Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*, 45.

556 Díaz-Plaja, “La espera”, 16.

Por citar algún ejemplo, veamos este fragmento en el que Alfonso se plantea la dificultad que tiene para comunicarse con su mujer y con su hijo, la cual resulta aún más evidente gracias al uso del estilo directo:

No puedo hablar con ellos, ni ellos conmigo, porque tendrían que decirme: “¿Quieres comer ya, Alfonso?” (la Isabel), o: “¿Le leo un poco este libro, padre?” (el chico), y yo contestaría siempre: “¿Recordáis cuando cogíamos pájaros con los cepos, ahí en el patio, y luego los asábamos aquí, bebiendo un trago del buen vino?” O esto: “¿Pensáis vosotros en las lumbres de otros inviernos?” O también: “Habláis de cosas que no tienen sentido...”, como si solamente yo fuera la persona cuerda, el que razonase.⁵⁵⁷

En otro momento, Alfonso se pregunta por las razones que llevan a la maestra a visitar a Ramiro y se hace eco de las más que probables habladorías de la gente. Es entonces cuando encontramos, en primer lugar, el estilo indirecto libre, y, posteriormente, el indirecto puro:

Se irá porque ¿qué ha de hacer aquí una mujer joven y con estudios? ¿Casarse? ¿Y con quién? ¿Tener amigos? ¿Y dónde están? Siempre hubo maestras en los pueblos, dirán; pero es que nunca fueron algo tan muerto los pueblos, diré yo. Esta mujer busca la amistad de nuestro hijo; mal debe de andar el tajo para las conversaciones, pienso algunas veces, cuando tan a menudo se echa para acá. Hay quien dice por ahí, según me cuenta la Isabel, que le interesa “el caso” de nuestro hijo, porque antes (o después, no recuerdo cómo lo han dicho) de estudiar para maestra lo hizo para enfermera. También dicen otros que es por lo de los libros. Y otros porque aseguran que ha tenido un desengaño de los que hacen época y que con Ramiro se distrae, no pensando en el que la dejó.⁵⁵⁸

557 Rubio, *La espera*, 27-28.

558 *Ibíd.*, 25.

Todos los monólogos están impregnados de melancolía y de tristeza, debido al dolor que producen los recuerdos del pasado —mediante el empleo de una técnica tan cinematográfica como es el *flash-back*— y al desengaño por tantas y tantas ilusiones y esperanzas abortadas por circunstancias ajenas a la propia voluntad de cada uno de los protagonistas: guerra, emigración, enfermedades, fracasos amorosos, etc.

Tanto es así que incluso los recuerdos gratos y felices aparecen teñidos de dolor. En primer lugar, porque resulta imposible recuperar el pasado dichoso; y, en segundo lugar, porque la soledad y el pesimismo del presente parecen aliarse para apagar esa tenue llama de esperanza que todavía arde en el interior de los corazones de Alfonso, Isabel, Ramiro y Rosario y que es la que justifica el título de la novela.

Un hombre aferrado a los recuerdos

Sucede que Alfonso es un viejo obsesionado por el frío y por el permanente deseo de no pensar en nada; aunque, paradójicamente, no deja de cavilar acerca de la soledad y el pesimismo que caracterizan la vida de los viejos, así como sobre los buenos y malos momentos que ha tenido ocasión de experimentar a lo largo de su vida.

Entre esos buenos momentos destacan los relativos a su boda, a la llegada de los hijos y a los sacrificios y las fatigas que conlleva el trabajo en el campo en cualquier momento del año. Entre los malos, ocupan especial atención la dificultosa relación con su suegro, la llegada de la guerra civil, la muerte de sus hijos Jacinto y Angelica, y la difícil comunicación que actualmente mantiene con su mujer y con su hijo Ramiro, los cuales le reprochan de forma reiterada su gusto por aferrarse sistemáticamente al pasado.

Todo esto posibilita que Alfonso pueda verse a sí mismo como una especie de calco de la imagen que solían ofrecer sus padres:

El padre, un hombre que fue como yo, que anduvo por los mismos caminos, que apretó con sus manos las mismas miserias. Medio ciego, los ojos con tracoma siempre. Fuerte, sin embargo, en un tiempo. Y ella, la madre, con temblor en las manos. Como yo ahora, y como la Isabel. ¿Y no quieren que piense? Él soy yo ahora. (“Mira, te vas a dejar la aldea...”) Él estaba sentado aquí, más pobre la cocina, a teja vana, y sólo un ventanuco por donde apenas se veía el patio. (“No puedo, ya no puedo...”) Ella con suspiros en la boca sin dientes. El pequeño, yo, el único que quedaba. (“Mi hijo, mi Anselmico vive... Ése sí...”)⁵⁵⁹

En sus tres primeros monólogos, aparece como tema recurrente el de la guerra civil. Esta fue la que puso fin a los momentos de alegría y de relativo esplendor de la familia, los cuales están representados, simbólicamente, por las grandes cestas de fruta y verdura que compraba Isabel, por la progresiva extensión de los viñedos familiares, por el porche nuevo de la casa o por la llegada de alguna cuadrilla de segadores, desde la vecina provincia de Cuenca, para trabajar en sus tierras. E, igualmente, esa confrontación civil fue la causante de la muerte de su hijo Jacinto, en el frente de batalla, y de su novia Edelmira, sumida en el dolor por la pérdida de este. De ahí el poético símil que él realiza entre la guerra y unas malas nubes, con lluvia de sangre, que se ciernen sobre los campos manchegos:

Aquellas nubes dejarían caer escopetas que manejaban hombres con ojos encendidos, con bocas hambrientas, hombres que rugían, que blasfemaban, que empujaban a los que, hasta entonces, nunca se habían preocupado por una mala nube, para llevarlos a las desiertas carreteras. Allí se los dejarían, con el pecho ensangrentado, con la cabeza machacada, con sus riquezas repartidas ya entre los que, de pronto, habían empezado a gritar palabras que dejaban a un lado el hambre criminal de otros tiempos.⁵⁶⁰

559 *Ibíd.*, 43.

560 *Ibíd.*, 249.

Por todo ello, no resulta extraño verlo, de forma habitual, sumido en la soledad y en el hastío, y aquejado por continuos cólicos estivales, mientras envidia a quienes no sufren problemas de salud y, sobre todo, a los muertos:

Es verano, vomito; me regaña la Asunción; envidio a Sebastián, envidio a los que aún andan bien, a los que no sienten temblor en sus carnes; pero envidio también —yo diría que más— a los que ya están muertos, a los que no tienen que esperar a hijos que no vienen, a los que, cansados de tanta tristeza, han cerrado los ojos sin importarles que ahora es el verano y la luz, aunque entornes las ventanas, te llega, como a cuchilladas, hasta los mismos ojos...⁵⁶¹

Será en otoño cuando Alfonso comience a ver las cosas con un poco más de optimismo y de esperanza. Por un lado, la llegada de sendos giros de sus hijos Antón y Dolores, aunque no suponen una importante inyección económica, sí que le aportan una buena dosis de ánimo e ilusión, porque demuestran que aún se acuerdan de sus padres y porque dejan abierta una pequeña posibilidad de que, tal vez, algún día decidan regresar al pueblo de modo definitivo.

Y, por otro lado, el hecho de que su buen amigo Felipe haya decidido quedarse en su casa, a pesar de la reciente muerte de su esposa Delfina, refuerza todavía más la firme postura de Alfonso e Isabel de permanecer en el pueblo y en su casa hasta que les llegue la hora de la muerte:

Tampoco nosotros queremos irnos. En la ciudad moriríamos antes. Y de otra forma. Aquí moriremos pegados a las paredes frías de nuestra casa, lo mismo que las cigarras mueren, al terminar el verano, adheridas al tronco de los pinos. Esto es lo nuestro, y sacarnos de aquí sería como conducirnos a un enorme cementerio. Algunos se van, se

561 *Ibíd.*, 254.

los llevan sus hijos, pero ellos saben que mueren al mismo trasponer las últimas tierras del término.⁵⁶²

El vacío existente en el corazón de una madre

Por lo que se refiere a Isabel, también su espera se centra en el ansiado regreso de su hijo Antón, cuya marcha supuso para sus padres la muerte de los sueños y las ilusiones que ambos habían depositado en él como continuador de todo el trabajo realizado durante tantos años de esfuerzo y de sacrificios. En cambio, el caso de las hijas era distinto, pues, de haberse quedado en el pueblo, no se hubieran podido casar, sino que habrían tenido que trabajar de jornaleras o sirviendo a algún cacique de los que se habían enriquecido tras la guerra.

Como buena madre que es, en su primer monólogo manifiesta la añoranza que siente por la marcha del pueblo de los tres hijos que se vieron afectados por el fenómeno de la emigración: Antón se encuentra en Holanda; Dolores, en Francia, y Tere, en Cataluña. Así, por donde quiera que se mueva, siente el vacío que se ha instalado de forma irreversible en el seno familiar:

No hace falta sino sentarse una aquí, al lado de esta lumbre que se nos muere por la desidia de no atizar los palotes, para al instante empezar a darle vueltas a todo lo que nos robó el tiempo. También, cuando ando por los cuartos, cuando salgo al patio, cuando entro en el porche, cuando paso a la cuadra, cuando bajo a la cueva, cuando subo a la cámara... ¡Qué lleno de vida sin vida está todo...⁵⁶³

Además del sufrimiento por el progresivo distanciamiento de los hijos —que ella observa en el hecho de que tan solo envíen alguna que otra carta, de cuando en cuando y no muy extensa, y, también, muy de tarde en tarde, algo de dinero como ayuda para el mantenimiento de los padres

562 *Ibíd.*, 315-316.

563 *Ibíd.*, 79.

y del hermano enfermo—, Isabel recoge en este su primer monólogo muchos recuerdos, algunos no muy gratos, como los disgustos que le daba su padre, cuando iba perdiendo la cabeza, y la escasa ayuda que le prestaba Alfonso, quien se iba a dormir a la cuadra para no tener que aguantar los llantos de la pequeña María Dolores, tan agradables y hermosos para ella.

En cambio, quizá como compensación emocional, recuerda con cariño y agrado la etapa en la que había acudido a la escuela, en donde aprendió a leer, a escribir y a bordar, y, también, a la iglesia, en cuyo coro cantó muchas veces. Igualmente, recuerda los trabajos propios de sus quehaceres domésticos, como la “cochura” del pan, el cuidado de su marido y de sus hijos y la atención a las frecuentes y numerosas visitas de amigos y conocidos de la familia:

Casi nadie viene ya a esta casa. Y esto parece algo increíble, con la de gentes, del lugar y forasteras, que entraban aquí. Amigos de Alfonso, muchos amigos, que pese a ser hombre de campo los tenía en todas partes y de todas las profesiones. Hombres de la capital, de pueblos vecinos, de aldeas; industriales, comerciantes, aldeanos ricos. Venían con sus mujeres. Nos compraban vino. ¡Cuánto jamón les tendré sacado para hacer boca! ¡Cuántas redomas de vino, de esa bombona de blanco que teníamos en el primer recodo de la escalera del sótano!⁵⁶⁴

Al igual que sucedía con Alfonso, Isabel también rememora algunos episodios de la guerra civil como, por ejemplo, las extorsiones que tuvieron que sufrir para tratar de evitar denuncias interesadas y partidistas, el embargo de algunas de sus propiedades, y la impotencia ante la llegada

564 Ibid., 99. Convendría recordar que Rodrigo Rubio había hecho mención, en numerosas ocasiones, de estos recuerdos, circunstancia que podríamos situar en línea con la influencia Faulkneriana, a la que nos hemos referido al comienzo de este apartado. Además, como señala Dámaso Santos en “La espera”, la forma de *Mientras agonizo* está “excelentemente asimilada y convertida en método propio”, aunque en el caso de *La espera* “no conduce, como en aquélla, a una acción, ni expresa las integraciones obsesivas de unas pasiones. En *La espera*, todo es materia de la memoria, proustiana recordación, pero de intención crítica, aunque también poemática”. Algo que, en nuestra opinión, también se podría aplicar a su primera etapa narrativa.

de esa especie de fiera con una boca enorme que se alimentaba de hombres, entre ellos su hijo Jacinto. Todo ello ocupa la mayor parte de sus monólogos correspondientes a la primavera y al verano, y, en cierta medida, podríamos considerarlo como un fiel reflejo de muchas de las sensaciones vividas de cerca por el escritor albaceteño y, concretamente, las referidas a la muerte de su hermano Cristino, según tuvimos ocasión de comentar en el apartado correspondiente a la biografía del autor albaceteño.

Así, recuerda con honda tristeza aquellos instantes en que, después de mucho esperar en el apeadero la llegada del tren en el que viajaba su hijo Jacinto, solo pudo darle un corto y rápido abrazo antes de que volviera a subir al tren para reemprender la marcha hacia un lugar del que nunca regresaría. Un hecho que, en realidad, se corresponde con un recuerdo autobiográfico de Rodrigo Rubio en relación con lo ocurrido con su hermano Cristino, tal y como el escritor ha relatado en numerosas ocasiones, especialmente en algunas de las obras de su última etapa narrativa, como, por ejemplo, en la novela *Fábula del tiempo maldito*.

Algo similar cabe decir respecto de la furibunda reacción de Isabel ante la actitud de quienes, injustificadamente, los atemorizaban aprovechando los privilegios que les daba llevar un uniforme o desempeñar un cargo público:

Tenía que maldecirlos, y a la María Josefa, y a los que vestidos de uniforme nos hacían temblar, lo mismo que antes había maldecido al empleado de Correos porque se comía las meriendas que yo había preparado para el Jacinto. ¡Cuántas horas, primero friendo aquellos chorizos y tajadas de lomo, y luego metiéndolo todo, con el aceite, en las latas que yo misma estañaba! ¡Cuántas horas, sí, sin que me dolieran, sin que ese tiempo me produjera cansancio (porque nuestro hijo recibiría algo bueno que yo misma había preparado), para que luego, un hambrón desaprensivo se quedara con todo! Tenía que maldecir, apretando los puños, y después, pasados los años, repetir aquellas mismas maldiciones, aunque digan que una es buena, porque al recordar las escenas ásperas se me hacen presentes, desquiciándome tanto como entonces.⁵⁶⁵

565 *Ibíd.*, 191-192.

La voz de la impotencia y el desencanto

Otro personaje que ejemplifica perfectamente la monotonía y la soledad de los pueblos manchegos es Rosario, de quien Díaz-Plaja afirma que aporta una cierta visión externa al relato:

“Externa” por lo que tiene de forastera; y también por la parcela de cultura que acompaña a su razonamiento.

Su palabra es patética, rebelde. Advierte en la vida rural la injusticia secular, el egoísmo amparado por las situaciones preestablecidas e inmutables. Se siente trágicamente inútil para superar el atroz encuadre de su existencia.⁵⁶⁶

Rosario es una maestra plenamente consciente de toda la rutina que hay en su trabajo y en su vida, y cuya soledad y aislamiento se ven favorecidos por su carácter introvertido y por las dificultades que encuentra para comunicarse con la gente, incluida María, la mujer en cuya casa está viviendo:

Iré de pueblo en pueblo. La vida es así. Mi vida es ésta. Una María aquí, otra María allá. Jóvenes que van perdiendo la juventud, viejas que murmuran palabras de reproche entre dientes. Aquí, Ramiro; en otro pueblo, la ausencia de Ramiro. Aquí mismo, la ausencia del que me pareció el hombre que esperaba; en otro sitio, quizá la ausencia de todo, el vacío por todo.⁵⁶⁷

Sus recuerdos y sus vivencias se reducen a un conjunto de frustraciones y desencantos acumulados a lo largo de muchos años, comenzando por la figura de una madre autoritaria y analfabeta, poco preocupada por la higiene de los hijos y que solía blasfemar como cualquier hombre del campo. Su padre, en cambio, era un hombre paciente

566 Véase la nota 556.

567 Rubio, *La espera*, 140.

y resignado a su trabajo y a sus continuos traslados como Capataz de Vías y Obras del ferrocarril y la persona que se ocupaba de enseñar a los hijos lo poco que podía, después de concluir su faena diaria; a la madre, en cambio, eso no le interesaba lo más mínimo:

No se preocupaba mucho por si aprendíamos las letras o no. Ella era analfabeta. Quería que le sacara las nidadas de huevos del gallinero. En el gallinero había piojuelos. Se me pegaban los bichos a las carnes, se me metían entre los cabellos. Luego me picaba. Los chiquillos de la aldea me decían que tenía sarna. No era un disparate eso, que te dijeran sarnosa. Entonces había poco jabón. El pozo de la aldea andaba escaso de agua. La que traía, de tarde en tarde, una locomotora al apeadero, tenía mil empleos. De lavarnos, muy poco. Nos caían los cabellos sucios por la frente. A los chicos los pelaba el esquilador que venía en primavera a quitarles la lana a las ovejas y los pelos a las mulas. A mí también me peló una vez.⁵⁶⁸

Un padre que nunca hablaba a sus hijos de Dios porque su imagen de Este distaba mucho de la que tenían otros paisanos suyos. Para él, Dios no era esa especie de enemigo contra el que se habían levantado los obreros, con cara de hambre, en los tiempos de la guerra. Ni tampoco el Dios al que cantaban y rezaban, agradecidos, los vencedores y los ricos. El suyo era el Dios de las pequeñas cosas cotidianas, sobre todo el del cariño y la felicidad en el seno familiar:

Dios para él serían las tierras buenas que daban el pan, y las vides de donde se saca el buen mosto, y las palabras que no maldicen, y la comida que se toma a gusto, aunque sea mala, al lado de la chimenea, mientras el viento o la lluvia rebotan en el tejado de la casilla. Dios sería también, posiblemente, enseñar a leer a sus hijos, allí junto a aquel fuego, mientras la noche extiende su hielo sobre la tierra que al día siguiente aparecerá dura, cubierta de escarcha. Dios podría ser asimismo nuestro porvenir, nuestra vida honrada, nuestro deseo de ser algo más de lo que

568 *Ibíd.*, 141-142.

él había sido. Por eso, cuando nos ha visto crecidos y con una profesión, en sus labios ha nacido una sonrisa. Y esa sonrisa quizá sea (¿por qué no?) como una ignorada gracia de Dios.⁵⁶⁹

Esas enseñanzas y ese ejemplo que ella había recibido de su padre podrían servir para explicar las difíciles relaciones que Rosario ha mantenido con los curas de los diferentes pueblos por los que ha ido pasando. Mientras que estos buscaban su colaboración en tareas encaminadas a la ornamentación de las iglesias y al cuidado y la atención a las niñas, ella aspiraba, y aspira, a contactar con un Dios que poco tiene que ver con el que se solía predicar desde los púlpitos y sí mucho con aquella imagen de Dios que pudiera tener su padre. Ella desearía entrar en contacto con un Dios que no fuera el que se predicaba desde los púlpitos, sino con otro muy distinto:

[...] con el Dios de todos, con el Dios de los que no rezan, con el Dios de los hombres que miran lujuriosamente a las mujeres, con el Dios de los que levantaron sus manos empujados por la injusticia y el hombre, el Dios de los paralíticos mal curados, el Dios de los que tuvieron que dejar sus casas y sus tierras para buscar una nueva vida en las ciudades o en el extranjero, con ese Dios —al que yo quiero, al que yo busco— de los que, puestos ya en un camino sin ilusión, no tienen más remedio que seguir viviendo.⁵⁷⁰

El panorama de insatisfacciones y desengaños de Rosario se completa con el conjunto de sus frustradas experiencias amorosas. A las renunciadas y desencantos vividos con anterioridad, se une ahora la difícil relación con Ramiro, pues la compasión y la lástima que siente por el muchacho inválido se mezclan con su propia necesidad y su deseo de encontrar un amor definitivo y verdadero. De ahí, su temor a un nuevo fracaso, sus permanentes dudas, y su voluntad de huir de él, a pesar de no saber bien por qué lo hace.

569 *Ibíd.*, 145-146.

570 *Ibíd.*, 227.

Aunque, en un principio, y como pudiera parecer lógico en tal situación de incertidumbre y confusión, opta por alejarse de Ramiro, finalmente decide quedarse a su lado; pero no porque esté plenamente convencida de cuáles son sus sentimientos hacia él, sino más bien como consecuencia de los remordimientos y de su propia impotencia para afrontar la situación. Una impotencia muy similar a la que muestra la figura del Cristo yacente que Ramiro había dibujado en una cartulina.

Un personaje con evidentes resonancias autobiográficas

Si anteriormente habíamos hablado de algunos posibles ecos proustianos y faulknerianos en esta novela, conviene añadir que dicha aseveración se justificaría, en gran medida, por la aparición de numerosos recuerdos autobiográficos de Rodrigo Rubio, diseminados a lo largo de las páginas de su novela, y muy especialmente en relación con el personaje del convaleciente Ramiro.

Así hay que entender, por ejemplo, las muertes de Jacinto y Angelica, los hermanos de Ramiro, las cuales se convierten en trasuntos literarios de las muertes de Cristino y Pilar, los hermanos del escritor de Montalvos. Y algo similar cabría decir a propósito de la referencia hecha por Rosario respecto de uno de los escritores que Rubio había leído con especial predilección, André Maurois y su novela *Tierra de promisión*. Veamos el siguiente fragmento de un diálogo entre la maestra y Ramiro:

—Mira, voy a leerte. Es de André Maurois. *Tierra de promisión*. Debe de ser una buena novela. Apenas llevo veinte páginas.

—Lee un poco.

—“Nadie había hablado ante ella del amor romántico, pero el instinto le anunciaba el poder adorable y peligroso de ciertas palabras, como ‘corazón’, ‘beso’, ‘estremecimiento’, ‘caricia’ “.

—¿Todas las páginas son así?

—Hombre...

—Caray y qué ‘suavidad’⁵⁷¹

571 *Ibíd.*, 197-198.

Lo mismo ocurre respecto de la mención de un novelista amigo de la maestra, el cual tiene muchos rasgos en común con el propio Rodrigo Rubio: fuma en pipa; su nombre —Rafael— empieza también por la letra *r* —y no debemos perder de vista el hecho de que, en varias de sus novelas, algunos de los personajes responden a las iniciales R. R., las mismas de su nombre y su primer apellido—; escribe acerca del mundo campesino y sobre la religión y los enfermos; tiene gustos similares en la lectura, y ha escrito un libro cuya temática recuerda mucho a la de *Un mundo a cuestas*:

El escritor había publicado un libro sobre estas tierras. (“Muy bien, pero demasiado sentimental...”) Un mundo que ha desaparecido, por eso lo escribí. Le dolía ver a las gentes tomar su hato y largarse. Hablaba con los viejos. (“Ven a verme...”) Le llenaba la pipa algunas veces. Olía bien su tabaco. Le dije que había leído algunas novelas de Pearl S. Buck, de Lajos Zilahy y de Somerset Maugham. Se sonrió. Tenía libros, pero no me los dejaba.⁵⁷²

A Ramiro no solo le gusta leer libros, sino que, como había hecho Rodrigo, también realizó estudios por correspondencia⁵⁷³, y es un amante de la pintura y de los colores vivos. Además, en el transcurso

572 *Ibíd.*, 301. Durante una conversación con Rosario, y en relación con ese escritor amigo de esta, afirma Ramiro que es una persona que sabe “lo que son las tierras y los hombres de estas tierras” (107-108), aunque escribe de un mundo que ya no existe y, por tanto, su obra carece de valor testimonial. Aun así, Ramiro va a comenzar a leer un libro suyo que le ha dejado la maestra y que tiene como tema la religión y los enfermos. Sin duda, se debe de tratar de una alusión de índole metaliteraria a la novela *La tristeza también muere* o al ensayo *El Papa Bueno y los enfermos*.

573 Respecto de su gusto por la lectura y de sus estudios por correspondencia, nos contaba Rubio, en sus *Notas autobiográficas*, lo siguiente:

“A mí me gustaba estudiar, pero no podía. Me había ‘apuntado’ a unos cursos por correspondencia (Academia CCC de San Sebastián), y me llevaba las lecciones al campo para repararlas al mediodía, mientras las mulas apuraban su pienso. Leía algunos libros. Teníamos una Biblia, y un Quijote —ediciones muy hermosas, antiguas— en casa, y también de aquellas novelas por entregas, coleccionadas en cuadernillos [...] Me gustaba escribir algunos versos, que luego, avergonzado, rompía. No podría soñar, por entonces, que yo llegara a escribir libros un día. Pero todas las experiencias serían valiosísimas para mí, así como todo el sabor de la tierra, de lo nuestro, y la humanidad

de su convalecencia por una enfermedad derivada de un baño en una balsa durante el mes de octubre, recuerda su estancia en el sanatorio, en donde recibía las visitas de muchachos y muchachas que visitaban a los enfermos, abrigando la intención de llevarlos al buen redil, idea esta que, como tendremos ocasión de comprobar más adelante, aparecerá en varias novelas de Rodrigo Rubio, y siempre unida al recuerdo de su propia enfermedad, plasmada en personajes como, por ejemplo, Marcos, uno de los protagonistas de *La sotana*.

Durante el monólogo correspondiente a la primavera, y asociado al conocido tópico de la alteración sanguínea que se atribuye a esta estación del año, Ramiro se refiere a los problemas de retención que sufren los hombres del campo en relación con el sexo, tema que también ha llenado muchas páginas de las novelas que podríamos considerar como más autobiográficas del escritor albaceteño. Dice Ramiro:

Todas las gentes del campo sufren de ese mal. Por eso, los hombres desean casarse, y cuando se casan dan más importancia a la cama que a nada. Cuando ya están hartos, parecen otros. Primero son caballos salvajes, y luego mulos mansos. Las mujeres temen, a la vez que desean. El que crece sin entrar en alcoba con mujer, piensa en ellas. Luego no puedes entender bien las palabras que te dicen para que seas mejor. Nosotros perseguíamos a las muchachas. Teníamos un brillo nuevo en los ojos. Nos íbamos haciendo caballos...⁵⁷⁴

En cambio, en verano piensa en el final de las faenas del campo y en los preparativos de la feria de la capital, siempre gratos y emotivos, salvo el año en que estalló la guerra, ya que a su hermano Jacinto se lo habían llevado a finales del mes de agosto, y la feria de Albacete, como ya hemos mencionado en más de una ocasión, comienza el día 7 de septiembre. Luego, en años posteriores, tampoco las fiestas serían iguales. En algún caso, como en el de su familia, porque habían perdido a seres queridos

de sus gentes. Era algo de lo que estaba empapándome, y que luego surgiría con facilidad en muchas de mis páginas”.

574 *Ibíd.*, 206.

durante la guerra; en otros, por la tristeza derivada de la emigración, y, en algunos otros, porque se habían ido perdiendo varias tradiciones, para dar paso a diversiones más modernas, lo cual le lleva a Rodrigo Rubio a hacerse eco, por boca de Ramiro, de ese viejo tópico según el cual cualquier tiempo pasado fue mejor:

A veces me pregunto cómo puede cambiar tanto la vida en unos años. Pienso en la gente que se ha marchado del pueblo. Los silencios de estas noches de verano me lo hacen pensar. Ya ni las fiestas son como eran. Tampoco la feria de la capital, donde el mercado de mulos y aperos (uno de los mejores del país) se ha ido al traste. Ahora la gente bebe más cerveza, dicen, y muchos tienen motos, y otros hasta coche; pero da la sensación de que han matado la alegría.⁵⁷⁵

Precisamente, alegría es lo que le falta a Ramiro, quien, enfebrecido por la pasión que siente por Rosario y por el rechazo de esta de sus ofrecimientos amorosos, sueña con dirigirse a los cementerios en busca de las tumbas de los que no murieron en el pueblo, y con ir a buscar a los emigrantes para, después, hacer murallas y zanjas en las fronteras con la finalidad de impedir una nueva marcha a todos los que regresen al pueblo. Pero, lamentablemente para él, todo esto solo podrá conseguirlo mediante sus pinceles y sus dibujos, aunque no siempre le resulta fácil, pues, por ejemplo, no sabe cómo podría pintar la música de la gramola vieja ni las figuras de personas queridas que han muerto. Además, cuando al final de la novela decida suicidarse tomándose un tubo de pastillas, no encontrará ni un atisbo de esperanza en la imagen del Cristo crucificado que ha pintado en una cartulina.

Por suerte, dicha tentativa se verá frustrada por la rápida llegada del médico y quizá, aunque él no lo crea, por la intervención silenciosa de ese Cristo que, muy significativamente, aparece arrugado entre las ropas del muchacho y al que se van a referir las últimas palabras de la novela. Un final en el que se puede apreciar una clara alusión a la puerta abierta a la esperanza que se les ofrece a los cuatro personajes protagonistas de

575 *Ibíd.*, 282-283.

la novela, especialmente desde el momento en que Rosario renuncia a su propósito de marcharse para siempre del pueblo y acude a confortar al doliente Ramiro:

Ramiro, al ver la cartulina extendida sobre su pecho, intenta apartar sus manos de las de Rosario para pasarlas, torpemente, sobre los trazos negros, con los que él, poco antes de acercarse a la orilla del silencio, con desesperación y ansiedad, había representado el cuerpo crucificado de Cristo.

—... me... me parecía ab... absurdo esperar...

—Sí... —dice ella.

Y después los dos se quedan en silencio: Ramiro con los ojos entornados y respirando sosegadamente, y Rosario con las manos sobre la cartulina donde parece vivir el cuerpo muerto de Cristo...⁵⁷⁶

4.5. *La sotana* (1968)

Escrita entre marzo y septiembre de 1967, supone una nueva incursión, ahora mucho más profunda y más cruda que la realizada en *La tristeza también muere*, en los temas de la religión, el cristianismo, la fe y la Iglesia católica. Unos temas muy acordes con esa inclinación hacia el existencialismo cristiano con la que se ha vinculado en varias ocasiones a Rodrigo Rubio. Para ello, se sirve del atormentado personaje de don Luis, un sacerdote de treinta y ocho años al que le ha tocado vivir de lleno y en sus propias carnes una dura crisis espiritual como consecuencia de los aires renovadores que se intentaban introducir en el seno de la iglesia católica a raíz del concilio Vaticano II. Un concilio que fue anunciado por el papa Juan XXIII en enero de 1962 y que se celebró entre octubre de 1962 y diciembre de 1965.

Los principales fines del concilio, en su convocatoria inicial, eran: promover el desarrollo de la fe católica; lograr una renovación moral de la vida cristiana de los fieles; adaptar la disciplina eclesial a las necesidades y métodos de su tiempo, y lograr la mejor interrelación con las demás religiones, principalmente las orientales.

576 *Ibíd.*, 375.

Unos objetivos que, tras la muerte de Juan XXIII el 3 de junio de 1963 y la subida a la cátedra de San Pedro del papa Pablo VI, fueron reformulados en los siguientes: una definición más completa de la naturaleza de la Iglesia y del papel del obispo; la renovación de la Iglesia católica; la restauración de la unidad de los cristianos, y el comienzo del diálogo con el mundo contemporáneo.

Con esta temática como telón de fondo, Rodrigo Rubio elabora una novela estructurada en veinte capítulos, la cual, siguiendo la habitual costumbre del escritor albaceteño, aparece encabezada por una cita, que por su interés y por la relación de la misma con la temática y la tesis defendida en la novela, conviene no perder de vista:

Apacentad el rebaño de Dios que os ha sido confiado, gobernando no por fuerza, sino espontáneamente, según Dios; no por sórdido lucro, sino con prontitud de ánimo; no como dominadores sobre la heredad, sino sirviendo de ejemplo al rebaño.⁵⁷⁷

Con una decidida voluntad de objetividad y realismo, y con un gran respeto hacia el estamento sacerdotal, Rodrigo Rubio echa mano, una vez más, de la técnica del monólogo interior, para dejar que sea el propio Luis quien nos dé a conocer, de primera mano, la ansiedad, la incomodidad y la tensión interior que está viviendo en el momento presente, coincidiendo con una calurosa primavera, cuando reconoce que ya no es la misma persona que había sido hasta hacía muy poco tiempo.

Monólogo interior del que, en la práctica, es el único protagonista de la novela, dado que los demás personajes que conviven con él son solo un pretexto o una ocasión para que Luis se pueda enfrentar a su realidad cotidiana, en la que tienen un papel relevante su madre y sus hermanos. Y, en determinados momentos, ese monólogo en primera persona se alterna con el empleo de la segunda persona narrativa, mediante la cual el propio Luis se reprocha a sí mismo algunas de sus debilidades y contradicciones internas.

577 Rubio, *La sotana*, 5. La cita bíblica corresponde a San Pedro, I, 5, 2-3.

La madre es una mujer bastante egoísta y, a menudo, quejosa de la incomodidad que conlleva el trabajo de su hijo y de la escasa gratitud que este recibe de sus feligreses como pago por su esfuerzo y abnegación. Su hermana Consuelo —la otra persona que vive con él—, es alegre e independiente, como corresponde a una joven estudiante universitaria. Su hermano Salvador, hoy bien situado económicamente y casado con una hija de buena familia, ya no pertenece a la parroquia de Luis. Y los otros dos hermanos, Ramón y Carmen, afincados cada uno en su lugar de residencia y en su mundo, solo recurren a él cuando necesitan ayuda o cuando se trata de echarle en cara lo bien que vive.

Algo similar cabe decir respecto de los ricos benefactores de la parroquia, como su amigo Gimeno, siempre dispuestos a ayudar en todo lo que sea necesario, aunque ello lleve aparejado que se les catalogue como *estirasotanas*. O de otros amigos no tan ricos, pero igualmente sumisos y gregarios, como Juan Vázquez, contento con la situación socio-política actual e intransigente con los críticos, con los indiferentes y con los innovadores, como el padre Murguiaba, misionero durante diez años en Sudamérica, o el joven cura don Alejandro, simpático, chistoso y amigo de los jóvenes.

Pero, por encima de todos ellos, el autor sitúa al otro gran personaje de la novela, verdadero antagonista del cura y feligrés crítico, rebelde e insobornable, llamado Marcos, quien —a pesar del gran papel, tal vez algo idealizado en su actitud opositora y en la imagen de bueno que le otorga el novelista—, solo aparece citado dentro de los monólogos del sacerdote y siempre a través de los recuerdos de este —y, en estos casos, las palabras de Marcos aparecen en letra cursiva— o, de forma más directa, a través de varios fragmentos de cartas que Marcos le había ido dirigiendo y que don Luis relee a lo largo de la novela.

Por tanto, y como sucedía en *Equipaje de amor para la tierra*, lo que el autor pretende es mostrarnos la desnudez de un alma que se va haciendo jirones, y para ello nada mejor que el recurso a la técnica del monólogo interior, en este caso algo más lineal en el tiempo, sin tantos saltos ni retrospecciones como en aquella y en otras novelas anteriores; aunque, como es lógico, sí aparecerán los saltos hacia atrás que sean

necesarios cada vez que se superpongan al relato del tiempo presente los planos correspondientes a sus recuerdos.

Y, también, para conseguir esa intensidad emotiva que trata de reflejar en el relato de los hechos, recurre a un estilo entrecortado, en el que predominan las oraciones simples y de corta extensión, la coordinación y la yuxtaposición, con todo lo cual se logra un tono más directo, más vivo y más ágil, en consonancia con la desazón que a don Luis le ha tocado vivir de forma casi permanente. Como es el caso de este fragmento de uno de sus monólogos, en el que este manifiesta la extrañeza que le produce encontrarse por la calle con un grupo de personas que lo saludan y que a él le resultan prácticamente extrañas:

Veo ahora esta enorme masa. Veo las calles, hasta su final. Y a veces doy un paseo, y me es desconocido el suelo que piso. Tengo el coche a la puerta de la casa, pero lo dejo ahí. Voy andando. No sé qué decir a las personas que encuentro a mi paso. Me saludan. Saludo yo. Y nada más. Son seres desconocidos, casi extraños. Alguna cara me es familiar. Puede ser de un hombre al que casé hace poco, un hombre que no venía por la iglesia y que luego, por lo del expediente, tuvo que verme en varias ocasiones. Tal vez reconozca también a su mujer. Me saludan. Seguramente que ya tienen hijos. Los habrán traído a bautizar. Puede haber ocurrido durante mis viajes. Los bautizaría don Alejandro, el vicario.⁵⁷⁸

El crudo despertar de la crisis espiritual

La situación que está viviendo don Luis queda muy bien ejemplificada en uno de los elementos que constituyen su entorno habitual: su despacho. Este es el mismo de siempre: la misma mesa, el mismo armario, los mismos libros, las mismas fotografías y el mismo crucifijo. En cambio, para el sacerdote todo es ahora diferente, porque, en cierto modo, también él se siente distinto. Aunque nada parece haber cambiado en realidad, lo cierto es que se encuentra molesto, incómodo, incluso con la ropa que lleva

578 *Ibíd.*, 13.

puesta, por muy cómoda que esta sea. Antes todo estaba tranquilo, todo estaba bien: con gran alegría y deleite, recibía el café con leche y la copa de coñac que le llevaba su madre y las llamadas telefónicas de sus feligresas. Ahora, por el contrario, el teléfono apenas suena y, cuando lo hace, él no lo descuelga, y el café con leche permanece intacto sobre la mesa, lo que motiva la lógica preocupación de su madre.

Así pues, el teléfono y el café se convierten en dos símbolos de su estado de ánimo. Junto a estos, algunos otros datos igualmente esclarecedores, como son el hecho de no poder dormir bien por las noches, el temor a tocar su propio vientre y el sentir que las lecturas de su breviario son meramente rutinarias y muy superficiales, pues siempre ha pasado por encima de ellas como quien limpia el polvo con los ojos. Y a todo ello se une el símbolo de la sotana, sin la cual él cree que no parecería un cura de verdad. Tan solo con algunos amigos se permitía la libertad de recibirlos en su despacho en ropa de casa e incluso en pijama, algo que no hubiera podido hacer con sus feligreses:

Pero lo que no hubiera resistido es si de pronto hubiesen llegado ante mí un grupo de feligreses, las mujeres de Acción Católica sobre todo. Ante ellas me habría visto como un extraño, como un hombre al que súbitamente dejan despojado de algo que le da decoro, prestancia, incluso dignidad. Hasta es posible que hubiera llegado a notar una sensación como si me encontrara apartado en otra tierra, fuera de la Iglesia ya, vagando de un lado para otro, avergonzado por no poder llevar mis ropas de siempre.⁵⁷⁹

Es entonces cuando él habla de la existencia de dos grupos de sacerdotes, en función de si estos conceden o no importancia al aspecto externo. Luis, como otros muchos compañeros suyos, pertenece al grupo de los que piensan en la trascendencia que tenía para el pueblo español la imagen de un sacerdote, porque la mayoría de la gente no estaba educada para ver a los curas como hombres. Además, resulta que incluso el propio Luis es incapaz de aceptar el hecho de que algún compañero

579 *Ibíd.*, 15.

suyo como, por ejemplo, Arsenio, decidiera huir de la fuerza impuesta por la jerarquía y alejarse de esa especie de pedestal al que se les obligaba a subirse a los sacerdotes. Así, ocurre que Arsenio, personaje del que se habla casi como de pasada en algún que otro monólogo de Luis, aparece como el seminarista rebelde frente a la rutina y las convenciones de las que la jerarquía eclesiástica no está dispuesta a abdicar con facilidad y, menos aún, con rapidez. Por eso ha decidido apartarse de esa autoridad y buscar el contacto con la realidad gracias al amor de una mujer.

Esa rebeldía de Arsenio había hecho dudar, más de una vez, al entonces seminarista Luis, acerca de la firmeza de su vocación sacerdotal. Porque lo cierto es que de todos sus recuerdos no se desprende en ningún momento la certeza de que su decisión fuera fruto de una firme vocación o de su propia voluntad, sino, más bien, de la ilusión de su madre y de su mentora, la señora de Casafort.

A pesar de que, en ciertos momentos, el recuerdo de Arsenio lo atormentaba y le provocaba serias y dolorosas dudas acerca de si aquel estaba en lo cierto y, por tanto, su actuación al abandonar el seminario había sido la correcta, Luis consiguió superar su etapa de formación, simbolizada por las sombras que daban unos viejos muros. Después, se dedicará por entero al cumplimiento de una misión que, para él, sí que consiste en subirse a ese pedestal y allí mantenerse enhiesto todo el tiempo que sea posible o necesario:

Nuestra misión es estar ahí, en lo alto. Somos la representación de Dios en la tierra, y Dios es el Ser Supremo, el Todopoderoso. Los reyes, los jefes de Estado son los hombres todopoderosos de sus pueblos. Los embajadores que mandan a otras naciones, los ministros a los que encomiendan la administración y el gobierno, deben ser, por tanto, también poderosos. Deben llevar la dignidad del rey o jefe, deben sentarse en silla que descienda de trono, deben hablar para que su palabra baje, es decir, siempre desde un lugar un poco más alto. Eso es lo que hemos estado haciendo siempre nosotros. Eso es lo que hacemos casi todos.⁵⁸⁰

580 *Ibíd.*, 16.

Y en lo alto hay que estar con la sotana, esa especie de uniforme que, según él, procede de las túnicas que usaban Cristo y sus apóstoles. Aunque, por otro lado, reconoce que los sacerdotes no deberían vivir para hablar desde lo alto de una plataforma de mármol, sino para vivir entre los hombres, los cuales —ahora lo ha podido comprender—, han ido evolucionando a un ritmo más rápido y por eso mismo, aun admitiendo a Dios, no toleran a semidioses como él.

Lo que ocurre también —y eso explicaría en parte la contradicción y la tensión interior que vive Luis —es que otros feligreses no pueden vivir sin la presencia de su semidiós porque la grandeza de este da grandeza a sus vidas y, por ello, cuando esos semidioses o diosecillos —que diría el joven Marcos— se despojan de la sotana, es como si lo hiciesen, al mismo tiempo, de su más alta dignidad.

La dolorosa voz de la conciencia

En esos momentos en que se plantea este, para él, tan difícil y complejo dilema, Luis trae a su memoria y a la vista de los lectores una carta de su amigo Marcos, quien, como en seguida tendremos ocasión de comprobar, funciona en la novela como una especie de contrincante ideológico y, a la vez, como la voz de la conciencia de Luis, la cual propende, solo de forma tenue y titubeante, hacia la modernidad preconizada por el concilio Vaticano II. Como afirma Marcos:

El hombre de hoy no quiere diosecillos. Los pocos hombres (o muchos, no sé) que se recrean todavía con un diosecillo (perdone esta forma de expresión si le desagrada, pero la encuentro muy adecuada) es que rara vez se han preguntado si realmente les interesa Dios, el Dios auténtico, el Dios de todos los hombres. Usted sabe mejor que yo que Dios no es para unos pocos (pese al Evangelio), que Dios no puede ser una exclusiva de los que todavía se inclinan reverentes ante quienes, sin pensarlo mucho, los bendice con largueza.⁵⁸¹

581 *Ibíd.*, 18-19.

Además, Marcos representa la voz de una parte importante de la iglesia, formada por los casi doce mil feligreses del barrio: la parte que se corresponde con las calles sucias y sin asfaltar, pobladas por hombres que van en bicicleta y usan las desteñidas ropas de obrero. Unos seres desconocidos, casi extraños para don Luis, más aficionado a relacionarse con los feligreses que habitan los bloques de casas ricas, propietarios de buenos automóviles, y que son gentes que responden al esquema convencional de las familias cristianas, como la de su amigo Fernando: un hijo cada año, asistencia a cursillos, comunión diaria, confesión frecuente, obras de caridad y rechazo del traje gris. Así piensan y actúan sus habituales feligreses, en especial las mujeres de Acción Católica y todos los tradicionalistas que gustan de besarle la mano, para quienes la sotana representa e identifica al verdadero sacerdote.

En cambio, don Luis y su sotana se alejan de Marcos y del mundo de los enfermos a los que este representa, los cuales se podrían identificar más con el símbolo del traje gris. Un mundo de enfermos y marginados del que también se alejan los ricos de la parroquia, los cuales forman parte del séquito habitual del cura, incluso cuando, por Pascua, salen en procesión para dar la comunión de impedidos, a pesar de que todos los que forman esa comitiva se sienten algo molestos al tener que moverse entre personas que no les resultan familiares ni agradables. Personas entre las que se encuentra el propio Marcos, quien sí que había estado en contacto con los feligreses de siempre cuando, durante el tiempo en que estuvo enfermo, recibía la comunión en su cama. Personas que, como Marcos, son plenamente conscientes de su rebeldía frente a unos sacerdotes que se limitan a cumplir con un frío y rutinario ritual consistente en recabar información de las familias asistentes a la parroquia en relación con los enfermos conocidos para, acto seguido, acudir a confesarlos y, al día siguiente, llevarles, en procesión, los Santos Sacramentos.

Es ahora, con la perspectiva que permite el paso del tiempo, cuando don Luis empieza a reconocer, en su fuero interno, que está equivocado y que las críticas que Marcos le solía hacer estaban plenamente justificadas. Es ahora cuando, por fin, ha llegado a comprender que lo que esas gentes sencillas y humildes necesitan es un sacerdote amigo que no se limite solamente a hacer que confiesen y comulguen:

El cura era y es algo que no quieren ni ver. Les molesta su presencia. Pueden, sin embargo, aceptar a un cura amigo, porque entonces —creen ellos— es el hombre, el hombre que les da su amistad, el que les habla. La entrada del sacerdote amigo en sus casas no tiene solamente un fin, ese fin de hacer que se confiesen y comulguen. Saben que el amigo puede ir sin ningún interés, a intercambiar palabras, a pasar un rato, dejando a un lado todas las prisas, todos los quehaceres. De esta forma —decía Marcos—, el enfermo más anticlerical puede no sólo confesar y comulgar por Pascua, sino encontrar de verdad y para siempre la fe que no tiene, la fe que con el cumplimiento pascual rutinario, aceptado muchas veces por compromiso, nunca alcanza.⁵⁸²

Por el contrario, lo que los ricos desean es una especie de sacerdote particular, anclado en su pedestal y nada crítico con la forma de proceder de quienes con su dinero contribuyen a hacer la parroquia más rica y, de paso, se sienten seguros y buenos, mientras viven cómodamente y se creen cercanos a una eternidad sin complicaciones. Los ricos, como es el caso de la familia García Cantó, viajan por París, Montecarlo y Roma en sus flamantes Mercedes, visitando buenos hoteles y restaurantes, acompañados por un cura como don Luis, y aprovechando para hacer buenas compras y buenos reportajes fotográficos; pero no para acercarse a conocer las parroquias de los barrios humildes ni las condiciones de vida de los inmigrantes.

A diferencia de esta gente, Marcos había asistido a un congreso internacional de deficientes físicos en Estrasburgo, en cuyo transcurso había tenido ocasión de convivir con laicos y religiosos que le enseñaron a mirar la vida y la religión desde otro punto de vista. Allí se sentó a la mesa con el obispo de Verdún, quien era un veterano y un mutilado de guerra; un verdadero hombre de Dios, como tantos sacerdotes que no parecen sacerdotes, como esos que se habían afincado en los grandes suburbios de París y en las barriadas obreras de Burdeos, Marsella y Lyon, y que, cuando rezan sus oraciones, imponen un silencio que transporta a Tierra Santa.

582 *Ibíd.*, 14.

Queda, pues, planteada de forma precisa y contundente la realidad cotidiana de este cura aburguesado, inmerso en una vida acomodada, rutinaria y aburrida, como la de esas mañanas de domingo en las que se entretiene en pasear y observar a la gente que se divierte en las cafeterías o en las terrazas de los bares, mientras hace tiempo para llegar el último a comer una sopa bastante pasada. O como las tardes interminables de los domingos, dedicadas a dormir o dejar pasar las horas lentamente, arrellanado en el sillón de su despacho. Hasta las confesiones de sus feligreses resultan rutinarias tanto para estos como para don Luis. Como él mismo afirma:

Todo parece una rutina. Pero dentro de la misma rutina surge la palabra del hombre que verdaderamente se siente desgraciado. Le escuchas. Apenas le hablas. No es necesario. Se retira al fin. Se arrodilla delante de su asiento y reza con unción. Viene una mujer. Tiene ganas de contar cosas. Problemas pueriles, que uno hace grandes porque ella desea que sean grandes. La escuchas, la aconsejas, recibes su aliento y finalmente la ves partir, un poco hinchada, satisfecha, ligera, libre de culpas, según cree, hasta que de nuevo, llevada por su neurastenia, le grite al marido, golpee las espaldas de algún hijo. Y a sentirse desgraciada de nuevo, sin ver otras cosas, sin importarle las palabras que para sus adentros y a veces en voz alta dirige, no con amor precisamente, a la vecina que no frecuenta la iglesia...⁵⁸³

Otra muestra más de su conformismo con cuanto rodea su vida y su labor sacerdotal y de su aceptación del *statu quo* en el seno de la Iglesia católica es la forma en que expresa su opinión sobre los últimos papas:

Siempre tenemos el Papa que la Iglesia necesita. Viene por el Espíritu Santo, usted lo sabe, y por eso Pío XII fue un hombre fuerte, a la vez que altamente espiritual, que supo mantenerse firme en su puesto cuando el mundo se deshacía; después, el bonachón de Juan

583 *Ibíd.*, 26.

XXIII abrió los brazos para que todos los hombres nos comprendiésemos mejor. Él puso en marcha el Concilio, proyectado lo que se ha convertido en una realidad. Y finalmente, Pablo VI es el hombre inteligente que lucha para que la Iglesia camine al compás del tiempo.⁵⁸⁴

Incluso le resultan aburridas las visitas de uno de sus más fieles seguidores, el señor Gimeno, el cual suele acudir, junto con su esposa, a pasar con él un rato de esas interminables tardes dominicales. Ambos repasan los proyectos más inmediatos, como son el dispensario y la escuela para niños pobres y adultos analfabetos, a los que Gimeno se entrega con pasión por lo que significan de ayuda a la labor pastoral de quien él considera poco menos que un santo. Mas lo paradójico del caso es que este aspirante a santo se cansa de su conversación y se recuesta en su butaca con el deseo de la pronta marcha de su amigo, al que el ácido y crítico Marcos, durante una conversación con don Luis, califica con mucha dureza como uno más de los “estirasotanas” de los que tanto necesita rodearse don Luis:

Es capaz de escupir también —afirmó luego—, pues rara vez lo he visto saludar a los que no van a misa. Y añadió: Es lo que vulgarmente se llama un estirasotanas, una clase de hombres de la cual usted necesita rodearse, como un torero necesita de ese viejo maestro fracasado, de ese mozo de estoques fiel, de esa sombra que nunca le deja, que le da frescor y halago, que le hace sentirse más fofo ante tantas satisfacciones compartidas...⁵⁸⁵

Algunas pinceladas de novela social

Es en este momento del relato cuando Rodrigo Rubio da paso al capítulo II, dedicado casi en su totalidad a transcribir de forma literal una carta que Marcos había dirigido al cura con motivo de la última Navidad, después de haber acudido a besar la imagen del Niño Dios para,

584 *Ibíd.*, 58-59.

585 *Ibíd.*, 31.

a continuación, desaparecer de la iglesia. Una carta en la que Marcos actúa —al igual que durante el resto de la novela— como una especie de *alter ego* del escritor albaceteño y, desde esa perspectiva, realiza una dura crítica de la realidad española de aquellos años, en una forma que se sitúa en perfecta consonancia con los planteamientos de la novela social.

Según esta oveja descarriada y rebelde, como lo llama don Luis, la España de finales de los años sesenta ya no era la España del hambre, sino la de un capitalismo y un progreso incipientes, en la que —ironías de la vida— existían estupendos planes de desarrollo, pero en la que la inteligencia y el espíritu de los hombres, en lugar de desarrollarse en igual medida, se iban encogiendo y consumiendo hasta casi llegar a pudrirse. Una España en la que la religión imperante ensalzaba comportamientos como el de la joven Amparo, prima de Marcos, la cual, si se pudiera comulgar veinte veces al día, “veinte veces que se acercaba, con la boca abierta, temblorosa, para que usted depositara en su lengua —no muy limpia, porque es tragona— el Cuerpo de Cristo”.⁵⁸⁶

Además, ese fanatismo religioso iba unido a un proceso continuado de machaqueo de las conciencias con la idea de que la carne era el peligro más grande para el alma, aunque para personas como Marcos —que tiene muy acendrado el *vicio* de la lectura y posee un muy personal sentido del humor y la ironía— ese pecado “tenía buen cariz, se hacía apetitoso”.⁵⁸⁷ Y no solo para él, sino también para esos otros muchachos

586 *Ibíd.*, 34.

587 *Ibíd.*, 35. Cuando Marcos alude a lo atractivo y apetitoso que resultaba el pecado de la carne, está recordando las visitas que, cuando se encontraba aquejado de “sus largas fiebres”, le hacía una joven de diecisiete años, a la que solo señala con las iniciales J. L., la cual era catequista e hija de una familia religiosa, pero que también era una chica algo simple y romántica. En el transcurso de esas visitas, ella se fue enamorando y acabó conociendo el tan temido y denostado pecado con un Marcos que, a pesar de ser considerado “un verdadero pedazo de pan”, nada hizo por impedirlo.

Estos recuerdos tienen, sin duda, un alto componente autobiográfico referido a la convalecencia de Rodrigo Rubio durante los años de su enfermedad. Así nos lo ha comentado en varias ocasiones, y, además, es un episodio que aparecerá con bastante reiteración en algunas novelas de su siguiente etapa o ciclo narrativo, tales como *Memoria de pecado* y *Un camino de rosas*.

que se mostraban blandos y sumisos cuando estaban alrededor del cura, incluido el propio hermano de este, pero que asediaban a las chicas y pugnaban por sobarlas en los cines o en los guateques en cuanto se les presentaba la más mínima oportunidad.

En definitiva, una España en donde la hipocresía campaba a sus anchas; una España en la que se daba mucha predicación pero poco trigo; una España en la que el rebaño estabulado en el seno de la iglesia oficial mostraba una escasísima y alarmante falta de caridad para con “ese prójimo que anda con la boca cerrada o pronuncia otra clase de palabras porque le enseñaron a hablar de distinta manera.” Una España en la que todo lo que Marcos ve es pura fachada exterior y pura mentira:

Usted sabe que salí a la calle queriendo ver el mundo blando y bueno que me habían dicho existía. No era cierto. Me habían engañado. Cada uno iba a lo suyo y Cristo no era yo, ni otros como yo, aunque los ambiciosos del cielo —sin perder la ambición de tierra— nos buscaran para apoyarse, para servirse como si fuéramos un trampolín o una estación expendedora de billetes que llevasen el sello de la eternidad.⁵⁸⁸

De ahí que Marcos optase por apartarse de esa “gente promocionada” —expresión muy del gusto de Rodrigo Rubio— en cuyas mentes, incluso cuando estaban recluidos en retiros y cursillos espirituales, únicamente había espacio y tiempo para pensar en pisos lujosos, ricos muebles, modernos coches, tocadiscos, televisores, etc. Él, en cambio, prefería dedicar su tiempo y su espíritu a otro tipo de ejercicio, como era el de moverse entre la gente de la calle, buscando una verdad que la mayor parte de las veces producía incomodidad, desazón y soledad espiritual. O, también, acudir a Lourdes, primero como enfermo, cuando —como le había sucedido al joven Rodrigo Rubio— padeció “sus largas y famosas fiebres” y luego como *brancardier*⁵⁸⁹, buscando la

588 *Ibíd.*, 37.

589 *Ibíd.*, 48. Don Luis recuerda que Marcos hizo dos viajes a Lourdes, uno como enfermo y otro como camillero, ayudando a los enfermos, porque necesitaba ver de cerca los caracteres y las actitudes de las personas que acudían a ese lugar en busca de

amistad que huye del paternalismo, pues este acaba humillando tanto como un latigazo, especialmente a las personas que piensan. Y es que, según Marcos, en el seno de la iglesia y de esa España no interesa que se despierten las conciencias, sino más bien actuar con una falsa humildad, tras la cual siempre se esconde un mal disimulado afán por buscar la gratitud de los pobres y necesitados.

Ahora bien, por encima de todo esto, lo que más tristeza provoca en el ánimo de Marcos es ver a personas nacidas en el campo, que “llevaron roña en sus piernas cuando vestían calzón corto” y que ahora se reclinan en cómodos asientos, con sus piernas tapadas y sus bocas y barrigas bien alimentadas, que se van adormeciendo al compás del tren en el que regresan de lugares como Lourdes, pensando “que fue hermoso limpiar el culo al paralítico, o las heridas al canceroso”, sobre todo porque eso les puede servir para “ascender un poco más sobre la plataforma ante la mirada de los que te abren sus puertas y te ofrecen, generosos, sus regalos”.⁵⁹⁰

Gentes que viven instaladas en una sociedad conservadora, tradicional y bien acomodada, como, por ejemplo, la familia García Cantó, en cuyo hogar suele disfrutar don Luis de buenas cenas, a cambio de asentir en silencio a las quejas y lamentos de don Bernardo sobre la situación de sus negocios o sobre el pago de los impuestos. A cambio, también, de aguantar su afán de protagonismo en lo tocante a la caridad cristiana, así como su marcado escepticismo respecto de algunas de las reformas promovidas por Roma y de las protestas estudiantiles, hacia las que su hijo Bernardito se siente atraído, aunque don Bernardo sabe muy bien cómo actuará su hijo, aunque sabe que este no se moverá, porque también él es consciente de que aquellos jóvenes que estudien y aprovechen el tiempo con los libros serán quienes acaben triunfando en la vida:

un milagro. Y, a continuación, añade que sabe que “sobre estas cosas —y sobre otras— tiene mucho escrito”, aunque no tiene seguridad de que algún día enseñe a alguien todos esos papeles.

En tal sentido, conviene recordar la atención preferente que siempre ha dedicado Rodrigo Rubio a los minusválidos, tanto en sus novelas y ensayos como en sus colaboraciones periodísticas, como es el caso de la revista *Minusval*, editada por el SEREM.

590 *Ibíd.*, 50.

Bernardito ha dicho que lo está pasando mal, y que él también se siente tentado de lanzarse a la protesta. Su padre ha sonreído, y luego me ha dicho a mí: *No lo crea, don Luis; él no se moverá*. Y después ellos han dicho que todo esto tiene una causa muy justificada, que se ve claro, que no es solamente en España, sino en el mundo entero; que toda la juventud se mueve al mismo compás, y que los que manejan los hilos saben cuándo deben tirar de ellos. He dicho, *sí, claro*. Y don Bernardo ha seguido.⁵⁹¹

La historia de una decepcionante vocación

Con ese tipo de personas a las que se refería Marcos es con las que don Luis puede seguir llevando su habitual vida de molicie y pereza, heredada de su madre, expeliendo unos muy significativos eructos cada vez que se encuentra acomodado en su sillón y se pone a recordar pasados momentos de cierta inquietud y actividad, como los episodios vividos durante su infancia con ocasión de la guerra civil —en su mayor parte recogidos en los capítulos V y VI— o durante su etapa de seminarista, cuando recibía con alegría las visitas dominicales de su familia y de su madrina, la señora de Casafort, al tiempo que en su alma anidaban las preocupaciones derivadas de los compañeros inquietos que se iban del seminario, mientras él y otros sentían el miedo a lo que había en el exterior y el miedo a su propia naturaleza y a las tentaciones de la carne:

El mundo no era aquello: los largos pasillos, el olor a verduras, la capilla, nosotros yéndonos hacia esa capilla, en dos largas filas. Ni tampoco nuestros cánticos, ni las pláticas, ni las lecciones de filosofía. El mundo tenía luz, una luz explosiva de campo y pueblos de casas encaladas, y nosotros nos movíamos por entre las sombras que daban unos viejos muros. Luego iríamos donde las paredes eran nuevas, de ladrillo rojo. Nos sentaríamos en el amplio y limpio comedor. Cantaríamos en el gran templo. Rezaríamos como con más alegría. El sol alumbraba fuera, y algunos de los mayores, que también se habían atormentado con el cilicio, se iban entonces en busca de ese sol. Se iban para siempre. [...] Se irían. Se iban. Estaban tristes, se los veía inquietos. Habrían hablado muchas veces con el director espiritual. También con el rector. Llegarían a estar

591 *Ibíd.*, 56.

contentos. Luego, tal vez, tristes de nuevo. Como desplazados, como si no supieran qué hacer.⁵⁹²

Mas, a pesar de todo, aquellos eran unos momentos ilusionantes y felices, como los que precedieron a su ordenación sacerdotal, cuando gozaba con el olor a incienso. Y disfrutaba de su estancia durante horas en la capilla o mirando el Sagrario y pensando en la hermosa misión que le había tocado realizar: ser cura de almas. O como sus primeros tiempos de sacerdocio en la iglesia del pueblo, cuando era un cura joven e ilusionado:

Nuestra casa se llenaba de regalos. Recordaré los días de primavera, cuando las primeras comuniones, el día del Corpus, con la procesión del Santísimo, la flor derramada en las calles. Los hombres, las mujeres, los jóvenes, los niños y las niñas con sus trajes de primera comunión. *Cantemos al Amor de los Amores, cantemos al Señor...*, ese primer tiempo, esos primeros años de sacerdote, fresco, jugoso, ilusionado aún, el mundo previsto ahora rodeándote. Mujeres jóvenes que cantan, que te piden consejos, y empiezan a desfilan ante ti las dirigidas, las que te llamarán Padre, las que desean un camino limpio para encontrarse finalmente con Dios.⁵⁹³

Ahora bien, sus propósitos de ser un hombre de Dios y para Dios se irán torciendo sin apenas tener conciencia de ello, en la medida en que se vaya acomodando a las ricas paellas, al buen vino y a los viajes a

592 En relación con el tema de la vocación sacerdotal de los seminaristas y del ambiente dentro de los seminarios en la España preconciliar, José Belmonte y Marco Succio han realizado un interesante estudio en el que, entre otros aspectos, analizan las concomitancias existentes entre *La sotana* y la novela *Sin camino*, de José Luis Castillo-Puche, escrita entre 1944 y 1946 y publicada en EMECÉ editores de Buenos Aires en 1956. Aunque no sería editada en España hasta diciembre de 1983. Dicho estudio comparativo lleva por título “El hombre supera infinitamente al hombre: el mundo, el demonio y la carne en *La sotana* de Rodrigo Rubio”. Otro trabajo centrado en esta misma temática es el de Cifo González titulado “El tema de la vocación sacerdotal en dos escritores de la generación del medio siglo: José Luis Castillo-Puche y Rodrigo Rubio”.

593 *Ibíd.*, 163-164.

la capital para ver los partidos de fútbol con personas acomodadas. Así, pasará el tiempo y acabará descubriendo que ha levantado un muro a su alrededor y quienes forman parte de su círculo habitual es siempre la misma gente.

Hasta ese muro se acercaban personas, como su antiguo compañero de seminario, Arsenio. Personas que le resultaban molestas y aburridas, porque representaban una tentación hacia el cambio por la que él no se quería dejar vencer. Aun así, a fuerza de mucho insistir, Arsenio había conseguido que Luis leyera a Georges Bernanos, lo que hizo que “empezara a ver cosas que pasaban inadvertidas, para mí, o considerándolas como algo muy natural, como algo que estaba hecho así y así tenía que vivirse”.⁵⁹⁴

Por eso él siempre acababa, y acaba, encerrándose dentro de su caparazón y dentro de la inmovilidad que representa su mundo pequeño y blando. Y eso, tanto en la parroquia del pueblo como, después, en la de la capital, rodeado ya de nuevos feligreses y de nuevos proyectos que, en ocasiones, también le hacen pensar en la necesidad de intentar ser diferente. El inconveniente radica en que el proyecto siempre queda para el día siguiente y, una vez en su casa, descubre que le gusta andar como ha andado siempre y continuar inmerso en su rutina cotidiana. Además, ocurre que también prefiere el contacto superficial y un tanto vacuo con los limpios, honrados y humildes cursillistas que le cuentan los últimos chistes conocidos, antes que plantearse con profundidad y seriedad temas mucho más trascendentales como, por ejemplo, la guerra de Vietnam o el asesinato del presidente Kennedy.

Sucede que, igualmente, le molestan algunas de las cosas que lee sobre la Iglesia Nueva o sobre las misiones. Ello hace que aún desee más la soledad y el aislamiento, evitando el contacto con los problemas que se derivan de la propia rutina en que vive, e incluso huyendo del disgusto que le produce contemplarse ante un espejo.

Huyendo también, como buenamente puede, de la tentación que le despierta alguna hermosa feligresa, como Pepita, una mujer triste, desesperada, que no tuvo suerte en su matrimonio con un camionero

594 *Ibíd.*, 165.

y que con sus espléndidos treinta y cinco años, y sedienta como está de vida y de cariño, provoca en el joven cura un tormento interior que nunca antes había sentido.

Un tipo de tormento que, como es bien sabido, ha dado origen a muchas y conocidas obras de la literatura española y universal, que en estos momentos no viene al caso recordar. Pero lo que sí interesa señalar es que asuntos como este que acabamos de mencionar eran habituales en el seno de la iglesia en cualquier época de crisis, como lo era la España posconciliar, en esos años sesenta en que Rubio escribe *La sotana*. De ahí que, como bien apunta Santos Sanz Villanueva, la figura de don Luis tenga que ser analizada tanto desde la óptica de un caso particular como desde su condición de representante de un determinado grupo social:

Por supuesto que el sacerdote es representativo de una conducta común y la novela no agota su sentido en un caso particular. Rodrigo Rubio se refiere a una actuación, más o menos extendida, del clero español en general que él reprueba y en cuya condena ha escrito el libro. Pero este argumento, que podría haber sido aprovechado para una crítica cerrada de ciertos procederes nada evangélicos se diluye en la forma reflexiva del libro, de manera que en él interesa, tanto más que lo testimonial, el análisis, como decía, del proceso de una crisis de conciencia.⁵⁹⁵

Volviendo al caso de don Luis, resulta que, asimismo, son rutinarias y reiterativas las reuniones con los cursillistas y los sermones que les dirige, echando mano de los tópicos habituales, consistentes en llamarlos caballeros y apóstoles al servicio de Cristo y en las consabidas apelaciones a la unidad y al sacrificio:

Pero ofrezcamos todos la oración más sentida, el sacrificio más importante, por todos los indiferentes, por los escépticos, por los que ahora se agarran a las palabras nuevas, incluso a los textos de

595 Sanz Villanueva, “La encrucijada del realismo en el medio siglo”, 128.

algún decreto conciliar, para hacer bandera, para formar una fuerza. Vosotros sabéis que no hay más fuerza que la de Cristo y su Evangelio, y ésa se tiene cuando comemos el pan reservado a los puros y humildes. Rezar con toda vuestra fe, con todo vuestro fervor. Multiplicaremos los dones que vosotros habéis recibido. Seréis más fuertes, más limpios, y día a día vuestras filas se engrosarán con nuevos caballeros al servicio de Cristo, por el que nos sacrificamos. Amén.⁵⁹⁶

Justo en la mitad de la novela, en el capítulo X, Luis confiesa que siente un calor y un malestar extraños, mientras que a don Alejandro lo ve contento y satisfecho. Se trata de unas sensaciones similares a las que había experimentado durante el tiempo de las primeras dudas y vacilaciones en el seminario y que se traducían en continuos deseos de meterse vestido en la cama y no ver a nadie. Mas, en esta ocasión, en lugar de acostarse, opta por darse una ducha de agua fría para, una vez despejado, tratar de salir del lago donde dice haber caído y poner los pies sobre la tierra áspera y endurecida de los hombres. Por eso, piensa que ha de ponerse el traje gris, como lo hace don Alejandro, ese sacerdote que tanto y tan bien suele acercarse a los jóvenes. Pero, una vez más, vence las tentaciones de cambio refugiándose en pretextos tan nimios como el exceso de trabajo o una comida con su amigo Juan Vázquez, aunque esta vaya a resultar larga, pesada, fatigosa y luego le produzca la habitual somnolencia o, incluso, una pesadilla nocturna.

La voz que apela a la conciencia

A partir de este momento, en la novela va a cobrar un enorme protagonismo la figura de Marcos. Así, el capítulo XIII está dedicado en su práctica totalidad a transcribir una carta suya en la que este cuenta cómo se fue dejando arrastrar hacia un mundo de personas que se habían hecho preguntas sin hallar respuestas y que se habían encaminado hacia la diversión fácil y pecaminosa, frecuentando el Barrio Chino después

596 Rubio, *La sotana*, 127. Las cursivas son del autor, dado que corresponden al texto del discurso pronunciado por el sacerdote.

de haber realizado sus habituales tareas de estraperlo y comercio de productos intervenidos durante la posguerra.

Un Marcos al que don Luis había conocido cuando todavía formaba parte del redil y militaba en un grupo de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica). Un Marcos ansioso por conocer a don Luis; pero que, tras haber comprobado que este no le prestaba la atención que él deseaba, se fue apartando poco a poco de ese redil. Por eso el cura se siente ahora responsable de su forma de actuar, ya que, en una ocasión en que el muchacho trató de acercarse a él, le dijo que volviera otro día, cuando precisamente ese era el momento justo para haberlo atendido:

Ahora me explico por qué llegó a rozar la muerte, con aquellas tifoideas. Sus papeles me lo dicen. Le acompañé hasta la puerta. Nunca te imaginas una rebeldía, tampoco una inteligencia capaz de estar, desde entonces, analizando la vida tuya y la de todos aquellos que giran en torno tuyo. Lo comprendes más tarde, cuando ya has derramado, idiotamente, un paternalismo que no sirve sino para hacer más grande la rebeldía naciente, la rebeldía que vive en el hombre que, algo más adelante, te mirará con indiferencia, como si ya no le sirvieras, como si hubiese comprendido que nada de lo que hay en ti le pudiera aprovechar.⁵⁹⁷

El silencio y la indiferencia que se habían ido estableciendo entre ellos dos habían provocado una enorme distancia, de la que Luis no fue consciente en esa época en la que su vida era tranquila y en la que transitaba por caminos suaves y plácidos. De ello se da cuenta ahora, cuando las noches son incómodas y cuando el agua de la ducha ya no sirve para mitigar el calor y el sofoco de su cuerpo y de su espíritu. Y cuando lee en la carta de Marcos cómo la causa de su alejamiento de Dios no fue otra sino el asco que llegó a sentir: asco de su casa, de su familia, de su vida, de sí mismo y de las beatas que frecuentaban la iglesia. Asco que, según Marcos, también sentiría el mismo Dios al contemplar muchas de las cosas de este mundo, y, por eso, le gustaría pensar que “ese

597 *Ibíd.*, 180.

Dios se asomara a mi mundo y pudiera verme sin asco, porque de otra forma no valdría la pena que se fijara en mí...”⁵⁹⁸

Así es como se llega al capítulo XV, cuando don Luis se siente deseoso de meditar a propósito de esa carta, aunque es de madrugada y con el comienzo del nuevo día le espera una ardua tarea: celebrar su trigésimo octavo aniversario con la familia y con la gran cantidad de personas que irían a obsequiarle, entre otras cosas, con “palabras fofas, palabras de halago, y sonrisas huecas, y besos suaves en la mano suave”.⁵⁹⁹

Todo eso es lo que hace que, tras marcharse la última visita, tenga que ir al cuarto de baño a vomitar, para, de esa manera, sentir su cabeza libre de todas las incomodidades y de la tristeza que le ha producido constatar la vaciedad de su existencia y el aburrimiento y la desazón que todo ello conlleva.

Es entonces cuando, por tercera vez en su vida, Luis se siente víctima de una extraña enfermedad cuyos síntomas describe a la perfección: “este ahogo, esta fiebre absurda, estos deseos de dar gritos, y también, parece mentira, de llorar como una criatura que se encuentra completamente sola”.⁶⁰⁰ Síntomas de un dolor sin causa aparente, que había sentido en dos ocasiones anteriores. Una, cuando estaba en el pueblo y el novio de una chica lo amenazó por considerarlo culpable de que su novia ya no quisiera ir con él a los bailes y prefiriera ir a la parroquia. La otra, cuando murió la señora de Casafort y él no pudo asistir a su funeral porque se encontraba en Roma. Aunque después aplicó muchas misas por su alma, no pudo apartar de sí la sensación —como ahora le sucede con Marcos— de que había tenido bastante olvidada y abandonada a la persona que más lo había apoyado en su formación sacerdotal.

El doctor Artigas, otro de sus amigos, le aconsejará que repose en el chalet que él tiene en Denia. Don Luis, por su cuenta, completa el tratamiento con el repaso a los recuerdos de una vida y un trabajo en los que nunca lo positivo ha superado a lo negativo, porque, como lee en una carta de Marcos, su vida está estancada: “misa el domingo,

598 *Ibíd.*, 187.

599 *Ibíd.*, 190.

600 *Ibíd.*, 202.

confesión, comunión, regalo al cura, día de la banderita, día de la Acción Católica...”⁶⁰¹ Y la solución, en opinión de Marcos, podría consistir en algo tan sencillo como saber leer textos tales como la encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI y descubrir, entonces, la imperiosa necesidad de una evolución de la Iglesia y de la cristiandad hacia la voz del Espíritu Santo, que es “voz de socialista, impregnada de un socialismo puro, limpio, un socialismo que no es sino el mismo que ya, hace veinte siglos, propagara el mismísimo Jesucristo.” Un socialismo que nada tiene que ver con el que predicaban los socialistas y los comunistas de entonces, poco afectos a ese socialismo del Papa, porque “esa clase de socialistas necesitan ver estancamiento, vejez, burguesía rancia, anacronismo, para que entonces sus gritos tengan una mayor justificación y sus palabras todas, escritas y habladas, parezcan más contundentes”⁶⁰².

Con estas premisas —tan cercanas por otra parte a los planteamientos estéticos e ideológicos de la novela social— no puede extrañarnos el hecho de que la crisis de don Luis se vaya agudizando de forma progresiva, hasta el punto de hacer necesaria la intervención de otros médicos y de varios compañeros sacerdotes que rezan por la salud del enfermo. Además, entre las muchas visitas recibidas no se encuentra la que hubiera podido llevarse la fiebre y el temblor de su carne: la de esa especie de conciencia paralela que representa la figura de Marcos. Aunque, como más tarde tuvo ocasión de saber, este sí que había ido a verlo, pero los familiares del cura no le permitieron que lo viese y solamente accedieron a entregarle una tarjeta en la que el joven le expresaba su deseo de que Dios le pusiera bien y que le dejase sano para poder pensar.

Al cabo de cinco semanas, don Luis abandona la clínica en la que ha sido tratado y una de las primeras cosas que hace es mandar a dos muchachos a buscar a Marcos, aunque no obtiene el resultado deseado. Mas, a modo de compensación, la ausencia de Marcos se suple, en parte, con algunas lecturas que, de no haber sido por la influencia de este, tal vez nunca hubiera realizado:

601 *Ibíd.*, 207.

602 *Ibíd.*, 209.

Tomé también un libro sobre el Concilio, del que había leído apenas unas páginas. Tomé el *Diario de un cura rural*, aparté del estante *Los nuevos curas* y *Los curas comunistas*, libros que don Alejandro se había empeñado en comprar y que ninguno de nosotros —sí algunos chicos—, hasta entonces habíamos leído.⁶⁰³

Unas lecturas que sí había hecho Rodrigo Rubio, quien en esta novela se identifica bastante con el personaje de Marcos, el cual tiene el mismo nombre de su hijo mayor, además de evidentes resonancias autobiográficas del escritor, como, por ejemplo, su trabajo en un puesto del mercado y su participación en la actividad del estraperlo, según él mismo indica al comienzo del capítulo XIII, de manera muy similar a como ya había relatado en otras obras suyas anteriormente analizadas.

De otro lado, también nos suenan a la voz del escritor albaceteño algunas opiniones de Marcos sobre políticos y escritores, como las siguientes:

No me parecían tan fieros Fidel Castro y Kruschov, por ejemplo, ni buenos algunos dirigentes políticos norteamericanos. Tampoco eran unos salvajes los franceses que vivían de cualquier forma en el bulevar Saint-Germain des Prés, de París. No eran unos terribles destructores de la Humanidad Franz Kafka ni Jean-Paul Sartre, ni menos Albert Camus. Podía leer con agrado las novelas de Georges Bernanos, de François Mauriac, de Graham Greene, de Maxence van der Meersch, pero también alguna de Henry Miller o Alberto Moravia. Eso quería decir que yo era el de siempre, pero con algo despierto dentro de mí.⁶⁰⁴

Y, por supuesto, también son de Rodrigo Rubio algunas afirmaciones de Marcos acerca del fariseísmo existente en muchos feligreses que se sentaban en los primeros bancos de la iglesia, los cuales “recitarían a Dios todas sus virtudes, todos sus ayunos y abstinencias,

603 *Ibíd.*, 216.

604 *Ibíd.*, 221-222.

olvidando decirle que habían firmado denuncias, incluso penas de muerte⁶⁰⁵, y que, por descontado, no querían leer esos libros que don Luis se lleva ahora consigo ni aquellos pasajes evangélicos que hablan de la necesidad de amar a los enemigos o de bendecir a los que te maldicen. Pasajes, por cierto, que tanto Marcos como Rodrigo Rubio habían leído cientos de veces.

Pues bien, con todas esas lecturas, más las *Confesiones* de San Agustín y los últimos escritos de Marcos, se marcha don Luis a una cura de reposo en una villa que la familia García Cantó tiene en el monte. Allí pasa la mayor parte del tiempo en pantalón y suéter, y, poco a poco, va recuperando las energías perdidas y va pensando en gente que, hasta ese momento, casi le era desconocida: taxistas, camioneros, mecánicos, jóvenes de pantalón acampanado y suéter de cuello alto, de todos los cuales, consciente o inconscientemente, había estado huyendo y a los que ahora, mentalmente, se va acercando en una especie de duermevela propiciada por el reposo y, tal vez, por ese simbólico cambio de indumentaria.

Como indica él mismo, aunque en realidad estaba soñando, todo aquello tenía un claro significado, pues, en su opinión, todos los sueños encierran una realidad, desde el momento en que son fruto de una obsesión, de algo que está latente en el subconsciente. Y así se explicarían los cambios que, en sus sueños, se habrían producido en la parroquia, especialmente en el ámbito de las actividades sociales y culturales, a cargo de personas que no entraban en la iglesia, lo que provocaba el disgusto y el malestar de quienes hasta ese momento se habían sentido sumamente cómodos en el seno de la misma. Por el contrario, a los oídos de don Luis llegaba un rumor de satisfacción desde ese otro mundo antes distante y ahora más próximo a lo que él califica como la nueva casa de Dios.

Lo que ocurre es que, cuando abre los ojos a la realidad, se encuentra inmerso en la vorágine de la celebración de las bodas de plata de los García Cantó, en medio de la cual él vuelve a dar la imagen del cura amigo, triunfador y recolector de halagos y aplausos. Mas esta vez las dudas “bailan” en sus ojos y en su sangre, “como un gusanillo metido de pronto más allá de tu carne, y porque también, en esos momentos,

605 *Ibíd.*, 223.

como en otros muchos desde algún tiempo, deseaba lanzar el grito que se me ahoga, inútil, en la garganta...”⁶⁰⁶

Y, con esas nuevas sensaciones, le llega la hora de preparar la maleta para regresar a casa. Pero, ahora, lo hace con la convicción de que ese muro defensivo que él había levantado a su alrededor ya no tiene utilidad alguna, porque siempre habrá alguna grieta o algún hueco por donde se le escaparán los gritos a causa de la verdad descubierta. Aun así, en una contestación mental a todos los escritos de Marcos, confiesa su impotencia para dar ese grito que, finalmente, no dará nunca, aunque le arda en la garganta. Ahora bien, la comodidad y la cobardía que le impiden dar ese grito no son óbice para que sí pueda afirmar el cambio que en su interior, finalmente, se ha operado:

Pero quiero que sepas que he visto, que he comprendido, que tengo conciencia, soy consciente y veo, ahora, las cosas con una mayor claridad. El que no vaya a esas cosas no debe asombrarte. Lo puedes comprender. A lo mejor necesito esto, este seguir viviendo como hasta ahora, pero viendo lo que no veía; a lo mejor me hace falta este bum bum en los oídos, este golpear de sienes, para que yo consiga una fuerza que hoy no tengo: esa fuerza que me permita, de verdad, acercarme limpiamente al mundo de todos los hombres, ese mundo, Marcos, que corre, que rueda, que nos persigue y que, como muy bien observaste tú, amenaza con aplastarnos igual que a inútiles seres. Pero ahora no puedo, no puedo, y por eso te doy permiso para que, desde tu lejanía, me llames como quieras...”⁶⁰⁷

4.6. Oración en otoño (1970)

En esta novela, escrita en Valencia y Madrid, entre 1964 y 1968, vuelve Rodrigo Rubio a la temática de la emigración interior, centrada en la familia formada por el viejo Cesáreo y por sus hijos, Prudencia y Andrés, que se trasladan desde su pueblo, en las tierras altas de Murcia,

606 *Ibíd.*, 251.

607 *Ibíd.*, 253.

hasta la ciudad de Valencia. Allí se quedan a vivir, de forma provisional, en la casa de un sobrino, Ginés, que diez años atrás se había afincado en el barrio valenciano de Nazaret, junto con su mujer Maruja y la sobrina de esta, Remedios.

La novela está dividida en dos partes, con un número similar de páginas, aunque la primera de ellas tiene once capítulos y la segunda, trece. Esto es así porque en la primera parte el ritmo narrativo es algo más lento y pausado, debido a los reiterados episodios dedicados a los recuerdos y la nostalgia del pequeño mundo que la familia se ha visto obligada a abandonar, así como al lógico proceso de adaptación al nuevo entorno. En cambio, en la segunda, la acción se vuelve bastante más dinámica, una vez que, pasados algunos meses, ya se ha producido dicha adaptación.

El relato de los hechos corre a cargo de Andrés, quien, en primera persona, va contando todos los datos relativos a su propia historia personal, a sus miedos, ansiedades e inquietudes, además de todo lo referido al resto de personajes de la novela, tanto los que forman parte de su propia familia, como los que, de uno u otro modo, se relacionan con esta.

Tal y como hemos podido comprobar en el apartado dedicado a *El incendio*, Santos Sanz Villanueva hablaba de la existencia de dos tipos de héroes propios de la novela social: el héroe colectivo y el héroe abandonado. Pues bien, respecto de este último tipo de héroe, afirma lo siguiente:

El otro protagonista de nuestros días es el héroe abandonado, en busca de un final feliz imposible, que produce un tipo de literatura confesional, aniquiladora de la personalidad; literatura de autocensura con manifestaciones estilísticas tan importantes como el monólogo interior o la segunda persona reflexiva. Este héroe tiene diversos comportamientos que en realidad no son sino variantes en la manifestación de la angustia del hombre actual.⁶⁰⁸

608 Sanz Villanueva, *Tendencias de la novela española actual*, 219.

Y, a continuación, entre las varias obras en las que aparece “un protagonista que no es más que soporte de la acción”, cita *Fauna*, de Vázquez Azpiri y otras novelas como “*Marea escorada*, de Luis Berenguer; *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes; *Oración en otoño* (1970), de Rodrigo Rubio, o *El contador de sombras* (1970), de Antonio Burgos. Con mayor o menor aportación de datos biográficos por parte del protagonista.”⁶⁰⁹

Por otro lado, hemos de señalar que esa narración en primera persona a cargo de Andrés permite que, de forma ocasional, aparezca la segunda persona, en esa especie de desdoblamiento tan característico de algunos personajes de Rodrigo Rubio, y que, además, resulta bastante frecuente en la llamada novela confesional, según hemos podido comprobar en otras novelas suyas como, por ejemplo, *Equipaje de amor para la tierra* o *La tristeza también muere*. Veamos un ejemplo de *Oración en otoño*:

Yo había sido un idiota siempre. Apenas aquel beso a Remedios, ella con sus pechines recién estrenados. Apenas aquello, algo diluido en el tiempo. Algo confesado, para concretar más. Algo asimismo perdonado. Luego, como si el mundo me rechazara, como si las risas de un hombre, en la calle, fueran látigo para mis ojos, que se acostumbraron a mirar todo lo que aparentemente era insignificante. Y así creces. Así te haces hombre, y luego resulta que la sangre vive, la sangre quiere correr, y una mujer vulgar y tonta se ríe y te enseña la teta que una mano moribunda ha dejado al descubierto. Te dice luego esa mujer que eres un retenido, y “eso te pierde”, o eso te mata.⁶¹⁰

Ocurre que *Oración en otoño* ofrece dos grandes aspectos que contribuyen a realzar el tono realista de la novela y la humanidad de sus personajes. Por un lado, el recuerdo de unas vivencias, arraigadas en una tierra, en un mundo propio —algo característico de las obras pertenecientes a la primera de las etapas narrativas de

609 *Ibíd.*, 220.

610 Rubio, *Oración en otoño*, 185-186.

Rodrigo Rubio—, por lo cual el relato se dota de una gran carga emocional, intimista y psicológica, reforzada por la aparición de la narración en forma autobiográfica y del personaje de Andrés, tan característico y representativo de la obra del escritor albaceteño, como bien observó Alejandro Fernández Pombo:

Rodrigo Rubio nos cuenta en su última novela una historia sencilla, sencillamente trágica. Andrés es el protagonista —un tipo muy de Rodrigo Rubio, que ya nos ha dado otras estampas de estos jóvenes rurales, idealistas, soñadores y, por una razón u otra, marginados— de la aventura humana y repetida mil veces de la emigración.⁶¹¹

También Antonio Iglesias Laguna se hace eco de la condición de “hombre del pueblo” de Rodrigo Rubio, quien, explotando el filón de sus reminiscencias infantiles, presenta unos personajes elementales dotados de gran humanidad. “Los ve en sus rasgos esenciales y los presenta sin retoque, apenas desbastados. Los talla más que los perfila, los intuye más que los describe. Eso sí, están esculpidos de una pieza y, por su verismo, se apoderan del ánimo del lector. Tal vez los tipos se repiten en demasía.”⁶¹²

Por otro lado, la novela responde a la línea de compromiso social de su autor, que fue testigo directo del modo de vida propio de los personajes que en ella aparecen, tanto en lo referido al ámbito campesino, como en lo concerniente a las costumbres y la problemática de los barrios valencianos de Nazaret y Monteolivete, lugares por los que él se movió durante los años que duró su estancia en Valencia y de cuyos habitantes solía decir que formaban parte de su gente.

Esta doble faceta que presenta *Oración en otoño* se ve reflejada, también, en la disposición estructural del relato y de los capítulos de la misma, puesto que se suelen alternar, de forma más o menos mecánica, los relatos correspondientes a los dos momentos narrativos de la historia: el de la vida pasada en el pueblo y el de la vida actual en Valencia. Además,

611 Fernández Pombo, “Oración en otoño”.

612 Iglesias Laguna, “Pasiones pasadas por agua”, 577.

ambos relatos están hechos de forma retrospectiva, con los lógicos y habituales saltos en el tiempo.

Precisamente, este doble plano espacial en que se sitúa el relato permite a Iglesias Laguna señalar una serie de defectos y de virtudes en la novela. Entre los defectos, apunta una cierta “despreocupación estilística propia de quienes tienen mucho que decir y lo quieren decir en seguida, de sopetón, a borbotones”, así como el abuso del lenguaje coloquial que, si bien dan inmediatez y espontaneidad al relato, pueden llegar a cansar por su reiteración. En su opinión, el logro más acusado es la sensibilidad del escritor, “patente en primer lugar en las vivencias, en las reminiscencias de Andrés, el protagonista”, y, además, en la “captación espléndida del paisaje de Valencia, del ser y el sentir de los huertanos [...] El sentimiento del paisaje da lugar asimismo a momentos de excepción. Las páginas dedicadas al tren son excelentes”⁶¹³

Cuando uno se refugia en su pequeño mundo

La primera parte de la novela se inicia nada más llegar Cesáreo y sus dos hijos a la casa de Ginés y Maruja, tras un viaje que se había iniciado muy temprano, saliendo en coche desde su pueblo, para tomar un tren en Caravaca, a las diez de la mañana de un día del mes de mayo de 1957. Tras casi doce horas de viaje en tren, llegan a la estación de Valencia, a las nueve de la noche, y desde allí se trasladan a la casa del sobrino, situada a unos cien metros del río Turia. Una casa pequeña, limpia, con un patio muy hermoso y numerosas y variadas plantas:

Se notaba que Maruja era murciana, una murciana de campo, muy aseada, como todas las de su clase. Tenía cortinas de juncos y otra hecha con tapones aplastados de botellines de refrescos y cervezas. Así no entraban las moscas al interior de la casa, muy en penumbra siempre, sobre todo en aquellos días, de limpia y tibia primavera.⁶¹⁴

613 *Ibíd.*, 577-578.

614 Rubio, *Oración en otoño*, 10.

La visión de esa casa, con su corralillo lleno de gallinas, conejos y pollos, hace que, inmediatamente, de los ojos de Prudencia broten unas lágrimas porque, como adivina su hermano, se acordaba del corral de su casa recién abandonada y vendida días antes a don Valentín, el rico del lugar, que se aprovechaba de todos aquellos que se disponían a emigrar. Un don Valentín que, esa misma mañana, había acudido a la casa para llevarse las llaves, con mucha prisa, como si las hubiera robado; y, en realidad, “algo robaba, con la compra aprovechona, igual que aquella otra vez, cuando yo tuve el accidente y padre le vendió el mejor bancalillo, el de la huerta”.⁶¹⁵ Con aquel dinero, los padres pudieron pagar una intervención quirúrgica en Murcia para que le curaran las heridas en el rostro que sufrió cuando, con tan solo trece años, su mula lo tiró al suelo.

Desde entonces, siempre parecía una persona feliz, con una sonrisa permanente, que no era natural, sino forzada, por la mala costura que le hicieron en el hospital. En cambio, como él mismo confiesa, no es un muchacho feliz, porque no disfruta de su realidad presente, sino que se refugia en su pequeño y modesto mundo, en sus recuerdos, en sus papeles escritos y sin escribir y en sus pocos libros. Afán por la lectura y la escritura que nos recuerda al autor de la novela, de quien, como suele ser habitual, Andrés se convierte en una especie de *alter ego*. En concreto, de ese Rodrigo Rubio que, viviendo en Valencia, soñaba con convertirse en un escritor conocido y en ganar algún premio literario de cierto renombre. Por eso, Andrés, recién llegado a Valencia, ayudaba un poco en el taller a Ginés y a su socio Vicente y dedicaba gran parte de su tiempo libre a leer y a escribir:

Luego, en casa, después de hablar con todos un rato, me encerraba a leer. También escribía algo. Pero muy poco. No quería pensar en mis ilusiones, ¿para qué?, mentira todo, tanto escribir al Rumbos aquel, tanto esperar, como si algunos de los premios literarios fuesen a “caerme a mí”, tan lejos de todo, en mi pueblo chico, en la huertecilla, con las manías de padre, que ya andaba a manotazos con las paredes, recordando, al dos por tres, que su Adelina, madre, murió por pobre, y no de pulmonía.⁶¹⁶

615 *Ibíd.*, 13.

616 *Ibíd.*, 38.

En su proceso de aprendizaje como escritor, Andrés tuvo un importante aliado en su maestro, don Julio, siempre pendiente de su prometedor alumno y siempre con un buen consejo en la boca. Porque el maestro era consciente, como bien aclara Andrés, de que en aquella España de la posguerra era casi un sueño pensar en la igualdad de oportunidades a la hora de estudiar, y más aún si se trataba de una familia perteneciente al bando perdedor. Además, cuando don Bernabé, el cura, le ofreció al padre la gestión de una beca en el seminario menor, a Cesáreo le faltó poco para matarlo con la mirada. De ahí que Andrés no haya olvidado las sabias palabras que su maestro le dijo cuando le llegó el momento de irse a trabajar a otro lugar:

Don Julio, cuando se fue a otro pueblo —con escuela en propiedad al fin—, nos habló muy bien a todos, y luego a mí en particular. “Siempre, siempre, Andrés, ten libros a tu lado; lee, estudia. Si pudieras, hazlo como debe hacerse. Si no, porque en tu casa no les será posible, lee. Mientras otros van a la taberna, zagaleando, tú te quedas en casa. Siempre recorrerás más camino...”⁶¹⁷

Pero, a pesar de haber seguido el consejo de su añorado maestro, Andrés no puede dejar de reconocer que el camino recorrido fue corto. Entre otras cosas, porque el suyo nunca hubiera podido ser como el camino de quienes tenían muchas tierras o de quienes habían nacido en otros lugares. A él, como a tantos otros de su pueblo, les estaba reservado el soñar con mundos distintos para, al final, acabar renunciando, claudicando, como le había ocurrido a Germán el Alfarero, un hombre culto y, en alguna medida, condenado a estar encerrado en su taller y a rumiar para sí y para Andrés la impotencia de no poder ir más allá. Menos mal que, a pesar de todo, Germán aún cuenta con el refugio salvador que le ofrecen lecturas como *Años y leguas*, *Las confesiones de un pequeño filósofo* y *Castilla*, que puede compartir con Andrés, al igual

617 *Ibíd.*, 48.

que hace con algunos de los poemas o de las piezas cortas de teatro que escribe durante los ratos en que no está trabajando el barro.⁶¹⁸

Poco a poco, como con cuentagotas, el narrador nos va dando nuevos datos de ese mundo ya perdido. Algunos de esos datos se refieren a su hermana Prudencia, quien, al salir del pueblo, ya no sufriría humillaciones, pues allí la gente no sabría cómo se encontraba, algo que sí sabían Maruja y Remedios. Ese algo, que se irá desvelando paulatinamente, resultará ser un embarazo de tres meses, cuyo artífice era un paisano del pueblo, Claudio, quien tuvo que marcharse del lugar al no poder soportar la historia que se contaba sobre la muerte de su padre, el Piñero. Según esa versión popular —que circula entre la gente como una de esas historias “de romance vendido a peseta, en las esquinas, por un ciego”⁶¹⁹—, el hombre había muerto reventado de dolor, en medio de un monte, después de comerse, junto con otros amigos, un cochinito robado.

Sabremos, también, que su padre era un hombre de ideología republicana que pasó unos veinte meses en la cárcel, primero en el penal de Chinchilla y, más tarde, en el del Puerto de Santa María, después de lo cual salió muy envejecido y se encerró en su casa, para estar con su familia y ver cómo a su mujer se le iba la vida:

La recuerdo ya en su último año de vida, cuando del pecho le salían toses muy secas, muy roncacas. Padre salía poco de casa. No quería conversaciones con amigos, pues muchos aún se obstinaban en hablar de política. Él había pagado demasiado caro —casi dos años preso— el haber pertenecido al Comité, desde un poco antes de la guerra. Tampoco hizo mucho mal por ser de aquella junta. Comer un poco

618 Esta afición de Germán recuerda la afición inicial de Rodrigo Rubio por la poesía y el teatro, según tuvimos ocasión de comentar en el apartado dedicado a su creación literaria. Por eso, no resulta extraño encontrarnos con uno de esos poemas de Germán que “nadie hubiera valorado nunca”:

... Si llueve en los caminos... / Si llueve... / si llueve y se me hacen barro / las diminutas pisadas de los / pájaros... / Si llueve, nube que no veo; / si la pisada del gorrión / dejada en salto, se borra / para mis ojos... / yo amaso y doy vida a pájaros / que vuelen cara a mis sueños... (Ibíd., 49).

619 Ibíd., 91.

mejor, eso sí, y falta que le hacía. Luego, al regresar, algo enfermizo ya, se quedaba en casa. Tampoco salió más a la siega. Algunas veces, en febrero y marzo, a podar por tierras de Yecla y Jumilla. Poca cosa. Compromisos que tenía con agricultores que le conocían de antiguo. Venía a casa después de trabajar en nuestras pocas tierras. Y se quedaba al lado de madre.⁶²⁰

Continuando con esos recuerdos que van apareciendo a medida que avanza el decurso narrativo, Andrés cuenta la visita que hizo la familia al cementerio del pueblo cuando iban a coger el tren a Caravaca. Había que decir adiós a la madre, Adelina, y arrancar las últimas hierbas que habían crecido sobre su tumba. Finalizada la visita, vienen a su memoria imágenes de su madre llevándole a la cama la cena, a escondidas del padre, que lo había castigado sin cenar por alguna de sus infantiles travesuras.

A pesar de las estrecheces y los sufrimientos de entonces, Andrés piensa que, tal vez, aquel tiempo fuera hermoso de verdad. Un tiempo en que su padre, un hombre de carácter seco y duro, todavía tenía ganas y energías para trabajar el esparto y hacer pleita, cordelillo y sogá, sentado en una silla baja al lado de la chimenea. Un tiempo en que, al lado del marido y del hijo, había una mujer enferma, con una toquilla de lana, siempre negra, sobre los hombros, que repartía caricias, consejos y ayudas. Una mujer, sin duda, en la que están plasmados los recuerdos que Rodrigo Rubio guardaba de su propia madre. De ahí, tal vez, la forma tan emotiva en que el narrador se hace eco del modo en que su padre recuerda los momentos previos a la muerte de su esposa:

...Sería un día de septiembre, quizá de octubre; un día parecido a otros en que también habíamos salido todos. Pero ella se sintió mal. Soplaba ya un vientecillo fino por las lomas. Aparecían, como un mal presagio, los grandes pájaros —las urracas, las grajas...— del invierno. Y el cielo, aunque había sido azul, muy claro, se tornó nuboso, y hasta

620 *Ibíd.*, 71.

algunos hierbajos secos corrieron por el páramo, según el recuerdo de padre, que reproduce imágenes y ambientes con verdadera exactitud.⁶²¹

El tiempo en que todo parece cambiar

La decisión de partir hacia Valencia fue tomada, a la par, por Andrés y por Prudencia con la convicción de que allí todo iba a ser mejor. Al menos, eso es lo que trataban de hacer creer al padre, sumido en su habitual mutismo desde la muerte de su mujer. Y lo cierto es que, casi de forma inmediata, Andrés supo que las cosas no iban a salir como él esperaba, pues, nada más llegar, se encontró con Remedios, la chica a la que él quería desde muchos años atrás, y que en casi nada se parecía a la que él se empeñaba en recordar, a aquella chiquilla que fue su compañera de juegos, su amor de siempre.

Remedios era ya toda una mujer, que vestía como una señorita y se maquillaba en exceso. Era una persona que rebosaba alegría y que gustaba de provocar con bromas e indirectas a un Andrés que no podía soportar verla con Manolo. Este era un muchacho con aires de chulo y de perdonavidas que trabajaba de mecánico en un taller de Monteolivete y que acudía a la casa en su moto para cortejar a Remedios de un modo que, desde el punto de vista de Andrés, era excesivamente descarado, pero que, para los demás, parecía ser algo absolutamente normal:

Esperé unos minutos, fastidiándome más que nunca aquellas risas de Remedios; doliéndome más sus silencios, en los que yo adivinaba los labios gordezuelos de una y otro rozándose, aplastándose, todos los de casa, sus tíos en particular, como si nada ocurriera, como si aquel vivir de Remedios tuviera que ser así, sin gritos que interrumpieran sus fiestas, sin una voz que pusiera orden en lo que ya, no me cabía duda, era desorden...⁶²²

621 *Ibíd.*, 74.

622 *Ibíd.*, 64.

A pesar de ese mal agüero que solo Andrés parece intuir, y que él mismo se encargará de ir trasladando a los lectores en forma de oscuras premoniciones, lo cierto es que el clima general de la casa era de relativa calma e incluso de alegría, empezando por Maruja, a quien su natural buen humor se le había acrecentado desde la llegada de la familia de Andrés.

De otro lado, Cesáreo encontró un par de amigos, Dionisio y Antonio, quienes, como él, no hacían otra cosa que tomar el sol, mirar a las muchachas y echar algún llanto de vez en cuando. Y otro amigo con el que estableció una relación mucho más cordial, Pedro el Sargento, un casi paisano, de tierras próximas a Jaén, que tuvo que ir por las sierras vendiendo aceite en los años del estraperlo y que ahora iba desde Nazaret a Monteolivete, con un saco a la espalda, recogiendo papeles, trapos y desperdicios, que luego vendía, para conseguir unas pesetas.

A medida que pasaba el tiempo, el viejo parecía haber resucitado. Entre el vinillo que Maruja le daba en un porrón y las charlas con sus amigos, parecía no tener ninguna pena. Además, poco después, le llegaron dos haces de esparto desde el pueblo, con los que tejía pleita y “confeccionaba como unos paipais, y también unas esterillas que luego vendíamos en la carbonería” y unas figurillas con forma de asnos, gatos y perros “que el señor Pallarés, el de la droguería, se llevaba para exponerlas en su escaparate, y que poco a poco iba vendiendo, casi siempre a los turistas que, el verano en sus comienzos, se dejaban ver por allí”.⁶²³

Prudencia también estaba cada día más contenta. Tenía un buen trabajo como costurera, planchadora y dama de compañía en casa de la familia Borrull, en donde había sido presentada por Maruja como una viuda reciente que, por ello, vestía luto completo, algo que llamó poderosamente la atención de su hermano Andrés:

Maruja, mujer de buen decir, con salidas para todo, dijo que Prudencia, “su prima, la pobre, en su viudez inesperada...”, y entonces ya era viuda, una joven, guapa y triste viuda. Incluso creo que se le escaparon unas lagrimillas a doña Pilar Atienza de Borrull. Es posible.

623 *Ibíd.*, 103.

Cuando yo conocí a “la señora”, me dije que era, en efecto, de lágrimas someras; mujercita ya agachada, el peinado en alto, los cabellos canos, el andar pausado, la vestimenta negra, el decir muy refinadito.⁶²⁴

Prudencia, vestida de negro, puede pasar por una señora viuda como las que oían misa a diario en Santo Tomás o en la Catedral. Sin dejarse llevar por la pasión de hermano, el narrador afirma que era una mujer muy guapa y muy fina, y de gesto amable y dulce, aunque de pocas palabras. Por eso, doña Pilar enseguida le cogió cariño y buscó en ella consuelo para su soledad. El señor Borrull era hombre de leyes y de archivo, de poco estar en casa, y, cuando estaba allí, se dedicaba a leer y estudiar. Y sus dos hijos, ya casados, vivían fuera: la hija en Zaragoza y el hijo en Londres.

De ahí que doña Pilar se volcara en buscar un buen marido a Prudencia. El candidato fue Lorenzo, un viudo maduro, con dos hijos, tímido y muy serio, que despertó la ilusión en la muchacha y que le cayó muy bien a Andrés, quien se encarga de ponerlo de manifiesto en varias ocasiones a lo largo de la novela, y casi siempre ofreciendo algunos datos anticipatorios que son fruto del afecto con que trata a este buen hombre. Lorenzo, natural de Rincón de Ademuz, vive con sus dos hijos y su madre anciana en la localidad de Rocafort y, tras haber realizado diversos trabajos, se dedica a pintar y empapelar paredes. Cuando Andrés relata la primera vez en que este hombre fue a su casa en compañía de su hermana, dice de él, entre otros elogios, lo siguiente:

Yo, por lo menos, comprendía aquella timidez de Lorenzo, su apocamiento. Desde aquel instante le tomé simpatía. Luego seríamos dos buenos amigos. ¡Cuántas cosas me contaría, de cuando se casó, de su vida en el pueblo, cuando era peón en las huertas, cuando se dedicaba a la recolección de la manzana, y al espliego...! Entonces, pobre y todo, el hombre era feliz. Me lo diría muchas veces, poco tiempo después

624 *Ibíd.*, 77-78.

cuando ya uno y otro nos tratábamos como dos buenos camaradas que tienen algo en común.⁶²⁵

En cambio, la situación de Andrés no es tan agradable, porque se debate, por momentos, entre la ilusión y el desengaño. Ilusión, cuando piensa en el trabajo que le han ofrecido en una granja, la de la familia Ciurana, en donde se encuentra con unos buenos compañeros, y cuando ve cómo la vida de su hermana y de su padre se va llenando de una relativa alegría. Y desengaño por lo que respecta a Remedios y, también, por el descubrimiento de una parte del barrio que le produjo enorme pesar.

Era la parte correspondiente a un mundo de chabolas y barracas, pobladas de mujeres sucias que gritaban a sus hijos; de chiquillos casi desnudos que se peleaban por una moneda o un pedazo de pan que habían recogido de limosna; de muchachas que se espulgaban al sol y de padres y madres que mandaban a sus hijos a mendigar a la ciudad. Es esa otra parte de la ciudad, esa realidad oculta para muchos, que Rodrigo Rubio, como novelista preocupado por los temas sociales, no puede dejar de reflejar. Las reflexiones, llenas de sinceridad e ironía, que el descubrimiento de ese mundo provoca en Andrés son, sin duda alguna, las mismas que se debió de hacer más de una vez el escritor albaceteño:

Aquello me daba que pensar. Nunca he podido admitir las desgracias y tristezas de los otros. Supe que por allí andaban de vez en cuando las señoras de la parroquia, y las señoras —más alta categoría— de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Venían catequistas; venían muchachas que parecían sencillas, pero que desentonaban en aquellos ambientes. Tentado estuve de ir a la parroquia, darme a conocer al cura, decirle si podría ayudar en algo. Pero no lo hice. Nunca me gustó demasiado esa clase de apostolado. No lo criticaba, pero era incapaz de hacerlo. Me sentaba en una piedra, junto a Luis el Ciego, y oía las notas poco acordes de su instrumento de fuelle. El acordeón parecía llorar. Le echaban unas monedas, calderilla más que nada, y el hombre tocaba,

625 *Ibíd.*, 118.

una y otra pieza, pasodobles, “Islas Canarias”, “Manolete” y también “El sitio de Zaragoza”. El acordeón parecía que lloraba.⁶²⁶

Gentes como Luis el Ciego o el cojo Tomaset forman parte de ese grupo de marginados sociales con los que suele relacionarse Andrés. Con ellos aprende cosas de una vida a la que él, por sí solo, no habría podido tener acceso. Como, por ejemplo, la historia del tango que Luis solía cantar después de que su mujer fuera a donde él estaba para llevarse las monedas que había en la gorra. Era un tango titulado “Ya todo está en calma”, que hablaba de una mujer que había perdido a sus cinco hijos en la guerra, en Francia, y que, a cambio, había recibido cinco medallas. De esta historia, como ya tuvimos ocasión de comprobar, se había hecho eco Rodrigo Rubio en el libro de relatos *Palabras muertas sobre el polvo*.

Tomaset tenía veintidós años y una mujer de tierras castellanas o de habla castellana —es decir, “churra”—, que le ayudaba a montar juguetes para una fábrica. En otros momentos, mientras mostraba sin pudor alguno sus muñones, charlaba con Andrés y le hablaba, con resignación y escepticismo, de sus viajes a Lourdes:

Trenes y más trenes; enfermos de aquí y de allá, unos algo cojos, otros más, muchos paralíticos, muchos ciegos, y sordos... “Un buen escaparate, vaya”. Me decía que él había ido dos veces. “*Pero res de res, xiquet*”. Nada de nada, ¿por qué? Se miraba los muñones de sus piernas, miraba luego la silla de ruedas. Miraba yo el zaguán de su casucha, donde trabajaba, un botijo sucio sobre una tabla, algunos cacharros sobre una mesa, sillas desvencijadas. “*Res de res, t’ho dic jo, macho*”. Y pensaba entonces que me hubiera gustado ir en uno de aquellos viajes, tantas gentes allí, trenes y más trenes, enfermeras de vistosos uniformes, enormes procesiones con antorchas, todo aquello, de lo que me había hablado y me seguía hablando —aunque ya con una sonrisa medio torcida— Tomaset, el de los juguetes de plástico.⁶²⁷

626 *Ibíd.*, 58.

627 *Ibíd.*, 59-60.

Como se puede observar, algunos de estos pasajes nos resultan conocidos, nos recuerdan similares textos leídos en otras de sus novelas. Al igual que sucede con las reflexiones que Andrés se hace respecto de la figura de Dios, en las mañanas de los domingos, cuando todo parecía distinto al resto de los días de la semana, cuando todo parecía algo mejor.

En esas mañanas de domingo, mientras Ginés hacía algunas cosas en casa, Andrés se marchaba a la iglesia, bien temprano. Confesaba, comulgaba y, entonces, se sentía mejor y más sereno, aunque no alegre. Cualquiera de esos domingos era bueno porque le permitía pensar en lo que Dios representa para él desde hace muchos años:

Para mí, Dios era duda, era inquietud, era zozobra, era sufrimiento, era una repentina alegría, era una honda tristeza, era el luto por madre, era el complejo por la cicatriz en la mejilla... Todo esto desde siempre, desde que tuve uso de razón y comencé a rebelarme, pero no contra nadie ni contra nada, sino contra mí mismo. Porque me acuciaba, porque deseaba tener algo, aunque no fuera del todo. Y “tenía a Dios”, en el helor de aquella iglesia pobre, pero lo tenía asimismo en el establo donde la *Mohína* masticaba lentamente unas pajas y cebada. Y no lo tenía en aquella misma iglesia, y se me iba en la calma de los campos. Iba y venía, aquel Dios viajero, ese Dios tan necesario, tan urgente a veces, para tener inquietudes, para sufrir y gozar, para poder comprender y no sentir el adormecimiento que nos hace rutina y cansancio...⁶²⁸

Luego, después de un buen almuerzo en familia, o por la tarde, tras degustar una sabrosa paella, solía salir a pasear por el barrio en compañía de Ginés. Entonces era cuando aprendía a mirar a las gentes de otro modo, a saber de sus vidas y sus problemas, a ligarse a ese lugar y a sus habitantes. Paseaban por el mercadillo dominguero de la Plaza Redonda, uno de los lugares predilectos de Andrés, visitaban las callejuelas próximas a la Catedral o iban a la Lonja de la Seda y, entonces, parecía como si muchas cosas hubieran cambiado, solamente por ir a

628 *Ibíd.*, 100-101.

pasear a lugares distintos. Incluso tenía la sensación de que Dios había salido del templo y estaba junto él, Tomaset y Luis el Ciego.

No obstante, para que esa dicha momentánea no sea total, surgen algunas premoniciones de lo que sucederá en la segunda parte de la novela. Así, en el transcurso de una conversación entre Maruja, Ginés y Cesáreo, se habla de la remota posibilidad de una riada:

Si padre andaba por allí, saltaba: “Y el río, ¿qué? ¿Vais a quitar el río de ahí, Ginés?”; porque padre olfateaba, diciendo muchas veces que la proximidad del río no le gustaba, que era insano, que aquel río, por lo menos en su tramo final, era un asqueroso charco de ranas. “Ea, ¿y qué podemos hacer? Ahí está, porque ése es su curso, y gracias hemos de dar, tío Cesáreo, de que no se hinche y nos dé algún que otro susto, como ya hiciera en ocasiones...” Y padre los miraba. “Ah, pero ¿también se hincha el repugnante?” Saltaba Maruja: “Bueno, allá de uvas a peras. Y además, que aquí nunca llega. Ya tendría que venir riada entonces...”⁶²⁹

Cuando los malos presagios se hacen realidad

La segunda parte de la novela se abre con la afirmación de Andrés de que, a pesar de que la vida parecía un tanto tranquila, en su interior sentía una especie de dolor. Él se encontraba con el pie vendado por un leve accidente y su padre se aburría porque se había quedado sin esparto y empezaba a perder la noción de la realidad, pensando que estaba en Murcia y no en Valencia. Además, con el comienzo del verano, se le había manifestado una úlcera en el esófago que le hacía sufrir mucho, a pesar de los atentos cuidados de Juan Tatay, un amigo médico de Andrés.

Es, también, la época en la que el calor del verano se asocia a los fuertes deseos carnales que Andrés experimenta hacia Remedios y hacia Maruja. Unos deseos que, muchas veces, surgen en forma de sueños o pesadillas, cada vez más frecuentes, y, otras veces, en forma de escarceos

629 *Ibíd.*, 95-96.

un tanto violentos que despiertan en Andrés las ganas de hacerles daño. Por eso, llega a pensar que, tal vez, un mal bicho se hubiera apoderado de él, en un tiempo de fiestas y verbenas, en las calurosas noches del estío:

Los jóvenes se apretaban, se besaban, se acariciaban en aquellos bailes. Durante el día eran carne morena y caliente expuesta al sol y a la brisa. Las maduras, Maruja, al menos, se rejuvenecían. Maruja bailaba, canturreaba, tenía como unos títeres sonrientes y pillines dentro del cuerpo. Y me fue mostrando el alacrán que dormitaba bajo la piedra. Levanté yo la piedra, sin apenas esfuerzo, por un puntapié a destiempo, y apareció el bicho.⁶³⁰

Así comienzan una serie de provocaciones mutuas en las que Maruja busca satisfacer una pasión, y Andrés le responde con dureza y brusquedad. Porque lo que le ocurre a éste es que sufre una retención emocional y sexual, como le hace saber una prostituta de un local de alterne. Algo que suele ser característico de varios personajes de Rodrigo Rubio, quien parece haber querido verter en ellos algunas de sus obsesiones de juventud. Así, pudimos ver que algo similar les había sucedido a José Miguel, el protagonista de *La tristeza también muere*, y a Marcos, en *La sotana*. Y otro tanto cabría afirmar respecto de los protagonistas de novelas como, por ejemplo, *Memoria de pecado* (1979) y *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués* (2001).

En vista de la situación, Andrés se plantea la necesidad de buscar trabajo lejos de allí para no tener que volver a casa. Pero, luego, se encoge de hombros y deja que todo siga igual, fingiendo que no pasa nada y actuando como lo haría cualquier hombre en su lugar: jugar a las cartas, emborracharse los sábados, abandonar las misas de los domingos y buscar todo lo palpable y deseable, como el cuerpo de Maruja.

Pero uno de esos domingos, al regreso de sus ya habituales correrías nocturnas, se encuentra con su padre muerto y solo puede reaccionar con una especie de sonrisa en su interior. El viejo ya descansaba en paz y,

630 *Ibíd.*, 176.

además, se había ido sin el disgusto de enterarse del embarazo de su hija. Ese era el lado positivo de su muerte y, por ello, Andrés se muestra algo alegre. Por eso y porque ha decidido seguir su plan de acoso a Maruja y a Remedios, a las que maltrata incluso cuando ellas están dispuestas a darle lo que les pide. Una actitud para ellas incomprensible, como se pone de manifiesto en la siguiente escena entre Remedios y Andrés:

Empezó a quitarse la ropa, estaba a mi lado, medio desnuda; se aferró a mí, besándome en los labios.

—¿Quieres esto? ¿Más cosas...? ¿Y te quedas parado? ¿Y agachas la cabeza?

—¡No!

—¿Es que estoy ciega? ¿Es que no te veo? ¡Venga, lo que quieres, lo que desees...!

Y la golpeé, con violencia, dejándole las palabras rotas. Entonces se me quedó mirando. Le brillaban sus ojos. Venía hacia mí, descompuesta. Oímos a Maruja dentro. Pero no salió. Yo era ya como un muerto. No me hacía daño. No me pegaba a mí. Me daba igual todo [...] Hacía luna y se hubiera podido estar bien allí, hablando de cualquier cosa. Pero ya no podía ser. La vi parada, junto a la puerta, y pude mover un brazo y cogerla de la mano.

—No sé qué puede haberte pasado, pero ya no eres tú...

—No quiero serlo.

—Es una pena, Andrés.

—Podíamos pegarnos más. Necesito hacer daño. A ti. También a Maruja.⁶³¹

En esta segunda parte de la novela, el autor se ha propuesto que todo acontezca con un ritmo rápido y con una fuerte intensidad dramática. Así, vemos que ha comenzado un tibio otoño y, entonces, Andrés parece más calmado. Incluso, por las noches, cuando todos están en la cama, aprovecha para hablar mentalmente con su padre —con el que, mientras estaba vivo, apenas solía intercambiar más de dos palabras—, y con su madre, que era ya una sombra, blanca y enferma, desdibujándose en su mente. Pero, por estas fechas, en sus sueños

631 *Ibíd.*, 197-198.

aparecen extraños presentimientos, como el que se refiere a un posible desbordamiento del río.

Un mal sueño que se hizo realidad en un atardecer del mes de octubre, con una fuerte lluvia y con el río lleno de agua turbia. Mientras “el agua caía a turbiones sobre el barro de las calles y los caminos”, Andrés apretaba fuertemente a Remedios, “porque ella tenía sobre su piel un aleteo de muerte al acecho”.⁶³²

Llega la riada, que arrastra consigo parte de la casa de Ginés, en lo que Andrés interpreta como un bofetón del cielo para él, porque se había rebelado contra Dios y se había reído de todo y de todos. Una sensación que aumenta cuando Remedios desaparece bajo las aguas. Aunque Andrés hubiera deseado que todo eso no fuera sino uno más de sus sueños, la realidad es que amanece el domingo catorce de octubre y Remedios estaba sepultada bajo los escombros, el viejo no vivía y Lorenzo se había marchado, con Prudencia, en la barca.

La tremenda realidad de la riada, con el cruel contraste entre la gente que ha sufrido el desastre y la que ha logrado salir con bien, queda perfectamente de manifiesto en este texto que, sin duda, responde a la realidad vivida de cerca por el propio Rodrigo Rubio, quien tuvo ocasión de ver los terribles efectos de la riada del Turia en el año 1957, puesto que residía en Valencia, con su familia, desde el año 1952:

Supé que ya todo era barro, y que podíamos andar, con mucho cuidado, para no resbalar o tropezar con los muertos. Ya no dije nada sobre Remedios. Parecía olvidado. Me sacaron de allí. Había soldados en la calle, con camiones. Quitaban barro y sacaban muebles viejos, destrozados. También sacaban, de vez en cuando, el cuerpo de una persona ahogada. Encontraban coches con muertos dentro. Era como una fiesta, sin embargo, para los que habían bajado de sus pisos altos, para los que no perdieron el grato calor de la cama en la terrible noche.⁶³³

632 *Ibíd.*, 221.

633 *Ibíd.*, 243.

Según afirma Andrés, parece confirmarse aquella premonición que tuvo durante la pesadilla en la que vio que iban a ser los buenos quienes murieran. Al menos, algunos buenos, pues entre los muertos, están el niño que esperaba su hermana, el cual nace sin vida, y su amigo Tónico, quien se ahoga después de haber salvado a mucha gente.

Tras esos acontecimientos, Andrés comienza a buscar el cadáver de Remedios, al tiempo que su relato pasa a utilizar la segunda persona, porque se dirige, mentalmente, a la muchacha y le cuenta todo lo que siente en su corazón. Algo que nos recuerda los monólogos que hemos tenido ocasión de ver en novelas como *Equipaje de amor para la tierra* y *La feria*. Y lo hace tanto cuando ella sigue desaparecida, diciéndole lo que harían juntos en el caso de que ella estuviera viva, como cuando aparece su cadáver, momento en el que le relata las imágenes que, en esos instantes, se muestran ante sus ojos:

Nada más que mis manos te tocaban, Reme. Era una caricia, la suave brisa ayudándome a hacerte de nuevo hermosa. Pero no podía ser, Reme. Eras de barro nada más, como todo el pobre que muere. Eras cieno, como Tomaset, como Tónico. Leía yo allí los pecados en letras mayúsculas. Quería borrarlos y las letras aparecían de nuevo. Por eso apreté los puños. Era lo mismo. Te sacaban otras manos. Manos de hombres que no sentían, traspasados por todo aquello, venido de pronto. Los muchachos, los amigos de Juan, y Juan también, estaban conmigo, eso sí. Se habían arrodillado y rezaban. Yo no podía. Lo dejaba para más adelante, cuando Dios me quisiera. Cuando te hubiese limpiado a ti, cuando viese de nuevo tu sonrisa.⁶³⁴

De momento, la oración que se escapa de los labios de Andrés, tras la riada del Turia, es la del sentimiento de culpabilidad. Él siente que la culpa de todo tal vez haya sido suya y que Dios ha querido darle una buena bofetada, sirviéndose de su firme aliada, la muerte. Tiempo habría, más adelante, cuando él hubiera rumiado toda su amargura y

634 *Ibíd.*, 252-253.

hubiera purgado su pena, para, si Dios así lo quisiera, rezar otra clase de oraciones.

Oración en otoño, novela situada por Rodrigo Rubio dentro de su etapa social, merece un interesante comentario por parte de Santos Sanz Villanueva, quien difiere de esa adscripción realizada por su autor y habla de las dimensiones simbólicas presentes en esta novela y de su estructura completamente confesional, porque “a mi entender, el marco de tristes realidades que rodea al protagonista apenas posee valor propio. Por el contrario, veo una historia donde Rubio escribe libre de presiones externas y se vuelca en detallar la fuerte conflictividad interior del personaje”.⁶³⁵

4.7. *Álbum de posguerra* (1977)

Escrita entre 1966 y 1972, a caballo entre Valencia y Madrid, esta novela significa una especie de revisión, con expresa voluntad de establecer un cierto distanciamiento temporal y emotivo, de la etapa correspondiente al inicio de la guerra civil y de algunos episodios relativos al conflicto bélico y a los años posteriores al mismo, desde la convicción por parte del autor de que, con el paso de los años, hay cosas que ya se pueden ver y analizar con otra perspectiva. De ahí las palabras que pone en boca de Janio, el narrador en primera persona:

Han tenido que pasar los años para, mirándose uno a sí mismo, ver lo que ya es distancia, lejanía, aquello que puede contemplarse sin demasiada alteración, pues el propio desgaste de todo lo que fue grande o chico nos deja con cierto relajamiento, así como con una predisposición para recontar sin alzar el grito, cosa que antes no hubiera sido posible. Hemos llegado a esta parcela, a este círculo, donde creer que vivimos puede ser un consuelo.⁶³⁶

635 Sanz Villanueva, “La encrucijada del realismo en el medio siglo”, 131.

636 Rubio, *Álbum de posguerra*, 7.

Estructuralmente, el propósito de *Álbum de posguerra* es el de recoger, a lo largo de los diecisiete capítulos de que consta la novela, toda una serie de reflexiones personales de Janio, quien, en forma de monólogo interior y con un tono autocrítico, relata los sucesos vividos por su familia y por él mismo durante los años de la guerra y los de la inmediata posguerra. Reflexiones que, con los consiguientes saltos espacio-temporales, ha decidido efectuar cuando él ya está casado y es padre de dos hijos pequeños, Pedro y Chimo, quienes necesitan de su atenta mirada y quienes viven en un mundo “que parece de colores, aunque dentro esté hueco y, al menor descuido, pueda romperse como un globo”.⁶³⁷ Precisamente, para evitar esa posible explosión, trata de mantenerlos alejados de las raíces de un pasado que pudiera enturbiar la felicidad en la que viven y juegan, y, por ello, en muchos momentos se encierra en un voluntario aislamiento, que tan solo es un pretexto para destruir su forma enfermiza de pensar. Y en ese solitario refugio realiza su particular proceso de introspección y de catarsis, con vistas a poder responder algún día, sin demasiado dolor para unos y otros, a las preguntas que los hijos ya empiezan a hacerle:

Mi cuenta atrás es silenciosa, personal, pues está llena de viejos temblores y no quiero que nadie me descubra en tal situación. Me busco el rincón umbroso de la casa. Ellos se van por entre los pinos, bajan luego a la playa, es hermoso ver cómo corren, y cómo ríen, dos chiquillos que son, ahora, lo mismo que éramos mi hermano Mingo y yo cuando ya mi padre estaba condenado a estrellarse contra aquellos muros que deseaban derribar.⁶³⁸

Como se puede comprobar, nada más empezar el primero de los diecisiete capítulos en que se configura la novela, el narrador comienza a ofrecer algunos datos relativos a su familia, que son los que, poco a poco y con los habituales saltos en el tiempo característicos de los monólogos interiores, conforman buena parte de su relato. Es la parte correspondiente a los recuerdos de un pasado nada feliz, en el que,

637 *Ibíd.*

638 *Ibíd.* 8.

junto a él, cobran protagonismo sus padres y sus dos hermanos, motivo por el cual se plantea serias dudas acerca de la conveniencia o no de su remembranza. Porque, al fin y al cabo, sus padres ya no viven y de sus hermanos hace mucho tiempo que no tiene noticias.

Otra parte de esta densa novela está constituida por todos los datos relativos a la realidad presente de Janio, la cual gira en torno a su mujer y sus dos hijos, a su trabajo y al proceso de elaboración de una novela que Janio está escribiendo. Además, y como suele ser habitual en muchas de los escritos de Rodrigo Rubio, el narrador aporta numerosísimas referencias a aspectos relativos a la forma de vida de los diversos momentos en que se va desarrollando la trama de *Álbum de posguerra*. Aspectos referidos tanto a hábitos y costumbres, como a las modas, el deporte, el cine, los toros, la literatura, los trenes, los automóviles, etc.

Pero, volviendo a esas dudas de Janio de las que antes hablábamos, estas comienzan a disiparse cuando su hijo mayor le pregunta por el significado del nombre Janio y él le contesta que ese nombre es resultado de una época pasada en la que todos los nombres, o casi todos, eran válidos:

A mí los abuelos me pusieron Janio, y tardé mucho en saber que el nombre mío era igual al de un hombre de lejanas tierras, al que mi padre, por ideas políticas, admiraba mucho. Al tío Mingo le pusieron Domingo, que era el nombre del abuelo; pero a la tía Liber —que vosotros no habéis conocido, pues vive desde hace muchos años fuera de España—, le pusieron Libertad, como le pudieron poner República. Pero esto es todavía complicado para ti, Pedro. Ve con mamá, y si ella quiere podrá contaros de los otros abuelos, a los que todavía podéis ver.⁶³⁹

Otra circunstancia que influye en su disposición para recordar los años anteriores a la guerra es el hecho de que ha oído decir a mucha

639 *Ibíd.*, 9-10.

gente que aquel había sido un tiempo normal. Una afirmación que Janio ha tenido ocasión de corroborar a través de referencias personales y de algunas lecturas que tenían mucho éxito en los años en los que él está escribiendo sus cuadernos, entre los que cita *La guerra civil española*, de Hugh Thomas; *Franco. Historia y biografía*, de Brian Crozier; *Los cipreses creen en Dios*, de José María Gironella, y *Las últimas banderas*, de Ángel M^a de Lera.

El otro factor desencadenante de esa necesidad de recordar surge a partir de una carta de su cuñado Eugenio en la que le aconseja que, dada su afición a la literatura, se plantee la posibilidad de escribir algo referente a aquel tiempo. Es entonces cuando Rubio echa mano de la conocida técnica de la novela dentro de la novela, gracias a la cual Janio se convierte en un auténtico *alter ego* literario de Rodrigo Rubio, de modo que, como consecuencia de esa técnica narrativa, *Álbum de posguerra* se va construyendo merced a los cuadernos que Janio confiesa estar escribiendo y que, hasta ese momento, no se había planteado convertir en libro. Incluso la autocrítica que, a raíz de un rápido viaje a Utiel, realiza Janio ante su cuñado, suena mucho a la opinión que sobre esta novela tendría el escritor albaceteño, quien, sirviéndose del recurso de la metaliteratura, hace decir a su personaje lo siguiente:

Me gusta leer, como sabes, y he escrito cosas que no salieron de mis carpetas. Esto, por una parte. Por otra, el tema creo que ha sido tocado desde todos los ángulos. En muchos casos, con acierto. Sobre todo cuando se ha intentado una visión desde el lado contrario. Entonces, aunque el relato sea incompleto (no es posible la profundidad total, y eso lo sabemos todos), algo de interés se dice, sobre todo para los que, como tu padre —y el mío si hubiera vivido hasta estos años—, se dieron de morros con la derrota. Yo no sabría por dónde salir, puesto ya, formalmente, a hilvanar un relato sobre aquel tiempo.

—Tienes, en primer lugar, tu vida propia; la tuya y la que en aquellos años te rodearon.

—Es una vida que no vale nada, que no significa nada; máxime, cuando los años presentes la han envuelto, como la de casi todos, en los celofanes que ahora nos gastamos.⁶⁴⁰

640 *Ibíd.*, 26-27.

Así pues, Janio, que trabaja horas y horas en su cuarto preparando documentación de empresas sobre nóminas y seguros sociales, empieza a plantearse la oportunidad de escribir esa novela, a pesar de ver muy difícil su posible publicación. Porque esta ya no es la época en la que se abría paso en España una nueva novela y cuando algunos premios literarios servían para divulgar las obras de escritores noveles o poco conocidos, como había sido el caso del propio Rubio. Una circunstancia que este aprovecha para poner de manifiesto la situación que, en esos últimos años sesenta, vivía la novela española:

Era cuando ya parecía abrirse paso entre nosotros una nueva novela; cuando un autor que ganaba el premio Nadal, por ejemplo, se hacía incluso famoso. Los premios trascendían, y el periodista de Valladolid —Miguel Delibes, para concretar más—, o la maestra asturiana —Dolores Medio, por poner otro ejemplo—, podían ser ya, si mantenían su ritmo en la producción, escritores considerados. Ahora todo está más borroso, más poblado. Destacan obras que interesan, como algunas que se centraron en la temática de la que nosotros, no sé si por obsesión, hablamos. Pero quedaron orilladas otras. O destacan no ya obras, sino autores de aquellos que entraron en el mundo literario cuando el bosque era menos espeso, y por tanto no tan confuso.⁶⁴¹

Mas su cuñado Eugenio, que funciona como la otra parte de la conciencia de Rodrigo Rubio —aquella que representa la cara de la moneda, la que señala los aspectos positivos que puede tener el intento—, le replica que, aunque el tema ha sido tratado desde todos los ángulos, falta verdad, falta testimonio, faltan las vivencias propias. Y añade:

Y me consta que, con ambición o sin ella, tu mundo, aquel que creció a tu alrededor cuando aún eras niño, y el que viviste de adolescente, en todos los primeros años de posguerra, sospecho que tendrá su crónica. Yo quisiera que la tuviese, pues siempre hay una

641 *Ibíd.*, 28-29.

parcela que quizá nadie ha pateado. Tú verás, Janio. Tú verás, mientras nosotros esperamos...⁶⁴²

Y la motivación final para que Janio acabe de convencerse de la necesidad de escribir esa novela la halla al regreso de ese rápido viaje a Utiel, cuando, en el cuartito de trabajo de su casa valenciana, se encuentra con que “la figura enjuta, casi cadavérica, de mi padre, estaba allí, mandándome temblores para que, sin mucho esfuerzo, me adentrara en otros años, a lomos de cualquier inevitable recuerdo...”⁶⁴³

La triste historia de sus padres

Para la elaboración de la que va a ser su novela, Janio dispone de tres tipos de materiales. De un lado, los recuerdos de todo cuanto le habían ido contando su padre, Domingo, y su madre, Sacramento, respecto de sus familias y de sus experiencias en relación con la guerra, unos recuerdos que aparecen acotados entre paréntesis dentro de los monólogos. De otro, los recuerdos y apreciaciones de este en torno a esos mismos hechos, así como sus reflexiones acerca de la guerra y del acto mismo de escribir.

Es así como irán apareciendo, de forma escalonada y progresiva a lo largo de toda la novela, datos sobre su padre, al que define como un hombre distinto de aquellos otros que consideraban que el tiempo anterior a la guerra era una especie de paraíso. Domingo no era de esos hombres conformes y poco ambiciosos, como comenta Janio:

Mi padre no encajaba en ese grupo, de lo contrario no se hubiera significado hasta el extremo de convertirse en un activista, en un hombre que se entregó de lleno a una revolución que se les vino abajo. Ellos —es la deducción que he sacado siempre— eran los encorajinados, los rebeldes, los que deseaban justicia social, y se

642 *Ibíd.*, 29.

643 *Ibíd.*

armaron para luchar nada menos que contra las fortalezas, de siglos establecidas.⁶⁴⁴

De esos rebeldes también formaba parte su madre, quien compartió con su marido la ilusión revolucionaria de los primeros años y quien vivió en sus carnes la dureza de la derrota, cuando su marido fue encarcelado al final de la guerra. A pesar de lo cual guardaba como un tesoro el viejo gramófono de bocina, que, como bien sabemos, se convierte en un permanente símbolo del mundo perdido. Y ella se aferraba al gramófono como si este la pudiese llevar a reencontrarse con antiguas horas felices, precisamente en unos momentos en los que ella ya era alguien condenada a la última caída.

Ahora, al escribir las primeras líneas de su novela, Janio se plantea que, tal vez, aquellos años, en los que era un niño fueran un tiempo de esperanza para un futuro diferente. Eran los años de la República, años de ilusiones, de reformas, de hombres que parecían firmes en sus ideas y con cierta solidez en su preparación intelectual, como Alcalá Zamora y Azaña. Los años en los que su madre decidió desoír a su familia y se fue a vivir con el que iba a ser su marido, trabajador de una fundición y sindicalista, que gustaba de dar mítines por los pueblos, aunque era inculco y más experto en dar gritos a destiempo que en hilvanar palabras.

No habían llegado aún los años en los que Domingo sería encarcelado, ni los tiempos en los que Sacra, como se la solía llamar, tendría que cohabitar con otro hombre para poder sacar a sus tres hijos adelante, ni tampoco aquellos otros correspondientes a la muerte de su madre y a la marcha de casa de sus dos hermanos. Estos últimos llegarían más tarde; pero, fruto de las habituales asociaciones propias del libre fluir de la conciencia, al narrador le han venido a la memoria al mismo tiempo que los anteriores.

De las conversaciones que mantenía con su madre, empieza a sacar a colación aquellas en las que ella recuerda cómo había tenido que salir, maldecida, de su casa, “porque el abuelo, un hombre tan tradicional,

644 *Ibíd.*, 10.

tan amante de su misa diaria, de su rosario, tan dolido porque un pueblo anárquico y loco había echado de nuestro país a su Rey⁶⁴⁵, no podía perdonar lo que su hija había hecho. Un hombre así, al igual que su mujer, no podía ver bien que su hija se fuera a vivir, y luego se casara por lo civil, con alguien que parecía querer destruir el mundo en que ellos vivían.

En cambio, esas palabras de Sacra hacen pensar a Janio en la imagen que este tenía de su padre, y que es bastante positiva, aun cuando algunas cosas referidas a él no forman parte de sus recuerdos, sino, más bien, de su intuición, ya que corresponden a un tiempo en que Janio aún no había nacido. En definitiva, es la imagen de un hombre trabajador, serio, responsable que, como tantos otros obreros de las barriadas valencianas, veía en su trabajo la mejor forma de dignificarse y de prosperar:

Hombres que salían de su casa a las cinco o las seis de la mañana, camino de la fábrica, del taller, de los tinglados del Puerto. Hombres que andan somnolientos, con el taleguillo de la merienda en la cintura, y que llegan a las puertas de la fábrica, del taller o de la grúa cuando la sirena que anuncia la hora del trabajo aún no ha extinguido su grito de urgencia.⁶⁴⁶

Un hombre que, aparte de su trabajo y su actividad sindical, tal vez, leería algunos libros prestados y escucharía alguna vieja radio para tener noticias de la Rusia bolchevique, tan admirada por él y por los que pensaban como él. Un hombre que vio cómo, en tres años, le nacieron tres hijos, cuando todo para ellos era felicidad y todavía no había llegado el tiempo de las armas ni el posterior de la cárcel, el hambre y la vergüenza, cuando Sacra tuvo que dedicarse al estraperlo y cuando en su vida se cruzó Julio Císcar, quien, años más tarde, acabaría siendo su amante.

645 *Ibíd.*, 15.

646 *Ibíd.*, 15-16.

Pero Janio, consciente de que se ha adelantado demasiado en la narración de los hechos, retrocede en el tiempo y recuerda cómo un día, en que él y su madre fueron sorprendidos en la estación del Norte practicando el estraperlo, apareció en escena Julio Císcar, antiguo amigo de Domingo y Sacra, el cual, tras haber colaborado con el Frente Popular, se había pasado al bando ganador y trabajaba en la Fiscalía de Tasas o en cualquier otro organismo oficial dedicado a la vigilancia y las denuncias. A pesar de que este hombre les ayudó impidiendo que les requisasen la mercancía, en aquel momento la actitud de Sacra fue muy dura con él, echándole en cara su condición de traidor y medrador:

—Eres un cochino chupón, por lo que veo. Quizá siempre lo fuiste, y el acercarte a nosotros se debió a alguna conveniencia tuya.

—Naturalmente —dijo, muy tranquilo—. Entonces me convenía ser de... —se detuvo, mirando al taxista, que estaba atento a la conversación—. Me convenía ser de aquello, Sacra, como ahora me conviene ser de esto, ¿o es que pensaste alguna vez que yo era un idealista idiota, como tantos de los que ya ni respiran?⁶⁴⁷

Pero, con el paso del tiempo, esta actitud de Sacra fue cambiando, y no solo por la ayuda material recibida, sino también por el apoyo espiritual. Fue así como Julio le contó que su mujer y su hijo habían muerto durante un bombardeo y que, desde que eso pasó, a él ya todo le daba igual. Se trataba de vivir, procurando hacer el menor daño a los demás. Y fue así como se hicieron amigos y como Sacra pudo continuar con el estraperlo, en compañía de Janio, y las cosas fueron mejorando económicamente.

Poco después, cansada de hacer viajes, decidió dejar esa actividad y cogió, mediante traspaso, un puesto en el mercado, en donde vendía frutas y verduras, aunque, debajo del mostrador, tenía productos como sacos de harina, botellas de aceite, lentejas, arroz o azúcar, con el miedo natural a los agentes que hacían ronda por el mercado controlando la venta de esa clase de productos sometidos a racionamiento. Pero, a pesar de todo, la mujer iba empezando a ser otra vez feliz, porque había

647 *Ibíd.*, 81.

empezado, también, a establecer otro tipo de relaciones con Julio, o, como escribe Janio, había jugado una decisiva y quizás inevitable partida de cartas, convirtiendo a ese hombre en una especie de marido y padre de sus hijos.

Mas, a partir del capítulo trece, las cosas empiezan a cambiar y todo acontece con un ritmo bastante más acelerado. Con la llegada de una nueva década, la de los años cincuenta, quedaba atrás el tiempo agridulce de la niñez y la adolescencia. Y, con ese crecimiento de los hijos, se hace necesario poner fin a la relación de Sacra y Julio. Así que el hijo mayor, Mingo, haciendo de portavoz de los tres hermanos, echa de la casa a Julio, diciéndole que, si antes no se rebelaron ante sus visitas, fue porque lo necesitaban. Ahora, que ya no les resulta útil, ha de desaparecer de forma inmediata, a pesar del dolor de la madre y del sentimiento de Janio:

Se iba, sin estrechar más manos. Entonces eché a andar hacia él.

—¡Julio...! —dije.

Él se detuvo.

—Vamos, Janio. Siempre fuiste un poco sentimental...

Le di un abrazo.

Estábamos apretados, sin hablar. Era como si, de verdad, entonces se marchara mi padre. No sabía explicar qué clase de sentimientos me embargaban. Habían pasado muchos años, y aquel hombre, con pocas palabras, sereno y siempre como herido por dentro, había puesto sus manos sobre los cabellos de mi niñez.⁶⁴⁸

Poco tiempo después, llega el día en que, por sorpresa, aparece Domingo en la puerta de la casa, tras haberse visto beneficiado por un indulto. El que vuelve es un hombre envejecido, encorvado, silencioso, que ni mira ni habla a su mujer y, cuando lo hace, es para mandarla callar y para ofenderla llamándola puta y otras cosas por el estilo. Un hombre al que Janio apenas reconoce como su padre y que pretende vivir a costa de los hijos, según se puede apreciar en el siguiente diálogo:

648 *Ibíd.*, 187.

—Yo creo, padre, que tú...

—¿Qué?

—Pienso que..., que a lo mejor te gustaría hacer algo: ponerte de guardián en una obra, por ejemplo.

—Ju ju...

—¿No?

—Ya trabajé, muchacho; ya me desgasté mucho. ¿Piensas que mi ánimo está por engrandecer este mundo que nos rodea? No, hijo. Yo viviré si vosotros vivís, y me parece que tanto tú como tu hermano haréis por la vida. Cuenta os traerá.

Madre, enfurecida en ocasiones, quería aferrarse a estas salidas de padre para atacarle.

—De una forma u otra querrás vengarte ahora. Pero piensa que todos podemos cansarnos.

Él la miraba.

—¿Has oído un ruido, Janio?

—No, padre.

—¿No has oído como si un sapo emitiera una especie de grito venenoso?⁶⁴⁹

Como se veía venir, esta tragedia familiar culmina con el suicidio de Sacra en un día del mes de febrero. A partir de ese momento, a Janio solo le resta cuidar de su padre lo mejor posible y seguir adelante, manteniendo vivos sus recuerdos.

Los capítulos de los hermanos y familiares

Según Janio, la familia de su madre era natural de un pueblo de la serranía turolense llamado Montanejos, nombre este que, sin duda, representa una variante léxica más del nombre del pueblo natal de Rodrigo Rubio, Montalvos, al igual que sucede con los nombres de Monsalve o Montejara, empleados en otras obras suyas. Un pueblo al que Janio confiesa no haber ido nunca, dado que sus abuelos, Pedro y Ana, habían renegado de la familia de su hija. Porque los abuelos, como ya dijimos, eran personas conservadoras y enemigas de la República. E incluso el hermano de Sacra, Diego, era un hombre que se reunía

649 *Ibíd.*, 226.

clandestinamente con sus amigos, vestidos de azul, para proyectar futuras acciones.

De la familia paterna, por tanto, apenas si se habla en la novela, salvo para hacer referencia a que el abuelo no quería saber nada de ellos y tan sólo la abuela Ana, a escondidas de su marido, les mandaba paquetes con comida, por medio de Eloísa, una amiga del pueblo; sobre todo, desde que tuvo conocimiento de las penurias económicas por las que pasaba su hija, cuando Domingo estaba en la cárcel y ella sola tenía que sacar adelante a los tres pequeños.

Una ayuda que a Sacra le costaba mucho trabajo aceptar, pues su dignidad le impedía rebajarse a coger nada que viniera de sus padres. Pero, según le confiesa Eloísa, la abuela, a pesar de considerar a su hija una desgraciada y de maldecir al hombre que se la llevó de la casa, suspiraba y rezaba por ella y por sus hijos. Por eso, Sacra acepta el ofrecimiento de su madre y le manda una escueta nota de agradecimiento:

Y en la hoja de un bloc, mi madre escribía, de prisa, con su letra alta, puntiaguda, ligeramente inclinada hacia atrás, unas líneas escuetas: “Querida madre: Yo también me acuerdo de usted y de padre, aunque él sea como es... Me gustaría verles, pero ya sé que eso no llegará nunca... Supe de Diego, que se fue a la guerra de Rusia... Espero que tenga más suerte que mi marido tuvo... Abrazos, Sacra.” Doblada la hoja, la metía en un sobrecillo y, sin cerrarlo, se lo entregaba a Eloísa. La mujer se iba.⁶⁵⁰

Como bien apunta Sacra en esa nota, nunca más pudo ver a su madre, ni siquiera cuando esta murió, en unos momentos en que la situación familiar, con Domingo ya en casa, era casi insostenible. Y no fue a ver a su madre, en primer lugar, porque se enteró de la noticia de su gravedad a través de un telegrama firmado por Eloísa. Ni su padre ni su hermano la avisaron de lo que estaba ocurriendo y, por eso, pensó que no sería bueno llegar al pueblo y encontrar a dos hombres que posiblemente

650 *Ibíd.*, 97.

ni la miraran. En segundo lugar, porque consideró que, de todos modos, cuando llegara, ya su madre estaría muerta e incluso, tal vez, enterrada. Así que se guardó el dolor y la frustración en su corazón como si esa fuera una deuda que tuviera que saldar con la vida.

Respecto de sus hermanos, Mingo y Liber, al comienzo de la novela comenta Janio que hace tiempo que no tiene noticias suyas, pues los tres hermanos se habían desgajado “como la piña que al fin suelta sus piñones desde lo alto del pino; nos desintegramos, aunque, a decir verdad, nunca formamos cogollo familiar”⁶⁵¹

Las explicaciones sobre sus respectivos comportamientos irán surgiendo a medida que vaya avanzando la novela. Y el primero de los hermanos en merecer la atención narrativa de Janio es Mingo, a quien menciona en el capítulo cuatro, a propósito del recuerdo del tiempo en que vivieron en Cofrentes, allá por 1947 o 1948, cuando Janio acababa de empezar a trabajar en una tienda que le había buscado su amigo Carmelo, ya que acababan de echarlo de la panadería en la que su hermano Mingo había robado.

Es en este momento cuando Janio hace una reflexión acerca de la decadencia moral en la que se hallaba sumida la España de la posguerra, en la que parecía que todo valía, que todo estaba justificado. De ahí que su madre y su hermano le dijeran que cogiese cosas de la tienda del señor Antonio, algo que a Janio le produce verdadero espanto:

Lo peor, en todo momento, era saber lo que había detrás de mí, en mi propia casa, donde ya Mingo había traído cosas robadas y madre, en vez de regañarle (le había pegado infinidad de veces por cualquier tontería), se mostraba alegre, regocijada, y hasta, no sé por qué, solía decir que “el que roba a un ladrón, tiene cien años de perdón”, y todos se reían, comiéndose si eran comestibles lo que había traído mi hermano, exhibiéndolo sobre la mesa si eran telas u otros objetos.⁶⁵²

651 *Ibíd.*, 8-9.

652 *Ibíd.*, 53-54.

A su hermano lo asocia con la imagen de una navaja y, precisamente, esta circunstancia es la que da título al capítulo siete de la novela, titulado “La navaja de Mingo”. Una navaja que, según dice Janio, se convirtió en protagonista de su vivir, y cuyo recuerdo da paso al retrato que hace de su hermano quien, de ese modo, funciona como una especie de prototipo del tradicional hombre español, del llamado macho ibérico:

Mingo era un ibérico de los pies a la cabeza; un ibérico con toda la mezcla de las razas que a o largo de la Historia nos invadieron. Tenía la picardía y la indolencia de un musulmán, la gallardía de un romano, las tretas mercantiles de un judío o de un fenicio. Había crecido más de prisa que nosotros. Era astuto, poco hablador, aunque a veces gritara. Podía decir que no tuvo niñez, aunque no sé si Liber la tuvo; incluso yo creo que tampoco la tuve. Se nos pasó aquel tiempo —los primeros años de posguerra, como antes los de la guerra—, en la calle. Éramos críos de la calle, “del arroyo”, como se leía en las novelas folletinescas.⁶⁵³

El resultado de esa crianza fue que ni a Mingo ni a Liber se les podía imponer ningún tipo de disciplina. Como dice el narrador, ambos parecían gemelos y se entendían a la perfección. Con ellos no podían ni la madre, ni los maestros, ni las catequistas, aunque al final los tres hermanos tomaron, juntos, la primera comunión, algo que marcó favorablemente a Janio y que a sus hermanos les sirvió de muy poco.

Así, mientras Janio tenía un buen amigo, Carmelo, su hermano se relacionaba con un muchacho mayor que él conocido con el apodo de *Anchos Hombros* y aficionado a ganar mucho dinero sin trabajar demasiado. Mientras Janio disfrutaba leyendo la Biblia de su padre, Mingo lo hacía jugando con la navaja que acababa de comprarse. Jugando a ser hombre, a robar por las huertas, a ir a los bares de mujeres y a huir de aquella policía a la que llamaban la Moral, y sobre cuya forma de proceder escribe Janio lo siguiente:

653 *Ibíd.*, 83.

A la Moral se la temía, porque no sabíamos por dónde podría aparecer. Vigilaban a la gente, sobre todo a los mozalbetes que, en los paseos, playas y tranvías, se metían con las muchachas. También vigilaban la vestimenta. Por las playas, al llegar la temporada de baños, ponían unos carteles en los que se leía que estaba prohibido permanecer fuera del agua sin albornoz. Había unos reglamentos muy rígidos. Las mujeres llevaban bañadores con faldeta; los hombres bañadores con peto. Había lugares acotados para mujeres solas y otros para hombres solos. Los mozangos bullangueros y golfillos se saltaban muchas veces estas reglas, y para eso, entre otras cosas, estaba la Moral.⁶⁵⁴

El grupo de golfillos entre los que se encontraba Mingo tenía amistad con una mujer mayor, Reme, una antigua y famosa prostituta conocida como *la Retirada*, que se dedicaba a intimar con muchachas, algunas de ellas todavía adolescentes, para introducirlas en el mundo de los cafés y cabarets del Puerto de Valencia y para llevarlas a un chalecito que ella tenía cerca de la playa. Entre esas muchachas, según cuenta Janio, estaba su hermana Liber.

De esta cuenta que, desde pequeña, era una niña arisca que solía enfrentarse a su madre, salía a la calle cuando le apetecía y regresaba cuando le venía en gana. También relata que unas familias de Acción Católica se empeñaron en que los tres hermanos debían confirmarse y a ella le pusieron en la iglesia el nombre de Mariana, al igual que a Janio le habían puesto Juan, porque estos sí que eran nombres cristianos. No obstante, ellos siguieron haciendo uso de sus primitivos nombres.

Liber se hizo novia de un muchacho argelino-francés que trabajaba en un barco mercante procedente de Marsella. Y, al poco tiempo, decidió casarse con él por poderes y marcharse a vivir a Argel. Entonces, Janio piensa en los cambios que observa en su hermana, tan revoltosa en otros años y tan sensata ahora. Después, durante la guerra de Argelia, ella y su esposo, Jean, se irían a Marsella, en donde siguen viviendo cuando Janio escribe su novela.

654 *Ibíd.*, 110.

Sensatez que, también, le fue llegando a Mingo, quien decidió marcharse voluntario a la mili, como un hombre sensato, pues lo que él quería era cumplir con ese deber mientras Janio permanecía en casa, para que luego, una vez licenciado Mingo, el hermano pequeño pudiera irse tranquilo a hacer el servicio militar donde le tocara. Al final, como era de prever, cada uno de los hermanos acabó haciendo su vida. Liber, ahora llamada Mary, se afincó en Francia; Mingo se dedicó a sus negocios en otros lugares, y Janio se quedó en la casa para cuidar del padre. Por tanto, el único que parece haberse resignado a su suerte es Janio, según se pone de manifiesto en una de las últimas conversaciones entre los dos muchachos, antes de que Mingo se vaya a Barcelona o a Marsella. Cuando este le reprocha que siga igual que siempre, Janio le contesta:

—¿Qué puedo hacer? Sabes que me hubiera gustado vivir otra vida, haber quedado fuera de todos estos años que hemos pasado; pero si nos tocó la china, ¿qué hacer?

—¡La china, la china...! Pues tenemos que saltar por encima de esa y todas las chinas, Janio. Tenemos que vivir, hacer nuestra vida. No podemos pagar ya más deudas de dramas viejos, ¿entiendes?

—Sí, creo que entiendo —dije.

—¡Entonces!

—O a lo mejor no entiendo.⁶⁵⁵

Las estampas de la vida de Janio

La parte del álbum correspondiente al narrador viene configurada por las que son sus dos realidades. De un lado, la de su vida pasada, enfocada casi exclusivamente en torno a sus padres y sus hermanos, como ya hemos tenido ocasión de comentar, y que es la que va quedando plasmada en los cuadernos que está escribiendo. De otro, su vida actual, centrada en la relación con su mujer y sus dos hijos, de la que va dando algunos datos dispersos a lo largo de la novela y a la que vuelve cuando cierra dichos cuadernos.

655 *Ibíd.*, 242.

Así, por ejemplo, comenta que su mujer, Angelina, habla de comprar una lavadora automática, a lo que contesta que acabarán comprándola porque él nunca dice que no a nada. La paz familiar y la realidad cotidiana imponen ese tipo de condicionamientos derivados de la modernización, por los que hay que pagar el pertinente tributo. Y, según Janio, no merece la pena rebelarse contra esa nueva forma de vida que en casi nada se parece a la que él está plasmando en las páginas de sus cuadernos:

No vale la pena decir que no a esas cosas. Ni quizás a otras. Da lo mismo pagar más o menos al mes; igual, por ésas y otras parecidas razones, trabajar doce, catorce o dieciséis horas... No podemos reservar fuerzas más que para, llegadas las diez de la noche, sentarnos ante el atontador telefilme. Pero es distinto todo, incluso lo más superficial. Se ha marcado la frontera, aunque no sea una frontera con altos y hermosos hitos delimitando miseria con superabundancia. Pero mi cansancio es incapaz de pedir y desear más.⁶⁵⁶

Este Janio que recuerda y escribe, que vive y disfruta de lo que tiene, nos recuerda, en muchos momentos, al propio Rodrigo Rubio, con el que tiene muchas similitudes. Su mujer y sus hijos son los que le hacen sentirse fuerte, ágil y, en algunos momentos, esperanzado. Angelina y él se quieren y, de ese modo, van dando forma a un tipo de vida en común que, si bien en muchos momentos no significan nada para él, sí entiende que, en otros, puede tener un sentido, pues de ahí parten las vidas y los caminos de sus hijos.

Es entonces cuando recuerda que, gracias a ella, consiguió levantarse de aquella metafórica silla a la que parecía estar anclado cuando la conoció: la silla que representa su cansada vida junto al padre enfermizo y quejumbroso al que le había tocado en suerte tener que cuidar tras su regreso de la cárcel. Como, también gracias a ella, encuentra algo de reposo tras las caricias nocturnas. Y digo algo de reposo porque este es más de cuerpo que de mente, pues, cuando ella duerme a su lado,

656 *Ibíd.*, 37.

siguen aflorando en su memoria muchas y diversas imágenes del pasado, como si ante él tuviera una especie de cinematógrafo.

Una de esas imágenes es la de su amigo Carmelo, con quien solía ir a los cines de barrio y a ver partidos de fútbol en el campo de Mestalla y quien le puso en contacto con el señor Antonio, el tendero con el que Janio trabajó durante un tiempo. Con este señor y con su hermana María, la muda, se fue un verano al balneario de Cofrentes, en donde conoció a Angelina, la cual pasaba allí sus vacaciones.

Años hermosos los que vivió con el señor Antonio, un hombre soltero, bondadoso y sensible, al que le gustaban la filatelia, los pájaros, los sainetes en lengua vernácula, la zarzuela y coleccionar libros viejos. Él, como tantos otros turolenses emigrados a Valencia, había aprendido a trabajar en tiendas de ultramarinos y, luego, había puesto negocio propio, algo que, según dice el narrador —hablando por boca de Rodrigo Rubio— reflejó muy bien Blasco Ibáñez en su novela *Arroz y tartana*. En su tienda entró a trabajar Janio siendo aún un crío, a pesar de lo cual muy pronto empezó a viajar a Catarroja, Silla y Albal para comprar arroz y alubias a los agricultores y, más tarde, burlar la vigilancia de los agentes de consumo.

Son recuerdos de un Janio trabajador en una tienda que nos hacen pensar, inmediatamente, en el Rodrigo Rubio que ayudaba a su hermana y su cuñado en el puesto que estos tenían en el mercado central de Valencia. Entre ambos hay muchas cosas en común, como el deseo de comprarse un reloj de pulsera, barato y malo, y el gusto por la lectura de autores como el valenciano Blasco Ibáñez, de quien el señor Antonio tenía muchísimos libros escondidos en un arca, todos ellos de la editorial Prometeo, los cuales ofrece dejar a Janio siempre que este quiera leerlos:

—Algún día los leerás, si lo deseas.

—¿Y por qué no los tiene en estantes, a la vista?

—Porque me da miedo, hijo. Algunas de estas obras han sido prohibidas, y no quiero que nadie las vea, si no es de mi confianza.

Me enseñó el tomo de *La araña negra*, y el de *La catedral*, diciéndome que eran los que buscaban las autoridades para destruirlos. Me mostró otros, emocionándose al abrirlos y mirarlos de nuevo, pues

eran de los que más le habían gustado, de todo cuanto leyó en su vida. Vi que se titulaban *La barraca*, *Cañas y barro*, *La condenada*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*...⁶⁵⁷

Aquellos años en que trabajó con el señor Antón y, más concretamente, aquel verano del 47 o del 48 —detalle que no puede precisar—, cuando conoció a Angelina, fueron de los mejores de su vida, a pesar de la dureza del trabajo y de todo lo que se encontraba al llegar a su casa. Y, por eso mismo, les ha dedicado espacio suficiente como para sentir el deleite de su remembranza. Mas, como él bien señala, si siguiera por ese camino, no sería fiel a sí mismo ni a la verdad de los hechos, pues no se vería todo lo que fue la realidad de su tiempo. Y contarla toda implica ir ordenando los recuerdos y aguantar las punzadas en el corazón.

Como las que tuvo que soportar cuando buscó su primer empleo, en un horno cuyo dueño lo sometió a un interrogatorio acerca de toda su familia, a cambio de un trabajo que empezaba a las tres de la madrugada, concluía a mediodía y estaba pagado con cuatro pesetas diarias y una barra de pan. Aunque, pronto, y gracias a su buen hacer, el gordo Pompeyo le mejoró el sueldo con un real y una barra algo más grande. Hasta que, un día, su hermano Mingo robó en la caja de la panadería y él fue despedido.

También recuerda, con cierto agrado, el tiempo en que ya no iba a la escuela y en que a él y a sus hermanos los habían invitado a asistir a los campamentos y las colonias organizados por Acción Católica. En concreto, a Janio, que era el más receptivo de los tres hermanos, se le acercaban un joven vicario de la parroquia, el padre Daniel Forcada, y dos chicos algo mayores que él, José Luis y Alberto. Con ellos estuvo quince días en un campamento juvenil situado en la Sierra Calderona.

Mucho menos grata es la imagen, coetánea de la anterior, del viejo Simón, “un hombre extraño, excéntrico, que lo mismo se ponía a rezar a gritos, arrodillado en tierra y mirando hacia el cielo, que luego

657 *Ibíd.*, 51-52.

saltaba bailando una danza no conocida por nosotros”.⁶⁵⁸ La intriga de Janio, respecto de su origen y de las posibles secuelas que en él hubiera dejado la guerra, cedió paso al dolor cuando se enteró de que lo habían encontrado muerto, entre unos fardos, en los tinglados del puerto. Su muerte hizo que en Janio se despertaran sentimientos humanitarios, vinculados a la lectura de la Biblia, y que se decidiera a aceptar la invitación para ir a ese campamento de la Sierra Calderona:

En homenaje suyo tomé “el libro grande de mi padre” y leí unos versículos del Eclesiástico: “No te alejes del que llora, llora con quien llora...” “Agradece el beneficio ante todos, y al muerto no le niegues tus piedades...” “No ultrajes a quien se aparta del pecado; ten en cuenta que todos somos reos del castigo...” Luego esperé a que de nuevo me visitaran aquellos muchachos —uno era José Luis Amorós, el otro Alberto Martí; a los dos apreciaría sobremanera tiempo adelante—, para no negarme.⁶⁵⁹

Asociadas a la estancia en el campamento aparecen, como acabamos de ver, las figuras de José Luis y Alberto. De este último comenta que, algunos años después, volvería a acercarse a Janio para ofrecerle el trabajo que ahora tiene en una de las más importantes agencias de viaje de Valencia y, algo después, para invitarle a unos Cursillos de Cristiandad, como una forma más de hacer iglesia. Luego, al cabo de los años, ya casi en el presente en el que escribe Janio, volverá a tener relación con él, cuando Alberto es un hombre rico y disfruta de una buena vida con su mujer, sus cuatro hijos y un buen chalet, al que algunas veces acuden Janio y su familia.

Con José Luis tuvo una relación más íntima, a pesar de su pronto fallecimiento. Él fue quien le transmitió el interés por el arte en las muchas visitas que ambos solían hacer a la parte monumental de Valencia, la Lonja de la Seda, el viejo barrio del Carmen, la catedral, el Museo Provincial de Bellas Artes, etc. Un interés que aún hoy conserva

658 *Ibíd.*, 129.

659 *Ibíd.*

y que, en aquellos momentos, le ayudaba a olvidarse de los problemas de su casa. Luego, enfermó de tuberculosis y ya no pudo volver a verlo porque murió, tras dos años de sucesivas estancias en un sanatorio, en Portaceli. Desde entonces, este muchacho forma parte de sus escasos recuerdos hermosos:

Su hermana Julieta tuvo la generosidad de regalarme un cuaderno suyo de dibujos. Lo guardo como algo de gran valor. Algún día arrancaré sus láminas, y muchas de ellas —figuras, la puerta bizantina de la catedral, el claustro del Colegio del Patriarca—, serán enmarcadas y puestas en el mejor sitio de mi casa. Ahora están en el fondo de un baúl, un baúl que apenas abro, pues todo él es un montón de vida, de recuerdos, los menos alegres, pero quizá los más hondos y hermosos, que yo tengo ahí como atenazados, como pegados a lo más íntimo de mi propia vida...⁶⁶⁰

Otra deuda de gratitud que Janio tiene con José Luis es la de haberle acrecentado el gusto por la literatura. De esa época proviene la afición del narrador a comprar libros de la colección Austral y de Biblioteca Nueva en librerías de lance. Al igual que había hecho Rodrigo Rubio, Janio buscaba obras de autores clásicos, y sobre todo las de Gabriel Miró, Baroja, Valle-Inclán y Azorín. Poco después le llegaría la afición a la literatura realista italiana de autores como Curcio Malaparte, Alberto Moravia, Vasco Pratolini, Elio Vittorini, etc., y al cine neorrealista, con Vittorio de Sica, Dino Risi y Roberto Rossellini como pioneros.

Lecturas que se fueron incrementando durante el tiempo en que Janio estuvo haciendo el servicio militar en Ibiza. Un tiempo corto, porque tenía algunos problemas de corazón y pasaba frecuentes periodos de tiempo en la enfermería. Aunque lo licenciaron muy pronto,

660 *Ibíd.*, 138. La figura del baúl o del arca es una imagen recurrente en varias obras del escritor albaceteño. Aparecía, por ejemplo, en su primera novela, *Un mundo a cuestas*, y volverá a hacerlo en uno de sus libros de relatos más apreciados por la crítica, *Papeles amarillos en el arca*, al que nos referiremos en seguida, así como en algunas obras de su última etapa narrativa. Además, esa enfermedad de José Luis y su gusto por el dibujo nos hacen pensar, de nuevo, en resonancias de tipo autobiográfico.

tuvo tiempo más que suficiente para leer hasta agotarse. Lecturas que, nuevamente, nos hacen pensar en la relación Janio-Rodrigo Rubio:

Entre los libros que había puesto en mi equipaje estaban *Los miserables*, de Víctor Hugo; *Crimen y castigo*, de Dostoievski; *La voluntad y Castilla*, de Azorín; *Las inquietudes de Shanti Andía* y *Silvestre Paradox*, de Baroja, y varias piezas dramáticas de Valle-Inclán. Luego, por carta, le pediría a Mingo me mandase tres libros de Gabriel Miró, que aún tenía sin leer: *Años y leguas*, *Las cerezas del cementerio* y un volumen de cuentos.⁶⁶¹

Lo mismo que ocurre con otras obras que menciona un poco más adelante y que habían obtenido el premio Nadal, el premio Planeta o el ciudad de Barcelona, como *La frontera de Dios*, del padre Martín Descalzo; *Tres pisadas de hombre*, de Antonio Prieto; *La tarde*, de Mario Lacruz, y *Cuerda de presos*, de Tomás Salvador. Lecturas todas ellas con las que se va formando el aspirante a escritor, que empezaba ya a componer algunos cuentos y a pensar en presentarse a algún premio, por “aquellas fechas de un mes de octubre en las que nuestro barrio se había inundado, por el desbordamiento del río”.⁶⁶²

Precisamente, el tiempo en que, por tercera vez, se encuentra con Angelina, la mujer que viene a darle ilusión en los momentos más difíciles de su vida: su madre muerta, su padre en un estado lamentable y su hermano pensando en marcharse. Ella será, en esos momentos y para siempre, el refugio que tanto necesitaba y la persona que se quedó como pegada al mirar un tanto apagado de sus ojos.

Y es así como Rodrigo Rubio pone el punto final a este denso y variado *Álbum de posguerra*. Con esa instantánea de la felicidad que se ofrece a los ojos de Janio, el autor ha querido dejar un buen sabor de boca tanto al protagonista de la novela como a los lectores de la misma. De ese

661 *Ibíd.*, 211-212.

662 *Ibíd.*, 243. Recordemos que se refiere a la riada de octubre de 1957, que se había convertido en uno de los motivos de su anterior novela, *Oración en otoño*.

modo, este simbólico álbum, lleno de tantas y tan diversas evocaciones de una difícil y dura posguerra, se cierra con la imagen de la ilusión y la esperanza que se abre para quienes, una vez olvidados los malos recuerdos, empiezan a vislumbrar la nueva luz que se hace patente al final de tan largo túnel.

V. LA LITERATURA TESTIMONIAL Y SOCIAL: EL ENSAYO

5.1. *El Papa Bueno y los enfermos* (1963)

Es un libro que Rodrigo Rubio dedica a su primo José, en su primer año de sacerdocio, y escrito a raíz de la muerte del Papa Juan XXIII en junio de 1963. Un Papa muy querido por los enfermos, cuya vida y muerte aparecen glosadas a lo largo de los cinco capítulos en que está dividido el ensayo.

El Papa de los enfermos

El primer capítulo se abre con la alarmante noticia que recorre el mundo a propósito de la grave enfermedad del Papa durante el mes de mayo. Este Papa, al que, cuando fue elegido en cónclave y dada su avanzada edad, muchos consideraban como un pontífice de transición, ocupó la Sede Pontificia durante cinco años, en los cuales no dejó nunca de sonreír, incluso cuando estaba muerto, hecho este que destaca Rodrigo Rubio desde el comienzo del ensayo:

Su salud, el no padecer del hígado ni de los nervios —como él solía decir— le empujaban a tener buen humor, a sentirse siempre optimista. No era sólo eso, el disfrutar de estupenda salud de cuerpo; el buen humor, la alegría de Ángel José Roncalli nacía, más bien, de su salud de alma. Porque el cuerpo sano, fuerte, nos empuja a un optimismo mayor, cierto; pero el alma sana, limpia, sencilla y buena, nos empuja hacia una alegría que nunca puede desaparecer, una alegría que ni la misma muerte —como en el caso del Papa— puede borrar.⁶⁶³

663 Rubio, *El Papa Bueno y los enfermos*, 15.

Enfermos de todas partes sufrían con el Papa, quien ya era considerado un hermano más, un miembro más de la Fraternidad Católica de Enfermos de todo el mundo. Pero un enfermo especial, que representaba al Otro Enfermo que murió en la Cruz y que, como Este había hecho, tampoco se rebelaba contra la muerte, sino que aceptaba con resignación el dolor como auténtico “cincel para labrar nuestra senda sobre el oro de la eternidad”.⁶⁶⁴

Desde el comienzo, confiesa el autor que su intención es resaltar los momentos de la vida del Papa Juan durante sus últimos días de dolor, los cuales analiza con gran interés y con todo detalle, gracias a las noticias recogidas por la revista *Ecclesia*. Y una de las frases del Papa que más impactó al escritor y enfermo albaceteño fue aquella de que sufría con dolor, pero con amor. Una frase que el Pontífice repetía asiduamente y que a Rodrigo Rubio le merece la siguiente reflexión:

Nadie quiere la enfermedad. Cristo curaba a los enfermos, hacía ver a los ciegos, hablar a los mudos, andar a los cojos. Cristo no decía: “Ten resignación y ora, que ganarás el cielo.” Nosotros, los enfermos, nos cansamos a veces de oír esas palabras en boca de los que no sufren. Agradecemos más el que intenten curarnos, o el que nos hagan compañía. Pero cuando el dolor se ha apoderado de nuestro cuerpo, descubrimos en ocasiones lo que es y significa el dolor que nos golpea; descubrimos el gran misterio del dolor. “¿Por qué sufro yo esta enfermedad? ¿Por qué tengo que sentirme débil? ¿Por qué este dolor me hace pensar, meditar? ¿Por qué por medio del pensamiento y la meditación voy descubriendo que este dolor que rompe e inutiliza mis carnes no es verdaderamente una desgracia? ¿Por qué empiezo a ser distinto? ¿Por qué tengo alegría? ¿Qué nuevo camino pisan mis pies inútiles? ¿Qué luz nueva ven mis ojos repletos de sombras? ¿Por qué todo esto...?”⁶⁶⁵

Ocurre que, según aclara Rodrigo Rubio, “sufrir con amor es sufrir sin protestas, es aceptar, es incluso sonreír, es ponerse en manos

664 *Ibíd.*, 25.

665 *Ibíd.*, 29.

de la voluntad de Cristo, que nos empuja hacia el camino trazado de antemano”.⁶⁶⁶ Y, en este sentido, el comportamiento del Papa resultaba sumamente ejemplarizante para todos los enfermos, como también lo era su modélica aceptación de la muerte, sobre la que el escritor albaceteño hace esta sentida reflexión:

La muerte es tránsito, es resurrección, pero la muerte es también algo que tiene forma física. La muerte detiene la sangre y deja inertes las carnes que poco antes se movían. La muerte es fea, triste, es criminal, solemos decir muchas veces los hombres. La muerte nos roba a los abuelos ancianos, a las madres enfermas, a los hermanos que se fueron a la guerra, a los hijos que enfermaron prematuramente; la muerte es dolor, seguimos diciendo. Rara vez vemos en la muerte una hermana, un alguien aliado que nos abrirá la puerta de donde es imposible pueda seguir viviendo el dolor.⁶⁶⁷

Como si se tratase de un fantasma idiota, la muerte se iba acercando al Papa, quien no dejó de sonreír ni siquiera en ese fatídico instante del 3 de junio de 1963, cuando su alma, que había vencido al dolor, sonreía victoriosa ante la muerte.

La vida de Ángel José Roncalli

Con la noticia de la muerte del Papa Juan XXIII, se cierra la primera parte del libro y se da paso a la segunda, que intenta ser una biografía esencial de Ángel José Roncalli, el hombre nacido en el seno de una familia muy pobre de la localidad de Sotto il Monte, en Bérgamo; pero una familia marcada por la riqueza de su enorme religiosidad. Y, como era lógico, el joven Angelillo, *el Curilla*, pasaba muchas horas en la iglesia como monaguillo, y de allí iría a estudiar al seminario de Bérgamo, en donde comenzaría esa larga trayectoria que le llevaría hasta la Sede Vaticana, siguiendo el camino “trazado de antemano por el Dios

666 *Ibíd.*, 31.

667 *Ibíd.*, 34.

que nunca le dejaría, un camino por donde él, tan modesto, tan sencillo, tan insignificante, andaría derramando el bien, la bondad de su corazón ancho y generoso”.⁶⁶⁸

De forma sintética, Rodrigo Rubio se refiere a su ordenación sacerdotal, en 1904, y al papel que le tocó jugar durante la guerra de 1914, primero como sargento sanitario y después como teniente capellán. Cuatro largos años entre combatientes, quienes le bautizaron como el Ángel de los soldados. Cuatro años que, sin duda, dejaron en su espíritu una huella profunda e indeleble, pues desde su papado, y fiel a su lema *Oboedientia et pax*, exhortó a los hombres de todo el mundo para que trabajaran por el triunfo de la paz y la derrota del odio. De ahí los apelativos de Papa de la Paz y de Papa Bueno, con los que se le solía conocer.

Tras pasar por diversos cargos eclesiásticos, en especial el de Visitador Apostólico de la Santa Sede en Sofía, Constantinopla y Atenas, Monseñor Roncalli fue nombrado representante pontificio en Francia, en diciembre de 1944. Allí tuvo ocasión de conocer de cerca los campos de concentración y de hacer oír su voz a favor de los encarcelados y los enfermos. Una voz que también se escuchó varias veces a lo largo de sus visitas como peregrino a Lourdes y durante su viaje a España en 1950. En Francia permaneció hasta febrero de 1953, fecha en la que se incorporó a su nuevo destino, ya como cardenal, en la Sede Patriarcal de Venecia.

Un papado ejemplar

La tercera parte del libro se centra en su actividad papal, desde su elección el día 28 de octubre de 1958. Y lo primero que destaca el escritor es el escepticismo que produjo a mucha gente el nombramiento de un Papa con setenta y siete años, al que numerosos periodistas calificaron como un Papa de transición, el cual poco podría hacer en medio de la llamada guerra fría.

668 *Ibíd.*, 54.

Mas, para sorpresa de todos, el viejo Papa emprendió una renovación de las viejas costumbres medievales vaticanas, al tiempo que desarrollaba una asombrosa actividad, especialmente con el nombramiento de nuevos cardenales, la creación de un Secretariado para la Unión de los Cristianos, el apoyo decidido a Acción Católica, la publicación de las encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in terris* —de las que Rodrigo Rubio destaca su profunda preocupación por los trabajadores y por el ámbito de lo social—, y la convocatoria del Concilio Vaticano II.

Aires de renovación que se hacían patentes en múltiples aspectos. Por ejemplo, una de las primeras decisiones de Juan XXIII fue hacerse acompañar mientras comía. “Me gusta hablar, y mientras comemos es el momento más indicado para sostener una conversación. A Dios le gusta eso, ¿por qué no?”⁶⁶⁹ Además, el Papa disfrutaba dando paseos por los jardines del Vaticano y hablando con aquellos con quienes se encontraba.

Pero, sin duda, una de las cosas que más conmovió al mundo fue su interés por los enfermos. En la Navidad de 1958 salió del Vaticano para recorrer los hospitales de Roma, algo que no se hacía desde el 22 de agosto de 1854, cuando Pío IX había visitado a los enfermos de cólera en el Hospital del Espíritu Santo, en Roma. Y precisamente este fue el primer hospital visitado por el Papa Juan XXIII y, después, el del Niño Jesús, sobre cuya visita afirma Rodrigo Rubio que el Papa Juan, “el anciano venerable, querido, se acercaba a los niños postrados, a los muchachos que no corrían, que no podían saltar, que no podrían estar junto a sus familiares en aquellas fiestas íntimas. El Papa Juan también sería feliz, no nos quepa duda, en su paseo por las salas del Hospital del Niño Jesús.”⁶⁷⁰

Y, siguiendo el modelo de Pío IX, que había sido el último en visitar la cárcel de *Regina Coeli* de Roma, el 10 de septiembre de 1870, Juan XXIII recuperó esa vieja costumbre que parecía olvidada y se acercó a los 1200 reclusos, a los que llamó buenos hijos y queridos hermanos. Porque, como dice el escritor albaceteño:

669 *Ibíd.*, 86.

670 *Ibíd.*, 98.

El Papa les quería. Los reclusos le comprendían. El Papa estaba entre ellos, les hablaba, les sonreía, rozaba, casi, su cuerpo de hombre santo, al de ellos, hombres que habían cometido uno o varios delitos, hombres despreciados, hombres de los bajos fondos, muchos de ellos, hombres que cumplían una condena y que no podían ser bien mirados por la sociedad.⁶⁷¹

A los presos les habló de un pariente suyo que, muchos años atrás, había sido encarcelado por ser cazador furtivo y cuya detención había presenciado él cuando era niño. Y, luego, les dirigió estas hermosas palabras:

Hoy los hombres se inventan problemas y buscan de continuo nuevas posibilidades de mejorar la Humanidad y hacer progresar a los hombres. Pero con todo esto se olvida el contenido del Evangelio, expresado en las catorce obras de misericordia. Si éstas se tuviesen en cuenta, servirían a la bondad, la paz y la tranquilidad.⁶⁷²

Como remate a esta visita a la cárcel y como un ejemplo más de la humanidad de este buen Papa, cuenta Rodrigo Rubio la anécdota de un anciano recluso que se arrodilló ante el Pontífice, quien puso sus manos sobre los hombros del anciano y habló con él en su dialecto del norte de Italia, lo que provocó las lágrimas del preso.

Fruto de la constante preocupación por el mundo de los minusválidos —que Rodrigo Rubio quiere resaltar de un modo muy especial—, fueron sus discursos ante el Congreso Mundial de Ciegos, el 29 de julio de 1959, y ante el Congreso Internacional del Apostolado de los Ciegos, el 1 de octubre de 1959. En esta última ocasión, pronunció unas palabras llenas de amor y de aliento:

671 *Ibíd.*, 101.

672 *Ibíd.*, 102.

En el centelleo de las luces más o menos engañosas de nuestro tiempo, que vienen muchas veces a turbar los momentos de recogimiento, tan necesario, sin embargo, para el hombre, los ciegos dan a sus hermanos una lección muy preciosa. Aquellos de entre los cuales están privados de las luces de la religión y el buen uso de la razón, los ciegos, sobre todo los que, como vosotros, poseen la felicidad de pertenecer a la Iglesia, enseñan justamente a apreciar en su justo valor las luces de la inteligencia y de la virtud, las luces, sobre todo enteramente divinas y sobrenaturales de la fe y la caridad.⁶⁷³

Una parte a la que el autor dedica especial atención es la referida a los temas del apostolado y la caridad, a los que Rubio concede una gran importancia, pues, para él, la solidaridad es una virtud esencial. De ahí que realice esta contundente afirmación:

Se hace apostolado cuando nos acercamos a otros y ayudamos a esos otros, cuando damos algo de lo que vive en nuestro interior, cuando nos desprendemos de esas cosas esenciales, cuando ofrecemos la palabra amiga, cuando enseñamos sin hacernos superiores ni más dignos que aquellos que nos escuchan. No se hace apostolado solamente cuando enseñamos a rezar, o cuando empujamos, con nuestras palabras, a otros hombres para que sigan por el camino que nosotros ya conocemos.⁶⁷⁴

Apostolado como el que hacían los donantes voluntarios de sangre, ante cuyo Congreso Nacional habló el Papa el 8 de marzo de 1959. Apostolado como el del Centro de Voluntarios del Sufrimiento, a cuyos miembros recibió el Santo Padre el 19 de marzo de ese mismo año, en reconocimiento por su decidida y valiente actitud de cargar día a día con la cruz del dolor. Una cruz que también llevaba cargada el propio Rodrigo, quien, en ese punto del relato, se convierte en uno más de esos sufridores y escribe en primera persona estas palabras:

673 *Ibíd.*, 109.

674 *Ibíd.*, 115.

Es así. Nuestra cruz, pegada indudablemente a los cuerpos enfermos, nos lleva, sin apenas advertirlo, hacia el mundo donde no existe el mal, el dolor. Nuestra cruz es dura, pesada, nos molesta a veces. Nosotros podemos hacer más ligero su peso. El Papa nos lo acaba de decir [...] Nuestra obra puede ser pequeña, pero tendrá indudablemente un gran valor. Nuestras manos torpes, nuestros pechos fatigados, nuestros pies amputados o insensibles por la parálisis, irán poco a poco realizando la gran obra.⁶⁷⁵

El Papa, modelo y aliento para los enfermos, se mantuvo en permanente contacto con los médicos, a quienes no cesaba de exhortar para que tratasen de curar a los enfermos, bajo la amable y suave luz de la caridad, teniendo siempre como lema las palabras del Evangelio de San Lucas, capítulo 18, versículos 8 y 9: "...Y en la ciudad en que entréis, curad a los enfermos que en ella hay, y decidles: el reino de Dios cerca de vosotros está."⁶⁷⁶

Por eso, el final del capítulo IV del ensayo, dedicado a analizar la preocupación constante del Papa ante el dolor, se cierra con unas hermosísimas palabras de gratitud de Rodrigo Rubio, quien es uno más de esos enfermos a los que Juan XXIII tuvo siempre muy presentes:

Gracias por tu interés, Papa Juan. Gracias porque te unías a nosotros, los enfermos. Gracias porque exhortabas a los médicos para que nos curasen. Gracias porque, siendo un hombre santo, eras muy humano; porque nuestro dolor estaba en ti, y te hacía temblar, y te hacía preocuparte, y te hacía sentirte en nosotros, unido a nosotros.

Gracias, Papa Bueno. Nuestra palabra es pobre y quisiéramos, sin embargo, decirte palabras ricas de contenido. No seguimos. Callamos, y en nuestro silencio ya sabes tú que hay una comprensión, un cariño y un deseo grande de darte, sin protocolo de ninguna clase, un abrazo fuerte, un abrazo grande, un abrazo que ya no te daremos hasta que, si Dios lo quiere, vivamos más allá de esas nubes que tú ya has cruzado...⁶⁷⁷

675 *Ibíd.*, 119.

676 *Ibíd.*, 123.

677 *Ibíd.*, 131.

Algunos testamentos del Papa

Tras esas palabras tan emotivas de gratitud y despedida al Papa muerto, el ensayista dedica el quinto y último capítulo del libro, titulado “Palabras para siempre”, a recoger algunos de los textos escritos y pronunciados por Juan XXIII a lo largo de su papado. Se trata de discursos, alocuciones, cartas y pensamientos que Rubio piensa que siempre deberán ser leídos y que, por ello mismo, él intenta eternizar gracias a su reproducción textual.

Así, además de algunos de los muchos pensamientos del Papa Bueno, transcribe completo su testamento espiritual, en el que se recoge su última voluntad, el cual fue escrito en Venecia el 17 de septiembre de 1957, y más tarde ampliado, en Castelgandolfo, el 12 de septiembre de 1961, y en un texto escrito el 3 de diciembre de ese mismo año, dirigido a su hermano Severo. De este testamento espiritual, realizado en tres momentos concretos, destacamos el siguiente párrafo, por cuanto expresa bien a las claras lo que había sido su norte y su guía a lo largo de su vida y de su papado:

Nacido pobre, pero de honrada y humilde familia, estoy particularmente contento de morir pobre, habiendo distribuido según las diversas exigencias de mi vida sencilla y modesta, al servicio de los pobres y de la santa Iglesia que me ha alimentado, cuanto he tenido entre las manos —poca cosa por otra parte— durante los años de mi sacerdocio y de mi episcopado. Aparentes opulencias ocultaron con frecuencia espinas escondidas de dolorosa pobreza y me impidieron dar siempre con largueza lo que hubiera deseado. Doy gracias a Dios por esta gracia de la pobreza de la que hice voto en mi juventud, como sacerdote del Sagrado Corazón, pobreza de espíritu y pobreza real; que me ayudó a no pedir nunca nada, ni puestos, ni dinero, ni favores, nunca, ni para mí ni para mis parientes y amigos.⁶⁷⁸

678 *Ibíd.*, 135-136.

Y, como remate final del ensayo, el autor reproduce parcialmente un artículo laudatorio escrito por Antonio Montero, director de la revista *Eccelesia*, y publicado el 8 de junio de 1963, a los cinco días del fallecimiento del Papa, así como una larga lista en la que menciona, uno por uno, hasta un total de treinta y tres, todos los escritos de Juan XXIII sobre el tema del dolor.

5.2. *La deshumanización del campo* (1966)

Libro dividido en once capítulos, a lo largo de los cuales Rodrigo Rubio plantea uno de los temas más característicos de su literatura, el de la emigración, que tanto afectaba por aquellos años a las tierras manchegas, que tanto preocupó siempre al escritor albaceteño y al que hemos tenido ocasión de referirnos en los anteriores apartados de este trabajo.

Según confiesa Rubio en el capítulo introductorio, su interés radica en el estudio de las gentes, y por ello se sirve de las estadísticas solo de forma colateral, y únicamente cuando no le ha quedado más remedio que anotar cifras y recurrir a determinados textos como apoyo para sus aseveraciones. Aun así, afirma que lo más atractivo de su libro es el componente testimonial del mismo, referido a la vida de los hombres, de los campesinos, de los trabajadores y, de un modo muy especial, a todo cuanto había muerto en el campo, asegurando lo siguiente:

No descarto la idea de hablar, ampliamente —en otro libro o libros— de todo lo que ha muerto en el campo, de lo que el tiempo se ha llevado. Quizá tengan —mis escritos— un tono elegíaco. Amo el campo y me duele su deshumanización. A veces, andando por las grandes ciudades —Madrid, Barcelona, Valencia...— tengo que detenerme al oír las palabras inconfundibles de los hombres que trabajaron la tierra. Estos hombres, con sus mujeres e hijos, dejaron el pueblo, la aldea, y tuvieron que adaptarse a una nueva vida. Algunos viven bien, otros

no tanto. Muchos no vivirán nunca como en un tiempo vivieron en sus pueblos...⁶⁷⁹

Un ejemplo muy cercano y querido

En un primer momento, el autor se plantea la posibilidad de elegir como ejemplo de dicha deshumanización a su propio pueblo, Montalvos; pero en seguida rechaza esa tentación, pues, a pesar de ser un modelo que conoce a la perfección, reconoce que no resulta suficientemente significativo:

Aquí se daban muchas de las circunstancias que me empujaban a escribir sobre estos temas de evolución social, de economía y emigración. Pero es una villa que en un tiempo tuvo 485 habitantes y que ahora tendrá unos 400. No me servía por pequeña, porque ahí no pueden darse ni producirse los problemas que han surgido en poblaciones mayores.⁶⁸⁰

Además, en su pueblo tampoco existían latifundios ni señoritos. Sus gentes eran todas trabajadoras, a excepción de una sola hacienda propiedad de una familia que bien pudiera ser calificada como de señoritos, tanto por el rango social de los así llamados, como por el hecho de que “las gentes del lugar siempre los vieron ‘vivir de otra manera’, los vieron pasar los veranos en su buena casona y hacer viajes en automóvil propio o en galerón tirado por caballos o dos lustrosos machos romos”.⁶⁸¹

Pero incluso los miembros de esa familia eran personas trabajadoras, que vivían cerca de sus tierras, preocupadas por ellas y ocupadas en ellas, hasta el punto de que uno de los dueños se sube muchas veces al tractor y sale a los campos a arar durante horas.

679 Rubio, *La deshumanización del campo*, 18-19.

680 *Ibíd.*, 6.

681 *Ibíd.*, 7.

No obstante, a pesar de lo irrelevante que resulta su pueblo como ejemplo de esta deshumanización, ocurre que también en él se han operado algunos cambios significativos, aunque solo sea en pequeña escala. Los dueños de las tierras, al encontrarse sin mano de obra para recoger las cosechas de cereales, legumbres y uva, se han tenido que lanzar a realizar ellos mismos esas faenas, de modo que, acabadas las tareas de la recolección, “respiran hondo y se sienten incluso más satisfechos que cuando ‘llevaban’ cuadrillas de diez, quince o veinte segadores, espectáculo que les hacía felices, pues ver a esos hombres en el patio, porche o pajar de una casa era signo de potencia, de riqueza”.⁶⁸²

Unos cambios mucho más evidentes se produjeron en las localidades próximas de La Gineta, La Roda, Tarazona de la Mancha, Barrax y Villarrobledo, o de localidades de la provincia vecina de Ciudad Real, como, por ejemplo, Tomelloso, Valdepeñas o Daimiel. Se trataría, en todos esos casos, de los “campesinos burgueses, los que no hacían nada, los que vivían muellemente, sin apenas preocupaciones, jugando partidas en el casino y proyectando viajes a la capital —para echar una cana al aire, qué caray”.⁶⁸³

Por tanto, Rodrigo Rubio va a tomar como elemento de referencia de esa deshumanización del campo a la comarca de La Mancha, que abarca una ancha franja de la provincia albaceteña, una zona de extensas llanuras, en las que “se dan los latifundios, las grandes quintas, y aquí es donde, al imponerse la mecanización, el mulero y el peón, y también el pequeño labrador —donde lo había; en los pueblos particularmente—, han tenido o tienen que marcharse”.⁶⁸⁴

Como señala Rubio, la región de La Mancha nunca fue muy industrial ni muy industrial, y la poca industria que había por esos años cincuenta se resintió con la emigración de los campesinos. Así, resultó que gentes como los guarnicioneros, los aperadores, los esparteros, los alfareros y los barberos se vieron obligados, en muchos casos, a hacer las maletas y marcharse a las ciudades.

682 *Ibíd.*, 8.

683 *Ibíd.*, 10.

684 *Ibíd.*, 30.

Por otra parte, con la marcha de los jornaleros, ocurrió que solo los ricos propietarios de tierras, que eran los que las habían podido mecanizar, lograron sobrevivir. En cambio, los pequeños propietarios tuvieron que malvender sus tierras, sus aperos y sus animales, ya que lo poco que obtenían de sus cosechas se lo llevaban la contribución, los impuestos municipales, los seguros y la cuenta del herrero.

La realidad de los hechos

En el capítulo II, ofrece el autor algunos datos estadísticos sobre la situación social y económica de la provincia de Albacete, obtenidos del Gabinete Técnico del Consejo Económico Sindical, correspondiente al año 1963. Dicho Gabinete define a Albacete como una provincia que, “enclavada en la parte más interna del sudeste de la Península, corresponde plenamente, por la estructura actual de su economía, a una zona típicamente subdesarrollada”.⁶⁸⁵

De los datos disponibles entre los años 1955 y 1960 se deduce que se trata de una tierra de clima altamente extremado, con cultivos de secano, una renta *per capita* que representa el 61,20 del promedio nacional, un escaso desarrollo industrial, un fuerte arraigo del sector agrario, una alta tasa de analfabetismo (que en 1950 afectaba al 31,35 % de los mayores de 10 años), y unos movimientos migratorios alarmantes que sobrepasaban el aumento del crecimiento vegetativo (80.000 personas en la década de los cincuenta).

Entre las causas o motivos de la emigración, menciona Rodrigo Rubio, de un lado, la influencia ejercida sobre los hombres del campo por parte de quienes se habían marchado con anterioridad a las ciudades, y, de otro, una especie de “viejo escozor” en el cuerpo y en el alma del campesino:

Si hablamos de culpas, echémoselas a los que estaban fuera, al deseo en todos de mejorar socialmente, a la propia evolución de la

685 *Ibíd.*, 23.

vida, que nos muestra, cada día que pasa, nuevos aspectos y nuevas formas de vivir. También, naturalmente, a la maquinaria. Pero lo difícil, como en la gallina y el huevo, al referirnos a este caso, es discernir qué fue antes.⁶⁸⁶

El escritor afirma que tiene intención de evitar meterse en divagaciones, algo que, en realidad, no siempre consigue. De hecho, una primera divagación surge a renglón seguido de esa afirmación, cuando habla de lo que él llama el campo del ayer:

Quizá no debiera meterme en divagaciones y hablar de ese campo de ayer, de ese campo más humano, de ese campo con segadores entre las mieses, de ese campo con sonido de caracolas al atardecer, con relinchos de caballos, rebuznos de borricos, canciones de hombres que se alzaban un momento sobre el surco para enjugarse el sudor de la frente; de ese campo, en fin, todavía poblado de hombres, y no de este campo de ahora, desierto, con una máquina aquí, con otra máquina allá, y con muy pocos hombres, con unos hombres —esos pocos— vestidos de azul y con grasa y olor a gas-oil en sus ropas.⁶⁸⁷

De este modo, Rubio, siempre propenso a la añoranza y la nostalgia de su mundo perdido, reconoce que le cuesta trabajo escribir fríamente, con la distancia y la perspectiva necesarias, porque en él existe esa tendencia a inclinarse “a lo humano, al lado del hombre, que es, siempre, adonde debe inclinarse todo aquel que sienta dentro de sí las vibrantes palpitations de la humanidad”⁶⁸⁸

Una de las nuevas formas de vida en el campo está representada por los tractores. Según el autor, un hombre con un tractor ara lo que antes se araba con tres pares de mulas y tres hombres. Mas las ventajas de la mecanización las disfrutaban los agricultores acomodados y no los

686 *Ibíd.*, 32.

687 *Ibíd.*, 35.

688 *Ibíd.*

medianos y pequeños agricultores. Para estos, una solución sería la creación de cooperativas, ya que, gracias a las aportaciones de los socios y los préstamos de las Cajas Rurales, podrían comprar un tractor con el que varios labradores cultivarían sus tierras, aunque no sin dificultad, dado que la mayoría de ellos eran propietarios de pequeñas parcelas que daban un escaso rendimiento.

A la hora de buscar el origen de esa deshumanización, el escritor albaceteño se remonta a los años cuarenta, cuando agricultores a los que las cosas les marchaban muy bien se dedicaban a comprar tierras a aquellos otros a los que no les iba tan bien. Eran tiempos en los que, en el mercado ilegal, se establecían altísimos precios para los productos de primera necesidad, como el trigo, las legumbres o el aceite, que se vendían en grandes cantidades mediante el estraperlo. Una estrategia de comercio propiciada por el rígido control gubernamental y por los cupos forzosos de entrega de cereales y legumbres asignados a los agricultores en función de las hectáreas de siembra que estos declaraban.

Así, el escritor cita como apoyo documental, el Decreto de 23 de agosto de 1937, por el que se creaba el Servicio Nacional del Trigo, con la intención de ordenar la producción, comercialización y distribución del trigo y sus principales derivados. Y, también, el Decreto de 30 de noviembre de 1942 y la Orden de 17 de mayo de 1943, que establecían el nuevo sistema del cupo forzoso y que, en opinión de Rubio, no hubiera sido mala solución, si las tierras hubieran dado todos los años una buena cosecha. Mas, como no siempre era así, a muchos agricultores medios no les quedaba otro remedio que comprar trigo, para su consumo y su siembra, a los altos precios que establecía el mercado ilegal.

Sin embargo, a pesar de esos rígidos controles, hubo mucha gente que se dedicaba a una molienda que estaba prohibida, trabajando casi sin luz, casi a tientas, “y mientras uno estaba al pie de la machina o de las piedras, otros hacían guardia en las afueras del lugar, subidos en un montículo, en una pared o tejado.” Estos molineros clandestinos, “maquilaban gordo, y eran, naturalmente, de los que luego estaban dispuestos a comprar terrenos o casas, o a hacer buenas viviendas, con coche a veces”⁶⁸⁹.

689 *Ibíd.*, 72-73.

Por otra parte, como había muchas familias que no tenían suficiente con la cantidad de pan establecida en el racionamiento, se veían obligadas a “moler de matute” en molinos que trabajaban de noche. Otros se las arreglaban para que les sobrara pan, poniendo en las cartillas de racionamiento más trabajadores fijos de los que tenían contratados. Y a otros no les quedaba más remedio que trabajar a jornal, cuando había trabajo, para poder llevar a sus casas un pan que completara el poco y malo del racionamiento.

Pues bien, estos últimos, junto con los que tenían que sufrir la inquietud y la zozobra del negocio del estraperlo para poder vivir, eran algunos de los más firmes candidatos para convertirse en carne de emigración.

Otra circunstancia que pudo llegar a influir, y cuya mención es calificada por el propio Rubio como una relativa divagación, fue el alto precio de las caballerías. Para un agricultor de escaso poder adquisitivo, comprar un mulo de cinco o seis dedos de talla costaba unas veinticinco o treinta mil pesetas que, en la mayor parte de los casos, tenía que pagar a plazos. Y esta circunstancia se agravaba todavía más cuando llegaba la enfermedad o la muerte del animal, las cuales eran causa de gran duelo para cualquier familia campesina.

La consiguiente disminución de las tierras destinadas al cultivo, reflejada en los datos estadísticos aportados por Ramón Tamames en su libro *Estructura Económica de España*, hizo que muchos agricultores sintieran el deseo de sembrar lentejas, lo que a la larga “empujó” aún más para que los campos se perdieran, dado que para su cultivo “ni siquiera se hacían barbechos, sino que se tiraba la semilla en los rastros del trigo y la cebada, se abrían los *losmos* luego con el arado, se pasaba el tablón después y a esperar el tiempo-clima favorable”.⁶⁹⁰

690 *Ibíd.*, 60.

El papel jugado por la mujer

El cultivo de las lentejas hizo que en los campos de La Mancha aparecieran gentes forasteras para arrancar las legumbres y para segar, sobre todo grandes grupos de mujeres jóvenes. El sacrificio era mucho y el descanso muy poco, pues tenían que dormir en porches o pajares, tras pasar todo un día de trabajo en el campo. Trabajo duro y no bien remunerado que ellas hacían con ilusión y alegría, cuando todavía no les había llegado, también a ellas, el tiempo de abandonar sus pueblos para irse a servir en las grandes ciudades o para trabajar en el extranjero. Los motivos de esa alegría en el trabajo los pone de relieve el ensayista albaceteño, conocedor de primera mano de aquella situación:

Quizá porque en sus casas les decían que “esos dineros” serían para ellas. Su aparente alegría podía tener un motivo en esos pocos billetes que guardarían para sus ajuares o para gastarlos en la feria de la capital. También, porque nuestro carácter parece romper, en ocasiones, todas las tragedias que nos rodean, dejando, entre las muchas amarguras, unas huellas de auténtica alegría. Aquellas mujeres, después de todo un largo día —desde el amanecer hasta ver de nuevo las estrellas— en los campos, cantaban y bailaban por la noche, lo que daba pie a los hijos de ciertos agricultores adinerados a alternar con ellas, sabiendo que ‘con un poco de esplendidez’, se podría conseguir algo, bien entonces, bien más tarde, en el terreno erótico.⁶⁹¹

Aunque, afortunadamente, todo esto ya había pasado, y en los años cincuenta se tendía a una cierta normalización y se tenía una mayor sensación de paz, Rodrigo Rubio apunta que, sin duda, dejó su huella y fue otra de las causas por las que los trabajadores agrícolas acabaron abandonando las tierras a lo largo de la década de los cincuenta y comienzo de los sesenta.

En tal sentido, buena parte de la responsabilidad correspondió a muchas mujeres, las cuales fueron las primeras en empezar a hablar

691 *Ibíd.*, 64.

de abandonar el pueblo para así poderse comprar cosas que para ellas no estaban al alcance de la mano, especialmente ropas y artículos para la casa. En cambio, los hombres solían ser más conformistas con la situación, pues mientras hubiera salud todo era más soportable.

En ocasiones, según Rubio, influye también en la mujer la insatisfacción de tipo sexual. Los hombres, que muchas veces pasan fuera de casa hasta dos semanas seguidas, vienen fatigados, se asean, se cambian la muda y, después, poco más, pues, como le ocurre a la anónima protagonista de esta historia que le sirve como modelo, el marido no se acuesta con ella más que dos o tres veces al mes, y no para hacerla muy feliz, porque, según escribe el autor:

[...] aunque llega deseoso de palpar su carne dura, luego, de pronto, se siente con sueño, o con ganas de hablar de la aldea, de los amos ricos (“en buena hora me hablas de ellos”, le dice la mujer disgustada), o, en el mejor de los casos, ha sido animal unos momentos y ella, hembra al fin, soñadora de suaves caricias, se ha quedado, con los ojos semientornados, mirando los revoltones del techo, intentando, inútilmente, sola por completo, llegar al final de ese hermoso y brusco camino del placer, que ha visto interrumpido.⁶⁹²

Como consecuencia de esa desilusión y ese desencanto que tan gráficamente describe el autor, no era nada raro que algunas de esas mujeres acabaran acostándose con los señoritos, mientras los maridos trabajan en el campo las tierras de estos o las de otros propietarios. Y a todo esto, ellas con la conciencia tranquila, y los maridos, en caso de enterarse, tal vez llegaran a mostrar cierta condescendencia, al igual que hace el propio escritor:

Esto, por aquel tiempo del que me ocupo, era fácil que ocurriese, aunque puede decirse que ha ocurrido siempre. Pero no nos queda duda de que en esos años sobran motivos para que la mujer del

692 *Ibíd.*, 87.

obrero y el propietario enriquecido bruscamente, pudieran encontrarse, tanto por los empujones de las necesidades económicas por un lado, la sobra de dinero por otro, como por la enfermedad moral que roía a la mayor parte de la sociedad. Por eso, si los desniveles de tipo económico influían en esto, también influían los pasos que tantísima gente daba ya por los caminos repletos de cieno.⁶⁹³

Aquello era algo que se veía venir

Dentro del apartado dedicado a la situación inmediatamente anterior al fenómeno de la emigración, señala cómo en los años cincuenta iban aumentando las cooperativas, las Granjas-Escuelas y el cultivo de la vid, por lo cual parecía que la época era bastante buena, pues esa cierta bonanza hacía que la gente aprovechara para arreglarse sus casas, con lo que los albañiles tenían trabajo y había muy poca gente parada. De esa forma, por entonces no se podía sospechar que el campo acabaría quedándose tan desnudo de hombres, aunque ya algunos braceros iniciaban la desbandada general que tendría lugar unos años más tarde. Y todo ello sin llegar a intuir que el tractor estaba a punto de hacer su aparición.

A su juicio, algo que hubiera podido poner freno a la emigración que estaba por llegar habría sido la instalación de industrias en esas despobladas zonas rurales. Fábricas de productos derivados del campo, en las que se hubieran podido acoger los excedentes de mano de obra del campo, que, solo de vez en cuando, se empleaban en construcciones de obras públicas, como carreteras, pantanos o ferrocarriles. Pero lo que sucedió fue todo lo contrario, como lo demuestra, por ejemplo, el hecho real acontecido en la provincia de Albacete, cuando se planteó la posibilidad de instalar una fábrica de aluminio, la cual, finalmente, se llevó a Alicante, debido a la influencia ejercida por las grandes fortunas locales, que no se movían para destinar su dinero en beneficio de sus paisanos, sino que preferían que las inversiones fuesen a parar a otros lugares y, con ellas, la correspondiente mano de obra.

693 *Ibíd.*, 89-90.

Así pues, el resultado fue una gran emigración en la década de los sesenta, como reflejan los datos del VI Pleno del Consejo Económico Sindical de la provincia de Albacete, según los cuales, en 1962, el número de emigrantes pasaba de los cien mil.

Los que no quisieron marcharse

No obstante, hubo muchas personas que decidieron quedarse en sus tierras y en sus pueblos, y a estas les dedica el capítulo VIII del libro. Según Rubio, los trabajadores manchegos, como los andaluces, tienen un deseo de señorío, de grandeza; pero en ellos la veneración al señorito es superior a sus deseos de marcharse.

Eso es lo que les ocurría a los mayores, a los aniagueros, a los pastores y, sobre todo, a los guardas jurados. Según Rubio, el guarda jurado era el correveidile de los señoritos y, por una mínima palabra de alabanza o una mínima atención, era capaz de matarse por el amo, persiguiendo ferozmente a gentes como los leñadores o los furtivos, con los que a veces tiene dramáticos encuentros. Ahora bien, en muchas ocasiones la suya era una fidelidad aparente, pues solía hacer negocios con leñadores o compradores de madera a espaldas de los amos. Y, en este sentido, Rodrigo Rubio se muestra un tanto comprensivo con esa forma de actuar:

Éste es, entre los hombres al servicio de otros hombres, el que mejor se ha trazado el camino, y no es que yo, al expresarme así, aplauda sus fraudes; pero vivir siendo fiel a quien, luego, cuando ya no puedas andar, quizá no te dé sino un adiós y un gracias por los servicios prestados, es, también, hemos de reconocerlo, algo más que una postura quijotesca.⁶⁹⁴

694 *Ibíd.*, 107.

Algo similar les sucedía a los mayorales y las mayoralas, orgullosos de participar de los beneficios que implicaba el ser las personas de confianza de los amos. Una circunstancia esta que halagaba, especialmente, a las mujeres, a las que les gustaba que les encomendasen tareas, porque a ellas, como a sus maridos, esa servidumbre las hacía felices. Además, desde niñas se habían acostumbrado a esos ambientes y a esa forma de vida, y, por consiguiente, resultaba difícil hacerlas cambiar de opinión y sacarlas del lugar.

Quienes también se quedaron fueron los pequeños agricultores, los cuales siempre habían ido trampeando, dándole bofetadas al hambre, para poder vivir. Y, también, los hombres dedicados a pequeños oficios a los que, a pesar de haberse quedado sin trabajo, no les gusta el tractor y están por el pueblo dando un jornal de vez en cuando. Se trata de dos, tres, cuatro o cinco hombres, en un pueblo de ochocientos a mil habitantes, que, como dice Rubio, se sienten libres, aunque, en realidad no sea así:

Son libres —dicen—, y si se analiza un poco, comprendemos que, dentro de los límites de toda libertad humana, la que estos hombres disfrutaban quizá sea la más amplia. No están sujetos ni a patronos ni al propio trabajo de sus casas. Son de los que, por su vagabundeo, por su tranquilidad, se les puede denominar como unos “verdaderos gorriones de plaza”, siempre dispuestos a dar un picotazo aquí y otro allá y así ir pasando, sin más preocupaciones. Son de los que se han quedado, pero de los que no han resuelto nada al agricultor que necesita brazos trabajadores.⁶⁹⁵

Pero, fuera de estos casos, lo cierto es que, mientras las ciudades manchegas iban viendo reducido el número de sus habitantes, otras ciudades, como Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao, lo aumentaron considerablemente. Y, a propósito de esta realidad, el autor elogia la postura de otros novelistas que se ocuparon del tema de la emigración,

695 *Ibíd.*, 118.

como “el valiente Francisco Candel, que logró una espectacular radiografía de Casa Antúnez y su célebre vecindario”.⁶⁹⁶

Algunos casos significativos

Llegados a este punto, Rodrigo Rubio confiesa que su propósito no es, en estos momentos, hablar de la vida de los inmigrantes de esas ciudades, ni tan siquiera en barrios valencianos como el de Nazaret, muy bien conocidos por él. Su intención, por ahora, es ocuparse del problema en el lugar de origen y no en el de destino.

Así, indica que quienes se marchaban eran los espíritus más decididos, los menos arraigados en el pueblo, los que tenían ganas de perder de vista a los amos, los que se resentían de hambres aún recientes, los que pensaban en sus hijos y, sobre todo, los hombres jóvenes, que eran los que estaban en la mejor edad y los que se hallaban en condiciones físicas para trabajar.

Como ejemplo ilustrativo, aporta el de uno de esos hombres a los que él califica de indecisos, y que, tras las últimas fiestas locales, decide abandonar su pueblo. Después de ver, una vez más, lo lustrosos que estaban los llamados “forasteros” —los que hacía tiempo que se habían ido a las ciudades—, así como sus hermosos relojes y sus coches, ese hombre le dice a su mujer que ha llegado la hora de decirle adiós a todo. De momento, él se va por delante, a pesar del esfuerzo que le cuesta hacerlo:

Pasan las fiestas y el hombre hace la maleta. Escribirá en seguida, dice. La mujer lo ve a punto de partir y lo abraza. El hombre casi se derrumba entonces. Algo tira de él: la casa, ese cebadal, y los

696 *Ibíd.*, 121-122. Rodrigo Rubio tiene en mente tres obras del escritor Francisco Candel: las novelas *Donde la ciudad cambia de nombre* y *Han matado a un hombre, han roto un paisaje*, y el ensayo *Los otros catalanes*. En este último estudia a fondo la vida de los inmigrantes y los barrios en donde estos habitaban, como era el caso de las playas barcelonesas de Casa Antúnez, en donde se hallaba el Arsenal Civil, en el cual la Compañía Transatlántica instaló una factoría de construcciones mecánicas.

críos, que lloran cogidos a sus piernas. Todo esto se le mete de pronto en el corazón y apenas si puede mover los pies. Pero al fin se va.⁶⁹⁷

Hombres como este se marchan de los pueblos. Otros, en cambio, se quedan, pero preguntándose qué hacen todavía allí. Son, en su mayoría, matrimonios mayores, que tienen los hijos fuera y que viven en una casa ahora vacía y triste, con la única ilusión de recibir cartas de los hijos o, mejor aún, de la llegada de alguno de ellos para pasar unos días en la casa. Y, por qué no decirlo, con el temor de que cualquier día alguien les pueda dar alguna mala noticia acerca de la enfermedad de un hijo o de la marcha de alguno de ellos a Alemania.

O matrimonios cuyos hijos a veces vuelven al pueblo con tal grado de modernización que despiertan las envidias y los comentarios despectivos de los que no se han podido o no se han querido marchar. Este es el caso de una muchacha que, cuando vuelve al pueblo, lo hace alegre y hermosa, con buena ropa y buenos complementos, todo lo cual da lugar a las miradas deseosas de los hombres. Como apunta Rodrigo Rubio con ese humor y esa ironía que le caracterizan:

Hay deseos que suben a los ojos, que recorren la sangre y luego se aprietan, como estancados, en el sexo. Pero los hombres que miran, hablan y hacen gestos saben que son impotentes (para retener y estrujar con sus manos a la que se aleja), y la impotencia es creadora (dijo alguien) de erotismos imaginados, además de palabras que calumnian.⁶⁹⁸

En relación con el ejemplo de esta joven, representativa de muchas otras, el ensayista-narrador se hace eco de la inquietud de muchos padres, tanto por las habladurías de los paisanos, como por el futuro que espera a sus hijas. Unas tendrán suerte y se acabarán casando con buenos

697 *Ibíd.*, 130-131.

698 *Ibíd.*, 139.

hombres, en algunos casos mayores que ellas, a los que los jóvenes del pueblo califican con el apelativo de bueyes, por su mansedumbre. En cambio, otras tirarán por caminos más oscuros y peligrosos, como irónicamente apunta Rodrigo Rubio, quien, no obstante, prefiere pensar que ojalá, finalmente, no suceda así:

El camino puede ser otro. Ella puede dar tumbos por ahí, hasta que ocurre lo inevitable. Y entonces quizá no venga más por el pueblo, o venga enferma. O... Pero dejémosla casada y, por tal razón, a los padres un poco felices. Es, después de todo, lo más corriente, lo que generalmente suele ocurrir.⁶⁹⁹

Y, como era de esperar, algunos padres acabarán yéndose a vivir con sus hijos a la ciudad. La soledad ha vencido a las reticencias de los viejos a pesar de que, en sus desvelos nocturnos, continúan estando presentes las dudas y los temores hacia lo desconocido.

Pero, justo en este punto, el autor decide poner fin a su libro, consciente como es de que se le han quedado muchas cosas en el tintero. De esas otras cosas se compromete a hablar más adelante, cuando escriba otro libro, en el que se ocupará también de esas gentes que se fueron del pueblo a la ciudad:

Entonces, cuando hable de las mujeres campesinas que hoy viven en la ciudad, evocaré (porque ellas las evocan) las casas del pueblo, con sus corrales, sus patios, sus pequeños porches, sus limpios zaguanes. Y hablaré más extensamente de la vida en el pueblo y en la aldea, o de varias facetas de esa vida. El tiempo se ha llevado mucho, muchas formas de vivir.⁷⁰⁰

699 *Ibíd.*, 142.

700 *Ibíd.*, 145. Como hemos tenido ocasión de comprobar, ese compromiso que el escritor adquiere en el año 1966 se verá cumplido con creces, porque rara es la obra, especialmente en el caso de las novelas, en la que no se pueda encontrar alguna pincelada relativa a la forma de vida de las mujeres campesinas emigradas a las ciudades y a su

Y, para rematar este último capítulo del libro, al que titula “Final: con pluma propia y ajena”, echa mano de dos textos que le sirven como apoyo del estudio realizado en este ensayo y para las conclusiones obtenidas en el mismo.

El primero de dichos textos es un trabajo publicado por el *Diario Regional* de Valladolid, con fecha 31 de enero de 1965 y firmado por Purificación San Martín, en el que se analiza el fenómeno de la emigración en unos términos bastante similares a los expuestos por Rodrigo Rubio, quien reproduce algunos párrafos textuales de dicho artículo.⁷⁰¹

La otra pluma autorizada es la del profesor Ramón Tamames, cuyo libro *Estructura Económica de España* le ha servido como fuente y apoyatura a lo largo de todo el ensayo. Y, más concretamente, en este punto recurre al apartado octavo del capítulo dedicado a “La política agraria y la estructura agrícola española”.

En relación con la necesidad de una reforma agraria en España, recuerda Rodrigo Rubio que Tamames habla de la conveniencia de acelerar la concentración parcelaria promoviendo la constitución de cooperativas de mecanización, o, en su defecto, realizando una cierta redistribución de tierras; de la conveniencia de confeccionar un catálogo de grandes fincas para expropiar las que fueran mejorables; de la supresión de la figura del propietario no cultivador directo, es decir, de aquellos terratenientes que tienen sus tierras en arriendo o aparcería; de la urgente resolución del problema de los obreros eventuales; del aumento de los tipos impositivos en los derechos sucesorios, y de la necesidad de reorganizar los créditos agrícolas, fundamentalmente a través de las Cajas Rurales.

Si se hubieren llevado a cabo estas actuaciones en materia de reforma agraria, se podría haber conseguido lo que en ese año 1966 tanto ansiaba el escritor albaceteño:

permanente añoranza de todo cuanto se vieron obligadas a dejar en el pueblo en el momento de la partida.

701 Ibíd, véanse páginas 146-149.

A mí —es obvio decirlo—, como a tantos, me gustaría que las gentes del campo volvieran a sus pueblos, a sus aldeas, que recuperaran, no la vida de antes, que recuerdan, que añoran, sino una vida mejor, una vida más cómoda y digna en un campo transformado, más rico. Pero me temo que no volverán, y por eso puedo emplazarme yo mismo para escribir más sobre estas gentes, vistas, como digo, desde donde ahora residen y trabajan.⁷⁰²

5.3. *Narrativa española, 1940-1970 (1970)*

El principal interés del estudio realizado por el escritor albaceteño sobre la novela española correspondiente a esas tres décadas radica en que se trata de un ensayo, escrito por un novelista, acerca de la novela que se estaba escribiendo durante los años en los que él había realizado muchas de sus lecturas y en aquellos en los que ya había comenzado su andadura como escritor.

En la introducción, afirma Rodrigo Rubio que no pretende llevar a cabo un estudio crítico, porque, en su opinión, no es labor del creador la de criticar, y que su intención es, simplemente, la de ofrecer sus opiniones como lector. Porque él es un escritor que, a diferencia de otros compañeros de profesión, sí se preocupa por conocer lo que escriben los demás:

Los que nacimos, entre otros, con este defecto de estar al tanto de lo que hacen nuestros compañeros, no sé si llevamos algo de un absurdo quijotismo. Parece que esto no se da, no se lleva, y lo que cabe, algunas veces, o casi siempre, por parte de los creadores, es arropar, cuidar bien tu parcelita, poner mojones aquí y allá, ensalzar a los que te ensalzan, apoyar a los que te apoyan, etc., y a los demás que les parta un rayo, como si cada cual, grano de arena más pequeño, grano de arena más gordo, no aportara algo a ese conjunto que forma toda nuestra creación narrativa en los últimos treinta años.⁷⁰³

702 *Ibíd.*, 155.

703 Rubio, *Narrativa española, 1940-1970*, 7.

Óscar Barrero opina que en este ensayo del escritor albaceteño «predominan los nombres sobre las tendencias, la enumeración sobre la organización, y que este es un reproche que ha acompañado los no demasiado numerosos juicios emitidos sobre el texto». Y, a su juicio, la razón está en que Rubio se deja llevar por «su amistad, afinidad y simpatía con los autores de su edad» y, como muestra, cita unas palabras que el propio autor había escrito en la introducción:

[...] yo me he sentido siempre solidario con mis compañeros narradores; me he sentido cerca, unido a los de la primera generación de postguerra [generación que, preciso yo, no es la de los años cuarenta sino la del realismo de los cincuenta, como lo demuestra la referencia expresa a Ignacio Aldecoa], [...] y me he sentido próximo, más próximo aún de todos esos narradores cuando, además de lector, era ya escritor también.⁷⁰⁴

Los defectos de la crítica habitual

Como se puede observar, nada más comenzar, pone el dedo en la llaga a propósito de la peculiar forma de hacer crítica literaria en este país, tal vez demasiado superficial y apresurada, y, a menudo, falta de imparcialidad y objetividad. Además, denuncia la existencia de las camarillas y del amiguismo, siguiendo el ejemplo del inolvidable maestro Clarín, con su firme y decidida defensa de la crítica higiénica y policíaca. Un Clarín que, por cierto, era uno de los escritores más admirados por Rodrigo Rubio. Y una denuncia de Rodrigo Rubio que, para algunos, pudiera ser interpretada como demasiado subjetiva e incluso interesada.

Comenta el escritor albaceteño que, a su modo de ver, se han emitido juicios apresurados sobre la narrativa española de posguerra; “se ha criticado su árido realismo; se ha dicho que es una narrativa ahogada, sin camino, muerta por el peso de su propia pobreza temática”. En cambio, él cree que una parte de nuestra narrativa realista de los

704 Barrero, “El realismo patético de Rodrigo Rubio”, 66. La cita de Rodrigo Rubio está tomada de la página 7.

últimos años necesita un estudio más detenido, en el que habría que fijarse “en la circunstancia que la ha impulsado, pero que a la vez la ha condicionado”.⁷⁰⁵

Así, cualquier estudio que se precie de serlo, como sucede con el suyo, habría de empezar analizando las razones o los motivos de la relativa pobreza de la novelística española, marcada por la existencia de una temática de urgencia y de una Administración rígida, de cuyo control no era fácil escapar. Ambas cosas podrían explicar el raquitismo y el constreñimiento que, a juicio de Rodrigo Rubio, caracterizan a la novela española de posguerra.

Otra cuestión a tener en cuenta es el hecho de que, según afirma el propio autor, su libro, considerado en su conjunto, tal vez no aporte mucho al panorama de la crítica seria y especializada; o, tal vez, sí. Mas lo cierto es que él camina al amparo de sus propias lecturas y que, precisamente por eso, esta obra bien pudiera ser útil a algún crítico, sobre todo porque en ella se da noticia de muchos libros que en otros estudios quedan orillados, a pesar de que, sin duda, tienen algo de interés.

Según Rubio, la crítica en general solía estar más atenta al escritor cuya trayectoria estaba en consonancia con los deseos o gustos de esos críticos. De ese modo, esperaban tranquilamente el momento de la aparición de una obra de ese escritor, tras un largo periodo sin publicar, para hacer su lectura y su comentario, que, habitualmente, solía ser elogioso. En cambio, con otros escritores que producían frutos abundantes, pero no formaban parte del habitual círculo de sus amistades o influencias, mostraban un cierto desprecio y los calificaban como escritores de menor consistencia y entidad.

Por tanto, la labor de Rodrigo Rubio se va a centrar en la reivindicación de aquellos escritores a los que la crítica ha olvidado injustamente. De ahí que él sea consciente de la posibilidad de que algunos críticos se asombren de esta actitud suya:

705 Rubio, *Narrativa española, 1940-1970*, 8.

Digo todo esto porque, a lo largo de mi trabajo, a lo mejor aparecen nombres que no alcanzaron alta cotización por parte de la crítica, y que, sin embargo, estudiadas sus circunstancias y su vida de escritor, podemos deducir que son, o pueden ser, autores “más útiles”, es decir, plumas “más comunicadas”, más abiertas, más penetrantes, en cuanto que, año tras año, van aportando una serie de trabajos, los cuales, en su conjunto, han servido para que entre esos escritores y el lector —lectores— hubiera más acercamiento, dándose así una de las causas más esenciales sobre lo que es, o debe ser, la obra literaria.⁷⁰⁶

Y, para concluir con este apartado introductorio, se refiere a los premios literarios, a los que considera uno de los principales instrumentos para dar a conocer y difundir buenas novelas y buenos escritores. Así, premios como el Nadal, el Planeta, el Biblioteca Breve o el Alfaguara fueron interesantes y muy gratificadores, pues, gracias a ellos, se prestó mayor atención a la producción de la novelística española y se propició que los lectores españoles, en su mayoría consumidores de narrativa extranjera, se familiarizaran con la novelística que en esos momentos se estaba escribiendo en España.

Casi treinta años después de publicar este ensayo y durante una entrevista realizada por Francisco Gómez-Porro para la revista *Añil*, Rodrigo Rubio reniega de esta obra, pues confiesa que es un libro que no debería haberlo escrito, pues era un libro meramente circunstancial: “Quería hacer un libro generoso, sin pretensiones, informativo, pero carece de rigor. Sin embargo en *Minusválidos* y en *La deshumanización del campo* acerté porque estaba seguro del terreno que pisaba”.⁷⁰⁷

A vueltas con la crisis de la novela

Comenta Rubio que en esas fechas ya se hablaba de la tan traída y llevada crisis de la novela, debida, en parte, a la aparición de los nuevos medios de comunicación de masas, como el cine o la televisión. Medios

706 *Ibíd.*, 13.

707 Gómez-Porro, “Rodrigo Rubio: crónicas de la pobre gente”, 30.

que, en opinión de mucha gente, distraen y entretienen con un menor esfuerzo, posibilitando que el individuo disfrute de manera más cómoda, aunque más superficial y más pasiva. Mas él nunca creyó que eso fuera así, ni tampoco lo cree en la actualidad, a pesar de lo mucho que se habla de la influencia negativa ejercida por las nuevas tecnologías.

Según él, el lector de novelas era, en esos años y en muchas ocasiones, un intelectual en cuyas preferencias no entraban los apasionantes relatos, con personajes verdaderamente novelescos, de autores como Marcel Proust, Aldous Huxley, Thomas Mann, Herman Hesse, Franz Kafka, Albert Camus o Samuel Beckett, entre otros; en definitiva, “una literatura que está más allá, o aparte al menos, de esa masa lectora que sólo pretendió siempre evadirse, pasar un rato distraído con un libro, el que sea, pero facilón, en las manos”.⁷⁰⁸

Esta crítica que dedica a los lectores superficiales tiene mucho que ver con su convicción de que la novela ha de ser algo testimonial que no huya de la realidad ni del compromiso que se tiene con la sociedad contemporánea, de la que está obligada a levantar acta notarial.

En relación con los lectores, afirma Rubio que es muy posible que en esos años se leyera menos que en años anteriores, a pesar de que se escribían, publicaban y vendían muchos más libros que veinte años atrás. Lo cierto es que había una minoría lectora a la que llegaban obras literarias de verdadero peso, de auténtica calidad, entre las que se hallaban las de autores extranjeros como Mann, Hesse, Musil, Kafka, Joyce, Sartre, Camus, etc. Y, también, nuestros grandes clásicos, como *El Lazarillo*, *El Quijote*, Quevedo, Pérez Galdós, Valle-Inclán, y, con posterioridad, otros grandes escritores españoles —Gabriel Miró, Benjamín Jarnés, Ramón J. Sender, Arturo Barea, Max Aub, Francisco Ayala o Manuel Andújar— y latinoamericanos, tales como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Ernesto Sábato, Juan Rulfo, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, Lezama Lima o Cabrera Infante, entre otros. “Y este mismo público, mucho más atento, pese a todo lo que le ocupa y le distrae, es el que se ha aproximado a la nueva novela española, a esa novelística aparecida

708 Rubio, *Narrativa española, 1940-1970*, 20.

después de la guerra civil, con tan grande carga de libros, con temas tan de urgencia, y tan nuestros, en esos libros”.⁷⁰⁹

La generación de entreguerras

Entrando ya en el análisis de los grupos o generaciones de escritores, habla Rodrigo Rubio de la llamada “generación de entreguerras” o “generación partida”, en la que los poetas fueron quienes tuvieron el mayor protagonismo:

Fue, para nosotros, una generación de poetas la que cobró cuerpo y densidad, y no hay sino que recordar nombres como los de García Lorca, Miguel Hernández, Alberti, León Felipe, Cernuda, Salinas, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego..., poetas que unos partieron y que otros se quedaron, pero que han seguido creando (los que no fueron víctimas del tiempo ensangrentado) para dar, en conjunto, una obra que ha alcanzado dimensiones de universalidad.⁷¹⁰

Y afirma que, en cierta medida, los escritores de esta generación fueron continuadores de nuestra novelística del siglo XIX y del 98, al menos aquellos escritores a los que él califica como “los narradores más auténticos” y como “los menos intelectuales”, caso de Ramón J. Sender o Max Aub, quienes no se ciñeron a una novelística intelectual ni esteticista, seguramente por las circunstancias socio-políticas que les había tocado vivir, entre ellas, sin duda alguna, la tremenda experiencia del exilio. En tal sentido, destaca Rubio el ejemplo de Sender, con *La esfera* y los tres tomos de *Crónica del alba*, y añade lo siguiente:

709 *Ibíd.*, 29.

710 *Ibíd.*, 46.

Nuestra historia vieja, nuestra raza, la tuvo presente Sender al escribir ese impresionante relato que se titula *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, una de las mejores novelas españolas de este siglo, y también en sus *Tres novelas teresianas*, mientras que “lo americano” quedó metido en él, luego en nosotros al leer ese otro relato escalofriante que tituló *Epitalamio del Prieto Trinidad*. Sender es el continuador, el narrador auténtico, el que alza el poste, arropado por los otros compañeros de generación, y también exiliados, para que el hilo literario continuara su marcha.⁷¹¹

El lento despertar de una nueva narrativa

Aparte de estos escritores, cuyas obras salvaron nuestra narrativa de los años 1930 a 1945, comenta Rodrigo Rubio que fueron pocos los autores que hicieron algo positivo antes de los años cuarenta, seguramente porque se habían movido en un ámbito vacilante y poco propicio para su trabajo de creación; pero la puesta en marcha de algunos premios literarios contribuyó al nacimiento de una nueva etapa narrativa. Algunos premios, como el Nadal, empiezan a descubrir nuevos valores jóvenes y permiten que se pueda hablar ya de una novela española.

El Nadal, como recuerda Rubio, fue calificado por Miguel Delibes como premio despertador, tanto de una novelística joven como de unos lectores que, a partir de entonces, seguirían más de cerca el proceso de creación y de crecimiento de la narrativa española. Un premio que, además, ayudó a la relativa difusión de autores como, por ejemplo, Bartolomé Soler, Sebastián Juan Arbó o Juan Antonio de Zunzunegui.

De otro lado, se refiere a la llegada de la moda de la novela tremendista, la novela social, el realismo y el neorrealismo italiano y el objetivismo francés. Una moda que contribuyó a la caída en desgracia de los modernistas y los esteticistas, para dar paso a una literatura más comprometida.

Tal sería el caso de Camilo José Cela, quien en 1942 publicó *La familia de Pascual Duarte*, libro que rompía moldes y que daría paso a

711 *Ibíd.*, 51.

una nueva narrativa. Una novela a la que le costó mucho trabajo abrirse paso dentro del mercado editorial, a pesar de que —o tal vez por eso mismo— iba a poner en movimiento lo que Rubio califica como el barco encallado de la narrativa española.

Por otra parte, destaca que los temas de la guerra y de la posguerra estarían presentes en el ánimo de casi todos los escritores que vinieran después de esos años cuarenta. Se trata de una temática nueva, una temática de urgencia, que va a aparecer en la novelística como consecuencia de la inexistencia de otro tipo de publicaciones en las que se pudiera hacer algún tipo de reportaje.

De ahí que los escritores que empezaron a escribir en los últimos años cincuenta, o ya en los sesenta, tuvieran todavía motivaciones para que en muchos libros, incluidos los del propio Rodrigo Rubio, “la dura postguerra, y todas las consecuencias derivadas de unos y otros años, viniesen a golpearnos, empujando a nuestra pluma para que vomitara palabras todavía necesarias”⁷¹²

Entre los escritores que, en la década de los cincuenta, intentaron ciertos escarceos técnicos, menciona las nuevas y jóvenes plumas de Luis Romero, Juan García Hortelano, Carmen Mieza, junto con otros narradores más conocidos, como Ignacio Agustí, Darío Fernández Flórez, Alejandro Núñez Alonso, Sebastián Juan Arbó y Gonzalo Torrente Ballester.

Una apretada década

Se refiere el autor a la que media entre 1945 y 1955, años en los que los escritores —muy jóvenes en los años cuarenta y cincuenta—, sin llegar a salirse del compromiso de novelar la guerra y la posguerra y sus consecuencias, tuvieron la posibilidad de “hacer una obra mejor, una obra más consistente, ‘que no envejeciera’ tan pronto; una obra despegada, distinta, a los módulos decimonónicos o barojianos; una

712 *Ibíd.*, 63.

novelística más en consonancia con las corrientes, ya en uso, por otros países de Europa”⁷¹³

Un ejemplo sobresaliente, según el escritor albaceteño, es el de Miguel Delibes, y especialmente su obra *Cinco horas con Mario*, en la que aparece con claridad la preocupación por la problemática contemporánea —también presente en otras obras suyas—, la cual culminaría en la última novela publicada por esas fechas, *Parábola del naufrago*, en la que, además, se observa a un Delibes distinto, con un relato nuevo, trascendente, con fuerte denuncia del poder y de la alienación.

Junto a Miguel Delibes, en la nómina de destacados sitúa a Elena Quiroga, Dolores Medio y Luis Romero. Y, como otros hallazgos, habla de la novela *Pequeño teatro*, con la que Ana María Matute ganó el premio Planeta en 1954, del que fue finalista un joven y fino narrador llamado Ignacio Aldecoa con *El fulgor y la sangre*. Significativas fueron, también en 1954, las publicaciones de *Los bravos*, de Jesús Fernández Santos, y *Juegos de manos*, de Juan Goytisolo, así como la novela *Duermen bajo las aguas*, con la que Carmen Kurtz ganó el premio Ciudad de Barcelona ese mismo año. Y, ya en 1955, el jovencísimo Antonio Prieto obtenía el Planeta con *Tres pisadas de hombre*, mientras que Mercedes Salisachs quedaba finalista con *Carretera intermedia*.

Años nuevos, narrativa nueva

Este es el título del capítulo dedicado a la etapa comprendida entre 1955 y 1960, años en los que llegan influencias europeas y americanas, a través de escritores como Kafka, Joyce, Huxley, Mann, Faulkner, Fitzgerald o Hemingway, así como algunos representantes de la nueva narrativa italiana de posguerra, con Vittorini, Bassani, Pavese y Moravia a la cabeza, y del “nouveau roman” francés:

Será entonces cuando, metidos en un realismo que se hace necesario, intentando con mayores y menores aciertos una temática

713 *Ibíd.*, 71.

social, surgirán las novelas de la abulia, con obras como *El Jarama*, de Ferlosio; *Juegos de manos*, de Juan Goytisolo; *Nuevas amistades*, de Juan García Hortelano; *La fiebre*, de Ramón Nieto, hasta que, ya en los años sesenta, aparezcan *Encerrados con un solo juguete*, de Juan Marsé; *El curso*, de Juan Antonio Payno, y *Oficio de muchachos*, de Manuel Arce...⁷¹⁴

Será el premio Biblioteca Breve de la editorial Seix el que, en opinión de Rodrigo Rubio, marcará más las huellas, en cuanto a las formas nuevas. Así, tanto los ganadores de este premio como algunos otros escritores vinculados a la editorial —Juan y Luis Goytisolo, José Manuel Caballero Bonald, Juan García Hortelano, Juan Marsé, Antonio Ferres, Armando López Salinas, Daniel Sueiro, Carmen Martín Gaité, etc.— serán quienes más se aproximen a las nuevas tendencias narrativas —novela objetiva, novela social, la abulia...—, con el apoyo de críticos y teóricos como José María Castellet.

Además de estos escritores, menciona Rubio a algunos otros como José Luis Castillo-Puche, José María Castillo-Navarro, Carlos Rojas, Andrés Bosch, Manuel San Martín, José Luis Martín Descalzo, Jesús López Pacheco, Jorge Cela Trulock y Ángel María de Lera, junto a un largo etcétera, muchos de ellos calificados como plumas tragadas por el periodismo, por la publicidad, por los trabajos industriales, comerciales o burocráticos. “Plumas que pudieron ser fuertes, y que el riesgo de la profesionalidad las frenó, acercándose a parcelas menos sobresalientes, pero más seguras”⁷¹⁵

Ganas de decir algo nuevo

Al referirse a los años sesenta, lo primero que destaca es que es una etapa en la que la novela española sufría una menor atención por parte de la crítica. Tal vez, en ello pudiera influir, según el autor, el hecho de que esa narrativa debió haberse renovado de forma enérgica, “apartándose de

714 *Ibíd.*, 88.

715 *Ibíd.*, 105.

lo social e incluso de lo testimonial para alcanzar una mayor dimensión, en cuanto a literatura, y también otra mayor dimensión en cuanto a lo intelectual.” No obstante, había que moverse todavía por el realismo, “ya que lo testimonial era necesario en un país, como el nuestro, donde necesitábamos de una literatura de denuncia. Quizá, lo malo, ha sido volver demasiadas veces sobre la temática inspirada en la guerra y en la postguerra.”⁷¹⁶

Aunque todavía se encuentran ecos del objetivismo en algunos autores y obras, se aprecia un cierto cambio hacia el predominio del monólogo y hacia la narración en primera y segunda personas. E, igualmente, existe una influencia más notable de grandes escritores como Albert Camus, Jean-Paul Sartre o Samuel Beckett, lo que no impide que Rodrigo Rubio afirme que a esa novela de los sesenta le faltó trascendencia en cuanto a su contenido, a pesar de que existía suficiente materia novelable.

Entre los escritores veteranos, destaca Rubio los nombres de José M^a. Gironella, Torcuato Luca de Tena, Carlos María Idígoras, Manuel Halcón, Luis de Castresana y Francisco García Pavón. Y, junto a ellos, un gran número de voces nuevas, con mucho que decir y que van buscando un lugar desde el que inscribir su nombre. Es el caso de autores como Alfonso Grosso, Juan Marsé, Ramón Nieto, Armando López Salinas, Antonio Ferres, Manuel Arce, Ramón Solís, Manuel García-Viñó, Daniel Sueiro, Jorge Ferrer-Vidal, Jesús Torbado, Francisco Umbral, Manuel Vicent y Alfonso Martínez-Mena.

Para estos y otros escritores, el punto de partida es el tiempo de la guerra y de la posguerra y su propósito el deseo de testimoniar, de hacer crónica, de marcar la denuncia, y, también, de llevar a cabo una renovación técnica, fruto de todo lo cual son una gran cantidad de novelas, de las que Rubio afirma lo siguiente:

Novelas, muchas novelas —quizá demasiadas—, en donde se puede encontrar de todo, desde una nueva crónica a ciertos sucesos de la guerra civil, hasta la aproximación a unos valores estéticos, pasando

716 *Ibíd.*, 111-112.

por la huella que dejó el objetivismo, y por la que dejó la novela social, y también para otros muchos libros a los que, pese a aparecer en esta década, podíamos buscarles parentesco con novelas blandengues y cursilonas de otras épocas. En este gran montón de libros hay de todo, pues fueron —fuimos— muchos los que queríamos decir algo, escribir, ganar premios para publicar, publicar para ser conocidos, etc.⁷¹⁷

Entre todos esos escritores, Rubio hace una mención muy especial de Luis Martín-Santos, a quien califica como una pluma malograda que, además de varios escritos científicos, nos había regalado una de las mejores novelas de esos años, *Tiempo de silencio*, la cual le merece este juicio:

Novela que ha de estar entre los diez o doce títulos más sobresalientes de esta última década, y que supone, con esas otras pocas obras más, unos claros síntomas de renovación y crecimiento, dentro de una década que, como apunté al principio del capítulo, ha sido de transición, de vacilaciones y, a la vez, de nuevos y esforzados intentos.⁷¹⁸

Variaciones sobre un mismo tema

Antes de concluir el ensayo sobre la narrativa española de esas tres décadas, Rodrigo Rubio dedica un capítulo a hablar del género de la novela corta y del cuento, pasando revista a algunas publicaciones y a algunos de los nombres más significativos, sin olvidarse de hacer un somero repaso por las narrativas en lenguas catalana y gallega.

Así, tras reconocer que el género de la novela corta tuvo escasa acogida editorial, destaca la labor realizada por Ediciones Alfaguara con la colección *La novela popular*, que dio a la luz sesenta y ocho títulos, aunque, al igual que aconteció con otros loables intentos —como la

717 *Ibíd.*, 130-131.

718 *Ibíd.*, 138.

colección *Volvo* de Ediciones Aula o las colecciones *El surco derecho* y *Libro clave* de Ediciones Azur—, no se vio acompañada del éxito económico, porque el lector español, según Rubio, no estaba habituado a leer novelitas de corta extensión.

Algo similar sucedió con el cuento, al que se dedicaron de forma esporádica algunos conocidos escritores de novelas y al que prestaron sus páginas algunas prestigiosas revistas como *Ínsula* y *La Estafeta Literaria* y los suplementos literarios de diarios como *ABC*, *Ya* o *Informaciones*. En definitiva, muchos nombres, recogidos en pocas colecciones y en algunas antologías, que tuvieron una acogida dispar y, por lo general, escasa.

Y, como complemento final a su propósito de dar a conocer obras y autores sin ánimo de hacer valoraciones, agrega al final del ensayo un apéndice con una amplísima relación de narradores y títulos, que arranca con el madrileño Tomás Borrás, nacido en 1891, y acaba con Jesús Torbado, nacido en León, en 1943. Una nómina que le sirve, una vez más, para mostrar su condición de lector empedernido y sus puntos de vista como crítico literario.

No obstante, a pesar del esfuerzo realizado por Rodrigo Rubio, Santos Sanz Villanueva efectúa una valoración muy poco positiva de su trabajo. Así, después de citarlo dentro del apartado dedicado a la bibliografía existente sobre la novela española entre los años 1950 y 1970, afirma que se trata de una obra que junta nombres y más nombres, mezclando autores de última fila con otros de mucho mayor rango, sin hacer discriminación alguna entre unos y otros, además de caer en la falacia de halagar a todos. Y añade que, a base de juntar tópicos “ha confeccionado un repertorio de nombres de autores y títulos de obras que harían pensar al lector desprevenido que estamos en el siglo de oro de la novela española”.⁷¹⁹

En cambio, ocho años después, la opinión de este crítico parece haberse dulcificado en parte, pues cita a Rodrigo Rubio y a su ensayo sobre la novela en diversas ocasiones. Así, al referirse a cómo influyen en el novelista peninsular la falta de tradición y el aislamiento, escribe Sanz Villanueva que “Rodrigo Rubio ha planteado en términos irreductibles

719 Sanz Villanueva, *Tendencias de la novela española actual*, 30.

y dramáticos la pregunta: 'Se nos fueron los continuadores, y ¿qué teníamos? Ya lo hemos visto: muy poco, casi nada.' Este mismo crítico y novelista explica la situación en los años cuarenta como consecuencia de esa ruptura." Y, a continuación, cita el siguiente texto de Rubio:

Son años de duda, de desconcierto. Todavía, casi todos los lectores, y lo que es peor, muchos de los escritores, piensan en una narrativa de pura invención, pero blandengue [...] De ahí que muchas de aquellas plumas, en sus comienzos, no hicieran más que vacilar, y que algunas se quedaran en la vacilación y en la mediocridad para siempre. Hemos de reconocer que era muy duro abrirse camino, dar a conocer una novela escrita por españoles.⁷²⁰

Ignacio Soldevila Durante, en el comentario sobre la bibliografía fundamental utilizada para la elaboración de su obra *La novela desde 1936*, menciona este ensayo de Rodrigo Rubio en el apartado de 'Obras monográficas de alcance general'. La opinión que le merece dicho ensayo es la siguiente:

La condensación en tan breve texto de treinta años de novela está hecha con desigual fortuna. Tal vez su condición de novelista haya influido en su parcialidad universalmente benévola, a pesar de su pretensión de limitarse a un papel sólo informativo. Contiene un elenco de novelistas, por orden de nacimiento, con frecuentes y a veces divertidas erratas.⁷²¹

720 Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española*, 33. El texto citado corresponde a *Narrativa española, 1940-1970*, 49. Otras referencias y citas a este ensayo de Rubio figuran en las páginas 39, 41, 122 y 190 de la obra de Sanz Villanueva.

721 Soldevila Durante, *La novela desde 1936*, 457.

Por su parte, Óscar Barrero se pregunta si es posible historiar la novela española entre 1939 y 1970 en únicamente 85 páginas. Una pregunta a la que responde en estos términos:

Rodrigo Rubio opta por la generosa cita de colegas, idea no sé si de interés para el lector, pero sí no poco útil para el investigador: en este libro he contabilizado hasta más de una veintena de novelistas que no aparecen, que yo sepa, en ninguna otra historia de la novela. A nadie se le escapa que en 85 páginas difícil cabida pueden hallar 321 escritores si no es haciendo lo que hace Rubio: limitarse muchas veces a citar el nombre del autor y alguna o algunas de sus obras.⁷²²

Nuevos matices cinco años después

El 12 de febrero de 1975, Rodrigo Rubio pronunció una conferencia en el Colegio Universitario de Logroño con el título “Narrativa española contemporánea” y cuyo texto fue publicado en la revista *Cuadernos de investigación filológica* de la Universidad de La Rioja en mayo de ese mismo año.

Al comienzo de la conferencia, el escritor albaceteño se reafirma en su convicción de que todos los escritores que aparecieron en los años cuarenta y cincuenta, e incluso los de los sesenta, se movieron dentro de un realismo inevitable pues, por las circunstancias sociopolíticas reinantes, se vieron obligados a hacer crónica viva de su tiempo, desechando todo lo que tuviera semejanza con lo meramente novelesco:

El tema estaba aquí, y creo hubiera sido poco recomendable que nuestros escritores de los años cuarenta y cincuenta se hubiesen puesto entonces a hacer malabarismos de lenguaje, a realizar obras puramente novelescas; es decir, que hubiésemos tenido que censurarles el que no se comprometieran con su tiempo y, por tanto, alejado de una narrativa que ellos, aunque no lo apreciamos, nos han dado. Yo creo

722 Barrero, “El realismo patético de Rodrigo Rubio”, 69.

que, hasta siendo pobre, esta narrativa ha de tener gran importancia por cuanto de testimonio hay en ella de la vida nuestra, de los años que hemos vivido.⁷²³

El hecho de que muchas veces estas novelas se pudieran llegar a convertir en meros reportajes le sirve a Rubio para afirmar que es posible que los años de posguerra puedan llegar a estudiarse mejor, en un futuro, a través de la literatura que de los tratados de historia, aun cuando ello implique, también, que esa novela pueda ser calificada de un tanto raquítica. Porque, en su opinión, lo que ocurre en esos momentos en la novelística española es que no se escribe una novela realista en grande, de forma trascendente, al estilo de Steinbeck, Caldwell o Dos Passos. Aunque admite que los escritores españoles tienen la disculpa de no haber podido hacerlo porque “algo extraliterario” lo ha impedido, pues —aun sin citarla expresamente— la censura era la responsable de la ausencia de una novela con apertura y profundidad. Y, acto seguido, escribe unas palabras que podrían interpretarse como un intento de justificar su labor como escritor o incluso como una especie de teoría poética personal:

Por los primeros años sesenta, cuando yo aparecí como escritor, el realismo era ya —al menos para mí— un cansancio, pero todavía una necesidad. Ahora bien, confieso que no estaba conforme con las técnicas expositivas del realismo objetivista. Presentía que esa tendencia, como todo lo importado, tendría que debilitarse. A mí no me atraía en absoluto, y digo esto a modo de ilustrar mis ideas generales sobre la novela y sobre el realismo en particular. Valía el realismo, pero en más profundidad; valía lo social a mi juicio—, pero no rebuscando los temas en suburbios, en escenarios exclusivamente pobres. La novela, cualquier novela, podría ser —y de hecho debía ser— un todo, un mundo, en el que cupiera lo bueno y lo malo. Y en cuanto a formas, me agotaban los diálogos reiterativos, las acotaciones, tan excesivamente literarias a veces. Por eso, desde que empecé, no quise ser ni tan literato como algunos, ni tan poco profundo como la mayoría.⁷²⁴

723 Rubio, “Narrativa española contemporánea”, 109.

724 *Ibíd.*, 111-112.

Mediada la conferencia, Rodrigo Rubio hace referencia al I Coloquio Internacional de Novela, celebrado en Formentor durante los días 26, 27 y 28 de mayo de 1959, al que asistieron algunos escritores italianos y franceses y muchos españoles para debatir sobre tres cuestiones: *El novelista y la sociedad*, *El novelista y su arte* y *El porvenir de la novela*. En dicho congreso quedó patente la dimensión social y humana de la novela en España frente a la dimensión artística en Francia. Porque, mientras en Francia y otros países europeos la función testimonial correspondía a la prensa, en España dicha función la desempeñaba la novela.

De ese modo, y tal y como apunta José María Martínez Cachero, el novelista se convierte en una especie de gacetillero y la novela en un sucedáneo de la prensa. Hasta tal punto que, recordando lo dicho por Francisco Ayala, muchos novelistas españoles jóvenes llegaron a confundir la creación literaria con el periodismo. No obstante, en una nota a pie de página, Martínez Cachero añade que la actitud y la práctica de Rodrigo Rubio le parecen mucho más centradas y prudentes y, como muestra de ello, recoge las siguientes palabras del novelista albaceteño:

Creo que hay un compromiso general con los problemas de nuestro tiempo. Hay que hacer denuncia, mostrar a la gente que algo hay detrás. Eso fue lo que me llevó a escribir *La deshumanización del campo* y *Radiografía de una sociedad promocionada*, libros que no son novelas y que me descargan de una serie de preocupaciones para poder escribir después una novela de temática menos urgente.⁷²⁵

5.4. *Radiografía de una sociedad promocionada* (1970)

Sobre los motivos que llevaron al escritor de Montalvos a escribir este ensayo nos da una clara idea el texto de Mariano José de Larra que encabeza el mismo:

725 Martínez Cachero, *La novela española entre 1936 y el fin de siglo*, 185, nota 75. La cita de Rodrigo Rubio está tomada de *La Estafeta Literaria*, n. 47, 1-VII-1970, 17.

Si me oyen me han de llamar *mal* español porque digo los abusos para que se corrijan y porque deseo que llegue mi patria al grado de esplendor que cito. Aquí creen que sólo *ama a su patria* aquel que con vergonzoso silencio o adulando a la ignorancia popular contribuye a la perpetuación del mal.⁷²⁶

Por tanto, y según afirma poco después Rodrigo Rubio, su aspiración no es otra que la de ser objetivo y sincero en todo momento, dado que él es un escritor “íntegro”; es decir, “el que ‘olfatea’ en la masa, el que estudia, el que trabaja para aportar algo en beneficio de un arte y también de una moral, e incluso de una política...”⁷²⁷

A fin de conseguir dicho propósito, no dudará en recurrir a cifras y estadísticas cuando lo considere necesario, aunque su trabajo se apoyará, sobre todo, en su personal conocimiento del hombre y de la vida.

En este sentido, resulta muy ilustradora la confesión realizada por el autor a Francisco Gómez-Porro durante la entrevista que este le realizó en el año 1999:

Cuando publiqué *Radiografía de una sociedad promocionada*, que es sólo un apunte sociológico, el por entonces joven Amando de Miguel me lanzó un ataque furibundo desde el punto de vista técnico. Pero yo no pretendía invadir el terreno profesional del sociólogo. Lo único que pretendía era demostrar que aquella sociedad del «lalalá», el coche nuevo, el piso, las salidas domingueras, las primeras vacaciones, era ya una sociedad que comenzaba a atontarse, reflejo de una dictadura política que enmascaraba sus miserias.⁷²⁸

726 Rubio, *Radiografía de una sociedad promocionada*, 5.

727 *Ibíd.*, 14.

728 Gómez-Porro, “Rodrigo Rubio: crónicas de la pobre gente”, 29.

Una moral resignada y utilitaria

La primera aseveración que encontramos nada más abrir el primer capítulo del libro, dedicado a estudiar la evolución de la vida desde 1940 a 1970, es que hubo un progreso muy notable, un cambio casi brusco, desde el final de la guerra civil hasta el momento en que él está escribiendo el libro. Un progreso que se hizo evidente en todas las partes del mundo, y, muy especialmente, en Estados Unidos, desde donde se fue extendiendo una nueva forma de ver la vida, gracias a la propaganda realizada desde el cine y la televisión. Fue así como se propagó la idea de que el desarrollo iba unido a la posesión de objetos pretendidamente utilitarios y al disfrute de todo tipo de placeres.

Este tipo de vida se generalizó de modo preferente en las grandes ciudades españolas, puesto que en los medios rurales y en las pequeñas capitales de provincias el ritmo vital era bastante más lento y apagado. Y ello, según el autor, se debía a que, tanto antes como inmediatamente después de la guerra, las influencias exteriores solo llegaban a los círculos académicos y a los intelectuales, como consecuencia de que la primera enseñanza que se impartía en los pueblos y pequeñas ciudades era meramente rutinaria:

Los niños van a la escuela hasta los catorce años; en medios más pobres salen antes del colegio, o no van, porque los padres son analfabetos y hacen de sus hijos, cuando son niños, guardadores de cerdos en fincas rurales. En las capitales de provincia hay Instituto, y allí estudian los que pertenecen a la burguesía provinciana. Quien llega a la Universidad es un privilegiado, el hijo de un terrateniente, de un industrial, de un comerciante fuerte; muy pocas veces el chico que, siendo inteligente, no dispone de medios para cursar estudios superiores, ni siquiera secundarios.⁷²⁹

Según Rodrigo Rubio, si algo caracterizaba a los españoles de la inmediata posguerra era aquella famosa frase de al mal tiempo, buena

729 Rubio, *Radiografía de una sociedad promocionada*, 40.

cara, que es, precisamente, la que da título al capítulo tercero del libro. Había escepticismo, pero también humor, porque el español es un hombre que se ríe ante el fatalismo, cuando más oscuro ve su horizonte. Es el hombre de los chistes fáciles y un tanto ingenuos, que gusta de los toros, el fútbol, el flamenco, las comedias, las compañías de revista y el cine de escasa calidad.

Era aquella una época en la que los norteamericanos instalaban en España sus industrias e invertían dinero en las nuestras. Una época en que se construyeron centrales eléctricas, pantanos, puertos y numerosas fábricas y en la que, como contrapartida ineludible, los campos empezaban a despoblarse, allá por los primeros años sesenta, cuando sus gentes, cansadas de una vida que no les gustaba, buscaban en las ciudades un mundo mejor:

Una de las seguridades mayores que cree encontrar el campesino que emigra a la ciudad, si es padre de familia con hijos adultos, consiste precisamente en esto: él se pondrá a trabajar de barrendero, de guarda en unas obras, en cualquier cosa de este tipo, pero los hijos pueden ser camareros, modistas, peluqueras, oficios que se aprenden pronto; la mujer puede ir unas horas a limpiar despachos, o a un hotel, en donde puede obtener un sueldo superior al del marido. Con todos estos ingresos, pagan plazos de piso, compran muebles, toda clase de aparatos electrodomésticos, y dentro de poco una familia así “ha cambiado de pelo”.⁷³⁰

El propio escritor confiesa ser uno más de esos emigrados a la ciudad, desde la que contempla con agrado el hecho de que al campo haya llegado una modernización que se traduce en mejores cultivos, mayores cosechas e incluso repoblaciones forestales, así como en la aparición de algunas industrias y otros servicios derivados de la agricultura. Mas lo que no le satisface es el hecho de que millares de personas hayan tenido que dejar su pueblo, su provincia o su región, cuando aún había espacio allí para ellas. Y todo por el ancestral problema del reparto de la

730 *Ibíd.*, 74.

tierra, como ponían de relieve los datos del Catastro de Rústica del año 1959 recogidos por el escritor albaceteño, según los cuales los grandes propietarios eran el 0,86% del total y poseían el 53,5% de la extensión registrada en catastro. Una cifra esta última que coincidía con la de la superficie correspondiente a explotaciones con más de 100 hectáreas. La conclusión que se obtiene de estos datos resulta muy significativa:

Las regiones latifundistas, por un lado, y las minifundistas, por otro, son las que han dado mayor número de emigrantes. En las primeras, porque el terrateniente, al mecanizarse, ha podido prescindir de una mano de obra que ya no le era necesaria; en las segundas, porque predominaba el pequeño, casi mísero propietario, que al faltarle poder para renovarse, es decir, al no serle posible trabajar como los fuertes, se ha visto obligado a arrendar o vender sus pocas parcelas e irse, junto con el peón, a la ciudad en busca de otra clase de vida.⁷³¹

Madrid, la capital de la vida promocionada

Tal vez el mejor ejemplo de esa nueva vida, de esa vida promocionada, fuese Madrid, ciudad en la que Rodrigo Rubio vivía y se movía por aquel entonces como pez en el agua. Una ciudad que en solo un mes —el de septiembre de 1968— había aumentado en 6.438 el número de sus habitantes y en la que no cesaban de crecer las zonas residenciales por Majadahonda, Pozuelo, Aravaca, Puerta de Hierro, El Bosque de Chamartín, Zorita, San Rafael, etc. Lugares en los que se iban construyendo residencias de lujo para unos cuantos privilegiados, las cuales contrastaban profundamente con las viviendas de muchos barrios, como Vallecas, Entrevías, el Pozo del Tío Raimundo o el de Moratalaz —en el que el escritor residía entonces—, y aún más con las de poblaciones próximas a Leganés, Orcasitas o Villaverde, en las que habitaban gentes con un ceceo andaluz que señalaba la tierra de la que llegaron y hacia la

731 *Ibíd.*, 85.

que siempre estaban mirando. Gentes de las que no va a hablar ahora, “porque esa vida es para libro grande por y para ella sola”.⁷³²

Un Madrid del que se solía decir, como ahora, aquella frase tópica que reza “De Madrid, al cielo”. El problema, según apunta Rubio con la crudeza y la ironía que le caracterizan, es que para unos había más parcela de cielo que para otros. Los menos favorecidos, los menos cercanos al cielo y más atados al sufrir cotidiano de la vida terrena, eran aquellos que habían de sentir en sus carnes los numerosos inconvenientes de vivir bastante alejados de la ciudad y tener que desplazarse, por cualquier medio posible y con mucho sacrificio, hasta su lugar de trabajo:

Sabiendo esto y algunas cosas más, todas de interés para el lector curioso, uno se explica mejor el porqué de las grandes colas en las paradas del autobús, los apretujones en la estación del “Metro”, los embotellamientos de coches en todas las calles, tengan o no, en los cruces, pasos subterráneos o elevados. Uno comprende asimismo, al darse una vueltecita por lo que llaman Periferia, que las gentes que por allí habitan han de patearse solares, con polvo o barro, hasta la parada del autobús, y luego sufrir apretujones dentro del vehículo, y aun correr un poco más, ya cerca de la oficina, o de las galerías, o de la fábrica, o de la agencia de publicidad, o del periódico... , para llegar siempre cuando aún sea posible colocar la ficha sin que signifique retraso, y por tanto —tal vez— sanción.⁷³³

Más cerca del cielo están aquellas personas cuyas vidas gozan de una mayor tranquilidad y sosiego, en pleno centro de Madrid, disfrutando de muchos pequeños placeres y, tal vez, afectados por algunas de esas pequeñas “preocupaciones” que con su peculiar ironía apunta el autor:

732 *Ibíd.*, 112. Esta vida de la que habla Rodrigo Rubio aparecerá reflejada, en parte, en su ensayo *Crónicas de nuestro tiempo* (1973), tal y como tendremos ocasión de ver en su momento.

733 *Ibíd.*, 114.

Uno, sí, encuentra castañeras, vendedoras de tabaco, limpiabotas, sudamericanos comiendo gambas, a Francisco Umbral en el Gijón, a Dolores Medio en los homenajes a sus amigos, a Lera pidiendo justicia social para los escritores, a los coches oficiales camino de tanto ministerio, a los poetas pobres tras su ventanilla de oficina pública, al periodista joven en busca de Massiel, al periodista veterano hablando de cuando Don Alfonso era rey, a la chica de los anuncios riendo con su “Martini on the rocks”, en la mano, al vendedor de lotería diciendo que hoy sale, a Gloria Fuertes confesándose poeta de guardia y hippie —con algunos kilos—, y Dámaso Santos de jurado en no sé cuántos premios literarios...⁷³⁴

La cultura no suele ir unida a la promoción

Como se puede apreciar, hay un aspecto en el que Rodrigo Rubio no deja de incidir, poniendo el dedo en la llaga siempre que lo considera oportuno. Me refiero al tema de la cultura del pueblo español, al que dedica el capítulo noveno del libro, que se abre con una afirmación suya en el sentido de que en aquellos años había un acusado desfase entre el grado de desarrollo económico y social alcanzado por buena parte de los españoles, y el nivel cultural medio de estos. Y, acto seguido, se pregunta por el grado de cultura de ese pueblo promocionado.

La respuesta es muy clara, ese hombre nuevo y promocionado tiene “su” peculiar forma de cultura: unos cómodos y bonitos muebles en los que aparecen enciclopedias, crónicas de guerras mundiales, libros encuadernados con fascículos sobre historia, geografía o ciencias y alguna que otra enciclopedia para la mujer, con artículos sobre cocina, puericultura, labores domésticas y vida sexual y conyugal. Libros que, en su mayor parte, habían sido adquiridos mediante el sistema de venta a plazos, al que los editores prestaban especial atención e interés, a sabiendas de que era la mejor forma de introducir en el mercado libros prácticos, caros, lujosamente encuadernados y muy vistosos. Pero, de literatura, poca cosa. A lo sumo algunas costosas y muy cuidadas colecciones de los premios Goncourt o Nobel, o, de cuando en cuando, unos cuantos ejemplares adquiridos, también a plazos, en la Feria del Libro. Y, entre

734 *Ibíd.*, 109.

estos, los correspondientes a algún premio literario como el Nadal o el Planeta, cuyos autores son conocidos a través de la prensa y la televisión, lo que permite que cualquier persona ajena al mundo de los libros trate de hacer amistad con un escritor, porque, cuando lo consigue, piensa que esa amistad le viene muy bien, que le va a situar mejor, elevándole socialmente ante la mirada de amistades y conocidos.

Mas, a continuación, aclara el autor que este tipo de lecturas y aficiones eran más propias de los hombres, pues, en el caso de las mujeres, aunque algunas compartían afanes lectores con los varones, lo habitual era que eligieran otro tipo de lecturas: las revistas. Algo que a Rodrigo Rubio le desagrada profundamente, dado el contenido de las mismas, al que irónicamente califica como alimento espiritual. Porque, según él, las mujeres leían pocos libros, excepción hecha de unas minorías con inquietudes intelectuales o con vocación literaria. En general, sus lecturas eran las revistas: “Desde la publicación que quiere ser seria, moderna, informativa y formativa, a la que se centra en el reportaje almibarado, presentándonos siempre a gentes de la nobleza, el chismorreo de los artistas, las bodas del siglo, información discográfica y de cantantes de moda, etc.”⁷³⁵

Y, entre ese tipo de publicaciones destinadas al género femenino, nada peor, según el ensayista, que el subgénero de la llamada fotonovela, a la que considera como perteneciente a una infraliteratura acaramelada, que se apoya siempre en un gran mundo, sustentado en cimientos falsos, o por lo menos faltos de autenticidad. Unas publicaciones que parecen tebeos y que, en su opinión, ninguna mujer un poco avispada o con un mínimo de cultura debería leer, por el grado de estupidez de una historia que cualquier mujer sensata encontraría absurda.

Cara y cruz del turismo

El siguiente asunto al que se refiere el ensayista es el del turismo, del que va a presentar sus dos facetas, empezando por sus aspectos más llamativos o positivos. En tal sentido, considera cierto que esa nueva

735 *Ibíd.*, 135.

industria era, ante todo, rentable, y confía en que en un futuro lo seguiría siendo, como así ha sucedido a lo largo de los años. Y buena parte del mérito de esa rentabilidad se debía, por aquel entonces, a la existencia de un ministerio llamado de información y turismo, que, según Rubio, era uno de los más activos y realizaba magníficas campañas publicitarias, para dar a conocer a los españoles pueblos, paisajes, personas, costumbres y tradiciones que eran completamente desconocidos, a pesar de tenerlos muy cercanos.

Y todo eso supuso —es innegable— crecimiento y progreso, con una evolución rápida, y por varias razones, práctica. Pero, en opinión del autor, aquello nos desbordó, porque, al mismo tiempo que se levantaban muchos y lujosos edificios junto al mar o paradores en las montañas y en las cercanías de las carreteras, se daba rienda suelta a la especulación de unas cuantas personas y se asimilaban, en ocasiones, los aspectos más negativos de los turistas, como, por ejemplo, el relativo a las drogas. Incluso se abandonaban labores tradicionales, pongamos el caso de la pesca, para dedicarse a negocios más rentables, como el de la construcción o el de los bares y restaurantes.

Menos mal que aún había gente que, a pesar de todo, se mantenía fiel a cal y canto a las tradiciones, algo que al autor le parece digno de destacar y de elogiar:

Sin embargo, España tiene hondas raíces en no sé qué ásperos y a la vez jugosos suelos. Y podemos ver a hombres que no se inmutan, y a hombres oscuros que irradian una fuerza que otros ya han perdido. Estánahí, en sus pueblos, mirando hacia el que llega como si se tratara de un fenómeno más de la naturaleza (algo de los tiempos, en todo caso), una naturaleza, sí, un tanto revuelta. Pero apenas si se inmutan. Esto es bueno. Porque si todos hubiésemos corrido, con las manos terriblemente abiertas hacia ese oro que nos trae el turismo, tiempo haría ya que no estaríamos sino recogiendo el cobre, las monedas menos valiosas, de aquellos pocos que aún no hubiésemos ahuyentado...⁷³⁶

736 *Ibíd.*, 148.

Hasta aquí la parte dedicada al turismo extranjero. Y, como no podía ser de otro modo, a continuación pasa revista al turismo interior, a propósito del gusto —cada vez más extendido entre los españoles de aquellos años sesenta y setenta— por salir de vacaciones hacia el campo, el mar o la montaña. Porque, junto al deseo de promocionarse en el trabajo, el español de entonces ansiaba una promoción total de su vida y, en consecuencia, además de comprarse un piso, tenía que adquirir un apartamento en la playa o un chalet en el campo o la montaña, tanto para pasar las vacaciones como para los fines de semana. Una costumbre que, según él, había surgido a partir de las revistas ilustradas y del cine, sobre todo del americano y el inglés, gracias a los cuales se fue generalizando el hábito de celebrar el “week-end”, lo que significaba un gran contraste con las tradicionales formas de expansión que el escritor empieza ya a añorar. Y es que todos estos cambios suponen el progresivo abandono de ese mundo que él tanto ama, de ese mundo perdido al que nos hemos referido en el correspondiente apartado dedicado a la novela. Por eso no pueden sorprendernos afirmaciones como esta:

Nosotros, todo lo más que hacíamos, era ir a otro barrio de nuestra ciudad. Aquí en Madrid, a las verbenas de la Bombilla, de San Isidro, de San Antonio de la Florida. Los viejos veraneos estaban próximos al azucarillo, al botijo, al refresco de limón natural, y de cebada, de horchata —muy bueno todo esto, por cierto, hoy anulado por la proliferación de bebidas carbónicas, casi todas ellas con nombres de otras latitudes—; “el fin de semana” casi no existía. Las grandes ciudades todavía lanzaban su burocracia, en el tiempo de verano, a buscar otras tierras más frescas. Ésta era la clase media que se asomaba tímidamente a las playas del Norte, que iba a Alicante o se pasaba dos semanas en el balneario de Cestona. Todo esto, ahora, nos parece, al comentarlo, como si se nos presentasen sobre la mesa páginas de un Azorín cronista de “El Imparcial”. Aquel mundo, lleno de colorido, tenía que morir, o por los menos sufrir un serio golpe. Íbamos a tomar otros caminos.⁷³⁷

737 *Ibíd.*, 153.

Los promocionados y sus inquietudes políticas y sociales

Otra cuestión que Rodrigo Rubio considera fundamental en ese pueblo promocionado es la de sus preferencias políticas, y la conclusión es clara: esa gente es apolítica, indiferente. Cuando se le plantean preguntas de interés, siempre responde lo mismo: no hay que complicarse la vida. Y, como ejemplo de esa forma de actuar, cita el caso del referéndum del 14 de noviembre de 1966, en el que el pueblo español dijo un sí rotundo, aplastante, pero sin saber ciertamente a qué daba ese sí. Aunque reconoce que hubo mucha gente que lo hizo por miedo a que se le fuera la paz de la que disfrutaba y, por tanto, era comprensible que se votara por esa paz.

En su opinión, al pueblo español no le interesaban —y podríamos preguntarnos si en la actualidad no ocurre lo mismo, al menos en un altísimo porcentaje— los asuntos políticos, que eran considerados cosas de los de arriba, que son quienes se encargaban de los temas políticos, sociales e incluso religiosos. A estos los etiqueta como los “otros”, una minoría selecta que maneja los resortes del poder y de la que no pueden formar parte el resto de los mortales:

Todo lo de importancia, lo político, lo religioso y también lo social, ha sido y es llevado por “otros”. No estamos “dentro” de “esos otros”. Somos gente de protesta en la barra del bar, en el garaje donde guardamos el coche, en la peluquería, donde acudimos de vez en cuando a que nos corten el pelo; protestamos siempre, somos disconformes. Nuestra actitud, para muchas cosas, es de pesimismo, de derrotismo, negativa, en una palabra. Pero a la hora de hacernos una pregunta, cambiamos de parecer. No queremos complicaciones, eso queda claro.⁷³⁸

Por eso, las críticas del autor no van dirigidas hacia aquellas personas que consideraban que en esa España las cosas marchaban bien y que en muchos aspectos estábamos mejor que en otros países menos desarrollados y modernos, como los del otro lado del Telón de Acero.

738 *Ibíd.*, 162.

No, sus dardos se encaminan hacia los escépticos y hacia los que no tienen en su boca sino palabras de crítica para nuestro sistema político, económico y social, y que, cuando llega la hora de actuar, son gentes sin iniciativa y que no miran hacia delante, con lo que ellos mismos son quienes contribuyen, en gran medida, a que esa sociedad a la que tanto censuran siga sin cambiar, porque en su forma de proceder nada hay de positivo.

Paradójicamente, esos disconformes suelen ser los más conservadores, pues, al fin y a la postre, no quieren que nada cambie, ya que tienen miedo al mismo cambio que tanto pregonan. Una contradicción de fondo que Rubio no deja pasar por alto:

Si tienen hijos, quieren que sus hijos sean conservadores. Quieren para ellos una vida cómoda, al margen de todo compromiso. Admiran a los hombres de negocios, y si uno de sus hijos trabaja en una empresa que ha vendido acciones entre sus empleados, creen que el hijo ha encontrado lo mejor que había para él, un trabajador. El maduro no piensa que el director de la empresa quiere más adhesión a la misma por parte de los trabajadores. No se detiene a pensar que el solo hecho de que los trabajadores tengan unas acciones a muy poco conduce, puesto que no llevan su voto a la mesa del consejo de administración, siempre en poder de los grandes accionistas, de los que están fuera del mundo del trabajo, y dentro, por el contrario, del de las finanzas.⁷³⁹

Si esto era lo que, según el escritor albaceteño, solían pensar los hombres maduros, ¿qué es lo que pensaban los jóvenes? Pues bien, la respuesta habría que buscarla en tres ámbitos diferentes: el de la juventud tradicional, el de llamada juventud “ye-yé” y el de la juventud rebelde. Vayamos por partes.

Los jóvenes tradicionales eran considerados como los buenos chicos, los que se disponían a ser unos hombres de provecho, tanto si eran simples empleados como si se dedicaban a alguna de las numerosas

739 *Ibíd.*, 163-164.

profesiones que iban surgiendo alrededor de esa sociedad promocionada y, a la vez, promotora de nuevas ideas y negocios. Eran jóvenes que ganaban dinero con facilidad, tenían coche, se divertían, leían periódicos deportivos y buscaban un buen matrimonio con una chica de buena familia, con la que acabarían teniendo unos hijos que, o bien seguirían sus mismos pasos, o bien irían a la universidad y, para disgusto de sus padres, se volverían contestatarios. De esos jóvenes tradicionales se muestra muy alejado el ensayista, quien afirma:

Cuando estudio a estos jóvenes, los veo ya hechos, trazados, definidos. Son distintos a los que en posguerra fuimos a los prostíbulos y nos dedicamos al estraperlo para ganar unas pesetas. Han encontrado un mundo más propio para todas sus aspiraciones. Andarán por ese mundo, y a veces, ya situados, nos parecerán de una ignorancia y a la vez una inocencia extremas.⁷⁴⁰

La llamada juventud ye-yé era aquella en cuya imagen considera Rubio que había una actitud de pose, que les venía como anillo al dedo, porque muchos de ellos simplemente pretendían divertirse, evadirse y vivir a su aire. En todos ellos observa el autor unos mismos rasgos:

Hay algo que les une: indiferencia por el mundo que les ha traído, y menosprecio por todo lo que pertenece al medio ambiente de ese mundo. La mayoría no se pregunta qué ocurre en el mundo. No son intelectuales. Leen muy pocos libros; algunos, o la mayoría, ninguno. Sin embargo, es fácil verlos en la “Cervecería Alemana” de la plaza Santa Ana, en Madrid, leyendo revistas infantiles... Se ponen frente a todo, pero sin estridencia. Buscan un “algo” que les haga vibrar, o adormecerse.⁷⁴¹

740 *Ibíd.*, 171.

741 *Ibíd.*, 175.

Pero el grupo más numeroso entre los jóvenes de aquellos años sesenta era el de los universitarios disconformes. Era el más importante y el que más sorpresa causaba, por sus actitudes rebeldes, entre los integrantes de la generación madura, los cuales, desde su perspectiva, contemplaban cómo los jóvenes gozaban de muchas más oportunidades y mejores condiciones de vida que las que ellos habían tenido en su momento, y, por otra parte, no entendían las prisas de esos jóvenes por cambiarlo todo.

El autor, en cambio, se instala en un plano más distante desde el punto de vista emotivo y, por tanto, más objetivo e imparcial. Y, desde esa atalaya, reconoce que es cierto que a esos jóvenes se les podía estar moviendo con unos hilos de tipo ideológico; de tipo político, incluso. Eso resultaba innegable; pero también lo era el hecho de que el materialismo de la sociedad, impuesto por la generación anterior, había contribuido en gran medida a que esta juventud se divorciara de esa otra generación, algo que no era capaz de entender el hombre maduro.

Porque el sinsentido de dicha situación radicaba en que los padres se habían dedicado de forma denodada a labrar un mejor futuro para sus hijos y, cuando creían que estos deberían estar contentos y felices, resultó que no lo estaban. Algo que, con mucha probabilidad, pudiera ser aplicable a buena parte de nuestra juventud actual y que pondría de manifiesto la vigencia de opiniones de Rodrigo Rubio como la que sigue:

Debe haber algo que no marcha del todo bien. Quizás esta juventud de ahora se ha ido quedando poco a poco un tanto huérfana. El ritmo de la vida, los negocios de los padres, las desavenencias matrimoniales, el materializar, o el escepticismo de padres que se estancaron porque la guerra les golpeó duramente..., todo esto ha hecho que el joven encuentre, por una parte, el empujón hacia lo material, hacia lo que puede situarle mejor, como es ingresar en la Universidad o prepararse para desempeñar un cargo en el comercio o en la industria bien remunerado, pero, por otra parte, no ha tenido a alguien, de edad madura, que vea la soledad que poco a poco le ha ido rodeando.⁷⁴²

742 *Ibíd.*, 181.

Respecto de la mujer, destaca el autor que también ella acusó esas nuevas formas de vida, que hicieron que su mundo se ampliara cualitativa y cuantitativamente, empezando por la posibilidad de trabajar fuera de casa y de gozar de una mayor independencia. Esto era algo visto con ciertos prejuicios por los hombres de mentalidad demasiado tradicional, pero no así por los jóvenes, quienes consideraban, al igual que lo hace el propio Rubio, que una mujer trabajadora podría ser mejor compañera que otra que no lo fuera.

Ahora bien, esa mujer promocionada corría el grave riesgo, según apunta el ensayista, de caer en los mismos errores que el hombre, especialmente en todo lo relativo a las excesivas prisas por alcanzar sus metas y a la inclinación hacia unas formas de vida excesivamente materialistas:

Hay algo, sin embargo, que puede considerarse de signo negativo en esta mujer promocionada. Es algo que la domina, que la atenaza, igual que al hombre. Es su prisa, sus formas de vida, apoyadas en los beneficios de tipo material que su trabajo le reporta. La mujer, pese a ser siempre más espiritual y sensible que el hombre, enfoca este modo de vivir hacia la comodidad. No le queda mucho tiempo para ahondar en su cultura. La vida, las muchas horas tras el mostrador o ante la máquina de escribir, la predisponen luego hacia un deseo de expansión acuciante.⁷⁴³

Y ello conduciría, sin duda, hacia otros aspectos negativos que Rubio observa y apunta en esa mujer moderna y promocionada: la existencia de ciertos estados de neurosis, la superficialidad, el hecho de estar dominadas por la publicidad y un desmedido afán de ambición. Mas, a pesar de todo, no deja de valorar positivamente las cualidades que ofrece este tipo de mujer frente a la mujer tradicional:

743 *Ibíd.*, 189.

Para el hombre —aunque muchas veces el hombre español no lo considere así— suele ser mejor compañera y hasta mejor esposa que aquella que nunca trabajó, que aquella educada para ser esposa y madre, en muchos casos para madre de familia numerosa. El hombre, si sabe dar el grado de libertad que esa mujer acostumbrada a cierta independencia necesita, verá cómo, a la larga, tiene a su lado una compañera con la que puede estar más unido, pues si la hace partícipe de todas sus inquietudes, sean del tipo que sean, encontrará en ella un eco a cualquiera de sus preocupaciones.⁷⁴⁴

Promoción y creencias religiosas

Si de lo que se trataba era de hacer una radiografía más o menos exacta o precisa de la sociedad de ese momento histórico, el autor no podía olvidarse de analizar el tema de la religión, a pesar de ser consciente de lo delicado del mismo. Y lo primero que quiere dejar claro es el hecho de que nuestra iglesia había estado estancada en unas formas anacrónicas. Pero llegó el papa Juan XXIII, “sencillo, humano, intuitivo, profético”, y sacó adelante el Concilio Vaticano II, que para los españoles significó menos que para otros católicos. Según el autor, es innegable que para algunas minorías supuso un estímulo en sus habituales preocupaciones por la situación de la iglesia y de los católicos:

La mayoría, sin embargo, —escribe Rodrigo Rubio— siempre se movió con indiferencia. Hemos formado quizás el rebaño más uniforme de todos los rebaños —en el lenguaje evangélico— que se han movido dentro de la iglesia católica. Hemos sido conformistas, aunque casi siempre por abulia, también por comodidad. Nuestras prácticas religiosas nos han llevado a un amaneramiento, casi inútil, que ahora ya no sirve.⁷⁴⁵

744 *Ibíd.*, 190.

745 *Ibíd.*, 203.

Es en este punto cuando surgen de nuevo algunas reflexiones que nos traen al recuerdo las que había escrito unos pocos años antes en su novela *La sotana*. Esos, afirma ahora el escritor albaceteño, fueron unos momentos de tremendo desconcierto para los sacerdotes viejos y maduros, “educados en los antiguos seminarios, hechos a llevar su sotana, su teja y su manteo, y a hablar desde púlpitos, con palabra pontificadora siempre”⁷⁴⁶, pues se sentían como si alguien o algo los empujara hacia algún oscuro rincón.

Y algo similar les sucedía a muchos fieles, acostumbrados a la rutina adormecedora de sus espíritus, proveniente de los sermones y homilias de esos curas tradicionales. Cuando escuchaban palabras de algún sacerdote joven, el cual pretendía despertar sus almas y sus conciencias, su fe se tambaleaba, porque, como diría nuestro admirado Unamuno, la suya era fe de carboneros. Esas gentes preferían al sacerdote de siempre, que los mantenía aletargados en su fe, que alababa su forma de actuar y que, al mismo tiempo, se dejaba halagar y obsequiar por ellos, como hacía don Luis, el protagonista de *La sotana*. En cambio, a los seguidores y defensores de ese mundo viejo, les incomodaba e incluso les producía cierto estupor oír a los sacerdotes jóvenes y modernos, porque estos solían hablar de cosas que a aquellos no les gustaba escuchar:

La masa de creyentes se ha alterado a veces al oír la palabra de un sacerdote joven, porque éste, teniendo las ideas del Concilio en su mente fresca, ha hablado de cosas muy sencillas, pero a la vez muy complicadas y extrañas: de la libertad religiosa, de injusticias sociales, del amodorramiento de una masa creyente que no va a ninguna parte porque está anquilosada, con su misa de domingo y confesiones y comuniones de vez en cuando, realizadas, en muchas ocasiones, por el impulso de la rutina.⁷⁴⁷

En relación con estos sentimientos religiosos, el autor señala que otro de los rasgos característicos de una sociedad promocionada es el

746 *Ibíd.*

747 *Ibíd.*, 204.

de la perfecta organización de todos los ámbitos de la existencia de sus miembros, incluso el de la caridad con los pobres. Se quiere que esta sociedad sea religiosa, moral y caritativa, con consignas emanadas desde las altas esferas de la sociedad y del poder —como aquella de “Piense en los demás”, que tuvo mucha difusión por aquellos años y con la que Rubio encabeza el capítulo XVI del ensayo—, gracias a la gran publicidad que se daba a ese tipo de campañas y a la participación en ellas de un coro de artistas y personajes populares que se prestaban, generosos, para campañas de toda índole. Irónicas palabras de Rodrigo Rubio que, con seguridad, nos parecen muy actuales, pues ocurre que, tres décadas después, vemos cómo el sistema de movilización y, en ocasiones, de manipulación de conciencias ha cambiado muy poco.

Hipócrita sociedad promocionada la de los años setenta —y, por qué no, también la de lo que llevamos del siglo XXI—, que necesitaba que hubiera pobres para organizar campañas, festivales o maratones recaudatorios, gracias a los cuales los españoles, especialmente los españoles pudientes, lograrían sentirse buenos cristianos. Y, en este sentido, el autor no habla de oídas, ya que, por haber vivido durante tres largos años entre deficientes físicos, conocía de cerca, de primera mano, la mentalidad de esos seres humanos caritativos, a los que también a veces se les llamaba apóstoles, cuya idea de hacer el bien era absolutamente equivocada:

De ahí que sean “necesarias” las asociaciones, y que haya que recurrir a los prelados, y a las damas de la alta sociedad, y a los aristócratas, y a los políticos. Siempre es necesario dirigir los pasos de esta forma. El mundo social de los disminuidos físicos, que yo he estudiado y del que he escrito, es algo que está lejos de la sociedad en crecimiento y desarrollo. Un grupo de enfermos crónicos, los que militaban en la Fraternidad Católica —movimiento internacional de ideas muy limpias, democráticas y ecuménicas— ha intentado muchas veces cambiar la mentalidad, tanto del enfermo, preparándolo para que se “predisponga a no recibir sino todo aquello que le permita rehabilitarse, crecer física y espiritualmente”, como de los sanos, de los que llevan al enfermo a Lourdes para que rece y siga creyendo en Dios

y en la Virgen, y de todos aquellos, en suma, que en cualquier momento se alzan con la voz que pide en pro del pobre o del enfermo.⁷⁴⁸

Y todo esto es lo que, según Rubio, constituiría el modo de ser, sentir y vivir de esa nueva sociedad, con sus vicios y virtudes, en la que el hombre se desenvolvía, unas veces con alegría y, otras, con tristeza; unas veces despreocupado y, otras, angustiado. Un mundo que, a la vez, crecía y se iba deshaciendo poco a poco. Sin embargo, todo se podría dar por bueno, siempre y cuando se cumpliera la siguiente condición:

Lo importante sería que este mundo, al que damos tantas cosas y del que recibimos tantas otras, no nos aplastara, no nos triturara, porque estos mundos que se agigantan tienen algo de grandeza, pero también algo de monstruosidad, y si por la grandeza nos elevamos, también es cierto que por la monstruosidad podríamos desaparecer...⁷⁴⁹

5.5. Minusválidos (1971)

Las palabras con las que el escritor albaceteño había cerrado su libro *Radiografía de una sociedad promocionada* parecían ir preparando el terreno para la aparición, un año después, de su siguiente ensayo, centrado íntegramente en el ámbito de los discapacitados, que, como ya hemos tenido ocasión de comprobar en varias ocasiones, constituye una de sus constantes temáticas y vitales.

Un libro que está dedicado a los miembros de la delegación española que viajó a las jornadas celebradas en Estrasburgo en julio de 1966; a quienes, de una u otra forma, colaboran para que el mundo de los minusválidos se vaya transformando en algo que se pudiera mirar sin estremecimientos, y a los compañeros y amigos de la Fraternidad

748 *Ibíd.*, 217-218.

749 *Ibíd.*, 253.

Católica de Enfermos, porque, como confiesa nada más abrir el libro, él también es alguien que sufre:

Confesaré, antes que nada, que soy deficiente físico, que sufro, desde hace más de diez años, una tara física. Vaya esto por delante para ponernos en situación. Diré también que mi deficiencia es importante, pero que a mí ya no me lo parece. Sufrí ataques de artrismo y esos ataques dejaron sus huellas: anquilosis en ambas caderas. Desde el año 1957 me he visto obligado a usar bastones para andar. Aquel año tenía yo la edad en que un hombre ya debe haber decidido su camino.⁷⁵⁰

Pero los antecedentes de su enfermedad se remontan hasta su infancia, en su pueblo manchego, cuando padeció ataques reumáticos, o algo similar, pues es algo que él mismo no puede precisar con total certeza, ya que, por aquellos años, a lo más que se podía aspirar era a que a uno lo viera el médico que acudía un par de veces a la semana desde el pueblo vecino. “Nos había envuelto la guerra —*nuestra* guerra civil— y algunas de aquellas vacunas contra el tifus fueron —como en mi caso— de criminal efecto. Yo salvé el pellejo, pero me quedé ya, para el resto de mi vida, algo renqueante”⁷⁵¹

Bastante más explícito respecto de su enfermedad y el origen de la misma se muestra Rodrigo Rubio durante su larga charla con Francisco Gómez-Porro. Cuando el entrevistador le plantea la cuestión de que la ruina del tiempo maldito de la guerra y sus secuelas debió de marcarle de un modo inmisericorde, el novelista albaceteño responde:

Sí, eso en mi caso es cierto. Mi enfermedad es producto de una vacuna contra el tifus que nos pusieron a todos los niños alrededor del año 37, en plena guerra. A mí, o por mi propia sangre, o porque la vacuna estaba en mal estado me produjo unos efectos terribles, dejándome prácticamente paralítico. Tenía las articulaciones rígidas.

750 Rubio, *Minusválidos*, 9

751 *Ibíd.*

Entonces no había médico en Montalvos. Dos días a la semana venía uno de La Roda y me ponía un ungüento parecido a la pez. Pero el remedio pronto se reveló ineficaz. Otras veces éramos nosotros los que íbamos en carro a La Roda. También íbamos a Albacete cuando podíamos. A los veinticuatro años esta enfermedad se complicó a causa de unas fiebres reumáticas que me contaminaron la sangre. En el sanatorio de la Malvarrosa de Valencia me hicieron una operación inútil en los pies. Todo fue mal y a partir de esa edad tuve que usar las muletas.⁷⁵²

Y no es que el autor quiera convertirse en protagonista del libro, ni escribir una autobiografía. De lo que se trata es de informar, en este capítulo introductorio, de una realidad que muchos de los lectores desconocen, por no haberles tocado vivirla de cerca. Y, además, se trata de dejar constancia, desde el primer momento, del hecho de que los enfermos no eran rentables para la sociedad, al contrario de lo que ocurría con las figuras populares o mediáticas. Ellos eran un puñado de hombres y mujeres a los que les había tocado bailar con la más fea y a los que “de vez en cuando se acercaban gentes de ‘buen corazón’, gentes caritativas, que mataban su aburrimiento proporcionándonos algunas cosas materiales, y otras de tipo espiritual o religioso”.⁷⁵³ Es decir, esa caridad *bien entendida* de las sociedades promocionadas, a la que se había referido en su libro anterior, y que tan poco eficaz resultaba, dado que lo que los enfermos necesitaban no eran hermosas palabras o gestos, sino una auténtica ayuda, en forma de sanatorios especializados en rehabilitación y en reeducación para los minusválidos.

Mas, como se suele decir que, a falta de pan, buenas son tortas, Rodrigo Rubio destaca el importante papel desempeñado por la Fraternidad Católica de Enfermos —nacida en la localidad francesa de Verdún en 1942, desde donde se fue extendiendo de forma progresiva por todo el mundo—, con la que él entró en contacto en el año 1962, en Valencia. Allí conoció al padre Duato, el jesuita consiliario que tan profunda huella le dejó, y a otros muchos miembros que, como el propio Rodrigo, se movían bajo el lema “Máxima acción, con la mínima

752 Gómez-Porro, “Rodrigo Rubio: crónicas de la pobre gente”, 28-29.

753 Rubio, *Minusválidos*, 11.

organización.” A todos ellos los tiene muy presentes el autor cuando escribe las palabras con las que cierra su introducción:

Si como militante de un movimiento tan esencial para nosotros como la Fraternidad intenté, siempre, hacer algo porque nuestra voz fuera oída, es obvio decir que también lo intento con este libro, resumen de unas vivencias y de unas aventuras personales y colectivas que creo que deben ser conocidas por un sector de nuestra sociedad que, normalmente, vive de espaldas a todo aquello que no le afecte de una manera directa y que, a la vez, no tenga un signo positivo a su favor.⁷⁵⁴

Su relación con la Fraternidad Católica y con el padre Duato vuelven a estar presentes en la entrevista realizada por Gómez-Porro. Así, a la pregunta sobre cómo había influido la tara física en su literatura, responde Rodrigo Rubio:

Positivamente, en cuanto a la creación. El dolor me llevó a conocer los recovecos del ser humano, a estar cerca de los que padecen e intentar comprenderlos desde mi condición de hombre que también sufre. En Valencia, por ejemplo, trabajé durante un tiempo con el padre Duato. Fue una experiencia muy provechosa y emocionante que me obligó a viajar a Lourdes acompañando las expediciones de enfermos. Pero precisamente por esa desventaja no he podido estar presente como hubiera querido para difundir mis cosas.⁷⁵⁵

Conociendo a los minusválidos

Tras esas páginas introductorias, el autor da paso a un primer capítulo en el que se pregunta quiénes son y cómo son los minusválidos. La respuesta no es fácil: pueden ser unas personas taradas o unas

754 *Ibíd.*, 23.

755 Gómez-Porro, “Rodrigo Rubio: crónicas de la pobre gente”, 29.

personas normales; todo dependerá de cómo los veamos y los tratemos los demás. Porque, según comenta Rubio, citando casos concretos con nombres y apellidos, ellos se consideran personas normales que tienen las ambiciones y los deseos connaturales a cualquier ser humano. En cambio, las personas *normales* solemos verlos como seres que necesitan una ayuda que, en muchas ocasiones, les ofrecemos de una forma insincera o, aun cuando no sea así, se trata de una ayuda que les resulta ineficaz.

Como ejemplo del sentir de esos enfermos, transcribe un fragmento literal de la desgarradora confesión escrita por uno de ellos, llamado Manolo Guijarro, y publicada en el boletín nº 8 de la revista *Cruz y Alegría*, editada por la Fraternidad. En dicha confesión se lee lo siguiente:

Estoy en cama 29 años. El reuma, como una fiera, se agarra a mi cuerpo, muerde, aprieta, encoge y se obstina en su presa. No sé si me explico bien, pero los que están pasando lo que yo saben que no exagero. Mis manos están encogidas, mis pies igual. Las piernas secas y retorcidas como sarmientos. El cuello rígido. Estoy en la cama como un crucificado que no acaba de morir...⁷⁵⁶

Un hombre que, en opinión de Rodrigo Rubio, se quejaba de forma justa, razonable, humana. Un hombre que —aunque confesaba que el sufrimiento era una dicha y que, además, él era una persona que siempre había respetado a Jesucristo— se rebelaba contra los sermones y las peroratas llenos de palabras fofas y de tópicos acerca de la resignación por la resignación. Mas, a pesar de su escepticismo, logró encontrar un nuevo camino que ya no piensa abandonar: el de la espiritualidad, única solución para su condición de enfermo.

Para Manolo, como para tantos otros enfermos, la mejor ayuda podría llegar de la mano de un trabajo digno. Y a esa meta se habían orientado los pasos dados por la Fraternidad, mediante la promoción

756 Rubio, *Minusválidos*, 35.

de unos talleres, que estaban regidos por sus propios estatutos y cuyos jefes y responsables eran elegidos entre ellos. Talleres encaminados a conseguir que muchos de aquellos hombres y mujeres demostraran que no eran inútiles, que podrían trabajar y valerse por sí mismos, y de ese modo tener más vida y más alegría.

Otra de las situaciones que quiere destacar Rodrigo Rubio es el excesivo paternalismo que existía con estos enfermos, especialmente en los pueblos, en donde todos los vecinos trataban al minusválido como a una especie de niño grande, con lo cual prácticamente no le permitían que dejase de ser un niño. De ahí que muchos chicos y chicas jóvenes quisieran emanciparse, a pesar de la enfermedad. Los motivos, según Rubio, serían: conseguir una independencia total, no ser una carga para la familia, tener una mayor libertad y escapar de ese desfavorable ambiente familiar.

En tal sentido, en el capítulo titulado “Hacia un mayor y mejor conocimiento”, se ocupa el escritor de profundizar algo más en la personalidad del disminuido físico, en su complicada psicología, fruto del complejo mundo y de las circunstancias histórico-sociales que le rodean. Para ello, acude a testimonios de expertos, como el doctor Samuel M. Wishik, quien, en un folleto titulado *Cómo ayudar a su hijo impedido*, hablaba de que la personalidad anormal de uno de estos niños podía provenir de algunas de estas tres causas: “primera, la reacción del niño al encontrarse distinto de otras personas y verse limitado en sus oportunidades; segunda, la influencia del trato que le dan los padres, y de la naturaleza de las experiencias sociales del niño; y, tercera, lesiones de una parte del cerebro que afecten al comportamiento”.⁷⁵⁷

Según el citado doctor, algunas de las reacciones más generalizadas en esos disminuidos físicos son un resentimiento, que se traduce en forma de rebeldía contra la autoridad, y una falta de independencia, que se va desarrollando de forma progresiva, como consecuencia de la tendencia a la sobreprotección por parte de la familia y de los profesionales que atienden a esos niños. Por eso mismo, es absolutamente necesario darles

757 *Ibíd.*, 101. La cita está tomada de Samuel M. Wishik, *Cómo ayudar a su hijo impedido*, Comité de Asuntos Públicos, folleto n° 2129, sin mención alguna a la página en la que se encuentra.

oportunidades de competir, a pesar de que puedan fracasar en varias ocasiones. Y, como también apunta el doctor Rafael Esteve de Miguel, director del Servicio de Cirugía y Rehabilitación en el Asilo Hospital de San Juan de Dios de Barcelona, son imprescindibles la independencia, fundamental para su desarrollo psíquico; la educación; la capacidad de expresar sus emociones; el estímulo mental; la posibilidad de vivir aventuras; el respeto, y el éxito personal.⁷⁵⁸ Y todo esto, en opinión de Rubio, no se soluciona con campañas más o menos maravillosas y altisonantes de personalidades del ámbito de la política y las finanzas, porque el problema no es de propaganda ni de sentimentalismo o de caridad, sino de legislación y de sentido de la justicia.

Algunos buenos ejemplos a seguir

Según Rodrigo Rubio, solo mediante la justicia, y con las oportunas leyes al respecto, se podrían producir algunas situaciones casi milagrosas, como la que había sucedido en el caso de Henry Viscardi, quien, de ser un inválido callejero y ocioso, había pasado a montar una de las más importantes fábricas de aparatos electrodomésticos de Norteamérica. Una fábrica que Viscardi había puesto en marcha con otros cuatro compañeros inválidos como él, entre todos los cuales solo reunían una pierna y cinco brazos. Pero, a partir de ahí, y con la ayuda de organismos oficiales —como la Conference of Rehabilitation Centres and Facilities, Inc., que reunía más de cien centros de rehabilitación entre los miembros fundadores—, ellos y otros muchos disminuidos físicos lograron salir adelante e incluso triunfar en la vida, como le ocurrió a Viscardi, cuya empresa consiguió, en cinco años, un volumen de ventas de 2.500.000 de dólares.

En España, en cambio, el panorama era desolador. De ahí la necesidad de los talleres de la Fraternidad, que empezaron a fraguarse con ocasión de la II Feria del Juguete de Valencia, en 1963, y, a partir de entonces, pasaron a trabajar para varios fabricantes de juguetes. En tal

758 *Ibíd.*, véanse 103-104. Alude Rubio al contenido de una conferencia que, con el título de “El problema de la reeducación de los niños con invalideces motoras”, fue impartida por el profesor Rafael Esteve de Miguel.

sentido, recuerda Rubio que la primera Cooperativa Artesano-Obrera de disminuidos físicos, fruto de lo que era un simple movimiento seglar de la Iglesia, se proyectó el 16 de diciembre de 1963 y fue aprobada oficialmente el 12 de julio de 1964 para, después, ser incluida en el régimen de Cooperativas Protegidas del Ministerio de Trabajo.

Por eso se entiende perfectamente el testimonio de Emilio Carcasona, uno de esos enfermos, quien escribía en el boletín nº 11 de *Cruz y Alegría* las siguientes palabras, transcritas y puntualizadas, entre paréntesis, por el escritor albaceteño:

Generalmente, sólo se aprecia la producción del sano, no dándonos la oportunidad que todos nosotros buscamos, para hacer ver al mundo que podemos producir como otro cualquiera, pues tal vez ponemos más ardor en el trabajo, ya que, por medio del mismo, nos rehabilitamos, sintiéndonos fuertes. Y podría decir que hay grupos de enfermos que trabajan hasta 13 y 14 horas diarias (se refería a los de Talleres Hercaten, en las semanas de más actividad, cuando las industrias proveedoras de material solían estar asediadas de pedidos), cobrando luego, al final de la semana, un sueldo que nunca podía ser grande, ni siquiera razonable.⁷⁵⁹

Ejemplos como este podrían aportarse muchos más, y, por eso mismo, el autor dedica un capítulo del libro, titulado “Impresionante desfile”, a comentar con todo lujo de detalles los casos de personas como Manolo II, con una pierna amputada; Domingo, que no tiene piernas; Ricardo, que vende cupones en su silla de ruedas; Gabriel, que vive en una cama con tablero, boca abajo, con la espalda llagada; Victoriano, quien trabajaba, como buenamente podía, en su pueblo de Cuenca; Juliana, una chica manchega ingresada en el Sanatorio Nacional de la Malvarrosa, de Valencia, y, así, un largo etcétera. Por y para todos ellos habrían sido escritas las palabras del papa Juan XXXIII —el Papa Bueno—, en su encíclica *Paz en la tierra*:

759 *Ibíd.*, 65.

Todo ser humano tiene derecho a la existencia, a la integridad física, a los medios indispensables y suficientes para un nivel de vida digno, especialmente en cuanto se refiere a la alimentación, al vestido, a la habitación, al descanso, a la *atención médica, a los servicios sociales necesarios*. (El subrayado es nuestro.) De aquí el derecho a la seguridad en caso de *enfermedad, de invalidez* (hemos subrayado otra vez), de viudedad, de vejez, de paro, y en cualquier otra eventualidad de pérdida de medios de subsistencia por circunstancias ajenas a su voluntad.⁷⁶⁰

Hermosas palabras, sin duda, las del Papa; pero que, en España, chocaban con una realidad muy diferente. A título de ejemplo, menciona Rodrigo Rubio el de un joven albañil que se había caído de un andamio y se había partido la espina dorsal. Lo atendieron en un sanatorio hasta que llegó la hora de darlo de alta y, entonces, se encontró con que no había plaza para él en ningún centro de rehabilitación y tuvo que quedarse inmóvil en la cama de su casa, en donde se iría consumiendo poco a poco, al igual que ocurría con muchos otros.

Por eso en la Hermandad decidieron poner en marcha un proyecto para la creación de un centro de rehabilitación y educación, como experiencia piloto, en Valencia. A partir de ahí, llegaría la habitual e inexcusable burocracia con el oportuno y necesario *dossier* a entregar en el Ministerio de Trabajo, en 1963; y, en vista de la falta de atención, una carta abierta dirigida al correspondiente ministro, y la contestación de este, en la que se leía, entre otras hermosas palabras, lo siguiente: “Diga usted a esos hombres que España y yo tenemos los brazos abiertos, no sólo para protegerles, sino también para sentir con ellos su propia esperanza de recuperación. Un abrazo a todos. Firmado: Jesús Romeo Gorriá”.⁷⁶¹ Después, visitas y más visitas, papeles y más papeles, y esperanzas baldías. Hasta que, por fin, en 1971, se construyó un moderno centro de rehabilitación en las cercanías de Valencia. Tal vez, como apunta Rubio con la ironía que le caracteriza, tuvieran algo que ver en ello aquellos empujones que él y el resto de sus compañeros habían dado unos años atrás.

760 *Ibíd.*, 84.

761 *Ibíd.*, 143.

Una asistencia que deja mucho que desear

Otro capítulo del ensayo está dedicado a la asistencia sanitaria y social recibida por los minusválidos. Basándose en su propia experiencia, relata los problemas para ingresar en un hospital y la realidad de los consultorios médicos en los viejos hospitales y sanatorios, como en el de la Malvarrosa, en donde Rodrigo Rubio había sido sometido a una intervención quirúrgica y en el que solo permaneció tres días hospitalizado. Después, lo llevaron a su casa, en donde las cosas se complicaron de tal manera que, en vez de recuperarse, quedó mucho peor que antes de ingresar en el sanatorio.

Tras pasar detallada revista a la situación de diversos centros hospitalarios existentes en España, concluye este apartado afirmando que, en muchos casos, cuando el enfermo había conseguido llegar a manos de un especialista, tras una serie de consultas previas inadecuadas e inútiles, resultó que ya era demasiado tarde:

En el campo de las deficiencias físicas, ha ocurrido en ocasiones que cuando un especialista ha sido llamado y ha intentado —casi siempre solo— una exploración e investigación a fondo, el enfermo llevaba camino de convertirse en un ser inútil. Todo porque había ido pasando por unos procesos de curación totalmente superficiales, sin un internamiento en centros adecuados, sin una investigación seria, en principio, de su enfermedad, etc.⁷⁶²

Después de esto, poco quedaba por hacer, como no fueran las consabidas campañas de cuestación o la peregrinación a Lourdes, en busca de un milagro de la Virgen.

El propio autor confiesa que él había visitado dos veces esa localidad francesa, una con la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes de Valencia, en el verano de 1965, y la otra a título individual, dos veranos más tarde. Tras esa doble experiencia, comenta que las

762 *Ibíd.*, 207.

peregrinaciones pueden ser algo admirable para los enfermos dóciles, para los que agradecen que les lleven allí donde ven a la Virgen y se bañan en las piscinas. Porque es muy frecuente que, cuando el enfermo se ve desahuciado, acentúe su religiosidad, entre otras cosas por la constante presión que recibe, por parte del sacerdote y de las damas visitadoras, para que se aproxime a la parroquia de su barrio. El enfermo dócil resulta muy asequible para esas personas. Se emociona, llora, reza, comulga, oye atento los sermones, se deja bañar en las piscinas y, en cierto modo, experimenta una especie de transformación, que le convierte en una joya para los cuidadores.

Por el contrario, el rebelde, el escéptico, es muy difícil de tratar y, si lo consiguen llevar a Lourdes, será un mero espectador e incluso puede que, al final, se encuentre peor que antes de ir allí, porque para él toda esa parafernalia es algo sin sentido; a lo sumo, una excursión que sirve para salir de casa o del hospital. Además, este es el enfermo que ve en Lourdes lo que los dóciles no ven: la comercialidad existente, el negocio de los hoteles, la oportunidad que tienen los peregrinos ricos de comprar objetos que pueden pasar a través de la frontera sin pagar aduana:

El escéptico, pues, es un ser valioso a la hora de analizar los pros y los contras de Lourdes, ciudad que emborracha, que ilusiona, que adormece, y que también empuja a volver los ojos hacia una sociedad pudiente que entonces parece próxima, pero en una acción no positiva en cuanto al mínimo bienestar social de tantísimos minusválidos.⁷⁶³

Además, el autor pone de relieve la cruda y tremenda paradoja que supone el hecho de que los cuidadores y acompañantes se sacrifiquen afanosamente por atender a unos enfermos por cuyas calamidades no sienten la menor preocupación. No se piensa en las condiciones humanas, económicas y sociales en las que viven, ni se piensa en las carencias y necesidades asistenciales del día a día. Se entregan a los enfermos y miran a Dios buscando una recompensa. “No hay un momento para llorar por el asco que les rodea. Ven las almas de los lisiados, pero no

763 *Ibíd.*, 215.

los cuerpos”.⁷⁶⁴ Los cuerpos son algo que se trae y se lleva, que se cuida momentáneamente; pero que son vistos como meros almacenes de almas. Y todo eso durante unos días marcados por una generosidad, según Rubio, muy peculiar: en el viaje de ida, el mundo de los sanos y el de los enfermos están próximos, o al menos así lo parece; al regreso, cada uno toma su maleta y su camino y los dos mundos se vuelven a distanciar.

La lucha del día a día

Llega el momento de la despedida a los enfermos después del viaje a Lourdes y de la despedida de Rodrigo Rubio cuando se acerca el final del libro. Entonces, recuerda el autor que, tras tres años de permanencia en la Fraternidad, tuvo que dejar ese trabajo para dedicarse a escribir. Después, trabajaría y colaboraría de otro modo, como lo demuestra la publicación de este ensayo, en cuya redacción ha tenido muy en cuenta los testimonios directos, por considerarlos más vivos y más humanos, y, también, diversos estudios científicos y encuestas, los cuales le han servido para ratificar aquellos testimonios.

Esa ha sido su intención a la hora de elaborar un libro que al autor le parece corto, aunque a otros les pueda resultar largo y aburrido, e incluso desagradable. Mas, a pesar de todo, lo cierto es que él piensa que este libro había que escribirlo, al menos para que estos temas no quedasen en el olvido, como mucha gente hubiese deseado:

Estoy convencido desde hace mucho tiempo de que estos temas, para la gran mayoría, es mejor que sigan enterrados. Pero no para mí, no para otros muchos hombres como yo; no, tampoco, para el que tenga una conciencia limpia, sana, y una inquietud social. Lo que se tapa, lo que se cubre, corre el peligro de asfixiarse, o por lo menos de pudrirse. Saquémoslo al aire. Pongámoslo en medio de la calle. ¿Que molestará a muchos? Eso importa poco. Alguien sabrá ver.⁷⁶⁵

764 *Ibíd.*, 216.

765 *Ibíd.*, 248.

Además de escribir este ensayo, otras actividades de Rodrigo Rubio en relación con los minusválidos fueron los diversos artículos publicados en el Boletín de la Fraternidad, que se editaba en Madrid, y en diversos periódicos nacionales, así como la impartición de conferencias y algunas colaboraciones radiofónicas. Cualquier ayuda, por pequeña que fuera, se hacía absolutamente necesaria. Y una de esas colaboraciones era la que realizaba en el programa “Minusval en las ondas”, a la que precisamente se refiere un anónimo paciente de Avilés en el diario *La Nueva España*. Dicho paciente, en un artículo de opinión, destaca, entre otras cosas que caracterizan la labor literaria y personal de Rodrigo Rubio, “su incondicional e inalienable toma de postura y adhesión respecto a los minusválidos físicos y mentales”. Buena muestra de esta actitud quedaría reflejada en dicha sección radiofónica, en la que Rodrigo firmaba unas cartas abiertas que, en opinión de ese anónimo avilesino, eran “un exponente irreversible de la reivindicación de este tipo de personas con un determinado hándicap, que muchos (más en la práctica, triste es decirlo, que en la teoría) se niegan a comprender y a tratar como seres con los mismos sueños, las mismas esperanzas y los mismos derechos que todo individuo normal”.⁷⁶⁶

Por eso, el autor, en su afán por ser sincero y objetivo, se ve obligado a añadir “un apéndice necesario” antes de entregar su libro a la editorial. Resulta que, desde que había comenzado a recopilar datos, en 1965, hasta la última redacción del mismo, en 1970, algunas cosas habían cambiado para bien de los minusválidos.

Así, el 21 de agosto de 1970, el Consejo de ministros aprobó una orden ministerial, según la cual las empresas con más de cincuenta trabajadores fijos deberían reservar un dos por ciento de sus plazas para minusválidos; los minusválidos recuperados tendrían preferencia para cubrir vacantes en los lugares en donde trabajaban y, si su rendimiento se consideraba normal, no podrían tener disminución de salario; en caso contrario, dicha disminución no podría ser inferior al veinticinco por ciento.

Además, la Asociación Nacional de Inválidos Civiles (ANIC) había conseguido que se crearan escuelas de formación profesional,

766 “Rodrigo Rubio, a favor de los minusválidos”.

talleres y centros sanitarios, como el Instituto Cuttmann para la recuperación de parapléjicos de Barcelona o ese otro que, para alegría del escritor manchego, se estaba construyendo en ese año 1971 en su querida tierra de Albacete, gracias a la ANIC, la Diputación Provincial y el II Plan de Desarrollo, y que habría de ser uno de los mejores de España.

Pero, como suele ser habitual en este país, las hermosas palabras y las promesas, aun escritas y publicadas oficialmente, no se corresponden con los hechos. De ahí su respuesta a una pregunta de un entrevistador llamado Antonio Rubio acerca de las lagunas sociales existentes en España en el campo de los Servicios Sociales en el año 1981:

Las hay, naturalmente. Pero con lo ya legislado se podría hacer mucho, si la letra no se dejara morir por completo. Hace ya más de diez años que apareció una ley en la que se hablaba de admitir a trabajar a personas minusválidas en empresas superiores a cincuenta empleados. Eran un dos por ciento de minusválidos los que tenían que ser admitidos. A este respecto se ha escrito mucho, pero se ha obrado poco. Y otro tanto ocurre con la ley sobre viviendas adecuadas al minusválido, ese famoso 3 por ciento, que no se ha visto por ninguna parte. Ahora esperamos que algún día se apruebe la Ley del Minusválido que, aunque incompleta, cubriría muchas lagunas, en todos los campos, y especialmente en el de asistencia social.⁷⁶⁷

Se escribía mucho y se hacía poco, en una sociedad española acelerada y consumista —“promocionada” diría Rubio— en la que, a diferencia de lo que sucedía en los países más desarrollados de Europa —en donde los minusválidos eran asistidos, rehabilitados y colocados en disposición de llegar a realizarse hasta donde sus propios límites se lo permitieran—, la única esperanza de un mundo mejor, para muchas de estas personas, se centraba en el más allá. De modo que, si se quería evitar esa situación de lamentable e injusta resignación, habría que trabajar codo con codo y día a día, sin desfallecer nunca en el intento,

767 Rubio, “Sobra papeleo”, 9.

a pesar de las múltiples tentaciones y ocasiones que se presentasen para arrojar la toalla:

Este podría ser un pequeño —o grande, no sé— desafío del marginado hombre que sufrió, por enfermedad o accidente, unas deficiencias físicas, incapacitándole para seguir el ritmo normal de los otros. Un desafío a su propio pueblo, a los organismos competentes, a los demás miembros de una sociedad, ya movediza y en escalada —eso nos parece, al menos— hacia cotas de un más alto nivel de vida. Un desafío para que llegue la comprensión, y con esa comprensión la acción justa y no el parche melodramático, carnavalesco y engañosamente caritativo, al que tan dados somos las gentes —mal informadas, por otra parte— de estas latitudes.⁷⁶⁸

5.6. Crónicas de nuestro tiempo (1972)

Se trata de un volumen en el que se recogen muchos artículos que habían visto la luz con anterioridad en los diarios *ABC* y *Ya*, así como en otros diarios relacionados con las agencias Logos y Fiel, y en algunos textos publicados en revistas como *Hechos y Dichos* y *Razón y Fe*. Otros pasajes estaban inéditos hasta ese momento, como los pertenecientes a la serie titulada “Vivir en el campo”, la cual forma parte del segundo capítulo del libro, en el que figura también un texto sobre la pobreza, que corresponde a una conferencia pronunciada por el autor en el Ateneo Mercantil de Valencia, en el marco de un seminario organizado por Cáritas Diocesana.

Además, aclara Rodrigo Rubio que, aunque solo el primer capítulo del libro lleva el título de “Política y vida”, ha decidido poner ese mismo subtítulo al libro en su conjunto por las razones que explica a continuación:

768 Rubio, “El minusválido en la sociedad de hoy”, 349.

Aunque el libro se divide en cinco partes, y sólo la primera se titula “Política y vida”, creo que todo el conjunto nace empujado por una forma de ver —el escritor— la política. Verla, sentirla y de algún modo sufrirla. El escritor, aunque no sea un político militante, siempre es, por lo menos, un político frente a su crónica, artículo o reportaje. Algo de su entorno lo ajusta o condiciona a la realidad presente, nacida de unas cuestiones socio-políticas que de alguna forma le afectan.⁷⁶⁹

El papel del intelectual y el escritor

Ocurre, según Rubio, que muchas veces se ha criticado al intelectual por no ser un hombre de partido. Parecería que, de alguna forma, su figura del debiera estar vinculada a un determinado tipo de ideología. En cambio, opina el ensayista que el intelectual no ha de ser un hombre que se integre en un sistema concreto, cualquiera que este sea; porque su misión es estar despegado de todo aquello que lo limite, lo reduzca o tienda a integrarlo. Y, en ese sentido, resulta que “el más perjudicado es el propio individuo que siente y piensa así. Marchar unido a alguien, a éstos o aquéllos, a los que sean, supondría siempre estar ‘con otros’, no estar solo”.⁷⁷⁰ Y ahí radica, precisamente, su miseria y su grandeza, pues, como afirma Rodrigo Rubio:

Yo creo que esta clase de individuo es, quizá más que otras personas, víctima de unas circunstancias, de un tiempo de la propia historia que él recuenta o escribe. No moverse, no gritar, no dar el paso que le haría andar al compás de los otros, no es un triunfo, aunque lo parezca; tampoco es una alegría, aunque muchos así lo crean. Tal vez sea como un castigo: algo que le hace asomar la cabeza a un vacío, a una soledad, al posible momento de la angustia, donde ya, cualquier clase de abrazo, suele resultar imposible.⁷⁷¹

769 Rubio, *Crónicas de nuestro tiempo*, 8.

770 *Ibíd.*, 15.

771 *Ibíd.*, 16.

Eso es algo que les sucedía a muchos de los hombres que en la década de los setenta se hallaban próximos a cumplir cuarenta años. Hombres que, cuando estalló la guerra civil, estaban en edad escolar o empezando el bachillerato o los estudios universitarios y vieron cómo sus aspiraciones resultaban truncadas, amén de tener que vivir de cerca el dolor y el hambre, así como el odio de los mayores. Todo esto, en opinión de Rubio, les originó traumas, tristeza, retraimiento y frustraciones, además de una cierta aversión hacia todo lo que pudiera suponer violencia.

Unos hombres, los de su generación, a los que el autor identifica como una generación intermedia, situada entre los mayores que ellos —que se habían podido formar y situar con cierta comodidad— y los que llegaron más tarde, los cuales, a pesar de sus protestas y reivindicaciones, pudieron ir a la Universidad y salir de ella preparados para desempeñar puestos relevantes. En cambio, los de esa generación intermedia tuvieron que ser luchadores solitarios y personas de formación autodidacta, y, como es su caso, tuvieron que superar muchísimas pruebas y dificultades para realizar sus sueños de escritores.

A continuación, se plantea cuál puede ser el futuro de los autodidactas en una España que, en esos años, se inclinaba peligrosamente hacia la tecnocracia y tendía a dejar abandonado el estudio de las Humanidades, por considerar que esos estudios eran poco menos que inútiles, como también se decía de las lenguas clásicas. En este sentido, se hace eco de la inquietud manifestada por Guillermo Díaz-Plaja en un artículo del 27 de febrero de 1927 publicado en *ABC*, en relación con la marginación que sufrirían las Humanidades en los planes de estudios de la Enseñanza General Básica. Y se pregunta Rodrigo Rubio cuáles serían las inquietudes, aparte de las profesionales, que podría tener cualquiera de esos niños en el futuro:

¿Qué podrá decirle la Historia, en general, si no le será dado conocerla, no ya a través de textos más o menos rígidos, sino por medio de la obra literaria de todos los tiempos? ¿Qué sabría del tiempo pasado —que siempre configura el tiempo presente, y aun el tiempo futuro—, si ya no sabrá de la Edad Media o del Renacimiento a través

de las obras clásicas, donde siempre —como muy bien apuntara en un ensayo Juan Goytisolo, estudiando lo testimonial en nuestra novela picaresca— se podía aprender mucha más historia —historia social, historia real— que en los breves y concisos textos de los manuales...?⁷⁷²

A la vista de esa realidad educacional de los años setenta —que nos resulta bastante familiar en estos primeros años del siglo XXI, cuando todavía estamos a vueltas con el papel de las Humanidades en los continuos cambios de planes de estudios y leyes educativas que salen a la luz cada vez que se produce un cambio de gobierno—, cuestiona Rubio si serán los autodidactas quienes se conviertan en una especie de fuerza de contención frente al avance de las “ajustadas y pulidas profesionalidades”; si serán ellos los que de alguna forma “apalanquen para que el mundo no se esterilice, se deshumanice, tecnocratizándose masivamente, anquilosándose irremisiblemente”, y si tendrán valentía y energías suficientes para afrontar “todos los peligros cara a un futuro que posiblemente procurará marginarlos”.⁷⁷³

La España del progreso, el letargo y la modorra

Uno de los peligros de esa sociedad excesivamente tecnocrática y promocionada estribaba en el hecho de que las grandes ciudades se estaban convirtiendo en una especie de centros de absorción de personas anónimas que acudían masivamente, en busca de una mejor situación laboral y teniendo que instalarse en unos cinturones suburbanos, en unas pobres viviendas, y con unas condiciones de vida que, en la mayor parte de los casos, ni tan siquiera eran las más idóneas o las apetecidas por esos emigrantes. De esta forma, se acababan convirtiendo en víctimas, que no en culpables —y en esto insiste mucho el autor, quien habla con conocimiento de causa, pues, como bien sabemos, le había tocado vivir, por partida doble, esta experiencia cuando se trasladó, primero, a Valencia y, más tarde, a Madrid—, de unas sociedades cuyas principales señas

772 *Ibíd.*, 21-22.

773 *Ibíd.*, 22.

de identidad eran el apiñamiento, la incomodidad y la contaminación, además del desconcierto, la insatisfacción y el desencanto.

Pero, como es lógico, el propio Rubio apunta que no se puede ni se debe generalizar, porque había provincias que en esos años experimentaban un marcado ritmo de progreso y bienestar, mientras que otras parecían sumidas en un largo y profundo sueño. Hacia estas encamina sus críticas, alzando su voz contra los que llama “directores de esas orquestas sin ritmo”, entendiendo por directores las fuerzas vivas, las jerarquías y los altos funcionarios de esas provincias dormidas que necesitan “de algún ritmo vivo, no de nanas que adormecen más”.⁷⁷⁴ Y para que se le entienda bien, pone el ejemplo de Valencia, la ciudad en la que él vivía cuando, en 1968, escribió este artículo titulado “El baile de las provincias”, que ahora recoge en el libro *Crónicas de nuestro tiempo*. Valencia que, según el autor, dormía un sueño casi eterno y que, paradójicamente, era una provincia rica, por naturaleza, en el ámbito agrícola, pero que no veía llegar la industria nueva y, por tanto, había pasado de ser la tercera capital de España a ocupar el decimoctavo lugar.

Lo que ocurre, como también apunta Rubio, es que ese papel de despertador le correspondería representarlo a quien tiene en su mano la batuta para dirigir la orquesta, y no a quienes, como es su caso, temen que su particular y tierna batuta pueda ser rota “por los que, desde algún lugar más alto, nos pueden tapar la boca con sólo alzar una mano y pronunciar una palabra (léase: alto, censura...)”.⁷⁷⁵ Por eso, en muchas ocasiones, hay que hablar con “Palabras en voz baja” —título de otro de los artículos—; hay que hacerse preguntas, hablarse a sí mismo, pararse a pensar qué somos, qué tenemos y adónde vamos. Y eso que, como dice el escritor, pararse a pensar no es bueno:

Confieso que pensar no es bueno. Detenerse y agachar la cabeza, meditando, no es lo aconsejable para los que andan a ciegas, con los ojos llenos de falsa luz y de música que adormece. Por experiencia, me atrevo a decir que pensar en profundidad es ver nuestro tiempo bailando, balanceándose en la cuerda floja. Y no pensar

774 *Ibíd.*, 39.

775 *Ibíd.*, 40.

es ver, posiblemente, más solidez en todo, más firmeza en el vehículo que nos transporta, en la casa que habitamos, en los lugares buscados para la holganza y la expansión. Por eso, “los que nos quieren”, trazan caminos para nuestra felicidad.⁷⁷⁶

He aquí la tremenda paradoja de la vida humana, como bien resalta Rubio con ese irónico apelativo de “los que nos quieren”. En efecto, desde arriba se procura dirigir las mentes de las personas para que no piensen, para que se dejen arrastrar por la bola de nieve del desarrollismo y del consumismo, de modo que la felicidad se cifre en poseer todo aquello que *se nos dice* que necesitamos para ser felices.

Así, el ser humano viviría sumido en el letargo, en esa fe del carbonero, que diría Unamuno. Y, entonces, lo mejor sería no despertarlo, como hacía el párroco de Renada, don Manuel Bueno, con sus feligreses. Para qué despertar al hombre, para qué hacerlo sufrir inútilmente; dejémoslo dormir y soñar en su felicidad. Porque, como bien apunta Rubio, “sería absurdo quererle demostrar lo contrario al hombre que ha ido cambiando de vehículo, de piso, hasta llegar a disponer hoy de todo aquello que hace su vida más mollar, más suntuosa. Nos apartaría de su lado, porque en cierto modo nos estaríamos mostrando como pájaros de mal agüero”⁷⁷⁷.

Lo que ocurre es que la comodidad adormece las mentes y nos arrastra hacia una especie de amaneramiento, el cual nos priva de clarividencia mental y de ganas de luchar; pero, a cambio, nos otorga un optimismo triunfalista y bobo, alentado desde arriba y sustentado en imágenes y prototipos a los que admirar y por los que suspirar. Y contra ese relativo bienestar —dice el ensayista— no se puede luchar, porque todo aquello que vaya en contra de ese vivir será una molestia para quienes se han quedado sin pensamiento.

Lo más curioso de todo es que la inmensa mayoría de las palabras escritas por Rodrigo Rubio en las páginas de este libro podrían ser suscritas sin problema alguno por muchos de nosotros, a la vista de la sociedad en

776 *Ibíd.*, 49.

777 *Ibíd.*

que vivimos, idiotizada en gran medida por tantos y tantos programas de televisión —véase el caso, por ejemplo, de los llamados programas del corazón, de las telenovelas, etc.— que tratan de distraernos de los problemas de nuestra realidad cotidiana, para ofrecernos unos falsos modelos a imitar o unas pautas de conducta en poco o nada coincidentes con las cuestiones políticas, sociales, económicas y culturales que deberían centrar nuestro interés y nuestra preocupación. Pero ya se sabe que un pueblo que bosteza o duerme, es un pueblo que sueña o, incluso, que ronca y que, por ende, no se queja ni protesta.

De ahí que Rodrigo Rubio escriba una “Carta al hijo” en la que trata de ser optimista de cara al futuro, a pesar de tener serias dudas de que sus deseos se vayan a corresponder con la realidad. Dudas que provienen de la posibilidad de que los adultos, en su afán de mejorar las cosas, destruyan la esencia de las cosas más importantes. Dudas que se centran, entre otras cuestiones, en si el ahora niño, cuando sea mayor, podrá ser un hombre libre y feliz, y en si, además, tendrá tiempo para recordar las vidas de quienes le precedieron, las vidas de sus antepasados, la vida de ese mundo perdido por el que siempre suspira, con evidente nostalgia, el escritor albaceteño:

No sé dónde llevarás a tus hijos en ese mañana automático; no sé si buscaréis el silencio y la paz de un campo (un campo que ya no tendrá lugareños, aldeanos, hombres de blusas y albarcas); no sé si significará algo el chopo de afilada copa, verde o dorado, según la estación; no sé, tampoco, qué podrá representar el andar sobre una tierra recién nacida, o sobre el verde nuevo de un trigo que se despereza, luego del largo y frío invierno... Quizá no puedas mostrar a tu descendencia las paredes ahumadas de una casona de pueblo, donde tus abuelos atizaban el fuego de troncos y leían lastimeras novelas por entregas. No sé si ya, por algún sitio, alguien os dirá qué es un candil, unas tenazas, una silla de anea, y sobre todo lo que son —o eran, mejor dicho— unas gentes sencillas y humildes que laboraban, con mucho silencio, para descansar luego en la paz hogareña, con algún rezo, muy antiguo, traspasado de abuelos a padres, de padres a hijos, en las bocas hechas al buen saludo y a las mejores palabras.⁷⁷⁸

778 *Ibíd.*, 59-60.

Una España por desarrollar

A continuación, el autor sitúa un amplio apartado, bajo el epígrafe “Vivir en el campo”, para abrir el segundo capítulo del libro, titulado “Desarrollo sin desarrollar”. La vida del campo, afirma Rodrigo Rubio, estaría marcada por una herencia de siglos, según la cual el campesino vivía como si estuviese de espaldas a todas las evoluciones, que, por otra parte, tampoco llegaban de igual forma para todos. Así, los campesinos que tenían tierras propias se vieron favorecidos por la mejora de los cultivos, gracias en buena medida a los adelantos técnicos que iban llegando poco a poco y que afectaban tanto a la forma de vida en la casa como a los medios de transporte y de trabajo. En cambio, en las zonas minifundistas, los pequeños agricultores y braceros seguían trabajando en esas fechas con el arado romano y la yunta de mulos o asnos y, cuando llegaba la época de la recolección, solo podían servirse de sus manos y de las viejas hoces.

Por otra parte, recuerda que en los años anteriores a la guerra civil, la capacidad de ahorro de los campesinos era prácticamente nula, a excepción de quienes tenían muchas tierras o de quienes se sacrificaban en el día a día. Y ese recuerdo lo hace utilizando el presente histórico, tiempo que se adapta perfectamente a la añoranza del tiempo perdido que caracteriza gran parte de la literatura del escritor albaceteño:

La vida de los pueblos es pacífica. Los hombres aran con sus yuntas; transportan mieses y leñas con sus carros; recogen las uvas, elaboran sus vinos; matan los cerdos; arreglan los aperos de labranza en los días de temporal; llevan el trigo y la cebada al molino, etc., etcétera. Las mujeres cuidan de la casa. Las mujeres van también al campo, pero son las más pobres, o casi todas en tiempos de siega, vendimia, escarda, recogida de aceituna o de la rosa del azafrán. La mujer tiene más que suficiente con atender la cocina, asear la casona, cuidar de los animales del corral, repasar la ropa. Esta mujer no ve más horizonte que el de su calle. Apenas sale del pueblo. Tiene a su familia cerca, es tranquila. Cose por las tardes en la calle, al sol o a la sombra, según el tiempo, en

compañía de otras vecinas. Hablan de cosas que suceden en su entorno. Nada se altera.⁷⁷⁹

Entre tanto, los obreros mostraban una manifiesta fidelidad a sus amos, a veces llegando casi a la veneración, a pesar de que trabajaban muchísimo y ganaban unos duros al mes, lo justo para vivir. Los terratenientes y labradores acomodados, por su parte, se paseaban por las calles, jugaban al dominó, vigilaban sus haciendas y se sentían seguros con sus fieles criados. Se trataba de una vida tranquila, sin sobresaltos, sin apenas ambiciones. Pero los tiempos cambiaron y los trabajadores abrieron los ojos:

Y con el cambio, el hombre que era fiel servidor de sus amos llegaría a comprender que había sido y seguía siendo una víctima del terrateniente. Vendría la guerra, con su fuerte sacudida político-social, y llegaría la postguerra con su hambre, con sus rencores, con aquel pan de maíz, que no podía comer el hombre acostumbrado a la harina de trigo. Llegaría ese tiempo, el de las vacas flacas y las vacas gordas, como he expuesto en mi ensayo *La deshumanización del campo*, y aquí tendría su origen la enorme emigración interior.⁷⁸⁰

Efectivamente, llegó el tiempo de los cupos forzosos, de las ventas clandestinas, del racionamiento y del estraperlo; el tiempo de las euforias y el enriquecimiento de unos y las tristezas de otros; el tiempo de los protegidos y el de los marginados; el de los que comían pan de trigo y el de los que comían pan de maíz o torta de cebada; el tiempo, en fin, de las desigualdades y las injusticias, como denuncia el ensayista:

La vida está enormemente desequilibrada entonces. Hay hombres todavía en las cárceles. Sus mujeres se ven obligadas a vender

779 *Ibíd.*, 68-69.

780 *Ibíd.*, 70.

las tierras. Y esas tierras van a manos de los que, oportunamente, se están enriqueciendo. Años de vacas gordas y vacas flacas; días de sol y sombra; horas de risas y lágrimas. Algo que estaba condenado a morir, pero que duró diez o más de diez años, tiempo suficiente para dar origen a una rebeldía que, pese a ser manso por naturaleza, empezó a aguijonear el interior del obrero del campo.⁷⁸¹

Hablamos de los años cincuenta, cuando en algunos de los grandes pueblos de la Mancha el número de obreros era más de la mitad de la población y, por tanto, se veían obligados a vivir en paro forzoso buena parte del año, una vez concluidas las tareas de recolección de los cereales y de la vendimia. Es el momento del éxodo, de la emigración en masa, favorecida, además, por la llegada de los tractores, que reducían aún más la mano de obra necesaria. Es la época en que braceros y pequeños agricultores emigran a ciudades como Madrid, Barcelona, Bilbao o Valencia, mientras que se van despoblando las provincias castellanas, eminentemente agrícolas, que se unen así al fenómeno de las emigraciones procedentes de Andalucía, Asturias y Galicia. Y, después, llegará la emigración al extranjero: Francia, Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda e Inglaterra, porque, además de los campesinos, también se marchan los habitantes de las ciudades cuyas industrias están estancadas o son prácticamente inexistentes.

Además de los agricultores ricos y de los terratenientes —que viven casi todo el tiempo en sus casas de la ciudad—, en los pueblos se quedan los viejos, esperando la vuelta de sus hijos o alguna carta o un envío de dinero por parte de estos. Se quedan los deficientes físicos, que poco o nada tienen que hacer en ningún sitio. Se quedan los que aman demasiado la tierra o los que no tienen aventuras viajeras. Y eso lo sabe muy bien el propio Rubio, quien tuvo ocasión de vivir en sus carnes esta situación y quien tuvo que sufrir que se malvendiera su casa del pueblo, así como las tierras, las caballerías y los enseres de labranza. Por eso, a la hora de hablar de los que se quedaron y de la multitud de pequeñas e insignificantes cosas que servían de freno a la marcha de algunas de esas

781 *Ibíd.*, 71.

gentes, lo hace con unas palabras que recuerdan, sin duda, lo que él había vivido en su pueblo y en su propia casa:

Hay una pequeña casa de paredes encaladas; un patio en el que se toma plácidamente el sol; una cocina donde arde una lumbre de sarmientos, cepas y paja; un puchero que se cuece lentamente; una mujer que “no sabría andar por las calles asfaltadas de la ciudad”; unos hijos sanos que “aquí no se pierden, como otros que se fueron”. Hay una sombra fresca bajo el olmo de la era; hay un vinillo blanco en la tinaja del jaraiz; hay unas patatas de la cosecha para asarlas y remojarlas con el vinillo viejo.⁷⁸²

Con respecto al grado de satisfacción que consiguieron en la ciudad algunos de los campesinos emigrados, aporta los datos de una pequeña encuesta elaborada por él mismo en 1966 entre cien inmigrantes llegados a Valencia, la mitad jóvenes entre veinte y treinta y cinco años, y la otra mitad maduros y viejos; pero todos ellos habitantes, por lo general, de barriadas extremas.

Entre los jóvenes, tan solo un siete por ciento confesaba que volvería al pueblo siempre que las cosas cambiaran y pudieran obtener para sí una buena parte de lo que produjeran. Los pocos que pensaban así creían que el traslado les había perjudicado, tanto por cuestiones personales como familiares. En ese sentido, cita el testimonio de un obrero inquieto e inteligente, que le había servido para escribir su relato *El regicida* (1969). Era un hombre que, al poco de llegar a la ciudad, se había creído más libre; pero, casi inmediatamente, había dejado de sentirse así, tras comprobar que todo lo que hacía o pensaba estaba planificado desde algún sitio y, por ello, estuvo a punto de romper el televisor, comprado hacía un año, pues entendía que desde ese aparato se les trataba de convertir en rebaño, como anteriormente lo había intentado hacer su amo, el terrateniente.

782 *Ibíd.*, 77.

Es entonces cuando Rodrigo Rubio aprovecha para hacer metaliteratura y explicar la versión que realizó de esta anécdota en el relato antes mencionado:

No rompió el televisor, aunque yo en el cuento he hecho que lo rompa, y que se desquicie, y que le crean loco, sólo porque era un hombre que había huido de la tierra y ahora, en la ciudad, había pasado poco a poco a pertenecer a la gran masa que no se mueve ya por impulsos propios, sino por algo que a simple vista no se ve, pero que está presente en nuestro vivir mecanizado y estandarizado.⁷⁸³

Entre los maduros, observó dos claras tendencias: la de los padres de familia, con edades entre los cuarenta y sesenta años, y la de los abuelos. Los primeros, en su inmensa mayoría, no eran partidarios del regreso al pueblo, y no por ellos, sino por sus hijos, quienes tendrían una vida mejor en la ciudad. A los viejos les daba igual vivir en un sitio que en otro, aunque aseguraban que el salir de su tierra les había acarreado un gran trastorno.

Como conclusión a este apartado, compara Rubio la situación de España con la de países como Francia y Alemania, en donde, junto a una gran industria, existía una poderosa agricultura, y afirma que todavía se estaba a tiempo de impedir que el campo se convirtiera en un desierto. Puesto que no se podía hacer regresar a quienes habían abandonado la tierra, habría que conseguir que nuestro campo fuese más rico para que, de ese modo, sus gentes pudieran llevar un mejor nivel de vida que aquellos otros que habían vivido condenados a una pobreza que arrastraban de herencia.

783 *Ibíd.*, 84.

Dos enfermedades muy preocupantes

A continuación, aporta una serie de consideraciones sobre “La pobreza en nuestros días” y sobre “El minusválido en la sociedad de hoy”, con las que se completa el capítulo segundo del libro. Pobreza y minusvalía juntas porque, según el escritor albaceteño, también la pobreza es una enfermedad, una desgracia que le toca vivir a gran parte de la humanidad y que muchas veces se intenta sublimar merced a la religión, pensando que gracias a ella se podrían “alcanzar dones espirituales que a lo mejor a otras gentes, en mejor acomodo económico, les están vedados. Pero yo no puedo propagar ni defender esto”.⁷⁸⁴ Más bien, lo que hizo fue todo lo contrario, pues tanto él como otros miembros de la Fraternidad Católica de Enfermos trataron de alentar a sus compañeros y amigos para que comprendieran que “nosotros éramos y somos de carne y espíritu; que el hombre, por muy pobre que sea, por muy enfermo que se encuentre, no puede quedar nunca relegado a un segundo o tercer o cuarto plano del movimiento y actividad humanas”.⁷⁸⁵

Las campañas y colectas no son malas, como tampoco lo es la ayuda de tipo espiritual. No obstante, a su juicio, existe otro modo mucho más justo y eficaz de colaborar a la solución del problema de la pobreza en el mundo: tomar conciencia de que el pobre y el que no lo es vinieron igual de desnudos e indefensos al mundo, y que las diferencias entre unos y otros comienzan a generarse en el momento en que se empieza a ponerles los pañales e incluso a la hora de elegir, si es que se puede hacer, el sitio en donde el hijo va a nacer. A partir de ahí comienzan a fraguarse trayectorias existenciales diferentes para unos y otros. Y eso es algo en lo que Rodrigo Rubio insiste, aun a riesgo de parecer un moralista, para que todos tomemos conciencia y actuemos en consecuencia.

Porque sucede que, cuando uno vive en el seno de una sociedad acomodada, con más o menos lujos, pero con todas las necesidades cubiertas, no echa en falta nada a su alrededor. Para esa gente, la pobreza no existe, porque la pobreza está en los pobres, y a los pobres no se les ve. De ahí la importancia de tener muy presentes informes tan clarificadores como los de la FAO o testimonios como los del Papa Pablo VI, quien, tras conocer de cerca la realidad de Sudamérica, el Oriente Medio y el Lejano

784 *Ibíd.*, 95.

785 *Ibíd.*

Oriente, proclamaba a los cuatro vientos la necesidad de la caridad y de la justicia, como condición *sine qua non* para la existencia del orden y de la paz en el mundo. Y, en este sentido, afirma Rubio algo que hoy día, treinta y tantos años después, sigue teniendo una vigencia lamentable y estremecedora: “la pobreza tiene ahora, en los tiempos que corren, más detallada noticia de la riqueza, y éste es uno de los más grandes peligros que amenazan el ya tambaleante equilibrio de la Humanidad”.⁷⁸⁶

Según él, los alardes de riqueza y de poder de los países ricos, preocupados por elaborar faraónicos presupuestos para armamentos o vuelos espaciales —por poner tan solo los dos ejemplos que menciona el autor—, son algunas de las más graves provocaciones para el mundo de los pobres. Y las gentes sensatas, las gentes que sí han tomado conciencia de esa tremenda injusticia, son las que se alarman, como lo hace el propio Rubio, quien siente miedo de pensar en una posible rebelión del mundo de la pobreza:

Porque esa parte del mundo que sufre hambre es tan grande, tan amplia, que dan escalofríos pensar en una verdadera rebelión, una rebelión multitudinaria; una rebelión a la que tendríamos que dar por nombre: “La rebelión de los justos”. Pero que nadie tema, porque esto, por ahora, no ocurrirá. Debilita mucho la pobreza. Aniquila demasiado la pobreza. Vive sin armas y sin energía, la pobreza.⁷⁸⁷

Para conocer de cerca la vida de los pobres no era necesario viajar al llamado tercer mundo; bastaba con dejarse caer por los suburbios de una gran ciudad como Madrid, en donde a comienzos de los setenta vivían más de 600.000 pobres, según datos recogidos en el llamado informe Foessa. Unos datos estadísticos que se vieron corroborados por la propia experiencia del autor mientras formó parte de la Fraternidad Católica de Enfermos y que, en algunos casos, fueron plasmados en su obra *Minusválidos*, al igual que lo hace en esta ocasión en el apartado del ensayo titulado “El minusválido en la sociedad de hoy”.

786 *Ibíd.*, 101.

787 *Ibíd.*, 104-105.

La importancia de la lectura

Ya en *Radiografía de una sociedad promocionada*, Rodrigo Rubio había dejado constancia de algunas de las cosas a las que se refiere en el capítulo III del presente libro, que lleva por título “De la publicidad, el lenguaje y otros entretenimientos de ahora”. En este caso, la mayor parte de sus diatribas se centran en el ámbito de la cultura, empezando por el lenguaje de los tecnócratas, en el que critica el excesivo uso de los adverbios terminados en *-mente*, así como el abundante empleo de vocablos como *comercialización*, *planificación*, *promoción*, *problema*, *chequeo*, etc., o las expresiones *de inmediato* y *en principio*. Se trata, en definitiva, de una moda que se iba introduciendo en el lenguaje de la gente que quería estar, o al menos parecerlo, *a la última*. El peligro, según el ensayista, radicaba en que “el lenguaje, al querer modernizarse, no por deseo de renovación, sino por el interés que el hombre pone en ser más moderno él, en estar más al día, nos va limitando, nos lleva poco a poco hacia unas formas anquilosadas, sin fluidez ni fuerza”.⁷⁸⁸

A continuación, va a centrar su atención preferente en el tema de los libros y la lectura, empezando por algo que era muy habitual en esos momentos: los cócteles para la presentación de novedades editoriales, en céntricos hoteles o restaurantes, a los que la mayor parte de los invitados acudían a comer, beber y conversar con avidez, a sabiendas de que, al final, habrían de sacrificarse un poco para —como irónicamente escribe Rubio, quien por esas fechas era muy habitual en ese tipo de presentaciones— “escuchar unos momentos el discurso que hace el editor, siempre un señor que no trabaja por lucro, para enriquecerse más, con el lanzamiento de esta o aquella obra, sino para el bien de todos, para gloria de los escritores patrios y, cómo no, para gloria del país”.⁷⁸⁹

Unas presentaciones a las que mucha gente solo asistía para llevarse un libro gratis que, en la mayor parte de los casos, no iban a leer, pero que eran necesarias para dar a conocer unas obras que, aun siendo buenas, corrían el riesgo de morirse de viejas en los almacenes de las editoriales o en los estantes de las librerías. En cambio, si hallaban eco en la prensa o en las tertulias, por malas que fuesen esas obras, tendrían

788 *Ibíd.*, 137.

789 *Ibíd.*, 147.

mucho más fácil su difusión. Además, esas presentaciones también servían para el intercambio de favores, gracias al conocido *do ut des*: “a ver si me haces una crítica de ese librito que te he mandado”, y “tú no te olvides de citarme cuando escribas esos artículos sobre novela contemporánea”.⁷⁹⁰

A pesar de todo, piensa Rodrigo Rubio que, en un mundo tan colectivizado y deshumanizado, la lectura podría servir como asidero, como tabla de salvación, ya que, frente a un mundo en que prima lo colectivo, la lectura aísla, individualiza, salva, porque pone al lector en el camino de encontrar asideros espirituales. Por eso, nos invita a leer, aunque sea libros de humor, género que estaba muy de moda en esos años, gracias a que los humoristas se atrevían, medio en serio, medio en broma, a tocar unos temas que eran muy del gusto del público y que resultaban muy difíciles de tratar para los escritores que no humoristas. Buenos ejemplos serían obras como *Cartas a los celtíberos esposados* y *El despiste nacional*, de Evaristo Acevedo; *El español y los siete pecados capitales*, de Fernando Díaz-Plaja, y los libros de Mingote, Chumy Chúmez y Jaume Perich, en los que los lectores podían saber algo acerca de lo que son nuestros pecaditos y nuestros despistes; pero no acerca de nuestros pecados y de nuestros errores. Entre otras cosas, porque, en opinión del ensayista, ese público lector no estaba preparado para afrontar novelas importantes, ensayos científicos o históricos y obras, en general, que afronten con seriedad temas serios. Aun así, habría que estar contentos de que ese público fuera capaz de consumir determinado tipo de libros que, tal vez, pudieran servir como antesala para futuras lecturas de mayor envergadura y calidad literaria:

No se les puede pedir que, al mismo tiempo que compran “Autopista”, de Perich, se lleven también las obras completas de Marcel Proust o Thomas Mann. Eso sería demasiado, y la carga, por varias razones, les resultaría, de momento, pesada e indigesta. Como ejercicio, como primer plato, no está mal que empiecen por los chistes y esas historietas en donde se habla de nuestros pecaderos y despistes, pues,

790 *Ibíd.*, 148.

como dije, para aperitivo o entrada de un más fuerte menú, no está nada mal.⁷⁹¹

Tiempo para los recuerdos y la añoranza

Tras un cuarto y breve capítulo dedicado al fútbol, como deporte de grada y de pantalla, el autor da paso al quinto, mucho más extenso e interesante, el cual, bajo el título “De ayer a hoy”, contiene una serie de reflexiones, *de varia re*, sobre algunos contrastes entre pasado y presente, con esa nostalgia de los tiempos pretéritos tan característica de su obra y de autores como Azorín y Gabriel Miró, a los que tanto admira Rodrigo Rubio y a los que rendirá su particular homenaje en estas últimas páginas de *Crónicas de nuestro tiempo*.

Opina el autor que, igual que es bueno avanzar y dejarse tocar por el progreso y la modernización, también lo es el hecho de recordar aquellas cosas pertenecientes a un mundo perdido, cuando el ritmo de vida era más pausado, más tranquilo y, tal vez, más humano y más espiritual.

Un símbolo de ese paso que se ha dado hacia delante es el adiós a las viejas locomotoras de vapor, que han pasado a formar parte de la historia, de la entrañable historia que no se suele escribir o que se escribe a la ligera. Esto es propio del andar de los años: los nuevos y más veloces trenes con locomotoras eléctricas o de fuel-oil sustituyen a las viejas locomotoras, aquellas mismas que en su momento deslumbraron a Azorín, quien, en su libro *Castilla*, y más concretamente en el capítulo titulado “Los ferrocarriles”, se refiere a la poesía de los nuevos trenes:

Sí; tienen una profunda poesía los caminos de hierro. La tienen las anchas, inmensas estaciones de las grandes urbes, con su ir y venir incesante –vaivén eterno de la vida— de multitud de trenes; los silbatos agudos de las locomotoras que repercuten bajo las vastas bóvedas de cristales; el barbotar clamoroso del vapor en las calderas;

791 *Ibíd.*, 158.

el zurrir estridente de las carretillas; el tráfago de la muchedumbre; el llegar raudo, impetuoso, de los veloces expresos; el formar pausado de los largos y brillantes vagones de los trenes de lujo, que han de partir un momento después; el adiós de una despedida inquietante, que no sabemos qué misterioso dolor ha de llevar en sí; el alejarse de un tren hacia las campiñas lejanas y calladas, hacia los mares azules.⁷⁹²

Por su parte, Rodrigo Rubio no ve la poesía de los trenes en los nuevos *Talgos* y *Teres*, potentes y rápidos, sino en aquellos otros trenes que en tiempos de Azorín representaban la modernidad y que ahora, un siglo después, forman parte del recuerdo:

Tendremos que recordar cuando estuvimos por primera vez orilla de la vía, cuando vimos aproximarse esa oruga de hierro y madera, que echaba llamas y humo por su cabeza de monstruo; tendremos que sentirnos trasladados a un tiempo de viajes sencillos, cuando los padres llevaban las alforjas o la grande cesta de mimbre, repleta de sabrosa merienda. Nos veremos como en camino hacia viejas ferias con carruseles y caballitos de madera, adonde el tren de marcha lenta y locomotora “de humo” nos había llevado.⁷⁹³

Otro símbolo del cambio que se estaba produciendo en la España de esos años setenta lo representaban los buenos vinos españoles, bebidos en porrón y en redoma, que fueron sustituidos por la cerveza, los refrescos y los caldos de otras tierras. Y lo más paradójico de todo es el hecho de que, en cambio, elaboramos buenos vinos que queremos vender en el extranjero.

Nostalgia, también, a la hora de recordar las viejas formas de hacer el pan, cuando, con los preparativos de la “cochura”, empezaba la alegría en toda la casa. Una vez por semana, las familias preparaban la masa para llevarla al horno y las fritillas para el almuerzo — esas doradas

792 Azorín, *Castilla*, 106-107.

793 Rubio, *Crónicas de nuestro tiempo*, 201.

y huecas tortitas de masa, hechas en abundante aceite hirviendo—, con una buena taza de café con leche o chocolate.

La moderna vida ciudadana imponía nuevos hábitos alimenticios: poca carne (sobre todo por el elevado precio), mucho pollo, pescado congelado y la poca verdura que se podía encontrar en el mercado. Comidas, pues, rutinarias; pero, según decían los expertos, sanas, porque se tomaban más vitaminas y proteínas y se abandonaban las grasas. No obstante, el escritor afirma que él quisiera, alguna que otra vez, perdonar la insípida merluza congelada, por muy simpática y barata que fuese, y comerse unos buenos chorizos de Castilla o de La Mancha, de los que estaban guardados en las orzas con su pringue; unos trozos de lomo en adobo; una “olla de invierno”; un buen “empedrado” de arroz y habichuelas, con su magro, su morcilla y su chorizo, o unos “gazpachos manchegos o galianos, de los que habló algunas veces Azorín, porque al hombre, enjuto y todo, refinado y demás, también le gustaba, de cuando en cuando, una de esas comiditas fuertes, y si era servida por moza retozona (de las que él veía en ventas y posadas), mejor que mejor”.⁷⁹⁴

Muchas de esas comidas eran elaboradas en viejas cocinas de pueblo, con lumbres hechas con sarmientos, troncos de pino o de olivo y un poco de bálago. Lumbres de leña a cuyo lento calor se cocinaban exquisitos manjares y que eran el centro de la vida de aquellas casas:

En torno a la vieja cocina podía escribirse mucho, como ya he apuntado, porque en esa pieza de la casa estaba el centro de la vida, la actividad. Allí, junto a una ventana o ventanuco, remendaban sus ropas —y las de sus hombres— las enlutadas lugareñas, o allí, y bien a la luz escasa de las tardes cortas de noviembre, o a la luz de la bombilla eléctrica, ya en la sanochada, bordaban —y muy primorosamente— sus ajuares las muchachas, algo tristes y románticas, limpias y a veces pizpiretas, como casi siempre las viera el no menos triste y melancólico Azorín.⁷⁹⁵

794 *Ibíd.*, 217. En varias ocasiones, el escritor de Monóvar se refirió a los gazpachos manchegos. Es el caso, por ejemplo, de *La ruta de don Quijote* (1905), *Con permiso de los cervantistas* (1948) y *El buen Sancho* (1954).

795 *Ibíd.*, 237.

Calor de fuego y de hogar que propiciaba, también, las lecturas de los mayores y los posteriores comentarios sobre las mismas. Y, no lo olvidemos, historias y leyendas que eran contadas por las abuelas al calor de esa lumbre y que significaban buena parte de la tradición oral transmitida a través de generaciones.

Todo esto pertenece ya a un mundo perdido, a un mundo de recuerdos y de añoranzas, del que, igualmente, forman parte algunas de las tareas del campo manchego, como, por ejemplo, la de la siega, cuando, desde los primeros días de junio, los modestos labradores albaceteños se ponían en contacto con las cuadrillas de segadores de años anteriores. Gentes humildes que acudían de los pueblos de Cuenca, con sus carros y sus burros; familias enteras que solían pasar casi toda la época de la siega sin acudir al pueblo o a la aldea, salvo cuando tenían que recoger algo de “avío”. O gentes que iban desde las tierras secas de Murcia (Cieza, Zeneta, Calasparra, etc.), en cuadrillas casi siempre de hombres solos y que, a diferencia de los anteriores, gustaban de ir todas las noches al pueblo o aldea para beber vino, tocar la guitarra y entonar canciones. Ahora, en cambio, todas esas tareas se hacen con potentes máquinas que peinan, cortan y trituran los trigos.

Por último, en el recuerdo de Rodrigo Rubio, dos fiestas muy emotivas: los Reyes Magos y la Semana Santa. Pobres Reyes Magos los suyos, por aquello de que su casa caía al final del viaje y ya llegaban con escasas existencias. En cambio, los Reyes de su hijo Marcos son mucho más espléndidos, a pesar de que él no les puede escribir cartas, dado que solo sabe hacer garabatos con los lápices. Pero, al igual que sucede con Rodrigo Rubio, las cartas las redactan muchos padres que no habían podido escribirlas cuando eran niños ni tampoco habían tenido quienes lo hicieran por ellos. Y en ellas piden todas aquellas cosas, y algunas más, de las que ellos carecieron, porque aquellos “eran tiempos de muchas urgencias, de no pocas necesidades, y buscaba comprensión y cariñoso recuerdo para los padres que nunca me dictaron una de esas ingenuas y maravillosas cartas”⁷⁹⁶.

Y Semana Santa, fechas que, en esos años setenta, ya no tenían el sentido religioso de otros tiempos, sino que eran sinónimo de vacaciones

796 *Ibíd.*, 246.

en la sierra o en la costa, lugares que, en muchos casos, carecían de las tradicionales procesiones y de otros actos religiosos. Madrid, en cambio, era sinónimo de silencio, entonces. Los pocos que se quedaban lo hacían, tal vez, porque no les fue posible la huida y no porque quisieran aprovechar para vivir con intensidad el significado de esas fechas dentro del calendario de la Humanidad. Él mismo confiesa que le encanta la idea de ir a la costa, pero le espanta el tumulto de tanta gente y tanta algarabía. Por eso aprovecha para refugiarse en la paz mediterránea que transmiten las páginas de Gabriel Miró:

A mí me ha gustado siempre estar a la orilla del mar en esos días. Quizá sea porque Gabriel Miró me empujó con sus hermosas páginas de “Figuras de la Pasión” a sentirme unido al paisaje seco y sobrio de la Marina. Posiblemente, porque aquel paisaje, cuando no es invadido por la ola turística, cuando está calmo y sin apenas gentes, nos dice mucho de una Jerusalén que nunca hemos visto y que tantas veces, a través de las oraciones, hemos presentado. Para mí, al llegar estos días de Semana Santa, una lectura casi obligada eran esas páginas de Gabriel Miró.⁷⁹⁷

5.7. España no hay más que una (1973)

Es este un libro, escrito en 1972 y publicado en enero de 1973, con el que el autor analiza, en un tono bastante humorístico y desenfadado, algunas cuestiones de la historia más reciente de nuestro país, siguiendo el modelo de otros escritores y humoristas, a los que ya se había referido en su anterior libro, *Crónicas de nuestro tiempo*. Y lo hace tras reflexionar acerca del hecho de que, tal vez, hubiera sido un error escribir de ciertos asuntos en un tono tan serio y trascendente como lo había venido haciendo hasta ahora. Por eso, en esta ocasión, se propone tomarse menos en serio una temática que le atrae e incluso le obsesiona, aunque, por supuesto, procurando no caer en la frivolidad, como tampoco lo habían hecho escritores como Perich, Acevedo, Máximo y Carandell, los cuales se habían servido de la palabra o del dibujo para manifestar

797 *Ibíd.*, 249.

sus respectivos puntos de vista sobre la situación nacional. Es decir, en opinión del ensayista, se trata de otra forma de reflejar la realidad que se estaba viviendo en España, pero sin abandonar la preocupación sincera por todo aquello que le rodea.

Este planteamiento de Rodrigo Rubio está en perfecta consonancia con el texto de Larra que encabeza el libro, perteneciente a su libro *Escritos políticos*. En dicho texto afirmaba Larra:

No es esto que queramos hablar mal de España [...] Dios nos libre de semejante intención como de un manifiesto; nuestro objetivo es retratarla, y aun hacerle favor si cabe. Es el mal que se escapa a la observación como el agua a la presión: piensa usted cogerla por un lado, deslízase por otro; como esos calidoscopios fantasmagóricos que a cada movimiento presentan una figura; así nuestra Patria ofrece unas veces encima unos colores y otras veces otros.⁷⁹⁸

Ante la moda de publicar libros de entrevistas hechas a personas famosas, en las que se pactan previamente las preguntas a realizar y se permite a los entrevistados corregir o modificar los textos de sus respuestas antes de que el libro vea la luz, el planteamiento de Rodrigo Rubio es claro: por un lado, va a dar cabida en sus entrevistas al hombre corriente, al hombre de la calle, que es el auténtico protagonista de esta nuestra sociedad de consumo; por otro, realiza unas entrevistas apócrifas, en las que él formula las preguntas que considera oportunas y aporta las respuestas que las personas hubieran dado en el caso de ser sinceras. O sea, el libro se monta con las entrevistas que no se suelen hacer y que a él, como a muchos de sus lectores, le gustaría que se hicieran. Y lo escribe echando mano de encuestas subjetivas, porque considera que, para ir de un lado a otro preguntando y tomando datos, ya están los empleados del Instituto Nacional de Estadística y algunos aprendices de sociólogos.

Además, estas entrevistas las hace solo a españoles, pues las opiniones de extranjeros residentes en nuestro solar patrio no las

798 Rubio, *España no hay más que una*, 5.

considera valiosas, ya que son poco objetivas: o no radiografían nada o, cuando lo hacen, es en tonos muy elogiosos. Es más, si en alguna ocasión alguno de esos extranjeros se queja —como le había sucedido al autor con un amigo suyo suizo—, tanto Rodrigo Rubio como muchos otros españoles tendemos a molestarnos por esa crítica, al considerar que el privilegio de quejarse le corresponde al españolito de turno, pues es el que más sufre o goza todo lo que en su país ocurre.

Con todos estos ingredientes, elabora un libro que se halla a mitad de camino entre la realidad y la ficción, con el que, sin abandonar en ningún momento su idea del fin social de la literatura, consigue aquello que afirma Evaristo Acevedo en el prólogo:

Entre la realidad y la ficción, este libro constituye una amena llamada de atención para que no olvidemos la existencia de una masa socialmente mutilada. Una masa que, mientras va elevando paulatinamente su nivel de vida, no consigue ir elevando —también— el adecuado sentido de ciudadanía y responsabilidad colectiva.⁷⁹⁹

El título del libro procede de la letra de un pasodoble que, por los años del racionamiento, se bailaba en verbenas de pueblo o de barrio y responde al sentimiento patrio de la mayor parte de los entrevistados en una España en la que, como apunta Rubio con su habitual ironía, todos eran de derechas, “por aquello de que, al escasear el pan, sólo movíamos la mano diestra, la de la cuchara, para comer”.⁸⁰⁰ No obstante, en ese año 1972 escribe el autor algo que suena muy familiar en relación con el conocido tópico de las dos Españas e incluso que parece tener un cierto tono premonitorio respecto a las controversias políticas derivadas de las continuas y crecientes reivindicaciones estatutarias que se observan en ciertas regiones autonómicas:

799 *Ibíd.*, 8.

800 *Ibíd.*, 13.

Si España hubiese más de una, ya sería quizá algo problemático, como ha apuntado algún mordaz humorista de la última hornada; pero con una sola podemos estar orgullosos, pero a la vez bastante tranquilos. Las cosas que sucedan nunca serán demasiado graves, pues ya sabemos lo que es estar unos enfrente de otros, y esto, que es tragedia, casi lo tomamos, a veces, como un deporte y como una obligación por eso de nuestro radicalismo. Quien más, quien menos, cree que está en lo cierto cuando piensa. Esto, ya se sabe, puede llevarnos a extremos graves; pero como ahora lo de pensar se lleva menos, todo se ha suavizado bastante.⁸⁰¹

La España tradicional: folklore, fútbol y pandereta

La primera entrevistada es una mujer de mediana edad, denominada señora A, la cual es un fiel exponente de buena parte de ese estamento social. Mujeres que leen revistas de las llamadas del corazón, coleccionables de cocina, de punto y de moda, y cuyos maridos compran fascículos de geografía, de historia y los diarios *ABC* y *Pueblo*. El primero de esos dos diarios le gusta mucho a la señora A, porque es pequeño y se pasan muy bien las hojas, y el segundo porque incorpora muchas y diversas entrevistas y chismorreos de la calle.

Una mujer que afirma con orgullo que, como en España, no se vive en ninguna parte, a pesar del hambre que su familia tuvo que pasar por la escasez de la posguerra; pero ellos supieron esperar con paciencia y alegría a que llegaran mejores tiempos, no como hicieron otros, que por ser los más amargados fueron los más impacientes y, por eso, muchos decidieron emigrar a países como Alemania. Una mujer que, aunque dice no entender demasiado de política, está contenta con la paz y la tranquilidad que se vive en el país y que, aun así, no deja de añorar aquellos tiempos en que los curas llevaban su larga y negra sotana y en que se respetaban los desfiles y fiestas civiles, militares y religiosas. Una mujer que, ante la perplejidad del entrevistador, afirma que sus referentes son las llamadas folklóricas y, entre todas ellas, Lola Flores —quien había afirmado en el diario *Pueblo*, el 10 de junio de 1971, que ella era España—, además de todo lo relacionado con nuestros vinos

801 *Ibíd.*, 15.

y nuestras buenas comidas, que a eso nadie nos gana, ni siquiera los franceses, aunque presuman tanto de lo suyo.

Tras cada entrevista, el escritor realiza la correspondiente reflexión acerca de las afirmaciones vertidas por cada una de esas personas. Y, en el caso de la señora A, lo primero que le viene a la memoria es la España de los años cuarenta, con el racionamiento, la canción española, las compañías de revista, los boleros, los chistes ligeros y respetuosos, los admirados héroes deportivos y un peinado que se llamaba ‘arriba España’, para apoyar al país incluso desde cualquier circunstancia estética. Una España en la que algunas personas, como esta familia, solo aspiraban a algunos pequeños cambios relativos al automóvil o al mobiliario de la casa. A pesar de ello, el cronista, que afirma adorar a Larra, a Goya, a Valle-Inclán “y a otros loquitos de tiempos pasados”, confiesa que no está dispuesto a ponerse en contra de sus vecinos porque estos quieran renovar cada poco tiempo los muebles, pues cada uno tiene que moverse y actuar con arreglo al grado de rebeldía que pueda quedarle:

El cronista, que se siente emparentado con esos genios —Larra, Goya y Valle-Inclán— ya nombrados, y así mismo como heredero espiritual del Lazarillo —y su padre, el desconocido autor—, así como del bonachón, pero satírico Cervantes, y un poco también del mordaz Quevedo, no quiere cantar por la escalera de su casa, cuando la baja sin mucha prisa, por eso de que las piernas han de moverse un poco para que no se atrofien.⁸⁰²

El autor afirma que, hasta ahora, había creído con muy buena fe que España eran sus montañas, sus ríos, su historia, sus gentes, sus monumentos, sus viejas costumbres y sus tradicionales modos de vida y de trabajo. Pero, después de haber oído a esta señora y de saber que muchas más piensan como ella, asegura —por supuesto, con su característica ironía— que tendrá que rectificar su evidente error y convencerse “de que España también es la canción, las ‘misses’, los premios festivaleros

802 *Ibíd.*, 30.

—nacionales e internacionales— y, sobre todo, esas jerarquías del folklore taquillero que han quedado para hacer historia.”⁸⁰³

La segunda persona entrevistada es un señor respetable, el señor A. B., cuya principal afirmación es que hace falta mano dura con muchos extranjeros, que a lo único que habían venido a España era a traer malas costumbres y modas, y con esa juventud que solo piensa en dejarse los pelos largos, en tocar la guitarra y en tomar drogas.

Este señor respetable es un fiel admirador del general Primo de Rivera y del político ultraderechista Blas Piñar, y asiduo lector del *ABC*, a la par que enemigo de revistas de humor como *Hermano Lobo* y de la filosofía de escritores europeos como Marcel Proust, Roger Martin du Gard, Thomas Mann o Herman Hesse. Para él, el progreso de España no puede ni debe ir unido a una Europa en la que se habían perdido las buenas costumbres de toda la vida para dejar paso a una libertad que trajo como consecuencia, por ejemplo, la infiltración de grupos terroristas como el denominado “Septiembre negro”, autor de la matanza de atletas judíos en los juegos olímpicos de Munich. Y, en su opinión, España se encamina hacia ese modelo europeo, pues ahora ya no se respetan los valores tradicionales y es la envidia la que corroe a muchos españoles, como le dice al cronista en respuesta a su pregunta de si en España las dificultades se habían ido sobrellevando con algo de pan y con alguna otra cosilla:

¡Nunca se pasó mal en nuestro país, muchacho! Sobre todo, para la gente honrada hubo pan, y más cosas, no esa “alguna cosilla”, ironizada, que usted deja caer con sorna. Ahora no se trabaja así por cubrir necesidades, sino por ver si somos más que el vecino del entresuelo, y más que el jefe y, si me apura, más que el presidente del consejo de administración de la empresa. ¡Avaricia, que está ligada a la envidia, la lujuria, y muy lejos de la castidad...!”⁸⁰⁴

803 *Ibíd.*, 31.

804 *Ibíd.*, 41.

Ante estas opiniones, el entrevistador confiesa sentirse aturdido, sobre todo porque comprende que son muchos los españoles que piensan como el señor A. B., todos ellos anclados aún en la idea de una España gloriosa, la gran nación del tiempo de la Reconquista, de los Reyes Católicos y de la conquista de América, que era la misma España en la que el cronista-reportero había creído, hasta que empezaron a influir en él personalidades como Cervantes, Quevedo, Vélez de Guevara, Mateo Alemán, Larra, Cadalso, Joaquín Costa, Azorín, Unamuno, Baroja y Valle-Inclán. Todos estos escritores, y algunos otros más, le hicieron comprender que era muy difícil volver a creer en aquellos textos que hablaban de la hermosa y gran historia de España. Y, entonces, a la vista de las opiniones del señor A. B. y con la ironía que le caracteriza, se pregunta Rodrigo Rubio qué harían ahora los escritores del 98 y los del 27:

Ah, señor don A. B., cómo se expresarían ahora... Machado, don Antonio, recordaría su Soria, en donde ya, qué duda cabe, habrá algún que otro polo de desarrollo industrial; recordará su Duero, sin la más mínima contaminación... Y Azorín tendría que lamentarse de la excesivas fábricas de calzado que hay en Elda y Elche, y de los malos olores en los tomates de su Monóvar cuando los pulverizan con vaya usted a saber qué clase de matasapos... Y Baroja se haría brujo, brujo del todo, refugiándose en su Vera querida, pero sin mirar al Bidasoa, por si estaba contaminado. Y Valle-Inclán se iría a Colombia o Bolivia para hacerse guerrillero, aunque no saliera de un café. No podría vivir aquí, por el humo y porque ya no quedan cafetines (si dejamos a un lado el Gijón, muy carito ya para escritor con exiguos ingresos), donde matar la tarde matando, de palabra, a todo quisque. Se iría, claro. Y se moriría Gabriel Miró, en Polop mismo, mirando hacia abajo, hacia la Nucía y Benidorm, tan llenos todos esos lugares de escandinavos, de alemanes, de ingleses, de franceses, de "feminoides" muchachos de todas las latitudes; de mamás tontuelas; de hombres "amarketinados" (por el marketing, forma de comprar y vender sudando lo menos posible), y así sucesivamente. Quiero decir que así se irían muriendo, o aniquilando, o huyendo de aquí, todos y cada uno de aquellos escritores que de alguna forma alabaron y cantaron a la Naturaleza a la vez que

—ignorantones e ingenuos que eran, después de todo— pedían la fábrica y el progreso.⁸⁰⁵

A continuación, el entrevistador se dirige hacia un forofó del fútbol, el señor H (de hincha), que con sus cincuenta y dos años es un perfecto representante de esos hombres algo maduros, padres de familia y trabajadores promocionados, cuya mayor afición es el fútbol dominical. Socio del Real Madrid, acude a su asiento del Santiago Bernabéu y, cuando su equipo juega fuera, se dedica, como varios millones de españoles más, a ver el partido que se da por televisión y, de vez en cuando, a ir al campo del otro equipo de la capital, el Atlético de Madrid, para disfrutar viéndolo perder o empatar. Esa es la rivalidad propia de los forofos, siempre divididos y enfrentados, excepto cuando juega la selección nacional, ocasión en la que hasta los jugadores más odiados de los equipos contrarios son contemplados con enorme cariño por todos los aficionados balompédicos.

El fútbol hace olvidar los malos momentos vividos en el pasado —los de la guerra y la inmediata posguerra— y los malos momentos del presente, cuando algún hijo sale un poco revolucionario y quiere meterse en líos y en política. Por eso, en su casa no se habla de política, sino de fútbol y de quinielas, pues, cuando se tiene dinero, se piensa de otra forma y, por supuesto, se acaban las revoluciones. La vida, entonces, es mucho más tranquila y cómoda, incluso para las mujeres: “Nuestras mujeres van al mercado, tienen sus tertulias con las vecinas, se sienten contentas si uno las lleva un día a un restaurante de orilla de la carretera; han criado a sus hijos y ahora recogen sueldecitos. Peor estuvieron sus madres y sus abuelas, ¿no?”⁸⁰⁶

Nuevamente, la sensación que tiene el cronista es la de vivir en las nubes, la de no ver el terreno que pisa. Se plantea si es que él no fue también hincha del fútbol en sus años jóvenes de posguerra, cuando una victoria de la selección nacional de fútbol significaba subir a lo más alto el pabellón español y ponerse a la altura de los países más avanzados. A

805 *Ibíd.*, 50-51.

806 *Ibíd.*, 60.

ver si ahora resulta que él va a actuar como esos jóvenes promocionados de la última hornada, muy instruidos en cuestiones económicas, bien vestidos y amantes del tenis y del club de campo. Por eso, irónicamente, se pregunta lo siguiente:

Pues, ¿en qué país vivía este cronista servidor de ustedes? ¿Era acaso un rencorosillo que culpaba al fútbol de su pueblo, a la “hinchada”, tan mansica, de ese pueblo, de que no nos desarrollásemos más de prisa, y que políticamente no supiéramos sino recibir con muchos aplausos a los presidentes, monarcas y jefes de estado que de tarde en tarde nos visitaban.⁸⁰⁷

La conclusión, en clave irónica y en un estilo muy similar al de Larra, sería muy clara: volver a aquellos años en los que había muchos solares sin edificar y en los que los jóvenes no pensaban en estudiar en un colegio o en el instituto, sino en darle fuerte a la pelota y convertirse en un ídolo de la afición futbolera. Así que, en adelante, nada de libros, nada de museos, nada de conciertos y nada que ayude a aumentar nuestro desarrollo económico y social. Nada de eso. A buscar ases del fútbol y a esperar triunfos en competiciones internacionales:

Con esto, y la aparición de algún nuevo “Cordobés” —¡si tal cosa fuera posible, los incondicionales de Manuel Benítez dirían que eso no volverá a repetirse...!—, ya podríamos dormir la siestecita tranquilos y pensar, en un rato libre, que España había vuelto a encontrarse a sí misma al hallar nuevos ases balompédicos, algún que otro taurino, y sin dejar de lado a las dos o tres estrellas flamencas preparándose así para la gran y necesaria escalada de ese mundo —de Europa y América, sin olvidar al Japón— que llaman desarrollado.⁸⁰⁸

807 *Ibíd.*, 62.

808 *Ibíd.*, 67.

La España de los emprendedores y los triunfadores

Hasta aquí, la imagen de esa España de charanga y pandereta contra la que tratan de luchar personas como el señor E. M. (Ejecutivo Mayor), el siguiente entrevistado por Rodrigo Rubio. Este ejecutivo trabaja en un amplísimo despacho con muchos y lujosos libros —muy distintos de los modestos ejemplares, algunos ya manoseados, que el cronista compraba en la Cuesta de Moyano—, tiene hermosas y jóvenes secretarías y se siente integrante de un mundo nuevo, que nada tiene que ver con las antiguas formas de trabajo y de vida. Él, como muchos otros, se considera un creador de la nueva España de hoy, que ha de estar “a nivel europeo”. Una expresión esta muy propia de esa tecnocracia que aspiraba a configurar un nuevo estado de cosas gracias al cual se pudiera extraer la fisonomía de esa nueva España que, según el señor E. M., avanza en producción industrial, en nivel de empleo y en renta *per capita*.

El cronista, con una sonrisa mal disimulada en sus labios, responde a estas afirmaciones con una pregunta que encierra una clara acusación en el sentido de que esos ejecutivos, cuando creen contribuir a la creación de un nuevo país, industrializado y desarrollado, puede que, en realidad, estén empujando “a una palpable deshumanización y a una mecanización de las masas, así como a la rigidez, en sus formas de vida, de una sociedad llamada de consumo.” Una acusación que su interlocutor rechaza inmediatamente, afirmando que, muy al contrario, el mundo de la empresa es el que crea unas estructuras que permiten rescatar de la marginación y del ostracismo a mucha gente, “a un sinnúmero de hombres y mujeres cuyo ejercicio, una vez *integrados*, es el de sentirse *altamente responsables*, cada cual dentro de unos *cauces* que le son *afines* a sus condiciones técnicas y humanas. De aquí surgen los hombres de hoy”⁸⁰⁹.

Unos hombres de hoy, unos nuevos españoles que, a diferencia de los otros —y, según él, gracias a su positivo influjo y al de muchos otros colegas suyos—, hablan menos, gritan menos, son más correctos, visten bien, conducen buenos coches, aspiran a tener un chalet propio y veranean todo un mes en las mejores playas españolas. Estos

809 *Ibíd.*, 73.

españoles son perfectamente calificables de europeos, al menos *técnica y estéticamente*. E incluso lo serían también si nos referimos al ámbito de la política, por cuanto participan en los cotilleos políticos, pero muestran gran respeto por todo y por todos. Ellos asisten con asiduidad a cenas políticas porque son *compatibles* con sus actividades empresariales y porque son ocasiones óptimas para hacer amistades que, un buen día, servirían para que, si uno de esos amigos llegase a ministro, a alguno de ellos les pudiera caer una dirección general o un puesto en un *gabinete técnico*.

Como no podía ser de otro modo, la consiguiente reflexión del cronista ha de estar impregnada de su habitual ironía, que ya se venía atisbando durante la entrevista misma, gracias a las acotaciones entre paréntesis, en las que dejaba escapar algunas sonrisas y alguna que otra digresión en tono humorístico, y gracias al empleo de esas palabras en cursiva, con las que pretende reflejar mejor el lenguaje un tanto engolado y pedante de este tipo de ejecutivos a la moda. Por eso no resulta nada extraño que uno de sus primeros comentarios vaya encaminado a destacar que él no cree mucho en esa transformación del hombre español de la que hablaba el señor E. M. con ese lujo de vocablos que corresponden “a una terminología de organigrama, cuadrada, angulosa en ciertos momentos, pomposa en muchos otros, pero muy eficaz por cuanto se ajusta a los cánones de las novísimas estructuras de industria y mercado”.⁸¹⁰

Además, promete que, en lo sucesivo, leerá con detenimiento, no solo los titulares de los periódicos que leen estos señores, sino también los artículos y las declaraciones de altos dirigentes empresariales. Dejará de pensar que esos hombres sufren ansiedad y angustia por ese ritmo de vida tan acelerado y que, cuando lea noticias en la prensa acerca de muertes repentinas por infarto, no las achacará, como hacía antes, a ese ritmo de vida y a las tensiones nerviosas:

Se dirá, conformado, que en todo tiempo han muerto hombres de negocios repentinamente, y si no, ahí está el largo relato

810 *Ibíd.*, 80.

de Thomas Mann “Los Buddenbrock”, por ejemplo, donde se narran muertes de grandes hombres de empresa alemanes, casi todos caídos repentinamente por el mucho comer y el sosegado reír, y eso ocurría a mediados del siglo XIX por la culta Alemania, bastante medieval aún, del norte.⁸¹¹

En esa nueva España que se estaba fraguando, había, como hemos podido ver, jóvenes empresarios y ejecutivos metidos a redentores del país y de mucha gente a la que pretendían incorporar a esas nuevas formas de vida. Pero también existían otros españoles que practicaban a la perfección aquel viejo y certero refrán que asegura que a río revuelto, ganancia de pescadores. Y a estos otros españoles les dedica Rodrigo Rubio el siguiente capítulo de entrevistas, esta vez en número de tres, que van a merecer una reflexión final común.

El primer entrevistado es un constructor de uno de esos modernos polígonos de viviendas, de tabiques endebles, estructura metálica y ladrillo rojo en la fachada. Un hombre que, años atrás, se había comprado un terrenito y, ahora, se había convertido en dueño de una empresa, junto con su mujer y sus tres hijos. Y todo gracias a la vieja técnica empresarial de mirar, olfatear y dejarse llevar por las corazonadas. Ese y no otro era su secreto: saber comprar y vender en los momentos oportunos, para, de ese modo, amasar una considerable fortuna, y ello a pesar de ser un hombre procedente de las hambres rurales y de no tener más estudios que los derivados de la enseñanza primaria.

El segundo ejemplo de hombre ganador es el de un experto en reformas domésticas; o lo que es lo mismo, un chapucero, al que el cronista le encargó unos pequeños arreglos en su casa, que llegaron a durar tanto como si dentro de ella hubieran estado levantando otro monasterio de El Escorial. Poca prisa para hacer las faenas contratadas, pero sí para, al acabar las mismas, cobrar caro —tal vez porque pedía dinero por las horas trabajadas y otras muchas no trabajadas— y largarse a hacer otra reforma.

811 *Ibíd.*, 84.

Este empresario, otro hombre de pueblo que había vivido las penurias de la falta de trabajo en el campo y las del estraperlo, se siente ahora orgulloso de los arreglos que realiza y por eso cobra lo que cobra, aunque luego suceda que alguna que otra cosilla no quede como debiera.

Y lo más curioso del caso es que el cronista, a la vista de los resultados obtenidos con esas chapuzas domésticas, confiesa no haber tenido en cuenta ese refrán que dice que de los escarmentados salen los avisados. De haberlo recordado antes, no hubiera confiado en el señor R. A. D. (Reformas y Arreglos Domésticos), como tampoco debería haberlo hecho, anteriormente, con el señor M. D. (Martín Decente), de quien el cronista afirma que sus iniciales se corresponderían mejor con el significado de Mano Diestra.

El caso fue que el cronista había decidido comprar unos muebles nuevos, que estuvieran más en consonancia con los tiempos promocionados que se vivían en esos momentos, y, después, se encontró con que los viejos estorbaban y había que deshacerse de ellos. Con la esperanza de conseguir algún dinerillo por esos muebles viejos, que para él tenían un gran valor sentimental, llamó al señor M. D., quien, según constaba en su tarjeta profesional, compraba y se lo llevaba todo. El desencanto y la impotencia fueron tales que al cronista y a su esposa les faltó muy poco para llorar: “Tirando por arriba, cinco duros por los muebles de la salita y... nada por el sofá. Quitárselos de en medio ya es proeza, ¿no le parece?”⁸¹²

Tras estas tres experiencias de ganadores en río revuelto, el cronista recuerda los años de su renqueante adolescencia, cuando pensaba que el estudio y la lectura eran los que garantizaban el triunfo en la vida y, por eso mismo, estudiaba por correspondencia y leía con afán denodado, mientras guardaba el melonar y la vid familiares. Ingenuo él, pensaba en los muchachos de los pueblos que se habían ido a estudiar a las universidades y que, luego, serían médicos, ingenieros, abogados, notarios o profesores, y estaba firmemente convencido de que “de ellos sería el reino de la sabiduría, y, por tanto, el del bienestar, la felicidad y aun el de los cielos...”⁸¹³

812 *Ibíd.*, 101.

813 *Ibíd.*, 104.

Ahora, gracias a estas entrevistas, ha abierto los ojos a la realidad de un mundo en el que se habían confirmado aquellas afirmaciones en las que él nunca había querido creer: “Tanto tienes, tanto vales” y “Poderoso caballero es Don Dinero.” Por eso piensa que lo mejor que puede hacer por los pocos paisanos suyos que aún quedan en el pueblo es avisarles para que no se preocupen por ir a la universidad, ni por hacer oposiciones, y sí por coger las viejas herramientas de sus padres y abuelos y venirse a la ciudad a especular con terrenos o a hacer trabajos de cualquier índole. Así, y solo así, podrían tener una vida cómoda y saludable y amasar buenas fortunas que transmitir a sus herederos. Pero, más adelante, cuando supiera que ese aviso había caído en saco roto y que sus consejos habían sido tomados a chirigota, el cronista “se encerraría en su casa, se tomaría un trozo de pan con vino y azúcar —para recordar niñeces de postguerra— y lloraría un poquito, sin hacer ruido, para sentirse al lado de los próximos soñadores que fuesen a morir...”⁸¹⁴

A esas tres entrevistas se podría añadir la que un poco más adelante realiza a un viejo amigo suyo, el señor O. A. (Ojo Atento), que, después de abandonar el campo y de haber conocido varios empleos relacionados con el ramo de la hostelería, aterrizó en el mundo de los negocios siguiendo el lema de que, en cada barrio nuevo, había que poner un bar. Y, además, con unos precios elevados, porque está convencido de que, si cobrase barato, en sus bares, cafeterías y mesones no entraría nadie. Así que la conclusión parece estar muy clara:

Con todo, las conclusiones que el cronista saca son las de encontrarse, primero, ante un hombre sin miedo, un español de cuerpo entero; un español que, probablemente, lleva dentro la audacia y el arrojo de un conquistador, la picardía de un Pablos, la astucia de un mercader sefardita, la habilidad de un musulmán y el genio de cualquier rojillo sin medios de fortuna (en su edad primera). El cronista no sacará punta lacerada de todo este hermoso vivir de su viejo amigo O. A., porque un servidor, si quiere ser objetivo, ha de decir, y muy pronto, que su buen amigo O. A. hizo pero que muy bien.⁸¹⁵

814 *Ibíd.*, 107.

815 *Ibíd.*, 128.

En caso contrario, en lugar de ser ese dinámico y emprendedor señor O. A., podría haber sido un D. M. (Desconcertado Muchacho), licenciado en Filosofía y Letras, con una ideología marxista y eterno opositor a una plaza de docente, que nunca llegaría a alcanzar, debido a su expediente tanto académico como extra-académico; o, también, podría haber sido otro D. M., en la versión de un cura de pueblo vestido con una antiquísima y casi ridícula sotana.

Dos símbolos de la modernidad: el automóvil y el televisor

Un lema muy en consonancia con esa España moderna y promocionada sería el de “cada españolico con su cochecico”, al que se acogen personas como J. O. (Juan Ocupadísimo). Españoles nuevos con coches nuevos, que les permiten formar parte del vertiginoso mundo del pluriempleo. Además, así se sienten como los ricos de otros tiempos, que eran quienes únicamente podían presumir de automóvil. Es decir, daba la impresión de que, en tal sentido, este medio de locomoción había servido para acabar, en los años setenta, con las barreras sociales y económicas existentes unos cuantos años antes.

Tal vez esa circunstancia sea la que explique que todo el mundo quiera salir a la calle con su cochecito, a pesar de la contaminación de las ciudades y de las circulares publicadas por el alcalde de Madrid para que se utilizasen los servicios públicos colectivos en aras de un tráfico más fluido y mejor. Mas “el español se sonríe, arruga la circular, la tira al cubo de la basura y se frota las manos, poniéndose a leer, seguramente, una revista que habla de automóviles, de mecánica, de velocidad, de carreras, de Ángel Nieto y Emerson Fittipaldi”⁸¹⁶

O también puede servir como explicación el hecho de que el automóvil posibilita una especie de liberación y de evasión momentánea, cuando, en los fines de semana y los periodos vacacionales, uno puede echarse a la carretera con su familia y escaparse lejos, huyendo de las apreturas de la ciudad, de la esclavitud del trabajo y de los problemas económicos. Pero, claro, también esto tiene su pequeño inconveniente: las

816 *Ibíd.*, 134.

largas y densas caravanas, en medio de las cuales uno puede encontrarse con cualquier sorpresa:

El cronista ha visto a hombres orondos, muy bien trajeados, cambiar de color porque, de pronto, se han sentido molestos de la tripa, luego del cochinito asado de Segovia, el chuletón de ternera de Ávila o los chorizos de Chinchón; los ha visto retorcerse un poco, decir “¡ay!”, pero quedarse quietos, aferrados al volante de su máquina, deseosos de pisar el acelerador con fuerza, el ánimo como empujándoles a caminar por una izquierda prohibida, tanta era la necesidad de caminar, de seguir adelante, de encontrar un hueco para la parada y un cobertizo para la cagada.⁸¹⁷

Frente a situaciones como esta, el cronista solo encuentra algún ejemplo de persona razonable, como el de un oficinista que no quiere tener automóvil, que se mueve por la ciudad en metro, autobús o taxi y que, cuando ha de hacer algún viaje largo, toma el tren o el avión. Para él, el afán por presumir de coche, es un síntoma de gentes pobretonas, que no ven la cara positiva, auténtica, del desarrollo y que no conciben la idea de acudir al trabajo con su bicicleta, como hacen, por ejemplo, los holandeses, belgas o franceses.

Este controvertido tema del automóvil le viene a Rodrigo Rubio como anillo al dedo para saldar una cuenta pendiente con un joven sociólogo que, a raíz de la publicación de su libro *Radiografía de una sociedad promocionada*, le había reprochado que considerase una mayoría a la gente que vivía apegada al volante, las revistas, los periódicos deportivos, etc. Afirmaba ese sociólogo —de cuyo nombre parece que el escritor no quiere acordarse, aunque a nosotros nos ha confesado que se trataba de Amando de Miguel, autor de un artículo periodístico del que Rodrigo Rubio no conserva referencia alguna— “que el cronista no andaba fuerte en métodos sociológicos, y que también se

817 *Ibíd.*, 135. Esta situación que relata Rubio es muy similar a la que tendremos ocasión de ver en *La silla de oro* (1978), cuando Don Situado se convierte en una auténtica ruina después de que sus intestinos se le aflojaran en medio de un atasco de tráfico, tal y como el novelista relata en las páginas 127-128 de dicha novela.

equivocaba al considerar la sociedad española como mayoritaria en frivolidades y huequerías producidas por su forma de vivir, muy al ritmo de la promoción y el consumismo.” Y él responde a dichas acusaciones reconociendo que, tal vez, los números y las estadísticas no sean lo suyo; pero que estaba en absoluto desacuerdo con la creencia del sociólogo de que “la sociedad del coche” fuera minoritaria. Y añade que “el cronista, que en ocasiones no aguanta bien el palo, sobre todo si lo nota mal aplicado, le dijo al tal sociólogo que si él veía a la sociedad española así, ‘que Dios le conservara la vista’, y siguiera con sus números, aplicados, naturalmente, con arreglo a los métodos sociológicos”.⁸¹⁸

El problema es que, como indica Rubio más adelante, el coche es un símbolo de comodidad, promoción y modernización. Como también lo son los accidentes y las muertes de los fines de semana, que, tal vez, deban ser considerados como un síntoma de estar a nivel europeo.

Con respecto al tema de Televisión Española, la única que había en esos años, aporta Rodrigo Rubio unas breves y concisas encuestas realizadas a un público variopinto, las cuales, en su mayor parte, fueron respondidas favorablemente. Así, la Señora Optimista opina que la “tele” es una fuente de aprendizaje, sobre todo de publicidad y de consejos útiles, y un auténtico espejo de nuestra forma de vivir. La esposa del Hombre Sensato contesta que a su marido todo lo que ve le parece bien, pues la televisión enseña y entretiene —algo en lo que coincide con el Hinchazo Zarzuelero—, y destaca el papel de los estupendos corresponsales que TVE tenía destinados en el extranjero. Al Abuelito Picarón le encantan las muchachas que cantan y bailan. Y el Buen Padre de Familia comenta que le gustan los concursos, las películas, los dibujos animados y el que haya programas que hablen de la Iglesia.

En cambio, el Hombre Ligeramente Dolido afirma que le gusta todo lo relativo al fútbol, pero que no está de acuerdo con las informaciones sobre política y trabajo, pues en ellas se falta a la verdad o, por lo menos, no se dice toda la verdad. Y la Chica Algo Triste se muestra apenada porque no consigue salir en televisión, a pesar de sus muchos intentos por ser locutora o modelo publicitario.

818 *Ibíd.*, 140.

A la vista de estas respuestas, el cronista asegura, irónicamente, que nunca tuvimos en España mejores imágenes ni mejor panorama televisivo. Antes habíamos tenido noticias sobre nuestro vivir, sobre nuestra historia, sobre los avances de nuestra sociedad; pero ahora no hay nada como la publicidad. Y, por eso mismo, aconseja a los lectores de su libro que no piensen que la televisión que contemplan es excesivamente monocolor, pues “un color solo, después de todo, también decora”, y que no hagan mucho caso de algunos humoristas como Máximo, quien afirmaba que “todo me lo dan pensado, masticado e indigesto”, o como Perich, que, cuando se refería a Prado del Rey, hablaba de “Prado del Buey”.⁸¹⁹

Un poco más de nostalgia de los viejos tiempos

La mala influencia de la televisión sobre los jóvenes es denunciada, también, por un hombre sesentón, con mujer e hija única, treintañera, zanquilarga y un poco huesuda. Un hombre, llamado Padre Palo, que mantiene a su esposa e hija calladitas en un rincón de la casa y que no les permite pisar la calle sin su consentimiento, bajo amenaza de echar mano del palo. Esta es su forma de luchar contra la vida viciada que se va introduciendo en su pueblo y contra la posibilidad de tener que acariciar algún nieto sin haber conocido yerno.

Es así como se va gestando esta “Tragicomedia de amor en dos actos y un cuadro” que, también en forma de entrevistas, coloca el autor hacia la mitad del libro. El primero de los actos, dedicado al padre, se sitúa en el pueblo y en él se pone de manifiesto la pena del cronista por esa pobre muchacha, que no había tenido más novio que su padre, ni más amor que el de la lumbre.

El segundo tiene lugar casi dos años después, en Madrid, cuando esta muchacha está sirviendo en casa de unos amigos del autor. Estos le cuentan los pormenores de su estancia en la capital, a donde acudió huyendo de la tiranía paterna y en donde se encontró con un antiguo novio, casado y con dos hijos, quien le hizo un hermoso niño, al que le

819 *Ibíd.*, 156.

dedica el cuadro final. Y vaya cuadro el que tuvo que contemplar el padre día y noche cuando su hija y su nieto volvieron a la casa paterna.

La reflexión es clara: el palo del padre español se acabó reblandeciendo, a pesar de la vergüenza familiar y del escándalo callejero. ¡Ay, si nuestros antepasados levantaran la cabeza! Aquellos viejos padres y hermanos del ruralismo subdesarrollado, que consideraban que todas las mujeres, menos sus madres, esposas y hermanas, eran unas frescas, y que se escandalizaban ante un hecho tan llamativo como que una soltera feúcha y un poco pava se juntara con un viudo. Algo que debió de suceder en el pueblo del escritor, en una noche septembrina, cuando las hermanas casadas de esa muchacha fea gritaban a la puerta de la casa del viudo:

—Baja, hermana baja, por el amor de Dios. Baja y no peques, si aún no has pecado.

Y la “juntada”, respondía, asomándose a un ventano:

—¡No he pecado, pero voy a pecar! ¡No he pecado, pero voy a pecar...!⁸²⁰

La última entrevista está dedicada a la señora de Velo y Misal, una vieja conocida del autor, quien, con un lenguaje plagado de galicismos y de citas de santos, se lamenta de la desaparición de las misas en latín, del rechazo que sufren los pobres y enfermos, de que el demonio se haya introducido dentro de la Iglesia en forma de revolucionaria modernidad y de que ese mundo de ahora sea un mundo de pillos, especuladores, jóvenes descarriados y curas jóvenes que siembran el desbarajuste entre los feligreses. Porque, según ella, “mucho amor al dinero, pero mucho dejar a Dios en el último rincón del cuarto trastero”, y de nada sirven ya lemas tan santos y tan sabios como aquel que reza: “Huye de tus riquezas y alcanzarás la Gracia.”⁸²¹

A esa pobre mujer, nostálgica del vivir de sus años jóvenes, el cronista la trata de consolar con unas palabras no exentas de ironía:

820 *Ibíd.*, 121-122.

821 *Ibíd.*, 165.

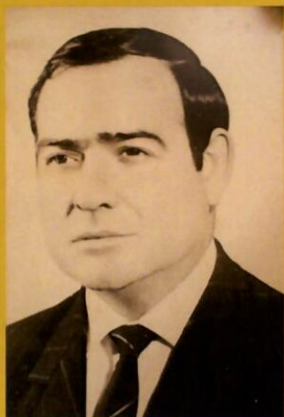
Se ha roto aquel vivir, y mire si eso ya es desgracia. Si usted, por un casual, quisiera vender algunas de sus buenas antigüedades, llame a su propio hijo, el que no se cedió a cantar misa, ahora traficante en sus “ventajitas”; llámelo y verá lo que le ofrece. Ah, disparatado mundo, lleno de obreros que visten como empleados, de empleados que presumen como directivos, de directivos que sobrepasaron a los marqueses...⁸²²

En definitiva, el ensayista ha pretendido darnos una imagen llena de perspectivas y puntos de vista diversos, una síntesis de voces y actitudes contradictorias de lo que es una España múltiple. Aunque, como reza en la última reflexión, y en la letra del conocido pasodoble, España no hay más que una, a pesar de las diferencias existentes entre las partes que la conforman:

España es una y múltiple, o España no hay más que una, podemos decir nosotros. España, su Historia vieja y su Historia más reciente, está repleta de gritos, de heroicidades, de martirios, de sublimaciones, de bajezas, de herejías, de malos entendimientos, de choques, de bofetadas, de armas vomitando fuego, de rezos profundos, de hermoso verbo poético, de áspera crónica negra, de genios y de tontos, de héroes y de traidores, de grandes hombres y pequeños hombres.⁸²³

822 *Ibíd.*, 168-169.

823 *Ibíd.*, 171.



Rodrigo Rubio (Montalvos, 1931- Madrid, 2007) es uno de los mejores y más prestigiosos escritores albaceteños. Con 17 años se marchó con su familia a Valencia, en donde estudió por correspondencia y comenzó su labor como escritor, siempre desde una postura comprometida, realista, crítica y testimonial. En 1968 se trasladó a Madrid. Allí residió con su mujer y sus dos hijos hasta el momento de su muerte. Con 30 años ganó el Premio Gabriel Miró con la novela *Un mundo auestas* y con 34 el Premio Planeta, con *Equipaje de amor para la tierra*. Es autor de veintiseis novelas, cuatro libros de cuentos y doce de ensayo, además de numerosas colaboraciones en revistas y periódicos.

Entre los numerosos premios literarios conseguidos, se encuentran el Gabriel Miró (1961), Ateneo de Valladolid (1962), Planeta (1965), Álvarez Quintero (1970), Novelas y cuentos (1975), Casa de Castilla-La Mancha (1985), Casino de Lorca (1999) y Salvador García Aguilar (2001).

Su despedida del mundo literario se produjo con el libro póstumo de memorias *Reflexiones. Confesiones antes de morir* (2007), concluido unos meses antes de fallecer.

Después, una vez recreados por mí mundos de niñez y adolescencia (que volverían nuevamente en *El gramófono*, *Agonizante sol*, *Memoria de pecado*, etc.), vendría la preocupación social, política y religiosa. De esta Segunda Etapa son los libros *La espera*, *La deshumanización del campo* (ensayo), *El incendio*, *Equipaje de amor para la tierra*, *La sotana*, *Oración en otoño* y *Álbum de posguerra*.

Quería, después, liberarme de esa tenaza socio-política-religiosa y, sin olvidar nunca mis raíces, me abrí a una literatura más imaginativa, llegando en algunos libros -*Papeles amarillos en el arca*, Premio Álvarez Quintero de la Real Academia, y *Cuarteto de máscaras*, premio Editorial Magisterio- a rozar lo fantástico y también, a veces, lo esperpéntico. Fue entonces cuando Montalvos se convirtió en Monsalve, escenario, tal vez, de mis mejores páginas.

En mi narrativa, siempre con calor humano, con lenguaje adecuado a unos personajes y a un determinado escenario geográfico, deseé, en todo momento, ser un heredero de nuestros clásicos y, también, de autores que habían visto la parte oculta de nuestra forma de ser, como Valle-Inclán, Baroja, Eugenio Noel y Gutiérrez Solana. Algunos críticos dijeron que en esta Tercera Etapa tenía influencia de los autores latinoamericanos; pero lo cierto es que yo estaba moviéndome dentro de una España múltiple, de luces y sombras, por la que, en otras épocas, se habían adentrado autores tan nuestros como Quevedo, Valle y Larra.

Mi obra inacabada -parte de ella, al menos- tiene también esas raíces, esas constantes, y creo que siempre escribiré -o guardaré silencio- para hablar de nuestras gentes, de nuestra sociedad, tanto para hacer retablo burlesco como para desarrollar el drama que, tan a menudo, aparece sobre nuestra seca y áspera geografía (Rodrigo Rubio).



DIPUTACIÓN DE ALBACETE



9 788418 165825